This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

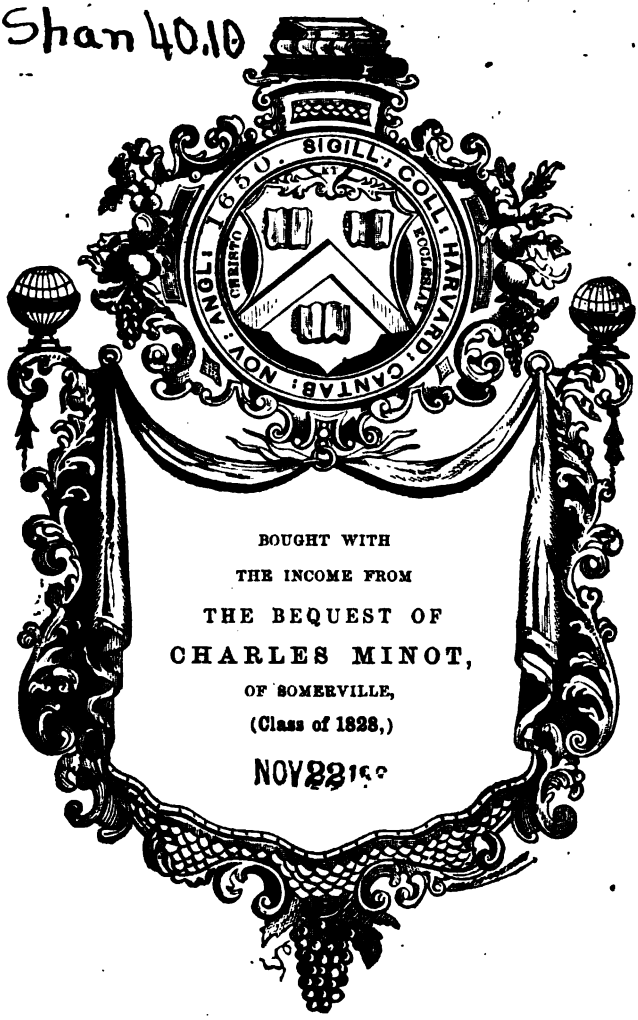
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Shan 40.10



BOUGHT WITH
THE INCOME FROM
THE BEQUEST OF
CHARLES MINOT,
OF SOMERVILLE,
(Class of 1828,)
NOV 22 19

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSÉ SANCHO RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU.

TOMO LXXII.

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1879

~~VIII 382~~
Sfran 40.10

NOV 22 1884
Minot fund.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

La obra que hoy publicamos en nuestra Coleccion era generalmente desconocida por nuestros bibliógrafos, no obstante su capital importancia para ilustrar la historia de la dominacion española en los Países-Bajos. No sin fundamento creíase hasta ahora, por propios y extraños, que la clásica obra escrita en latin [1] por el padre Flaminio Estrada sobre las guerras de Flandes, era el principal depósito de noticias auténticas y verdaderamente interesantes con respecto á este no bien estudiado período de nuestra patria historia, supuesto que este autor habia tenido á la vista diversas relaciones contemporáneas, entre las cuales cita él mismo la del capitan Alonso Vazquez; relaciones inéditas que se juzgaban perdidas sin remedio, y si bien esta deplorable circunstancia realzaba sobremanera el mérito y valía de la citada obra, tambien era muy de lamentar que ésta no pudiera compararse con las fuentes originarias, cuyo exámen crítico y exacto conocimiento no parecia por ahora estar á nuestro alcance. En este mismo sentido se expresa tambien el célebre historiador inglés John Lothrop Motley [2].

Era muy natural que así se creyese, cuando además de considerarse como perdidas las Memorias manuscri-

---

[1] *De bello belgico decades duæ*. Romæ, 1640-47. Traducidas al castellano por el P. Melchor de Novar, de cuya traduccion hay varias ediciones.

[2] *Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas*. París, 1870.

tas de Francisco Verdugo, nadie se acordaba tampoco de los interesantísimos Anales, objeto de la presente ADVERTENCIA. Por nuestra parte, ya tuvimos la satisfaccion de publicar *El Comentario de la guerra de Frisia*, por el coronel Verdugo [1]; pero en cuanto á los Anales de Vazquez, debemos decir que hace ya tiempo uno de nuestros más ilustres historiadores y hombres políticos, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, nos participó la noticia de que en la Biblioteca Nacional existía un manuscrito por extremo curioso, y en el cual se relataban la vida y campañas en Flandes y Francia del duque de Parma, Alexandro Farnesio.

En efecto, evacuada la cita, encontramos el precioso Códice, que hoy sale á luz por vez primera y que bajo todos conceptos merece ser conocido y estudiado por cuantos se dedican á las ciencias históricas dentro y fuera de nuestra España. Así, pues, á pesar de la extension del manuscrito, no vacilamos un instante en incluirlo en nuestra Coleccion, con tanto mayor motivo, cuanto que vino á esforzar nuestras razones el juicio favorable que despues ha merecido tambien esta obra al docto Mr. Gachard [2], que da muestras de conocer perfectamente el Códice que ahora publicamos.

Fieles á nuestro invariable sistema, no hemos hecho la más mínima alteracion en el original, publicando el texto íntegro tal y conforme se encuentra en el Códice, áun con aquellos pasajes conocidamente viciados, ya por falta de alguna palabra ó cláusula, ya por variacion de

---

[1] *Coleccion de libros españoles, raros ó curiosos*, tomo II, Madrid, 1872.

[2] En la obra intitulada *Les Bibliotheques de Madrid et de l'Escurial. Notices et extrait des Manuscrits qui concernent l'histoire de Belgique*. Bruxelles, 1875.

algunas letras y terminaciones en los vocablos como hunganotes por hugonotes y beguines por begüinos, que significa lo mismo que begardos, ó sea una secta de herejes, los cuales afirmaban, entre otros errores, que el hombre podia llegar en esta vida á tal estado de perfeccion, que alcanzase la prerogativa de impecable, áun viviendo de la manera más escandalosa. En muchos casos seria muy difícil determinar con exactitud si los vocablos citados y otros por el estilo, de que abunda el texto, se pronunciaban en tiempo del autor como en el manuscrito los hallamos, ó si las variaciones provienen de la incuria de los copiantes, y áun cuando estamos firmemente persuadidos de que á la vez hay cambios en la pronunciacion y yerros de copia, dejamos á otros la útil y minuciosa tarea de tales investigaciones, limitando nuestro propósito á la fiel reproduccion del importantísimo Códice que nos ocupa, el cual se conserva en la Biblioteca Nacional; lleva la signatura I, 132, y está escrito en folio, á plana entera y con epígrafes marginales, que hemos reunido y puesto en forma de sumario á la cabeza ó principio de cada libro.

La letra es del siglo XVII, de manos diversas, y consta de 704 folios numerados ó de texto, con más la portada y dedicatoria, que ocupan una hoja sin numeracion. Los folios 705 y 706 están en blanco, y el INDICE comienza en el 707 y termina en el 790, bien que saltando desde el folio 769 al 780, sin duda, por equivocacion, pues que el texto no aparece falto. El folio 788 se halla tambien en blanco, y el Códice tiene 8 hojas de guardas al principio y otras tantas al fin, y está encuadernado en pasta moderna.

LOS SUCESOS DE FLANDES relatados por el capitan Alonso Vazquez, comienzan en 1577, de suerte que su

historia militar, despues de los comentarios de D. Bernardino de Mendoza, llena un vacío de once años con respecto á la obra titulada *Guerra de los Estados Bajos*, escrita por el marqués del Espinar, D. Cárlos Coloma, el cual omite este período, por demas interesante en aquellas porfiadas y gloriosas campañas, supuesto que su narracion sólo principia desde el año 1588. Los diez y seis libros en que Vazquez divide su obra, se hallan dispuestos en forma de Anales; pero los inconvenientes de este método están superados con muy buen arte, pues que la diversidad de sucesos ocurridos en un mismo año, léjos de producir confusion ó incoherencia en el relato, le infunde, por el contrario, grata variedad, vivo interes y dramático movimiento.

Esta historia, verdaderamente militar, pertenece al género pintoresco y narrativo que ocupa un término medio entre las antiguas crónicas y las clásicas producciones de Hurtado de Mendoza, Melo y Solís, que tan magistralmente saben relatar particulares sucesos; pero si las relaciones del capitan Vazquez y las de otros escritores de la misma índole, no pueden competir por el arte, por el estilo y la elocuencia con las obras de los ilustres historiadores citados, no por eso dejan de ser utilísimas para el fin supremo, que es el cabal conocimiento de los hazañosos hechos de nuestros mayores, porque tratándose de historia, la verdad objetiva tiene más precio que el retórico artificio, y la noble lealtad de la narracion vale incomparablemente más que todas las galas y sentencias.

Tales relaciones, debidas á la pluma de soldados que pusieron las manos y el esfuerzo en las mismas empresas que describen, no sólo son un raudal inapreciable de noticias y datos, sino tambien la condicion primera

y necesaria para que en adelante otros escritores de más caudal y genio, valiéndose de estos preciosos materiales, compongan historias maestras sobre aquellos grandiosos sucesos que no resplandecen, como debieran, ante el público, por faltarles el atractivo irresistible del arte literario.

Mas no se entienda por esto que la obra del capitan Vazquez es una de tantas relaciones desaliñadas que no tienen otro mérito que el de la exactitud ó singularidad de las noticias; ántes bien, reune á estas cualidades una diccion fácil, corriente y castiza, y á las veces al compás y tenor de los sucesos, toma vuelo, se remonta y llega brioso y entusiasmado á producir primores de lenguaje, bellezas de estilo y robustos acentos de militar elocuencia.

Es verdad que la grandeza de los sucesos inspira de ordinario la magnificencia de las palabras; y, por otra parte, el estado de la lengua en aquel siglo contribuia poderosamente á que cualquiera hombre de buen ingenio natural, sin gran cultura científica ni literaria, escribiese con gravedad y seso; pues al modo que los hombres de una misma época son en el exterior semejantes entre sí por su gesto y atavío, así tambien existe un cierto aire de familia en el espíritu y modo del sentir, pensar y exponer los conceptos. Tal es la causa de la similitud de giros é ideas que se advierte entre nuestro autor y otros historiadores de aquella edad, cualesquiera que sean, en otro sentido, las diferencias que los distingan, supuesto que la semejanza de que hablamos no estriba en el talento personal de los escritores, sino en el estado general de los espíritus y del idioma que los refleja.

Alonso Vazquez empieza su historia con un tono tan

alto y vigoroso, que nos recuerda á Hurtado de Mendoza, ó, por mejor decir, á Salustio, á quien seguramente ambos imitaron. Describe luégo con muy grato y vivaz colorido los Países-Bajos, su organizacion política, ciudades principales, costumbres de sus moradores, rios, temperatura, edificios, dunas, frutos, diques, aspecto de los campos y disposicion del terreno, y una vez dado á conocer el teatro de las campañas y glorias de los esforzados españoles, nos presenta llenas de vida y verdad las colosales figuras de D. Juan de Austria y de Alexandro Farnese, como el autor siempre le llama; y en seguida vemos desfilar ante nuestros ojos aquella gloriosa falange de insignes caudillos, como Verdugo, Mondragon, Bobadilla, Martinez de Leiva, Pedro de Paz y Don Lope de Figueroa, el cual recibió doble vida y fama del inmortal Calderon, que lo eterniza en su *Alcalde de Zalamea.*

Nuestro autor sabe dibujar caractéres, juzga con rectitud los actos y disposiciones, penetra con sagacidad los designios de amigos y enemigos, discurre con acierto en materia de guerra y mando, elogia, censura y califica los encuentros, asaltos y demas hechos de armas con la discrecion propia de un consumado maestro de milicia; y al ocuparse del injusto desvio con que algunas veces fué tratado Francisco Verdugo por el príncipe de Parma, no vacila en ponerse de parte del agraviado, diciendo paladinamente que los émulos del Coronel, envidiosos de su valor y virtud, perturbaban el claro juicio y buena voluntad de Alejandro Farnesio: confesion tanto más preciosa é importante en la pluma del historiador, cuanto que éste jamás oculta el respeto y aficion que al de Parma profesa.

Refiérense en estos Anales casos raros en la guerra,

industrias y artificios nunca hasta entónces ejercitados, como la estacada y máquina del portentoso asedio de Amberes; temerarias y asombrosas facciones de los temidos españoles, esguazando rios ó corrientes durante largas horas y distancias, con el agua hasta los pechos, en las tinieblas de la noche, azotados de la lluvia y el viento, y además por los arcabuzazos enemigos; reñidas y porfiadísimas peleas, hallándose entre dos aguas y teniendo sólo un estrecho dique por campo de batalla; luchas desiguales, abrumadoras y prolongadas, no ya con los hombres, sino contra las inclemencias del cielo, contra los pantanos en la tierra, y contra el sueño, la humedad, el frio, la desnudez y el hambre; y, por último, arranques inauditos y supremos de valentía y heroismo en nuestra indomable gente, acometiendo á nado y con la espada en la boca á las naves enemigas, asaltándolas y enseñoreándose de ellas; hazaña jamás vista en el mundo; y maravillosa fiereza, dice el autor, de que sólo es capaz la nacion española.

Mas en tantos encuentros, peleas y escaramuzas, no permanecia ocioso ni retraido cierto soldado de la compañía del capitan Hortigosa [1], que tenia por nombre Alonso Vazquez, y el cual, en repetidas ocasiones, dió muy gallarda muestra de sí mismo, ya salvando su bandera, ya dando muerte á un famoso Capitan enemigo, llamado Bartolo, y por sobrenombre *Brazo de Hierro*, ya prestando, en fin, otros muchos é importantes servicios que aquí seria inútil ó prolijo enumerar, cuando todos ellos constan en el cuerpo de la obra. Desde luégo se comprenderá que este soldado es el autor que nos ocupa,

---

[1] Tambien fué soldado de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva.

el cual llegó á ser Capitan y Sargento mayor de la milicia de Jaen y su distrito.

Sin duda hubo de transcurrir largo tiempo desde que Vazquez se hallo en sus campañas de Flandes y Francia, hasta la época en que compuso y terminó su obra; pues se la dedica al rey Felipe IV, y áun cuando está conocidamente equivocada la fecha de 1614, que figura en la Dedicatoria, dedúcese del contexto de ésta, que el autor, en efecto, se dirige al citado Monarca, supuesto que le habla de *su agüelo* Felipe II, *el Prudente.*

Ahora bien, el rey Felipe IV, en 1614 tenia nueve años de edad, y ocupaba el trono su padre Felipe III, que falleció en 1621. Resulta, pues, que la fecha de la dedicatoria está equivocada en el Códice, y debe rectificarse, en nuestro concepto, poniéndola en 1624, es decir, cuando ya el Rey poeta llevaba tres años de reinado.

En cuanto á la vida y demas circunstancias del capitan Alonso Vazquez, no tenemos otras noticias que las que nos suministra él mismo en diversos pasajes de la obra, y especialmente en el folio 601 vuelto del Códice; pues que allí, entre los datos biográficos de los *Castellanos de castillos, Gobernadores y otros soldados particulares,* se encuentran los del autor en la forma que sigue:

«El capitan Alonso Vazquez, natural de la ciudad de Toledo. Fué hechura de Alejandro, porque le hizo Sargento de una compañía que estaba sin Capitan ni Alférez, y tuvo el gobierno de ella hasta que se reformó con las demas del tercio del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, y estimó en más ser Sargento por su mano, que Capitan por la de otro cualquier General. Despues fué Alférez, y sirvió en las guerras de Flandes y Francia, á costa de mucha sangre derramada, sin desamparar su bandera, y há que sirve treinta y nueve años

contínuos. Fué Capitan de picas en la provincia de Bretaña, y de arcabuceros en la Armada real del mar Océano, Cabo y Gobernador de todas las compañías que habia en ella de guarnicion, teniéndola á cargo D. Diego Brochero de Anaya. Fué entretenido cerca de la persona del virey de Aragon, y con órden del Rey, nuestro señor, gobernó el castillo de Jaca, por ausencia del Maestre de campo D. Fernando Giron, y despues la Casa real de la Aljafería de Zaragoza, y hoy es Sarganto mayor de la milicia de la ciudad de Jaen y su provincia. No escribiré los servicios señalados y particulares que ha hecho en el del Rey católico, por ser parte.»

Acaso el lector advierta una ligera contradiccion entre lo que el autor nos dice en las precedentes líneas respecto á que era natural de Toledo, y lo que afirma en otro pasaje al hablar de cómo le dió un alabardazo en los pechos al capitan Bartolo, en donde manifiesta ser natural de Ocaña. Nosotros creemos que la contradiccion es más aparente que real, ó mejor dicho, que no existe, pues que de cualquier modo resulta que era toledano, ya fuese nacido en la capital, ya en un pueblo de la misma provincia, como lo es Ocaña, y áun tambien pudiera haberse criado en este puuto y ser natural de Toledo ó viceversa.

Pero dejando aparte estas conjeturas, es lo cierto, que el capitan Alonso Vazquez sirvió en las campañas de Flandes y Francia, que su obra es importantísima para el cabal conocimiento de aquellos extraordinarios sucesos, y que su narracion, llena de curiosos pormenores, color y vida, lleva el indeleble sello del que ha presenciado la mayor parte de los acontecimientos que refiere; y tal vez en esta historia, desconocida del público hasta hoy, se encuentre la clave de la conducta y áun de la

conversion al catolicismo, si quiera fuese aparente, del famoso Enrique IV de Francia, llamado *el Grande.*

En efecto, casi todos los escritores franceses ensalzan hasta los astros las dotes guerreras del citado Monarca, y si por ventura se ocupan de la Liga católica, omiten hablar de las incursiones y triunfos del príncipe de Parma, ó á lo sumo le conceden un lugar muy subalterno en las guerras de la mencionada Liga contra los hugonotes. La realidad de los hechos, sin embargo, viene á desmentir semejantes pretensiones, pues que á la muerte de Enrique de Valois, una parte del ejército aclamó por rey de Francia á Enrique IV; pero tuvo que sostener una campaña contra la Liga, y se dirigió á expugnar á París, de donde vióse obligado á retirarse por la llegada del temido Alejandro Farnesio á la cabeza de sus invencibles españoles; y es seguro que si el Bearnés no hubiese encontrado entónces, y más tarde, y siempre, tan poderosa resistencia, ó hubiese tenido caudillos que oponer al valor y pericia de nuestros ínclitos Capitanes, no habria pensado nunca en abjurar el calvinismo, profiriendo aquella célebre y excéptica frase de que *París valia muy bien una Misa.*

En conclusion, debemos decir que el capitan Alonso Vazquez, ya que tenia la milicia por oficio, la cultivaba con grande aficion y esmero; que sus Anales puntualizan con admirable exactitud las campañas más interesantes de aquel período histórico; que en ellos campean máximas y reflexiones militares de muy subido precio; que la verdad, alma de toda historia, resplandece en sus narraciones; y que merced á la individual mencion que el autor hace de los Castellanos de castillos, Gobernadores y soldados particulares, así como tambien de los que más se distinguieron en cada faccion ó encuentro digno

de memoria y alabanza, su obra viene á ser un repertorio de hazañas y un archivo de glorias nacionales, á la par que un fiel trasunto y una verdadera fotografía de la España militar de aquel tiempo.

Como ilustracion á la obra de Vazquez, publicaremos al final de ella, además de copiosos índices que faciliten su lectura, curiosa correspondencia de varios de los Capitanes y soldados que combatieron en aquellas guerras, y además varias cartas originales de D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio; son copias las primeras, sacadas del Archivo de Simancas y de la coleccion de nuestro colaborador el Sr. de Zabalburu, y proceden las otras de la rica y numerosa coleccion de documentos que llegó á reunir el Sr. D. José Salvá [1], y con generosidad suma nos ha facilitado su viuda la Sra. Doña Cristeta Moyano, á quien damos aquí público testimonio de nuestra gratitud.

Esperamos, pues, confiadamente, que el público hará justicia á nuestro buen deseo al sacar de las tinieblas este precioso Códice y documentos que le acompañan, que tan viva luz puede arrojar sobre algunos puntos de nuestra Historia.

---

[1] Desde que el Sr. D. Miguel Salvá, Obispo de Mallorca, fundador de la presente obra, pasó á residir á su diócesis, quedó encargado de la publicacion de la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España*, su hermano D. José, si bien este señor, cuya modestia era igual á su saber, no quiso nunca que su nombre figurase al frente de la obra como era justo.

LOS SUCESOS

DE

FLANDES Y FRANCIA

DEL TIEMPO DE ALEJANDRO FARNESE

POR

EL CAPITAN ALONSO VAZQUEZ,

SARGENTO MAYOR DE LA MILICIA DE JAEN Y SU DISTRITO,

ESCRITO EN DIEZ Y SEIS LIBROS.

Biblioteca Nacional, sala de Mss. I. 132.

Á LA MAJESTAD CATÓLICA

DEL

REY, NUESTRO SEÑOR, FELIPE IV.

SEÑOR:

Los sucesos de Flandes y Francia, donde se verán los muchos y particulares servicios que Alejandro Farnese, sobrino del Señor Rey cathólico el prudente Phelipe segundo, agüelo de Vuestra Majestad, que está en gloria, hizo á la corona de España, ofrezco á Vuestra Majestad para que nadie se atreva á obscurecerlos, pues por largos siglos le tienen eternizado. Vuestra Majestad los reciba y ampare debajo de su proteccion, que son tales que merecen ser escritos de otro mayor ingenio que el mio, y leidos de Vuestra Majestad, cuya cathólica persona guarde Nuestro Señor infinitos años, etc.—De esta ciudad de Jaen á primero de Mayo de 1614.

ALONSO VAZQUEZ.

DESCRIPCION DE LOS ESTADOS DE FLANDES.

SUMARIO.—Cuántos sean los Países-Bajos.—Cuántas leguas tienen los Países-Bajos de circuito.—El condado de Flandes, cabeza de los Países-Bajos.—Condado de Flandes.—Confines del condado de Flandes.—Longitud del condado de Flandes y su latitud.—Naturaleza é inclinacion de los flamencos.—Navillos, son rios hechos á mano para el tráfico.—Poblacion del condado de Flandes.—Cuántas lenguas se hablan en el condado de Flandes y la costumbre que tienen para aprenderlas.—Cuántas abadías y prioratos, puertos de mar y Estados tiene el condado de Flandes.—Fertilidad grande de la tierra.—Biginajes, casas recogidas de beatas.—Ducado de Brabante.—Confines del ducado de Brabante.—Longitud y latitud del ducado de Brabante.—Cuán agradable es el ducado de Brabante.—Poblacion del ducado de Brabante y qué Estados tiene.—Naturaleza y costumbres de los barbanzones, y sus mantenimientos.—Señoría de Malinas.—Poblacion de la señoría de Malinas, sus partes y calidades.—Hermosura y grandezas de la villa de Malinas.—Confines del ducado de Güeldres y grandezas que tiene.—Poblacion del ducado de Güeldres.—Denominacion del país de Overisel, sus confines y poblacion.—Confines de Frisa.—Qué cosa es inclusas.—Frisa, tierra estéril y cria buenos caballos.—Sus Estados y poblaciones.—Qué cosa sean diques.—Naturaleza de los frisones.—Confines de Holanda.—Abundancia de ganados en Holanda.—Holanda, rica de pesquerías, y su poblacion.—Islas sujetas á las de Holanda y armadas que tiene.—Longitud, circuito y latitud de Holanda.—Costumbre y naturaleza de sus moradores, y navegaciones que han hecho.—Poblacion de Utreque.—Costumbres, naturaleza y trato de sus moradores.—Islas situadas en la de Zeelanda.—Sus confines y efectos maravillosos que el tiempo hace en ellos.—Qué sean dunas.—Buenas cosechas de Zeelanda.—Poblacion y partes de Zeelanda.—Confines de Artoys.—Abundancia de trigo.—Poblacion de Artoys.—Confines de Henaut, su longitud, latitud y poblacion.—Mons en Henaut, villa vistosa y agradable.—Minas en Henaut.—Confines de Luxemburg, su circuito y esterilidad.—Poblacion de Luxemburg, su nobleza y lealtad.—Confines de Anamur y sus partes.—Minas en Anamur.—Poblacion del condado de Anamur.—Famosos soldados y nobleza de esta provincia.—Castillo donde el señor Don Joan se libró del rigor de los herejes.—Famosa fuente de Aspa.—Fecundidad y temple de los Países-Bajos, y grandeza y peso de los ganados.—Las partes que tienen los caballos en Flandes.—Las frutas y hortalizas de los Países-Bajos, con otras cosas notables.—Lo que valen las rentas de los pescados de Flandes.—Rios más famosos de Flandes.—Poblacion general de los Estados de Flandes.—Temple de los Países-Bajos, costumbres y naturaleza de sus moradores.—Vicio del beber en los flamencos, heredado desde los pechos de sus madres.—Partes, costumbres y naturaleza de las mujeres flamencas.—Véndense en Flandes públicamente libros prohibidos y los dan de balde.—Mujeres flamencas usan del arte de marear.—Leme es

el timon.—Valor de mujeres flamencas.—De dónde se dió principio al beber en Flandes.—Gastos desordenados para beber.—Ordinario mantenimiento de la gente pobre de Flandes.—Costumbre en el comer y beber de los flamencos sin levantarse de la mesa.—Ocasiones que buscan los flamencos para beber.—Tiento que tienen los flamencos cuando están borrachos para no caer.—Son supersticiosos.—Brindis usados y nunca vistos, entre flamencos, más que en otras naciones.—Jueces flamencos beben ántes de sentenciar.—Lavatorio que usan los flamencos cuando comulgan.—Malas costumbres de que usan para beber, y otras supersticiones. —Costumbre digna de ser imitada.—Compañías de milicias fundadas sobre cofradías.—Modo y buen órden de ejercitar las armas los flamencos, y las que usan para conservar sus Estados.—Milicia flamenca bien gobernada.—El búen gobierno de la milicia flamenca ha hecho tan larga guerra á los españoles.—Preeminencias del que es Rey ó Emperador en la milicia flamenca.—Puntualidad en recogerse la milicia flamenca.—Cuáles sean las fiestas de los flamencos.—Las escripturas en Flandes no valen si no son hechas ántes de comer.—Los vinos llevados á Flandes son muy mejores que donde se crian.—Saraos y músicas costosas.—Mujeres flamencas amigas de bailar.—Amor de Flandes fundado en interes.—Qué cosa sea cerveza, y las diferencias de ella.—Grandezas de la villa de Amberes, su fundacion y sitio.—Qué son macarelajes, y cómo usan de ellos en Flandes.—Simplicidad de algunos flamencos.—Necia costumbre.—De la manera que algunas mujeres ganan sus dotes.—En una casa dos conventos, uno de frailes heréticos y otro de monjas católicas.—Aniquenuques, guardas de fuegos.—No hay ladrones en Flandes, y el castigo que se da al que lo es.—Estufas usan en Flandes para su limpieza.—Cuatro cosas particulares en los Países-Bajos.—Milagro y grandeza del Santísimo Sacramento del Cuerpo de Jesucristo.—Castigo contra herejes por medio de Nuestra Señora.—Privilegio que tienen las mujeres paridas en Brabante.—Costumbre que se tiene con los pobres.—Buen modo de gobierno.—Grandezas de Bruselas.—Admirable prodigio.—Qué cosa sean galoches.—Qué son hosterías.—Exámen de verdugos.—Castigo de mujeres bravas.—Qué cosa sean mandrágoras.—Religion cristiana en Hanaut y Artoys más arraigada que en otras provincias.—Damas flamencas como canónigos.—Mónstruo que se engendró en la abadía de San Vertui.—Isla maravillosa.—De la abadía de San Gislen se sacó el cuerpo de Santa Leocadia.—Grandezas de la villa de Gante.—Lo que provee en Flandes el Rey, nuestro señor.—Los miembros de Flandes.—Consejos de Flandes.—Segundo consejo.—Tercer consejo.—Cuarto consejo.—Quinto consejo.—Compañías de las bandas de Flandes, y los nombres de sus capitanes.—Al duque de Brabante reconocieron siempre por Señor los flamencos.—El último heredero de Flandes es el Rey, nuestro señor, Felipe IV.

Escribo dificultosas empresas, varios sucesos, persecuciones de católicos, ruinas de templos, felices y adversas fortunas, hambres, robos, calumnias, muertes desastradas y dichosas, incendios, trazas, designios, estratajemas, ardides, cautelas traiciones y sangre derramada en guerras prolijas, reñidas y sangrientas de los Estados de Flandes y reino de Francia, donde han sido notables los innumerables y heróicos hechos de los invencibles y temidos españoles, de ingeniosos y valientes ita-

lianos, de animosos borgoñones, de los osados y rebeldes flamencos, de modestos y sufridos alemanes, de belicosos valones, de orgullosos y nobles franceses y de otras naciones remotas y célebres. Y lo que á esto me ha obligado es ver tan obscurecidos los muchos y particulares servicios que á la corona de España hizo Alejandro Farnese, príncipe de Parma y Plasencia, en los Estados de Flandes, en diez y seis años y más que los tuvo á cargo como Gobernador y Capitan general dellos y de la Liga católica de Francia, militando y teniendo debajo de su mano felicísimos ejércitos, formados de las naciones que he referido, y siendo tan dignos de escribirlos y eternizarlos, sin que el tiempo ni el olvido los consuma, han estado sepultados y en prolijo silencio por no haberse inclinado ningun español á sacarlos á luz en nuestra lengua, si bien en la toscana, latina, francesa y flamenca los han escrito muchos y graves autores; me ha parecido (siendo uno de los más famosos y perfectos Capitanes que hasta su tiempo hubo, ni que tanto haya defendido nuestra verdadera religion, ni que con más fidelidad, asistencia y trabajos servido á su tio, el Rey católico, ni con favores, mercedes y acrecentamientos honrado tanto á nuestra nacion española) escribir sus excelentes y heróicos hechos y los de los muchos y famosos Capitanes que tuvo en sus ejércitos, así para que de las jornadas y guerras tan memorables y espantosas que tuvo contra los enemigos de la Iglesia quede memoria eterna, como porque las personas de mi nacion, que no saben las leguas extranjeras, lean en nuestro vulgar las tragedias que la inconstante fortuna ha representado en Flandes y Francia en el discurso de tan breve tiempo; y tambien por dar ocasion á los que siguieren las armas con oficio de Capitan general y otros, de la manera que se han de gobernar, imitando á este prudente y valeroso Capitan, á quien la nacion española debe agradecer mucho, y tambien otras por haberles dado tantas ocasiones para mostrar el ánimo de sus corazones.

Bien se que para escribir sucesos tan graves y dificultosos era necesario otro más sútil ingenio que el mio, y que habiendo de decir verdad, como testigo de vista, he de dejar satisfe-

chos á algunos y á otros quejosos; mas como no se puede dar gusto á todos, me disculpará escribir con puntualidad todo cuanto penetré, ví y entendí, porque no pude estar presente á todo, dando á cada uno lo que le toca, y si pareciere que me apasiono mucho por algunos Capitanes en escribir sus valerosos hechos, se ha de entender no les doy tanto como lo merecen los muchos y particulares servicios que en Flandes y Francia hicieron al Rey, nuestro señor, donde por esto y por ensanchar nuestra verdadera religion derramaron tanta sangre y padecieron intolerables trabajos. Y el que he tenido en escribir estos sucesos daria por bien empleado si supiese que con ellos he puesto en ocasion á levantar los ánimos á las personas ociosas de nuestra nacion para que se inclinen á el arte militar que tan perdido y arruinado está; pues no hay estado de gente más olvidada en España y de quien ménos estimacion se haga que de los soldados, cosa tan contraria á la antigua y verdadera nobleza. Bien conozco el atrevimiento que he tenido en escribir esta historia, por ser la materia della digna para otro autor más grave y elocuente y que merezca lo que á mi me falta, que es el nombre tan dichoso de historiador, por estar sin algunas de las seis partes que dicen ha de tener para alcanzarlo, que son: ciencia, presencia, verdad, autoridad, libertad y neutralidad, que es la que hace escribir sin pasion, ni estar obligado el autor por ningun respeto al Príncipe de quien se escribe la historia. El de Parma no me tuvo á mi obligado, y escribo más de veinticuatro años despues de su muerte; ni tampoco soy de su patria, ni mercenario, ni interesado, más de haber militado debajo de su mano como el más pobre y mínimo soldado de su ejército; de manera que estos ni otros respetos me podrian obligar á que lisamente y con verdad deje de escribir todo lo sucedido en Flandes y Francia. Muchas veces estuve determinado de no hacerlo por el poco lugar que he tenido en cuarenta años contínuos que há que sirvo en la guerra al Rey, nuestro señor, sin haberme apartado un punto della, ni tampoco tuve intento de ocuparme en esto, aunque me sobrara tiempo, hasta que el año de 1610, teniendo el gobierno de la Casa real de la Aljafería de Zaragoza y la

gente de guerra que hay en ella, viéndome algunos ratos desocupado, leí los Comentarios de la rebelion de Flandes, y otros libros que tratan de aquellas guerras, como el de Rolando, Tratin, Meriteo, Antonio de Herrera, en su *Historia general* y el doctor Luis de Barcia en la tercera parte de su *Pontifical;* y despues acá, en la cuarta del Padre Fray Mateo de Guadalajara y Xabierre, en el año primero della, que fué el de 1592, que es en el que yo acabo, escribió tan corto (aunque bien) lo sucedido en mi tiempo, como los demas que van tan de paso en sus escritos, sin hacer memoria de tan famosos sucesos como hubo en aquellas guerras, que me dió ánimo á recoger en la mia todo lo que ví en Flandes y Francia y sucedido en diez y seis años, y de lo que no pude tener noticia he procurado informarme de los amigos de mi tiempo, y valídome de algunos papeles de personas fidedignas, pues (como he referido) no pude estar presente á todo, y lo comencé á escribir; mas duróme tan poco el hacerlo, porque el Rey, nuestro señor, me hizo merced de mandarme le viniese á servir de Sargento mayor de la milicia del reino de Jaen y su provincia, donde para establecerla se me han ofrecido tantas dificultades y ocupaciones, que apénas he podido salir con mi deseo por faltarme el tiempo; y el poco que he tenido, que ha sido en algunos ratos de noche, he escrito estos sucesos bien temeroso de que no se han de librar de la envidia, que haciendo su oficio con la emulacion, enemiga de la virtud, han de dar puerta franca á varios gustos y á diversos pareceres, pero no será cosa nueva, ni en mí el pasar por ello como todos los demas que escriben, á quien los detractores no cesan de morder y lastimar con sus dientes tan agudos y más que los de Theon, y aunque sujeto como ellos á la ignorancia del mordaz y novelero vulgo, me ha confiado la virtud de los que leyeren esta historia, que no darán lugar á las censuras della, si bien me han de poner dudoso, pero no afligido, porque he pasado muchas veces por el rigor de sus lenguas, de suerte que he perdido el temor á los envidiosos de la virtud, amigos del ócio y émulos de la verdad. Y para que mejor se entienda, ántes de leer estos sucesos en las provincias

que se hacia la guerra, las partes y calidades de los moradores de Flandes, sus ritos y costumbres, con otras cosas dignas de saberse, que hasta hoy ningun autor sino yo las ha escrito ni tocado, me ha parecido narrar una descripcion de esta manera.

DESCRIPCION PARTICULAR DE LOS ESTADOS DE FLANDES.

Los Países-Bajos ó Galia Bélgica, que comunmente llamamos Flandes, son diez y ocho provincias, si bien otros las reducen en trece. La Majestad católica del rey de las Españas, nuestro señor, es dueño de la mayor parte dellas. Sus nombres son: el ducado de Brabante, el de Limburque, el de Luxemburg y el de Güeldres; el condado de Flandes, el de Artoys, el de Henaut, el de Holanda, el de Zeelanda, el de Anamur, el de Sufent, el principado de Aloste; el señorío de Malinas, el de Utreque, el de Frisa occidental, el de Groeninghen y el de Ouerisel y marquesado del Sacro-Imperio. Estas Provincias, Germania inferior, ó Países-Bajos, están abrazados por la parte de Levante con la ribera Emse que riega y baña las de Frisa oriental, la del ducado de Cleves y el obispado de Munster, por la del Mediodia están los obispados de Colonia, Maguncia y Treves, con los de Liege y Cambray, y el ducado de Lorena y otras muchas provincias de señores libres, con el reino de Francia, cuyos límites ciñen tambien la parte del Poniente y costa del mar Océano.

Todos los Estados tienen poco ménos de cuatrocientas leguas de circuito. La mayor parte de la tierra es llana, fértil, abundante y amena, y la que es algo áspera está en el ducado de Luxemburg, selvas de Ardeña, país de Liege, el de Anamur y Henaut, y no es tan doblada que dejen de andar por todas partes carros.

La más ilustre provincia es el condado de Flandes, de quien las demas reciben nombre, y el vulgo se lo da, tomando la parte por el todo, y por ser la más conocida por el tráfico y

comercio del mar Océano y estar más vecina á Inglaterra y Francia y correr la costa por un costado hasta Frisa y la otra parte de la ribera del Rin hácia Alemania, Septentrion y Levante.

El condado de Flandes tiene sus confines con el ducado de Lorena, país de Champayne y Picardía y el rio Mosa hácia el Occidente y por límite el mar Océano y llega hasta el brazo del rio Esquelda que le divide de Gelanda. Á la parte del Mediodia confina con las provincias del Artoys y Henaut, y hácia el Poniente con el Canal ó estrecho de Inglaterra y la ribera de Hoy y la parte del Artoys á la de las villas de Calés y Bolonia. Esta provincia tiene de longitud, contando desde el fuerte de Flandes, que es frontero de la villa de Amberes hasta el foso nuevo, poco más de treinta leguas; y de latitud, tomando desde Levante á la villa de Nineven y caminando á la de Gravelingas, que está al Poniente, serán veinte leguas. El aire de esta provincia es algo templado, que hace al verano apacible y fresco, al otoño y primavera agradable y deleitosa, el invierno muy erizado, áspero y terrible por sus muchos frios, aguas y hielos. Sus moradores son domésticos, tratables, verdaderos, ingeniosos, diligentes, solícitos, aunque flamáticos ó inclinados á mercadurías por el gran aparejo y comodidades que tienen, siendo todos sus rios navegables y otros que llaman navillos, hechos á mano, que corresponden á los demas por donde á la sirga llevan barcones y charruas grandes cargadas de mercadurías. Hay entre ellos mucha nobleza y grandes señores, y con notable estimacion son tenidos y respetados del vulgo y sus vasallos; son inclinados á las artes y han sido inventores de muchas como el imprimir y de varios instrumentos de música, á que son aficionados, y á lavar las tapicerías, diversos lienzos, cambrayes y vidrieras para los templos, y otros muchos géneros de cosas extraordinarias, ó por don de su ingenio, que casi iguala á la naturaleza, ó particularmente. Son muy industriosos en ingenios, aparatos y pertrechos jamás vistos para la guerra, que les fuera harto útil no haberlos inventado. Por las armas ha habido notables hombres que los han hecho

famosos, y á otros muchos las letras les han dado nombre y levantado á grandes dignidades; y cuando esta provincia no tuviera otra grandeza más que haber nacido en una de sus villas, que es la de Gante, el muy católico y valeroso emperador Carlos V, de gloriosa memoria, bisaguelo del Rey, nuestro señor, bastará á engrandecerla y darle nombre, por ser la más poblada y grandiosa de las que hay en Europa. Es la tierra muy rica, próspera y poblada, pues en poco más de veinte leguas que tiene de longitud hay cincuenta y cuatro villas. Las principales son Gante, Brujas, Ypre, Lila, Tornay, Duay y otras, con veintinueve lugares y los más dellos murados, y mil ciento cincuenta y cuatro aldeas, todas grandes y muy pobladas, sin otras muchas granjas, caseríos, castillos y casas fuertes y de placer, todas habitadas. Hay dos lenguas en esta provincia y en las demas de sus Países, generalmente, que son la flamenca y francesa, algo corrompida, que la hablan los valones y liegeses, y la flamenca simboliza mucho con la de los alemanes bajos, de la misma manera que la portuguesa y gallega con la de Castilla. Précianse de hablar otras muchas, como la inglesa, escocesa, frisona, latina, italiana y española; y para que con más propiedad la puedan hablar usan enviar desde muy niños sus hijos é hijas de unas provincias á otras, trocándolos unos padres con otros hasta que tengan edad y sean muy doctos en las lenguas, y las unas veces los casan y tienen cuenta de su crianza, porque siempre van con intento de emparentar unos con otros.

Tiene esta provincia cuarenta y ocho abadías, así de frailes como de monjas, con mucha cantidad de prioratos, colegios y monasterios, y los dos principados de Gaure y de Pinde, y cuatro puertos de mar principales que son; la Exclusa de Brujas, Ostende, Neoporte y Dumquerque.

Tiene treinta y una Córtes de antiguas jurisdicciones que llaman Castellanías. En esta provincia hay muy gratos y sustanciosos mantenimientos, con infinidad de ganado vacuno y de vellon. Son tan viciosas las ovejas, particularmente en el Franco de Brujas y país de Fornambaque, que paren de un vientre

cuatro y cinco corderos, y la que no pare más de dos la matan por estéril. Lo mismo es en algunas partes de Holanda. Abunda de mucha leche, queso y manteca, y es su ordinario mantenimiento. Hay algunas heredades que dan dos y tres veces al año cebada y avena, y jamás en esta provincia ni en las demas destos Estados se ha visto mala cosecha por falta del tiempo, ántes bien se coge en todas ellas todos los frutos que cria la tierra con tanta abundancia y prosperidad como se puede desear. Hay buenas guindas garrofales, particularmente en la isla de Vater deste condado, bellas peras, gruesas camuesas y diferentes manzanas, sin que produzcan otro ningun género de fruta. Cria esta provincia muchos y hermosos faisanes, diversidad de tórtolas, codornices, palomas extrañas y caseras. Las gallinas y capones, particularmente los de Brujas, son muy sabrosos y grasos. Hay pocas perdices, y no son de piés ni pico colorados como las de España.

En esta misma isla de Vater tenia el Bailió della el año 1584 un mono y una mona, y engendraron y vinieron á tener en diversas veces muchos hijos; cosa que con ser España tierra más cálida no se ha visto sino donde ellas nacen y se crian. Por esta causa se conocerá cuán fertil tierra sea este condado de Flandes y sus provincias. Las villas de todo él son muy grandes, suntuosos de ricos y levantados edificios, antiguos y vistosos templos, ricos hospitales, beguinajes y hermosísimas abadías en gran número, con otras muchas cosas y lugares píos de devocion.

La segunda provincia es el ducado de Brabante, donde en estos tiempos, más que en los pasados, se continúa la mayor parte del tráfico y mercaderías que habia en el condado de Flandes, con ser la cabeza de todos los Países-Bajos, porque de ordinario aquí residen los Gobernadores, Consejos y Chancillerías y demas tribunales, por ser esta provincia más amena y deleitable. Está ceñida de la ribera del Mosa hácia el Septentrion, y la divide de la de Güeldres, y en particular de Holanda. A la del Mediodia tiene la de Henaut, condado de Anamur, y obispado de Liege, y al Oriente la misma ribera, y al Occidente

le sirve de límite el rio Esquelda, que divide las dos provincias de Flandes y Brabante, y confina con el principado de Aloste. Tiene de Longitud cerca de veintidos leguas, tomándola desde el Mediodia al Septentrion hasta la villa de Getimbergue, y de latitud, tomándola de Levante á Poniente, hasta la villa de Bergas Olzon, mas de veinte leguas, y su circuito serán más de ochenta. El aire es templado, bueno y sano, sus campañas fértiles y llanas; tiene grandes florestas, y en los más escondidos y copiosos bosques hay muchas y grandes casas de placer, muy fuertes y bien labradas, y en sus fosos cantidad de agradables y vistosos cisnes; hermosos y grandes jardines, acompañados de altos y acopados árboles, en cuyos piés hay muchos bancos y mesas artificiosamente labradas, ayudadas de naturaleza, que siryen de cenadores y entretenimientos, donde en la sazon del verano no sienten el rigor del sol, ocupados en varias músicas, banquetes, bailes y saraos, y otros regocijos tan apacibles como alegres. Toda esta provincia está muy poblada de muchas y famosas plazas, sitios y lugares fuertes de grandes señorías. Tiene cuarenta y cuatro villas cercadas de inexpugnables murallas y diez y ocho sin ellas. Las más principales son, Bruselas, Amberes, Lovaina y Boldu, y más de setecientas aldeas. En esta provincia está el marquesado del Sacro Imperio y el ducado de Aríscote, el marquesado de Vergas, los condados de Hostrate y de Mega, las señorías de Breda y de Rabestem, y el Estado de Mastriq con diez y nueve baronías y el ducado de Lamburque, el Estado de Falcamburque, el condado de Dalen, dependen de la Chancillería de Brabante, con otras muchas Señorías que están de la otra parte del rio Mosa. Sus moradores son astutos, ingeniosos, altos de cuerpo, blancos, rubios, hermosos, inclinados á la guerra y á todo género de mercadurías. Cruzan y riegan toda esta provincia muchos y caudalosos rios; hay buenas cazas y volatería, y algunas garzas; mucho ganado; altos y fuertes caballos; pocas frutas y de ménos sabor. Sus mantenimientos ordinarios son carne salada, cecinas, queso, manteca y leche. Sus edificios muy levantados y grandiosos templos, y abadías antiguas de

gran riqueza, si bien algunos mal reparados por las contínuas y prolijas quemas que han tenido y tienen.

En lo mejor del ducado de Brabante está situada la hermosa villa de Malinas, abrazada de agradables y vistosos bosques, castillos y casas de placer, tanto que los moradores de todos aquellos países la llaman el Jardin de Flandes. Por medio della pasa una hermosa ribera navegable, que de muchas partes le entran grandes mercadurías y otras cosas en charruas y barcones grandes. Tiene una suntuosa y levantada torre, de ella se divisan bien hermosas campañas, y las villas de Amberes, Terramunda, Bruselas, Nuestra Dama de Hao, Bilborbe, Terlimon, Aríscote, Lovayna, Siquen, Diste, Arentales, y Liao y Liera, y otras muchas y hermosas aldeas y lugares. Toda su tierra es abundante, amena y apaciblę; es Señoría aparte, y en ella reside el gran Consejo que instituyó Cárlos, duque de Borgoña, el año de 1473, y el de 1503 lo confirmó el rey Filipo I, hijo del emperador Maximiliano, y le creó un Presidente, diez y seis Consejeros, dos Grafieres y diez y seis Secretarios, y les dió asistencia perpetua en esta villa, la cual es muy hermosa; tiene levantados y suntuosos edificios, muchas puentes sobre el rio que cruzan toda la villa para pasar á las calles. Hay infinitos oficios; lábranse en ella buenos paños y famosos cuchillos, y Alejandro Farnese, príncipe de Parma y Plasencia, de feliz memoria, siendo Gobernador y Lugarteniente de los Países-Bajos, fundó en esta villa el Hospital real del ejercito católico, donde los soldados de las dos naciones, española é italiana, por ser extranjeras se curan de sus heridas y enfermedades, con tanto aseo y limpieza, como no se vió en sus tiempos y en otros.

DUCADO DE GÜELDRES.

El ducado de Güeldres se continúa con el de Brabante hácia el Septentrion, y á la misma parte tiene el reino de Frisa, y al Mediodia el caudaloso rio Mosa, que lo divide de Brabante;

al Oriente le corresponde la ribera del Rin y ducado de Cleves, y los Estados de Utreque y Holanda hácia el Occidente. Su tierra es muy llana y baja, la mayor parte cubierta de hermosos y extendidos prados, y tan amenos en todo el año, que de muchos reinos circunvecinos van á apacentar sus ganados y bestiame, particularmente del de Dinamarca. Tiene muchos y provechosos bosques, y es apropósito para todo género de agricultura. Contiene el condado de Zutfent, cuyas villas, la de Nimega, la de Arnem y Rodemunda, son las cuatro más principales que hacen cantones á esta provincia, y están situadas sobre cuatro diferentes rios. Su poblacion es de veintiocho villas cercadas de fuertes murallas, tres abiertas con más de trescientas aldeas y otros muchos castillos y lugares fuertes. Tiene cuatro obispados, mucha nobleza, grandes y hermosos caballos, buenos mantenimientos y participa de excelentes contornos y de rios muy navegables que la hacen próspera y rica.

OUERISEL.

El señorío de Ouerisel, cuyo nombre toma del rio Isel por estar fundado de la otra parte, que en flamenco quiere decir Ouer. Su tierra es llana, fértil, fria y baja, y apropósito para ganados y bestiame. Tiene hermosos caballos y fuertes para la guerra, mucha caza y grandes bosques. Está entre Frisa y Güeldres y sus moradores tienen el mismo lenguaje y costumbres destas dos naciones por estar en medio. Confina con el país de Vesfalia hácia el Oriente, y al Occidente tiene el golfo de Zuiderzée. Esta provincia está dividida en los Estados de Island, Drent y Tuente. Su poblacion es ocho villas cercadas, y otras diez de grandes privilegios y más de cien aldeas. Tiene buenos contornos. Críase en ella mucho trigo y otros excelentes mantenimientos.

FRISA.

La provincia de Frisa occidental es de las más frias y bajas de los países del Rey, nuestro señor. Tiene al Poniente el mar Océano y al Mediodia el señorío de Ouerisel, y al Levante el rio Emse que la divide de la Vesfalia. Contiene en sí algunas isletas; es tierra esponjosa y de muchos pantanos y marrazos, que es un lodo esponjoso, y caminando por él tiembla de manera, que con dificultad salen de ellos, una vez que entran, los piés. Hay lagunas con algunos canales y navillos, hechos á mano para el servicio y navegacion de las mercadurías que se llevan á diferentes partes. Tiene muchas exclusas para agotar los lagos, que son unas compuertas grandes de tabla y maderos que detienen las aguas, y con ingenioso artificio las levantan y, si les parece, inundan la tierra. De esta suerte tienen el agua represada y detenida en estas exclusas para servirse della en los navillos adonde la han menester, siempre que se les ofrece. Es tierra infructuosa por no poder ser cultivada, si bien abunda de todo lo necesario á buenos precios. Hay muchos y agradables prados para los ganados. Cria poderosos y fuertes caballos para la guerra, y son de mucho trabajo. Hay poca leña y ménos bosques, que hace sentirse más el frio. Está dividida esta provincia en cuatro Estados, que son: el de Groeninghen, el condado de Ostergoe, el de Vuestergoe, y el de Siete Florestas. Su poblacion son trece grandes villas muradas y cerca de quinientas aldeas. Su tierra es fuerte por estar ceñida de diversos diques, que son unos caminos hechos á mano con mucha tierra, estacas y fagina para detener las aguas que no se junten, y caminan sobre ellos de unas partes á otras en carros y como les parece; los suelen romper ó cortar para inundar la tierra cuando se les ofrece en ocasiones de guerra, con que se defienden, y están muy fuertes por los grandes pantanos que se extienden por toda la tierra, y para hacer la guerra se aguarda al rigor del invierno cuando están helados. Cruzan por esta pro-

vincia dos caudalosas riberas, que son, Ovue y Emse. Sus moradores son varios, amigos de novedades, y guardan pocas veces la palabra, aunque sea con sus propios amigos y más confidentes.

HOLANDA.

La isla de Holanda tiene al Septentrion y Occidente el mar Océano, al Mediodia el rio Mosa y Brabante, y casi al Levante el golfo de Zuiderzée, y parte del país de Güeldres, que la vienen á islar toda, si bien tiene parte de península, no obstante que comunmente la tienen todos por isla. El Rin y Mosa la bañan y riegan toda, así porque salen dellos muchos canales y brazos, como por los que artificiosamente tienen hechos á mano para navegarla toda, y por ellos se va á las villas y lugares que se les ofrece, sin tener necesidad de carros ni cabalgaduras, y por ser la tierra tan baja y dividida con tantos rios y acequias para que no la inunden, tienen hechos muchos diques y reparos, de manera que en las más partes se ve el agua más alta que la tierra, la cual es muy rica por las grandes praderías que tiene, donde se curan muy delicados lienzos, que sin criarse lino ni algodon (porque se lleva de otras partes) se hacen los más sútiles y delgados de Europa, y dellos provee á muchas partes, y asimismo de trigo y otros mantenimientos sin tenerlos de su cosecha, sólo con el grande tráfico y comercio que tiene con las demas provincias y Estados de aquellos países y otros circunvecinos. La mayor riqueza que tiene esta Isla consiste en los muchos ganados que la apacentan, que dan abundancia de leche para hacer manteca, y grandes y sabrosos quesos con que provee y enriquece los demas países. Todos los caballos, bueyes y vacas que se crian, son los más grandes y corpulentos que se sabe. Tambien la hace muy rica las muchas pesquerías que tiene. Su poblacion es de veintinueve villas cercadas y muy fuertes; las más principales y populosas son, Dordreque, Harlem, Delfe, Leyden, Gonde y Amstredama y más de cuatrocientas aldeas y otros muchos

lugares que gozan de privilegios, y tambien las demas villas, como La Haya y otros. Asimismo tiene esta Isla debajo de su jurisdiccion ocho ó nueve pequeñas, y lo que más la adorna y engrandece es tener de ordinario en sus puertos más de setecientos navíos de alto bordo, sin muchas charruas y otros pequeños. Su circuito es de más de setenta leguas. La longitud y latitud no se puede medir, por ser de forma que en cualquier parte de esta Isla que esté una persona puede salir de ella en tres horas. Sus edificios y casas son hermosas, bien labradas, con muy lucidos y artificiosos jardines que las adornan y embellecen. Sus moradores son de grande ingenio, muy tratables y verdaderos; codiciosos del tráfico y mercadurías, y particularmente, como tienen la ocasion en las manos, son muy grandes marineros, y desde que nacen se inclinan á la navegacion, y tanto, que de algunos años á esta parte se han atrevido á correr las costas de las Indias orientales y occidentales, donde han hecho y hacen algunos daños.

SEÑORÍA DE UTREQUE.

La señoría de Utreque está situada hácia el Septentrion, Mediodia y Occidente. En la villa principal que tiene su mismo nombre hay un Consejo real con su Presidente y nueve Consejeros, y juzgan los pleitos por apelacion de todos los moradores de esta Señoría, la cual está incorporada con Holanda. Su poblacion es de cinco villas muradas y fuertes. Tiene setenta aldeas, y sus moradores el mismo trato, usos y costumbres que los holandeses.

ZEELANDA.

El condado ó isla de Zeelanda contiene en sí otras muchas pequeñas que tienen sus nombres particulares. Están situadas en el mar Océano, más adelante de Holanda hácia el Poniente y al Mediodia, frontero del ducado de Brabante, y los dos po-

derosos brazos ó canales del rio Esquelda las dividen de Flandes y Brabante, y como son tan bajas sucede muchas veces, en tiempos tempestuosos y de grandes avenidas y crecientes del mar, cubrirse, y las corrientes y aguajes, que son terribles, las suele mudar de una parte á otra, si bien afirman los naturales que las siete dellas quedan siempre más firmes y descubiertas que las demas que están al reparo de unas dunas ó montañas pequeñas de arena, que el movimiento del aire las fabrica y junta de suerte que parece están hechas á mano, ayudado asimismo del ímpetu y fuerza de las embravecidas olas del mar Océano; y por la parte de tierra están abrigadas de los diques que á fuerza de brazos tienen levantados para que las aguas no inunden las tierras y campañas, las cuales ofrecen mucho trigo y todo género de legumbres, y es tan buena la cosecha que jamás se conoce año estéril. Tiene esta Isla grandes y extendidas praderías para el sustento del ganado y de los demas animales que las apacentan. Tiene vistosos campos, buenas casas y edificios. Sus naturales son inclinados á la navegacion y á las pesquerías de salmones con que proveen á muchas partes. Su poblacion es de ocho villas muradas y fuertes. La cabeza della es Midelburgue con ciento y dos aldeas, y la mayor destas islas se dice Esquenose. Su circuito es de siete leguas, y en ella está la villa de Zirquizea, la más antigua de todo este Estado, y famosa por el desguazo que hicieron los españoles con tan inmenso trabajo, siendo guiados del coronel Cristóbal de Mondragon.

ARTOYS.

El país ó condado de Artoys confina con Picardía por la parte de Mediodia y por la de Levante con el de Cambray, y por la de Septentrion le divide de Flandes el rio Lis. El temple es el mismo que el de los demas países; sus campañas son muy hermosas y dan copiosa cosecha de trigo sin haber conocido esterilidad, y dél se proveen muchas provincias. Sus moradores solian ser muy ricos y aficionados al trato y mercadurías, y

como se vieron destruidos por la guerra la siguen, y crian muy valerosos soldados. Su poblacion es doce villas bien guarnecidas de murallas fuertes y ochocientas y cincuenta y cuatro aldeas y nueve castellanías. Hay suntuosos templos, grandes y ricas abadías, muchas y hermosas casas de placer. La cabeza de las villas deste Condado es la de Arras, y las más principales son Santomer, Betuna, Aire, Bapame y dos que en los tiempos pasados se desmantelaron; eran muy ricas y poderosas; llamábanse Terrovane y Hesdin el viejo.

HENAUT.

Las fronteras del país de Henaut confinan por la parte del Septentrion con Brabante y Flandes, y por la del Mediodia con Picardía y Champaygne, y por la de Levante con el obispado de Liege y Anamur. Tiene de longitud veinte leguas poco más ó ménos y diez y seis de latitud. Su poblacion es de veinticuatro villas, cercadas de anchos fosos y de inexpugnables murallas. Tiene más de novecientas y cincuenta aldeas con otros fuertes castillos y señorías. Contiene en sí muchas dignidades, ocho Condados, un Principado, veintidos Baronías, doce Pares, veintiseis Abadías, un Mariscal, un Chamborlan, un Senescal y otros muchos oficios y cargos perpetuos del Príncipe hereditario. Entre las principales villas que tiene, cuyos nombres son Valencienes, Condé, Landresi, Mariamburgue y Maguje, es la de Mons la más bella y de más levantados y vistosos edificios que hay en todos los Países-Bajos. Toda esta provincia es muy hermosa. Cruzan por ella muchas y agradables riberas; hay diversos árboles frutales, más que en ninguna de las demas de los Estados. Tiene muchos y espesos bosques, algunas fuentes, grandes recreaciones y jardines; sus campañas deleitosas y amenas. Tiene diversidad de minas de plomo, hierro y de piedras jaspeadas y blancas, y otras para edificios que se llevan á diferentes partes.

LUXEMBURG.

El ducado de Luxemburg, cuyo nombre toma de la villa más principal dél, confina con el país de Liege por la parte del Septentrion y con el condado de Anamur, y por la del Mediodia con el ducado de Lorena, y le sirve de frontera hácia Levante la ribera de la Moysela y confina con el arzobispado de Treves, y las selvas de Ardeña tiene al Occidente. Todo este país es montuoso, lleno de florestas de muchos y espesos bosques: ni es fértil ni abundante. Su circuito es de más de setenta leguas y le ocupan veinte villas cercadas. Tiene muchos y fuertes castillos; mil ciento setenta y nueve aldeas, siete Condados, muchas Baronías y gran número de Señorías. Su nobleza es grande, y han sido y son sus moradores los más leales á su Príncipe que hay en todos aquellos países. Son de nacion valona y cria muy belicosos y valientes soldados, y la religion cristiana está más arraigada allí que en las demas provincias. Las más principales villas que tiene son: Luxemburg, Arlon, Rodemach, Tumbilla, Virton, Manedi, Neuchaten, Dambiler y otras.

CONDADO DE ANAMUR.

El condado de Anamur está en Brabante y confina con los países de Liege y Henaut. Es pequeña provincia, algo áspera y con algunos montes; pero muy agradabable. Cruzan por ella dos caudalosos rios que son el Mosa y Sambre, entrambos navegables, que la hacen muy rica, y las muchas y diversas minas que tiene de hierro, de mármol blanco, negro y rojo, y otro mezclado. Hácese cantidad de salitre para el provecho de la pólvora, y no ménos la han enriquecido los ejércitos españoles que han llegado de Italia, que haciendo alto allí, sus moradores han tenido ocasion, más que en otras provincias, de vender sus mercadurías y frutas. Tiene diversidad de alegres

bosques, casas de placer, claras fuentes y jardines deleitosos. Tiene cuatro villas muy buenas, fuertes y bien muradas, que son: Anamur, Bobines, Charlemont y Vualenst y ciento ochenta aldeas, muchas y antiguas abadías y monasterios. Tiene un Consejo, y dél se apela á la villa de Malinas. Sus moradores hablan valon, son grandes soldados y hay muchos nobles de casas muy antiguas y conocidas. Son más aficionados á su Príncipe que otros, y en sus riberas apacentan muchos ganados. Hay alegres y vistosas vegas y sabrosas hortalizas; buenos y gratos mantenimientos y mucha caza; y en la villa más principal, que es Anamur, hay un fuerte castillo, donde el Sr. Don Juan de Austria se libró del rigor de los rebeldes cuando le quisieron prender y matar. Cerca desta provincia y de la de Lamburg, está la maravillosa fuente de Aspá, cuya agua llamada del Puhon hace maravillosos efectos, y bañándose con ella ó bebiéndola cura todas las enfermedades; es turbia y algo acida, más que la de Almagro en España. Vánse á curar á esta fuente varias gentes de todas las naciones de Europa.

DESCRIPCION GENERAL DE LOS ESTADOS DE FLANDES.

Todas estas provincias ó países, sujetas á el Rey, nuestro señor, son muy ricas y poderosas; el temple bueno; el aire húmedo, grueso y saludable, y engendra fecundísimos ganados que dan copiosamente sus crias, y tanta leche, que es cosa increible, pues con ella se sustenta todo el pueblo menudo destos Estados. Son muy domésticos y grandes, particularmente en Frisa y Holanda hay tan grandes bueyes, que suelen pesar á dos mil y á tres mil libras de á diez y seis onzas cada una, y de tan sabroso gusto que no hay carne que se les iguale. Los caballos son grandísimos y fuertes, particularmente en estas dos provincias y en la de Brabante, sufren el peso y trabajo de la guerra con inmensa mansedumbre y lealtad, no son muy proporcionados ni tan bien hechos como los de otras partes. Los más ágiles y ligeros son los que nacen en el condado de Flandes, y los que allí vienen extranjeros prueban mejor que en los demas países por causa de los mantenimientos y aguas. Hay muy pocas frutas, y esas sin sazon, por milagro llegan á tener el sabor que las de España é Italia; si algunas hay buenas son las guindas, peras y otros géneros de manzanas. Hay muy buenos y sabrosos repollos blancos y colorados, y otros que llaman col de flor, particularmente en Anamur, y muchos nabos que siembran en todas las campañas para el sustento del ganado, zanahorias, y chirivías hay muchas, y las cuecen con la carne y son de admirable gusto. Hay muchos y grandes puercos, y los de Brabante y Frisa son muy bravos, y tanto, que se ha visto sacar las criaturas de las cunas y comérselas. Tambien los lobos son más fieros y bravos que en otras partes,

hay muchos y salen de noche á los caminos, y si ven alguna persona descuidada la matan y se la comen.

No hay viñas en ninguno destos Estados de Flandes; en Luxenburg, en Liege, Lovayna y Anamur hay algunas, pero el vino que dan es muy áspero y sin gusto, ni las uvas tienen sazon ni sabor. No hay duraznos, melocotones, higos, ciruelas, priscos ni melones; hortaliza muy poca; no se crian berengenas; las lechugas, hierba buena, peregil y cebollino no tienen sabor, ni se siembran ajos, ni los comen, sólo en el país de Artoys y confines de Francia, pero muy pocos y sin la fuerza y gusto que los de España. No hay pimientos, azafran, sal, verdolagas ni género de legumbres como garbanzos, lentejas, arroz ni almendras, porque todo se lleva de España. No hay anís, alegría, ni ningun género de alominias. No hay olivas ni aceite, en lugar dél se adereza de comer con manteca de vacas. No hay árboles de ágrio, como naranjas, cidras, limones ni otras frutas desta calidad, ni en las campañas ni montes hay romero, espliego ó alhucema, tomillo ni ningun género de hierbas olorosas. No nacen encinas, abetos, pinos, laureles, tejos ni cipreses, pero hay bellas y empinadas hayas, altos y robustos robles y otros muchos árboles muy vistosos y extraordinarios, plantados con tan buen órden en hileras cerca de los lugares, abadías y casas de placer, que las hacen muy vistosas y amenas, y todo el año están vestidos de sus hojas, y se dice que de doce meses del año, los nueve son de invierno y los tres de infierno, y es la verdad, que en Julio, Agosto y Setiembre es tan excesivo el calor que no se puede resistir, y se ha visto muchas veces ahogarse algunas personas caminando en partes donde no hay árboles, particularmente en los páramos de Vesta. Hay mucha caza y animales silvestres, y todo género de pájaros y en mayor número que en otras partes, que se crian en las espesuras de las florestas, que son muchas y apacibles, y sus árboles tan vistosos y levantados que pone admiracion, y en algunos lugares marítimos se sirven dellos para la fábrica de los navíos y para edificios y otros materiales necesarios.

No hay alumbres, ni azogue ni azufre, pero algunas minas

de hierro y plomo y azófar. Cógese gran cantidad de rubia para tintoreros y mucho cáñamo. Hay lanas de todas suertes, mezcladas, son gruesas y no de la bondad que las de España. En algunas partes de Holanda y Frisa hay muchas garzas y aves de rapiña y de agua, provechosas, que se crian en los pantanos y lagunas; son de muy buen sustento. Gallinas hay muchas, gordas y de buen sabor, y tan ligeras en algunas partes, que vuelan como pájaros y se suben en los árboles y tejados, sin que se puedan coger, si no es de noche en los gallineros. Los pescados de agua dulce se venden vivos y los tienen en agua en las pescaderías, y los de la salada son muchos y de toda bondad, y en tanto número, que proveen la mayor parte de los Estados y provincias de Alemania y otras. Solamente de los ciciales dicen que montan más de quinientos mil ducados cada año; los salmones, doscientos mil, y las sardinas arenques, un millon y quinientos mil ducados al año. Hay muchas y famosas riberas que cruzan, riegan y bañan lo mejor de los Países-Bajos; las más principales son el Rin, que nace en las montañas de San Gotardo, el Bal, el Mosa, el Esquelda, el Emse y otros, con grandes canales, lagunas y brazos, y mucha cantidad de fuentes, particularmente en los países de Anamur, Henaut, Luxemburg y Liege.

Generalmente se dice que la poblacion destos Estados, sin las muchas casas de placer que tienen, sin castillos, heredades y haciendas todas pobladas, son más de cuatrocientas villas, que en España é Italia se llaman ciudades, todas cercadas de fuertes murallas y ceñidas de grandes fosos, y más de trece mil quinientas aldeas con sus iglesias, que algunas dellas tienen á cinco y á seis mil vecinos como Popringas, Nueve-Iglesias, Vallu, Ponteterra, Marvile, Anacote y otras, en el condado de Flandes y en Brabante, Tornaute, Hostrate, Rosendal, y en esta conformidad hay en los demas Estados otros muchos lugares y aldeas que gozan de los mismos previlegios que las demas villas muradas, y toda su tierra es aparejada á la generacion y conservacion humana. No hay sabandijas ni animales ponzoñosos, ni hay truenos, relámpagos ni rayos, ni muchas

tempestades, porque como la tierra es tan baja y el aire húmedo y templado no da lugar que las haya. Todos sus moradores son dados generalmente á las mercadurías, la mayor parte á las armas, porque las prolijas guerras de tantos años los ha enseñado á ser grandes soldados y valerosos, si bien el vicio tan grande del beber los ha hecho muchas veces prevaricar del uso de la razon, y es lástima que en tierra tan populosa y rica, y de la mayor recreacion que hay en Europa, pues para encarecer cualquiera cosa se dice comunmente en nuestra España: «no hay más Flandes», y ser los primeros que recibieron la fe de Jesucristo entre los de Alemania y Francia, y que con mayor reverencia la han conservado, hasta nuestros tiempos, se hayan olvidado de Dios por nuestros pecados y recibido la herejía, perdiendo la obediencia á su natural Príncipe y señor. Y para que se conozca cuán buenos cristianos fueron, se ve por las muchas abadías, altos y sumptuosos templos; y ricos hospitales que hay en todos estos Estados ó Países; aunque algunos derribados y consumidos por los herejes, y todos muy labrados y vistosos, tenidos en mucha veneracion, y dotados de tantas rentas que hacen ventaja á los demas de Europa.

De su naturaleza son todos los flamencos altos de cuerpo, hermosos, bien hechos y proporcionados. Son dados á las letras, particularmente á las humanas, y al ejercicio de las lenguas naturales y extranjeras, y sin salir de sus casas usan todos tres ó cuatro, como la alemana, latina, flamenca y francesa. Son de naturaleza frios, y cualquiera cosa hacen con mucha flema y reposo. Pocas veces se enojan y encolerizan. No son soberbios ni áun viciosos, ni mienten, ántes son tan verdaderos, que primero se dejarán morir que decir una mentira, y algunas veces se ha visto dejarse ahorcar muchos en la guerra, que se buscaban para guías, por no decir cosa en daño de sus vecinos, y con asegurarles las vidas si decian lo que les preguntaban, no quererlo hacer sino morir. Tal es su fidelidad, costumbre y naturaleza. Son muy amigos de novedades y de adquirir hacienda, y deseosos de ser muy ricos, y tan avarientos que pocas naciones se les iguala. Son tan fáciles en creer

cualquiera cosa, que con poca diligencia los engañan, y unos á otros se tienen poco amor, y con pequeña ocasion se aborrecen y hacen la guerra, siendo tan vengativos como animosos en emprender dificultades que nadie con tanta presteza las acomete, y tan duraderos en esto, que aunque vean su perdicion á los ojos no admiten consejo ni desengaño, y son tan pertinaces que se dejan acabar las vidas ántes que volver atras. Cuando por sus delitos están al pié de la horca, tienen un bárbaro ánimo, que jamás se les ha conocido temer la muerte, ni turbarse, ni mudar el color del rostro. Desde las once hasta las doce del dia, que es una hora que les dan de vida hasta ejecutar la justicia, la ocupan con una copa y jarro en la mano, bebiendo y brindando al verdugo y á los que los están mirando ahorcar. Dicen muchas cosas, que envian encomiendas y recaudos á sus parientes y amigos ausentes, sin acordarse en el paso que están, sino solo de beber, y en dando las doce se callan, y ellos con su mano se ponen el lazo al cuello y se arrojan de la escalera con un ánimo increible, particularmente los valones. Son muy ingratos; jamás reconocieron beneficio, y en vez de agradecerlo agravian y maltratan con poca ocasion al que les hace algun bien, como se ha visto y se ve por experiencia las muchas veces que fueron por sus rebeliones conquistados y perdonados de sus señores y de los Sumos Pontífices, perdiéndolos el respeto, y siempre con las armas en la mano, por fuerza dellas sujetándolos, como lo hicieron en su tiempo los condes Guido, Felipe el Bueno, los dos Luises, Cárlos *el Atrevido*, Joan el segundo, y en los años de 1303 y los de 1306, 1382, 1404 tuvieron otras muchas rebeliones, y todas se apaciguaron por fuerza de armas, y el año de 1492 hizo lo mismo Maximiliano el primero, y últimamente el Emperador Cárlos quinto, de feliz memoria, y las que en nuestros tiempos se han visto apaciguadas por el prudente Rey Felipe II, nuestro señor; y hoy el cuarto, continúa las guerras con ellos, y procura sujetallos con el trabajo, gasto y asistencia posible, sin sacar más fruto del que se ve por experiencia, pues tan sin ocasion toman las armas cada dia, perdiéndole el respeto, y

lo mismo á Dios, nuestro Señor, y á sus Santos, quemando sus reliquias y derribando sus templos.

El mucho beber, privándoles de sus sentidos los ha traido á este miserable estado, y aunque lo conocen, no se van á la mano, ántes perseveran con más calor, como si el que les da la bebida les hubiese de librar de semejante vicio, y no hay que maravillarse lo tengan tan grande, pues lo maman con la leche desde niños al pecho de las madres, y el rato que las dejan les ponen en las manos unas tetas de madera contrahechas, llenas de vino ó cerveza, y maman en ellas de la misma manera que de las naturales, como si fuera leche, hasta que los destetan. Deste artificio, mezclado con la naturaleza, les viene tan notable daño como la embriaguez. Las mujeres, aunque beben, jamás se privan de su juicio, y son más sóbrias, y dellas pende todo el gobierno de sus casas y familia y sus tratos y contratos. Son tan diestras y pláticas en esto y en escribir, leer y contar por cifra, que pocos hombres se les igualan, ni en el saber las cuatro lenguas necesarias y que se acostumbran en estos países. De su naturaleza son libres y muy blancas, rubias, hermosas y corteses; poco limpias en el comer, pero en el vestir muy aseadas, y tan bien entendidas, que no hay ninguna que no dispute cosas de la fe como si fueran teólogos, porque en su vulgar tienen muchos libros impresos, particularmente la Biblia, y de muy tierna edad la aprenden y tienen en la memoria. Como no hay Inquisicion ni quien les vaya á la mano, déjanse llevar del sabroso entretenimiento de la lectura, y con facilidad caen en grandes errores por los muchos escritos que hay heréticos y depravados que de los reinos y provincias circunvecinas se llevan impresos y se admiten sin ningun escrúpulo. Son en sus acciones como hombres, y en la mayor parte de las cosas que á sus maridos les toca y conviene, porque demás de ser las que tratan en las mercadurías y gobierno de sus haciendas, casas y familia, son barberas y asisten en las tiendas á quitar el cabello ó barba á los que van á afeitarse, con tanto aseo, limpieza y desenfado como si para ellas se hubiese inventado semejante oficio, porque como

sus maridos asisten lo más del tiempo en las tabernas, suplen sus faltas con más policía y cuidado que ellos. Son tambien grandes marineras, pues el gobierno del timon, que es lo más esencial y de mayor confianza en un navío, se fia dellas, y acontece en los que van y vienen de Holanda á Flandes y en las charruas que por los navillos y rios navegables llevan sus mercadurías, donde no van más de dos ó tres hombres para el aparejo de jarcias y dar las velas, ir ellas en la timonera con el leme en la mano gobernando el navío, y por no desaprovechar el tiempo algunas veces le atan con un cordel y toman la rueca y van hilando y haciendo labores caseras siempre que el tiempo y el mar les da lugar á ello, de suerte que con gran vigilancia acuden á lo uno y á lo otro; tal es su codicia y modo de gobierno, que pocas veces ó ninguna se ven ociosas. Son muy varoniles, y tan animosas, que en las defensas de las ciudades y en otras facciones de guerra han trabajado y peleado con mucho valor, excediendo en esto algunas veces á sus maridos; y en tiempo del Comendador mayor, cuando los españoles batian desde el castillo de Amberes á la villa, llevaban entre dos doncellas hermanas una espuerta de tierra á la muralla, una bala de artillería arrebató á la una y la mató, y la otra, sin ninguna turbacion, volvió á trabajar, y con tanto ánimo como si no la hubiera sucedido nada, que áun para un hombre valeroso fuera gran osadía, cuanto y más en valor de mujeres flamencas. Al amor y crianza de sus hijos acuden con grandísimo cuidado, y despues de haber cumplido con las obligaciones de su casa, van á media noche á buscar á sus maridos á las tabernas, cada una con su linterna, y los traen de la mano dando caidas, y algunas veces en brazos porque la fuerza del vino ó cerveza los desatina de suerte que no ven donde ponen los piés. El vicio que en esto tienen es tan grande, que se alcanzan unas borracheras á otras, tanto, que me obliga á escribillo por cosa particular, y como les han hecho callos no las sienten, y si algunas veces son reprendidos no les falta disculpa y dar la rechaza, porque han hecho uso desde que los primeros moradores poblaron aquellos Estados, que por ser tan frios eran yer-

mos é inhábiles, y para poder conservar la salud y dar calor á las venas los ordenaron los médicos bebiesen el vino no muy templado, y en el corazon del invierno, cuando los frios y yelos fuesen más recios, se desmandasen una vez al mes algo más de lo ordinario, bebiendo mayor cantidad y puro, para resistir la fuerza y rigor de la inclemencia del tiempo, y aunque esto se les dió por medicina, ellos lo hicieron vicio, porque se fueron desmandando, tomándose tanta licencia que todas las horas del dia no hacian otra cosa; y como lo heredaron de sus padres y mamaron en la leche, no quieren perder esta costumbre, si bien conocen les es tan dañosa, y aunque con su ingenio han fabricado muchas y buenas estufas, con hermosas vidrieras y bien aderezadas, que con poco fuego pasan con gran regalo el frio, demás de haberles Dios proveido de tantos bosques, donde la leña es tan barata que no les cuesta más que el cortarla, no se van á la mano ni usan destos remedios que podrian, ántes se envician y buscan ocasiones para beber y emborracharse, haciendo muchos extraordinarios y expléndidos banquetes, y aunque sea el más triste y pobre oficial, todo lo que trabaja y ahorra en el discurso del año, lo guarda para bebérselo en un dia, y toda su vida pasa en su casa con su familia, con pan de centeno mezclado con la harina de una semilla llamada buca, que lo hace ágrio, pegajoso, muy negro, áspero y de mala sazon, y un poco de manteca de vacas, que en flamenco la llaman buter, derivado del nombre latino *butirum*, cocida y salada, y las más veces con el suero que sobra della, que se llama butertmeleca, que en nuestra lengua quiere decir leche sacada la manteca, y tras este mantenimiento beben cerveza pequeña, que es agua cocida con salvado; y andarán vestidos todo el año con unos calzones y jubon de gamuza ó ante remendado, que dura un siglo, y en otras mil lacerias, para una ocasion de un dia donde gastarán doscientos ó trescientos escudos, si se les ofrece, en una comida, particularmente en el vino, no contentándose con los convidados que se lo ayuden á beber, sino tambien los que pasan por la calle los entran en sus casas y les brindan y beben hasta caer. De ordinario se están tres y

cuatro dias sin levantarse de la mesa, alegrándose y entristeciéndose, que tal vez engendra el vino humores tristes, y tal alegres, pero jamás riñen ni se enojan, y si hay alguna pendencia entre ellos, es sobre no querer beber, ni hacer la razon cuando se brindan, ni como están privados del sentido y della, no todas veces la tienen para aceptarla, y al que no se embriaga dicen que es traidor y enemigo de la patria, que por no descubrir la mala intencion que tiene guardada en el pecho no osa beber por no perder el juicio, porque cuando están sin él dicen lo suyo y lo ageno, y hablan tanto que no hay quien los entienda, y siempre tienen ocasion para usar deste infame vicio, porque si les nace el hijo, beben y se convidan celebrando el contento del nacimiento, y cuando lo bautizan lo mismo; si se les muere, beben de la misma manera y dicen neciamente, que emborrachándose acá descansa el alma en la otra vida. Aunque privados de sus sentidos, cuando salen de las tabernas se encadenan de los brazos unos con otros. Tienen tan grande tiento por no caer en el suelo, que van dando oleadas unos tras otros, y en llegando al último tiene cuidado de hacer gran fuerza para no caer y detiene la ola de los demas, y van por todas las calles desta manera, y se van quedando en sus casas de uno en uno, y para ir sin juicio las conocen, que es de mucha consideracion y de muy gran risa verlos desta suerte.

Son muy supersticiosos, tienen algunas gentilidades extraordinarias; tambien cuando se casan beben y hacen opulentos y grandiosos banquetes. Si enviudan, es lo propio; si compran ó venden alguna cosa, van á hacer el concierto á las tabernas. Fuera dellas no acostumbran ningun trato, ni contrato ni casamiento, ni género de otra cosa sino es bebiendo. Cuando están enfermos y hacen testamentos, dejan cláusulas en ellos aplicadas para vino, y que despues de sus dias les beban el alma. Esto, más que otras cosas, encargan mucho á sus albaceas, y si algun marido y mujer han vivido casados cuarenta años, el dia que los cumplen van á la iglesia y oyen una misa, y hacen en su casa el mismo banquete y fiesta que hicieron cuando se casaron, confirmando de nuevo el matrimonio,

todo á fin de beber, sin que deje de pasar por este rigor todo género de gentes, aunque sean de cualquier calidad, salvo las mujeres que siempre están en su entero y libre juicio. Tambien acostumbran en la mesa modos de brindis extraordinarios, no vistos en ninguna parte, y despues de haber bebido á todas las saludes de sus deudos, parientes y amigos, Príncipes católicos y herejes, porque siempre entre ellos hay varias sectas y ritos que observan y guardan de Lutero, aleman; Calvino, frances y otras, como anabaptistas, evangelistas, libertinos, epicúreos, zuinglianos y adamitas. Estos últimos son los que no mienten ni se vengan, y las injurias las reciben por amor de Dios, y se asen de las manos y se encadenan de los brazos con las copas llenas en las manos, entre un hombre una mujer, que siempre guardan este órden en el sentarse. Beben, y sin limpiarse las bocas se besan, sin reparar que el uno bese la mujer del otro. Este brindis se llama el Hunganot, y en esta conformidad hay otros muchos, todos inventados para este vicio de beber, de suerte, que pocas horas tiene el dia que no las ocupen en esto, inventando siempre cosas no vistas para ello.

Tambien acostumbran entre los Jueces, cuando han de sentenciar algun pleito grave y de importancia, aunque sean árbitros, beber en ayunas cada uno una copa de vino blanco; dicen que para abrir los entendimientos lo hacen y para tener mejor juicio. Luégo dan la sentencia muy atentadamente, si bien despues no les falta ocasion para asegundar. Cuando por sus devociones ó por cumplir con la parroquia reciben el Santísimo Sacramento, no toman el lavatorio en la parte donde comulgan, sálense á la puerta de la iglesia donde hay una mesa con algunos belcomes llenos de vino, que son unos vasos muy grandes de vidrio ó de plata ó estaño, y beben los que han comulgado y ofrecen en un plato que hay en la mesa la limosna que les parece y adoran en un relicario ó imágen. Esta ceremonia, inventada sólo á fin de beber, la he visto usar á muchos sin haber comulgado, en particular á algunos soldados necesitados, que por gozar del lavatorio se iban á las iglesias.

En algunas provincias destos Estados, el Jueves Santo en la

noche acostumbran en memoria del Santísimo Sacramento, que Nuestro Señor instituyó, hacer una bebida espesa del mejor vino blanco que hallan, y la confeccionan de tal suerte, que parece sangre, y se juntan todos los vecinos amigos y deudos y la beben con mucho gusto, y dicen que es la de Jesucristo. Supersticiosamente dan crédito á esto á fin de beber y embriagarse. La víspera de San Martin y el dia siguiente es tanto lo que se bebe en cada casa, que no hay número. Celebran sus fiestas con grandes banquetes y borracheras, gastan más vino estos dias que en todo el año. El de los Reyes y su víspera hacen un rey en cada casa, por suertes, y le obedecen y sirven como á tal, y cuando bebe le hacen gran fiesta con voces solemnes y regocijadas, y desde la víspera de Navidad hasta los Reyes, la cual llaman Dartinavont, que quiere decir la trecena noche, ponen en memoria della trece candelas encendidas, de cera blanca, en cada casa en las ventanas, que salen á la calle detras de las vidrieras, todas en hilera hasta que se acaban, en memoria de las trece noches que hay desde Navidad hasta los Reyes, y en todas ellas se convídan y emborrachan. Usan esto á fin de tener ocasion para beber, si bien lo hacen sin ninguna desde la mañana hasta la noche, poniendo tanto punto en esto como si fuera de reputacion, de tal suerte, que la pierde el que no acepta los brindis que le hacen y queda inhabilitado de hallarse en juntas y banquetes y otras fiestas, las cuales son tan públicas que no dejan de venir á noticia del pueblo; pues en cada casa las usan, y en la que hay algun difunto, para que se sepa, desde su puerta hasta la de la iglesia ponen gran cantidad de paja muy tendida por donde ha de pasar el muerto, al cual le están bebiendo el alma tres dias naturales, y despues dellos le llevan á enterrar y por el rastro de la paja conocen donde le hay y entran á beber, que es el mayor regalo y lisonja que pueden hacer al viudo ó viuda, hermano, padre ó pariente del difunto, pareciéndoles, aunque mal, ha de descansar en la otra vida miéntras más le beben el alma, como ellos dicen, en esta.

Esto he escrito acerca desta materia para que se entienda

el modo de vivir desta gente, no porque sea mi ánimo decir mal della, y con todo lo escusára, mas visto que ellos se honran tanto con Céres y Baco, qué mucho que yo lo escriba. Tienen otra supersticion necia y desatinada sin fundamento ni razon, y esta predomina en todos estos Países-Bajos, y es que, de los doce Apóstoles de nuestro señor Jesucristo, sólo ayunan y celebran sus fiestas á los que están á la mano derecha y á los de la siniestra como si no fueran, y lo tienen por tan gran fe como la que profesan, sin dar otro sentido á esto más de como los ven pintados en algunos templos y á nuestro Señor en medio dellos, pareciéndoles que sólos los seis que tiene á la mano derecha son dignos de celebrarles sus fiestas.

Tras todo esto tienen una costumbre digna de imitarla todos los Príncipes del mundo para conservar sus Estados en paz y defenderse de sus enemigos, casi semejante á la nueva milicia que el Rey, nuestro señor, ha establecido ahora en sus reinos de Castilla, tan amada de los celosos de su servicio como aborrecida de los Gobernadores de algunas ciudades que por sus particulares intereses no la quieren ni admiten, cosa digna de gran remedio, y que por no ser este su lugar dejo de apuntar muchas que guardo para otro en mejor ocasion. Usan los flamencos en todas las villas y lugares de los Países-Bajos muchas cofradías en honra y gloria de los santos que celebran y tienen por abogados. El fruto que dellas se saca y de las grandes limosnas que tienen lo emplean en obras pías, particularmente en los años pasados cuando tenian ménos guerras, más conocimiento de Dios y mayor obediencia á sus Príncipes, criaban huérfanos y sustentaban los pobres. Y aunque este era el verdadero intento, le tenian tambien para defenderse de sus enemigos y para apaciguar los rumores y motines que suelen ofrecerse en las repúblicas, porque estas cofradías están armadas y son tan belicosos y pláticos los soldados ó cofrades dellas que bastan para defender sus Estados, porque las armas que tienen y ejercitan son iguales á las nuestras y mucho mejores, más limpias y más bien aderezadas, porque fuera de la pica, que es reina de las armas, y del arcabuz y mosquete en que están tan dies-

tros y ejercitados, usan tambien ballestas, montantes y arcos, solamente para saberlos manejar, si se les ofreciese, que para la guerra se sirven de las primeras como más usadas en ella. Con este buen órden se conservaban en paz y atemorizaban á sus enemigos sin dar ningun gasto á su república ni á sus Príncipes, á los cuales les hacian su guardia y siempre que caminaban por sus provincias les acompañaban las cofradías de una villa hasta la otra, y por todas las demas que pasaban les iban recibiendo y dejando hasta haberles acompañado á la parte donde iban, y luégo se volvian á sus casas sin hacer ningun desórden ni gasto, porque á su costa era todo lo que habian menester. Estas cofradías fueron y son hoy dia gobernadas por sus Capitanes, Alféreces, Sargentos y Cabos de escuadra y todos subordinados á los Burgomaestres, que son semejantes á los Corregidores de las villas, como lo es un Maestre de Campo en su tercio. Demás deste buen órden, tienen estas cofradías ó compañías un Rey en cada una, el cual eligen el dia de San Juan Bautista; habiéndose recogido todos los soldados ó cofrades en casa de su Alférez, de donde salen todos en órden con su bandera, cajas y pífanos, marchando con muchas galas y bizarría, haciendo grandes y apresuradas salvas de mosquetería y arcabucería hasta llegar al puesto que para la eleccion del Rey tienen dedicado, que es una campaña rasa, donde hacen su escuadron y en la frente dél plantan en el suelo un grande árbol muy levantado, y en lo alto dél ponen una pica y en el remate della un papagayo de madera muy bien hecho y pintado, y todos por su órden dan el primer lugar al Gobernador de la provincia ó villa, que se halla presente, y le ponen su arcabuz en la mano y con bala rasa tira el primero de todos al papagayo, y este tiro es en nombre de su Rey y natural señor, y si le derriba, todos hacen grandes regocijos y salvas, mostrando mucha alegría y le llevan por toda la villa dando una gran pavonada, haciendo alarde y muestra del regocijo que tienen; y en premio del buen tiro que hizo le eligen por Rey. Y cuando todos han tirado en nombre de su Príncipe y no han derribado el papagayo, tiran luégo todas las cofradías, cada

soldado de por sí, y ha de durar esto hasta que uno le derribe y caiga en tierra, y habiéndolo hecho, se regocijan y alegran mucho con banquetes y con tantos brindis, que no cesan hasta que se retiran á sus casas, y esto á costa de las cofradías; y si por suerte derriba uno el papagayo, tres años arreo, como muchas veces se ha visto, le eligen por Emperador con más extraordinarias fiestas y banquetes que al Rey, y queda franco toda la vida de los gastos de las cofradías y goza de otras muchas exenciones; y para ejercitarse en las armas tiene cada cofradía señalado un jardin donde hay un terrero, y todos los dias de fiesta se juntan en él á ejercitar las armas despues de comer; unos tiran con arco, otros con ballesta, arcabuz y mosquete, y tambien ejercitan la pica, montante y alabarda con grandísima destreza y puntualidad, y todo lo que se gana ó pierde y el premio que se dá al mejor tirador y más diestro en las armas, se aplica para meriendas y brindis, que en esto viene á parar todo, sin permitir ningun dinero ni otro interes.

Desta manera crian estas cofradías muy pláticos soldados, y como están dentro de las ocasiones platican discursos de la guerra, de suerte que nos la han hecho y hacen, de tal manera como se ha visto, pues á no haber hallado los españoles á los flamencos tan pláticos en las armas, hubiera habido mucho ménos que hacer con ellos de lo que se ha hecho; y el que en las cofradías es Rey, tiene dos votos en el Ayuntamiento y el mejor asiento, pero mucho más supremo el que es Emperador, y este tal entra libremente en todos los actos públicos y privados de las cofradías y es libre y exento de cualquier tributo que pagan los demas cofrades, y por la Majestad que representa el Emperador le dan el Toison de Oro, con un papagayo pendiente, lleno de varias piedras y esmaltes de mucho precio y valor, y es de derecho suyo para él y para sus sucesores; y en las procesiones que hacen, á las cuales llaman humegangas, y á las demas fiestas caramesias ó férias, lleva siempre el mejor lugar, y como ya he escrito, en tales actos van todos con sus armas y bandera en órden de guerra como si hubieran de pelear, guiados de sus Capitanes. Destos ejercicios milita-

res que de tantos años atras acostumbran los flamencos, les viene el ser tan grandes soldados y tan diestros en las armas, como ya he escrito y nos lo muestra la experiencia, y de aquí les viene tener en sus Estados tantas armas como hay en ellos, bien diferente de nuestra España, si ya con el tiempo y con la nueva milicia que el Rey, nuestro señor, ha establecido, no se fabrican y mejoran las cosas para defensa de sus reinos, tan necesarias como se ha visto. Son tan puntuales estas cofradías ó compañías de soldados en recogerse, que á un toque de campana se hallan armados y á punto de guerra y tan diestros como se puede desear, y si no hubieran perdido el respeto á Dios, conservváranse en la obediencia de su Príncipe como se conservarán todos aquellos que militaren debajo de la proteccion de la fe católica.

Y para que mejor se entienda diré, que fuera destos ejercicios militares, sus comedias, toros, sortijas, cañas, regocijos y fiestas de otras partes, son en estos países banquetes y brindis, y como no son tan bárbaros que no han llegado al conocimiento dellas, tienen ley establecida para que no valga ninguna escritura que no sea hecha ántes de comer, porque desde aquella hora hasta que otro dia amanece están privados de su sentido, con no haber en todos aquellos Estados ni cogerse ningun vino, porque así como de España llevan á Flandes por la mar azúcar, higos, pasas, almendras, piñones, naranjas, limones, aceitunas, alcaparras, clavos, pimienta, ajenjibre, canela y todas las demas especias, ni más ni ménos llevan el aceite y el vino de toda el Andalucía por la mar. El de Xerez, Alanis, Cazalla y Constantina, y Pedro Ximenez de Málaga con las rivadavias de Galicia y de Canarias y otros vinos embarcados en San Lúcar ó Sevilla, y llegados á Flandes son mucho mejores, porque como van más cerca del Norte, la frialdad los purifica y sazona mucho mejor que donde se crian. Y sin estos llevan de Francia aloques ó clarete, por extremo buenos, particularmente los que se crian á las riberas del Rin en Alemania, que son excelentes y de mucha bondad, y hay tantos como si allí se cogiesen; pero muy caros por los

muchos portes y dacios que se pagan, y como carecen dello lo apetecen tanto y se les hace tan barato, que aunque sea el más triste oficial que haga un banquete gasta cincuenta y ochenta ducados de vino como si fueran dos maravedís, porque en semejantes ocasiones no reparan en el dinero ni en dar algunos violones cuando hay sarao, que suelen costar treinta ó cuarenta escudos por una ó dos noches cuando las damas que festejan se los piden, porque son grandes bailadoras y tan amigas de danzar como ellos de beber, y la mayor fiesta que les pueden hacer es llevalles quien les taña con estos violones; pero tan caros como he escrito, y se pican de manera que se están danzando dos ó tres dias con el mayor gusto del mundo, y en faltándoles el son lo hacen con la boca, y al compás dél, con algunas canciones amorosas que cantan, se entretienen y desvelan, y tan embebecidas en esto el tiempo que dura que parecen atarantadas. Son tan simples en su trato y conversacion amorosa que no se les conoce malicia. Déjanse asir de las manos y besar en el rostro, aunque sea de extranjeros, sin que por esto tengan algun amoroso incentivo. Tanta es su frialdad, que sucede tener galanes que las sirven diez y doce años sin haberles permitido cosa deshonesta ni contra su reputacion, y al que aceptan para marido, á ese sólo favorecen y reciben en su casa delante de sus padres y á todas horas les dan ósculos y abrazos, sin que esto sea entre ellos malo ni se entienda hay género de malicia, sino que es naturaleza y costumbre. Todo su amor es como mercaduría y cosa vendible; el que más da, ese goza lo que desea, porque jamás ellas se enamoran de buen talle, de discrecion, calidad, valor ni nobleza, sino del que tiene más dinero; y hay dama que entretiene diez y doce galanes y á todos favorece con gran simplicidad en el trato sin que en ellos haya celos ni cosa semejante, y el que primero llega la corteja y sirve, parlando todo el dia hincado de rodillas delante della, su rostro cerca del suyo y los demas galanes están presentes, y en levantándose llega el que primero puede á ocupar su lugar y le dice sus ternuras y lo que se le ofrece, sin que saque más fruto que haberse entretenido, y ellas tie-

nen hechas tantas razones y tan á la mano, que como les cuesta poco sobran para todos; pero al que han aceptado por suyo, para casarse, tienen con él diferente correspondencia, y para probar la condicion destos, usan algunos flamencos, al que han de escoger por yerno, le entran en su casa y le emborrachan, y si la mona que hace es alegre, llorona ó dormilona, le estiman y hacen gran fiesta y le casan con su hija; pero si es impaciente y furioso, por ella, echando de ver ser mal acondicionado el yerno, y no le admiten por tal y procuran deshacer el casamiento, y así son muy acertados todos los que hacen. En algunas partes de Brabante, Güeldres y Frisa, es la tierra fofa y esponjosa, y della cortan unos pedazos como céspedes ó adobes, y los secan al sol y al aire en la misma parte, y hacen montones muy grandes dellos, y sirven de leña para calentarse y aderezar de comer, hace muy ardiente y viva brasa. Usan della de invierno y verano y la llaman turba, y del carbon de piedra, llamado honille en los países de Liege, Henaut y Anamur y otras partes, es piedra viva, y hay minas della y se enciende como carbon, y aderezan de comer con ella y se sirven en muchas provincias llevándolas por el rio Mosa en barcas. Su fuego es ardiente y con el agua se enciende más, y si la soplan se muere y tambien con el aceite, bien al contrario de otros fuegos que con él arden más. La cerveza usan della como vino; hay unas más fuertes que otras. Siembran viñas que crian unos espárragos largos y dellos y de su hoja sale una flor ó hierba hope, que llaman oblon. Despues de seca parece sena de la que sirve para purgar. Este oblon cuecen en grandes calderas de hierro con trigo ó cebada ó avena, centeno ó salvado, y estos materiales hacen á la cerveza ser una más fuerte que otra. La de trigo es, despues de cocida, rubia como legía y hace espuma cuando se echa en las vasijas para beberla ó en los toneles para guardarla. Embriaga tanto como si fuera vino muy fuerte. La cerveza de cebada es más sana y no emborracha tanto y es más barata. La de avena y centeno tiene su más y ménos, y diferencian en el color y en la fuerza y precio. La de salvado es la más barata y sin ninguna sustancia; llámanla en flamenco, de-

muir, que quiere decir pequeña cerveza, y los valones la dicen petitabiera; á la de trigo, cerveza doble; á la de cebada, entredoble, y en esta conformidad las nombran siempre que las han de comprar ó beber. La de Inglaterra, dicen, es la mejor que se hace, y en los Estados de Flandes las de Amberes, Hugarda, Meni y Lovayna, si bien en el país de Liege hacen algunas más picantes y olorosas por cierta hierba que les echan mezclada con el oblon y tambien las hace ser raspantes y de buen gusto. Hay en aquellos Estados mercaderes de á más de cien mil ducados de hacienda, que sólo tratan en el oblon, del cual hay siempre llenas muchas sacas como de lana y las ponen en las baterías por defensa para resistir los asaltos de los españoles, y tambien son muy ricos los que hacen la cerveza y los que tratan en corambres por la mucha vaqueta que gastan, y las acarrean en Amberes y otros partes en unos carretones que los tiran perros muy grandes, y los tienen tan industriados, que sin persona que los guie llevan los cueros á las tenerías, y en descargándolos se vuelven solos á sus casas, y desta suerte los llevan de una parte á otra hasta que se acaban, porque como es gente tan ingeniosa, los tienen enseñados para este y otros efectos.

Es Amberes la más rica y vistosa villa que hay en Brabante; está en los confines de Flandes, y deste condado la divide el poderoso rio Esquelda que le tiene al Poniente. Está fundada en lugar llano, ameno y deleitoso por las muchas aguas que tiene. Es una de las más inexpugnables plazas de Europa, y demás de sus grandes riquezas, sin trescientos mil ducados que tiene de propios, es muy populosa y de grande vecindad, y concurso de varias naciones. Está cercada de fuerte y nueva muralla, y dentro muy adornada de suntuosos y levantados edificios. Hay en ella un famoso castillo guarnecido de españoles, y es el más fuerte que se sabe. No lo es ménos la villa, y está la muralla llena de árboles muy hermosos, plantados en hileras, con tan buen órden que la ilustran y adornan. Su terraplen es tan ancho, que pueden ir dos coches á la par sin embarazarse; es de hermosa y bien labrada piedra la cara que

mira al foso, y tan ancho y fondable que ninguno se le iguala. Tiene vistosas y frescas campiñas y ricos contornos. Lo que más la adorna y engrandece es el famoso rio Esquelda, que pasa por sus muros, y á ellos llega la creciente del mar, y tiene de ordinario más de quinientos navíos de alto bordo, sin otros muchos medianos y pequeños que por debajo de tierra navegando entran maravillosamente en la villa, hasta debajo de la plaza que llaman de la Mera. En esta hay algunas ventanas con rejas, que mirando por ellas los ven pasar cargados de mercadurías, que van en casa de sus dueños y en su puerta ó almacenes las desembarcan. Es cosa extraña y no vista en otra ninguna ciudad de Europa ver navíos por debajo della. Tiene otras infinitas cosas curiosas y notables, que por la proligidad se excusan. La famosa casa de los Estarlines la hace muy vistosa; la Bolsa, donde acuden los mercaderes á tratar sus negocios, la ocupan muchas y diversas gentes de diferentes naciones. Tiene la panda de la tapicería, que es como almacen donde se guardan para embarcarlas á diferentes reinos y provincias.

La policía de las casas públicas, donde la gente libre y forasteros van á divertirse es extraordinaria. Lo mismo hay en algunas villas destos países. Solian tener retratadas todas las mujeres que habia en la ciudad, de quien se tenia sospecha cierta y evidencia de sus flaquezas, y en llegando la persona que habia menester alguna, le mostraban todos los retratos, que hoy los tienen y ven colgados en salas y cuadras bien aderezadas, y escogian los que les parecia, y luégo iba el señor de la casa y le traia el original, y habiéndolo gozado se enviaba por vino ó cerveza, y con un par de brindis se confirmaba el haberse conocido; pero es de notar que si en alguna plaza, templo ó calle se encontraba con la dama con quien alguna vez trató, no le admitia ella razon ni respondia, haciendo demostracion de no haberle visto ni conocido en su vida, y esto con gran desenfado y honestidad; y si porfía, muestran ceño, persistiendo en su opinion como si no lo conocieran. Es costumbre y naturaleza de los flamencos, ó hábito que han hecho en esto, que en cualquiera destas casas de alcahuetes, que ellas

llaman macarelajes, donde se entretienen y van por su interes, les parece no pierden punto de reputacion, como si verdaderamente no hubiesen hecho ofensa á Dios, ni á sus maridos y deudos, y si, como ya he escrito, les encuentran en cualquiera parte y las hablan los que ántes las conocieron, se desdeñan y enojan, pareciéndoles que sólo en los macarelajes se tiene aquella licencia. Y porque algunos flamencos no hacen caso destas cosas, ni es gente celosa, jamás reparan en que puedan perder su reputacion con las flaquezas de sus mujeres; si bien muchas son honradas, pero otras las lleva la fuerza del interes á casa de los macarelos, á los cuales tienen granjeados para cuando hay ocasion de forasteros ó otras que pueden ofrecerse, para ser antepuestas unas de otras. En estas casas de alcahuetes hay diferéncia, unas más honestas que otras, donde acuden gentes de varios estados y diversas naciones, y las muy públicas son como las que llamamos en España del partido. Estos macarelos son puestos por la república, y los que salen del límite de sus ordenanzas son castigados. Tambien mujeres de tierna edad van de Holanda y de otras partes á la corte de Flandes, y se entran en los macarelajes á ganar su dote á costa de su salud y vergüenza, hasta que le tienen ganado, y con él se casan conforme su estado, y hallan maridos oficiales, más á fuerza de interes que de amor por el poco que tienen, y si alguna flamenca ha perdido la virginidad por la fuerza del interes, guarda el dinero que le dieran por ella hasta el dia que se casa, y se lo da á su marido, y él lo recibe con mucho gusto, y hace cuenta que ya que no la gozó entera en el matrimonio, es lo mismo, pues le dan el valor de la virginidad en dinero, el cual no entra en el dote, que este se restituye si muere sin hijos su mujer, pero lo demas no, porque lo tiene por hacienda propia, como verdaderamente lo es, segun la costumbre que tienen, y si alguna (que no todas) se inclina á querer bien, es tan firme y desinteresada, habiendo dilatado mucho tiempo el determinarse, que no hay ninguna que se le iguale en observar las leyes de amor. Son tan amigas de saber, que todas ó las más destos Estados, particularmente monjas y beguinas

y otras religiosas, están tocadas de la herejía, porque siendo inclinadas (como son) á leer, no habiendo quien les impida y vaya á la mano, tienen libros heréticos y prohibidos, y como estos no cuestan dineros, van por ellos á las librerías y se los dan de balde, porque de Ginebra, Inglaterra y de otras provincias los envian y derraman los herejes por todas las de Flandes para ceballas y sembrar su secta, y sin tener autor ni saber la persona que los ha compuesto; es tanta su ceguera y deseo de saber, que sin reparar en el error que hacen, se ejercitan en ellos y aprenden varias sectas de que están tocadas, y ni más ni ménos todos los hombres, pues son muy pocos ó ninguno que se escape dellas. Y aunque pudiera alargarme en escribir los muchos errores que tienen algunos herejes, mezclados con católicos en estos Países, solo diré lo que ví en un lugar de la provincia de Vasfalia, donde habia un convento de frailes y otro de monjas, las cuales vivian en lo alto dél, y los frailes en lo bajo, y eran muy grandes herejes, y ellas muy católicas y constantes en la fe; y para dar á entender los frailes que no eran calvinistas (porque éstos queman los templos y santos), sino luteranos, conservaban en el convento muchas reliquias y cuerpos de santos; y en otro lugar que se llama Ulsle, que es del conde de Ventamo, supe que era calvinista y la Condesa luterana, y sus vasallos libertinos, y procuraban reducillos cada uno á su secta. Tanta era la variedad desta gente y su obstinacion, que no conocian sus errores y depravadas costumbres. Y en este mismo lugar habia una costumbre digna de saberse; que cuando cogian algun lobo lo llevaban á la cárcel y le fulminaban el proceso, y luégo lo sentenciaban á ahorcar; pero si cogian alguno de menor edad lo alimentaban en la cárcel hasta que fuese grande, y en siéndolo le hacian la causa y le ahorcaban como á los demas. Parece que en esto se justificaban estos herejes en no perdonar hasta á los animales irracionales, como haciendo una tácita razon, y es que si no perdonaban á los tales, aunque carecian del uso della, ménos lo harian con los que la tenian si delinquian.

En todos estos Países-Bajos hay tanta curiosidad y policía en

sus repúblicas, que procuran siempre por el adorno y aumento de sus ciudades, y la mayor parte de las casas dellas son de madera muy bien labradas, sin ninguna clavazon, porque todas están asidas con tarugos y pueden armarse y desarmarse si se ofreciese, como camas de campo, y como están sujetas á quemarse, son tan curiosos los flamencos que en todas ellas tienen colgados unos cubos de vaqueta en los portales y muchas escaleras que se pueden ingerir unas en otras, con tanto artificio y presteza, que con grande brevedad, aunque la casa sea muy alta, ántes que suba el fuego están sobre ellas, y tan diestros los vecinos en ayudarse unos á otros, que de mano en mano, con aquellos cubos de vaqueta llenos de agua los van pasando y con mucha facilidad matan el fuego; demás desto tienen asalariados en cada parroquia, á costa de los vecinos, un hombre á quien de cada casa se le da un liarte cada semana, que es poco ménos de dos maravedís; llámanle haniquenne, que quiere decir guardia del fuego, y sirve de andar toda la noche por las calles de su parroquia dando voces, con una alabarda en la mano y una linterna encendida y un gran perro al lado que le acompaña, y dice que maten las luces y se acuesten, y tiene la obligacion de decir siempre la hora que es; desde las nueve de la noche hasta que amanece anda advirtiendo en alta voz que se guarden del fuego. Siempre estos hombres son graciosos y de entretenimiento y van diciendo muchas cosas de risa, como el que tuviere manceba ó amiga que no quiere que se conozca la echen de casa, porque es hora de amanecer; y desta suerte va cantando las de toda la noche; de manera, que aunque los vecinos sean muy descuidados los alerta y pone en cuidado para que maten los fuegos y miren por sus casas. Además del salario que tienen éstos haniquenuques, les dan en cada casa el dia de año nuevo su aguinaldo y él tiene obligacion de ponerles sobre sus puertas su retrato en estampa con su alabarda, perro y linterna, de la misma manera que ronda de noche, para memoria y darles cuidado de mirar por el fuego en sus casas. Sólo este pueden temer y no ladrones, porque jamás los hay ni se han visto en estos Estados, que la confianza que unos de

otros tienen es mucha, y es tan grande el castigo que se da al que es ladron, que no ménos lo paga que con quemarlo vivo, sin que se tenga dél misericordia. Otros hay muy excesivos y extraordinarios que por mayores y menores delitos se dan, pero jamás se ha visto castigar á nadie por hereje.

En Amberes, Bruselas, Brujas, Gante y otras partes usan estufas, que si bien para la salud no son provechosas, para la limpieza del cuerpo son necesarias en cualquier tiempo del año, y á todas horas van muchos hombres y mujeres á estufarse, y es de advertir que las que sirven á los estuferos entran en carnes, sólo con unos pañetes á bañar á los hombres, y despues de haberles bien bañado y limpiado con grande aseo, se quedan solas con ellos á ver lo que han menester, sin ningun escrúpulo ni malicia. Tan muertos tienen los pensamientos que por ningun caso en aquella ocasion, ni en otras, se les ha conocido cosa que no sea muy honesta, pero ya hay algunas estufas que tambien son macarelajes.

En los Países-Bajos maravillosas son la Torre de Hostrate, por extremo levantada y hermosa, la Custodia de Rosendal, toda de una pieza, labrada admirablemente; es de piedra pórfida alabastrina, y tan grande que llega á besar con el cimborrio de la capilla mayor del templo. El reloj de Cambray, cuyo artificio y música siempre que dan sus cuartos y horas hacen tan acordado son de campanillas que admira, miéntras van pasando los pasos de la Pasion, con tanto concierto y adorno que parece una cosa sobrenatural. Los órganos de Bolduque, de la misma manera, todo el tiempo que los están tañendo pasan todas las figuras del Testamento Viejo y Nuevo, haciendo tan dulce y sonora armonía, que recrea y entretiene la gente suavísimamente. En la corte de Bruselas hay edificios y templos extraordinarios, y cosas tan maravillosas, que son dignas de notar. En la iglesia de Santa Gul, que es la mayor, está el Santísimo Sacramento, que dicen del Milagro, que en tiempos pasados libró una devota mujer del rigor de los herejes, y puso entre dos vigas del techo de su casa, y andando en ella los enemigos de la fe, temerosa no le hallasen, lo volvió á la iglesia,

si bien hay quien dice que no, sino que lo dejó en su casa y que en ella sucedió este milagro. Otros afirman que fué en una de los herejes; pero lo cierto es, que en la iglesia donde entraron tras la mujer, y con sus sacrílegas manos le quitaron tres formas y las dieron de puñaladas, y fué tanta la sangre que salió dellas que se llenó toda la iglesia; los herejes, admirados, se fueron huyendo, temerosos no ser anegados, quedando la mujer libre con algunos católicos que allí se hallaron, volvió la santísima sangre á embeberse en las formas como si jamás se hubiese visto, quedaron convertidas en carne como se ven hoy en esta misma iglesia, y yo las he visto y venerado muchas veces en el Santo Sagrario que hay en ella. Es frecuentada de diversas gentes que le van á adorar de diferentes provincias, particularmente de las mujeres desta misma villa de Bruselas, que hasta las doce de la noche están de rodillas con gran devocion, y ántes del dia del *Corpus Christi* cada un año se hace una solemne procesion particular, y en ella van las Santísimas formas en una rica custodia, y por las calles por donde pasa, toda la octava, de noche y de dia van descalzas, y los jueves de todo el año, ganando las indulgencias que los Sumos Pontífices tienen concedidas á los que anduvieren por ellas, y aunque en la mayor parte destos Estados, por pecados nuestros se ha perdido la religion cristiana, permite Dios sustentar grandes santuarios, sin consentir que se destruyan, para darles á conocer sus errores, si bien han derribado infinidad de templos, y quemado muchos cuerpos santos y diversas reliquias, profanando tan sin temor de Dios los monasterios y casas de devocion.

La más frecuentada que ahora hay, entre otras muchas, y que hace grandes milagros, es Nuestra Señora de Hao, en la misma villa deste nombre, y entre ellos fué uno por donde se ha acrecentado la devocion, que estando batiendo un ejército de herejes esta villa para asaltalla, todas las balas de la artillería que daban en las murallas como si fueran pelotas de viento, se volvian con el bote, sin hacer mella ni señal, contra los herejes y los mataba y destruia. Viendo esto, retiraron su ejército con gran pérdida. Tanto pudo como esto la devocion desta imagen,

que fué libre esta villa por su intercesion. Está á tres leguas de Bruselas, donde muchas mujeres van descalzas y otras personas devotas en romería, que aunque viven entre tantos herejes, y pocas se escapan deste ponzoñoso mal, todavía las que han quedado viven como grandes católicas. En todos estos países, particularmente en Brabante, gozan las mujeres de grandes privilegios, y así en la casa que hay alguna parida de hijo, no puede entrar la justicia á hacer ninguna ejecucion, y si es de hija goza de mayores preeminencias, y es su casa como sagrado, y no pueden prender ningun delincuente si se va á retraer. Dura está libertad en sus casas hasta el dia que sale á misa, y para que se conozca que en ellas hay paridas, ponen en las aldabas de la puerta de la calle, si es hijo, un pañito de holanda guarnecido y almidonado, con unas puntas de bolillos, y si es hija, unas randas muy delicadas que guarnecen toda el aldaba ó llamador de la puerta; y de la villa de Malinas y de otras de su Señoría van muchas mujeres, cuando se sienten muy preñadas, á parir á Brabante para que sus hijos puedan gozar de los grandes privilegios y libertades de aquel país.

En todo él y en los demas hay grande caridad con los pobres, y con grande policía los entretienen y sustentan, y hay tan pocos, que apénas se hallan por las calles, sino tan inútiles y estropeados, que son bien importunos en el pedir, más que en otras partes; los demas los entretienen desde niños, repartiéndoles por oficios en las ciudades, y se los enseña de balde hasta que son hábiles y pueden vivir con ellos, pero no les dan de comer; ellos se lo han de buscar pidiéndolo por amor de Dios, y para esto les dan una hora del dia, desde las once hasta las doce. Van con unas cestillas y sus mandiles puestos, y conforme el oficio que tienen son conocidos por todas las casas de su parroquia, y en cada una les dan una pequeña limosna con que se sustentan, y en pasando aquella hora, que es la de comer, se vuelven á trabajar. En otra ninguna no se encuentran pobres por las calles ni plazas, y si son mujeres las entretienen las repúblicas á costa de todas,

porque no anden mendigando ni dando enfado á los vecinos.

Tienen tanta curiosidad en cualquiera ciudad, villa ó aldea destos Estados de saber cada noche los forasteros que hay en ellas, que si no lo hiciesen todos los mesoneros y otras personas que reciben huéspedes los castigarian con grandísimo rigor, y así cada noche van á la casa de la Justicia con la memoria de los forasteros que tienen en las suyas, y los nombres dellos, declarando el negocio que traen y con quién han de comunicarlo, y el dia que se vuelven á sus tierras lo van á decir para que la Justicia los borre de la memoria que tiene dellos. Esto se hace con extraordinario cuidado y se castiga con mayor rigor si hay descuido. Por este camino saben de quién se han de guardar y las personas que cada noche duermen en sus villas, y en no siendo de satisfaccion las vuelven á echar fuera, y cuando entran por la puerta de la ciudad tiene obligacion la posta que está en ella de avisar al Oficial del cuerpo de guardia, y allí les examinan primero y les preguntan á qué meson van á posar, y lo toman por memoria para ver si viene bien con la del mesonero, y si el forastero no ha estado otra vez en la villa ó lugar adonde va, le dan un soldado de la guardia que le acompañe hasta el meson, donde le deja aposentado y ha de traer memoria dél. Esto no lo hacen con españoles ni italianos, por ser tan conocidos entre ellos y de quien no se pueden recibir ninguna sospecha mala.

Hay en la corte de Bruselas muchos buenos y suntuosos edificios, un famoso palacio que hizo fabricar el emperador Cárlos V, de gloriosa memoria. En él habitan los Gobernadores y Lugarestenientes destos Estados, y hoy viven en él los Serenísimos Archiduques Alberto y Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, infanta de España, su mujer. Tiene un parque muy famoso, lleno de caza y de muchos animales campestres que le adornan admirablemente. En las casas que allí tiene el príncipe de Orange, que son de las más principales de aquella villa, se ve hoy un prodigio extraño, que es una muy grande piedra redonda, atada con una cadena, que por memoria se tiene junto á la puerta de la calle, la cual cayó del cielo el propio dia, punto y hora que nació Guillermo de Nasao, príncipe de Orange, y

dió junto á la cama donde estaba naciendo. Parece que quiso Dios mostrar en este maravilloso portento la dureza de su corazon, que era más que de piedra, pues fué el mayor perseguidor de la Iglesia católica que jamás ha habido, como más particularmente en estos escritos lo veremos. En tiempo de hielos, en esta villa de Bruselas y en otras, es cosa de maravilla ver sobre los navillos y rios helados la diversidad de galoches con que todo género de gentes se van á entretener y á deslizar sobre los hielos, y hilando las mujeres con sus ruecas, caminan sobre ellos velocísimamente sin caer, dos, tres y cuatro leguas si se les ofreciese, y para poder parar, segun la gran furia que llevan, dan una media vuelta al rededor cruzando los piés de tal suerte, que el ímpetu y aire que llevan queda sin fuerza. Los trineos que la nobleza y caballeros usan en estos tiempos helados lleban sobre ellos sus damas, deudas ó mujeres, son muy de ver, que tirados de poderosos y ligeros caballos, herrados de ramplon, por las calles más heladas y de cuestas van corriendo á toda furia sin jamás caer, ni trastornarse, siendo tan pequeños que son poco más que carretoncillos de niños, pero muy bien hechos y dorados, y en ellos no cabe más de un hombre y una mujer apénas, y él va adiestrando y azotando los caballos con grandísima velocidad. Otros trineos hay diferentes destos, que se fabrican sobre cuatro palos, son muy mayores y caben dentro cinco ó seis personas. Van herrados ellos y los caballos, los tiran muy bien, y los clavos de punta de diamante van deslizando sobre los hielos con grandísima ligereza, y desta suerte caminan en tiempos helados de unos lugares á otros con gran facilidad. Usan tambien unos carretoncillos, pero sin ruedas, que no cabe dentro más de una persona, á modo de una silueta de tablas, que en flamenco se llaman ysvaguen, que quiere decir carro de hielo, y la persona que entra en uno destos, sin poner los piés fuera porque los lleva tendidos y que estriban en un palo que atraviesa la caja, con un baston que lleva en las manos herrado con un hierro de punta de diamante, va afirmando sobre los hielos, y con la fuerza que hace desliza por ellos con mucha velocidad y camina adonde quiere, y además

desto les sirve este ejercicio para calentarse, porque con la fuerza que hace toma calor y suda algunas veces, no obstante que camina sobre los hielos y es opuesto al rigor del frio y aire tan sútil que hace. En todas estas villas y lugares hay famosas hosterías, que son casas particulares donde se da de comer espléndidamente y con gran limpieza, por moderado interes, á todos los forasteros con mucho regalo, y por curiosidad algunas veces van los vecinos á comer á estas hosterías, donde son por extremo bien servidos y regalados, y si las personas que tienen convidados de cumplimiento se conciertan con el dueño destas hosterías que le de una comida regalada con tantos platos, y llevan allá sus huéspedes, comen con mucha limpieza y curiosidad y mejor y á ménos costa que en sus casas. Hay en estos países infinidad de verdugos puestos por la repúblicas, el cual oficio aprenden con gran cuidado y se ensayan á cortar las cabezas en unos hombres hechos de barro, y despues los examinan, y el dia que se hace alguna justicia, que esta es la más ordinaria, han de cortar la cabeza al delincuente al primer golpe, y si discrepa dél, lo entregan á la merced del pueblo y de los muchachos, que no es pequeño castigo, para que hagan dél á su voluntad, y si no hay quien lo defienda lo matan y arrastran por las calles; pero están tan diestros en sus oficios, que al primer golpe derriban una cabeza por el tozuelo ó cogote con unos cuchillos muy grandes y afilados que tienen para este efecto.

En algunos destos países y en otros circunvecinos, castigan á las mujeres bravas que sus maridos no pueden domeñar con ponerlas en una jaula que está sobre la punta de una viga grande y enhiesta, á la vista del pueblo, hincada junto á un rio ó pantano donde hay mucha agua, con tal artificio, que de golpe cae la jaula y la remojan muy bien, y luégo la vuelven á levantar en alto y la dejan caer tieso cuatro veces en el agua. De aquí viene el decir comunmente «á la mujer brava regalla.» El marido está presente, y lo tienen puesto una toca y una rueca y otras insignias mujeriles, afrentosamente, para escarmiento de los que se dejan sujetar de sus mujeres.

En estas mismas provincias y en la de Güeldres y obispado de Colonia, y en todo lo que por aquella parte riega el Rin, se hallan gran cantidad de mandrágoras, hembras y machos, y en muchas casas de gente noble las guardan con gran custodia para hechizos y otras cosas, que demás de ser gente supersticiosa y agorera, hay infinidad de brujas, particularmente en el país de Liege, que por pequèña ocasion matan los ganados y hacen otros males en las mismas personas, vengándose en ellas por sus odios particulares. Estas mandrágoras, dicen que nacen en la tierra del sémen del hombre derramado en ella, y como la mayor parte es fofa y esponjosa, y que despues de seca arde como fuego, y la llaman turba, puede ser que naturaleza las engendre, si bien parece no ser posible, como dicen muchos autores; aunque los naturales de aquellas provincias afirman que cuando las arrancan de la tierra dan un grande grito como de persona humana y despues mueren y quedan secas, como en ella se ve, en la proporcion de los miembros y facciones del rostro, no hay diferencia á las de una persona, salvo en ser de una raíz de árbol y no de carne humana. Hay unas mayores que otras, pero ninguna pasa del codo á la mano; otros dicen que es un linaje de plantas en que hay macho y hembra y que esta es más negra en el color de las hojas, las cuales dan de sí un olor pesado, y su fruto es como manzanas amarillas, no más grandes que yemas de huevos, y su semilla es como pepitas de peras. Tienen raíces grandes de tres gajos, y dedos algunas, y unas á otras se abrazan como piernas de hombres, negras por de fuera y blancas por de dentro, con gruesa corteza. Las hojas se parecen en algo á las de la lechuga, y aunque parece fuera de propósito alargarme, por no hacer el caso á mi intento, en decir los géneros que hay destas mandrágoras, su calidad y efectos, me ha parecido, por haberme venido la ocasion á las manos, tratar dellos aunque sea de paso. Creyeron algunos que las berengenas fuesen fruto de la tercera especie de mandrágora; pero engañáronse, porque la mandrágora tiene la virtud en las manzanas que provocan á sueño y de resfriar en tercero grado, aunque la corteza de la raíz, tambien de seca, dicen que es casi

veneno la mandrágora, y en el Derecho civil se cuenta entre los venenos. Tambien dicen que da mucho sueño y que amortigua y entorpece el sentido, y que solian dar al que habian de cortar algun miembro esta hierba para que no sintiese el dolor. Algunos autores afirman que la raíz de la mandrágora es útil para los hechizos, y que son diferentes; la negra, que es la hembra, produce las hojas más angostas y pequeñas que las de la lechuga y son de muy mal olor, y esta planta carece de tallos. La mandrágora macho es blanca, sus hojas son grandes, anchas, blancas y lisas como las de las acelgas, y sus manzanas son muy mayores que las de la hembra, y tan amarillas, que parecen azafranadas y de olor muy fuerte, y comidas de los pastores dicen que los adormece. Otras hay que nacen en lugares humbríos y caversosos y sus hojas son como las de la blanca; pero más pequeñas. Pitágoras y otros dijeron que la mandrágora significa figura humana, porque su raíz, por la mayor parte, consta de dos piernas semejantes á las del hombre; pero algunos embusteros han querido con esto persuadir al vulgo que se nos parecen en todos los otros miembros, y para engañar al pueblo ignorante suelen en la raíz de la caña ó en la brionia esculpir todas las partes y facciones del hombre, con que artificiosamente ponen algunos granos de trigo en ellas, de los cuales quieren que nazcan hierbas en vez de cabellos, formando estas raíces con este fraudulento artificio, y las ponen debajo de tierra hasta que les nazca la barba y cabello, y les renace otra nueva corteza, y luégo las sacan como cosa monstruosa y las venden á la gente ignorante por excesivos precios para hacer hechizos y dar á entender á las mujeres estériles, que se apasionan por parir, que son buenas para tener hijos; pero de que sea verdad ó no que en la tierra nazcan estas mandrágoras hembras y machos engendradas del sémen del hombre, no se sabe más de la comun opinion con que se engaña el vulgo, que dice que los pastores comiendo del fruto desta hierba, como ya he escrito, se quedan adormecidos, y de aquí tomaron que del sémen que expelian durmiendo se engendraban.

En los países de Artoys y Henaut está más arraigada la religion cristiana que en los demas; son devotos de Nuestra Señora y traen rosarios, y no los usan en otra ninguna parte de aquellas provincias, ni rezan en ellos, si no es en libros antiguos y en otros de autores no muy calificados ni conocidos, que no es el menor inconveniente para estar tan tocados de la herejía.

En todas sus villas y fuera dellas hay grandes y ricas abadías, y en las de Mons, Maguje y Nivela están tres de canonesas, sin otras que hay en algunas partes. Son hijas de títulos y grandes señores. Viven en sus casas como seglares y con criadas que las sirven, salvo á sus horas, cuando van al coro de la iglesia se visten como eclesiásticas, sus faldas y colas largas y con insignias de canónigos, y en acabando los oficios, se vuelven á sus posadas y se desnudan y ponen galanas con ricos vestidos y preciosas joyas; gozan de muchas rentas, unas más que otras porque entre ellas hay dignidades, y en casándose las pierden, y en su lugar entran otras. Llaman á estas seglares canonesas, si bien admiten muchos galanes que las sirven, cortejan y enamoran hasta que se casan.

Dentro de la villa de Santomer, que es de las más principales del país de Artoys, está la abadía de San Vertin y en ella su glorioso cuerpo canonizado. Es muy rica y suntuosa; sus monjes son benitos. En el cuerpo de la iglesia hay un disforme animal, á manera de sapo. Es mayor que una gran sala y muy alto; está lleno de paja para que se conserve, y es cosa maravillosa el ver cómo se crió este desemejado mónstruo. En tiempos pasados, por un sumidero que habia en la cocina desta Abadía, vaciaban el fregado, caldo y sobras de las ollas y calderas, destas inmundicias se engendró debajo de la tierra, tan grande y poderoso, que muchas veces la hacia extrecer sin saber la causa, hasta que un dia se vió el suelo de la cocina muy levantado, y tanto, que se temió no derribase gran parte de la casa, como despues se hizo para sacarlo, y mucha de los cimientos y paredes. Acudió infinidad de gente y cavaron por lo más apartado para dar lugar á que saliese, que con gran admiracion fué descubierto y salió vivo. Puso gran terror á los vecinos sin saber

qué hacerse, y determinándose á matarle, lo hicieron con harto peligro, y por memoria le tienen, como se ve hoy, en el cuerpo de la iglesia, y en la mayor de la villa está el de Santomer, de quien recibe nombre, y cerca della hay una isla no ménos maravillosa y de considerar, hecha de mano de naturaleza, sobre un gran lago, y se mueve de una parte á otra sobre el agua como si fuese un corcho. El viento las desvia de la parte que viene hasta arrimarla á la contraria, y con facilidad cualquier persona con la mano la aparta siempre que quiere, y aunque esta es gran maravilla, lo es tambien ver sobre esta isla muchas casas habitadas y gran cantidad de ganado que apacenta sus prados. Es adornada de muchos y vistosos árboles. No hay en ella más agua que la del lago sobre que está fundada. En este mismo país, junto á la villa de Mons, está la rica y hermosa abadía de San Gislen, de donde se sacó el cuerpo de la gloriosa mártir Santa Leocadia, patrona de la imperial ciudad de Toledo.

Las villas de Lila, Ypre, Brujas y Gante, en Flandes, son maravillosas y de grandes riquezas, de muchos y magníficos edificios. Su gran trato y comercio las adornan y engrandecen, y la hermosura de molinos de viento, que con tanto órden y concierto están repartidos, particularmente en Lila, se parecen más de trescientos, que la hacen vistosa y alegre. No ménos es en la de Gante, que de varias cosas, como zumaque, corteza y de trigo, siempre están moliendo más de quinientos, sin los de piedra, y algunos dellos tienen tan gran ingenio, que por una despiden la harina cernida y por otra el salvado, sin tener necesidad de pasarla por cedazo cuando la llevan á sus casas. Tiene la villa de Gante más de setenta mil vecinos, pero no tanta gente como en Amberes. Entran por ella cuatro caudalosos rios navegables, que la abastecen maravillosamente. Sobre ellos hay más de cuatrocientos puentes de piedra, famosamente labrados, para pasar de unas calles á otras. Sus muchos templos, monasterios, hospitales y otros lugares píos y sagrados, con un vistoso castillo ancho y fuerte, guarnecido de españoles que la ilustran y ennoblecen.

El Rey, nuestro señor, provee en los estados de Flandes, como dueño dellos, un Gobernador, Lugarteniente y Capitan general, que representa su misma persona, y las cosas de Gobierno, Justicia, Estado y Guerra las resuelve con parecer de sus Consejeros, pero en las provisiones reserva S. M. para sí el hacerlas, como Presidencias, Chancillerías y otras plazas y oficios reales. Está repartido este Gobierno en tres miembros, que todos juntos se llaman Estados: el de los eclesiásticos se entiende por Dignidades, Obispos, Abades, Prelados y Capítulos: el de los caballeros por Duques, Marqueses, Condes y nobleza. El tercero, por Procuradores de las villas, pueblos y comunidades. Estos, cuando se juntan, se llaman Estados generales, como en los reinos de España Córtes. Repártense en cinco Consejos; el más supremo es el de Estado, que siempre reside cerca la persona del Gobernador, el cual provee los Consejeros al número que le parece. Tienen su Presidente y cuatro Secretarios. En este Tribunal se trata del aumento de las cosas necesarias al Príncipe, del bien público, acrecentamiento de sus rentas y estados, de la conservacion dellas y del general gobierno, con todas las que ofrecen y son anejas á la guerra. Asimismo, todos los pareceres, inteligencias y avisos de los Príncipes forasteros con quien se tiene correspondencia. Las levas de gente alemana, borgoñona y demas naciones, provision de Capitanes, Coroneles y otros oficios de la guerra, todas las fábricas de plazas y castillos, fundacion de armas, pólvora, artillería y demas pertrechos, todos los tratos y contratos, espías, empresas, inteligencias de tierras enemigas, pasan por este Tribunal, y los demas están sujetos á él con lo que tratan y resuelven, y debajo de su proteccion y amparo caminan en todo lo que se les ofrece. El segundo Consejo se llama el privado ó secreto. Tambien reside cerca la persona del Gobernador, es casi como el Real de Castilla. En este Tribunal se mantiene y conserva la justicia con grande rigor. Tiene su Presidente y diez ó doce Consejeros, dos Secretarios: en este Consejo se proveen privilegios, pragmáticas, ó placartes, ordenanzas, gracias y establece edictos, y todo cuanto se ofrece se comunica con el Gobernador, y en

algunas cosas que no se pueden resolver, si bien no se remiten á primero ó segundo Consejo, las comunican con el de Estado, el cual tambien, muchas veces, cuando se mezclan negocios criminales con los de la república, los comunica con el de Estado, teniendo entrambos tan buena correspondencia, que sin contradiccion se conforman, mediante la presencia del Gobernador, que asiste en ambos Consejos como persona que representa la Real. El tercero Consejo es el de Hacienda y Contaduría, que llaman de finanzas. Tres Caballeros de capa y espada de los más principales de los Estados, son cabezas deste Tribunal, que llaman Jiefes de finanzas, el cual tiene un Tesorero, un Recibidor general y tres Comisarios, dos Escribanos ó grafieres y otros oficiales. Todas las rentas patrimoniales pasan por este Consejo y toda la cuenta y razon de la hacienda del Rey, nuestro señor, y de la del subsidio ordinario y extraordinario, como cámara y caja de los bienes y hacienda del Principe. A este Consejo está subordinado otro, que es el cuarto, que llaman de la Camera de Cuentas, que tambien tiene su Presidente ó Jeif, con otros, y maestros de oficio y algunos más oficiales para recibir y dar las cuentas y hacer libranzas, cartas de pago y para otros efectos tocantes á estos oficios, los cuales están repartidos en los tres Jiefes, como pagaduría, recepturía y contaduría. El quinto y último Consejo, es el Real, que llaman de las Provincias: tiene su Presidente y doce Consejeros, todos de ropa larga y de cada una su Abogado, su Fiscal y Procurador, por el Rey, nuestro señor, elegidos. En este Tribunal se conoce de todo lo civil y criminal, de las rentas eclesiásticas y reales, y dél no hay ninguna apelacion á otro ninguno.

Todos los demas países ó provincias tiene cada una su Gobernador particular, que cuando entra en su gobierno hace primero el mismo homenaje de fidelidad que los demas Presidentes, Consejeros, Jueces, Receptores y Tesoreros, con las demas cabezas destos tribunales, en que juran de gobernar bien y proceder con rectitud y cristiandad en sus oficios, y guardar fidelidad al Rey, nuestro señor, aunque con las oca-

siones de las guerras las han rompido, instigados más del ódio particular que tienen á su Príncipe y señor que de otra ninguna razon, y si bien en estas provincias ó países se han mantenido y conservado, ántes que perdieran el respeto á Dios, con toda fidelidad, celo y cristiandad, despues que entró en ellos Príncipe español, se inquietaron y revolvieron, perdiendo la obediencia tan obstinadamente y tan sin causa como se ha visto, porque cuando ellos estaban en su paz y quietud, y que no habian conocido soldados extranjeros ni otra gente de guerra, vivian con notable descanso y gusto en las mejores provincias de Europa, y para la defensa dellas tenian una pequeña guarnicion de número de tres mil hombres, todos Caballeros, repartidos en catorce compañías de á caballo, que hoy llaman las bandas de Flandes, cuyos Capitanes eran los nobles dellos y establecidos antiguamente por los Príncipes destos Estados. Sus nombres son: el príncipe de Orange, el duque de Aríscote, el conde de Heguemont, el marqués de Vergas, el conde de Hornos, el conde de Arambergue, el conde Mansfelt, el conde de Mega, el conde de Rus, el conde de Bussu, el conde de Hostrate, el señor de Brederoda, el señor de Montani y el baron de Berlemont. Todos estos Capitanes tienen sus Alféreces y Tenientes y Tesorero que llaman de Guerra, que en nombre del Rey, nuestro señor, paga sus compañías. Tampoco tenian armadas, ni General de la mar, sólo Almirante, que es un oficio de grande autoridad, porque penden dél todas las cosas de la mar y sus dependencias, y su jurisdiccion se extendia á ser cabeza general de todas las armadas. Siempre tuvieron este cargo los condes de Hornos, y como habia tanto aparejo de navíos y tan bien pertrechados, siempre que los habian menester los tenian á la mano, sin necesidad de hacer gastos ni juntas de armadas. A quien siempre obedecieron y tuvieron por cabeza y señor todos estos Países-Bajos, fué al duque de Brabante, á quien jamás quisieron tener por Rey, porque siempre este nombre ha sido dellos muy aborrecido, pero á su pesar vinieron á caer en las manos de los españoles, por el matrimonio que se hizo con el archiduque Felipe de Austria, su señor natural, y

la princesa Doña Juana, hija segunda de los católicos reyes de España, D. Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, de quien procedió el invictísimo Cárlos V, Emperador de romanos, cuyo hijo fué Felipo II, *el Prudente*, abuelo del cuarto deste nombre, que hoy reina y es el último heredero destos Estados, y se los dió en dote en gobierno á su hermana Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, infanta de España, que casó con el archiduque Alberto, que hoy viven juntos felizmente en ellos, y los gobiernan y mantienen como si fueran señores propietarios. Fué una de las más insignes hazañas que ha hecho Príncipe en el mundo, desposeerse de su natural patrimonio para dárselo á sus hermanos, y más de haberse quedado con la obligacion de su proteccion y gastos de la contínua y prolija guerra que hay y ha habido en estos Estados.

Esto es lo que he visto y podido entender del modo con que los flamencos gobiernan, sus ritos, costumbres y naturaleza, y por si pareciere haber sido prolijo en escribir esta descripcion por algunas cosas de poco momento, hoy ménos importantes á los lectores, me pareció que por ser extraordinarias las más dellas, y no haberlas escrito ningun autor, eran dignas de saberse, que aunque notorias para todos los que han estado en los Países-Bajos, los que no lo han visto podrian agradecerme algo de lo que ignoraban en estas materias.

LIBRO PRIMERO.

DE LOS COMENTARIOS DE LA REBELION Y GUERRAS CIVILES DE FLANDES, COMPUESTOS POR EL CAPITAN ALONSO VAZQUEZ, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO DE 1577.

SUMARIO.

Muerte de la infanta Doña María de Portugal y pésame que da Guzman de Silva, embajador de España, al duque Otavio y al príncipe de Parma, su hijo.—Despacho del Rey católico al cardenal Granvela.—Ingratitud de flamencos rebeldes.—El señor D. Juan de Austria estuvo retirado en el castillo de Anamur y en el ducado de Luxemburg por temor de los rebeldes de Flandes.—Ayudas que tuvieron los rebeldes de Flandes y lo que ofrecieron al duque de Alanson.—Los más verdaderos pronósticos de la guerra son los de los soldados.—Carta del Sr. D. Juan de Austria á toda la infantería española.—Efecto que hizo la carta del Sr. D. Juan en la infantería española y otras personas.—Vuelven los españoles de Italia á Flandes á socorrer al Sr. D. Juan.—Madama Margarita manda al Príncipe, su hijo, vaya á servir á Flandes por órden del Rey, su hermano.—Contento que tuvo de ir á Flandes el príncipe de Parma, y vistas que tuvo con su madre en la ciudad del Águila.—Envidia y emulacion contrastan la buena fortuna del Sr. D. Juan de Austria.—El Rey católico manda suspender la ida á Flandes á Madama Margarita.—Parte el príncipe de Parma para Flandes.—Lo que le sucedió al príncipe de Parma en Alejandría de la Palla.—Llegó á Flandes el príncipe de Parma el 17 de Diciembre de 1577.—Ofrecimientos y cortesías entre el Sr. D. Juan de Austria y el príncipe de Parma, su sobrino.—Inobediencia del conde Pedro Ernesto de Mansfelt.—El príncipe de Parma suplica al Sr. D. Juan no castigue al conde Mansfelt.—Otavio de Gonzaga siente no castigue el Sr. D. Juan al conde Mansfelt.—Lealtad del conde Mansfelt.—Embajada de la reina de Inglaterra al Sr. D. Juan.—Manda el Sr. D. Juan á Monsieur de Hierjes socorra á Roremunda.—El sargento mayor, Pedro de Vallejo, va á socorrer á Roremunda con veintidos banderas de españoles.—Cierran los españoles con los rebeldes.—El ejército español rompió al rebelde y quedó libre la villa de Roremunda.—El baron de Polbeyra se priva de beber vino con ser aleman.

Estaba en la ciudad y señoría de Venecia, el año de 1576, por embajador de España Guzman de Silva, á tiempo que habia una rigurosa pestilencia, y por ser hombre enfermo y de mucha edad, le pareció huir el peligro y retirarse á la ciudad de

Plasencia, y sabiendo Alexandro Farnese, príncipe de Parma, hijo del duque Otavio y de Madama Margarita de Austria, hermana del católico rey D. Felipe II, que habia llegado á los Estados de su padre, le despachó al capitan Pedro de Castro, de la ciudad de Toledo, Ayuda de su cámara y gran privado suyo, para que le hospedase y regalase. Hízolo ansí, y como el Embajador era viejo, le dió una gran enfermedad que le tuvo á la muerte; y ya libre della, le aconsejaron los médicos que para conservar su salud mudase de aires, y pareciéndole era bien agradecer la honra y buen hospedaje que se le habia hecho, fué en persona á la ciudad de Parma á dar las gracias al Príncipe y acabar de convalecer en su casa, y de camino visitar á la infanta Doña María, su mujer, hija del infante Don Duarte de Portugal, y en llegando al burgo de San Dionis (que es la mitad del camino), tuvo aviso que era muerta, habiendo estado ántes muy enferma; no por esto dejó el viaje: llegó á Parma y dió el pésame al duque Otavio y al serenísimo Príncipe, su hijo. Recibiéronle muy bien y le hospedaron mejor, divirtiéndole en varios ejercicios para que con más gusto cobrase su salud, y todas las veces que el Embajador escribia al Rey, nuestro señor, le hacia memoria del valor y grandeza de ánimo del príncipe de Parma, su sobrino, que como habia conocido en su persona esta y otras muchas buenas partes, y los grandes deseos que tenia de servirle, á persuasion del capitan Pedro de Castro que los sabia más por extenso, continuaba suplicando le emplease en las cosas de la guerra, porque se hallaria muy bien servido. El Rey, nuestro señor, respondió al Embajador que dijese al su sobrino el príncipe de Parma estuviese contento, que dentro de pocos dias le emplearia en su servicio, y encargó que pudiese tener satisfaccion de su voluntad. El Embajador se alegró mucho y dió la carta al capitan Pedro de Castro para que se la mostrase, y se holgó tanto de ver se comenzaban á lograr sus buenos deseos, que no pudo disimular el contento, si bien le habia faltado con la muerte de la infanta Doña María, su mujer, que con grandes lutos y lágrimas habia pasado la vida en miserable tristeza, y

aunque jamás de ninguna cosa próspera y feliz deste mundo se le conoció alegrarse, esta le regocijó tanto el placer, que lo daba bien á entender; pero como se dilataba la órden del católico Rey, su tio, le dió una melancolía extraordinaria, pareciéndole no habia de llegar el dia en que se habia de ver con las armas en la mano contra los enemigos de la Iglesia. De allí á poco llegó un despacho del Rey, nuestro señor, al cardenal Granvela, que estaba en Roma, para que fuese á la ciudad del Aguila, adonde residió Madama Margarita de Austria, madre del Príncipe é hija del emperador Cárlos V, á consultarle este caso y que persuadiese á su hijo le fuese á servir en las guerras de Flandes, y que llegado allá le enviaria órden de lo que habia de hacer y en lo que le habia de servir, porque como estaban olvidados de Dios los rebeldes de aquellos Estados y de los beneficios que habian recibido del Rey, nuestro señor, y del general perdon que por su medio habian alcanzado con un amplísimo Breve de Pio V, Sumo Pontífice, para que fuesen admitidos y reconciliados á nuestra verdadera religion é Iglesia romana todos los que habian seguido la falsa secta de Calvino y parcialidad de Guillermo de Nasao, príncipe de Orange, comenzaron de nuevo nuevas rebeliones, juntando sus fuerzas y valiéndose de las de los Confederados, de tal manera, que pudieron obligar al Sr. D. Juan de Austria á retirarse al ducado de Luxemburg, habiéndolo estado ántes en el castillo de Anamur, con tanto riesgo de su persona como se deja considerar de quien, por mostrar su benignidad, pensando traer á obediencia á los enemigos de nuestra fe, se habia quitado sus mismas fuerzas, que eran los españoles, con enviarlos á Italia y concluir una paz (á su parecer) perpetua, pero tan fundada en malicia como todas las demas que los años pasados se habian hecho.

Esto y otras cosas de no ménos consideracion, como haberse los rebeldes valido del favor del duque Francisco de Alanson, hermano del rey de Francia, y ofrecídole jurar por duque de Brabante, y traido de Alemania y recibido por su protector al archiduque Matías de Austria, hermano del Emperador, que

hoy lo es, le tenian tan lastimado y compelido á toda esterilidad, que sólo una muy gran esperanza le pudiera consolar, como la vuelta de los españoles á aquellos Estados, que desde el dia que hicieron ausencia dellos fueron tan verdaderos profetas, que no ménos que las ignominias y estrecheza con que los rebeldes le tenian, habian pronosticado, por cuyo respeto les escribió desde el castillo de Anamur, ántes que se retirara al ducado de Luxemburg, y lo mismo á todos los Príncipes cristianos, á sus familiares, amigos y personas particulares, le fuesen á socorrer y á dar ayuda, y esto con tanto encarecimiento, promesas y favores, como se verá por esta carta, tan regalada como encarecida, para la infantería española, cuyo traslado saqué de su original, y el sobreescrito decia así:

A los magníficos, amados y amigos mios, los Capitanes y soldados de la infantería española que salió de los Estados de Flandes.

«Magníficos amados y amigos mios: El tiempo y la manera de próceder destas gentes han sacado tan verdaderos vuestros pronósticos, que ya no queda por cumplir dello sino lo que Dios por su bondad ha reservado, porque no sólo no han querido gozar ni aprovecharse del perdon que leś truje, pero en lugar de agradecerme el trabajo que por su beneficio habia pasado, me han querido prender, con fin de desechar de sí religion y obediencia, y aunque desde el principio entendí como afirmastes, siempre que tiraban á este blanco, no quise dejar de la mano la cura de su dolencia, hasta que la execucion del trato estuvo muy en víspera; entónces me retiré á este castillo, por no ser causa de tan gran ofensa á Dios y deservicio de S. M., y como los más ciertos testigos de su malicia son sus propias conciencias, hánse alterado de tal manera, que toda la tierra se me ha declarado por enemiga, y los Estados usan de extraordinarias diligencias para apartarme, pensando salir esta vez con su intencion; y si bien por hallarme tan léjos de vosotros estoy en el trabajo que podeis considerar, y espero de dia

en dia ser sitiado, no ménos acordándome que invio por vosotros, y que como soldados y compañero vuestro no me podeis faltar, estimo en nada todos estos nublados. Venid, pues, amigos mios; mirad que no sólo aguardo yo, sino tambien las iglesias, monasterios, religiosos y católicos cristianos, que tienen á su enemigo presente, con el cuchillo en la mano, y no os detenga el interes de lo poco ó mucho que se os dejare de pagar, pues será cosa muy ajena de vuestro valor preferir eso, que es miseria, á una ocasion donde con servir tanto á Dios y á S. M., podreis acrecentar la fama de vuestras hazañas, ganando perpetuo nombre de defensores de la fe, y obligarme á mí para todo lo que os tocare, mayormente, que de lo que dejáredes de cobrar, allá no perdereis nada, pues yo tomo á mi cargo el satisfaceros dello, y así como tengo por cierto que S. M. tomará este negocio con las veras que la calidad dél le obliga, y que en la misma conformidad hará las provisiones, podeis vosotros creer, que ni yo que os amo como á hermanos, ni las ocasiones que os esperan, consentiremos que padezcais; y porque no dudo, sino que acudiendo al nombre y ser de cristianos españoles, valientes soldados, buenos vasallos de S. M. y amigos mios, hareis lo que pido con la deliberada resolucion y presteza que de vosotros confio y conviene, y de Joseph Judiez, entendereis lo que dejo de escribiros. No me alargaré con encarecer más este negocio; sólo diré que este es aquel tiempo que mostrábades desear todos de militar conmigo, y yo quedo muy alegre, ya que estas cosas han llegado á este extremo, de pensar que agora se me ha de cumplir el deseo de hallarme con vosotros en alguna empresa, donde satisfaciendo á mis obligaciones, hagamos algun señalado servicio á Dios y á S. M. Nuestro Señor guarde vuestras magníficas personas como deseais. Del castillo de Anamur, á 15 de Agosto de 1577.

»No escribo en particular, porque no se cuáles Capitanes y compañías habrán quedado en pié, pero esto sirva para reformados y no reformados, y á todos os ruego que vengais con la ménos ropa y bagaje que pudiéredes, que llegados acá no os faltarán de vuestros enemigos. Vuestro amigo, *D. Juan.*»

Movieron tanto las razones desta carta á todos los Capitanes y soldados españoles, que cuando no tuvieran bien conocido el valor, celo y cristiandad de tan gran Príncipe, les obligara á hacerlo, particularmente que los llamaba una ocasion tan honrada como forzosa, y que obligaba á muchos á desnaturalizarse y empeñar sus Estados, como lo hicieron algunos para hallarse en ella, y deseando ponerlo por obra, esperaron la órden que habian de tener del Rey, nuestro señor, para hacer su viaje, y así les llegó que partiesen de Lombardía á los 15 de Octubre deste año, y que marchasen á toda priesa á socorrer al señor D. Juan de Austria, su hermano.

Por esta causa y lo demas que se ha apuntado, escribió á Madama Margarita de Austria que apresurase el viaje del príncipe de Parma, su hijo, para que llevase á su cargo toda esta infantería española, y que en manos del marqués de Ayamonte, Gobernador que en esta sazon era del Estado de Milán, hallaria un despacho suyo.

Madama Margarita de Austria sintió mucho esta nueva, y aunque estimó el acordarse su hermano de querer acrecentar y hacer merced al Príncipe, su hijo, no dejó de considerar que, habiéndole servido en las jornadas de Levante á su costa, como caballero aventurero, y con tanto riesgo de su vida, cerca la persona del Sr. D. Juan de Austria, su tio, no se le habia hecho merced ni honrádole con ningun cargo, habiendo gastado mucha parte de su hacienda, sin tener otra más de la que sus padres le querian dar, demás que era su único heredero y en quien ella tenia puestos los ojos, pero el amor del hermano, el acrecentamiento del hijo y el servicio que se hacia á Dios, atropellaron todos los inconvenientes que se podian ofrecer, y obedeciendo al Rey, nuestro señor, despachó luégo un correo al Príncipe, su hijo, que se viniese á la ciudad del Águila, donde ella estaba, con los dos cardenales, Farnese y Granvela, porque tenia órden de su tio para que se le fuese á servir á los Estados de Flandes. Tuvo tanto contento el príncipe de Parma con la nueva de su partida á Flandes, que pareciéndole lograba ya sus esperanzas, no la dilató, y tomando la posta con

cuatro ó cinco caballeros de su cámara, llegó á la ciudad del Águila, y fué muy bien recibido de su madre, que juntamente con los dos Cardenales se encerraron para resolver lo que en el viaje del Príncipe se habia de hacer; y de lo que se platicó acordaron de enviar al capitan Pedro de Castro á Milán con un despacho al marqués de Ayamonte para que diese aviso á Madama y al Príncipe de la órden que tenia del Rey, nuestro señor.

El Marqués respondió no tener ninguno, á fin de enviar persona (como la envió) de su mano, que llevase á cargo la infantería española á Flandes, y se entendió habia ocultado el despacho y detenídolo en su poder más de veinte dias sin manifestarle.

El Príncipe sintió demasiadamente esto, así por no poder alcanzar los españoles, que era lo que más deseaba, como por parecerle no habia usado el Marqués de la cortesía y respeto que se le debia. Antes desto habia mostrado el tiempo unos engañosos fines contra el Sr. D. Juan de Austria, que fomentados de la envidia, con émulos poderosos, habian labrado en el pecho del Rey católico una mudanza ó disgusto contra su hermano, que con ser un Príncipe tan justificado, cristiano y fiel al real servicio, fueron bastantes á derribarle. Porque mi intento no es escudriñar cosas secretas, ni decir más de las que tan notorias eran á los oidos de las gentes, bastará que sepan las que hoy viven, que ya el Rey, nuestro señor, habia resuelto de sacar á su hermano de los Estados de Flandes y enviar en su lugar á su sobrino, el príncipe de Parma, por Capitan general de toda la gente de guerra dellos, y á Madama Margarita de Austria, su madre, para que los gobernase, que para este efecto tenia ya la órden y despachos del Rey católico, su hermano; mas porque en este tiempo se ofrecieron algunas causas legítimas y forzosas, convino se dilatase la jornada de Madama, ordenándole no partiese del Águila, y que si lo habia hecho se volviese; hizo alto, y los Cardenales se volvieron á Roma, y el príncipe de Parma, con extraordinaria diligencia, se puso en órden para hacer su jornada.

El duque Otavio, su padre, lo sintió mucho, así porque se habia de ausentar, como porque no tenia tanta posibilidad de dineros como el Príncipe, su hijo, le pedia; con todo eso, se lo concedió, y tomada su licencia y recibida su bendicion, dejándose su casa atras, se partió por la posta con no más del capitan Pedro de Castro, Pedro Tudesquin, su barbero, y el maestro de postas de Plasencia, y por no ser conocido por todo el camino fué haciendo demostracion de criado del capitan Pedro de Castro, dándole en la mesa el mejor lugar y en las postas el primero y más lucido caballo; partió de Parma á los 5 de Diciembre del año de 1577, á tres horas de la noche, y dejó órden que otro dia le siguiesen en otra tropa el conde Bernardino Mondelo, Gentil-hombre placentino; Leon Lázaro; Aldre, aleman, y el conde Nicolao de Cesis, y Horacio Fuslan, ayuda de cámara.

Otro dia siguiente, llegó el Príncipe á Alejandría de la Palla al amanecer, que es un lugar presidiado de españoles que le gobernaba el capitan D. Diego de Córdoba. En la posada donde se fué á apear le sucedió, que estando rezando de rodillas delante de una imágen una oracion que tenia de costumbre cada mañana en un aposento que halló abierto, que era el alojamiento de un soldado español de aquel presidio, que se llamaba el alférez Orrio, vizcaino, en tanto que el capitan Pedro de Castro volvia de buscar caballos de posta, porque no habia los que eran menester en el meson dellos, que era el mismo donde se habian apeado, y al tiempo que rezaba su oracion entró un mochilero ó mozo del Alférez, y como vió al Príncipe, se salió corriendo y fué á buscar á su amo y le dijo que volviese presto á la posada que allí hallaria el ladron que el dia ántes le habia hurtado el herreruelo; hízolo así, y preguntó al Príncipe qué hacia en su aposento; respondióle por qué lo preguntaba. Replicó el Alférez con voz alta y soberbia que lo decia porque le habian hurtado un herreruelo, y que voto á tal que se lo habia de pagar. El Príncipe se riyó y le dijo con mucha mansedumbre que buscase quién se lo habia hurtado porque él no era ladron. El Alférez se fué á la justicia algo colérico y dijo

que él veria si lo era ó no. El Príncipe se bajó á la calle donde estaba un corrillo de soldados españoles y les preguntó qué nuevas tenian de Flandes, y por ver lo que le respondian y tentar sus ánimos, dijo que si era verdad se hacian las paces. Respondióle uno dellos que se llamaba el alférez Chavarría, de nacion vizcaina: ¿Paces? por vida de tal que moriria desesperado si no me hallase en quemar á la villa de Bruselas y á cuantos herejes hay dentro. El Príncipe le respondió, que pues los queria tan mal, por qué no se habia ido con la demas infantería española para hacer lo que decia. Dijo que por no tener salud, dineros ni licencia. El Príncipe le respondió que salud no le podia dar; pero que él le llevaria consigo de muy buena gana y le daria lo que hubiese menester, y en vez de agradecerle este ofrecimiento, se volvió al que estaba junto á él y le dijo algo quedo, mas no tanto que no lo oyese el Príncipe. «Por vida de tal que este debe ser espía de los Países-Bajos, y si no miradle las lechuguillas que las trae á la flamenca.» Ya en este tiempo habia llegado el capitan Pedro de Castro y se volvió el Príncipe á él sonriéndose y le dijo que á buen punto habian comenzado su jornada, pues en el meson le habian tenido por ladron y aquellos soldados por espía. A estas razones llegaron el soldado y la justicia, y por otra parte D. Diego de Córdoba y los demas Capitanes españoles que habian sabido su llegada, é hincadas las rodillas le pidieron la mano. Como el soldado y justicia vieron la reverencia que al Príncipe le hacian, quedaron confusos sin pasar adelante. D. Diego de Córdoba le suplicó se quedase á descansar aquel dia; no lo quiso aceptar el Príncipe por la priesa que llevaba, sólo le pidió al alférez Chavarría, que despues fué á Flandes y le hizo mucha merced. El alférez Orrio que lo habia tenido por ladron, supo tan poco, que si le pidiera perdon ó le dijera alguna palabra de satisfaccion, le hiciera merced; pero fué tan corto vizcaino que quedó con su mala sospecha y sin la paga que pensó tener de su herreruelo; y sin detenerse más el Príncipe en Alejandría, llegó aquella noche á Turin, adonde fué muy bien recibido y hospedado del duque de Saboya, su tio. Al amanecer partió con su grandísima priesa,

y sin detenerse en todo el camino no paró hasta llegar al ducado de Luxemburg, que fué viérnes por la mañana á los 17 de Diciembre deste año. El Sr. D. Juan de Austria no estaba levantado; entráronle á despertar y le dijeron como estaba allí el príncipe de Parma, su sobrino. Salió á recibirle en camisa con una ropa de levantar hasta una escalera, con rostro alegre, haciéndole muchas cortesías y agasajos, y le juró que en su vida habia tenido más alegre nueva que con su venida. El Príncipe le respondió que tenia razon, porque se la dieron de que era llegado el más obediente criado y sobrino que tenia en el mundo, y con grandes sumisiones le aseguró, que aunque el Rey, nuestro señor, no le hiciera otra merced y favor que enviarle á servir debajo de su mano, quedara con satisfaccion de su voluntad y que lo estimaba en lo que podia desear. Y en tanto que entre los dos duraban estos y muchos cumplimientos, se acabó el Sr. D. Juan de vestir y se fueron luégo á misa, donde se sentaron entrambos en un sitial y la oyeron con gran devocion, y vueltos á casa comieron con mucha brevedad porque los dos lo tenian de costumbre, y porque el Sr. D. Juan tenia mucho deseo de descubrille sus secretos y descansar con él, porque como se veia contrastado de émulos poderosos y con pocas esperanzas del premio que esperaba de sus servicios, deseó esta ocasion y de ofrecelle toda la autoridad que poseia en aquellos Estados, si bien tenia órden para hacello, como se dejó entender del ofrecimiento que contra su autoridad prometia, y por la merced que tenia hecha el Príncipe de Capitan General, y su madre de Gobernadora, y como las llagas que están más frescas en el corazon se sienten más que pasadas, le dijo el Sr. D. Juan, entre otras cosas, porque tenia ocasion por indicios y papeles de la grande inobediencia que el conde Mansfelt tenia y poco amor al Rey, nuestro señor, y la mala correspondencia en cosa de su servicio, y que cada dia le iba conociendo por capital émulo de su Corona y súbditos, y que si hasta allí se habia conservado de su parte no era por voluntad, sino por su mismo interes. Lastimóse tanto destas y otras razones el Príncipe, así por ver muy enojado al

Sr. D. Juan contra el conde Mansfelt, como porque le tenia en diferente opinion y por amigo, y porque le habia descubierto le queria castigar por sus maldades secretamente, suplicó el Príncipe á su tio no lo hiciese, y que considerase que, pues S. M. le habia sufrido muchas desobediencias en las guerras pasadas, dilatándole el castigo, lo hiciese S. A. y que le sufriese, pues era soldado tan viejo y antiguo criado del Rey, nuestro señor, y que si venia á su noticia lo podia tener á mal, demás que duraria muy poco el tomar resolucion en aquellas cosas, pues decia le habia dado noticia dellas. Con estas razones y otras que el Príncipe le dijo se le fué templando la cólera al Sr. Don Juan, y no trató más de lo que tenia acordado, que no poco le pesó á Otavio de Gonzaga, hermano del príncipe de Molfeta, porque siempre le habia parecido que el conde Mansfelt y su hijo, el conde Cárlos, eran sus enemigos declarados y ponian obstáculos en todas sus pretensiones, y que si volvian en gracia del Sr. D. Juan no tendria efecto la que tenia de ser General de la caballería, que lo deseaba en extremo, aunque de allí á pocos dias lo fué, por intercesion del príncipe de Parma, que se lo envió á suplicar al Rey, nuestro señor; pero estas y otras muchas buenas obras que hizo á los unos y á los otros le fueron muy mal agradecidas, y aunque es verdad que ninguno de los señores de Flandes habia sido más leal que el conde Mansfelt, y muy pocos tanto, pues jamás se habia querido hallar en ninguna conjuracion, ni ser cómplice con los demas rebeldes, ántes, en una junta que su hijo, el conde Cárlos, hizo con ellos, donde habiendo firmado un papel contra el servicio de Dios y de el Rey, nuestro señor, se lo hizo comer sin salir de la sala donde se habia juntado, porque jamás se viese por escrito su infidelidad, y no obstante esta fineza, se tuvo sospecha que los inducia de secreto para que al Sr. D. Juan le hiciesen malos oficios, y que escribiesen contra él al Rey, nuestro señor, su hermano, como lo hicieron muchas veces, y que por haber tenido esto averignado tuvo intento de quererle castigar secretamente, como se ha escrito. En este tiempo envió Isabel, reina de Inglaterra, por su embajador á Monsieur de Ley-

chon á el Sr. D. Juan; visto que la guerra se comenzaba tan vivamente, y que los Estados rebeldes estaban tan poderosos, y sus diputados habian escrito á Mos de Guni para que diese cuenta al Embajador de sus designios, y de otras cosas que los unos y los otros maquinaban contra S. M. El Sr. Don Juan, recibió al Embajador muy bien, y le hizo muchos regalos y grandes cortesías; pero á lo que iba de parte de la Reina, que era que hiciere por algun tiempo treguas con los rebeldes, no se lo concedió, porque sabia lo hacian para descuidarle en tanto que ellos acababan de juntar sus fuerzas, y con estas trazas deshacer las españolas. El Embajador se volvió á Inglaterra sin haber negociado cosa á gusto, que no poco le pesó á la Reina por lo bien que le estaba que el Rey, nuestro señor, se hallase siempre embarazado con las guerras de Flandes, pareciéndole que si se desocupaba dellas quedaba más poderoso para tenerlas en Inglaterra, que tanto tiempo habia las deseaba, y extirpar las herejías de aquel reino y redimir á tantos católicos que con tanta opresion vivian debajo de la mano de una Reina tan enemiga dellos, y de conservar sus Estados contra la religion cristiana. Antes que el príncipe de Parma llegase al ducado de Luxemburg, habia el Sr. D. Juan dado órden á Monsieur de Hierjes, que despues fué conde Barlamont, que con dos tercios de españoles y dos regimientos de valones y toda la caballería, que serian hasta mil caballos, fuese á socorrer á la villa de Roremunda, que los rebeldes la tenian muy apretada y con las trincheas en el foso, y dellos era General el conde de Holac, sobrino del príncipe de Orange; y al baron de Polbeyra, coronel de alemanes, que defendia esta plaza con su regimiento, le amedrentaban enviándole atambores y trompetas con embajadas, y á derramar nuevas que habian roto al Sr. D. Juan y degollado la mayor parte de los españoles, y á que se rindiesen á los Estados rebeldes, donde nó, que le abririan la batería, y si esperaba el primer cañonazo no tendrian misericordia dél ni de sus soldados, y que los pasarian á todos á cuchillo. El Baron entendió el falso designio con que los rebeldes le amenazaban, y en vez

de atemorizarse, se encendió en mayor coraje y les respondió con mucho valor que hiciesen sus diligencias y batiesen la villa, y que si no tenian bastante artillería que les daba palabra como caballero de abrilles la muralla sesenta pasos, si le daban la suya, que despues de abierta le darian el asalto. Como el conde Holac y los demas rebeldes vieron tan honrada resolucion y el ánimo que mostraba, les dió mucho que considerar y tuvieron resuelto levantar el sitio y no acometer á la villa; y estando en esta suspension llegó el capitan y sargento mayor Pedro de Vallejo con veintidos banderas de españoles que iban de vanguardia, y con dos compañías de arcabuceros de á caballo á la vista de la villa, una mañana, ántes de salir el sol, á los 28 de Diciembre, donde hizo alto á tiro de cañon hasta que llegase Monsieur de Hierjes con el resto del ejército, y en juntándose todos, que fué con mucha brevedad, hizo llamar á los Capitanes dél, y tomando su parecer se resolvieron que la infantería española, que habia llegado de vanguardia, cerrase con las trincheas de los rebeldes y procurasen degollarlos, pues estaban á tan buena ocasion para hacer este tan gran servicio al Rey, nuestro señor. El Sargento mayor Vallejo comenzó luégo á hacer sus escuadrones y á ordenar su gente, y caminando con las mangas de la arcabucería y mosquetería, la vuelta de los rebeldes que peleaban con los cercados, se levantó una niebla del rio Mosa, que pasa por la villa, tan oscura, que no se veian unos á otros, sin que por eso dejase de marchar la infantería española, que sin ver á los rebeldes se hallaron sobre sus centinelas y muchos en las trincheas, sin ser conocidos amigos ni enemigos, hasta que los españoles comenzaron á apellidar al glorioso Santiago, su patron, y en su nombre cerraron, despues de rezar el Ave María y hecha la señal de arremeter, valerosamente, y degollaron gran cantidad, y si la niebla no lo impidiera no escapara ninguno, porque era tan oscura que, en alargándose poco ménos de una pica unos de otros, no se veian ni se podian atinar con quién habian de pelear, ni á qué parte se retiraban los rebeldes, los cuales, perdiendo el artillería y municiones, comenzaron á huir á espaldas vueltas,

y á desamparar los pueblos, y los españoles á seguirles, tanto, que en ménos de media hora fué deshecho y desbaratado el ejército rebelde, que era de número de diez mil hombres, y en acabando de tener victoria, salió de la villa el baron de Polbeyra con todos sus Gentiles-hombres y Capitanes á dar las gracias á los españoles por haberles socorrido, lo mismo á Monsieur de Hierjes con los demas Capitanes de las naciones, y haciéndoles á todos cumplidos agasajos y ofrecimientos, les dió un espléndido banquete, aunque estaba con mucha necesidad por haberle faltado todos los bastimentos, de suerte que no se pudo notar ninguna falta sino la del vino, que aunque era aleman no lo bebia, porque estando un dia privado de su sentido, por haber bebido mucho, mató á un paje suyo á quien queria por extremo, y cuando tornó en sí y vió el mal recaudo que habia hecho, le pesó tanto que hizo juramento solemne de no beber vino en toda la vida, ni en vasija donde hubiese estado, ni se habia de servir jamás en su mesa, aunque los convidados fuesen de más cumplimiento que los que habia tenido. Justo es loar mucho la virtud deste caballero y el gran valor que en todas sus acciones tuvo, pues con ser aleman, tan dado al vino como los demas, se privó dél por no caer otra vez en semejante ú otro mayor desatino. Si todos los caballeros de los Países-Bajos le hubieran imitado, se supieran muy bien conocer de los grandes errores que han hecho y hacen despues de haber bebido, perdiendo á Dios y á sus Santos el respeto, y rebelándose tantas veces contra su Rey, con la deslealtad que se ha visto por lo pasado y adelante lo veremos.

LIBRO SEGUNDO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO DE 1578.

SUMARIO.

El capitan Amador de Lezcano da la nueva de la victoria del socorro de Roremunda al Sr. D. Juan.—Los Estados rebeldes refuerzan su ejército para sitiar la villa de Anamur.—Llama á consejo el Sr. D. Juan de Austria y lo que se resuelve en él.—Agradecimiento del Sr. D. Juan á sus Consejeros.—Cuidado y recelo con que andaba el señor D. Juan.—Socorro de dinero que el Rey católico envia al Sr. D. Juan, su hermano.—Orden que dió el Sr. D. Juan al príncipe de Parma.—Aviso que tuvo el príncipe de Parma del ejército rebelde.—Vistas del Sr. D. Juan y el príncipe de Parma y el consejo que tuvieron.—Llega á Flandes el Comisario general, Antonio de Olivera, y lo que se resolvió en el Consejo.—El Sr. D. Juan y el Príncipe llegan á Anamur.—El Sr. D. Juan envia á reconocer el ejército rebelde y relacion que tuvo.—El Sr. D. Juan manda segunda vez reconocer el ejército rebelde y relacion que le dieron.—El capitan Sancho Beltran va á reconocer el ejército rebelde y relacion que trajo.—El capitan Hernando de Acosta va á reconocer el ejército rebelde y con la sagacidad y valor que lo hizo.—Valor del capitan Hernando Acosta.—Consejo que tuvo el Sr. D. Juan y lo que en él refiere Pierres, y órdenes que se dieron.—El príncipe de Parma envia sin órden de su tio al capitan Sancho Beltran á reconocer el ejército rebelde.—De qué efecto y servicio son en paz y guerra los Capitanes entretenidos.—La ignorancia, madre de la presuncion, no admite consejo.—Orden que da el Sr. D. Juan.—Particular gracia del Sr. D. Juan en hacer razonamientos á sus soldados.—Los españoles se ofrecen obedecer al príncipe de Parma y él los agasaja y recibe con amor.—Ordenes que da el Sr. D. Juan y hace el oficio de Sargento mayor.—Marcha el Sr. D. Juan en busca del ejército rebelde.—Ordenes que da el Sr. D. Juan.—El príncipe de Parma quita el morrion del Sr. D. Juan á D. García Brabo, su paje.—Reencuentro de los dos ejércitos, católico y rebelde, junto á Jubela, y valor que en él mostró el príncipe de Parma.—Valor del príncipe de Parma.—Rompe el Sr. D. Juan el ejército de los rebeldes junto á Jubela.—Por qué se dice en Flandes la batalla de la Espuela.—Palabras del Sr. D. Juan á su sobrino el príncipe de Parma, dignas del Príncipe.—Monsieur de Guni preso.—Qué cosa sea guerra rota á cuarteles rompidos.—Manda el Sr. D. Juan reconocer.—Celebra el Sr. D. Juan el contento de la victoria de Jubela.—Las banderas y estandartes representan la persona real.—Consejos que tuvo el Sr. D. Juan, para qué efecto, y el buen parecer del príncipe de Parma.—Los de la villa de Lovayna dan las llaves á Otavio de Gonzaga.—El príncipe de Parma pone sitio á la villa de Siquem.—Libre respuesta del gobernador de Diste al príncipe de Par-

ma.—Ábrense las trincheras en Siquem, y batería que se hizo.—Las personas que van de vanguardia á dar el asalto á Siquem.—Escarpe son las minas que caen de una muralla despues de batida.—Los españoles entran por fuerza de armas en Siquem.—Mueren peleando en la batería de Siquem algunos Capitanes, y otros salen heridos, y los que se señalaron.—Libre respuesta del gobernador de Siquem.—Castigo que hace el príncipe de Parma en los rebeldes de Siquem.—Desesperacion del gobernador de Siquem.—El príncipe de Parma va sobre Diste, y en llegando tratan de rendirse y con qué pactos.—Llega el Sr. D. Juan al sitio de Diste, y lo que pasó con el príncipe de Parma, su sobrino.—Forraje en Flandes, es el sustento de los caballos de heno y avena, y forrajadores son los que van á buscarlo.—El conde Cárlos de Mansfelt va con cuatro mil franceses de socorro al ejército católico.—El Sr. D. Juan pone sitio á Nivela.—El Sr. D. Juan levanta el ejército de Nivela y va sobre Viamonte y se le rinde.—Pirro Gonzaga y el duque de Lebemburg llegan á Flandes.—Llega D. Pedro de Toledo á Flandes.—Llega á Flandes D. Alonso Martinez de Leiva con una famosa compañía de españoles.—Divisas que tenia la bandera de la compañía de D. Alonso Martinez de Leiva.—Los españoles ganan por asalto la villa de Simay.—Ríndese el castillo de Simay al Sr. D. Juan y desórden de la compañía de D. Pedro de Tassis.—Manda el Sr. D. Juan guarnecer y amunicionar la villa de Simay.—Llega á Flandes D. Lope de Figueroa con su tercio, llamado el de la Liga.—El Sr. D. Juan va con su ejército á recibir el tercio de la Liga y recibimiento que le hace.—Razonamiento que el Sr. D. Juan hizo á las banderas del tercio de D. Lope de Figueroa.—Amor que los soldados de la Liga mostraron al Sr. D. Juan y al príncipe de Parma, su sobrino.—El Sr. D. Juan pone sitio á Phelipevilla.—Raytres ó herreruelos, son soldados de á caballo que pelean con pistolas y hachas de armas que traen en los arzones.—El Sr. D. Juan aprieta el sitio de Phelipevilla.—El Sr. D. Juan envia un trompeta al gobernador de Phelipevilla, y lo que responde.—Artillería plantada á fuerza de brazos en Phelipevilla.—Suspéndese la batería de Phelipevilla sin saber la causa.—Desobediencia y atrevimiento de Juan de Ayala, soldado español.—Manda el Sr. D. Juan cortar la cabeza á Juan de Ayala.—El príncipe de Parma libra de la muerte á Juan de Ayala.—Çapa es açadon.—Los cercados de Phelipevilla piden la paz y rescate de Monsieur de Gate.—Phelipevilla se rinde al Sr. D. Juan.—La persona del Sr. D. Juan queda á curarse en Anamur y divide su ejército en dos partes.—El príncipe de Parma pone sitio á Lamburque.—El príncipe de Parma envia á decir al gobernador de Lamburque rinda la plaza y lo que respondió.—Trincheras de Lamburque y á quién se encomendaron.—Fortaleza de Lamburque.—Batería dificultosa en Lamburque.—El príncipe de Parma envia á decir al gobernador de Lamburque rinda la plaza, y lo que respondió.—Asalto de Lamburque.—Maestre Hance, gran ingeniero.—Lamburque ganada por asalto.—El gobernador de Lamburque rinde el castillo de aquella villa.—Suceso maravilloso al coronel Cristóbal de Mondragon.—Mondragon, gobernador de la villa de Lamburque; sus buenas partes y naturaleza.—El príncipe de Parma va á Anamur y envia sobre Dalem al coronel Mondragon.—Mondragon pone sitio á Dalem.—Gana por escala el coronel Mondragon el castillo de Dalem.—Artificio del príncipe de Orange.—Don Alonso de Sotomayor y Juan Bautista del Monte rompieron los raytres junto á Yndoven.—Los Estados rebeldes juntan sus ejércitos con el de Casimiro para deshacer el español.—Respuesta del Sr. D. Juan al Príncipe, su sobrino.—Las personas que aprobaron el parecer del príncipe de Parma.—Causas que movieron al príncipe de Orange para derramar inciertas nuevas en los Estados rebeldes.—Parte con su ejército el Sr. D. Juan de Anamur en busca del rebelde.—Escaramuza de Rimante.—Muerte del conde de Monte de Olio.—Continúase la escaramuza y la traba D. Alonso Martinez de Leiva.—Valor del

capitan D. Agustin Mexía.—Gallardo ánimo del príncipe de Parma.—Fuerzas que juntaron los Estados rebeldes y sentimiento del Sr. D. Juan y lo que se resolvió en su Consejo.—Marcha el Sr. D. Juan la vuelta de Bujen con su ejército, y Gabrio Zerbellon se adelanta á hacer un fuerte.—Enfermedad del Sr. D. Juan.—Fuerte de Bujen, alojamiento del ejército católico, pestilencia y trabajos que tuvo.—Otavio de Gonzaga desengaña al Sr. D. Juan de la poca vida que tiene y lo que le responde.—Lo que el Sr. D. Juan dijo á su sobrino y á sus consejeros.—Muerte del Sr. D. Juan en 2 de Octubre de 1578.—Buenas partes del Sr. D. Juan.—Valerosos hechos del Sr. D. Juan.—Capitanes excelentes y famosos.—Con la muerte del Sr. D. Juan murió la disciplina militar.—Francisco, duque de Alanson, entra en Flandes con su ejército.—Trabajos que pasó el ejército español en el fuerte de Bujen.—Correrías de los rebeldes.—Remedio y órdenes que el príncipe de Parma dió al ejército español.—El duque de Alanson pone sitio á la villa de Vins.—Los franceses del duque de Alanson, no guardando la palabra al capitan Gaona, ganan la villa de Vins.—Los burgeses de Gante ganan y saquean la villa de Ypre y hacen muchos desórdenes.—Por qué se llamaron los mal contentos.—Qué cosa sea volver la casaca.—Por qué se llamó el ejército del *Pater noster*.—Los ganteses rotos y deshechos.—Peste de Anamur y de Bujen y daños que hace.—El ejército del duque de Alanson deshecho.—El baron de Polbeyra llega al ejército español.—Discordias y por qué causas, en los Estados de Flandes, hacen provecho al ejército español.—Los del *Pater noster* degüellan á dos mil y quinientos ganteses.—El baron de Gibrao y el teniente García de Olivera rompen siete compañías de herreruelos.—Burgeses, son ciudadanos ó vecinos de una villa.—Acuerdos que los ganteses hacen con los católicos de su misma tierra.—Disgustos del duque de Alanson y por qué causa.—El conde Anibal Altemps rompe diez y siete banderas de franceses y gana las diez.—Convoyes, son carros cargados de bastimentos á quien los soldados hacen escolta.—El príncipe de Parma marcha con su ejército en seguimiento de los rebeldes.

Despues de haber comido Monsieur de Hierjes con el baron de Polbeyra y los demas Capitanes españoles, envió con la nueva de la victoria al Sr. D. Juan, al capitan Amador Lezcano, y aunque español, lo era de una compañía de valones del regimiento del coronel Cristóbal de Mondragon. Llegó al ducado de Luxemburg, á los 17 de Enero del año de 1578, donde todavía se estaba el Sr. D. Juan de Áustria. Hallóle jugando á la pelota de la vaqueta con el príncipe de Parma, su sobrino, y le dijo como Roremunda estaba socorrida con gran mortandad de los rebeldes y con poco daño de los católicos. El Sr. D. Juan le respondió fuese bien llegado y que le agradecia el trabajo que habia tenido en traerle tan buena nueva, y mandó á Gonzalo de Valle, su guarda-ropa, le diese una muy buena cadena de oro. Tio y sobrino fueron luégo á la iglesia mayor y se cantó el *Te Deum laudamus*. Oyéronle con gran devocion; quedó el

Sr. D. Juan muy contento de ver que sola una plaza que el Rey, nuestro señor, tenia en aquellos Estados, se hubiese defendido tan bien y con tan gran daño de los rebeldes. Mandóla luégo abastecer y amunicionar y doblarle la guarnicion por si volvian sobre ella, como se tuvo entendido, y para que se vea la grandeza de ánimo del Sr. D. Juan, en tiempo tan necesitado y que no alcanzaba un real, así para el sustento de su casa como para entretener el ejército, mandó se diese al capitan Lezcano una cadena de oro, siendo mejor para las necesidades presentes y las que esperaba que no para un Capitan que le pudiera hacer ménos falta que á su persona, se ha de entender que en tales tiempos se han de mostrar las grandezas de los Príncipes para dar ejemplo y ánimo á los soldados con mercedes semejantes pára emprender dificultades, demás que una tan buena nueva (y en tiempos tan apretados) como la que trajo el capitan Lezcano era digna de tal paga, y si todos los Generales tuviesen la consideracion y largueza que el Sr. Don Juan de Austria, el duque de Alba y otros, serian más bien servidos, amados, temidos y respetados, alcanzando victoria de sus enemigos, pues jamás hasta hoy se vió Capitan general dadivoso que no las alcanzase, y al contrario, los cortos de ánimo y de la hacienda que está á su cargo, tan solamente no tienen buenos sucésos, mas tambien son aborrecidos, mal quistos y peor asistidos, porque como el hábito del soldado sea tan trabajoso y de peligro, y que á nadie se puede convidar á entrar en él sin esperar algun premio, conviene particularmente á los Capitanes generales tener gratos á sus soldados, bien tratados de obras y de palabras, que aunque no todas veces sean menester, para un dia les conviene tanto como para toda la vida, que podrian perder ó dar una victoria en que se aventurase la hacienda, reputacion y Estados de su Príncipe, y aunque hay opiniones que siempre al soldado se ha de tener pobre y necesitado, y no tan brioso que sea menester para cada uno un superior que le gobierne, porque no hay cosa que más les ensoberbezca que las riquezas, tambien se ha de considerar que hasta hoy se ha visto ninguno, de General abajo, que cuando

muera le hallen una sábana en qué envolverle; pero yo tendria por mejor que el soldado estuviese algo sobrado que no pobre, así para poder con más comodidad resistir los trabajos y necesidades de la guerra, como para ayudarse los unos á los otros, como de ordinario hacen; pero no ha de ser tanta su posibilidad que les dé ocasion para hacer discursos y dejar sus banderas como muchas veces se ha visto en remates de cuentas, que hallándose con algunas pagas sobradas, pareciéndoles no han de ver otras en mucho tiempo, se van algunos á diferentes partes á buscar el descanso, forzados de las hambres y miserias que la guerra trae consigo, y áun las más veces por las asperezas y rigor del Capitan general; pero si se pudiese, seria mejor no darles lugar á esto, pagándoles justamente el sueldo que se les debe á su tiempo, con que cesarian estos y otros muchos inconvenientes, y aunque parece es fuera de propósito haber discurrido en diferente materia, no lo es tanto que no pueda aprovechar á los que siguen la guerra, ni ménos podré excusarme siempre que se me ofrezca ocasion para sólo este fin.

El Sr. D. Juan tuvo aviso en este tiempo que los Estados rebeldes juntaban un grueso ejército para ir sobre la villa de Anamur, con voz de querer vengar la afrenta que habian recibido sobre Roremunda; sintió esta nueva, como era razon, por hallarse con tan pocas fuerzas que no podia oponerse á las de los rebeldes, ni resistir las que tenian; pero como jamás resolvió cosa que no fuese juzgada por maduro consejo, llamó al Príncipe, su sobrino, y al conde Mansfelt; á Otavio de Gonzaga; á Gaspar de Robles, baron de Velli, prudente y valeroso caballero; á Juan Bautista de Tassis, su mayordomo, que murió en Madrid, del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, y á Don Gabriel Niño, Maestro de campo, natural de Toledo, muy gran caballero y soldado, para aconsejarse con ellos y tomar resolucion de lo que se debia hacer, y estando ya juntos sacó el Sr. D. Juan las cartas y avisos que tenia de la venida de los rebeldes, y las dió á Alonso de la Loa, su secretario de Estado, para que hiciese relacion dellas, y habiéndola hecho que diese cada uno su parecer, que él se resolveria en lo que más convi-

niese al servicio de Dios y del Rey catolico, su hermano, para ofender y defenderse de los rebeldes; todos se miraron sin responder, y el Sr. D. Juan volvió el rostro al Príncipe, su sobrino, y le pidió su parecer. Respondióle, los ojos bajos y con grande sumision, que le parecia que S. A. hiciese llamar á toda la gente del ejército, así infantería como caballería, que estaba alojada á la vuelta de Roremunda, y que se escribiese al baron de Polbeyra que con mucha brevedad se hiciese su regimiento de alemanes, hasta número de tres mil hombres, y tambien al conde Anibal Altemps que bajase de Alemania con los dos regimientos que habia ofrecido, dentro de cuarenta dias, y fuesen en número de seis mil hombres, y que con aquella gente levantada y en buen órden podia S. A., por lo ménos, estorbar que los rebeldes no se pusiesen sobre Anamur, y que cuando lo hiciesen se les podria inquietar y hacer algunas facciones para que no se saliesen con su intento, porque el ejército español era señor de dos rios, Sambre y Mosa, por cuya causa seria más bien proveido del país, y que le suplicaba le hiciese merced, en tanto que acababan de dar las órdenes necesarias, dejarle ir á recibir la gente que habia socorrido á Roremunda, por si acaso los rebeldes la viniesen á encontrar se hallase con ella. Con esto acabó su parecer, y los demas Consejeros le fueron dando, y aunque en algunas cosas diferenciaron, en la sustancia estuvieron conformes con el del príncipe de Parma, aunque no les pareció bien en lo de ir á encontrar la gente que habia socorrido á Roremunda, ó que fuese por temor ó por envidia (que esta pocas veces suele faltar) de que los habia de gobernar, dieron muestra de sentimiento, y habiendo acabado todos de dar sus pareceres, les dió el Sr. D. Juan las gracias por lo bien que habian propuesto, y les dijo que á él no le quedaba nada que poder decir más de manifestarles su voluntad, y el deseo que tenia de acertar en el servicio del Rey católico, que sus cosas fuesen en aumento, aunque se vendiesen unos á otros, respecto de la calamidad y estrecheza en que se allaban, y que les advertia que no podia dejar de representarles la necesidad que pasaba el ejército español, y el poco remedio que

tenia para socorrerlo y ménos esperanzas de poderlo tener, y que así lo ponia en sus manos para que luciese su deseo en causa tan justa y en aumento de la religion cristiana. Con estas y otras razones que les propuso se acabó el consejo.

Andaba el Sr. D. Juan en los consejos con tanto tiento, como se ha visto, y prevenido siempre de sumisiones y cortesías, receloso de algun Consejero, que en cualquiera ocasion procuraria hacerle con el Rey, nuestro señor, tan malos oficios que apenas daba un paso, aunque fuese con mucho cuidado, que no se lo rechazasen. Otra dia siguiente se comenzó á poner en ejecucion lo que en el Consejo se habia acordado, pero con tan gran incomodidad y pobreza como se ha referido, y ya desconfiado el Sr. D. Juan de tener remedio, esperándole sólo de nuestro Señor, que siempre acude en las mayores necesidades, se le dió con llegar en aquel mismo punto, por la posta, un archero que se llamaba Luis de la Furreria, con ciento y cincuenta mil escudos en oro, y con letras del Rey católico, su hermano, para que cada mes se proveyesen otros tantos, y aunque no era esto con la puntualidad necesaria, no por eso se dejaba de hacer la guerra con tanto calor como si á sus tiempos fuesen asistidos los soldados del ejército español. El de los rebeldes se habia engrosado y rehecho en este tiempo, con más pujanza de la que se esperaba, y se le iba acercando. No le pareció al Señor D. Juan dilatar su resolucion, y ordenó luégo á su sobrino, el príncipe de Parma, que á toda priesa fuese á recibir la gente que socorrió á Roremunda, por entre Lovayna y Tirlemont, y que la hiciese caminar á toda priesa porque no se encontrase con la de los rebeldes, que era superior, ántes que llegase á ella.

El de Parma estimó en tanto el favor que su tio le hacia, que desde luégo se prometió próspero suceso en todas sus cosas, pues le iban luciendo como las deseaba, aunque no dejó de hallarse algo atajado por la descomodidad que tenia de criados y casa, porque como llegó á Luxemburg por la posta, no habia venido la que esperaba de Italia, y para haber de dar de comer y asistir los entretenidos y Gentiles-hombres que habia de llevar se halló confuso. El Sr. D. Juan, como tan gran Príncipe y que

tanto amaba á su sobrino, antevió la falta que tenia y previno con tiempo lo que habia menester, y mandó á Vergara, su Contralor, aprestase la mitad de su casa y de su guardia para que le fuesen sirviendo como su persona propia. Hízose así, y partió luégo, llevando consigo la mayor parte de los Capitanes entretenidos del Sr. D. Juan, el cual comenzó á dar órdenes y á prevenir con mucha brevedad todo lo necesario para irles siguiendo y dar calor á los que iban con él. Fué bien menester esta prevencion, porque aún no hubo bien llegado el príncipe de Parma entre Anamur y Marcha, cuando tuvo aviso que el ejército español que iba á encontrar estaba ya en Anamur, y que el de los rebeldes caminaba á grandes jornadas para entrarse dentro, y visto que su persona no era ya de provecho para aquel efecto, pues quedaba la gente en salvo, se volvió á Marcha, y envió un correo á Luxemburg con aviso al Sr. D. Juan que con sumo gozo partió al punto con la gente que le habia quedado, y aquella noche llegó á dormir á la villa de Arlon, cuatro leguas grandes, y otro dia á la de Betuna, y de allí dió aviso á su sobrino de como habia llegado y que le esperase á comer el dia siguiente. El príncipe de Parma se holgó tanto cuanto se puede encarecer, y le salió á recibir con el resto de la gente, y habiéndose visto estos dos valerosos Príncipes, se hicieron el uno al otro los mayores agasajos y cortesías que se puede imaginar, rogándose con la mano derecha, y en los lugares y actos públicos hacian lo mismo, y al ponerse en el sitial y al sentarse en la mesa, con que daban ejemplo á los que los miraban, si bien cuando estaban solos era su trato muy diferente, porque con desenfado se alegraban y entretenian en varios y virtuosos ejercicios: queríanse con entrañable amor, y tan tiernamente que jamás se supo quisiese el uno cosa que no fuese con mucho gusto del otro.

Llegaron á Marcha, y en acabando de comer entraron en consejo las mismas personas que se han nombrado, y con ellas el comisario general Antonio de Olivera, que en aquel tiempo llegó con una compañía de arcabuceros á caballo que tenia por razon de su oficio. No se trató de otra cosa en

este consejo sino si convenia ó no que la persona del señor D. Juan de Áustria se aventurase á entrar en Anamur, ó si esperaria en campaña al ejército de los rebeldes, que con gran confianza y gallardía se le iba acercando, y resolvieron que convenia se entrase en Anamur, y que toda la caballería é infantería se alojase por sus contornos, á dos, tres y cuatro leguas, dejando á la frente los dos rios, Sambre y Mosa, para estar más fuerte y resistir con mayor ventaja al ejército de los enémigos, que tan poderoso y confiado venia de deshacer el español. Con esta resolucion partieron tio y sobrino de Marcha, á los 16 de Enero deste año, y este mismo dia llegaron á Anamur sin que los rebeldes se lo estorbasen, aunque lo habian procurado y hecho gran instancia para embarazarles el paso con toda su caballería, que á la ligera habia pasado el rio, y aunque llegó á tiempo que pudiera hacer esta faccion, no se atrevió, y se cree que, si lo intentaran, tuvieran buen suceso, porque los dos Príncipes no llevaban más que su corte y muy poca gente de guerra, y esta con mal órden y descuidada por la confianza que tenian que los rebeldes no podrian vadear los dos rios con la facilidad que lo hicieron, siendo guiados de la gente de la tierra que estaban á su devocion, y aunque sintieron mucho encerrarse en Anamur, pareciéndoles se perdia punto de su opinion en volver el rostro á su enemigo, considerando era ménos daño que aventurar la reputacion del Rey, nuestro señor, lo hubieron de hacer forzando su natural inclinacion, que no era ménos valor del que mostraban en cuanto se les ofrecia, y en llegando á Anamur dió órden el Sr. Don Juan se fuese á reconocer el ejército de los rebeldes y se trujese lengua de su designio. Hízose así y súpose como á toda prisa se acercaba con número de más de veinticuatro mil hombres, caballería é infantería, y que á los 22 de Enero quedaban alojados seis leguas de Anamur, en un lugar que se llama Uguabia, donde los mas principales dellos hicieron grandes regocijos y banquetes al uso del país, haciendo brindis á las cabezas del Sr. D. Juan y á la del sobrino, con las demas del ejército español, y tan confiados de tener victoria dél, que daban por hecho

todo lo que intentaban. Los más principales de los rebeldes eran: el conde de Bossu, general de su ejército, y el vizconde de Gante, hermano del príncipe de Pinde, lo era de la caballería, y Monsieur de Guni, Maestro de campo general, Gobernador que era del Canoe, y otros muchos títulos y señores, con cargos y sin ellos, como Mos de Lumay, Mos de Villers, Mos de Fresno, y el conde de Lalayn, el conde de Agamont, Monsieur de Montani, y otros que eran la nata de los Estados rebeldes. El Sr. D. Juan, otro dia siguiente, volvió á enviar á reconocer los veinte lanzas y veinte arcabuceros á caballo; tornaron al anochecer, y dijeron que se levantaba su ejército y que les parecia marchaba la vuelta de Gemblours.

Otro dia siguiente quiso el Sr. D. Juan satisfacerse de la punta que hacian los rebeldes y del designio que llevaban, y dió órden al capitan Sancho Beltran, entretenido cerca de su persona, que con diez lanzas fuese á traerle nueva cierta de lo que deseaba. Volvió dentro de siete horas con un villano que dijo quedaban alojados en un lugar pequeño entre Anamur y Gemblours, á la mano derecha, y que no habia más de dos leguas y media de camino. El Sr. D. Juan le preguntó si sabia ó habia oido decir el intento que traian, y le respondió el villano que sabia por muy cierto querian sitiar á Anamur y que les habia crecido mucho más el deseo cuando supieron que S. A. y el príncipe de Parma estaban dentro. Con este aviso mandó luégo el Sr. D. Juan llamasen á los Consejeros, y estando juntos, hizo entrar dentro al villano y que les refiriese lo que habia dicho, y habiéndolo hecho le mandó salir fuera, y les propuso el remedio que se podia tener para resistir los rebeldes que tan desvergonzadamente se habian atrevido á acercársele. El príncipe de Parma, su sobrino, respondió que le parecia seria bien irles á buscar y atajar el orgullo de su atrevimiento con darles la batalla. En este parecer se resolvieron todos, si haber ninguno que lo contradijese. Luégo se levantó el Sr. D. Juan y dijo que lo mismo le parecia, y que pues se habia de pelear, seria bien tornar á enviar á traer nueva lengua, no obstante lo que habia dicho el villano, por si acaso habian mudado de parecer los re-

beldes ó se estaban en el mismo sitio. Parecióles bien, y luégo mandó el Sr. D. Juan al capitan Hernando de Acosta (que murió siendo Maestro de campo en el reino de Aragon, y castellano de Jaca), que con diez lanzas fuese á hacer este efecto, y lo hizo como sagaz y experimentado soldado, porque se vistió á la raytra para ir más desconocido, y se llegó tan cerca del ejército de los rebeldes, que pudo reconocer que se estaban atrincherando, y dijo á uno de los diez soldados que llevaba que volviese á Anamur á toda priesa y dijese al Sr. D. Juan como se estaban fortificando, y que él no volveria hasta llevarle entero aviso de la resolucion que el ejército enemigo pensaba tomar, y dió órden á los nueve soldados que le habian quedado no se moviesen de aquel puesto que tenian, y él se fué poco á poco para asegurar á los rebeldes era alguno de sus raytres, y llegó á sus mismas trincheras, y en ellas asió por los cabezones á uno de los que trabajaban, que era un mozuelo de catorce ó quince años, y se lo puso en el arzon; y, dando piernas al caballo, llegó á rienda suelta adonde habia dejado las nueve lanzas emboscadas, y ya en este tiempo, con los gritos que el mozo habia dado, habian ido en su seguimiento algunos caballos de los rebeldes, y como descubrieron las nueve lanzas temieron no hubiese alguna emboscada, y no osando pasar, se volvieron á su ejército.

El capitan Hernando de Acosta llegó á Anamur, habiéndose informado del mozuelo del designio de los rebeldes, y segun la relacion que hizo, pareció más ángel que persona, pues siendo de tan poca edad, discurrió sobre lo que se le preguntó como si fuera soldado de mucha experiencia.

Entráronle al Sr. D. Juan, y lo primero que le preguntó, fué su nombre; respondió que se llamaba Pierres; díjole: «pues Pierres, decidme el intento del ejército de los rebeldes, y si decís la verdad os haré merced.» Respondió que hacia saber á S. A que aunque era verdad habian salido de Bruselas con intento de sitiar á Anamur, que ya estaban arrepentidos y con tanto miedo, que se fortificaban por temor de los españoles, y que si con su honra se pudieran volver en salvo, lo hicieran,

y que muchos dellos trataban de retirarse, y que era de parecer que S. A. fuese con mucha brevedad con todo su ejército, y que tendria victoria dellos ántes que se levantasen, y que si lo dilataba no tendria efecto porque se habian de ir dentro de dos dias. Estas y otras muchas cosas de no ménos consideracíon dijo Pierres, que no poco admirado quedó el Sr. D. Juan, y le dijo que cómo sabia él todo lo que pasaba en el ejército de los rebeldes, pues no entraba en el Consejo ni era persona á quien le pudieran dar parte de cosas tan secretas. Respondió, que sabia que era verdad, y que cuando no lo fuese, S. A. le mandase azotar como á bellaco mentiroso, y que le suplicaba no dilatase el castigo de sus enemigos (como si él no fuera dellos ó le importara). El Sr. D. Juan y el Príncipe, su sobrino, quedaron tan admirados de lo que el mozo Pierres decia, que le tuvieron por nuncio del bien que se prometieron de un aviso tan importante, que parece milagrosamente haberle Dios traido á deshacer la confusion en que el Sr. D. Juan se hallaba por verse con tan pocas fuerzas y descomodidades y los enemigos tan poderosos; no quiso dilatar el bien que se le habia venido á las manos, y mandó llamar á consejo, y hizo entrar en él á Pierres, y que refiriese todo lo que habia dicho; hízolo así, y los Consejeros le volvieron á examinar, y no hallaron causas ni razones para dejar de hacer lo que decia, porque eran tan importantes y aparentes, como se ha referido, y resolviéronse en este parecer, y luégo mandó el Sr. D. Juan llamar á Antonio de Camargo cuartel y Maestre del ejército español, para que lo acuartelase, y por escrito se le dió la órden y señaló la plaza de armas, mandando que para el viernes al amanecer, que fué último de Enero deste año, se hallase toda la caballería é infantería á media legua de Anamur, y el jueves á medio dia volvió Antonio de Camargo al Sr. D. Juan con aviso de que todo lo que habia mandado estaba puesto en ejecucion, y reconocida por los oficiales del ejército la plaza de armas que S. A. habia señalado para acudir á ella al amanecer como lo habia ordenado, ó cuando fuese servido.

El príncipe de Parma estaba tan deseoso de verse á las manos

con los enemigos de la Iglesia, que temiendo se habian de ir sin lograr este deseo, envió, sin que su tio lo supiese, al capitan Sancho Beltran á saber si se habian levantado ó se fortificaban. Hízolo ansí, y volvió ántes de la noche con aviso de que estaban de partida y comenzaban á levantar el campo, y que se perdia tiempo si con mucha brevedad no le iban á buscar; y porque hay y ha habido algunas personas que les ha parecido que los Capitanes entretenidos es gente sobrada y que se podria excusar en paz y guerra, me ha parecido advertir, aunque sea detenerme, la mucha estimacion que el Sr. D. Juan y el príncipe de Parma hacian dellos, pues los ocupaban en servicios muy particulares, y en reconocer el ejército rebelde, como se vió en los capitanes Sancho Beltran y Hernando de Acosta, que á estos y á los demas los tenia dedicados para estos y otros efectos, como llevar embajada á los Príncipes con quien se tiene correspondencia, conducir regimientos de naciones, hallarse en las muestras y alardes de los ejércitos por sustitutos del Veedor general, que es á quien toca ver no haya fraude en la hacienda de S. M., y llevarles las órdenes, encomendalles las inteligencias, asistir en las fábricas, trincheras y baterías, y, sobre todo, no apartarse de la persona del Capitan general, y á la guardia de su guion; y en algunas ocasiones (como hombres tan experimentados) se han valido de sus consejos, y se ha de entender que son tan necesarios en la paz y guerra para el servicio del Rey, nuestro señor, y autoridad de sus Generales, que apénas se puede vivir sin ellos, y como á gente tan granada y menesterosa, siempre les estiman, honran y entretienen; si bien ha habido y hay algunos Capitanes generales, particularmente en la paz, que no tan solamente se han querido valer de la autoridad de los Capitanes entretenidos, pero los han echado de sí con malos tratamientos, sin darles ningun sustento, y si en las cosas de su oficio se ofrece ocupallos, no pagarles sus salarios, haciéndoles servir á su costa, pareciéndoles son obstáculos en sus negocios particulares, que como atienden más á ellos que al servicio de su Príncipe, no querrian ojos desapasionados que viesen sus descuidos, ni plumas que escribiesen sus defectos.

Estos tales, más amigos de la paz que de ocasiones de guerra, las suelen perturbar, guiándolas por caminos tan desusados, que pocas veces ó ninguna se saca fruto de sus servicios, y cuando les parece mueven guerra con la paz, y con ella hacen la guerra fingida, valiéndose de aspavientos y ademanes ilícitos, derramando nuevas aparentes de enemigos no conocidos para sacar sustancia de los inadvertidos vasallos, á costa de su salud y hacienda, con que se encubre la razon y tuerce la justicia, y como los ojos y oidos del Príncipe están léjos, lo son ellos, usurpando su autoridad, por no querer oir para entender ni ver para remediar, y en vez de alcanzar gloria de sus nombres, pierden la de su fama y el crédito entre los soldados, que es lo más importante que ha de ganar un General, y si el valor del capitan Hernando de Acosta no fuera tal que le diera atrevimiento para traer aquel mozo de las trincheras enemigas, quedara el Sr. D. Juan en gran confusion, no sabiendo el designio de los rebeldes; y aunque parece cosa nueva que le hiciere entrar en el Consejo pudiendo con sola su resolucion ejecutar lo que más bien le estuviera; se ha de considerar, que si todos los Generales, particularmente teniendo tantos émulos el Sr. D. Juan, entrasen en el Consejo las lenguas que se toman y espías que se envian, así para la satisfaccion de los Consejeros como para el acertamiento de las empresas que se han de ejecutar, no habria tantos yerros, ni se abusarian las cosas tan importantes y necesarias como estas, pues más autoridad fué para el Sr. D. Juan mandar entrar al mozo Pierres en el Consejo, que dejarlo de hacer respecto de haberse ya determinado á poner en sus manos la resolucion de su intento, y que á boca se satisfaciesen los que le aconsejaban, así del designio de los rebeldes como del suyo, mostrándoles perfectamente su celo y voluntad, que temeroso de sus emulaciones le traian tan desvelado y cuidadoso, que jamás resolvió cosa que no fuese pasada por muy maduro consejo, y áun le era tan mal agradecido, como se vió por experiencia.

Todos los Generales del mundo habian de aprender en la escuela deste grande y valeroso Capitan, tan parecido á su pa-

dre el emperador Cárlos V, de gloriosa memoria, pues jamás se despreció de recibir parecer en todas sus acciones del menor soldado de su ejército; al contrario de otros que les parece pierden su autoridad si preguntan ó se aconsejan en las facciones ó casos de la guerra. Tal es la ignorancia del que presume saber lo que no alcanza, y al tiempo de la ocasion le falta el valor, la prudencia y consejo, por no haberle querido recibir del que se le puede dar en tiempo de sus mayores necesidades y peligros, y como el Sr. D. Juan y el príncipe de Parma, su sobrino, eran los primeros que se entraban en ellos y los postreros que se retiraban, se prevenian con tanto ánimo y cuidado.

Despues de haberse informado el Sr. D. Juan de Antonio de Camargo, Cuartel maestre, del órden que se habia dado, y cómo se puso en ejecucion, mandó que se cerrasen las puertas de la villa de Anamur para que no se divulgase el intento que tenia de ir á pelear con el ejército rebelde, y que sin su expreso mandato no se abriesen, y habiéndose hecho, lo publicó para que estuviesen apercibidos y bien armados para las siete de la mañana, que era la hora que habia señalado para partirse; y en amaneciendo, se armaron tio y sobrino, y habiendo tocado las trompetas á caballo, salieron de palacio, y á aquella hora estaban á la puerta y en la plaza todas las guardias y gente que seguia á la corte, bien apercibidos, esperando que saliesen, que al punto se pusieron á caballo, y con mucha brevedad partieron de Anamur y fueron á la plaza de Armas, donde todo el ejército español estaba en escuadron esperando que llegasen con increible deseo, y le tenian tanto de pelear, como despues se vió por experiencia. El Sr. D. Juan se entró dentro de los escuadrones, y con el sombrero en la mano les fué dando á todos los buenos dias. Despues les dijo con el rostro alegre y con aficionado intento, que pues aquel era el dia que habian deseado para medir las picas con los enemigos de la Iglesia no desaprovechasen la ocasion, pues la tenian tan buena, y en las que se le habian ofrecido triunfado dellos y alcanzado tantas victorias con que habian aumentado la Corona real, y que les

pedia y rogaba obedeciesen y guardasen las órdenes que les diese, sin dejar sus puestos ni desmandarse, con que esperaba cogerian el fruto de sus deseos con premio de sus servicios, y como sabia que los buenos sucesos consisten en no más que la obediencia militar, no les encargó otra cosa y que quedaba satisfecho, y tenia por muy cierto lo cumplirian así soldados tan particulares y honrados como el Rey católico, su hermano, tenia en aquel su felicísimo ejército, y que en su nombre les pedia que tambien guardasen y cumpliesen las órdenes que el príncipe de Parma, su sobrino, les diese, que esta era su Real voluntad y suya. Tenia el Sr. D. Juan tan particular gracia en los parlamentos y pláticas que hacia á sus soldados como en todas las demas cosas que emprendia, y demás de haberse llevado las voluntades de todos con aquel razonamiento digno de ser imitado de otros Generales, si bien pocos lo acostumbran, siendo tan necesarios para dar ánimo á sus ejércitos, les encendió más el deseo á los soldados de pelear en aquella ocasion.

Todos los Capitanes, particularmente los españoles, fueron luégo al príncipe de Parma, y con mucho amor y respeto le hicieron humildes ofrecimientos, y él los abrazó y recibió con unas entrañas tan generosas como de padre, y les pidió le tuviesen por amigo y compañero, ofreciéndoles ayudarles en sus pretensiones con el Rey católico, su tio, y con el Sr. D. Juan, y que de su casa y persona dispusieran como de las suyas. Quedaron tan contentos del buen trato y afabilidad con que les habia recibido, que propusieron servirle y obedecerle como era razon. En acabando el Consejo comenzó el Sr. D. Juan, á dar las órdenes convenientes para el efecto que deseaba, y como era tan General en todo, comenzó á hacer el oficio de Sargento mayor, como si lo hubiera ejercitado mucho tiempo, por imitar en esto á los Emperadores romanos y á otros famosos Generales que lo acostumbraban, y en aquellos tiempos tenian por oficio lo que en estos al contrario, porque algunos Generales, ó por gravedad ó poco curiosos, se desprecian llegar á los escuadrones, con ser su oficio el visitarlos y recorrerlos, teniendo la misma obligacion en esto que el Sargento mayor;

pues quien ha de esperar la gloria de una victoria y ser vencedor de sus enemigos, ha de ver con sus ojos de la manera que la ha de alcanzar.

El Sr. D. Juan llevó consigo á su sobrino y al comisario general Antonio de Olivera, y al sargento mayor Pedro de Vallejo, y aunque pudiera fiarse dél, no lo hizo, sino su misma persona comenzó á hacer las hileras y á formar sus escuadrones, así de la infantería como de la caballería, y cuando los tuvo puestos en buen órden, mandó salir de vanguardia la compañía de arcabuceros de á caballo de Antonio de Olivera, y la del capitan Falconeta, y por manga de arcabucería la del capitan Aguilar, la de Tordesillas, la de Alonso de Perea, la de D. Vasco de Acuña, y por los costados destas mangas dos escuadrones de lanzas italianas y albanesas y por dueños Otavio de Gonzaga y Camilo del Monte, y en medio todo el cuerpo de la infantería, y á su retaguardia el guion del señor D. Juan, acompañado de sus Entretenidos y Gentiles-hombres y le seguian y abrazaban todo el resto del ejército.

Con este buen órden comenzó á marchar, guiándole el señor D. Juan, y envió luégo corredores á que trujesen lengua de lo que hacia el de los rebeldes, y por momentos le venian á dar avisos, unos de que se levantaba, y otros, que si no caminaba apriesa no le hallaria en parte que pudiese aprovechar su deseo. Con estas nuevas, que por momentos le llegaban, hizo apresurar el paso de la infantería, y mandó á los atambores mayores que hiciesen tocar más apriesa la marcha, y con buen órden y á gran paso caminó el ejército más de legua y media, y siempre le reforzaban los avisos que los rebeldes se partian y que si no caminaban con más presteza tomarian por espaldas á la villa de Gemblours y no habria lugar de rompellos. El Sr. Don Juan lo deseaba, pero como tan prudente Capitan echó de ver que si sacaba de su paso á la infantería llegaria desalentada y sin órden, y no seria de provecho, y mandó llamar á Otavio de Gonzaga y le dijo que se adelantase con toda la caballería (de la cual era ya Capitan general poco tiempo habia), y que él con el príncipe de Parma, su sobrino, le seguirian, y dió órden á

la infantería caminase á buen paso, pero no de suerte que se desordenase, porque en esto consistia la victoria, ni llegase desalentada para poder mejor pelear. En acabando esto, puso las piernas al caballo, siguiéndole su sobrino y todo el escuadron del guion, y alcanzaron á Otavio de Gonzaga á media legua de donde estaban los rebeldes, y habiéndose incorporado el Sr. D. Juan con Otavio, caminaron á toda priesa hasta que los descubrieron, y en tanto se puso á considerar el puesto que tenian y la parte por donde seria bien acometellos y desbaratallos.

Estando ya á poco ménos de tiro de mosquete los unos de los otros, llamó el príncipe de Parma á D. García Brabo (que despues fué muy gran soldado y valeroso Capitan, y hoy es corregidor de Granada), paje del Sr. D. Juan, que le llevaba el morrion, y se lo quitó, y habiéndoselo puesto, le dijo á Antonio de Olivera que no se apartase dél, porque queria ser su soldado, y que le parecia se acobardaban los rebeldes, porque les veia balotar las picas. Estando diciendo estas palabras le llamó el Sr. D. Juan y le dijo que no se apartase un punto dél, porque queria peleasen juntos. Su sobrino le respondió que sí haria, si bien tenia intento de ser el primero que acometiese á los enemigos, y con esta resolucion perdió la obediencia al Sr. D. Juan, y hizo seña á Antonio de Olivera que le siguiese, y los dos se fueron dando vuelta por el escuadron, buscando á Camilo del Monte para que le prestase un caballo, porque el que su tio le habia dado le parecia algo flaco de los brazos; y habiéndole hallado, le pidió uno de los suyos, y Camilo hizo apear á un paje del mejor que tenia y se lo dió, y habiéndose puesto en él, se volvió con Antonio de Olivera y le dijo, que pues la infantería tardaba, le parecia que cerrasen con los rebeldes, que esperaba alcanzarian victoria dellos, pues ya no era tiempo de perder ocasion. Antonio de Olivera le respondió ordenase lo que fuese servido, que allí estaba para obedecelle, y así se pusieron delante del escuadron de la caballería española, y como los soldados los vieron, les creció nuevo ánimo, y todos le dijeron fuese bien venido y que se cerrase con los

rebeldes sin esperar más tiempo; y como el Príncipe reconoció su voluntad y el deseo que tenian de pelear, y que la mosquetería y arcabucería de los rebeldes hacia algun daño á los escuadrones católicos, puso mano á la espada, y con un valor increible, juntamente con Antonio de Olivera, y rezando la oracion acostumbrada del Ave-María y apellidando al glorioso Santiago, cerraron con los rebeldes por la mano derecha, y á un mismo tiempo por la izquierda Otavio de Gonzaga con toda la caballería italiana, con no ménos osadía que el Príncipe, y todos encendidos en honrado valor, pelearon y rompieron por los fuertes escuadrones de los rebeldes hasta que los desbarataron y deshicieron con la mayor riza que se ha visto, y acudiendo á todas partes con valerosa presteza, abrian portillos para que entrasen los que los iban siguiendo; y aunque los rebeldes se resistian, eran tan inútiles sus fuerzas, que no podian sufrir las de las dos naciones española é italiana; y al tiempo que andaba la batalla más encendida, le dijo al Sr. D. Juan, Gonzalo de Vallejo, su guarda-ropa, que qué le parecia cómo andaba su sobrino el príncipe de Parma desbaratando y rompiendo los enemigos; y creyendo el Sr. D. Juan que le tenia junto á sí, volvió la cabeza, y como no lo vió, puso los ojos donde le dijeron que andaba, y dijo que no creyera le hubiera desobedecido, por haberle dicho ne se apartase dél, pero que se holgaba de verle tan bien empleado, y que no se espantaba hubiese perdido la obediencia un mozo tan valeroso y de poca edad en ocasion tan forzosa.

Ya en este tiempo comenzaba á llegar la infantería española que iba de-vanguardia, algo fatigada del largo paso que habia hecho, y con su ánimo acostumbrado, guiada de sus experimentados y valientes Capitanes, poniendo en tierra las rodillas rezaron el Ave-María, y por la parte más fuerte de los rebeldes cerraron, y en poco espacio los acabaron de romper y desbaratar, haciéndolos huir á espaldas vueltas, y habiendo degollado más de nueve mil dellos y ganádoles cuatro estandartes y casi todas las banderas; fueron siguiendo el alcance hasta las puertas de Gemblours, donde estaba una casa guarnecida

de mucha mosquetería y arcabucería para dar calor á los que se iban retirando. La infantería española cerró con ella, y degolló parte de la gente que estaba dentro, y por de fuera le pusieron fuego para quemalla, y llegando á cuatro barriles de pólvora que habia dentro se voló toda la casa haciendo grandísimo estrago, sin que escapase ninguno de los rebeldes que se retiraron á ella, salvo los que se habian entrado en Gemblours, y otros, que á uña de caballo, no pararon hasta la villa de Bruselas, y porque siendo ejecutados con la presteza y valor que se ha referido y huyeron tan apresuradamente, se dice hoy entre los rebeldes, «la batalla de la Espuela.»

Como el príncipe de Parma habia cumplido con sus deseos y obligacion, y ya no hallaba en qué poder emplear su espada, se fué al escuadron donde estaba su tio, y en llegando, se quitó el morrion y le dijo: que suplicaba á S. A. le perdonase el haberle desobedecido, que la ocasion le dió atrevimiento á no cumplir lo que le habia mandado. El Sr. D. Juan le respondió que por aquella vez pasase, pero que á otra le suplicaba no se tomase tanta licencia, y que por la fe de caballero que le habia tenido envidia, y que se holgara más haber sido él aquel dia que á todo el bien del mundo.

El Príncipe dió las gracias á su tio de la estimacion que hacia de su persona, aunque le salieron colores al rostro, pareciéndole haberle enojado, y se podia muy bien envidiar el valor y prudencia del príncipe de Parma, á quien con justa razon se atribuyó la victoria de aquel dia, más que el de otros muchos y famosos Capitanes, y él lo vino á ser tan grande como lo dirán sus muchos y heróicos hechos.

Llegó al Sr. D. Juan un soldado albanés, que se llamaba Dimitri en un caballo muy cansado y otro que traia por la rienda, y encima dél Monsieur de Guni, Maestro de campo general del ejército de los rebeldes al cual traia en prision y le habia herido muy mal en las manos, y le dijo al Sr. D. Juan que suplicaba á S. A. le diese aquel prisionero, porque le habia rendido á buena guerra. Respondióle que si era suyo nadie se lo quitaria, y mandó que le curasen y le hiciesen buen trata-

miento y lo llevasen al castillo de Anamur con otros muchos prisioneros de los rebeldes que se habian ganado en aquella batalla, y hasta aquellos tiempos no se sabe se hubiese tenido victoria con tan poca pérdida de los católicos, pues no murieron más de dos, y heridos cinco ó seis.

Monsieur de Guni se halló vergonzoso delante del Sr. Don Juan; pidióle la mano, y diósela; y aunque le quiso satisfacer, no le dió lugar, si bien mostró algun arrepentimiento, más forzoso que voluntario; y si el Sr. D. Juan tuvo tanta misericordia dél y de los demas rebeldes que se prendieron en aquella batalla, habiendo sido tan sediciosos y descorteses, que ántes della habian brindado en sus banquetes á las cabezas de los más principales del ejército católico, á la suya y á la del Príncipe, su sobrino, y si les dió libertad á estos prisioneros fué por ser cosa muy usada en la guerra, pues jamás á sangre fria se toma venganza de los enemigos, particularmente la nacion española que pelea valerosamente con los que se le resisten, y con los rendidos son muy misericordiosos; y como lo era tanto el Sr. D. Juan, mandó despues, de los que habian quedado, dar libertad á muchos, pagando primero su ranzon ó rescate á los soldados que los habian preso, aunque todos eran muy dignos de castigo; al contrario de los rebeldes, que rota la guerra entre las dos partes no tienen misericordia de ningun prisionero; y para que se entienda lo que es, suelen, de conformidad las provincias y ejércitos enemigos, tenerse buena correspondencia en restituirse de una parte á otra, pagando primero su ranzon, que es el rescate y la comida, los prisioneros que peleando se han perdido; pero tal vez suele estar la guerra tan encendida y que por dignos respetos conviene hacerse con rigor, que se deshacen los cuarteles, que asi se llaman, que tienen hechos para restituirse los prisioneros, no teniendo misericordia dellos, matándolos cruelísimamente, aunque sea á sangre fria. Esta inhumanidad se llama guerra rota á cuarteles rompidos.

Mandó luégo el Sr. D. Juan á todos los oficiales del ejército recogiesen sus soldados, porque era ya tarde y hora de alojarse. Hízose con dificultad porque se habian dividido siguiendo

el alcance, y muchos andaban por los bosques buscando los enemigos escondidos para matallos. Con todo eso, se recogió mucha parte á sus banderas y estandartes, y el Sr. D. Juan y su sobrino se quedaron aquella noche á alojarse en campaña rasa, arrimados á un monasterio de monjas Benitas, sin temor del rigor del tiempo, para dar calor y recoger los soldados que se habian dividido.

En aquel cuartel estuvo tres dias con gran contento, celebrando el gusto de la victoria, y aunque por haber quedado tan cansados del contínuo trabajo que tio y sobrino habian tenido pudieran irse alojar á lugar poblado y excusar el rigor del tiempo y inclemencia del cielo, no quisieron, por dar ejemplo al ejército español y tenerle recogido, y que los soldados no se desmandasen, que siguiendo el alcance de los rebeldes se habian dividido y apartado de sus banderas; que pudieran los rebeldes, viéndolos desordenados, rehacerse y dar sobre ellos como muchas veces se ha visto que algunos Generales, contentos de sus victorias, pareciéndoles tener á la fortuna tan asida que no se les podia ir de las manos, han sido vencidos siendo primero vencedores por tener en poco á sus enemigos, que aunque no sean poderosos lo son para quitar á un General y á su Príncipe la reputacion y gloria del vencimiento, y como siempre han de ser temidos y no popados, receloso el Señor D. Juan de no perder lo que tanto le habia costado, se arrimó con sus banderas y estandartes á aquella abadía ó monasterio de monjas, donde estuvo recogiendo su gente y previniéndose para lo que se le podria ofrecer, y si se entrara á alojar dentro ó en algun lugar, quedándose el ejército en campaña, parece quedaban en parte sus Capitanes disculpados si se fueran á descansar, si bien por ningun acaecimiento nadie ha de desamparar su bandera, y aunque no todos se han de igualar con la persona del Capitan general, el que lo fuere, y tan perfecto como el Sr. D. Juan que tanto miraba por la reputacion del Rey, nuestro señor, su hermano, representando aquellas banderas y estandartes su católica persona, no quiso apartarse dellas como de cosa sagrada, así por lo que se ha referido

como para dar ejemplo á los que las siguen y militan debajo dellas.

La obligacion que tienen para no apartarse un punto, y el mayor que tiene el soldado y el que debe guardar, sin que otro se le pueda pedir, es no haber desamparado jamás su bandera, como si se dijese no haberse apartado de la persona real; en esto consiste el serlo, con que gana nombre de obediente, que es la mayor perfeccion que ha de alcanzar y tener un buen soldado.

Esta famosa victoria que el Sr. D. Juan de Austria tuvo de los enemigos de la Iglesia y rebeldes al Rey, nuestro señor, sucedió de la misma manera que aquí se ha escrito, y por haber tantas personas vivas que se hallaron cerca de la suya y de la del Príncipe, su sobrino, que como testigos de vista lo podrán afirmar de la misma manera, no me alargo más de que se entienda que algunos autores que lo han escrito, como Rolando Natin Miriteo y otros, dejaron oscurecida la gloria y valor del príncipe de Parma, que tan aventajadamente, y más que muchos, se señaló y peleó de tal suerte, que con justa causa, sin hacer agravio al Sr. D. Juan, su tio, se puede atribuir á él la victoria deste dia; los tres que estuvieron en aquella abadía de monjas hicieron algunos consejos sobre lo que se debia hacer, y aunque hubo pareceres encontrados, el del príncipe de Parma fué siempre de que convenia ir sobre la villa de Bruselas, facilitando la empresa, porque amedrentados los rebeldes de la batalla pasada, seria fácil salir con ella y con cualquiera que se ofreciera y emprendiera sin aguardar á que se rehicieran y tomaran acuerdo de resistirse, pero ninguno de los Consejeros se conformó con este parecer, y se resolvieron que fuese Otavio de Gonzaga con parte de la caballería á la villa de Lovayna. Pudiérase excusar esta diligencia porque los vecinos estaban temerosos y sin guarnicion ni defensa, demás de ser una villa muy grande y tener mucho que guardar, y no pudieran resistirse cuando bien quisieran tomar las armas, ni se lo consintiera la mucha gente eclesiástica y estudiantes que habia, por residir allí la Universidad.

Diéronle las llaves á Otavio de Gonzaga, y le entregaron la posesion de la villa, y habiéndoselas llevado al Sr. D. Juan, determinó fuese alojar á ella toda su corte; y su persona y la de su sobrino, á una casa de placer del duque de Aríscote, que está á un cuarto de legua de la villa, donde se estuvo algunos dias, y poco ántes habia enviado el Sr. D. Juan á un atambor á la guarnicion de Gemblours para que la rindiesen al Rey, nuestro señor; aunque respondieron con alguna libertad, no lo querian hacer; como vieron que se prevenia para batillos y asaltallos, se rindieron sin armas ni bagajes, salieron con baquetas blancas que son insignias de misericordia, y no se pudo impedir que los soldados dejasen de saquear la villa. Hiciéronlo sin hacer daño á ninguna persona; halláronse dentro muchas armas y municiones, y seis piezas de artillería y algun trigo; muchos y buenos caballos del conde Bosu, de Mos de Capre y del vizconde de Gante y de otros grandes señores, que por haberse ido huyendo á Bruselas y á otras partes no los habian podido llevar.

Ya eran los 17 de Febrero deste año, el cual habia entrado áspero y riguroso, y no le pareció al Sr. D. Juan, pues se hallaba victorioso, desaprovechar el tiempo, y habiendo llamado á consejo (porque jamás intentó cosa que no fuese con su parecer), se resolvió de enviar al príncipe de Parma, su sobrino, con parte del ejército y diez piezas de batir, á sitiar la villa de Siquem y su castillo, que está á una legua de la de Diste, y habiéndole dado la órden, no tardó en ponerla en ejecucion, y aquella misma noche se fué á dormir con parte de la corte á un lugar entre Terlimont y Diste, y el dia siguiente se puso sobre la plaza, y esto con la brevedad y diligencia que este valeroso Príncipe emprendia todas las cosas que se le ofrecian. Él mismo repartió los cuarteles y alojó la gente en los sitios y partes más convenientes para salir con su empresa, y habiéndolo hecho, envió un trompeta al Gobernador de la villa á que se rindiese al Rey, nuestro señor, y que le haria buena guerra; donde nó, que le daba su palabra que si esperaba el primer cañonazo, no habia de quedar hombre á vida. El Gobernador le respondió

que levantase el sitio y se fuese, porque si no, le aseguraba que no podria cuando lo quisiese hacer.

El príncipe de Parma sintió aquella libertad, pareciéndole habia menospreciado su embajada y el valor de tanto buen soldado como llevaba, y desde luégo se propuso castigar su desacato y desenvoltura, y dió órden á la infantería española que aquella noche abriesen las trincheras, y cada compañía hiciese y llevase un ceston para la artillería. Fué esto con tanta brevedad que aún no era media noche cuando estaban plantados cinco cañones, y al amanecer se comenzó á batir apresuradamente, y habiendo reconocido la batería, y hecha relacion de que se podia asaltar, volvió el Príncipe á convidarles con la paz, y envió un trompeta al Gobernador, persuadiéndole se rindiese, porque si no le daria el asalto y no tendria misericordia dél ni de sus soldados. Respondió con más libertad que la primera vez, y que en él hallarian la resistencia que hubiesen menester, que no pensaba rendirse si no era por fuerza de armas.

El Príncipe, que habia cumplido con su obligacion, mandó luégo que se mejorase la infantería española y guarneciese las trincheras, y á las desembocaduras se pusieron de vanguardia para arremeter á la batería, los capitanes D. Pedro Enriquez, Alonso de Perea, Gaspar Ortiz y Diego de Barajas con sus compañías y algunos entretenidos y gentiles hombres italianos, con órden que, en oyendo disparar toda la camarada de las cinco piezas, cerrasen, que era la señal de acometer. Hízose así, y con mucho valor comenzaron á subir por la batería con dificultad, porque habia hecho poco escarpe ó subida, pero no impidió á los nuestros que con su acostumbrado valor midiesen las picas con las de los rebeldes, que animosamente comenzaron á pelear y á defender el ímpetu de los españoles, que aunque molestados y resistidos, pudieron tanto, que atropellando el orgullo que mostraron, entraron en la villa, rompiendo y degollando la mayor parte; el Gobernador con los demas se retiraron al castillo, donde se hicieron fuertes.

El príncipe de Parma subió con mucha presteza por la batería, y entró en la villa para remediar los desórdenes que se

ofreciesen y evitar no se degollasen los niños y mujeres, que como le mataron muchos soldados se habian indignado los demas, y tenian determinacion de no dejar á nadie con vida, y aunque se procuró remediar, no tanto, que no la perdiesen muchos de los vecinos; con todo eso, fué de tanta importancia su presteza y solicitud, que evitó muchos desórdenes y que no se quemase la villa, y si los Capitanes generales en semejantes ocasiones fuesen tan solícitos y cuidadosos como el príncipe de Parma, no se perderia tanto el respeto á las iglesias y religiosos, porque los soldados, coléricos de haber perdido á sus amigos, y deseosos de la venganza y provecho del saco, no tienen consideracion ni respeto algunos dellos, particularmente los de las naciones, á templos ni á cosas sagradas, sino á su provecho, y con la presencia del Capitan general se remedian estos y otros muchos daños; y de no quemarse una villa ó ciudad, como muchas veces se ha visto, particularmente algunas plazas rendidas, viendo codiciosos á los soldados en el saco, los enemigos retirados en las iglesias y casas, suelen volver á tomar las armas y echarlos dellas, y con la presencia del Capitan general, que en semejantes ocasiones ha de andar muy vigilante haciendo guarnecer las murallas y puertas, y poner en las plazas y lugares acomodados fuertes cuerpos de guardia miéntras anda la furia del saco hasta tener rendidos y muertos todos los enemigos, se evitan estos inconvenientes fáciles en suceder y difíciles de remediar.

Murieron peleando valerosamente, de la parte del Rey, nuestro señor, en la batería de la villa de Siquem, el capitan don Pedro Enriquez, de un mosquetazo que le dieron por las espaldas ántes de subir á ella, y de otro el capitan Diego de Barajas y el capitan Momo Gambarelo, gentil-hombre florentino, y el capitan Juan, tambien italiano. Salió muy mal herido D. Jerónimo de Ayanza, natural de Navarra, valeroso español y de muchas y grandes fuerzas, y que se aventajó en esta ocasion honradamente; y otros se señalaron en aquel asalto, como Marco Antonio Simoneta, señor de Torrichela, que fué de los primeros que entraron; era de la cámara del príncipe de Par-

ma; y Alonso de Vargas, natural de Toledo, que era Sargento del capitan Gaspar Ortiz, se señaló como valiente soldado, y lo mismo Cárlo Benzo, caballero piamontés, tambien de la cámara del Príncipe, y Alonso García Ramon, natural de Cuenca, soldado del capitan Alonso de Perea, mostró en este asalto el valor que en las demas partes donde se habia hallado.

El Príncipe quedó algo indignado por haber esperado los rebeldes el asalto y opuéstose á su valor y muértole tan valientes soldados. Envió á decir al Gobernador que le rindiese el castillo, porque si no, se lo echaría encima á fuerza del artillería si una vez se la plantaba. Respondió no lo queria hacer, pero sus soldados, ya perdidos el ánimo y furor con que se habian resistido, le constriñeron á que lo hiciese, y le enviaron á decir al Príncipe les concediese buenos pactos y entregarian la fuerza, no obstante que el Gobernador no queria. Respondióles que se rindiesen á merced de los soldados, que no podia hacer otros conciertos. El Gobernador, como vió su gente tan determinada, le envió á decir que se rendirian todos á merced de S. A., y no á la de sus soldados. El Príncipe no lo quiso hacer, y les envió al Maestre de campo, D. Gabriel Niño, para que resolviese con ellos el último concierto, sin permitir de su parte palabra ni cosa de que pudiesen tener queja. D. Gabriel fué, y dijo al Gobernador la determinacion del Príncipe por haberle resistido, y que si no se rendian no tenian más que esperar. Ellos lo hicieron, y luégo abrieron las puertas del castillo y entró el Príncipe, y mandó que á todos los soldados los entrasen dentro de una sala y los pusiesen en hilera, y que con una gran maza les diesen en las sienes y los matasen á todos, castigando desta manera el atrevimiento que habian tenido de esperar el asalto contra la autoridad de las banderas del Rey, nuestro señor, y que al Gobernador le ahorcasen de lo más alto de una torre del castillo, sin que hubiese en esto ninguna dilacion ni réplica. Hízose así como el Príncipe habia ordenado, y murieron más de trescientos soldados de rebeldes, y otros muchos ahogados, que por escaparse perecieron en el foso y en el rio que pasa por aquella villa; y si pareciere inhumanidad y rigor matar de

aquella manera á gente rendida, no fué sino justicia recta que mandó hacer el Príncipe, y dar ejemplo á otros, y que sepan los rebeldes y enemigos de la Iglesia la veneracion que se ha de tener á los Generales della y á las banderas católicas, que no ménos representan que la autoridad de la Majestad de España. Subieron al Gobernador á lo alto de la torre para ahorcalle, y envió un recaudo al Príncipe, suplicándole, que pues era caballero, le mandase cortar la cabeza y no dalle aquella muerte tan afrentosa; no se lo quiso conceder, porque tenia muy viva la memoria de los buenos soldados que le mataron y del respeto que le habian perdido; y como el Gobernador vió era forzoso morir ahorcado, tuvo por mejor desesperarse, y se arrojó de la torre abajo, y dió dentro del foso, que por estar tan lleno de agua no se mató. Volviéronle á subir á la torre para ejecutar la sentencia, y teniendo ya el lazo á la garganta, le dijeron que si se queria confesar le darian confesor; respondió que no queria, que él traia en el pecho quien le habia de consolar en aquel su último tránsito, y sacó un retrato de su dama y lo miró tiernamente, y le besó muchas veces, y luégo lo arrojó dentro del foso y dijo al verdugo que hiciese su oficio. Desta suerte acabó su miserable y desesperada vida.

Despues de haber ganado el príncipe de Parma la villa y castillo de Siquem, ordenó se guarneciese con dos compañías de valones, y llamó á los Capitanes del ejército, y les propuso que por ser el invierno tiempo desacomodado y deseosos los soldados de retirarse, particularmente los que habian quedado ricos de los sacos de Gemblours y Siquem, ántes que dejasen por este respeto sus banderas, si les parecia hacer alguna faccion, pues tenia comision del Sr. D. Juan, su tio, para emprender lo que quisiese en servicio del Rey, nuestro señor, y que pues la villa de Diste estaba una legua de allí, y podia su guarnicion molestar la de las villas de Lovayna y Siquem con sus contornos, seria bien irla á ganar. Todos aprobaron su parecer y desearon la resolucion. Dijéronle que ordenase lo que fuese de su gusto y servicio, que allí estaban para obedecelle y serville. Con este buen acuerdo levantó luégo el ejército y caminó con

él la vuelta de Diste, y estando cerca envió un trompeta á rogarles con la paz al Gobernador y Magistrado, y que si se rendian los recibiria á buena guerra, y si no haria lo mismo dellos que de los de Siquem. Respondieron que de muy buena gana se rendirian dejándolos salir con sus armas y bagajes, cuerdas encendidas, balas en la boca, con las banderas arboladas y tendidas. El Príncipe volvió á enviar al trompeta diciéndoles que sólo les permitia saliesen con baquetas blancas en las manos, que era insignia de misericordia, que esta usaria con ellos si la querian, porque no pensaba hacer otra cosa, y que no le volviesen á replicar, porque si lo hacian, los mandaria ahorcar á todos. Tuvieron por bien de hacer este pacto y concierto, temerosos del rigor del Príncipe, y que no hiciese con ellos lo mismo que con los de Siquem. Suplicáronle no se saquease la villa ni se ofendiese á ninguno de los que habia dentro. Esto les concedió, con palabra de que no se haria desórden.

En este tiempo llegó el Sr. D. Juan con toda su corte, y se alegró mucho de lo bien que procedia su sobrino, aunque él se holgára, si tardara algun dia más, porque estando presente la persona de su tio, era forzoso darle la gloria de aquella empresa. Luégo salió de la villa el Burgomaestre con dos ó tres personas del Magistrado, á tratar con el Príncipe de lo que se habia capitulado: no los quiso oir y mandó los llevasen al Sr. D. Juan para que ordenase lo que fuese servido. S. A. los volvió á enviar á su sobrino, que pues habia comenzado á oirlos acabase de efectuar la paz; no quiso el Príncipe replicalle, y mandó al Burgomaestre hiciese luégo sacar todas las banderas y las entregase á quien él señalase. Respondióle con gran simplicidad, si bien no era malicia, que para qué las queria, que le hiciera merced de dejárselas, que él le ofrecia darle tafetan para hacer otras tantas, como si el triunfo de la victoria estuviese en él y no en lo que las banderas representan y la gloria que se tiene de rendillas. Riose mucho el Príncipe y le dijo no replicase, sino que las trujese luégo y hiciese salir fuera de la villa toda la guarnicion con varillas blancas, como habia ordenado, y que no lo dilatase si no queria que él entrase á

hacerlo. Fué tan grande el miedo que habian cobrado al príncipe de Parma, así por su severidad como por el castigo que habia hecho en los de Siquem, que luégo fué obedecido, y lo serán todos los Generales que en semejantes ocasiones, particularmente con rebeldes y enemigos de la fe, usaren más del rigor y justicia que de otros respetos. No hubieran sido en Flandes tan duraderas las guerras, tan prolijas y sangrientas que hay y ha habido, si los Gobernadores de aquellos Estados no hubieran sido tan miserisordiosos (si así se puede decir) con gente enemiga de Dios y de su Príncipe, que por esperar la enmienda que tantas veces han ofrecido, se han perdido tantas buenas ocasiones en otras provincias, que por estar ocupado el Rey, nuestro señor, en estas, no ha extendido más su Corona.

Los de Diste sacaron luégo toda la guarnicion, dejando libre y desembarazada la villa, entregaron al Príncipe todas las banderas y se las llevó al Sr. D. Juan, juntamente con las que habia ganado en Siquem, y le halló sentado un tiro de piedra de allí: hincó la rodilla en tierra y se las dió y le pidió la mano; el Sr. D. Juan se levantó, y no se la quiso dar, y recibiéndole con los brazos abiertos, le dió las gracias de lo bien que habia hecho aquel servicio al Rey Católico, su tio, y le dijo que tenia buena mano para castigar rebeldes; y despues de haberse hecho muy grandes cumplimientos y regocijádose de aquella victoria, se entraron en Diste con su corte y guarda, donde estuvieron algunos dias, y porque la villa es grande y tiene un parque muy anchuroso y mucho que guardar, la mandó el Sr. D. Juan guarnecer de dos compañías de españoles, de los capitanes Aguilar y Tordesillas, y de otras dos de valones, y porque en la villa de Lovayna no habia quedado guarnicion, la mandó presidiar con todo el regimiento de borgoñones del baron de Gibrao.

El conde Cárlos de Mansfelt habia muchos dias que levantaba en Francia, para reforzar el ejército católico, cuatro mil franceses; iba marchando con ellos, y estaba ya en este tiempo en los confines de Picardía y muy cerca de la raya; parecióle al Sr. D. Juan que si entraba en los Estados, por no traer ca-

ballería, podrian los rebeldes con la que tenian esperallos en algun paso y rompellos; mandó levantar el ejército español y que caminase á la plaza de Armas, y cuando llegaron á ella propuso al Consejo este pensamiento, y habiéndolo aprobado, marcharon la vuelta de la villa de Vince; en ella estuvieron el Sr. D. Juan y su sobrino más de quince dias holgándose y saliendo á caza, hasta que llegase el conde Cárlos de Mansfelt, y el ejército en sus contornos, que no poco lo sintió la villa de Mons en Henaut, porque los forrajadores les corrian sus campañas y destruian las granjas y feniles para servicio del ejército católico, y si fueran poderosos para tomar las armas, lo hicieran; mas con todo eso, el villanaje intentó algunas salidas para defender sus haciendas; pero el Sr. D. Juan hizo siempre que estuviesen con las armas en las manos y tan alerta, que un solo mochilero no faltó del ejército.

Llegó á la villa de Maguje el conde Cárlos de Mansfelt con los cuatro mil franceses; la mitad se alojaron en sus contornos y los demas en la frontera de Francia, y escribió al Sr. D. Juan que procurase empleallos en alguna faccion lo más presto que se pudiese, porque no era gente que permitia estar en ócio, y que destruirian la tierra y que harian muchos desórdenes. Al Sr. D. Juan le pareció buen acuerdo, y mandó que á toda priesa marchasen la vuelta de la villa de Nivela que estaba por los rebeldes y hacian mucho daño al condado de Anamur con intencion de sitiar y ganar aquella plaza y dejarla bien guarnecida para oprimir las villas de Mons en Henaut, Valencienes y Viamonte y destruilles sus campañas y contornos, porque se habian desvergonzado mucho.

Llegado el ejército á Nivela, á los 2 de Marzo deste año, mandó el Sr. D. Juan se reconociesen y abriesen las trincheras y plantasen el artillería y asaltasen. Hízose así, y con toda la brevedad posible mandó prevenir la nacion española para que cerrase con la batería y diese el asalto. El conde Cárlos de Mansfelt le suplicó le hiciese merced de suspender aquella órden y dar la empresa á los franceses que habia traido, que con gran ardimiento (como ellos dicen) mostraban coraje y se

ofrecian al asalto sin ser ayudados de otra ninguna nacion. El Sr. D. Juan se lo concedió y mandó tocar las cajas, y hecha la señal de arremeter, cerraron los franceses con la batería, si bien para ellos era difícil la subida. Llegaron con mucho valor á medir las picas con las de los rebeldes, que como más diestros en defender asaltos, que en darlos los franceses, los resistieron ó hicieron retirar por la batería abajo con pérdida de cien soldados y más de trescientos heridos, y de los defensores hubo tambien muchos y algunos muertos. El conde Cárlos quedó corrido y les afeó murho su retirada, y ellos, con alguna vergüenza, pidieron al Sr. D. Juan los dejase volver á dar el segundo asalto y recuperar el valor que habian perdido, y esto con gallarda determinacion; y porque se habia reconocido que la batería habia hecho poco escarpe, mandó el Sr. D. Juan que se batiese de nuevo, y se comenzó á hacer con más furia, y en acabando, envió un trompeta á convidarles con la paz y que se rindiesen, dando la obediencia al Rey católico, su hermano, porque si no, haria que los españoles les diesen el asalto. El conde Cárlos replicó, y los franceses, casi corridos, dieron voces diciendo que S. A. no lo permitiese, que ellos habian de asaltar la villa y morir todos en la batería ántes que consentir otra cosa. Visto esto, el Sr. D. Juan les mandó tomar las armas y apercibir para arremeter al segundo asalto, y estando ya para darlo, tocaron los de la villa una caja, y dijeron que se querian rendir á buena guerra, y que suplicaban al Sr. D. Juan los perdonase y los hiciese buenos pactos. Concedióseles que saliesen con sus armas y sin bandera, y les diesen escolta hasta ponerlos en Bujen, que es junto á Cambray, para la seguridad de sus personas, porque los franceses, corridos é indignados de los que les habian muerto, no quisiesen vengarse. Hízose así, y el señor D. Juan mandó amunicionar y guarnecer á Nivela con infantería valona.

No puedo dejar de disculpar mucho á la nacion francesa, pues no siendo ménos valerosos que los flamencos, fueron tan feamente botados de la batería en Nivela, si bien quedaron vergonzosos de haberles sucedido tan mal. La causa es, ser

gente muy ordinaria y de poca estimacion la que sirve en la infantería y de ménos obediencia, y no es posible sujetarlos, demás de no tener ninguna buena disciplina, por ser gente desta calidad; porque la nobleza y caballeros particulares de Francia sirven en la caballería, y todas las buenas facciones que han hecho ha sido con ella; y siendo necesario apearse de los caballos para emprender alguna cosa honrada, lo hacen y salen con ella; al contrario la infantería, que sin tener respeto á sus superiores, por ser gente tan baja y que no ha de esperar premio de sus servicios, no sienten el punto de lo que es perder el bagaje ni las banderas, porque dicen que la pérdida está en el tafetan y no en lo que representan. Hacen poca estimacion y ménos punto en no salir con lo que intentan, ni les parece lo pierden en ser resistidos ni echados de las baterías. La disculpa y consuelo que tienen, es decir que son fortunas de la guerra, y que si hoy perdieren mañana ganarán, sin que por esto queden inhabilitados para ser Capitanes y tener otros oficios en ella, aunque hayan rendido plazas feamente; al contrario de la nacion española, que por cualquiera cosa que destas le suceda, por mínima que sea, quedan deshonrados ellos y su linaje, y tan abatidos como se deja entender á los que en la guerra se tienen por pusilánimes y gallinas, sin que jamás les vuelvan á dar cargos ni hacer merced. El temor desto y la obediencia que profesan, con el buen natural que tienen, les hace ser valerosos y puntuales, resistiendo los trabajos á costa de su salud por conservar su reputacion y la de su Príncipe; y si en Nivela porfiaron los franceses de querer dar el segundo asalto, no fué por recuperar el honor que habian perdido, pues no le tuvieron por tal, sino vergonzosos del Sr. D. Juan y del conde Cárlos que les apremiaba, fuera de su naturaleza y costumbre, á ser capaces de la reputacion que profesan los que la tienen, que sola ésta, más que las otras naciones, la conserva la española, de la manera que se ha visto y se ve, pues por su obediencia, disciplina y valor han alcanzado tantas victorias y ensanchado su Monarquía en tantas y diversas partes del mundo.

El Sr. D. Juan levantó el ejército del sitio de la villa de Nivela, y caminó con él la vuelta de la de Viamonte; en llegando á ella, se le rindió y salió el Burgomaestre á entregalle las llaves. Estuvo allí algunos dias con su corte y su sobrino, con algunas incomodidades y falta de dinero, ni esperanza de donde poder sacarlo para socorrer los soldados, que con inmenso trabajo pasaban mucha necesidad, y no osaba aventurarlos en ninguna facion, por verlos tan descontentos y deseosos de recibir sus pagas.

Despues de rendida Nivela, fué el conde Cárlos de Mansfelt á alojarse con sus franceses á las selvas de Ardeña y al Anamurues, donde hicieron tantos desórdenes y vejaciones á los naturales, que obligó al Sr. D. Juan á no quererse servir más dellos, y así, les mandó licenciar y que se les pagase lo que se les debia, y se volviesen á Francia.

Cuando estuvo retirado en el ducado de Luxemburg el señor D. Juan de Austria habia enviado, como ya se ha escrito, á pedir socorros á sus amigos, y á los Capitanes y soldados que con la última paz habian salido de los Estados y estaban en Italia y en otras partes; los más particulares que le vinieron, fué Pirro Gonzaga y Francisco, duque de Luxemburg, que no ménos que tres mil caballos habia llevado para este socorro.

Poco despues llegó D. Pedro de Toledo, que hoy es General de las galeras de España y del Consejo de Estado, y marqués de Villafranca, y hijo de D. García de Toledo, virey que fué de Sicilia; pasó á su costa por Francia, desconocido, y procedió en Flandes en cuantas ocasiones se ofrecieron, como hijo de tal padre, peleando por su persona con los enemigos, tan bien y aventajadamente como se podia desear.

En este tiempo que el Sr. D. Juan estaba en Viamonte, llegó tambien D. Alonso Martinez de Leiva, señor de esta casa, General de las galeras de Sicilia, y siéndolo de la caballería del estado de Milan, y Capitan famoso; le dió sepultura el mar de Irlanda el año de 1588, navegando en la armada que llevaba D. Alonso Perez de Guzman, duque de Medina, á la conquista de Inglaterra, fin desdichado que suelen tener muchos y buenos

marineros, como él lo fué, á imitacion de su padre D. Sancho, virey de Navarra; pasó D. Alonso á Flandes con una compañía de españoles que á su costa levantó en Nápoles, de más de trescientos hombres, todos los más Caballeros y entretenidos Capitanes, Alféreces y aventajados, y tan particulares y honrados como se vió en las ocasiones que despues se ofrecieron, mostrando quien eran valerosamente. Iban repartidos en cinco escuadras, cuyos cabos eran otros tantos Capitanes reformados que lo habian sido de infantería española, y por Alférez don Diego Hurtado de Mendoza, tio de D. Alonso, y por su Sargento D. Sancho Martinez de Leiva, su hermano. La bandera de esta honrada y famosa compañía, era toda negra, con su cruz roja de Borgoña. Tenia en la una parte un Cristo grande crucificado, y en la otra una imágen de Nuestra Señora. La causa de haber puesto en ella estas dos divisas, dijeron algunos que por no abatirlas, como es costumbre, á los Generales; otros daban razones de más ó ménos consideracion, pero nadie las podia juzgar sino el mismo D. Alonso.

Holgóse tanto el Sr. D. Juan con él y con todos sus soldados, que los iba abrazando y honrando como iban pasando en sus hileras, aunque no dejó de darle cuidado cómo podria dar satisfaccion en tiempo tan necesitado á gente tan particular y que fué á su costa, y D. Alonso habia representado las necesidades que llevaba, y con la incomodidad que habian llegado por socorrer á S. A. Hallóse confuso este valeroso Príncipe, y tan sin remedio de poderles dar dineros, que sólo Dios fué bastante con enviar este mismo dia doscientos mil ducados que habian ido de España, y con ellos dió á todo el ejército dos pagas, con que aliviaron sus trabajos los soldados, creciéndoles el deseo de hallarse en nuevas ocasiones. Al Sr. D. Juan no le pareció desaprovecharlas, pues se las ofrecia el tiempo, y mandó llamar al Consejo, y le propuso que, si era bien ir á sitiar la villa de Simay, que es del duque de Aríscote, por haberle disgustado huyéndose del castillo de Anamur, donde estaba preso él y su hermano el marqués de Abré, y se fueron á Bruselas con los demas rebeldes. Al Consejo le pareció bien, y que con-

venia castigarlos, si no se podia en sus personas, en sus estados, y reducirlos á la obediencia del Rey, nuestro señor. Hízose ansí, y partió el Sr. D. Juan y su sobrino de la villa de Viamonte con todo el ejército, á los 10 de Marzo deste año, y se sitió la villa de Simay.

Otro dia siguiente se abrieron las trincheras y se plantó el artillería, cuyo general era Monsieur de Hierjes, que despues fué conde de Barlamon, y con él se fué el príncipe de Parma; hallóle arrimado á los cestones y le dió priesa para que apresurase la batería, con intencion de tomar una pica y arremeter á ella sin que su tió lo supiese, y cuando le pareció que estaba fácil la subida llamó á un soldado español, que le tenia por animoso, y le dijo la fuese á reconocer con mucha brevedad. Agradecióle la honra y merced que le hacia, que es la mayor que un General puede dar á un soldado, y tomó un morrion y rodela fuerte y subió por la batería; y en estando en lo alto reconoció que no habia nadie en ella, y puso mano á su espada y volvió el rostro á las trincheras, y dijo á grandes voces: «cierra España, Santiago, que no hay nadie á la defensa.» Los españoles no perdieron tiempo, y con su valor acostumbrado subieron por la batería arriba y se arrojaron en la villa sin que los rebeldes les hicieran ninguna resistencia; pero halláronla en las bocas de las calles, que atrincheradas y guarnecidas de los mejores soldados que tenian, las comenzaron á defender animosamente. No les valió su resistencia, porque los españoles cargaron de golpe y rompieron y degollaron la mayor parte. Los demas rebeldes se fueron retirando al castillo de la villa, donde ya estaba el Gobernador, que se llamaba Dantierres, que era quien la defendia.

El Sr. D. Juan dijo se rindiese á buena guerra con los demas rebeldes que se habian retirado, y si no, que haria entrar el artillería dentro de la villa y le batiria el castillo echándoselo por tierra. No tuvo miedo desto el Gobernador, porque era muy fuerte, pero tenia gana de rendirse, y envió á decir que por aquella noche no queria responder hasta la mañana. El Sr. D. Juan le volvió á replicar no habia de ser sino luégo, y

que le permitia saliese con sus armas y bagaje, y que le rindiese rehenes para asegurar su palabra. El Gobernador envió luégo á un Capitan y á un hermano suyo, y á la mañana salió toda la guarnicion, y le pidió al Sr. D. Juan le hiciese merced de mandarle dar escolta para él y toda su gente, pues iban rendidos, porque no les hiciesen ningun mal. El Sr. D. Juan dió órden al capitan D. Pedro de Tassis, que con su compañía de caballos los acompañase hasta ponellos en seguridad; hízose así, pero cuando estaban distantes del ejército, los soldados de D. Pedro, con poco respeto, los desbalijaron y mataron á algunos. Sintió esto el Sr. D. Juan, de manera que quiso cortar la cabeza á D. Pedro, y mandó que pagase todo el daño y desbalijo que sus soldados habian hecho á los rendidos de Simay. D. Pedro se afligió de tal manera que no supo qué hacer ni halló otro remedio sino echarse á los piés del príncipe de Parma, y le pidió intercediese con su tio le perdonase. Hízolo así, y con mucha voluntad le alcanzó el perdon; y en cuanto á la restitucion, dijo que no se podia averiguar cuáles soldados fuesen los delincuentes, ni quién habia sido el promovedor para castigallo. Con estas y otras razones se le templó el enojo al Sr. D. Juan, y mandó remitir la causa al Auditor general para que hiciese la informacion y se restituyese lo que los soldados habian robado á los rendidos. Hízose ansí, y con el miedo que les creció, volvieron más de lo que habian quitado á los rebeldes.

Puede tanto la justicia en estas ocasiones, que temerosos della en la guerra, tienen los soldados la obediencia necesaria en semejantes desórdenes, y aunque el Sr. D. Juan pudiera de hecho castigar á D. Pedro sin remitir la causa al Auditor, quiso justificarla con satisfaccion de todo su ejército y de sus émulos, que estaban á la mira de sus acciones, y si en el hábito militar no fuese tan grande la obediencia, como el rigor de la justicia, con igual premio á los buenos servicios que los soldados hacen y trabajos que padecen por su Príncipe, no se podia vivir ni conservar sus Estados, y como el Capitan es digno y merecedor de la gloria de una victoria, si bien sus soldados se la ayudan á dar y goza del fruto y premio della sin que nadie

se le anteponga, tambien si la perdiese por poco gobierno y ménos valor seria feamente castigado y tenido por incapaz de su cargo y de otros que pudiese pretender; así, como cabeza y caudillo de su gente, está obligado á corregirla y disciplinarla, de tal manera, que en ningun acaecimiento se deje perder el respeto, pues puede con rigor y con el brazo de la justicia sujetar sus soldados y traerlos á verdadera obediencia, sin permitir se desmanden ni hagan desórdenes, y está esto tan en su mano, que no hay para que traer ejemplos, pues cada dia se ve por experiencia; y aunque el capitan D. Pedro de Tassis era muy buen caballero y procuró no dar lugar á que sus soldados cometiesen semejante desórden, no por eso pudo tener disculpa dellas, sabiendo habia de llevar la mayor parte del bien ó el mal que le sucediese en la escolta y servicio que iba á hacer, y por lo que está escrito, remitió el Sr. D. Juan esta causa á su Asesor, y á él le tenia tan atadas las manos en las cosas de la justicia, que jamás se las dejó ejecutar sin que primero no se las consultase una y muchas veces; al contrario de algunos Capitanes generales que dan á sus Auditores tanta jurisdiccion, que se privan de la que tienen, pareciéndoles que con remitir los casos que se ofrecen á la justicia, quedan descargados y libres del cargo divino y humano que se les podia hacer, no acordándose de la obligacion que tienen de mirar con particular cuidado, así en las cosas civiles como criminales, de la manera que viven y proceden, que como su oficio es negocio de procesos escritos por sus escribanos, y, por ventura, sin ser examinados, como muchos que con el hábito de soldado viven encubiertos en los ejércitos, huidos de España por falsarios, no hay que maravillarse de lo que hacen ni de lo que hicieron, ni de lo que escriben, sino de la persona que lo puede ver y remediar y lo consiente.

El Sr. D. Juan de Austria mandó amunicionar la villa de Simay, y la hizo guarnecer de dos compañías de valones y otra de infantería española, que era del capitan Hernando de Quesada, natural de la ciudad de Jaen, que por haberle herido en Simay quedó de presidio su compañía, á cargo de Rodrigo

de Palomino, su Alférez, apoderándose del castillo con ella y de la villa las dos de valones, pero todos á su órden. Mostraron desto sus Capitanes gran sentimiento por parecerles era cosa nueva ser gobernados de un Alférez ellos y sus compañías, y aunque dieron la queja desto al Sr. D. Juan, les mandó guardasen sus órdenes y no replicasen; no les hizo ningun agravio, porque demás que la nacion española se le ha de dar en todo el primer lugar, y le han de tener sus Oficiales, y que el nombre de Capitan es más preeminente que el de Alférez, no se ha de entender para tener igualdad con esta nacion, porque aunque es muy honrada y valerosa la valona, hemos visto españoles que son Capitanes della, que han venido á la corte de España á pretenderlo ser de su nacion, y les ha respondido el Consejo de guerra que procuren ser Alféreces de infantería española, y luégo se les dará compañía. De suerte, que si con ser un soldado español Capitan de valones, le hacen que vuelva á ser Alférez de españoles para honralle con compañía dellos; no tenian para qué formar queja los de Simay de estar á órden del alférez Rodrigo Palomino, que demás de ser su oficio más preeminente que el de Capitan de valones, era muy honrado y particular soldado, y procedió con ellos y en la custodia y guardia del castillo y villa como se podia desear, hasta que despues de algunos dias le ordenó el Sr. D. Juan dejase aquel presidio y fuese al sitio de Phelipevilla.

Despues de haber ganado el Sr. D. Juan la villa de Simay, mandó apercibir su ejército para marchar la vuelta de la de Anamur, á dar calor y recibir al maestro de campo D. Lope de Figueroa, que iba de España con su tercio de infantería española, que se llamó el de la Liga, de número de dos mil y seiscientos hombres, y con trescientos mil escudos. Esta nueva alegró tanto á los soldados del ejército católico, que tuvieron en poco los trabajos que padecian, por haber mucho tiempo que no descansaban ni habian entrado en poblado, apresuraban el deseo de la partida, particularmente la nacion española, porque le tenian muy grande de aumentar sus fuerzas con los nuevos amigos que iban de su tierra.

El Sr. D. Juan, como más interesado, quiso lograsen el contento que habian mostrado, y mandó luégo tocar las cajas y partió el ejército de Simay, á los 28 de Marzo deste año. Fué la vuelta de Anamur, y tuvo aviso como D. Lope habia entrado en los Estados y acordó de irle á esperar entre las villas de Terlimont y Lovayna, por parecerle estaba aquella tierra más proveida para entretenerse; su persona y la de su sobrino alojaron en una abadía de monjas, muy ricas, de la órden de San Bernardo, que se llama Linter, donde estuvo doce dias esperando á D. Lope de Figueroa y previniéndose de más gente y municiones para la empresa de Phelipevilla, que habia algunos meses tenia intento de irla á sitiar por ser frontera de Francia y padrastro para el país del Anamurues y sus contornos, porque les corria sus campañas.

A los 13 de Abril llegó D. Lope de Figueroa con su tercio á una legua de donde estaba el Sr. D. Juan, y luégo le fué á recibir con inmenso gozo: hallóle en una campaña rasa hecho escuadron, y en descubriéndole comenzaron los nuevos y recien llegados españoles á saludarle con espesas y menudas cargas de arcabucería y mosquetería. El Sr. D. Juan y su sobrino se entraron dentro del escuadron, y les hizo señas con la mano que no disparasen porque les queria hablar, y en cesando, abrazó á D. Lope, y con alegre rostro y amor de padre le dió la bien llegada y se volvió luégo al escuadron, que ya venia recogiéndose alrededor de su caballo, y con el sombrero en la mano (que como era tan cortés siempre le prevenia estando delante de las banderas), les dijo fuesen muy bien llegados, que era la cosa que más habia deseado en este mundo, y esperaba que su llegada habia de ser de tanta utilidad y aumento para la fe católica y servicio del Rey, su señor y hermano, como se podia desear, y pues que todos le daban la obediencia, y él particularmente les pedia la tuviesen en las órdenes militares, y que las guardasen y cumpliesen como siempre habian hecho, y que aunque pudiera excusar hacerles este recuerdo á soldados tan valientes y disciplinados y que tantas victorias habian dado á la Corona de España, no queria dejar de traerles á la

memoria las obligaciones con que habian nacido, la fidelidad que profesaban, y que en aquel tiempo tenia más necesidad de sus personas para dar buen ejemplo y disciplina á las demas naciones, que tan desenvueltamente perdian la obediencia, que para otro cualquier respeto, y que les pedia á todos en general y á cada uno en particular procurasen con su ejemplo poner freno á sus desórdenes, porque él ya no sabia castigos que hacerles, ni reprehension que les bastase para que no molestasen ni destruyesen á los pobres labradores y vasallos del Rey, nuestro señor; que no vivian seguros en sus casas, ni áun él lo estaba en la suya, porque con las necesidades que habian pasado vivian tan libres y licenciosos, que ni se les podia castigar por no darles su sueldo, ni dejar de permitirles algunos desórdenes. Acabó el Sr. D. Juan la plática que hizo á los españoles con los ojos tiernos y amorosos, porque la dijo con tanta eficacia que moviera á las piedras, cuanto más á gente que le queria y estimaba en tanto. Los Capitanes se abrazaron dél, y el de todos ellos, dándoles la bienvenida con una entrañable voluntad, y lo mismo hizo el Príncipe, su sobrino, á quien la mostraron muy grande de serville y obedecelle como á la misma persona de su tio, y habiéndose despedido dellos, se partió con toda su corte llevándose á D. Lope á la abadía de donde habia partido.

Otro dia siguiente le llamó á Consejo con todos los demas dél y les declaró su intento, y propuso las muchas causas que le movian para ponerse sobre Phelipevilla, y que convenia fuese con brevedad, porque tenia aviso que el Gobernador della la fortificaba á gran priesa, y que si se le daba lugar para esto habria despues más dificultad para ganarla. Todos los Consejeros aprobaron su parecer, y con presta resolucion la tomó de partir luégo el ejército, que fué á los 17 de Abril deste año, y á los 23 llegó á Phelipevilla, y luégo, juntamente con el Príncipe, su sobrino, fué á reconocer los puestos, pasos y avenidas para alojar su ejército, que no quiso que por otra mano fuese acuartelado; no volvieron muy contentos porque la vieron muy fuerte y con sitio escueto y desembarazado para

defenderse de cualquier enemigo, y si bien no se habia arrepentido el Sr. D. Juan de su resolucion, quisiera tenerla reconocida ántes de resolverse.

En este tiempo corrió una voz que los rebeldes habian juntado nuevas fuerzas y engrosado su ejército para oponerse al español y socorrer esta plaza, y que el duque Francisco Casimiro bajaba de Alemania con tres regimientos de tudescos y diez mil caballos raytres. Con esta nueva le creció más al señor D. Juan el deseo de oprimir á Phelipevilla, y por su persona (haciendo oficio de Cuartelmaestre) alojó el ejército y dió así á caballería como á infantería el puesto que le tocaba, señalando la plaza de Armas y repartiendo las guardas en las avenidas y lugares necesarios, y luégo, con mucha diligencia, mandó hacer los cestones y abrir las trincheras y plantar el artillería, y todo tan apunto y con tanta facilidad como el más aventajado y experimentado Capitan y Sargento mayor. Parecióle que los de Phelipevilla, entendidas estas prevenciones, se habrian fortificado y hecho las que les importaban para la defensa, y así no quiso faltar á ninguna ni dilatar el tiempo para esta empresa, y mandó luégo á un trompeta que fuese á la villa y dijese á Monsieur de Bolines, Gobernador della por los Estados rebeldes, que la rindiese al Rey, nuestro señor, y que le prometia hacerle buena guerra y no faltar á ninguna cosa de las que le pidiese. Respondió que agradecia mucho la merced y cortesía que el Sr. D. Juan le hacia, pero que su intento era de pelear y defender la plaza, como se veria, siempre que le diesen el asalto, donde él y los suyos pensaban morir ántes que rendirse.

Esta respuesta, tan cortés como atrevida, indignó mucho al Sr. D. Juan, y lo publicó en todo el ejército para que los soldados se encendiesen en cólera y apeteciesen con más furor asaltallos y castigar el atrevimiento de Monsieur de Bolines en querer resistir á su ejército, aunque más fuerte y guarnecida tuviese á Phelipevilla, y por no dar lugar á que se arrepintiesen no quiso el Sr. D. Juan dilatar su intento, y con el mayor valor que se vió, sin esperar que trujesen del cuartel donde es-

taban alojados los caballos del artillería para que la tirasen, él propio por su persona, con los soldados que le ayudaban, á fuerza de brazos la hizo tirar, y en aquella noche plantó diez cañones gruesos de batir y se llenaron diez y ocho cestones, siendo él y su sobrino los primeros que llevaban la tierra y fagina, causa que los imitasen los mejores de su corte y la gente más granada del ejército.

Al amanecer estaba todo tan á punto como se deseaba, y al tiempo que se habia de comenzar la batería se suspendió, sin que se pudiese saber la causa, que no poca admiracion causó á todo el campo. Entendióse que el Sr. D. Juan tuvo algun aviso de la villa, por donde convino se dejase de ejecutar el intento que tenian.

Este mismo dia se tocó una arma tan viva, que pareció se hundian los cuarteles, y estando todos tan apercibidos y alertados se puso todo el ejército en escuadron, y del tercio de D. Lope de Figueroa se salió un soldado, que se llamaba Juan de Ayala, que era valeroso y arriscado, por aventajarse más que otros, y deteniéndole el capitan Sancho de Villalba, le dijo se volviese á su puesto, y respondióle que no queria; y visto tan gran inobediencia y libre respuesta, puso el Capitan mano á la espada y le tiró una cuchillada, y el Juan de Ayala, con poco respeto y desenvoltura, puso mano á la suya y le tiró dos, que á no repararse el Capitan, le matara. Fuése á quejar al Señor D. Juan y le suplicó mandase castigar al soldado, porque si se dejaba perder el respeto á los Capitanes y Oficiales dejaria su compañía. El Sr. D. Juan mandó al Preboste general prendiese al soldado, y habiéndolo hecho, que se confesase luégo y que le cortasen la cabeza sin que se replicase ni volviesen á él con demandas ni respuestas ni otros ruegos, porque no los admitiría. Y habiéndolo sabido el príncipe de Parma, mandó que diesen un caballo á D. Ambrosio Landriano, hijo del conde Landriano, y fuese corriendo á los escuadrones donde estaba el Preboste general para hacer justicia de Juan de Ayala, y que le entretuviese la vida hasta otro órden, que así lo mandaba el Sr. D. Juan, á cuyos piés se arrojó, hallándole á los de su con-

fesor que estaba reconciliándose, y le dijo no se levantaria dellos ni le dejaria confesar si no perdonaba á Juan de Ayala; el Sr. D. Juan le pidió encarecidamente que le dejase, porque no pensaba concedérselo siendo el delito tan grave, pues donde no habia respeto y obediencia á los ministros de un ejército no se podia tener esperanza de ningun buen suceso, y más la nacion española, que como ejemplo de las demas, tenia obligacion de obedecer á sus Capitanes. El príncipe de Parma le replicó dos ó tres veces pidiéndole merced de la vida de aquel soldado. El Sr. D. Juan, algo enojado y con libertad comedida, envuelta con mucha cólera, respondió á su sobrino que hiciese lo que quisiese, pero que advertia que si no se ejecutaba, algun dia pondrian mano á la espada para él, y otro para su misma persona, sin poderlo remediar. El Príncipe se salió de la cámara de su tio sin responderle nada, y mandó que fuese un soldado á caballo al Preboste para que no ejecutase la sentencia. Fué bien menester la diligente priesa que D. Ambrosio Landriano se habia dado, porque cuando llegó fué á tiempo que el verdugo tenia el alfange levantado y el soldado el bonete sobre los ojos para cortarle la cabeza, y con el segundo recaudo cesó el castigo y fué libre el soldado; y aunque desobediente, era hidalgo y valeroso.

Con esta grandeza y humanidad del príncipe de Parma, alcanzó y aumentó su nombre y fama en todo el ejército católico, siendo amado y temido de todas las naciones dél. El Señor D. Juan sintió mucho no se hubiese ejecutado lo que habia ordenado, y tuvo gran deseo de que se le diese castigo á Juan de Ayala, pero el respeto y amor que tenia á su sobrino le hizo disimular.

No quiso cometer esta causa el Auditor general, por no tener en ella lugar los procesos de escribanos, que no poco les pesa cuando no pueden procesar, y siempre que los Capitanes generales pudiesen excusarles semejantes causas, sin darles lugar á escribir muchas hojas, que para los que gobiernan gente de guerra es muy gran cansancio remitirles lo que no les toca, como hacen algunos por descargarse de sus obligaciones, y

seria lo más acertado (porque los delitos cometidos en la guerra tienen más necesidad del pronto castigo), que de la remision del juez y escribano que con sus prolijos escritos dan ó quitan la justicia á quien les parece, y como el hábito militar tiene más necesidad del rigor della, particularmente cuando el soldado pierde la obediencia, que es en quien está fundado el poder y reputacion del Príncipe, y si el de Parma no instara tanto con su tio para librar la vida á Juan de Ayala, la justicia tuviera su lugar y las naciones del ejército quedaran atemorizadas viendo no reservaba el Sr. D. Juan el castigo á los españoles que dan ejemplo á los demas; pero considerando el valor y deseo que aquel soldado tuvo de emplear su pica y medirla con los enemigos, ciego de cólera y con honrado intento, no acordándose de la obediencia que deben tener á sus superiores, quedaba en alguna manera disculpado, mas no libre de la justicia, porque como es tan delicado el hábito del soldado no permite satisfaccion ni enmienda, sino el rigor del castigo, y con él se conservan y viven más á fuerza de la reputacion que profesan que de otros respetos.

El dia siguiente, que fué Pascua de Resurreccion, no quiso el Sr. D. Juan que se hiciese más faccion en Phelipevilla que tirar á los traveses y defensas, y los siguientes lo mismo, y con alguna tibieza, causa de que los soldados murmuraban pareciéndoles que, pues no se abria la batería, debia tener el Señor D. Juan aviso del Gobernador de la villa la queria rendir, con que desconfiaban y perdian la esperanza que habian tenido en saquealla. Los rebeldes que la defendian, atemorizados de ver los soldados españoles tan cerca del foso, y que por no tener agua, una vez que otra se les habian de arrimar á la muralla con la zapa, comenzaron á pensar de rendir la plaza á tiempo que el Sr. D. Juan usase de misericordia, sin dilatar el que les podria hacer daño para sus vidas; y una mañana, ántes del dia, comenzaron á dar voces diciendo llamasen á Monsieur de Gate, caballero borgoñon y de la cámara del Sr. D. Juan, el cual mandó luégo fuese á hablarles. Hízolo así, y desde las trincheras les dijo que allí estaba, que mirasen lo que querian. Cono-

ciéronle en la voz, y le rogaron se acercase al arce del foso para que entendiese mejor lo que le pedian. Monsieur de Gate era discreto, y les dijo que con qué confianza lo podria hacer pues sabia que le habian de tirar en descubriéndose. Los rebeldes le dieron la palabra de no hacerlo, y debajo della, se llegó donde los podia oir; y, todos descubiertos, le dijeron que si acaso se rendian y daban la obediencia al Rey, nuestro señor, qué pactos y mercedes les haria el Sr. D. Juan. Monsieur de Gate les respondió que no sabia, pero que le tenia por tan gran Príncipe, que los recibiria con los mejores que pudiese, y que pues á él ántes que otro le habian hecho tanta cortesía en llamarle, que si le daban licencia, que trataria de los conciertos. Ellos lo tubieron por bien, y se fué al Sr. D. Juan que, con su sobrino, estaba en las trincheras y habian oido muy bien lo que habia pasado, y le mandó volviese y se acordase con ellos con los mejores pactos que pudiese, porque como le llamaban otras empresas más importantes, deseaba dar fin al sitio de Phelipevilla. Monsieur de Gate volvió á hablalles y concluyó la paz con que saliesen con sus armas, y que Monsieur de Bolines, Gobernador desta plaza, se sirviese dél el Rey, nuestro señor, y le emplease el Sr. D. Juan en algun oficio, conforme á la calidad y méritos de su persona.

El dia siguiente salieron de la villa los rebeldes, y muchos dellos se quedaron á servir en el ejército español, y los demas se fueron á sus casas, con juramento de no servir á los Estados, si bien hubo algunos que se fueron con ellos. Halláronse en Phelipevilla pocos bastimentos y ménos pólvora, que esto, y el haberles quitado un molino y dado á entender habian roto los socorros que esperaban, fué de grande importancia para rendirse. Mandó el Sr. D. Juan la presidiasen de españoles, y nombró por Gobernador al capitan Becerra, y entró con su compañía y con las de los capitanes Vasco de Peralta y don Luis de Herrera, natural de Toledo, soldado valiente y de opinion.

Hallábase el Sr. D. Juan, de los cuidados y trabajos de la guerra, indispuesto; habiéndole aconsejado lo mucho que con-

venia repararse, mandó dividir el ejército en dos partes; la una llevó á cargo el príncipe de Parma, su sobrino, y la otra Otavio de Gonzaga; y su persona y corte se fueron á la villa de Anamur á descansar y cobrar su salud, que la traia muy quebrada, dejando para su guardia dos compañías de españoles, y mandó que la mitad de su corte fuese con su sobrino, aunque ya no la habia menester, porque en aquel tiempo llegó de Italia toda su casa con muchos caballeros y otros Capitanes y gente lucida; con todo eso no lo rehusó, por obedecer en todo á su tio.

Otavio de Gonzaga fué con la gente de su cargo á alojar á unos lugares que estaban bien bastecidos, la vuelta de Liao y Aríscote, así para entretenerse como para impedir algunos franceses sueltos que entrasen en los Estados con calor de los Diputados, y para correr las campañas de los rebeldes y quitarles el paso á las villas que por ellos estaban presidiadas. El príncipe de Parma partió con la mayor parte del ejército, á los 5 de Junio deste año, y fué á ganar la villa de Lamburque, y llegó á los 9, una mañana ántes del dia, y á media legua de la villa mandó hacer alto, y para llegar prevenido de lo que habia de hacer en aquella empresa, mandó llamar á D. Alonso de Leiva y á todos los Capitanes más viejos y de opinion que habia en el ejército, y les comunicó su intento de como le parecia que seria bien enviar alguna gente de vanguardia y ocupar un arrabal muy grande y rico que está fuera de la villa, donde podria estar alojada gran parte de la gente que llevaba, y desde allí dar cuidado á los rebeldes.

A todos les pareció bien, y mandó luégo á los capitanes Gaspar Ortiz, Alonso de Perea, D. Vasco de Acuña y Agustino Roman, con sus compañías, fuesen á ocupar el arrabal y el puesto que les habia ordenado, y yéndolo á poner en ejecucion fueron sentidos y salieron á recibillos con gruesas cargas de arcabucería y mosquetería á defenderse tan valerosamente, que á no ser los Capitanes tan experimentados y animosos, les dieran los rebeldes muy bien que hacer; pero cerrando con ellos los hicieron retirar y perder sus puestos, apoderándose del arrabal

y de lo que tenian, degollando la mayor parte dellos: los demas se fueron huyendo á la villa y castillo, que habiendo sentido el arma, comenzaron á jugar su artillería; pero como áun no era bien de dia hacia poco efecto, y la confusion de los niños y mujeres, viéndose de súbito asaltados, era grande, y la gente católica se embarazaba temiendo hacerles mal. En este medio llegó el príncipe de Parma con el resto de la gente, y ocupó todo el arrabal y repartió los puestos y alojamiento, y con presteza jamás vista, llevando consigo á D. Alonso de Leiva y á D. Gabriel Niño, fué á reconocer el sitio y disposicion de la villa y castillo para mejor saber la parte por donde la habia de acometer, y en aquel mismo sitio alojó su casa y corte con parecer del coronel Cristóbal de Mondragon, á quien queria mucho y respetaba por su edad, valor y experiencia, y estando acuartelada y en sus puestos, envió un trompeta á decir al Gobernador restituyese aquella plaza al Rey, nuestro señor, que tanto tiempo habia la tenia usurpada, y que si le convidaba con la paz era por redimir la sangre que podia costar á tantos inocentes y evitar los desórdenes que, entrando por fuerza de armas, harian. El Gobernador respondió que aquella villa la tenia por el príncipe de Orange y no por el rey de España, que no pensaba entregalla sino á quien habia prestado el juramento, y su intento era defendella, y tambien que le habria de sobrar tiempo para poderla entregar al de Orange, á quien obedecia y tenia por Señor.

El príncipe de Parma que vió su resolucion y libre respuesta le creció el ánimo y deseo de ganar esta plaza, y sin perder tiempo hizo recoger los más gastadores que pudo, sin querer dar á los soldados el trabajo de abrir las trincheras, por ser aquella tierra pedregosa, y con mucha brevedad se comenzaron á hacer con faginas y otros reparos, sin poderse aprovechar de la zapa, asistiendo en ellas con inmenso cuidado D. Alonso Martinez de Leiva, á quien el príncipe de Parma las habia encomendado, y su hermano D. Sancho, que como Sargento de su compañía tenia el peso del trabajo, solicitando á sus soldados para que ayudasen á los gastadores; y en ménos de tres dias

estaban tan cubiertos, que aunque los rebeldes procuraban tirarles no los descubrian, y con industrioso trabajo se llegó al arce del foso, que era tan profundo que ponia admiracion haberlo de cegar, demás de que la subida era altísima y tan peinada por la parte de fuera que ponia confusion, y la tuvo tan grande el de Parma que, á no haberse empeñado tanto, mudara de acuerdo; pero ya resuelto, y confiado en su valor y buena fortuna, y con llenar los cestones y plantar el artillería el sábado en la noche, á los 14 de Junio deste año, el domingo, al amanecer, comenzó á batir con tanta furia la muralla que ponia terror á los rebeldes que estaban en la villa y bien en órden para acudir á la defensa. En ménos de tres horas estaba abierta la batería, mas como toda la ruina que habia caido rodaba al foso, y sin defenderse no podia hacer escarpe, estaba la subida dificultosísima, y demás de ser inhiesta y muy levantada, habia comenzado á llover menudo y ningun pié ó mano podia detenerse sin dejar de resbalar como si fuera manteca.

Así lo dijeron dos soldados españoles que fueron á reconocer, y el príncipe de Parma les respondió que no importaba, pues con el lodo y polvo que á los primeros que subiesen se les pegase en los zapatos, quedarian para los que fuesen tras ellos secas las pisadas, y siguiéndoles los demas, subirian los unos tras los otros y se detendrian en la batería sin deslizar hasta ponerse encima, y aunque dió estas razones, sintió lo contrario, pues aunque fueran niños ó mujeres los que defendieran la muralla no era posible asaltallos sin pérdida de mucha gente; pero atropellando estas dificultades se puso en las manos de su buena industria, y dando por seña de arremeter el último cañonazo de la postrera camarada, mandó tocar arma y que cerrasen con la batería y se diese el asalto, y al tiempo que se comenzaba á ejecutar, tocaron una caja los rebeldes de la villa, y comenzaron á llamar á grandes voces. El príncipe de Parma mandó suspender el asalto, y oyendo lo que decian, fué que si se les hacia buena guerra y piadosos pactos se rendirian. Los soldados españoles que estaban en la desembocadura de las trincheras, le respondieron que sí. El príncipe de Parma se holgó tanto con esta

nueva, que la atribuyó á muy buena suerte, porque lo fuera muy grande si sus soldados pudieran dar el asalto sin pérdida de todos los más dellos, y los que la defendian eran muy valerosos y de los más viejos que habia en los Estados rebeldes, y tenian dentro un muy buen ingeniero, que despues de rendido lo recibió el príncipe de Parma en servicio del Rey, nuestro señor. Llamábase Maestre Hanje: demás de su ingenio era el mayor carpintero que jamás se habia visto, sirvió muy bien, y en todas las ocasiones que se ofrecieron, no faltó en su ministerio en más de quince años cerca de la persona del príncipe de Parma, hasta que murió; y estando los españoles sobre la batería hablando con los rebeldes, se fueron mejorando y subiendo poco á poco, y asegurándoles debajo de palabras de amistad pidiéndoles á beber, y los de dentro les brindaban haciendo tiempo hasta que llegase la respuesta del príncipe de Parma sobre los conciertos que les pedian, y habiendo ganado sobre seguro gran parte de la batería, un soldado español de los que estaban más cerca de la muralla volvió el rostro á los demas y dijo al que estaba más cerca dél, muy paso sin que le pudiesen oir los rebeldes, que pues que tenian la entrada segura, para qué querian esperar conciertos, y la segunda palabra fué en en alta voz, y dijo: «Santiago, cierra España, dentro, dentro.» Los demas le fueron siguiendo y entraron en la villa sin defensa ninguna, porque como los rebeldes vieron súbitamente el repentino asalto, desampararon la muralla y se arrojaron della, unos huyendo por el foso, otros retirándose al castillo, y tan apriesa que no hallaron los españoles en toda la villa ninguna defensa, sólo la confusion de niños y mujeres que en semejantes ocasiones la dan tan grande como se deja considerar, temerosas de sus honras, vidas y haciendas.

El príncipe de Parma acudió con presteza jamás vista á evitar los daños y desórdenes que suele haber, y á que no se saquease la villa y repartir por todas las calles Capitanes entretenidos y otras personas particulares para evitarlo, y la suya no cesó un punto hasta que todos los moradores y soldados españoles estuviesen quietos, que no poco remedio fué para que no se

vertiese sangre inocente, ni se ha visto que en tales ocasiones, entrando en una villa ó ciudad por fuerza de armas se dejase de saquear; pero el cuidado, celo y cristiandad del príncipe de Parma fué tanto, que atropelló el vigor de sus soldados, templándolos con buenas razones, que ellas y el amor que le tenian fueron bastantes para deshacer otros mayores inconvenientes, y aunque pareció temeridad haber mandado el príncipe de Parma arremeter á la batería de Lamburque siendo tan dificultosa, y que se tuviera por mejor levantar el sitio que aventurar su ejército, si bien fué grandísima suerte la entrada de los españoles, aunque les pudiera suceder al contrario, se ha de entender que en semejantes ocasiones, donde no ménos se aventura que la reputacion, no conviene mostrar flaqueza, y es de ménos inconveniente perder las vidas que la honra y opinion; pues con sola la que tiene ganada un Capitan general se conservan los estados de su Príncipe; y si al de Parma le hubieran hecho buena relacion las espías y otras personas de quien se procuró informar de la aspereza de la plaza de Lamburque, ántes que le pusiera el sitio, considerara las dificultades y fortaleza della, y pudiera sin ninguna nota levantar su ejército, pero no convenia ya, empeñado á hacerlo.

Tenia tan particular cuidado en informarse ántes de sitiar una plaza, la disposicion della, la gente que tenia, si podia ó no entrarle socorro y de lo que más le pudiera embarazar y serle contrario, que no caia jamás en este descuido, porque sabia muy bien lo que habia de hacer, y procuraba con grandes veras acertar en todo lo que tenia entre manos, y si mandó arremeter á la batería sin que las ruinas della hubiesen hecho escarpe y tener tan levantada la subida, fué porque habia conocido la dificultad, y quiso ántes encomendar á las manos de su buena fortuna aquel asalto que dejarlo de dar, pues de hacerlo, se conseguia el efecto que se tuvo, y si se dejara de hacer, los rebeldes cobraran nuevo ánimo y se previnieran á la defensa y hubiera más dificultad en ganar la plaza, si bien se habia de hacer de cualquiera manera que fuese. Y conviene mucho que los Generales en algunas oca-

siones se aventuren á ganar perdiendo, por conservar su opinion, que no por no perder dejar de ganar lo que acometen, y no en todas cosas se ha de ir con tanto pié de plomo, remisiones y tibiezas que dejen alguna vez de encomendarse á los brazos de su buena suerte, pues la guerra las suele dar cuando ménos se esperan, y siempre los Generales determinados y resueltos (despues de habido su consejo y tenido parecer de sus Capitanes), tienen más felices y prósperos sucesos que los tímidos y remisos que, confiados algunos en su gobierno, experiencia y reposo, les parece es mejor no perder por no aventurar, que ganar por no perder, y hacen gran estimacion y memoria cuando dicen que en tan largos años como á sus Príncipes sirvieron en las guerras no les perdieron plaza ni otra cosa; pero tambien, si se advierte, se podrá decir destos tales que tampoco les ganaron ninguna, ni les dieron victoria que de contar fuese.

Despues que el príncipe de Parma se hubo apoderado de la villa de Lamburque y remediado las desórdenes que los soldados pudieran hacer, mandó á Maestre Hanze entrase dentro del castillo y dijese al Gobernador se rindiese y le entregase las llaves. Hallóle tan turbado, júntamente con su mujer, que no supo qué responder, porque temeroso no se hiciese con él lo que del Gobernador de la villa y castillo de Siquen, quedó absorto y tan sin acuerdo que no sabia de sí, ni lo que habia de hacer. El príncipe de Parma que supo su turbacion y la relacion que Maestre Hanze le hizo, ordenó al coronel Cristóbal de Mondragon entrase dentro del castillo y que le asegurase la vida con todos los demas que estaban dentro, los cuales se le rindieron debajo de su palabra, á merced del príncipe de Parma, el cual se la hizo tan grande, que les concedió todo lo que le pidieron, y al Gobernador y su mujer grandes caricias y mercedes, y en saliendo toda la gente del castillo se le dió paso libre para donde quisiesen, y ordenó al coronel Cristóbal de Mondragon se apoderase de la villa y castillo hasta que le diese otro órden. Hallóse dentro mucho trigo y algunas municiones, avena y cebada, que fué de gran importancia para entretener los soldados católicos algunos dias.

El príncipe de Parma se fué aquella noche á su cuartel, donde cenó con mucho gusto de haber alcanzado una victoria tan dificultosa, si bien algunos autores la escriben tan de paso que parece ponen duda en la verdad, ó agravian á la buena fortuna de un Príncipe tan valeroso. En aquel cuartel reposó algunos dias porque habia más de siete que no habia dormido.

Sucedió un caso extraordinario aquella misma noche miéntras dormia el coronel Cristóbal de Mondragon; que codiciosos dos criados suyos de los despojos que habian quedado en el castillo, entraron con una vela encendida en el almacen donde estaba la pólvora, y saltó una centella de la vela que llevaban y dió sobre un barril que estaba abierto entre otros diez y ocho que habia, y se emprendió el fuego en todos de tal manera, que intrépidamente voló todo el castillo hasta el cielo, y le desmenuzó en menudas piezas sin dejar cosa enhiesta, sino sólo el sitio que ocupaba la cama en donde dormia el coronel Cristóbal de Mondragon; ni sobre ella ni en él se halló género de polvo, piedra ni teja, ni cosa que le pudiera ofender; y tras este milagro (si por tal se puede tener), sucedió otro al mismo punto; que entrando en la villa una mujer enferma para curarse, en una silla, cuatro hombres que la llevaban, de las muchas piedras y tejas que parecia caer del cielo, los mató á todos cuatro, quedándose la mujer sentada en la silla sin que se trastornara ni hiciera movimiento, y del susto que recibió quedó libre y sana de su enfermedad. El príncipe de Parma y toda su corte acudieron al ruido y al remedio de aquel fuego, pero tan en vano como se daja entender, y preguntó por el coronel Cristóbal de Mondragon, temeroso no se hubiera volado, y él respondió al ruido de las voces que le daba el Príncipe, que estaba vivo, pero que no podia ir ni bajar de donde se hallaba, si no le daban una escalera y vestidos para ponerse, porque los que se habia desnudado habia volado el fuego y tambien á sus criados, porque ninguno le respondia; y habiéndose vestido y bajado, le salió á recibir el príncipe de Parma con los brazos abiertos, dándole el parabien de su nueva vida que tan milagrosamente la tenia; preguntóle que cómo habia sucedido aquel

caso. El coronel le respondió que él no sabia más de que se acostó en su cama debajo de tejado, y amanecia mirando el cielo claro y raso, sin haber hallado techo ni pared á qué arrimarse, ni suelo en que poderse poner en pié. Maravillado el Príncipe de lo que le decia, fué en persona al lugar y sitio donde habia sucedido, y se maravilló más despues de haberlo visto que de haberlo oido decir, y le dijo que se admiraba extrañamente de aquel suceso, y que pues Dios le habia librado de tan gran peligro le guardaba para mayores cosas, que le diese gracias por tan gran merced como le habia hecho. Mondragon se fué á la iglesia y no se hartaba de darlas á nuestro Señor por las muchas que recibia. Fuése luégo á palacio, y el Príncipe quiso comenzar á premiar sus muchos servicios y agradecer la fortuna de un tan grande y valeroso soldado, y le dijo que queria escribir al Sr. D. Juan, haciéndole saber la presa de Lamburque, y de como le dejaba por Gobernador dél y de todo su Estado en tanto que S. A. mandaba otra cosa. Mondragon le besó las manos por la honra y merced que le hacia, y le suplicó no le encargase el gobierno hasta que tuviese alcanzada la gracia del Sr. D. Juan, y para que la merced fuese más cumplida, se la hiciese de pedirla al Rey, nuestro señor. El Príncipe se lo ofreció y de hacerle buen oficio con el uno y con el otro, y dentro de dos dias volvió la respuesta del Sr. D. Juan con gran aprobacion de lo que habia hecho, y que diese á Mondragon cuanto fuese servido, y en todo lo demas dispusiese á su voluntad; y pues se ha escrito las señaladas mercedes que nuestro Señor hacia á este tan gran soldado, y los premios que por sus servicios merecia, es bien se sepa que era un hidalgo muy conocido, natural de la villa de Medina del Campo, y que para saber quién era bastaba esto, pues de sus servicios y partes habia tanta memoria en las historias y rebeliones de Flandes, que más por extenso decian su valor, prudencia, industria y valentía, y lo ménos que merecia era el gobierno de Lamburque, pues era digno de otros mayores cargos que tuvo y ocupó, librándole Dios, por el celo con que le servia, de otros muchos y tan notables peligros, como adelante se verá.

Habiendo visto el Sr. D. Juan el proceder del Príncipe, su sobrino, y cuán amado y temido era de todos, no quiso dilatarle la merced que S. M. le habia hecho, y le envió órden que de allí adelante proveyese todas las compañías que vacasen y lo demas que se ofreciese, que aquella era la voluntad del Rey, su señor y hermano, y desde entónces quedó el coronel Cristóbal de Mondragon con la propiedad de gobernador del Ducado de Lamburque, y porque en él habia un castillo y villa fuerte que la poseian los rebeldes, que se llama Dalem, de donde corrian las campañas y molestaban los moradores, quiso el Príncipe reducirla al servicio del Rey, nuestro señor, y mandó al coronel Cristóbal de Mondragon que fuese con parte del ejército y tres cañones gruesos y la batiese, habiendo dejado órden que la villa de Lamburque quedase guarnecida y fortificada, y la batería reparada y levantado el castillo.

Hecho esto, partió Mondragon á toda priesa la vuelta de Dalem, y el Príncipe á Anamur á ver su tio, y en el camino encontró un correo con aviso que apresurase su ida, porque le tenia muy cierto de que los rebeldes engrosaban su ejército, y á gran priesa juntaban las fuerzas que tenian, ayudándose de extranjeros, para venirlos á deshacer y echar de los Estados. El príncipe de Parma se alegró con esta nueva, porque su natural inclinacion le llevaba tras las cosas de la guerra, y aspiraba á otras más grandiosas donde pudiese mostrar su valerosísimo ánimo y deseo que tenia de servir al Rey, nuestro señor; envió luégo este mismo aviso al coronel Cristóbal de Mondragon y con órden expresa que, si en tres ó cuatro dias no podia salir con la toma de Dalem, se retirase ántes que los rebeldes le pudiesen tomar los pasos.

Mondragon prosiguió su camino, y llegado á Dalem, le reconoció y le pareció mucho más fuerte de lo que le habian dicho, porque estaba fundado sobre una peña viva: con todo eso, le abrió las trincheras y le plantó el artillería y comenzó á batir, pero tan en vano como si no lo hiciera, porque todas las balas recudian atrás sin hacer mella en la muralla del castillo con haberle tirado más de trescientos cañonazos. Mandó el co-

ronel Mondragon cesase la batería, por no gastar en balde la pólvora y municiones, y yendo á reconocer otra parte si la habia más flaca para batir el castillo y salir con la empresa, se levantó un alboroto en las trincheras de los españoles que causó grande ruido, y habiéndolo entendido los rebeldes del castillo pensaron que les daban el asalto, y acudieron todos por aquella parte á defender la batería; y el baron de Gibrao, que con su regimiento de borgoñones estaba en las trincheras de la otra parte, entendió lo mismo, y pareciéndole que si los españoles entraban primero ganarian la gloria de la victoria, hizo arremeter á sus borgoñones á escala vista, y valerosamente arrimaron las escalas al castillo, y entraron dentro con poca defensa y degollaron cuantos habia, sin reservar niños y mujeres, y estuvieron con tanto espacio saqueándolo sin ningun estorbo, que si un borgoñon, criado del coronel Cristóbal de Mondragon, no abriera la puerta principal del castillo, no se supiera tan presto la empresa, y si bien Mondragon quedó contento del buen suceso, le pesó hubiese sido á costa de tanta sangre inocente; hizo enterrar los muertos y presidió muy bien el castillo, y con la mayor brevedad que pudo volvió con toda la gente á Lamburque, y en él dejó por su Lugarteniente á un fulano Mondragon, deudo suyo, y se partió á Anamur, donde fué bien recibido del Sr. D. Juan y del príncipe de Parma, su sobrino, y le dieron las gracias de la victoria que habia tenido, y porque á algunos les podria parecer riguroso órden el que el príncipe de Parma dió al coronel Mondragon cuando le envió á Dalem, que si en tres ó cuatro dias no lo ganaba se retirase, y que asimismo se encontraba con el que dió en Lamburque, de que si se retiraba dél sin ganarle, la reputacion que se perdia, y aunque su persona no iba á Dalem, lo mismo era la de Mondragon, pues la representaba y las banderas españolas que iban á su órden; pero se ha de entender que hay ocasiones tan forzosas que obligan á un Capitan general, estando sobre una plaza, á levantarse della sin ganarla, quedando con su entera reputacion y buen nombre; porque cuando los sitiados esperan ser socorridos de un superior ejército que el de los sitiadores, que

si por ventura aguardasen fuesen rompidos y desechos, perdidas las banderas y bagajes, es más cordura y razon de guerra levantarse del sitio que no esperar este peligro, aventurando en él la reputacion de su Príncipe, que una vez perdida, mal se puede recuperar; y es mayor gallardía, reconocida la ventaja de un ejército enemigo, no esperarle que acometerle, y en tales ocasiones tiene un Capitan general muy honrada disculpa, pues aunque está en su mano temer lo que puede suceder, no la tiene para huir del peligro cuando se le ofrece, y si el príncipe de Parma dió aquella órden á Mondragon, fué por el aviso que tuvo que el ejército rebelde se rehacia á gran priesa, y se pudiera oponer al católico, que estaba dividido, y romper la parte que dél acometiese, y si viniera á la que estaba sobre Dalem le fuera más fácil por hallarla embarazada en el sitio, y para no darle esta ocasion fué necesario huir della y aprovechar los tres ó cuatro dias que el príncipe de Parma dió á Mondragon de tiempo en que venturosamente pudiera ganar aquella plaza, como la ganó, que dejarlo de hacer; de donde se ve por experiencia lo mucho que importa aventurar los Generales á ganar, aunque se pierda, que dejarlo de hacer por temor y otros respetos, como se ha visto; y si Mondragon no la acometiera, no le sucediera tan á caso tener victoria, ni el baron de Gibrao la alcanzara con sus borgoñones, siendo Dalem plaza tan fuerte, si los unos y otros no se encomendaran á su buena fortuna; pues tal vez conviene ejecutar con resolucion empresas temerarias y dificultosas, y tal considerar los peligros sin aventurar las fuerzas y reputacion de un ejército; pero siempre conviene dar ocasion á un enemigo para conocer los brios que tiene y atemorizarle de manera que entienda superioridad y valor en su contrario. Esto importa mucho en los principios de una guerra, para pue el que consiguiese en ella la primera victoria, le tema el contrario, vencido en las demas ocasiones que se le ofreciesen.

Con el aviso que tuvo el príncipe de Orange, de la pérdida de Lamburque y de haberse volado su castillo, derramó inciertas nuevas en los Estados rebeldes, de que los más particula-

res del ejército católico, juntamente con el príncipe de Parma y el coronel Cristóbal de Mondragon los habia muerto el fuego y pólvora del castillo, y que el Sr. D. Juan estaba tan amedrentado que trataba salirse de los Estados temiendo su rigor y el de los demas rebeldes; hizo imprimir unas relaciones deste suceso, y las mandó repartir por todos los países, á fin de indignar al pueblo, y por este camino sacarles más dinero para hacer la guerra, que siempre con estratagema y diabólicos fines este engañoso Príncipe los entretenia y sacaba la sustancia tan á costa de la sangre y hacienda de los vasallos del Rey, nuestro señor. Con estas nuevas y con haberles traido á la memoria las pérdidas que habian tenido de Lamburque y la rota de los franceses junto á Simay, y la de los raytres cerca de Yndoben, que Juan Bautista del Monte y D. Alonso de Sotomayor; natural de Trujillo, que murió en Madrid siendo del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, era muy honrado caballero, prudente y valiente soldado, habian hecho con sus compañías de caballos ligeros con tanta pérdida de enemigos, habiéndose señalado D. Alonso valerosamente y su alférez Andrés de Ayllon, natural de Córdoba, que hoy es Capitan y Castellano del castillo de Canfranc en el reino de Aragon.

Causó tanta indignacion á los Estados rebeldes, que se apercibieron para la venganza con demostraciones fuertes, juntando un poderoso ejército y hecho venir de Alemania al duque Francisco Casimiro con otro de mayor número, y se iba á juntar con el de los rebeldes que estaba alojado entre las villas de Malinas y Amberes en un lugar que se llama Reminaut. Al Sr. D. Juan de Austria le dió tanto cuidado esta nueva, como se deja considerar, por no poderse oponer á tan grandes fuerzas, ni defenderse de enemigos tan poderosos, y siendo forzoso acudir al remedio, el mismo dia que el coronel Cristóbal de Mondragon llegó con toda la gente á la villa de Anamur, hizo llamar á los del Consejo y les propuso la necesidad y dificultades que se le ofrecian para resistir tanta multitud de gente, y que si se incorporaban les vendrian á buscar, que lo considerasen y viesen el medio que se podria tener para

conservar la reputacion de todos, y de no perderse por mal consejo. Estas últimas razones dijo, el rostro vuelto á su sobrino, y este le respondió con las más breves que pudo, que le parecia no se diese lugar á que los rebeldes se juntasen, y que luégo se fuesen á buscar á los que estaban alojados en Reminaut y se les diese la batalla, y que teniendo victoria dellos, como esperaba, siendo Dios servido, se fuese sobre el duque Casimiro y se hiciese lo mismo, y todo con tanta diligencia como convenia, pues no era tiempo de perderle. El Sr. D. Juan le respondió que aprobaba su parecer, pero que faltaba lo más necesario, que era pólvora, bastimentos y dineros para comprarlos, porque de todo esto y otras cosas carecia el ejército español. Su sobrino le respondió que él daria luégo, en joyas y plata labrada, la suma de treinta mil ducados, y que con esto y lo demas que se buscase entre todos se podia acudir á esta necesidad, y que sin dilatar el tiempo se sirviese de partir luégo con su ejército y se pusiese entre los dos contrarios para que no se juntasen como lo habia dicho. Este parecer aprobaron Gaspar de Robles, baron de Velli, valeroso español y honrado caballero; el conde Mansfelt; Monsieur de Hierjes, y Gabrio Cervellon, que habia llegado el dia ántes; los demas Consejeros, cuyos nombres son los ya escritos, lo contradijeron y votaron que convenia no saliese el Sr. D. Juan y su ejército de Anamur, donde podrian esperar la resolucion que tomaban los rebeldes. Con el parecer del príncipe de Parma y los demas se conformó el Sr. D. Juan é hizo juntar todo el ejército.

Antes de pasar adelante es bien que se advierta lo que al príncipe de Orange le movió derramar las nuevas de haberse volado en el castillo de Lamburque, Mondragon, con los demas que se ha escrito; era tan astuto y artificioso que, por conservarse en su potestad y que los flamencos le amasen, usaba destos y otros extraordinarios artificios y medios, y en algunas ocasiones son de tanta importancia que hacen efecto, porque como el vulgo, de sí mismo es novelero, se le imprimen las nuevas en los corazones y disponen los ánimos para esperar cualquier buen suceso, y así conviene mucho que un Capitan general haga der-

ramar nuevas en tiempo que pueda sacar fruto dellas sin venir á las manos con sus enemigos, y pues con sólo pasar una voz suelen romperse muchas veces que tienen [1]; pero tambien es menester que esté con tanta advertencia prevenido, que no todas crea las voces y palabras que se pasan, pues siempre ha de temer que le engañan, sin dar lugar á la confianza, que es la que hace perder la reputacion y nombre de su Príncipe, y le estaria mejor derramar nuevas y que les diesen crédito, que creer las que le vienen de sus contrarios, cuando no se hagan para animar su ejército en caso que le viese confuso y amedrentado; y si bien ha habido y hay algunos Capitanes generales que por su particular interes han usado destos medios sin mirar lo que pierden por aventurar á ganar, hay otros tan astutos y opinados, y que en los casos y estratagemas de la guerra están tan sobre sí, que por maravilla son engañados; particularmente el Sr. D. Juan de Austria y el príncipe de Parma, su sobrino, estuvieron siempre con tanto cuidado, que jamás cayeron en semejantes cosas, porque conocian el humor de las naciones con quien trataban y su naturaleza, demás de preciarse tanto de su oficio, autorizándolo y valiéndose dél para los efectos honrosos del servicio del Rey, nuestro señor, á que tan de veras acudian, sin que en sus particulares intereses ni en otros se aprovechasen de la autoridad del cargo, que es lo que más engrandece y levanta á los Generales, en especial cuando de sus haciendas se valen en las necesidades de la guerra faltando el socorro de los Príncipes á quien sirven, que no todas veces pueden acudir con puntualidad á lo necesario, como lo hizo el príncipe de Parma cuando dió á su tio, el Sr. D. Juan, las joyas y plata de su casa para la pólvora y municiones, con que se consiguió lo que se habia acordado en el Consejo para lo de Reminaut, como á su tiempo lo escribiré; pero hay algunos Capitanes generales que les parece no tienen obligacion á gastar sus haciendas ni á poner de sus casas si no tienen dinero para las provisiones de la guerra. Esto lo entienden muy mal, por-

[1] Así en el original.

que así como su Príncipe está obligado á premiar sus servicios y pagarles sus sueldos, lo están ellos, siempre que falta el dinero en un ejército, á buscarlo sobre su palabra ó con prendas suyas y de sus Capitanes para que no perezca el servicio y se consiga el efecto que se desea; y es tan cierto, que desde el General hasta el cabo de escuadra se ponen en esta obligacion, pues por ningun caso deben huir della, pena de quedar feamente, con mal nombre y dereputados, y el que tiene gente á cargo, si no la conserva y entretiene á costa de su hacienda teniéndola, y si no buscándola hasta que les provean; y los que dicen (como muchas veces se ha visto) que aquella gente es del Príncipe á quien sirven, que la provea ó despida, que ellos no tienen dineros que dalle, ni quieren empeñarse ni emprender ninguna faccion, aunque vean al enemigo sobre ellos, dejando perder su reputacion y la de su ejército por no gastar sus dineros, adquiridos de tal manera, que si se hubiese de decir pondria terror y escándalo. Estos tales que sirven más por su propio interes que por amor ni reputacion, no tan solamente son indignos de tener semejantes cargos, pero dignos de castigarles con grande rigor; aunque jamás se ha visto esto, pareciéndoles á los que lo han de hacer no conviene en personas que representan tanta grandeza darles castigo público, pareciéndoles que con deponerles del cargo por vías extraordinarias ni que se entienda causa ni efecto, quedan satisfechos los ofendidos y ellos pagados; pero siempre el Príncipe mal servido, perdida su opinion, su hacienda, sus soldados y reputacion por no hacer demostracion con un Capitan general; y como desto no se ha visto ejemplo, no hay que maravillarse se salgan con lo que quieren, pues tienen tan seguras las espaldas que les da ocasion para semejantes atrevimientos.

Despues que el Sr. D. Juan de Austria tuvo junto y apercibido todo su ejército, partió con él de Anamur, á los 20 de Julio deste año, y á los 22 hizo alto seis dias en unos lugares junto á la villa de Tirlemont, en Brabante, por esperar un poco de dinero y pólvora que trajeron del país de Liege, y en llegando partió á toda priesa la vuelta de Reminaut, donde toda-

vía se estaba el ejército de los Estados rebeldes, que era muy superior al católico, y el primer dia de Agosto, al amanecer, se halló á tiro de mosquete dellos, y para poderlos reconocer y ver la parte por donde seria mejor acometerlos, se subió el Sr. D. Juan y su sobrino en un molino de viento que está en una pequeña montaña muy cerca de Reminaut; desde allí envió algunos corredores á tomar lengua, pero no la pudieron traer porque los rebeldes estaban bien acuartelados y guarnecidos sus puestos sin que ninguno se desmandase. Visto esto, hizo que les tocasen arma por algunas partes y trabasen escaramuza los arcabuceros á caballo para cebarlos y obligarles á que saliesen á pelear de los puestos que tenian. Anduvieron tan sagaces que no lo hicieron; pero, puestos en arma, esperaban ser acometidos en su plaza de Armas. El Sr. D. Juan mandó formar los escuadrones y los abrigó con gruesas mangas de mosquetería para descomponerlos, y puesto en batalla comenzó á marchar con demostracion de dársela.

Llegaron con este órden hasta unas casas que los rebeldes tenian guarnecidas y atroneradas, y dellas comenzaron á pelear valerosamente. Los españoles, vencidos de su natural furor, cerraron con ellos de manera que les hicieron desamparar las casas y retirarse á sus escuadrones, degollando á cuantos topaban, y de camino las pusieron fuego y se abrasaron.

Algunos arcabuceros á caballo que vieron retirar á los rebeldes, volvieron á decir al Sr. D. Juan que huian, que los siguiesen, y el que más instó en esto fué D. Luis de Avalos, natural de Toledo y muy valiente soldado, y hoy Castellano del castillo de Setubal, y habiéndoselo asegurado, hizo mejorar los oscuadrones, así los de á caballo como los de infantería, y mandó á Camilo del Monte que se avanzase hasta los puestos que tenian los rebeldes y los reconociese, y viéndole tan adelante, creyendo cerraban con ellos, dispararon toda su artillería, y del primer cañonazo mataron tres caballeros ligeros, y entre ellos al conde de Monte de Olio.

Hizo el Sr. D. Juan que á toda priesa se mejorasen las mangas de infantería, y habiendo llegado cerca de los puestos de

los contrarios les dieron muchas y apresuradas cargas, y saliendo dellos, se mezclaron los unos con los otros y se encendió una de las más calientes y reñidas escaramuzas que hasta entónces se habia visto. Comenzóla á trabar con su compañía D. Alonso Martinez de Leyva, que iba de vanguardia, y en esta faccion dió gran muestra del mucho ánimo y valor que heredó de sus pasados; peleó valerosísimamente, y no ménos D. Sancho, su hermano, que como Sargento de su compañía llevaba el peso y gravedad del trabajo, acudiendo á todas partes con tanto esfuerzo y gallardía, mostrando en esta ocasion ser hermano de tan gran caballero é hijo de tales padres, y aunque estos caballeros y otros muchos valientes españoles y de diversas naciones hicieron su deber, no querria parecer encarecedor ni lisonjero en escribir el mucho valor y osadía que en esta ocasion y en otras muchas mostró el capitan don Agustin Mejía, hermano del marqués de la Guardia, que hoy es del Consejo de Estado del Rey, nuestro señor, porque con un ánimo increible acometia contra los fuertes escuadrones de los enemigos, haciendo en ellos anchos portillos para que por ellos entrasen los escaramuzadores, prestándoles en esta faccion el ánimo gallardo que tenia, y habiéndose aprovechado dél, con grandísimo coraje se cebaron más los unos y los otros en su escaramuza, con tan gran teson, que se comenzó á derramar mucha sangre; pero los españoles, cansados de escaramuzar, remetieron á las espadas la pólvora de sus arcabuces, y cerrando valientemente, D. Agustin y ellos retiraron á los rebeldes hasta un anchuroso y levantado fuerte que habian fortificado con tanto secreto que jamás se pudo reconocer ni se sabia que lo hubiesen hecho, que este retiradero fué causa sustentasen tanto tiempo la escaramuza. Halláronse los españoles tan cerca dél y empeñados, que con grandísima dificultad, si no era con gran pérdida, se podian retirar. Al Sr. D. Juan le pareció no dejarlos perder, y tambien porque se hacia tarde era necesario recogerse, y dijo al príncipe de Parma, su sobrino, que tomase su puesto y se quedase con el guion y diese órden á lo que se ofreciese, que él queria desempeñar aquella gente,

que era mucha, y temia se la habian de degollar. Su sobrino le respondió que aquel era su puesto y le suplicaba no lo desamparase, que á él le tocaba el hacerlo; y en diciendo esto, volvió el caballo y llamó á Juan Bautista del Monte y dijo le siguiese, y le puso las piernas y se entró en medio los enemigos y comenzó á retirar los españoles, y fué á tiempo que venia la noche cerrando y casi no veian los unos y los otros á quien tirar, y la misma oscuridad los dividió y se retiraron á sus puestos con pérdida de tres sargentos y más de cuarenta soldados, y con tanto cansancio de haber peleado todo él dia, como se vió en esta ocasion, demás del mucho calor y sed que demasiadamente los habia apretado, y por esta causa muerto algunos sin remedio, y como quedaron tan fatigados, y por ser tan de noche, le pareció al Sr. D. Juan recoger su ejército y alojar un pequeño cuarto de legua del de los rebeldes, y tan cerca, que las unas y otras centinelas se podian hablar. Esto pareció temeridad y lo reprobaron muchos soldados viejos que allí habia, por estar los rebeldes fortificados y acampados con su comodidad, y los católicos en campaña rasa y tan necesitados de todo y en medio de dos ejércitos contrarios.

Ninguno fué poderoso con el Sr. D. Juan para que aquella noche se alojara en parte segura ni se moviese de allí. Estaba indignado, y lo hizo á fin de parecerle que pues los rebeldes no habian querido pelear de dia, que puede ser lo hicieran de noche y que á las vueltas intentaria apoderarse del fuerte; y aunque esta gallarda y animosa determinacion dió mucho que considerar á los Consejeros y á tanto buen soldado como allí habia, se ha de entender que tal vez conviene hacer los Generales temeridades, tanto para atemorizar á sus enemigos como para dar ánimo á sus soldados, y tal seguir el parecer dellos cuando se esperan mayores peligros; y pareciéndole al Sr. D. Juan que los rebeldes que estaban en el fuerte le buscaran aquella noche, tomó aquél acuerdo, si bien despues se confirmó, con el parecer de sus Consejeros, como tan prudente Capitan, pareciéndole seguir en esto la opinion de los que lo son en mudar consejo en semejantes peligros y ocasiones para no venir á caer

en otros mayores, particularmente cuando se ven tan ciertos y delante de los ojos sin esperanza de remedio, y es de creer que, si el Sr. D. Juan tuviera alguno, aunque se encomendara en los brazos de la muerte procurara dársela á sus enemigos ántes de retirar de su vista al ejército. Toda aquella noche estuvo el católico sin comer ni beber como lo habia estado el dia ántes y con el trabajo que se ha escrito. Los del Consejo le persuadieron que marchase de allí á parte donde pudiese refrescar la gente, pues no podia aprovecharse de sus contrarios ni persuadirlos á pelear, y que aventuraba perder su autoridad y la reputacion de tantos y tan valerosos soldados como militaban debajo de su mano. Vióse persuadido de todos y convencido de razon, y aunque le pesaba en extremo partirse sin pelear y ver el fin de su buena fortuna, lo hubo de hacer, y mandó tocar las cajas y partió aquel dia al mismo alojamiento de donde habia salido el de ántes, y otro despues llegó á la abadía de Linter donde otra vez habia estado alojado. Hizo alto y se refrescó, y dentro de dos dias tuvo aviso que el ejército del duque Casimiro se habia juntado con el de los Estados rebeldes, con más de veinticinco mil infantes y doce mil caballos. Esta nueva dió mucho que pensar y atemorizó los ánimos de muchos y experimentados soldados; pero el Sr. D. Juan, incitado de su natural valor, no sintió tanto esto como haberse de retirar sin pelear ni vencer á sus contrarios, que como no estaba acostumbrado á volver el rostro á los enemigos de la Iglesia, le molestaba más la memoria de su opinion que el temor de los rebeldes; llamó á Consejo y en él se determinó de retirarse cerca de la villa de Anamur, en un lugar pequeño que se llama Bujen, y en él se hiciese un anchuroso y espacioso fuerte donde poder defenderse de las fuerzas de Casimiro y las de los Estados rebeldes, y ya resuelto en este parecer dió órden á Gabrio Cerbellon, ingeniero mayor del ejército, que fuese á trazar la fortificacion en el sitio que se le ordenaba y que le acompañase el capitan Diego de Escobar, natural de Córdoba, hombre solícito, bien entendido y buen soldado, que murió Sargento mayor del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon. De allí á dos dias se partió

el Sr. D. Juan con todo el ejército, haciendo muy pequeñas jornadas por dar lugar á Gabrio que apresurase lo que se habia ordenado.

En el último alojamiento, ántes de llegar donde habia de ser el fuerte, á los 15 de Setiembre, permitió Dios dar al Sr. D. Juan repentinamente unas calenturas pestilenciales, ó bien de los muchos cansancios y trabajos de la guerra, ó de verse con tan pocas fuerzas para hacerla á los enemigos de la fe, ó por sus secretos misterios que le pusieron en aprieto, si ya no fué tósigo, como algunos afirmaron, y por estar en un lugarcillo pequeño y con mucha descomodidad, ántes que la enfermedad se acrecentara le llevó el Príncipe, su sobrino, á Bujen, donde á toda priesa se estaba levantando el fuerte y ya casi en defensa, pues pudo entrar dentro todo el ejército español, así caballería como infantería.

Se comenzaron á acuartelar y á hacer los soldados sus ranchos y barracas por no haber en todo Bujen más de nueve casas de pobres labradores, y las más dellas estaban apestadas, que bastaron para inficionar todo el ejército y aumentarse una muy encendida y contagiosa pestilencia que, sin poderlo remediar, habia dia que morian más de trescientas personas. No podian valerse los unos á los otros, pues demás de hallarse encerrados en aquel fuerte, sin salud ni bastimentos, ni de donde les pudiese venir, se habian los rebeldes desvergonzado é iban cada dia á la ligera sobre las mismas trincheras, y como señores que eran de la campaña, acrecentaban sus fuerzas y disminuian las católicas, y tan confiados de triunfar dellas como de pájaro en la red; y lo podian así creer, pues estaban encerrados en un fuerte y los rebeldes tan poderosos, como se ha escrito, y aunque este castigo de la mano de Dios sentia el ejército católico, no tanto como ver al Sr. D. Juan en una tan grave y prolija enfermedad, y de suerte que se le habia quitado la gana de comer y en tres dias se puso tan flaco y debilitado que parecia enfermo de mucho tiempo, por cuya causa no le pudieron mudar de allí ni habia remedio de alimentarle, porque ni bastaban ruegos del Príncipe, su sobrino, los de

Otavio de Gonzaga ni de otros amigos y privados para que pudiese pasar bocado. Crecia la enfermedad, disminuia la virtud del cuerpo y se aumentaba el dolor de los que le miraban, que lo era muy grande ver tenia tan vecina su temprana muerte; apénas podia pasar una poca de sustancia cuando la volvia á trocar. Comenzaban á desmayar todos, y su médico del alma, que era el Padre Dorante, persona digna de alabanza por su mucha cristiandad y ejemplo, dicen murió electo arzobispo de Sevilla, estaba á su cabecera suplicándole comiese, si bien no lo queria hacer por los ruegos del Príncipe, su sobrino, que como más interesado sentia su enfermedad y le lloraba tiernamente. El doctor Ramirez, su médico de cámara, comenzó á perder las esperanzas de su salud y á no hallar remedio para entretenérsela. Llamó al príncipe de Parma, y desengañadamente le dijo se le acababa la vida, y que convenia, sin dilatarlo un punto, que se confesase y pusiese bien con Dios, que se lo dijese y apresurase el hacerlo.

El Príncipe, más enternecido y doloroso de lo que se puede encarecer, entró en la cámara de su tio, y en presencia del Consejo hizo al médico que refiriese la enfermedad del Sr. Don Juan, y lo que le habia dicho y en el peligro que se hallaba, para que con tiempo, pues eran sus Consejeros, le dijesen señalase persona que hubiese de quedar en su lugar, no obstante ser tan notoria la merced que el Rey, nuestro señor, tenia hecha al príncipe de Parma, su sobrino, de aquel gobierno en caso que Dios le llevase desta vida; y en tanto que el Rey católico, su hermano, ordenase otra cosa, que por su parte, el príncipe de Parma obedeceria como el más mínimo soldado del ejército. A todos les pareció bien lo que habia propuesto, y dijeron que él se lo dijese al Sr. D. Juan. Rehusólo cuanto pudo, y encargó á Otavio de Gonzaga que hiciese este oficio, y le desengañase de la poca esperanza que tenian de su vida y que procurase poner su alma con Dios. El médico venia dando priesa á esto porque le crecia el accidente, y con tanta agudeza que, si se dilatara, no hubiera despues remedio para hacerlo. Otavio de Gonzaga obedeció al príncipe de Parma, y entró en su cámara

del Sr. D. Juan, á los 27 de Setiembre, y le dijo, que como verdadero criado suyo y más aficionado á su servicio le habian mandado los del Consejo y el Príncipe, su sobrino, le advirtiese del estado en que se hallaba, y que pues en su vida habia, con tanta fama y con nombre de valeroso Príncipe católico, dado ejemplo á todo el mundo y terror á los enemigos de la Iglesia, le suplicaba, que en el último tránsito de su vida, le diese de suerte que confundiese á los infieles y encendiese en celo ardiente de viva fe á los verdaderos católicos que siempre habian estado á la mira de sus acciones, obras y grandezas, y que en las cosas temporales dejase persona en su lugar á quien el ejército obedeciese para que el servicio del Rey católico, su hermano, no pereciese, y se aumentase como convenia la cristiandad.

El Sr. D. Juan habia estado muy atento á las razones de Otavio de Gonzaga, y con los ojos tiernos le respondió, que dijese de su parte á todos los de su Consejo, que les agradecia mucho el parecer que le habian dado, porque conocia su celo y amor que le tenian, y que no queria dilatar lo que tanto importaba á su salvacion; que le llamasen luégo á su confesor para disponer su alma y tratar de su remedio, que era lo que deseaba, y que en lo que tocaba al servicio de S. M., que entrasen los de su Consejo, que les quería hablar. Hízose así, y se pusieron todos al rededor de la cama, y alargó la mano y se la dió el Príncipe, su sobrino, sin hablarle palabra, ni se la pudo decir en un muy gran rato, tal era el amor que le tenia y el dolor de apartarse dél, y, como pudo, con la voz algo flaca, les dijo, que pues estaban ciertos del peligro de su vida y de la poca esperanza que los médicos le daban de aumentarla, les habia hecho llamar para rogarles en su nombre y mandarles en el del Rey católico, su hermano y señor, que desde aquel dia obedeciesen á la persona del príncipe de Parma, su sobrino, como hasta allí habian hecho á la suya ó á la de S. M. si estuviera presente, y que aquella era su voluntad, y porque estaba cierto de personas tan principales y valerosas que le sabrian mejor obedecer y cumplir sus órdenes que él lo habia dicho, que no tenia que advertirles ni decirles más en

aquel particular; y despues se despidió dellos y les mandó salir fuera de su cámara y se quedó solo con su sobrino, al cual habló un gran rato en secreto, sin que se pudiese saber ni entender lo que fuese, y luégo se salió fuera con arta tristeza y desconsuelo, y el dia siguiente, á los 30 de Setiembre, se comulgó con grandísima devocion, y le dijeron misa delante de la cama y adoró al Santísimo Sacramento, y luégo le apretó demasiadamente la enfermedad, en tanto extremo, que de todo punto perdieron las esperanzas de su vida; dióle un parasismo, que le tuvieron por muerto; dentro de tres horas volvió en sí; entró el padre Dorante y pidió la extremauncion, y habiéndosela dado le reconcilió y estuvo con él un gran rato, y con un sentimiento tierno tomó un crucifijo, y puestos en él los ya turbados ojos comenzó á derramar tiernas lágrimas y con eficacísimas razones pedia perdon de las ofensas que habia hecho á la Majestad Divina, y dijo tantas y tan extraordinarias devociones que todos los que le oian derramaban muchas lágrimas, y afirmaban que las palabras que decia eran inspiradas del amor divino, porque jamás habian visto devocion tan íntima y salida del alma, que movia á los corazones más duros y empedernidos, y ya llena de la divina gracia, á lo que se pudo colegir, dejó el miserable cuerpo y fué á gozar de la bienaventuranza, á los 2 de Octubre deste año, habiendo vivido treinta y tres.

Quedó el ejército católico tan sólo y huérfano con pérdida tan notable, que causó admiracion, y el sentimiento fué extraordinario. Lloráronle todos piadosamente, hasta los pechos de los empedernidos raytres se enternecieron y derramaban muchas lágrimas. Las demas naciones sentian la notable pérdida de su valeroso Capitan; los enemigos rebeldes mostraron gran sentimiento y confesaban lo mismo; pero á quien cupo la mayor parte de desconsuelo fué al príncipe de Parma, su sobrino, que en tres dias naturales no le pudieron hacer dormir ni comer bocado, tal era el sentimiento que tenia, que de sí no se acordaba, y con suspiros salidos del alma, no le podia reprimir, ni las ternuras de su corazon dejar de dar á sus ojos copiosas lágrimas: no respondia todas veces á lo que le preguntaban, y es-

tuvo á pique de perder la salud, y siempre pensando en la buena memoria del alma de su tio, rogando á Dios le tuviese en su gloria, mandóle hacer un solemne y fúnebre entierro militar, con sordas cajas, trompetas y pífanos roncos, los estandartes y banderas negras, las picas y arcabuces de los soldados con todas las demas armas é insignias de guerra arrastrando por los suelos. Mostraba este espectáculo un sordo y funesto silencio, jamás visto, y con la mayor pompa y grandeza se depositó el cuerpo en la iglesia catedral de la villa de Anamur, á los 4 de Octubre.

Nació este malogrado y valeroso Príncipe en Alemania la alta, y crióse en España, en casa de Luis Quijada, por órden del católico emperador Cárlos V, su padre. Era el Sr. D. Juan discreto, cortés, afable, justiciero y misericordioso, amado y temido, templado y modesto, sóbrio, solícito, generoso, devoto, temeroso de Dios y con celo ardiente de viva fe. Tenia respeto increible á los religiosos y cosas sagradas; era gran sufridor de trabajos y pronto en saber y entender los disignios y casos de la guerra. Tenia fortaleza en resistirla, sin temor en los peligros, cuidadoso en proveer y prudente en prevenir; era gran orador, enemigo del ócio, amigo de la virtud; tenia consejo para acertar y entender, valor y presteza para ejecutar, y, sobre todo, tan elocuente como soldado y tan soldado como sabio. En fin, con su valeroso nombre asombró y puso freno á los turcos, desbaratándoles sus armadas y rompiendo sus trazas y designios. En Levante fué temido, ganó y saqueó á Túnez, en África, y á los moros rebelados de Granada los venció. Fué muy obediente y fidelísimo al Rey católico, su hermano, y ninguno de los que han escrito sus hazañas ni otra persona del mundo puede decir con verdad cosa que no sea muy enderezada á esto, y porque, como ya he escrito, se hallaron tantos testigos vivos que han visto las rebeliones y prolijas guerras de los Estados de Flandes y las acciones y valerosos hechos deste católico y gran Capitan, no hay para qué autorizallas con ejemplos antiguos, ni de pasados siglos, ni con Capitanes muertos, cuyas memorias sirven más de confusion

para quien lee historias que de la sustancia y fruto que se puede sacar dellas, y pues es tan notorio que en este tan prudente y famoso Príncipe se hallaban con más ventaja las partes de todos ellos, como la afabilidad de Alejandro Magno cuando sentó en su silla á un soldado macedonio; y la de Xenofonte, valeroso Capitan, que, apeándose de su caballo subió en él á otro que le habia murmurado; y los excesivos trabajos de Aníbal que, desde su niñez hasta su muerte, pasó los más intolerables que se han visto, y los de César y Pompeyo y de otros célebres Capitanes; y los ardides de Pericles, Capitan de los atenienses, cuando hizo que le llevase un hombre muy alto, puesto sobre unos zancos y en un carro, para animar su gente en la furia de la batalla, que fué causa de alcanzar victoria de sus enemigos, y lo mismo cuando queriendo asaltar una ciudad muy fuerte, por la parte contraria que habia de arremeter hizo levantar grandes voces y alaridos para divertir sus contrarios y que acudiesen á defenderse, y cogiéndolos descuidados, los venció.

Lo mismo le sucedió á Alcibiades cuando de súbito acometió una noche á Lutico, y la ganó, habiéndoles tocado por diferentes partes muchas y apresuradas armas, con trompetas y otros bélicos instrumentos; y cuando Pirro puso los elefantes contra la caballería romana; y Creso, rey de Lidia, los camellos; y Semíramis hizo huir la caballería de Estaurobate, rey de la India, con la misma industria; y Rómulo, cuando fué á Fidena, que, fingiendo huir de sus enemigos, les puso dentro de una emboscada que les tenia y los rompió y desbarató; y Agrimalte, rey de los lombardos, le sucedió lo mismo, que haciendo demostracion de huir de los franceses, dejando por donde se retiraba gran catidad de vino y bastimentos, los cebó y emborrachó con este ardid y tuvo victoria dellos. Menon de Rodas, Simon, Capitan ateniense, Scipion el Menor, Servio Tulio, Sopiro, Fàlaris Agrigentino, Fabio Máximo, Formion, Lucio Scipion, Aníbal, Emilio, Tarquino Soberbio, Pelópidas, Arístipo, Ventidio, Tito Didio, Marco Antonio y otros Capitanes famosos que usaron de muchos y extraordinarios

ardides y de astucias no imaginadas, como la de Cumenes Cardiano que con tanta sagacidad descompuso y atropelló la traza de Antígono, su enemigo, que habiendo derramado por su ejército grandes esperanzas y promesas de dineros á quien lo matase, lo mandó juntar y le hizo una plática dándole las gracias de que ningun soldado dél hubiese aceptado los ofrecimientos de Antígono, y les dió á entender que él era quien habia hecho aquella diligencia para probar su fidelidad. Con este sagacísimo remedio tuvo de allí adelante á sus soldados firmes y constantes en no dar oidos á trazas ni nuevas de sus enemigos. Enno Siro usó de otra astucia en Sicilia, de no ménos consideracion, dando á entender tenia enojados los dioses, por cuyo respeto queria sacrificar á la diosa de Siria, y buscando ocasion de hacer una plática al pueblo, se entró en la boca artificiosamente una nuez llena de azufre y fuego, de suerte que despedia della, cuando hablaba, algunas llamaradas, y el vulgo, engañado con semejante astucia, le cobró tanto amor, que se le juntaron diversas gentes y fueron creciendo en número de más de setenta mil hombres de guerra, y puesto en campaña mostró su industria y valor con ellos, rompiendo y desbaratando las fuerzar de Manlio Lentulo y Pison, Pretores romanos. Los boyos fueron tan astutos, que un puesto de importancia donde habia mucha arboleda, que era la selva Litana, habiendo de pasar por ella el ejército romano, aserraron los árboles con tanto artificio que se quedaban derechos, hasta que al tiempo de la ocasion los hicieron caer, embarazando con ellos á los romanos los atropellaron, vencieron y degollaron; y teniendo Pompeyo muy apretado á Mitridates usó de una astucia extraordinaria para escaparse, que con gran silencio puso en órden su ejército, dando á entender con hogueras y regocijos queria esperar y dar la batalla á Pompeyo, á fin de descuidarle, como lo hizo en el cuarto de la segunda guardia, á la media noche, estando sus soldados durmiendo y más sin cuidado, pasó entre ellos valerosamente con todo su ejército, haciendo mucho daño al de Pompeyo.

La astucia de los romanos cuando quisieron amunicionar y proveer la ciudad de Casalino, que le tenia sitiada Aníbal, embarrilaron mucha cantidad de harina, y bien calafateados los toneles, los pusieron en el corriente del rio Vulturno, de suerte que los cercados se aprovecharon della y de gran cantidad de nueces que con la misma industria enviaron. Marco Caton, César, Alejandro, Sempronio Graco, Septone, Siracusano y otros muchos famosos Capitanes como Scipion, Aníbal, Alejandro Magno, Pirro rey de los epirotas, y Julio César, usaron de grandes y extraordinarias astucias, industrias y estratagemas en que mostraron su valor y prudencia.

Bien pudiera haber excusado hacer tan larga memoria destos famosos ya pasados Capitanes, pues, como he escrito, tenia el Sr. D. Juan, con mayores ventajas, todas las partes y ardides que en ellos se podian hallar, con otras muchas de virtud y cristiandad, acompañadas de su buena fortuna que les faltó á estos, y más siendo gentiles, faltos del conocimiento de nuestra verdadera religion. Y porque hay algunos lectores de tan varios gustos que les parece, si las historias ó virtudes de Capitanes no les dan ejemplos de otros antiguos, les faltan muchos requisitos de los que han de tener, me pareció, aunque lo pudiera excusar, como ya escribí, refrescarles la memoria dellos, no para confesar que todos juntos igualaron á los hechos del Sr. D. Juan, que esto no puede ser, ni á los del príncipe de Parma, su sobrino, que, si decirse puede, le pasaron adelante, porque tuvo más larga vida y mayores ocasiones, como en estos escritos se verá; mas por satisfacer á todos y confesar siempre que con la muerte del Sr. D. Juan murió tambien la buena disciplina militar, pero como la heredó el príncipe de Parma, su sobrino, y gran parte de su valor y buenas costumbres, la volvió á levantar y puso en su ser, imitándole en todas sus acciones; y para soldar parte de tan gran pérdida como la de su tio, ninguno podia quedar en su lugar que más satisfaccion diese á todas las naciones del ejército español, ni mayor terror á los enemigos de la Iglesia, que fué el único consuelo que se podia esperar; y su virtud prometió tan-

tos y tan prósperos sucesos, como se vieron en las ocasiones, donde era tan valeroso como sabio y tan sabio como valiente.

Recibió parte de sus criados y confidentes amigos, y se quedó con los mismos Consejeros de guerra que su tio tenia y con su propio Secretario, que era Andrés de Prada, bien conocido por su nombre, que murió siéndolo del Rey, nuestro señor, en Madrid, á los 13 de Junio de 1611, y caballero del hábito de Santiago, y lo fué de la guerra muchos años. Otro ninguno podia escoger el príncipe de Parma que se le pudiese igualar, porque en su ministerio de papeles era uno de los más limpios, y tan secreto, prudente, afable, cristiano y desinteresado como el que más; y en lo que más se conoció bien su prudencia, fué en saber elegir sus Oficiales, que lo fueron D. Andrés de Prada; su sobrino, caballero del hábito de San Juan, persona de buenas partes y que imitó á su tio, y Juan Hurtado de Mendoza, hoy Secretario de S. M., cuyos merecimientos, valor, virtud y calidad son muy conocidos, y tan aprovechado de la escuela que tuvo como es notorio.

Ya que se ha escrito el estado en que estaban las cosas de la guerra en Flandes hasta la muerte del Sr. D. Juan de Austria, es bien que se entienda cuán falido, deshecho y arrinconado estaba el ejército católico, y cuán soberbio el de los Estados rebeldes, y no ménos el del duque Casimiro, que incitados todos del príncipe de Orange con la libertad que les daba en su nueva religion, comenzaron á cobrar mayores brios con la muerte del Sr. D. Juan, y á forjar diferentes trazas y rebeliones, pareciéndoles que, habiendo perdido España un tan valeroso y gran Capitan, ningun otro pudiera romper sus designios y obstinada opinion.

No ménos orgullo le nació desta muerte al duque Francisco de Alanson, hermano de Enrique, rey de Francia tercero, que habiendo sido llamado de los Estados rebeldes, salió de aquel reino con todo su ejército y entró en los Países-Bajos con la mayor confianza y ánimo que jamás tuvo, asolando su gente las campañas de los lugares por donde pasaba, y profanando

los templos dellos con el mayor desacato y rigor que los herejes rebeldes de los Estados.

Todo esto pudiera causar gran terror y espanto al príncipe de Parma, que se hallaba encerrado con todo el ejército español en el fuerte de Bujen, y tan sin remedio de entretenerle, que era lástima en el rigor del invierno ver padecer los soldados, que para haber de ir de una barraca á otra era menester entrar en el lodo hasta la cinta, y para buscar lo que habian de comer caminaban doce y catorce leguas con grande riesgo de sus vida, y muchos las perdian con inmenso trabajo. Sentia el príncipe de Parma tanto no podérselo remediar, como se deja entender, pues se hallaba sin un real, con pocas fuerzas y arrinconado; los ejércitos enemigos, señores de la campaña, y que le venian á correr hasta las mismas trincheras sin poderlo remediar ni tener con quien resistir el furor con que le acometian, por ser sus soldados pocos, necesitados, descontentos y enfermos, y no se veia por todos los cuarteles otra cosa que cuerpos muertos de hambre y enfermedad; pero el Príncipe acudia á las más necesarias, enviándoles de su casa comida y regalos; pero no pudiéndose hacer con todos, sentia en el alma ver padecer á sus soldados, y á los necesitados de ánimo consolaba, y con su mucha discrecion persuadia creyesen el deseo que tenia de sacarlos de aquel trabajo, y que lo procuraba con grandes veras. Comenzó á dar órdenes fuesen escoltas por forraje para sustentar los caballos y á correr las campañas para traer de comer, y esto con tanta órden, que nadie se desmandaba; y fué de tanto provecho el hacer estas correrías y traer algunos prisioneros, que con su rescate se iban ayudando los soldados, y reparando, en parte, la mucha necesidad que pasaban.

Mandaba á menudo traer lengua de lo que los dos ejércitos contrarios hacian y de su designio, pero nadie le trajo más aviso, sino que se deshacian, porque los Estados rebeldes no cumplian lo que les habian prometido. Esto animó tanto al ejército católico y al príncipe de Parma, que desde luégo se prometió prósperos sucesos, y le creció el intento de salir en

campaña en viniendo el conde Aníbal Altemps, que le esperaba con seis mil hombres de socorro, y pasar el rio Mosa á la villa de Vins y marchar la vuelta de la campiña, y en estando en Brabante oponerse al ejército de los rebeldes y dalles la batalla si le venian á buscar, y si no entretener su gente hasta que con mayores fuerzas pudiese irlos á deshacer y echar de los Estados al duque Casimiro. Tenia el príncipe de Parma un corazon tan invencible que facilitaba cuantos imposibles habia, y confiado en no más que su ánimo y buena fortuna, salió con cuanto emprendia, y porque mi intento de escribir estos sucesos (como ya dije), no fué otro que sacar á luz los grandes y particulares servicios que hizo al Rey, nuestro señor, en estas guerras de Flandes, siendo su Gobernador y Capitan general en todos sus Estados. Si pareciere prolijo, aunque no lo puedo ser, escribiendo dél tantas verdades, suplirálo su mucho valor, y los que le conocieron y sirvieron debajo su mano, que ántes juzgarán he andado corto en mis escritos que prolijo, como muchos pueden pensar.

El duque de Alanson, como se hallaba con sus deseos tan vivos de emplear su ejército en parte donde sacase algun fruto dellos, le pareció poner sitio á la villa de Vins que estaba por el Rey, nuestro señor, y la defendia Diego de Gaona, Capitan de una compañía de infantería valona, con otras cuatro desta misma nacion. Abriéronle los franceses una muy gran batería con diez y ocho cañones gruesos que habian plantado, y le dieron un asalto; pero defendiéronse los soldados del Rey católico tan valerosamente que no les pudieron entrar y se retiraron con pérdida de mucha gente, y pareciéndole al duque de Alanson y á Monsieur de Sambio, su Lugarteniente, que con abrir otra batería por parte más flaca les atemorizaria, lo comenzaron á hacer á toda priesa, y por ella les dieron otros dos asaltos, siendo tan resistidos como en el primero, y en todos tres y en algunas salidas que los de la villa hicieron á los cuarteles y trincheras de los franceses perdieron dellos más de dos mil hombres; y no por eso desmayó ni perdió el duque de Alanson las esperanzas de ganarla, y con más fuerza

la comenzó á batir de nuevo, y pareciéndole al Capitan Diego de Gaona que era grande el teson de los franceses, que tan á pechos habian tomado salir con su empresa, y que las esperanzas de irle á socorrer el príncipe de Parma, por verle tan imposibilitado de gente y dineros, las habia perdido, y los bastimentos y municiones se le habian acabado, trató de conciertos para entregar la villa al duque de Alanson, y estándolo haciendo, como dicen, entre paz y guerra, entraron los franceses, sin guardarles la palabra, por las baterías, haciendo mil ofensas y crueldades, sin perdonar los eclesiásticos ni cosas sagradas; violaron y destruyeron los templos y monasterios, quedando victoriosos con esta empresa. Hicieron despues desde esta plaza muchas salidas y correrías, alargándose á Phelipevilla, á Tirlemont y á otras partes.

El Príncipe de Parma intentó ir á socorrer á la villa de Vins; pero la poca gente, el hallarse encerrado y el rigor del tiempo, con tantas necesidades, no le dieron lugar á cumplir su deseo, pues no era justo aventurar todo un ejército y la reputacion de tantos buenos Capitanes como en él habia por socorrer solo una villa que, con facilidad, despues se podia recuperar, como se hizo.

Los de la villa de Gante y su guarnicion habian sido siempre tan soberbios como confiados, y se habian atrevido á hacer algunas facciones en todos sus contornos, que, si bien habian salido con algunas, les estuviera mejor no haber cobrado opinion de desordenados, como se vió en muchas ocasiones que adelante se verán; pero en este tiempo se atrevieron á salir á las provincias del Artoes y de Henaut, corriéndoles las campañas y haciendo muchos daños, y con inteligencia de algunos burgeses de la villa de Ypre la ganaron y saquearon, haciendo grandes y extraordinarias maldades, robando y profanando los templos y monasterios, de tal manera, que dió ocasion de indignar á los caballeros y gente principal, que ya se iban apartando de la union de los Estados rebeldes y reconociendo cuán mal habian hecho en dejar la religion cristiana y el servicio del Rey, nuestro señor. A estos, que fueron en gran nú-

mero, llamaron los mal contentos, porque no lo estuvieron de seguir la parte del Rey, nuestro señor, ni la de los Estados rebeldes, pareciéndoles que con dar sólo la obediencia á la Iglesia quedaban libres de reconocer Rey ni superior y fuera de la obligacion de vasallos, y si bien algunos de allí adelante vivieron (despues de reconciliados) con la lealtad que era razon, otros hubo que volvieron la casaca, que así lo decian ellos cuando se pasaban á servir el ejército rebelde. Estos mal contentos se aunaron con algunos soldados y formaron dellos un campillo de buen número, y por ser católicos se pusieron por devisa y para ser conocidos rosarios al cuello, y por esto les llamaron de allí adelante los del ejército del *Pater noster*, con el cual, incitados de un celo de viva fe y con ánimo ardiente fueron contra los de Gante, y trabando con ellos, junto á la villa de Meni, una fogosa escaramuza, pelearon tan valerosamente que, si no sobreviniera la noche, los rompieran y degollaran; mas hiciéronlos retirar hasta perderlos de vista, recuperando á las villas de la Noi y Garga que tenian ocupadas los de Gante, los cuales perdieron en esta escaramuza y retirada dos mil y más soldados.

La peste que habia en la villa de Anamur y en el fuerte de Bujen iba creciendo, y como la enfermedad era contagiosa y las necesidades que la guerra trae consigo se aumentaron en aquellos Estados, se emprendió en la mayor parte dellos, y el pobre vulgo y gente aldeana, compelidos de los contínuos trabajos, desposeidos de sus casas y haciendas, enfermaban y se iban desvalidos, no pudiendo sufrir ni tolerar el rigor de los soldados, que como gente necesitada apuraban los países por donde pasaban; y, cuando más esperaban su remedio, quiso Nuestro Señor castigarles con esta peligrosa enfermedad, y sin poderse valer unos á otros se quedaban muertos por los caminos y lugares, y era gran lástima ver las campañas sembradas de cuerpos muertos; y con ser la villa de Lovayna una de las mayores de aquellos Estados, quedó despoblada, con otras muchas. Del ejército católico que se estaba encerrado en el fuerte de Bujen se tuvo por cierto murieron de peste gran-

dísima cantidad de soldados, y de la contínua hambre y trabajos que padecian faltó la mayor parte.

El ejército francés no estaba con mucha satisfaccion, y algo temeroso, esperando por momentos se habia de ver con el español, no quiso aguardar la ocasion ni el mal suceso que sus desórdenes le pronosticaban, y así se fué deshaciendo. Unos se fueron con el de los Estados rebeldes, otros con el del duque Casimiro, y muchos con los de Gante, los cuales para su defensa habian llamado al duque de Alanson.

En este tiempo llegó al ejército católico el baron de Polbeyra con tres mil infantes y dos mil y quinientos caballos alemanes que el Sr. D. Juan habia mandado levantar en los Países-Bajos, con que el ejército de S. M., que estaba algo falido de gente y arrinconado, se rehizo y tomó algunas fuerzas. En los Estados crecia la discordia, porque los de Artoes y Henaut instaban que se conservase la religion católica, y se guardase la paz que se habia hecho en Gante. Los de Holanda, Gelanda, Güeldres y la mayor parte de Frisa querian se viviese libremente, y con las nuevas fuerzas que tenia el ejército español corrian hasta las puertas de la villa de Amberes y todas sus campañas, con que se sustentaban y rehacian de lo que habian menester, y como ya era partido Casimiro con su ejército, se fué el de los Estados rebeldes la vuelta de Bruselas, y el de los mal contentos se iba aumentando y apretaba á los de Gante y á toda su tierra. La discordia de los naturales iba creciendo y desconfiándose unos de otros, que no poco provecho hizo esto al ejército español, porque queriendo los ganteses reprimir y atropellar la licencia que los del *Pater noster* se habian tomado en correr sus campañas y molestar sus vecinos, salieron con nuevo ánimo á verse con ellos y tentar su fortuna y obstinada pretension, y forzados más della que de la razon, vinieron á las manos, gobernándolas tan valerosamente, que á no tener los del *Pater noster* tanta de su parte, llevaran lo peor; más diéronse tan buena maña, que degollaron á los de Gante más de dos mil y quinientos hombres, los cuales volvieron, más atemorizados que de voluntad, á llamar al duque Casimiro, y le

hicieron su Capitan general, dándole sueldo para dos mil caballos y diez mil infantes, y como despues fué disminuyendo el miedo y se platicaba de hacer paces en los Estados, le volvieron á despedir; y por ser tiempo de invierno no podia campear y se fué á alojar con su ejército á la campiña. Tuvo este aviso el baron de Gibrao, Gobernador que era de Lovayna, y dió órden á García de Olivera, Teniente de la compañía de caballos del Comisario general, Antonio de Olivera, para que fuese con cincuenta lanzas á tomar lengua y reconononocerle; la que trujo fué que la vanguardia de Casimiro se alojaba en la villa de Tirlemont, y la demas gente en la de Ugarda, una legua más atras, y que estaban descuidados saqueando los lugares de los contrarios, confiados en la fuerza de su gente. El teniente García de Olivera persuadió al baron de Gibrao que saliese, como lo hizo, con cuatro compañías de caballos y mil infantes á la ligera, marchó de noche y á la sorda, y ántes de amanecer llegó á Tirlemont, que son tres leguas, y ordenó al Teniente que con la caballería se pusiese á la puerta que va de Ugarda, y el baron de Gibrao con la infantería acometió por un portillo de la muralla, y cerrando por él valerosamente con los enemigos, que, como sobresaltados y que atendian más á enfardelar lo que habian saqueado, no hicieron resistencia, y procurando salvarse acudieron á salir por la puerta donde estaba el Teniente, el cual, con la gente que llevaba, degolló todos los que no se echaron por la muralla. Eran estos enemigos siete compañías de herreruelos ó arcabuceros á caballo; con esta victoria se volvió el baron á Lovayna, y con él todos los vecinos de Tirlemont, que por miedo del ejército de Casimiro, que estaba tan cerca, no quisieron esperar en él. Restauráronse los frailes, monjas y otros religiosos que los enemigos habian prendido con la mayor parte de los burgueses.

Los de la villa de Gante, cansados de sus sediciones y trabajos y de lo mucho que habian gastado, temerosos de pagar los daños que por su respeto habian recibido todos los circunvecinos y naturales, determinaron hacer un acuerdo con los católicos de su misma tierra, y dél resultó soltar todos los pri-

sioneros que tenian, y les permitieron cinco iglesias donde pudiesen celebrar los Oficios divinos, y entre algunos caballeros, forzados de toda razon y de sus mismos conciencias, que se iban reduciendo al servicio del Rey, nuestro señor, fué Monsieur de Capre uno de los mal contentos, y ofreció al príncipe de Parma de traer á la obediencia el estado de Artoes; y dándole comision para ello, se volvió sin hacer nada porque el Gobernador se lo resistió y contradijo.

El duque de Alanson andaba algo desvalido con alguna quiebra de su reputacion, no tan ufano ni con tanta confianza como solia, ni habia entrado en los Países-Bajos porque tenia menoscabadas sus fuerzas y sus cosas no caminaban á su gusto, sin dinero, sin crédito, mal quisto y peor asistido de Francia y de los Estados, sin tener órden para conservar ni sustentar gente, ni el autoridad que convenia, todo causado de las industrias y artificio del príncipe de Orange, y tambien que muchos nobles de las provincias del Artoes y Henaut se iban reduciendo á su verdadero y natural señor, y el nombre de francés era ya tan aborrecido en muchas partes de aquellos Países, que le obligó enviar á decir á los Estados, que porque las cosas de Francia le llamaban y dél no tenian mucha necesidad, que tuviesen por bien dalle licencia, que siempre que le hubiesen menester les daba su palabra tornaria á ayudarles.

Volvióse á Francia, contentándose con sola la presa que habia hecho de Cambray; pero muy sentido y quejoso de los caballeros mal contentos, á los cuales pareció mal el trato de Monsieur de Anisi, y determinaron de remediallo, y tratando de nueva union entre ellos y de resistir con valor á los franceses si quisieren volver á los Estados; y por esto se dijo que Alanson habia hecho buena entrada en ellos pero muy mala salida.

Tratábase en este tiempo de la paz, y los Comisarios della se juntaron y congregaron en la ciudad de Colonia, en Alemania, donde ya habian llegado los Procuradores de los Estados. El príncipe de Parma, que vió deshacerse y retirarse los ejércitos contrarios y rehecho el suyo en número de veinticinco mil hombres entre caballería é infantería, toda gente lucida y que

deseaba verse á las manos con sus enemigos, salió del fuerte de Bujen, á los 15 de Diciembre deste año, y marchó la vuelta de Vise, donde estuvo algunos dias haciendo un muy lucido y anchuroso fuerte, con un puente en la ribera. Allí llegó el conde Aníbal Altemps con su coronelía de alemanes, de número de seis mil hombres; en el camino habia encontrado con diez y siete banderas de franceses y las rompió valerosamente y trujo las diez al príncipe de Parma, que se holgó extrañamente con su llegada, y el ejército católico se aumentó y recibió gran contento con este nuevo socorro, y estando ya de todo junto comenzó á pasar la ribera, y como lo iban haciendo, los fué alojando y entretuvo dos dias hasta que llegasen las escoltas y convoyes que habian ido á correr, y habiendo pasado de la otra parte de la ribera, hizo echar bando que nadie, pena de la vida, se apartase de sus banderas y estandartes, y con buen órden comenzó á marchar la vuelta de la campiña, porque su intento era ir á buscar el ejército de los Estados rebeldes donde tuvo aviso que estaba alojado, y así procuró llevar el suyo muy en órden y recogido; á la primera jornada le llegó un correo de España con la aprobacion del Rey católico, su tio, y un título muy honroso, en que le hacia Gobernador y Capitan general de todos los Estados de Flandes, con las mismas preeminencias y libertades que lo tenia el Sr. D. Juan de Austria. Todo el ejército se alegró con esta nueva y le dieron mil parabienes, aunque algunos de los que gobernaban no se holgaron mucho por parecerles que el Príncipe mandaba con demasiada resolucion y se hacia respetar y obedecer muy puntualmente.

LIBRO TERCERO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1579.

SUMARIO.

Orden que da el príncipe de Parma á Joan Bautista del Monte.—García de Olivera rompe un cuerpo de guardia de rebeldes y les gana cuatro banderas.—Cierran los escuadrones católicos con los rebeldes.—El príncipe de Parma rompe el ejército rebelde.—El príncipe de Parma da libre paso á Casimiro.—Muerte del conde Bosu.—Males que hacen los soldados del conde de Renemburgue.—Inteligencias del príncipe de Parma.—Monsieur de la Mota pone sitio á la villa de Dunquerque.—Monsieur de la Nua socorre á Dunquerque y faccion que hizo.—Ordenes del príncipe de Parma á Monsieur de la Mota.—Cartas que se mostraron en la congregacion de Arras.—Varios pareceres que hubo en la congregacion de Arras.—Alegrías que hicieron los Estados con una carta del Rey católico para el archiduque Matías.—Diligencias de D. Bernardino de Mendoza, embajador de España.—El príncipe de Parma no quiere conceder á los Estados la suspension de las armas.—Los Estados rebeldes hacen gobernador de Frisa á Monsieur de Montani.—Los españoles degüellan quinientos rebeldes que iban de socorro á Deventer.—Los españoles de Lovayna corren los contornos de Bruselas y hacen mucho daño.—El príncipe de Parma recogé su ejército y le da órdenes para pelear, y castigos que hace.—El príncipe de Parma va con su ejército en busca del rebelde, el cual se retira la vuelta de Amberes.—Vivanderos es gente que provee el ejército de bastimentos vendidos por su dinero.—La caballería católica acomete á los escuadrones rebeldes.—Los de la villa de Amberes no quieren dar paso al ejército rebelde.—El ejército rebelde se atrinchera en el burgorante de Amberes.—El príncipe de Parma va sobre el castillo de Tornante.—El castillo de Tornante se rinde al príncipe de Parma.—Órdenes que dió el príncipe de Parma.—Lo que pasó entre el príncipe de Parma y el duque de Saxia.—Respuesta del príncipe de Parma al duque de Saxia.—Cuidado y diligencia del príncipe de Parma.—Necesidades que pasa el ejército español.—Satisface el duque de Saxia á el príncipe de Parma.—El príncipe de Parma muestra su valor en dar paso libre al duque de Saxia.—El príncipe de Parma forma los escuadrones.—Los españoles asaltan las trincheras enemigas.—El príncipe de Parma y Otavio de Gonzaga rompen los enemigos.—Incendio en los burgos de Amberes.—Confusion del príncipe de Parma y diligencias que hizo para librar á sus soldados del incendio del burgo.—Victoria del burgorante de Amberes, y oracion que hacen á Dios el príncipe de Parma y sus Capitanes.—Los que se señalaron en la rota del burgorante de Amberes.—Los Estados rebeldes rehacen sus fuerzas y se fortifican.—El príncipe de Parma al Carpen.—El príncipe de Parma aprieta

el sitio del Carpen y los rebeldes se defienden.—Gana el príncipe de Parma al Carpen y ahorca á los que lo defendian.—Castigo de Dios en Ludovico Nasobio.—Los caballeros mal contentos conocen cuán bien les está reducirse al servicio del Rey, nuestro señor.—Los mal contentos se reducen al servicio del Rey católico.—Cartas que se cogieron.—Perniciosa liga de Utreque.—Diligencias del príncipe de Orange para la Liga de Utreque.—Los de Groeninghen no admiten la Liga de Utreque.—Motin de los soldados rebeldes del presidio de Amberes.—Junta de Colonia para la paz.—Respuesta del príncipe de Parma á los de la Junta de Colonia.—Partes de Monsieur de la Nua.—Quejas del príncipe de Orange.—El conde de Lalayu y el de Heguemont se reducen al servicio del Rey católico.—Órdenes que da el príncipe de Parma.—Piedad del Padre Miguel Hernandez.—Petrejor se rinde por medio de un Padre de la Compañía de Jesús.—Mondragon sitia á Mastriq por la parte de Alemania.—Trabajos de la caballería católica.—Buen ardid del Gobernador de Mastriq para su defensa.—Número de los soldados rebeldes que defendieron á Mastriq.—Sebastian Tapino, soldado de valor, defendió á Mastriq.—Número de las personas que trabajaban en las murallas.—Manzano, español, Capitan del príncipe de Orange, gran soldado é ingeniero.—Dos puentes de barcas sobre el Mosa y para qué efecto.—Descuido é inadvertencia del Maestre de campo D. Fernando de Toledo y del gobernador Montes Doca.—El príncipe de Parma se arrima á Mastriq y le bate un rebellin.—Astucia y valor de Sebastian Tapino, francés.—Ardid de Santa María, Capitan francés.—Españoles desamparan la batería por no estar bien batida.—Inobediencia del conde Barlamont.—Daño causado por la envidia.—Malicia del conde Barlamont y buenos respetos del capitan Pedro de Castro.—Nueva batería y malicia del conde Barlamont.—Sebastian Tapino repara las baterías de Mastriq y se previene á la defensa, y órdenes que da el príncipe de Parma.—Minas voladas en Mastriq sin daño de los españoles.—Contramina de los rebeldes.—Ardid de los rebeldes dentro de las minas.—Palabras que el príncipe de Parma dijo á sus soldados.—Los españoles recuperan las minas perdidas y traban escaramuza.—Los rebeldes asaltan las trincheras de los españoles, y valor y muerte del capitan Guzman.—Número de los españoles muertos y sentimiento del príncipe de Parma, y palabras que dijo al Maestre de campo Francisco de Valdés y su respuesta.—Obediencia española.—Daños causados por los Ministros.—Sobra de municiones y por qué causa.—Fagina es un haz de ramas y leña menuda.—Contínuas escaramuzas é ingenios de fuego y modos de pelear nunca vistos.—Necesidad, madre de la industria.—Órden que el príncipe de Parma dió á los Capitanes de su ejército.—Buena industria del príncipe de Orange.—El ejército español se previene para asaltar á Mastriq.—Baterías de Mastriq y ciegas del foso.—Relaciones encontradas de los reconocedores.—El conde Guido reconoce el foso de Mastriq.—Asalto general que los españoles dan á Mastriq.—Buen ardid del príncipe de Parma.—Daños que hacen los traveses en los españoles que dan el asalto á Mastriq.—Defensas extraordinarias de los flamencos, y daño que reciben los españoles.—El príncipe de Parma manda retirar los españoles de las baterías.—Españoles abrasados de la pólvora, número de los que murieron.—Muerte de D. García Hurtado de Mendoza y de otros italianos.—Palabras que el príncipe de Parma dijo á sus soldados.—Consejo que hizo el príncipe de Parma y lo que en él resolvió.—Buen parecer del príncipe de Parma.—Manda el príncipe de Parma levantar una plataforma.—Ejemplo que el príncipe de Parma dió á sus soldados.—Artillería que se plantó en la plataforma de Mastriq y el daño que hizo.—Muerte del Capitan y Sargento mayor Rengifo.—Los españoles señorean la muralla de Mastriq.—El capitan Ortiz ocupa un torreon con su compañía.—Los rebeldes vuelan una mina con muerte de muchos es-

pañoles.—El príncipe de Parma da la plaza de sobrestante al capitan Alonso de Perea.—Muerte del capitan Joan Nuñez de Palencia.—El Capitan Amador de la Abadía va á ocupar un puesto y matan al sargento mayor Pedro de Vallejo.—Partes de un Sargento mayor.—Defensas de los rebeldes.—Artillería de los españoles sobre la muralla de Mastriq, y matan al conde Barlamont, General della.—Los españoles ganan la muralla de Mastriq.—Tapino herido.—Cosa no vista en la guerra.—Los españoles asaltan la media luna de Mastriq.—El príncipe de Parma hace retirar á los españoles de la media luna.—Palabras que el príncipe de Parma dijo á sus Consejeros y órdenes que les dió.—Los españoles asaltan á Mastriq y ganada la vuelven á perder.—Armas y desvelo que se les da á los rebeldes de Mastriq.—Por el valor de Alonso García Ramon se gana Mastriq.—Mortandad de los rebeldes.—Número de los muertos y rendidos de Mastriq.—Saco de Mastriq.—Muerte de Manzano, soldado español.—Burgo es arrabal.—Tapino y los demas rebeldes se rinden á Otavio de Gonzaga.—Los españoles que murieron en el sitio de Mastriq y los que se señalaron.—Número de los Capitanes de las naciones y de otros que mataron en Mastriq.—La enfermedad del príncipe de Parma se aumenta.—El príncipe de Parma apercibe á Mondragon para enviarlo á España y palabras que le dijo.—Los de la Junta de Colonia, sus nombres y lo que en ella se trataba.—Mondragon se parte á España.—Crece la enfermedad del príncipe de Parma.—Caso maravilloso.—Salud del príncipe de Parma.—Celebra el ejército español la salud del Príncipe y entra en Mastriq en hombros de Capitanes, triunfando de la victoria.—Lucidos escuadrones de cuarenta mil soldados.—Reprehension del príncipe de Parma á sus Capitanes.—Múdasele el nombre del príncipe de Parma en Alexandro, y porqué causa.—Lo que duró el saco de Mastriq.—Algunos rebeldes de Flandes se rinden de su voluntad á Alexandro y le antregan á Malinas.—La villa de Bolduque, leal más que otras, y hecha fuera á los herejes.—Los mal contentos se reducen al servicio del Rey católico, y los capítulos que piden.—El conde Otavio de Lande va á España por órden de Alexandro con los capítulos de los mal contentos.—Pesadumbre de Alexandro y lo que escribió al Rey, su tio.—Guarnece Alexandro la villa de Malinas y junta de los rebeldes en Bilborbe.—Los rebeldes rompen la compañía de caballos de D. Rodrigo Zapata.—Monsieur de Siques roto.—Los rebeldes rotos y desbatados, y recuperan los católicos cuanto habian perdido.—Pretension de los Estados en la Junta de Colonia.—Concluyese la paz de los mal contentos en Colonia.—El conde de Rus gana á Villabruque.—Impiedad de herejes.—Solicita Alanson su vuelta á Flandes.—Sentimiento de los Estados por haberse reducido los mal contentos al servicio del Rey católico.—Los de Amberes se previenen para hacer la guerra.—Liga de las villas rebeldes.—Quejas que dan los Estados del archiduque Matías.—La Junta de Colonia deshecha y los procuradores obedecen al Rey católico.—Necesidad de la villa de Malinas.—Monsieur de la Nua rompe un convoy de los católicos.—El conde de Renemburg gana la villa de Groeninghen.—Martin Esquenque, soldado valeroso gana la villa de Doctquen y los rebeldes la recuperan.—Algunas villas no aceptan la liga de Utreque y abrazan la paz de los mal contentos.—Berbi perdida.—Monsieur de la Nua rompe cinco cornetas de los mal contentos.—Los mal contentos se arrepienten salgan los españoles de los Estados.

Ya eran los primeros de Enero cuando el príncipe de Parma iba marchando con el ejército español la vuelta de la campiña, y tuvo aviso que el de los rebeldes se retiraba, y con el deseo

que tenia de hacer alguna buena faccion y poner en manos de su fortuna todas sus fuerzas, ordenó al gobernador Juan Bautista del Monte, que lo era de la guarnicion y villa de Diste, que con la caballería que tenia y la del presidio de la de Lovayna le fuese siguiendo y picando en la retaguardia para divertirle, porque su gente no hiciese daño á los lugares que estaban á devocion del Rey, nuestro señor. Hízolo Juan Bautista así, y tuvo lengua que iban la vuelta de la villa de Mol cinco compañías de alemanes de los rebeldes, y ordenó al teniente García de Olivera, que con la suya de arcabuceros á caballo y cincuenta lanzas, los fuese á reconocer. Llegó á ellos ántes que amaneciese, y no hallándolos muy apercibidos, cerró con un cuerpo de guardia y lo rompió y degollo la mayor parte dellos y les ganó cuatro banderas. Pasó voz deste suceso al duque Casimiro y le advirtió de llevar su ejército más recogido y sin desmandarse ni hacer daño en toda la campiña hasta llegar á la villa de Bolduque.

El príncipe de Parma alojó con el suyo en la de Yndoven y sus contornos, donde tuvo aviso, á los 15 de Enero, que el de los rebeldes, con toda su caballería, le iba á desbaratar; y mandando recoger la suya, dió órden al Comisario general, Antonio de Olivera, que con la más que pudiese le saliese al paso, que él y Otavio de Gonzaga recogerian toda la que habia quedado y le seguirian. Antonio de Olivera no se descuidó en salir á toda priesa, porque, demás de ser muy solícito era muy valiente y experimentado soldado, y natural de Mondejar, á una campaña rasa donde ya el ejército rebelde llegaba con seis fuertes y bien ordenados escuadrones de caballería, y tan bien formados que pusieron terror á los católicos que en otros tantos habia ya ordenado Antonio de Olivera, pero más inferiores y no en tan buenos caballos como los de los rebeldes, y habiéndose acercado los unos á los otros y tocado á batalla las trompetas, comenzaron á pelear valerosamente de ambas partes; pero en poco espacio se reconoció que la gente católica, por ser ménos, habia de recibir mucho daño; y viendo el príncipe de Parma la necesidad que tenia de

socorro, su misma persona con la de Otavio de Gonzaga cerraron con gran ferocidad con los escuadrones rebeldes, y socorriendo á Antonio de Olivera que andaba muy empeñado, se entraron dentro dellos con tanta presteza y ánimo, que les hicieron volver las espaldas y poner en huida, salvo dos escuadrones que revolvieron sobre Otavio, pero no les fué de importancia porque cargó sobre ellos con increible osadía y los desbarató é hizo huir á espaldas vueltas, y cerrando los demas católicos fueron siguiendo el alcance y degollando cuantos podian; y si el dia no fuera áspero y que el viento levantaba la nieve que habia caido y les daba en los ojos, no escapara ninguno de los rebeldes, y sin duda quedara de aquella vez roto y desecho el duque Casimiro, que viéndose atemorizado pidió al príncipe de Parma que le diese paso por el rio Mosa para volverse á Alemania, y como era tan generoso se lo concedió, con juramento que en cierto tiempo no serviria él ni su ejército contra el Rey, nuestro señor. Serian treinta y tres cornetas de herreruelos.

Bien quisieran los soldados no fuera el Príncipe tan misericordioso en aquella ocasion, pues hubo pareceres se degollasen todos, y fuera más acertado, porque se pusiera freno á los Alemanes para no hacer tantas entradas en los Estados de Flandes. El Príncipe de Parma lo estorbó pareciéndole no mostrar con ellos más enemistad que defender las tierras del Rey, su tio, y así dio á entender su gran valor y virtud, pareciéndole tenia más gloria con licenciar á sus enemigos y que ellos publicasen sus grandezas que la que podia sacar; y si algunos Generales usasen desta humanidad alcanzarian nombre de misericordiosos, pues es cierto que la gloria de una victoria consiste más en no ejecutar un General todo lo que puede, que en mostrar su poder y fuerzas contra un ejército rendido; y cuando Casimiro llegó á sus tierras no pudo negar ni encubrir la grandeza de ánimo que el príncipe de Parma usó con él, pues le dió lugar á que pasase á ellas, pudiéndoselo estorbar con tanta facilidad como se ha visto.

El resto del ejército de los rebeldes que se habia escapado de la rota de Casimiro, se fué retirando la vuelta de sus guarni-

ciones, y luégo corrió una voz por todos los Países-Bajos, que por las antiguas pretensiones que el rey de Dinamarca tenia de las provincias de Güeldres y Frisa, ayudado del duque de Sajonia, las queria ocupar. Esto no fué de más efecto que mover los ánimos de los Estados, incitándoles á novedades y rencores contra el Rey, nuestro señor, que ya que con las obras no le podian ofender, lo procuraban con palabras y movimientos, y con tanta malicia como se deja ver por las rebeliones que tan sin causa han movido las veces que les ha parecido. En este tiempo murió el conde Bosu, que era Lugarteniente de Capitan general en las provincias de Frisa por los Estados rebeldes, de una repentina y recia fiebre: díjose le habian atosigado por que traia inteligencias con el príncipe de Parma. El conde de Renemburg, que seguia la parte del príncipe de Orange y por él hacia la guerra en Frisa, fué en esta ocasion á Amberes y pidió á los Estados el cargo que tenia Bosu; negáronselo, y se desdeñó tanto de no haber salido con su pretension, que comenzó á dar alas y libertad á sus soldados para que hiciesen el mal que pudiesen. Pusiéronlo por obra, y desvergonzadamente hacian muchas insolencias á los villanos de los contornos de la villa de Deventer, y no lo pudiendo sufrir, se aunaron con los de otras y le degollaron cuatro compañías con sus Capitanes; y los de Deventer le pidieron les mudasen la guarnicion que tenian, por ser soldados tan licenciosos y desordenados; donde nó, que ellos lo procurarian. Si bien el conde de Renemburg lo hizo, fué contra su voluntad.

El príncipe de Parma, como era tan celoso del servicio de la Majestad Católica, no se habia descuidado en procurar con grandes inteligencias, para que Monsieur de Anisi, que por el duque de Alanson era gobernador de Cambray, la entregase y se redujese á la verdadera obediencia. Monsieur de la Nua, caballero francés, natural de la villa de Nántes en la provincia de Bretaña, gran soldado y Capitan del príncipe de Orange, tuvo aviso desto, y con mucha brevedad la guarneció con algunas compañías de franceses, ingleses y escoceses, y sacó los valones que la presidiaban, por cuyo medio intentaba el príncipe de Parma ganar

por trato esta plaza. Lo mismo procuraba de la villa de Dunquerque Valentin de Pardui que era Monsieur de la Mota, gobernador de la de Gravelingas por el Rey, nuestro señor, era muy gran soldado y valiente Capitan. Murió General de la artillería del ejército español, y del Consejo de Guerra; digno de ocupar mayores puestos por sus buenas partes y muchos servicios, como adelante se verá; y receloso desto el príncipe de Orange fué en persona, por lo mucho que le importaba esta plaza, por ser escala y puerto de mar para sus socorros, y la amunicionó y guarneció con gran número de soldados viejos, y habiéndolo hecho, se fué á la villa de Amberes. No por esto dejó Monsieur de la Mota de ir sobre ella con mil infantes y doscientos caballos, y la reconoció y apretó el sitio cuanto pudo. En este tiempo le llamaron los caballeros mal contentos para una junta que hacian en la villa de Arras, y en su lugar dejó al señor de Bomi, que era Capitan de caballos y buen soldado. El sitio de la villa de Dunquerque se apretaba de suerte que obligó al príncipe de Orange irla á socorrer, y envió á Monsieur de la Nua lo hiciese, y con algunos bajeles pequeños y charruas la socorrió con gran número de infantería, sin ser sentido, y con ella dió otro dia en los cuarteles de los católicos degollando á muchos y desbaratando y prendiendo á otros, y desto dió aviso Monsieur de Gordan, gobernador de la villa de Calés, á Alonso de Curiel, y de que la de Gravelingas estaba en mucho peligro porque Monsieur de la Nua tenia inteligencias con los burgeses. Alonso de Curiel acudió al remedio animando á la guarnicion que tenia, que era de valones, que no poco estaban amedrentados; pero con su llegada cobraron nuevo ánimo, y reparó la villa, que es una de las más importantes que hay en Flandes. Lo mismo hizo á las de Santomer y Borburque que, por inteligencias de Alonso de Curiel, se habian reducido al servicio del Rey, nuestro señor.

El príncipe de Parma, que con su gran celo y cristiandad, si bien con el rigor de las armas no habia podido traer á obediencia á los enemigos de la Iglesia, lo procuraba con otros medios. Dió órden á Monsieur de la Mota que fuese á

hallarse en una congregacion que en un dia señalado se hacia en la villa de Arras de los caballeros mal contentos, porque iba creciendo el número de su ejército, y que les repartiese una buena suma de dineros para ganarles la voluntad, y que todo lo que allí se acordase fuese en aumento de la santa fé católica, como se hizo; y que en los Estados del Artoes y Henaut no se permitiese otro religion, á fin que, los otros países, sin que ellos lo supiesen, habian enviado Embajadores al Emperador, y los mal contentos instaban se guardase la paz de Gante, que era la cosa más principal que en ella se trató, y lo que juró el príncipe de Orange; pero no lo cumplió, pues siempre permitió que en Holanda y Gelanda entrasen multitud de soldados de diferentes naciones y diversas sectas irritando los naturales, consintiéndoles saqueasen los templos, monesterios, hospitales y otros lugares píos y sagrados, despojar las monjas, martirizar los religiosos y otros sacerdotes, que habiendo estado otras veces constante en no permitir que en los Países-Bajos entrase el dominio francés, tan aborrecido antiguamente dellos, con su artificio y disimulacion acostumbrada queria volviese el duque de Alanson, caudillo principal de todos los Hunganotes *(sic)* de Francia para ponellos en nueva discordia y perpetua confusion, tiranizando sus ritos, leyes y costumbres y señorearse dellos, perpetuándose por General y absoluto tirano, como más por extenso constaba de las cartas que en esta congregacion se mostraron, las cuales le habian cogido y las escribia á los príncipes de Bearne y de Condé. En sustancia, decian que siguiendo á Juan Calvino en cualquiera ocasion ó caso que les importase, de razon de Estado, creyesen no estar obligados á ningun juramento, por solemne que fuese, y que quien con tal consejo atropellaba y destruia tan aceleradamente la religion, tambien lo haria del Gobierno político poniendo en él personas de su opinion, sediciosos para oprimir á la nobleza y al pueblo en una infernal y perpetua servidumbre; y pues por las segundas cartas que se tomaron, que tambien se leyeron allí, se conocia haber escrito á estos Príncipes y al duque de Alanson, que no se habia de tener respeto, donde se trataba de

adquirir provincias á ninguna religion, y pues Dios habia inspirado en los que allí estaban congregados se viesen estas cartas para conservar la santa fe católica y su libertad contra tan gran tirano, como lo era el de Orange y los que tan ciegamente le seguian, procurasen con verdadero celo y ánimo de católicos, de allí adelante, emprender este negocio mirando bien por la causa pública, y librarse cuanto pudiesen de la mancha de los rebeldes que tanto habia cundido y señalado contra su natural Príncipe y señor, cuya nota por todo el mundo se habia extendido con tanta ignominia de su nobleza y nombre. Muchos determinaron, aunque algunos lo contradijeron, que se confederasen con el príncipe de Parma; y otros, que con ménos calor iban en la opinion y tiranía del príncipe de Orange, que se instase mucho en que saliesen de los Estados los extranjeros, y en esto hiciesen union condicionalmente con el príncipe de Parma para que se guardase la paz que se hizo en la villa de Gante, y que con esto se satisfacia á la conservacion de la fe católica y obediencia al Rey, nuestro señor; en esto se resolvieron y quedaron conformes, comenzándolo á poner por obra, que no poco fruto sacó el Rey católico y el príncipe de Parma de su designio y de sus inteligencias, que le fueron de muy grande ayuda.

En este tiempo hicieron los Estados grandes alegrías por una carta que el Rey, nuestro señor, escribió al archiduque Matías en que le persuadia la paz. Tomando esto por ocasion el príncipe de Orange para sus cautelosos designios, insistió á los Estados pidiesen treguas ó suspension de armas al príncipe de Parma, trayéndoles á la memoria cuán acabados y consumidos estaban con el peso y obligacion de la guerra, y que el sustentar soldados los apuraba y traia con tantas necesidades y miserias que era forzoso obligarles á una total destruicion ó ruina, y para que viniesen en esto y el príncipe de Parma suspendiese las armas hizo derramar una voz en todos los Países-Bajos que esperaban grandes ayudas de la reina de Inglaterra y Escocia, y esto por intercesion y solicitud del duque Casimiro que habia ido á que le pagase el sueldo de la gente con que sirvió á los Estados, pues la habia levantado debajo de su palabra, y á tratar cómo se

habia de continuar la guerra. En Inglaterra le recibieron con tan gran aplauso y con tanto regocijo y ceremonias como si fuera persona Real, y admitió grandes cortesías y regalos de los Grandes de aquel reino, y se tuvo por cierto le satisficieron más con esto que con la paga que esperaba; y porque era bien que por algun camino se procurase atajar los pasos al duque Casimiro, procuró D. Bernardino de Mendoza, embajador en Francia por el Rey, nuestro señor, con Monsieur de Gordan, gobernador de la villa de Calés, que al volverse de Inglaterra le prendiesen, dando para este efecto algunos navíos á Alonso de Curiel que, como se ha escrito, gobernaba la villa de Gravelingas. Púsose con ellos al paso, y como en el canal hay tantos aguajes y corrientes, y era en el rigor del invierno, le fueron los tiempos contrarios, causa de no salir con esta empresa, aunque lo procuró muy de veras. El príncipe de Parma no quiso conceder á los Estados la suspension de armas, aunque para ello habian hecho extraordinarias diligencias y particularmente instado con el Emperador que esforzase esta pretension, y que si no lo permitia que lo hiciese miéntras se trataba de la paz en la Junta de Colonia. El Emperador lo hizo, pero el príncipe de Parma se excusó pareciéndole (por muchos respetos) no convenia, y el principal porque sabia lo hacian por divertirle miéntras ellos juntaban nuevas fuerzas y se rehacian.

Por muerte del conde de Bosu nombraron los Estados rebeldes por su Capitan general y Gobernador de la provincia de Frisa á Monsieur de Montani, á tiempo que comenzaba á platicar de reducirse al servicio del Rey, nuestro señor, ó bien porque su conciencia le estimulaba viéndose apartado de Dios y de su Príncipe, ó porque pocos dias ántes Monsieur de la Mota, en un reencuentro que tuvo con él, le rompió y degolló gran número de gente. Los burgeses de la villa de Deventer no podian sufrir las insolencias de los soldados que tenian de guarnicion, y andaban en tantas diferencias los unos con los otros que no esperaban ménos que darse la batalla. Al príncipe de Parma le pareció ir sobre esta plaza y ponerla sitio por entender era buena ocasion viendo tanta desconformidad, y que con ella y sus fuerzas podria salir

con esta empresa. Los Estados rebeldes entendieron su designio y enviaron quinientos soldados de socorro, á los cuales degollaron los españoles, que estando emboscados, lo esperaron á hacer á tiempo, que no les valió ninguno, por haber ido el conde Juan de Nasao, hermano del príncipe de Orange, desde la villa de Meni, á socorrerlos con diez banderas que allí tenia.

Los españoles que habian quedado de guarnicion en la villa de Lovayna corrian las campañas y contornos de la de Bruselas, y la apretaban de manera, que por esto y por estar muy apurados de un tributo que pagaban para los gastos de la guerra, dijeron que no lo harian de allí adelante si no les quitaban el mal vecino de Lovayna que tanto les molestaba y destruia. El príncipe de Parma se habia entretenido con el ejército español en la campiña y llegó á una villa que está en ella, que se llama Verta, á los 23 de Enero deste año, donde tuvo áviso que se habia rehecho el de los Estados rebeldes en mucho mayor número y que le iba á buscar. No le atemorizó al Príncipe esta nueva, pero encendióse en valeroso y mayor deseo de acometelle é hizo recoger toda su gente y ponerla en buen órden, porque alguna habia ido á forrajear. Dió las que convenian á los Oficiales del ejército para el dia que se hubiese de pelear, y mandó estar á todos en buena disciplina militar, y castigó á algunos soldados que se habian desmandado á entrar á robar á los lugares de los contornos de Verta, para dar buen ejemplo á los demas, y fué de manera, que andando en persona sacándolos de las casas á cuchilladas, vió á un criado del Sargento del capitan Don Bernardino de Zúñiga que llevaba una saya de una labradora; preguntóle quién se la habia dado, y respondió que su amo. Hízole prender y mandó que le ahorcasen; pero hiciéronse tantas diligencias para librarle la vida, que el Príncipe le perdonó, y fué de tanta importancia el haberle querido castigar, que puso á los soldados freno y terror para que desde allí adelante no se desordenasen, ántes anduvieron tan recogidos que no se atrevian á tomar una espiga de trigo; y porque podria parecer á algunos, como en tiempo del Sr. D. Juan de Austria, era el Príncipe, su sobrino, procurador de los soldados y que

les libraba la vida y agora que gobernaba les procuraba el castigo con tanto rigor, es por la diferencia que hay de rogar ó á ser rogado, y que cuando el Príncipe pedia al Sr. D. Juan que perdonase algunos, lo hacia como sobrino á tio y fuera de la obligacion, obediencia y hábito que profesa el soldado; pues considerando lo que debe tener en no desmandarse ni salir de rigor, sino justicia, y la merecia mayor el Sargento por ser Oficial y tener más libertad que el soldado para salir del escuadron é ir á los lugares y casas á buscar y recoger los que hubiese desmandados, y esta confianza le habia de hacer más obediente y disciplinado, y cuando el Príncipe pasara adelante con el castigo, estaba muy en su lugar; y viéndose ya Capitan general y las obligaciones que tenia de gobernar su ejército y llevarlo recogido y en buen órden, particularmente yendo en busca del enemigo, era más necesario el rigor que la misericordia, que en semejantes acaecimientos no tiene lugar, si bien en todas ocasiones resplandece sobre las demas virtudes.

Á los 24 de Enero se partió el príncipe de Parma en busca del ejército de los rebeldes, y como tuvieron este aviso, se comenzaron á retirar la vuelta de Amberes con resolucion de no pelear, y algo descontentos, porque los Estados no cumplieron con ellos lo que habian capitulado y prometido. Dió órden á Otavio de Gonzaga que se adelantase con mil y quinientos caballos italianos y españoles y con otros cuatro mil del duque de Saxia, y que fuese entreteniendo y picando en la retaguardia al ejército rebelde, que él iria dándole calor con el católico; y habiéndolo puesto por obra tuvo aviso, á los 28, que el castillo de Verta no se queria rendir. Al príncipe de Parma le pareció no pasar adelante sin ganarle, por el daño que podria hacer al carruaje, vivanderos y municiones dando en la retaguardia, demás que en buena razon de guerra no convenia dejar enemigos á las espaldas, pudiendo, de camino, rendirle y asegurar su ejército; y así, dió órden al conde Aníbal Altemps, que con su regimiento de seis mil hombres y dos piezas de artillería se quedase atras y le batiese en tanto que él pa-

saba á dar calor á Otavio de Gonzaga y romper, si pudiese, el ejército de los Estados rebeldes. El Conde lo hizo con extraña brevedad, y por no perder tiempo comenzó á batir el castillo á cureña rasa, y con haberles convidado con la paz no se quisieron rendir hasta que vieron abierta una gran batería y enviaron á decir al Conde que se rendirian debajo de su palabra; el cual dió aviso al Príncipe de lo sucedido y que ordenase de lo que habia de hacer de aquella gente rendida. Respondió, que si habian esperado el artillería los mandase ahorcar á todos, y si no les dejase ir libremente donde quisiesen. El Conde se holgó desta órden, porque estaba muy colérico por haberle sacado un ojo á un mayordomo suyo, español, que se llamaba Salazar, y así, los hizo ahorcar á todos de las ventanas y rejas del castillo, sin dejar ninguno con vida, y habiéndole puesto guarnicion caminó con su regimiento hasta alcanzar al ejército español. Otavio de Gonzaga habia ya llegado á la retaguardia del de los rebeldes y dió órden al Comisario general y al capitan Falconeta que con sus compañías de arcabuceros de á caballo cerrasen con ellos y les diesen la carga, y habiéndoles aportillado su escuadron y hecho camino para arremeter, se volviesen, que él cerraria con ellos; y al duque de Saxia ordenó acometiese por un costado con sus cuatro mil caballos. Todos lo hicieron puntualmente y con mucho valor, y él, con las lanzas españolas é italianas, envistió á rienda suelta, con tanto ímpetu, que aunque halló gran resistencia les hizo notable daño y dejar sus puestos, tanto, que se fueron retirando á gran paso. No se atrevió á darles la caza por no tener infantería ni más órden del príncipe de Parma que illos entreteniendo y picando en la retaguardia hasta que llegase su persona. Tuvieron tanto temor que no osaron esperarle, y á toda prisa llegaron en dos dias á los burgos de Amberes, y pareciéndoles que aún no estaban seguros del rigor del ejército español, pidieron á los de la villa los dejasen entrar dentro para pasarse de la otra parte; pero como no se fiaban dellos ni del príncipe de Orange, y los suyos, que en aquella sazon estaban en la villa, les respondieron que no les podian abrir las puertas ni los dejarian pasar, pero que les darian calor y socor-

rerian en cuanto hubiesen menester, y que procurasen fortificarse de suerte que pudiesen resistir á los católicos, si viniesen á acometerlos debajo de las murallas de Amberes. Visto que no tenian otro remedio, comenzaron á atrinchearse y ponerse en defensa.

El príncipe de Parma, deseoso de romperlos y desbaratarlos, caminó el dia siguiente á la villa y castillo de Yndoven, donde hizo dos dias alto para prevenirse de municiones y bastimentos de toda la campiña, porque se persuadia que, habiendo de alojar cada noche donde el ejército de los rebeldes habia estado, particularmente llevando raytres consigo, lo dejarian destruido y no hallarian qué comer. Fué de mucha importancia esta diligencia porque sucedió de la misma manera que lo habia imaginado. Con este buen órden caminó la vuelta de Tornante, que es un lugar muy grande, donde alojó con todo su ejército y corte descansadamente, comiendo á discrecion lo que pedian, sin que faltase ningun burgués de su casa, y regalaron muy bien á los soldados, habiendo hecho lo mismo con los del ejército rebelde.

El príncipe de Parma quiso aposentar su persona en el castillo, que como siempre era el postrero que se alojaba no habia acudido para que se desembarazase hasta entónces. El Castellano dijo que no queria abrir, y recibió tanta cólera desto, que se llegó al arce del foso, que era bien grande, y dió voces que le abriese. Respondió el Castellano que le tenia por el príncipe de Orange y que á él solo le abriria y no á otra persona. El de Parma se enojó tanto, que le dijo, que por vida del Rey, su señor, que si no le abria, y muy presto, que le habia de hacer ahorcar. El Castellano le preguntó quién era, pues le hablaba con tanta resolucion. El Príncipe se lo dijo, y acordándose de los de la villa de Siquem y Verta, fué tan grande el temor que tuvo, que le dijo que S. A. le perdonase, que por no haberle conocido no habia hecho lo que mandaba. Abrió luégo las puertas y le suplicó entrase é hiciese lo que fuese servido de su persoua y de los demas soldados que allí tenia. El Príncipe mandó entrar cuatro compañías de españoles y toda su corte

con su persona, donde estuvo aquella noche muy contento, por haber tenido aviso que los de la villa de Amberes y el príncipe de Orange no habian querido abrir las puertas á los demas rebeldes, que fué causa de apresurar su partida y no darles lugar para que se fortificasen, y ántes que amaneciese mandó tocar á caballo y caminó el dia siguiente cinco grandes leguas con todo el ejército á un casar abierto, donde comenzó á prevenirse y á dar órdenes de lo que se habia de hacer para romper y degollar los rebeldes que se habian abrigado y recogido en los burgos y debajo de las murallas de Amberes, y con tanto temor, que algunos procuraban eximirse dellos y dejar el servicio de los Estados rebeldes, como se vió en esta ocasion, que estando el príncipe de Parma para asentarse á comer, le entró un recaudo del duque de Saxia pidiéndole audiencia sobre un negocio importante. El Príncipe dejó la comida y le mandó entrar. Retiráronse á un aposento y le dijo el Duque que habia tenido una carta de su hermano, que servia á los Estados rebeldes con diez mil caballos y seis mil infantes, que tratase con S. A., que si le daba pasaporte para dejarle salir dellos libremente con toda esta gente que tenia á su cargo, lo haria debajo de su palabra. El príncipe de Parma se alegró tanto con esta nueva, como se deja considerar, pues sin derramamiento de sangre se le disminuian sus enemigos, y le convenia hacerles el puente de plata, y era cosa bien nueva pedir un enemigo á otro pasaporte para salir de la parte donde se estaba haciendo la guerra. Con todo eso no dejó de considerar si era estratagema ó engaño para entretenerle en tanto que ellos se fortificaban, y considerando este caso con mucho acuerdo y cuidado, respondió al duque de Saxia que no podia persuadirse que un Príncipe tan poderoso y de tan antigua sangre como el señor Duque, su hermano, le escribiese cosa que no fuese muy verdadera, y que la tratase con un caballero tan honrado y de tanta verdad como él, donde no podia haber engaño, y que si no lo habia en lo que le trataba, que le escribiese le daba la palabra, como quien era, de no tan sólo dejarle ir libremente, pero que le haria dar escolta hasta que saliese fuera de los Es-

tados del Rey, nuestro señor, sin que ninguno de los de su ejército le hiciese daño, ántes le servirian y harian buen acompañamiento. Con esta buena respuesta se volvió el duque de Saxia á su alojamiento, y la envió á su hermano, pidiéndole encarecidamente cumpliese lo que habia ofrecido con presta y breve resolucion, por el peligro que se podia recrecer, dando lugar á los rebeldes se previniesen y atrincheasen. El príncipe de Parma temia esto y le daba demasiado cuidado, pensando, si no fuese así lo que se habia tratado, la dificultad que despues tendria de romper y desalojar sus enemigos, donde por horas le iban avisos que á gran priesa se fortificaban.

El dia siguiente se levantó más de mañana que los demas, y hizo llamar á Gaspar de Robles, baron de Velli, que tenia á cargo un regimiento de tudescos y hablaba muy bien aleman, y le dijo lo que habia pasado con el duque Saxia, y que se fuese á comer con él y que moviese esta plática y procurase descubrirle el pecho. El baron de Velli lo hizo así, y como era un caballero valeroso y prudente, en breves razones le penetró cuanto deseaba saber del Duque, y halló ser el trato verdadero y no finjido por las causas que le daba tan aparentes, y si bien eran verdaderas, no le satisfacian al príncipe de Parma, que como vió llegada la noche y que no venia la respuesta estando tan cerca de Amberes, dudaba y temia no perder el tiempo de una empresa tan importante, y más de hallarse sin bastimentos, porque ya comenzaba á faltar el pan para los soldados, y andaban desvalidos, comiendo las legumbres que hallaban en los campos, sin tener otro sustento, y á beber el agua empantanada de aquella tierra, y algunos iban á correr las campañas y buscar la vida y hallaban la muerte, porque como estaba el presidio de la villa de Liera, que era muy fuerte, tan cerca, los aguardaban emboscados y degollaban. Estas y otras cosas hacian al Príncipe estar muy cuidadoso, y más la tardanza de la respuesta del Duque, hermano del de Saxia, y ántes de irse á acostar le envió á llamar aquella noche y le dijo, ¿cómo era posible, no estando más de tres leguas pequeñas de Amberes, tardase tanto la respuesta? Díjole que no sabia, pero que supli-

caba á S. A. no dudase en el caso, que no podia faltar. Con esto se fueron á dormir; pero el Príncipe no pudo reposar, y se hallaba tan confuso que no sabia el acuerdo que tomar, porque si iba á dar la batalla á los rebeldes y no esperaba la respuesta, pudiendo ser verdad lo que se habia tratado, y haber de pelear con ménos enemigos, diria el mundo que por no esperalla la habia perdido, y si la esperaba, que por haber dilatado el tiempo no gozó de la ocasion. Esto y la necesidad de sus soldados, que por buscar la comida se comenzaban á desordenar, sin remedio le confundian; pero siempre con su gran sufrimiento y ánimo invencible resistia sus imaginaciones, si bien no remediaba los trabajos y necesidades de su ejército. Pasados tres dias quiso Dios llegase la buena respuesta del hermano del Duque aceptando el partido que el Príncipe le hacia, y que sólo le suplicaba le diese un caballero que le acompañase y mandase hacer un puente en el rio Mosa por junto á Urie, ó por donde S. A. mandase, para pasar con su gente, y que daba su palabra, como caballero, que dentro de quince dias estaria fuera de los Estados del Rey, nuestro señor, sin hacer ningun daño á sus vasallos. El Príncipe se lo concedió todo y le mandó hacer el puente junto á la villa de Roremunda, y le dió dos compañías de lanzas para que le acompañasen, y á Juan de Salcedo, Gentil-hombre entretenido, con patente suya para que los alojasen y refrescasen á todos hasta sacarlos del rio Mosa, y cuando se fué á poner por obra, ó por parecelles á ellos irian más seguros, ó por estarles más á cuento, no lo quisieron pasar por Roremunda, sino por junto á la villa de Grave, que estaba por los Estados rebeldes.

Bien se deja entender de la buena suerte del príncipe de Parma tan maravilloso suceso, pues á otro que á él, tanta multitud de enemigos y tan poderosos, sin derramamiento de sangre los deshacia y desbarataba, y como era tan grande la opinion y reputacion que habia cobrado de tan valeroso Capitan, y bastaba á atemorizar á otros muchos ejércitos, y con el suyo, que era tan inferior al de los Estados rebeldes, habia hecho volverles tantas veces las espaldas. Y es de tan gran importan-

cia cobrar un Capitan general opinion de prudente y valeroso para conservar los Estados de su Príncipe y hacer la guerra como si se viese muy sobrado de gente y dineros, que es el particular instrumento para hacerla; y viéndose el príncipe de Parma tan pobre y sus soldados tan necesitados y trabajosos, y en el rigor del invierno, se debia estimar en más las victorias que alcanzaba, sólo con su prudencia y buena fortuna, que si se viera muy sobrado y poderoso.

Como el príncipe de Parma se vió sin el cuidado del trato del duque de Saxia, hizo poner en órden su ejército para ir á acometer el de los rebeldes, que seria de número de veinticinco mil hombres de todas naciones. Partió á los 22 de Febrero deste año, y llegó otro dia siguiente, al amanecer, á la vista de la villa de Amberes, y envió luégo corredores por todos los puestos y avenidas que le trujesen lengua y reconociesen la disposicion del sitio que tenian para acometerles, y en tanto comenzó á hacer los escuadrones de la infantería y caballería y repartir los puestos que habia de tener cada uno; y porque entónces no tenia la confianza que despues tuvo, que fué muy grande, de la nacion valona, envió á llamar á sus Coroneles y Capitanes y les dijo, que porque queria ver aquel dia quién se señalaba con los enemigos para hacerles merced, hiciesen á sus soldados que, no obstante que era de dia, se pusiesen las camisas sobre las armas, si bien su intento era porque fuesen conocidos y diferenciados de los valones del ejército enemigo al tiempo que se diese la batalla; todos lo hicieron con mucho gusto, creyendo lo que el Príncipe les decia, y se comenzaron á encamisar, así Capitanes como Oficiales y soldados, que puestos en escuadron parecia una muy vistosa procesion de clérigos y sacristanes armados, que no poco lo rieron los de Amberes que lo miraban desde la muralla, y les mandó caminar hasta emparejar con la nacion española, que estaba de vanguardia, y no se moviesen de aquel puesto hasta segunda órden; y habiendo formado todos sus escuadrones, le vino aviso como los rebeldes estaban fuertemente atrincheados por algunas partes y muy levantadas los trincheas, y por donde no

las habia muchos pantanos que servian del mismo efecto. El príncipe de Parma era amigo de verlo todo, y no quiso en aquella ocasion dejar de reconocer el puesto por donde sus soldados habian de arremeter, y ordenó á Otavio de Gonzaga y al maestre de campo D. Lope de Figueroa que se pusiesen en la vanguardia de los escuadrones y no se moviesen dellos hasta que él volviese. Hízose así, y él tornó muy presto, y aunque sentia otra cosa, por dar ánimo á su gente dijo que las trincheas estaban muy bajas y que se podia muy bien arremeter, y dió órden que caminasen las mangas de la infantería española, que las llevaban á cargo los capitanes Alonso de Perea, don Vasco de Acuña, Francisco de Aguilar y Gaspar Ortiz, y ni más ni ménos las de los valones, que las llevaban los capitanes Juan de Anamur, y Truichan, y Laguinela y Henrique; y estando cerca de las trincheas mandó el Príncipe que cerrasen con ellas los españoles por la parte siniestra y por la derecha los valones. Los unos y los otros lo hicieron con tanta osadía y ferocidad, que teniendo en poco le muerte, procuraron honrar sus vidas y comenzaron á subir por las trincheas, y dándose la mano los unos á los otros se arrojaron en el foso, no obstante que habian sido valerosamente resistidos de los rebeldes, que temerosos del peligro en que se hallaban por no tener más socorro que estar abrigados debajo de las murallas de Amberes, sin esperanza de entrar dentro, pelearon valentísimamente. El Príncipe mandó marchar los escuadrones y que siguiesen con buen órden la victoria, y la caballería se fué mejorando; y como vieron toda la infantería dentro, en los burgos, y que peleaban con increible valor, comenzaron á remolinear sus caballos para entrar por lo desbaratado de las trincheas, y fué á tiempo que se dijeron voces llamando la caballería, y Otavio de Gonzaga dijo al Príncipe que ordenase lo que habia de hacer, y respondió que no habia para qué preguntar aquello, sino que se cerrase por todas partes apresuradamente. Comenzáronlo á hacer, Otavio por un lado y el Príncipe por otro, y entraron con toda la caballería por donde pudieron, y comenzaron á pelear y degollar á cuantos se resistian, y los pocos rebeldes que

habian quedado, á espaldas vueltas se fueron huyendo y se arrojaron en el foso de Amberes; y estando en lo mejor de la batalla comenzó á arder una muy suntuosa y bella casa de placer, que era del Tesorero general de finanzas del Rey, nuestro señor, llamado Esterque, y preguntó el Príncipe que quién la habia puesto fuego, y le respondieron que los rebeldes, y dijo: «en eso se podrán vengar y no en otra cosa, porque Dios ha vuelto por su causa y dános victoria.» Los soldados católicos, que lo oyeron, pusieron fuego á todos los burgos y comenzaron á arder tan apriesa y con tanto estruendo y espanto que parecia caerse el cielo, y fué de mucha importancia para defenderse de la mucha artillería que disparaban de las murallas de Amberes; y de la parte católica se hacia lo mismo, y tan apriesa y con tanta confusion, por el mucho fuego y humo que habia, que parecia hundirse la tierra, sin poderse ver los unos á los otros, ni atinar por la parte que habian entrado para volver á salir. La vocería ó estruendo de los niños y mujeres era increible y ponia mucho terror, porque ya, como el humo era tan espeso, no se veian unos á otros.

Hallóse el príncipe de Parma confuso, sin saber el remedio que tener para recoger sus soldados, que muchos dellos se habian arrojado en el foso siguiendo á los rebeldes, y tan encarnizados que no habia remedio para retirarlos. Tal era el incendio y el furor de los corazones que aquel dia se habian encendido y guardado para ejecutar su intento. Mandó el Príncipe tocar las cajas y trompetas á recoger, que fué el único remedio que halló, y luégo se comenzaron á retirar los soldados sin haber dejado enemigo á vida, más de los que tiraban de las murallas de Amberes, que lo hicieron extraordinariamente todo el tiempo que duró la batalla, sin saber dónde pudiera haber tanta pólvora y balas como las que habian tirado. El aire levantó el humo y se fué esparciendo, y acabada la confusion y los soldados recogidos, mandó el Príncipe saqueasen los sótanos y cuevas donde habian retirado sus haciendas los vecinos; hallaron todo lo que hubieron menester y se refrescaron y alimentaron sus cuerpos de la mucha necesi-

dad que tenian y hambre que habian pasado. Hecho esto, mandó el Príncipe llamar á todos los de su Consejo, á Capitanes y Maestres de campo, y les dijo se diese gracias á Dios por tan gran victoria como les habia dado y que hiciesen oracion; él fué el primero que la hizo, puestas ambas rodillas en el suelo, devotamente, como lo tenia de costumbre, con que dió ejemplo á todas las naciones de su ejército; y acabada la oracion les dijo no era tiempo de perder, y que aquel dia queria caminar legua y media por poder llegar en otro á Tornante; hízose así, y por el camino fueron muy contentos platicando de la victoria, pues habia Dios sido servido dársela tan grande, que con muy poca pérdida habia deshecho y degollado un ejército de veinticinco mil hombres. Llegaron á una aldea aquella noche, donde estuvo la mayor parte de la gente en campaña por no haber alojamiento para todos, y otro dia siguiente llegó á Tornante con todo el ejército español. En esta felice batalla hubo algunos españoles que se señalaron valerosísimamente, y por aventajarse salieron algunos heridos, y entre ellos D. Juan de Guzman y Córdoba, tio del señor de Garcies, que en el pescuezo le dieron un alabardazo; señalóse gallardamente, y lo mismo D. Sancho de Leiva, que con su valor acostumbrado dió aquel dia tanta muestra de su persona como se puede desear, en particular el capitan D. Agustin Mexía, que peleó como de tan honrado caballero se esperaba.

Los Estados rebeldes que vieron los prósperos sucesos del príncipe de Parma y que salia con cuanto intentaba, y que siendo señor de la campaña podria ponerlos en aprieto, trataron de hacer nuevas levas de gente y fortificar los lugares presidiales que tenian y rehacer sus guarniciones, y esto con tanto cuidado, que no les dejaba el temor que habian cobrado de perder una hora de tiempo.

Al príncipe de Parma le pareció, en tanto que se despedia el riguroso invierno, entretener su ejército la vuelta de Colonia y sus contornos y hallarse más cerca de la villa del Carpen, que está situada en el ducado de Güeldres, porque tenia intento de sitiarla para la seguridad de aquel país que le corria sus

campañas, y habiéndolo entendido los de Colonia, le dieron las gracias por el beneficio que se les seguia, aunque les habia pesado de ver gente de guerra en sus tierras; y ya el ejército español refrescado, despues de algunos dias, partió con el príncipe de Parma al Carpen y le puso sitio, y envió un trompeta al Gobernador convidándole con la paz y que la rindiese al Rey, nuestro señor, y de no hacerlo así le era forzoso batirla y asaltarla. No tan sólamente no dió al trompeta buena respuesta, pero tomó las armas y se comenzaron á defender valerósamente. El Príncipe les abrió las trincheras y plantó el artillería, y volvió segunda vez al Gobernador le entregase la plaza, y la respuesta que dió fué peor que la primera. Vista su obstinacion, mandó el Príncipe abrirles la batería y darles el asalto. Defendiéronse lo más que pudieron, pero no bastaron sus fuerzas para las de los españoles, que con su valor acostumbrado degollaron la mayor parte de los rebeldes, y los que pudieron escaparse vivos se fueron huyendo juntamente con el Gobernador, que se llamaba Ludovico Nasobio, natural de la villa de Mastriq, pero á él ni á los demas no les valió su diligencia para no caer en las manos de los españoles, y habiéndolos preso á todos, mandó el Príncipe los ahorcasen, y lo mismo al Gobernador por la pertinacia que tuvo de no haberse querido rendir y defenderse de un ejército tan felice como el español. En la muerte de este Ludovico Nasobio mostró Dios un justo juicio; y fué, que cuando él ganó esta plaza al Capitan bohemio que la defendia por el Rey, nuestro señor, le mandó ahorcar injustamente, y le citó para que dentro de un año pareciese delante del tribunal de Dios, y fué oido en él, pues habiéndose cumplido el plazo en este tiempo, permitió que el príncipe de Parma le mandase ahorcar á él en el mismo lugar y parte donde él habia hecho justicia del bohemio.

Ganada la villa y castillo del Carpen, y pasádose algun tiempo, comenzó á venir el bueno, y deseando aprovecharlo con alguna buena faccion mandó el Príncipe, por no cortar el hilo á sus felices progresos, juntar todos sus Consejeros de guerra, á los 2 de Marzo deste año, y les dijo, que considerando el

aprieto y trabajo en que los rebeldes enemigos de la Iglesia habian puesto á la felice memoria del Sr. D. Juan de Austria, su tio, y al que despues de su muerte él tenia con tantas incomodidades como habian visto, y que todo esto era por los grandes socorros y ejércitos que de Alemania venian y entraban en los Estados del Rey, nuestro señor, juntándose con los que poseian los rebeldes, sin habérselo podido estorbar por tener el paso seguro del rio Mosa por la villa de Mastriq, que era su plaza de armas y la escala y portillo por donde entraban tantos daños, y lo mucho que convenia cerrarlo y quitarles aquella guarida y ladronera, que si les parecia encaminar el ejército y ponerles sitio, pues no podia ser socorrida, ni los contrarios tenian fuerzas para oponérsele, y que iban juntando las que tenian, pero no eran suficientes para contrastar ni deshacer el intento de ganar esta plaza, que podria durar un mes el reducirla al servicio del Rey, nuestro señor, y que poniéndole un fuerte con crecido presidio daria cuidado el que cómo habian de pasar los socorros de Alemania, y en caso que por alguna parte lo pudieran hacer, les seria de mayor inconveniente haberse de retirar á ella, y que serviria tambien de oprimir y castigar la mala vecindad que siempre hizo el país de Liege, sin considerar los muchos beneficios que habia recibido del Rey, nuestro señor, particularmente su Arzobispo, que con disimuladas razones dió siempre á entender, que teniendo á la villa de Mastriq estaria á su devocion toda su tierra y Arzobispado, no habiéndolo mostrado en las ocasiones que se habian ofrecido. A todos los del Consejo pareció muy bien lo que el Príncipe les habia propuesto, y conformándose con su parecer, no hallaron causas ni razones legítimas para repugnarlo, ántes dieron priesa para la ejecucion y que con mucha brevedad se aprontasen y previniesen los bastimentos y municiones necesarias sin perder tiempo.

Los caballeros mal contentos iban conociendo lo bien que les estaba reducirse al servicio del Rey, nuestro señor, como lo iban procurando, y creciendo el número dellos, se hacian juntas y confederaciones para este efecto; procuraba el príncipe de

Orange deshacerlas con su acostumbrado artificio y cautelas, que en esto no dormia ni descansaba, pero aprovechábanle poco, porque el príncipe de Parma, con las inteligencias y pláticas que en diversas partes traia para reducir lugares y personas á la obediencia del Rey católico, su tio, iba solicitando algunas que en breve tiempo hicieron, porque los señores de Montani y Lalayn y Capres, y el vizconde de Gante con otros muchos, se ofrecieron y protestaron á Monsieur de la Mota, que era el que siempre tuvo la voz del Rey, nuestro señor, que manteniendo la paz de Gante y ratificándola, que era mandar salir de los Estados á todos los españoles y las demas naciones extranjeras, prometian seguir al príncipe de Parma y servir en su ejército contra los rebeldes. Estas condiciones y las demas que sobre esto le llevaron á Monsieur de la Mota, las firmó con intervencion de Alonso de Curiel, que siempre residia con él, y así quedaron todos los caballeros mal contentos en el ejército del Ray católico; y aunque se iba comunicando la confirmacion de los capítulos con el príncipe de Parma, jamás arrostraba el haber de salir los españoles de los Estados, y con disimulado intento daba calor á los que tenian, no obstante que escribia al Rey, nuestro señor, no viniese en ello por las causas y razones que en estos escritos se verán.

En este tiempo se cogieron en Lovayna unas cartas que eran de Phelipe Martinienes, señor de Sante Aldegonde, Consejero y privado del príncipe de Orange, y Vicario general de la secta de Calvino y de los mayores herejes que jamás se han visto. Lleváronselas al príncipe de Parma; eran para un Procurador de Gante de los que intervenian en la Junta de Colonia, y le decia que los Estados no querian la paz ni la deseaban, sino que por cumplimiento habian ido á aquella Junta. El principe de Parma las envió al conde Exnacemburg, que era el que por el Emperador asistia en la Junta de Colonia, y por órden della fué con las cartas á la villa de Amberes á decir á los Estados el ruin proceder y mal término que se habia tenido en escribirlas, y demasiado sufrimiento el del Emperador, pues lo disimulaba. Llamaron al

señor de Sante Aldegonde para que las reconociese, y negó ser suyas, no obstante que hubo muchas personas que conocieron su letra.

El conde Juan de Nasao, Gobernador que era del ducado de Güeldres, por el príncipe de Orange, su hermano, insistia y trabajaba mucho por conservar una perniciosa Liga que habian hecho los de la villa de Utreque, y admitia en ella por dineros á todos los que querian, y á otros forzaba y compelia con términos muy inusitados. Fué tanta la envidia que el príncipe de Orange tenia de los prósperos sucesos del príncipe de Parma, que desdeñado de no poder traer á su voluntad á los Estados tan cumplidamente como quisiera, solicitaba á las villas particulares, y hizo que las de Gante y Amberes firmasen aquella Liga; y siempre que alguna otra venia en ella, los de Utreque lo celebraban con grandes regocijos. No quisieron aunarse con ellos los de las villas de Amorford, Monfort y Zufent, porque guardaban los burgeses destas tres villas la religion católica, aunque muchas veces, con extraordinarias diligencias lo procuraron y persuadieron, y los Estados instaban en ello, ya con amenazas, ya con inteligencias y ofrecimientos; pero no aprovechaba, y demás del buen celo que tenian, se confiaban en que sus tierras estaban fuertes y bien presidiadas. Visto esto por los de Utreque y que no podian reducirlos á su voluntad, buscaron otros medios no ménos dañosos, levantándoles muchos falsos testimonios y acusándoles al príncipe de Orange, que les envió sus Embajadores; pero no aprovechó, y así los declaró por enemigos y envió un buen número de gente sobre los de Amorford, apretándoles cuanto pudieron; y aunque se resistian, visto que les faltaban bastimentos y municionnes y que no esperaban ser socorridos, se rindieron con pactos de que los habia de dejar vivir en la religion católida, y que por haberlos seguido y sustentado no los habian de castigar ni oprimir á otra cosa; y aunque se lo concedieron, y que en el gobierno de la villa no harian novedad, dentro de dos dias, en entrando en ella, lo mudaron todo.

En este tiempo Monsieur de la Mota y Alonso de Curiel te-

nian inteligencias con unos soldados de Freselingas, donde habia muy pocos de guarnicion, y trataron cómo poderla ganar. Acudiendo á la solicitud deste trato Andrés de Arbieto, natural de Vizcaya, que con tres pilotos católicos, vecinos de la villa, habiendo comprado tres bajeles en la de Calés, con permision de Monsieur de Gordan, Gobernador della, gran caballero y muy católico, y tambien daba calor para esta empresa y para ella se habia ofrecido Monsieur de Duerpes con su persona y gente, y para descuidar á los de Freselingas habian ido algunas veces los tres bajeles con mercadurías, y teniendo ya Andrés de Arbieto ganadas las voluntades á catorce soldados que hacian el trato, fueron á ponerlo en ejecucion, habiendo prevenido todo lo necesario, y que tambien de la villa de Medialburg habian de acudir algunos católicos que estaban avisados, llegándose los bajeles cerca de Freselingas, donde se habian de embarcar de noche; los rebeldes habian tenido sospechas deste trato y estaban vigilantes, y fué descubierto y los católicos se volvieron sin hacer nada.

Los de la Liga y confederacion de Utreque, con sus extraordinarias diligencias, apretaron y convencieron al conde de Renemburg (aunque era católico y bien intencionado) para que hiciese con los de Groeninghen entrasen en ella; pero estuvieron tan constantes que no se pudo acabar con ellos, aunque el Conde hizo sus apretadas diligencias, porque siempre se sujetaron á la paz de la villa de Gante y á vivir como católicos, y por esto fueron muy apretados y compelidos por fuerza de armas muchas veces, y siempre se defendieron matando á muchos en algunas escaramuzas y facciones que tuvieron.

Los soldados rebeldes que estaban de guarnicion en la villa de Amberes se amotinaron en este medio y pedian sus pagas. El príncipe de Orange, con sus acostumbradas mañas los apaciguó, interviniendo á ello la autoridad del archiduque Matías.

El príncipe de Parma, vigilantísimo en el servicio del Rey, su tio, no cesaba con sus inteligencias, aprovechándolas en todas ocasiones, y para acabar de reducir algunas provincias rebeldes, visitaba con el obispo de Arras, que en nombre de los paí-

ses del Artoys y de Henaut solicitase á los demas Estados, y daba priesa al duque de Terranova, que estaba por el Rey católico en la ciudad de Colonia con el Duque, Monseñor Juan Bautista Castaña, arzobispo de Rosano, nuncio de Su Santidad, y los Procuradores de los Príncipes electores del Imperio, Comisarios del Emperador y de los Estados de Flandes y el arzobispo de Colonia, que todos, en aquella ciudad hacian una Junta para tratar de la paz y otras materias, y de lo que della resultase pendia lo que tenia entre manos el príncipe de Parma, que era el sitio de la villa de Mastriq, que como habia hecho tantas prevenciones, corrió la voz en los Estados, y atemorizados, daban priesa para que se juntasen en Colonia. Tambien el Emperador lo solicitaba, y el duque de Terranova, en nombre de los de la Junta, le escribió suspendiese las armas hasta ver el fin de la congregacion, pues ya estaban juntos los que habian de resolver la paz. El príncipe de Parma le respondió que él no podia dejar la empresa de Mastriq, y que miéntras ellos hacian en Colonia sus tratos y acuerdos no pensaba dejar las armas de las manos, y no convenia á la autoridad y reputacion del ejército español, porque en tiempo que el príncipe de Orange andaba rehaciendo el de los rebeldes y campeando con él por las partes de Frisa, haciendo algunas facciones y interpresas, y tan favorecido de sus naturales, si bien muy temerosos de que el príncipe de Parma no habia de dejar el sitio de Mastriq por no podérsele oponer, que no poco cuidado le daba al de Orange, y mayor en pensar cómo la habia de socorrer, para cuyo efecto envió á llamar luégo al Gobernador della ya nombrado, que era Monsieur de la Nua, á quien los españoles llamaban «brazo de hierro» por tenerle deste metal para cubrir la fealdad de uno que le faltaba; era de nacion francés; natural de la villa de Nantes, en Bretaña, y uno de los mejores y más atentados soldados que servian á los Estados rebeldes, y el mayor hereje calvinista que habia en ellos. No ménos temor tuvieron los países que estaban á su devocion por verse tan apurados de las contínuas y prolijas guerras y de los prósperos y buenos sucesos del príncipe de Parma, por cuya causa

enviaron á la Junta de Colonia diez y nueve artículos, y con esta buena ocasion, el abad de San Bibasto propuso á los Estados, en nombre de los de Henaut y Artoes y de los mal contentos, la paz, con las mismas condiciones que ellos la habian hecho con el Rey, nuestro señor. Una dellas, y la más principal que á su real propósito estuvo, porque las demas no hay para qué referirlas por no ser de consideracion para su intento, ni cansar al lector, era que, despues de salidos los españoles de los Estados, quedase por Gobernador dellos tres meses el príncipe de Parma. Desto se sintió mucho el de Orange, quejándose por qué se habian de hacer paces sin que él interviniese en ellas, y que era mejor que los Comisarios de las villas se volviesen á sus casas.

En este tiempo se redujo al servicio del Rey, nuestro señor, el conde de Lalayn, y quedó por Gobernador y Capitan general del país de Henaut, y el conde de Eguemont, que pocos dias ántes se habia reducido, corria las campañas de los rebeldes y los necesitaba de fuerzas y bastimentos, tanto que los tenia atemorizados, y se entró en la villa de Bruselas por fuerza de armas, y por no ser socorrido la volvió á desamparar.

En una procesion que en este tiempo se hizo en la villa de Amberes, en la cual fué el archiduque Matías, hubo una revuelta entre los burgueses y soldados que estuvieron para perderse, y con grandísima dificultad se volvieron á apaciguar. No le pareció al príncipe de Parma perder más tiempo ni dilatar el sitio de Mastriq, si bien los de la Junta de Colonia instaban que lo dejase. Dió órden al conde Barlamont, General que era del artillería del ejército español, que se partiese á la villa de Anamur y embarcase por el rio Mosa cuarenta y ocho piezas de artillería, gruesas, de batir, y tres culebrinas y cincuenta mil balas de hierro colado, que habia dias las habia mandado prevenir con quinientos quintales de pólvora que estaban en Liege, y recogiese los demas pertrechos, armas, bastimentos y municiones que tenia aprestados, y todo lo encaminasen la vuelta de Mastriq, y que advirtiese la brevedad, porque su persona se habia de hallar con todo el ejército sobre

ella á los 8 de Marzo deste año, como lo hizo, y dió órden á Otavio de Gonzaga que luégo marchase con un buen número de la caballería, y que á buenas jornadas, por la parte de la derecha de Mastriq, se pusiese sobre ella. Lo mismo ordenó al maestre de campo D. Lope de Figueroa, que por la izquierda y con su tercio de infantería española y un regimiento de valones, cuatro compañías de caballos caminasen á toda priesa; y este mismo dia, que fué á los 4 de Marzo, se partió el Príncipe con todo el resto del ejército, dándoles calor, tomando el camino de en medio, y en cuatro jornadas, se puso sobre Mastriq; y ántes de llegar, á media legua, quiso alojar su persona, casa y corte en un castillo que se llama Petrejor, que estaba bien guarnecido de soldados viejos rebeldes y con muchas municiones, y habiendo dado órden caminasen los carros y acémilas de su casa, las recibieron del castillo con muy buenos arcabuzazos, haciéndolas retirar á toda priesa; súpolo el Príncipe y envió luégo á decir al Castellano con el capitan Pedro de Castro, que abriese el castillo y si no que lo mandaria batir. Respondió que no le espantaba el miedo, que hiciesen lo que quisiesen porque él pensaba defenderse. El Príncipe mandó luégo que las dos compañías de D. Lope de Figueroa y del capitan Márcos de Isaba se mejorasen debajo de las murallas del castillo en tanto que hacia venir dos cañones para batillo. Oyó esta órden un Padre de la compañía de Jesús, que se llamaba Miguel Hernandez, natural de Mora del Rey, de Toledo, gran religioso y caritativo, movido de piedad y celoso de que no pagase algun justo por la soberbia respuesta del Castellano, se fué debajo de la muralla y le llamó á grandes voces, y le pidió en nombre de Jesucristo que se rindiese á la misericordia del príncipe de Parma, pues estaba á tiempo, que la tendria dél; porque si aguardaba á que le plantase el artillería no habria remedio de quedar con la vida, y que no la estimase en tan poco, que la perdiese sin conocer á Dios. Pudieron tanto esta y otras razones, que el Castellano temió y le dijo que de buena gana se rendiria, pero que queria saber debajo de qué palabra. El Padre jesuita le respondió que sobre la suya, y que se le daba de que no le

harian á él ni á los suyos ningun mal, con seguridad de la vida. Con esto se resolvieron de abrir el castillo, y entró dentro y encerró en la Iglesia á todos los soldados rebeldes y al Castellano, con todos los niños y mujeres, y hizo entrar á los españoles que saqueasen el castillo, que estaba muy rico. Esto fué á tiempo que el príncipe de Parma con los Oficiales del ejército andaba reconociendo todos los puestos y avenidas y demas sitios y lugares donde habia de acuartelar y poner su gente, y venida la noche se quedó en Petrejor con toda su casa y corte, y mandó dar libertad al Castellano y á todos sus soldados, cumpliéndoles en todo la palabra que le habia dado el Padre Miguel Hernandez.

Otro dia siguiente fué con algunos caballeros de su corte y con los Maestres de campo á acabar de reconocer el sitio que habia de tener Mastriq, y repartió todos los cuarteles é hizo alojar á cada nacion en los que le tocaba, y habiéndolo todo considerado como prudente Capitan, mandó hacer tres puentes sobre el rio Mosa para que la gente del ejército se pudiese dar la mano para poder correr las campañas de ambas partes y ser señores dellas y de todos sus contornos, y al coronel Cristóbal de Mondragon dió órden que, con un gran número de gente de las naciones que servian en el ejército español, pasase el rio Mosa y sitiase á Mastriq por la parte de Alemania, sobre el burgo ó arrabal de la misma villa que le divide el rio, no obstante que sobre él hay un gran puente de piedra, por donde se dan la mano los unos á los otros. Otavio de Gonzaga habia estado toda la noche y mitad del dia ántes con la caballería sin reposar, y le ordenó el Príncipe que la fuese á alojar y descansasen los caballos, y fuera de gran utilidad no haber llegado tan presto, porque fué un dia de mercado y estaba dentro de la villa grandísimo número de villanos y muchos labradores que habian ido á vender sus cosechas y otras cosas, como acostumbran. Herleo Zuazemburg, gobernador que era de Mastriq por ausencia de Monsieur de la Nua, no los dejó salir como vió que el ejército español le habia puesto sitio por todas partes, y que tendria necesidad para fortificar la villa. Púsolo luégo por obra,

y les hizo trabajar con gran asistencia en las partes y lugares más necesarios de reparo, que esto fué causa de estar tan fuertes y apercibidos de defensas y tener sus soldados más descansados para resistir los trabajos, y más ágiles para las ocasiones del pelear, los cuales eran más de cuatro mil de los más pláticos y viejos que habia en los Estados de Flandes y bien disciplinados, de Monsieur de la Nua, gobernador de aquella plaza, y no se halló en ella por haberle enviado á llamar el príncipe de Orange, si bien pendia todo el gobierno de la guerra del Capitan y sargento mayor Sebastian Tapino, de nacion francés, valeroso soldado y gran ingeniero, porque en la defensa de Mastriq hizo cosas tan extraordinarias y jamás vistas en la guerra, como adelante se dirá, y fué tan vigilante que siempre asistió su persona al mayor trabajo, sin reservar dél á las monjas profesas de los monesterios, que con el azadon en las manos ó con espuertas de tierra las ocupaba como á las demas labradoras y sus maridos, que hubo pareceres que pasaban de cinco mil personas los que solo acudian á trabajar en las murallas y demas partes necesarias, y asistia al Sargento mayor, Sebastian Tapino, un fulano Manzano, español, natural de un lugar junto á Ocaña, que había cinco años servia á los rebeldes debajo de la mano del príncipe de Orange, que no ménos valeroso y de gran ingenio fué que el francés, y era Capitan de una compañía de aquella guarnicion. Luégo mandó el príncipe de Parma hacer otros dos puentes de barcas para el servicio del ejército, y para con más brevedad darse la mano con el coronel Cristóbal de Mondragon y abrir las trincheas y arrimarse con toda brevedad á la villa, por no darles lugar á que se fortificasen.

Algunos dias se anduvo en esto á ciegas porque no se supo por dónde era la parte más flaca, y con tener el Príncipe consigo al maestre de campo D. Hernando de Toledo, y al gobernador Pedro de Montesdoca, que habian estado alojados dentro en Mastriq mucho tiempo, no le supieron decir por dónde se podria acometer para facilitar la empresa, que fué gran descuido en soldados tan pláticos y valerosos, pues debe mirar mucho el que se precia de serlo, cuando se hallare en alguna plaza, ver

el sitio y disposicion della para lo que se podria ofrecer y no quedar corto delante de sus Príncipes y Generales cuando se ofrece hacer relacion de la fortaleza y parte por donde se podria sitiar; que si D. Hernando de Toledo y Montesdoca, que habia sido gobernador de Mastriq lo hubieran advertido cuando se hallaron dentro della, no anduviera el príncipe de Parma tan á ciegas para haberla de sitiar, y así lo estuvo, y tan sin tiento y confuso que le dió bien que pensar. En fin se determinó de arrimarse por la parte de San Pedro á un rebellin que le llaman el Viejo, y luégo mandó que se batiesen las defensas y se mejorase la infantería española, que fué la que en este sitio llevó el peso del trabajo; y estando ya en la desembocadura del foso, á los 20 de Marzo, mandó á los capitanes Francisco de Aguilar, á Gaspar Ortiz y á D. Sancho Ladron, que con sus compañías de españoles arremetiesen al rebellin, y que despues de haberle ganado se fortificasen en él y se cubriesen y lo sustentasen, y que cuando fuese necesario los socorreria con más infantería. Este órden guardaron y pusieron en ejecucion; pero el Sargento mayor, Sebastian Tapino que, como está escrito, era el que llevaba el cuidado de defender á Mastriq, siendo como era tan valeroso Capitan, previno con gran ánimo y vigilancia un ardid y astucia muy de soldado, y fué, que para animar á los suyos y á los burgueses, y que les creciese la indignacion obligándoles á la defensa, hizo sacar de la cárcel á veinte españoles que habian prendido ántes de poner el sitio á Mastriq, y á vista del pueblo, con sogas á las gargantas y pesgas á los piés los hizo echar en el rio Mosa, pareciéndole por este camino tendrian sus soldados más coraje para pelear y que no se rendirian, ántes bien, perderian las vidas en la defensa, pues sabida esta crueldad no habian de tener misericordia dellos los demas españoles si venian á sus manos, porque sabia Sebastian Tapino el valor que tenian y cuán aparejada es la venganza en estos casos, y porque es á propósito, y para que los Capitanes que defienden plazas sepan usar de ardides, diré otro que tuvo casi semejante á este un Capitan, llamado Santa María, de nacion francés de un lugar de Gascuña, que siendo gobernador de la villa de Andegatre en

el país de Utreque por los rebeldes, el año de 1574, en tiempo que D. Luis de Requesens, Comendador mayor, gobernaba á los Estados de Flandes, hacia ahorcar de noche y con mucho secreto, de personas de quien él se fiaba, eu las almenas de la muralla muchos santos y otras imágenes de bulto, así de Nuestro Señor como de su bendita Madre á modo de escarnio, y en siendo de dia, con fingida disimulacion, decia que quién las habia puesto allí, trayéndoles á la memoria lo mal que lo hacian, pues era cierto se habian de indignar los españoles en viéndolas desde las trincheas donde estaban, para no dejar ninguno de los rebeldes á vida; por este camino obligó Santa María, astuto Capitan, á sus soldados y burgueses á pelear hasta acabarla [illegible] rendirse voluntariamente, sino por fuerza de armas. Mucho importa que el Capitan que defiende una plaza use de extratagemas y ardides para conservar la reputacion de su Príncipe, particularmente cuando ve flaqueza en sus soldados le conviene más la astucia que las fuerzas, pues no todas veces con ellas se puede adquirir lo que se desea. Reconociendo el Capitan y Sargento mayor, Sebastian Tapino, que los soldados españoles querian cerrar con los suyos, hizo con gran presteza guarnecer la muralla de mucha mosquetería y arcabucería y armar tambien la gola del rebellin, y estando con estas fuerzas muy apercibidos dejaron arremeter á los españoles, y saliéndoles á recibir pelearon valerosísimamente los unos con los otros, y de entrambas partes perdieron mucha gente, y aunque los españoles ocuparon todo el puesto que deseaban, no fué posible sustentarlo, porque era tanta el artillería que de la muralla le disparaban, que barria todo el rebellin y no podian hacer pié en él para fortificarse y guardar el órden que llevaban, y determinándose los tres Capitanes á desampararlo, lo hicieron y se bajaron muy mal heridos y muchos de sus soldados muertos, y de los rebeldes se supo pasaron de ciento cincuenta y cuatro Capitanes de los más escogidos que habia en Mastriq.

El príncipe de Parma habia dado órden al conde Barlamont que batiese la gola del rebellin con ocho cañones gruesos, y no lo habia hecho sino con tres, y tan despacio, que no

hizo efecto la batería, porque si se hiciera apresuradamente y como se habia ordenado, no pudieran los rebeldes salir de la villa al rebellin ni andar por él, ni pudieran volver á entrar dentro, ni retirarse los que le habian ocupado, y fuera fuerza morir á manos de los españoles, y les obligara á los de la villa de Mastriq á rendirla, como despues lo confesó el Sargento mayor, Sebastian Tapino, que si el dia que se comenzó á batir la gola del rebellin se hiciera como se habia de hacer, tenia determinado rendirse, pues le quitaban la salida para defenderle, y en perdiéndole lo quedaba él y toda su gente. La causa de haber andado el conde de Barlamont tan tibio en la batería y causado tan gran desórden, se entendió que fué por lo mal que estaba con el conde Guido San Jorge, de nacion italiana, y natural de Monferrat, caballero bien entendido y astuto en las cosas de la guerra, pero no muy experimentado: era muy oficioso y amigo de dar gusto, y gran privado del príncipe de Parma, y porque le daba crédito en cuanto decia y le encomendaba algunas cosas, le habia nacido al de Barlamont tanta envidia, que se persuadia á que muchas órdenes que el conde Guido daba en nombre del Príncipe no eran suyas sino de su autoridad; pero recibia en esto muy gran engaño, porque jamás hizo cosa della ni que dejase de ser expresa órden del Príncipe, el cual no perdió las esperanzas de que habia de ganar á Mastriq por aquel rebellin, volviéndolo á batir de nuevo; y así, mandó á el capitan Pedro de Castro que fuese al conde de Barlamont y que hiciese poner sobre una montañuela dos culebrinas y con otras ocho piezas se batiese de nuevo y á toda furia la gola del rebellin, y mandó poner la gente á punto porque aquel mismo dia, despues de comer, le queria dar otro asalto. El conde Barlamont respondió al capitan Pedro de Castro que no se persuadia fuese aquella órden del Príncipe, sino del conde Guido, pero con todo eso haria lo que se le ordenaba. El capitan Pedro de Castro sintió mucho la desconfianza que Barlamont habia tenido de no ser del Príncipe, su señor, la órden que le daba, y le dijo, no era persona que las recibia de otro que dél, y que le suplicaba creyese le era gran servidor el conde Guido,

pues jamás habia entendido dél otra cosa; pero si el dia ántes habia hecho batir Barlamont flojamente, la segunda vez lo hizo más, y aunque se batia con los ocho cañones, era tan despacio, que no hicieron efecto, ni se cortó la gola del rebellin, pudiéndose hacer, que era lo que el Príncipe pretendia, el cual tuvo tanto deseo de satisfacer á su ejército con hacer una gran demostracion con el conde Barlamont, y castigar su malicia y desacato, que á no considerar que el Rey, nuestro señor, le tenia tan atadas las manos en el castigo de los señores y caballeros de los Estados de Flandes, lo hiciera; pero S. M. lo reservaba sólo, pareciéndole que por aquel camino de sufrirles sus desacatos é inobediencias los reduciria y tendria á su devocion. Esto fué causa que no se atrevió el Príncipe á castigarle ni reprenderle, ántes hacia dél más confianza en cuanto se ofrecia de allí adelante; porque la prudencia del Príncipe era tanta, que en vez de castigar los malos servicios que hacian, les daba gracias por ellos, forzado más de la necesidad que tenia de contemporizar con la gente del país que por voluntad, porque algunas veces no merecian sus obras que se la tuviese; y aunque el conde Barlamont era un caballero de los más leales y calificados de aquellos Estados, y más amado de españoles, no mostró en aquella ocasion lo que en otras muchas donde se habia señalado en servicio del Rey, nuestro señor, y siempre valerosísimamente; mas pudo tanto la envidia que tenia de la privanza del conde Guido, que le hizo caer en esta notable falta, sin mirar el daño de la reputacion del ejército y de la del príncipe de Parma, á quien siempre confesó tener por amigo; poro era tan desgraciado, que los mayores que tenia le daban el pago de la manera que se ha visto.

Como vió el sargento mayor Sebastian Tapino que era venida la noche y que la batería que le habian hecho no fué de ningun efecto, hizo en toda ella trabajar á sus soldados y volver á reparar de nuevo y mejor de lo que estaba lo que le habian batido; y como el príncipe de Parma vió esto y el valor que los rebeldes mostraron en el primer asalto, y la industria de Tapino que tan bien los gobernaba, le dió mucho que pensar, y pare-

ciéndole no habian valido las fuerzas, se aprovechó del ingenio, y mandó hacer muchas minas y hornillos por aquella parte de San Pedro y por las demas, y que se abriesen y arrimasen con trincheas; y dió cargo al Maestre de campo, D. Hernando de Toledo, que con su tercio de españoles asistiese en ellas por la parte del rebellin, y con el suyo el Maestre de campo D. Lope de Figueroa por la de San Anton, y por la puerta de Bruselas el Maestre de campo Francisco de Valdés, y que les asistiesen algunos regimientos de valones y alemanes. Luégo se comenzó á trabajar por todas partes con grandísimo cuidado y diligencia, sin perder hora de tiempo; y el Príncipe asistia á todo, de tal manera, que no faltaba en ninguna parte, obligándoles á hacer todo su posible en cuanto se ofrecia, y por su mano ayudaba á atacar las minas como si fuera el menor soldado ó gastador de su ejército, con que daba ejemplo y ánimo á los demas; y porque andaban desvelados y con inmenso trabajo, suplia su necesidad con enviarles á las trincheas contínuamente refrescos de pan, queso y cerveza; y porque para esto y otras cosas necesarias le habia faltado el dinero, lo pedia él mismo á sus Capitanes, sin fiarlo de tercero, porque no le perdiesen el respeto, y si no lo tenian les sacaba las cadenas y joyas y las enviaba á la villa de Liege á empeñar, porque de todas las suyas y de su plata labrada habia hecho lo mismo, á fin de que los soldados asistiesen y no desamparasen sus banderas y puestos; y como la necesidad les constreñia, habia muchos que sin tocarles la guardia de las trincheas acudian á trabajar á ellas por gozar del refresco que se les daba; y estando ya acabadas dos minas y un hornillo, hizo que se les diese fuego, á los 26 de Marzo, habiendo ántes puesto toda la gente en órden y prevenidas las dos culebrinas de la montañuela, y doce cañones que desde lo llano jugasen á toda priesa. Hízose así, mas como por aquella parte era tierra movediza, no hicieron ningun buen efecto, ántes dejaron la subida mucho peor que estaba; no poco cuidado tuvo el Príncipe desto, y le dió tanto que considerar, que si no se hallara empeñada su reputacion, mudara de acuerdo, no porque hubiese perdido la esperanza de ganar á

Mastriq, sino por ver su ejército que lo pasaba mal y no se hallaba qué comer ni convenia irlo á buscar; demás que no tenia género de dineros ni de donde sacarlos para comprar bastimentos, y haber visto tanto valor en los enemigos, y que hasta entónces no habia salido ninguno de dentro, ni hablado desde la muralla como lo suelen hacer, ántes estaban con extraordinario silencio, señal de que trabajaban y con resolucion de morir ántes que rendirse. Todo esto tenia en poco, porque su ánimo y valor era invencible, y dando de mano á todas estas dificultades comenzó á animar á todos sus soldados y á facilitar la empresa, diciéndoles cuán poco bastantes habian de ser las fuerzas de los rebeldes para oponerse á las suyas.

Estas y otras razones iba diciendo en los cuarteles por donde pasaba, y en llegando al del Maestre de campo, Francisco de Valdés, halló que estaban atacando dos minas y dando priesa para que les pegasen fuego y se volasen; reconocióse que los rebeldes habian hecho una contramina, y habiéndose encontrado con ella, desembocaron á la de los españoles y pusieron un tablon á la boca de manera que cubriese la luz y detuviese cualquiera cosa que se les arrimase, y siendo sentidos los unos y los otros, tocaron arma dentro, con harta confusion de ambas partes, y estando para acometer, usaron los rebeldes de un extraño ardid, y fué, que en la boca de su mina pusieron una cuba de agua hirviendo y luégo quitaron el tablon que habian puesto y soltaron el agua de golpe, de manera que parecia un rio furioso y á todos los soldados españoles que estaban dentro les abrasó los piés y á muchos las manos, que por valerse del gran fuego que el agua llevaba, hubieron de dejar las armas sin remedio de poderlo sufrir, y desampararon la mina y los rebeldes se apoderaron della; y lo mismo hicieron de la otra, poniendo en la boca della mucha cantidad de leña verde y la encendieron con los fuelles de los órganos de la Iglesia mayor, y fué tanto y tan espeso el humo que hicieron que obligó á los españoles, aunque con mucho trabajo, á retirarse sin poderlo sufrir. El Príncipe, indignado del extraordinario ardid, todo por industria del Capitan y Sargento mayor, Se-

bastian Tapino, que los gobernaba, y que contrastasen con su estrella y próspera fortuna; volvió el rostro á los soldados que se retiraban, y delante de otros muchos que habia presentes les dijo que esperaba de su valor y ánimos invencibles que habia de poder más con las armas en las manos que los rebeldes con sus ingenios, y que si con ellos les habian ganado las minas, que él pensaba el dia siguiente darles á entender si podian más las fuerzas que la industria. Los soldados se alegraron mucho de oir al Príncipe aquellas palabras porque deseaban medir las picas con ellos y dar á las manos el valor y ánimo de sus corazones.

Aquella noche mandó el Príncipe que se previniesen muchos tablones gruesos atronerados, y diez soldados españoles, escogidos de cada compañía de las de los capitanes Gaspar Ortiz y Alonso de Perea y Juan Nuñez de Palencia, y á la mañana les dió órden que entre dos tomasen un tablon y se fuesen arrimando á las minas que habian perdido, y por detras dellas, lo más cubiertos que pudiesen, cerrasen, disparando por las troneras de los tablones mucha mosquetería, y al amparo dellos caminasen cuatro picas, y siempre procurasen adelantarse lo más que pudiesen hasta hacer desamparar á los rebeldes las minas que habian ocupado. Hiciéronlo valerosísimamente de la manera que lo habia ordenado, y por debajo de tierra fueron peleando, y en tanto que lo hacian se trabó una muy fogosa y valiente escaramuza entre los rebeldes que estaban sobre la muralla con los españoles que asistian á las trincheas, que duró hasta que las minas se volvieron á recuperar, habiendo los españoles muerto la mayor parte de los que las defendian; por aquel dia no se hizo otra faccion, pero el siguiente quisieron los rebeldes vengarse, y salieron de la villa á la hora de comer, por entre la puerta de Bruselas y la de San Anton, con tanta furia y sin ser sentidos, que no pararon hasta las trincheas y puestos de los españoles, que como estaban descuidados y los más comiendo, los hallaron desapercibidos y desarmados, y las cuerdas de los arcabuces muertas, y no pudieron resistir á los contrarios, los cuales fueron hiriendo y matando cuantos españoles topaban, sin que nadie se

lo estorbase, salvo el capitan Pedro de Guzman, que con extraordinaria osadía cerró con ellos valerosamente, sin que lo siguiesen doce soldados, y los más desarmados; entróse en medio de los enemigos peleando con tanta ferocidad que los puso en aprieto, hasta que le mataron; pero vengó su muerte con muchas de los rebeldes á quien quitó las vidas, los cuales se retiraron á la villa sin más pérdida que los que el capitan Guzman mató. El príncipe de Parma estaba de la otra parte del rio y acudió á esta ocasion lo más presto que pudo, y habiéndose informado del suceso, preguntó por los Maestres de campo, y le dijeron que todos se habian ido aquel dia á comer con Otavio de Gonzaga al cuartel de la caballería y que no estaba allí ninguno. Tuvo tan gran pesar desto que no lo pudo disimular, y se sentó sobre un monton de tierra, y mandó se retirasen los muertos y los enterrasen. Serian hasta treinta y cinco españoles de los mejores del ejército, y en un muy gran rato no habló palabra, con tener á su lado á Gabrio Cervellon, hasta que llegó el Maestre de campo Francisco de Valdés, y le dijo, con muy gran cólera, si era aquel tiempo de irse á comer fuera del cuartel y dejar su puesto. El Maestre de campo le respondió con alguna desenvoltura, que cuando el Rey, nuestro señor, le envió á servir debajo de su mano bien sabia que no podia pelear, pues lo veia estropeado de ambos brazos, sino que habia ido, para cuando hubiese necesidad de su consejo, se lo pidiese; y que los dias pasados le habia dicho que en un puesto importante hiciese poner tres piezas de artillería y que no lo habia querido mandar. El Príncipe se levantó lo más airado que se vió jamás; y, algo descompuesto, le dijo que se fuese con Dios, que pues no habia sabido guardar la gente, cómo habia de guardar el artillería, y que agradeciese á sus canas y muchos servicios no hacer en él una muy gran demostracion. El Maestre de campo le hizo una muy gran reverencia, y sin responder palabra se le quitó delante. Mostró en esto el respeto y obediencia que se debe á los superiores.

Entendia esto muy bien Francisco de Valdés, enseñado de la gran experiencia que tenia de las cosas de la guerra, habiendo platicado en ella lo que debe hacer un buen soldado y cursado

el oficio de Sargento mayor, tan bien, como lo dicen sus escritos que hoy enseñan á muchos poco pláticos el modo y manera que deben tener en sus oficios, en particular el de Sargento mayor, como más esencial y menesteroso en el arte militar.

No fué tan grande el descuido y desórden que tuvieron los españoles en las trincheas cuando los rebeldés salieron á ellas, aunque no les pudieron resistir, como el tener las cuerdas muertas, pues una tan sóla no habia encendida para poder servirse de los arcabuces, que si los pudieran disparar, es de creer refrenaran el ímpetu de los rebeldes. No estuvo este descuido en los soldados ni en los Capitanes, tanto como en los Ministros de la hacienda del Rey, nuestro señor, que pareciéndoles no lo serian si no apretasen las cosas demasiadamente, estiman en más hacerse conocer por Ministros guardadosos que por largos y liberales en semejantes ocasiones, como si la hacienda que manejan y traen entre manos fuese suya ó que se la encargasen no más que para guardarla, sabiendo á lo que se extienden los preceptos de sus instrucciones. No fué posible cuando se sitió Mastriq que librasen la cuerda necesaria, pólvora y otras municiones á los soldados de las trincheas, ni áun á cuenta de sus sueldos aunque lo habian pedido, y como el Príncipe se hallaba con tantas necesidades y no podia acudir á todo, ni los Sargentos mayores ni Oficiales á apremiar á los soldados que comprasen municiones por falta de dinero, la hicieron tan grande, que les obligó á retirarse tan feamente como se ha visto. Este desórden fué causa que desde aquel dia, hasta el de hoy, en Flandes, en cuantos sitios de plazas ha habido, han sobrado las municiones en las trincheas y en el cuartel de la artillería, y librádolas generosamente á las compañías para semejantes efectos, y los soldados en las trincheas y puestos están con tanta vigilancia, prevenidos, sus cuerdas encendidas, satisfechos que no les han de faltar, que no temen el peligro que les sucedió en Mastriq, donde estimaron en más tenerlas muertas porque no les faltase en otra mayor ocasion, que no en conservar el punto que perdieron en la de aquella salida, pero no el de soldados, porque lo es de muy grandes guardar la pólvora, cuerda y balas que tienen en su

bolsa y frascos, que no gastarlos sin hacer efecto, y confiados que los rebeldes no se atrevieran á asaltar sus trincheas; hubo algun descuido con sobra de culpa, pues no hay mayor enemigo para el soldado que la confianza, como se vió por la que tuvieron los Maestres de campo en irse esta dia fuera de sus cuarteles y puestos á comer al de Otavio de Gonzaga, donde les hizo tan mal provecho, que estimaran en más salir mal heridos y descalabrados por los enemigos, que no cuantas comidas hay en el mundo. No tiene más preeminencia el Maestre de campo ni otro Oficial de un ejército para dejar sus puestos que el más mínimo soldado, particularmente cuando pende dél la reputacion de su Príncipe y General; y aunque no por esto perdieron la que tenian por ser tan grandes soldados como se sabe, y el oir sus nombres bastara para que nadie pudiera poner dolo en la mucha que tenian ganada, al ménos fueron dignos de una muy grande reprension, y el que la recibió y pagó por todos, como he referido, fué el Maestre de campo Francisco de Valdés, que la libertad, aunque comedida, con que respondió al Príncipe, dió indicio del valor que tenia; y no lo hay mayor para conocer el que tiene el soldado y los servicios que ha hecho, que cuando sin máscara habla y dice lo que siente á los ojos de quien le puede dar el premio ó el castigo.

Hicieron los rebeldes otras muchas salidas, peleando siempre valerosísimamente, y en una, que fué la principal, mataron más de doscientos españoles, y entre ellos al capitan Caravantes, del tercio de D. Lope de Figueroa, y no habia quince dias que le habian dado la compañía. Ya en este tiempo se iban acabando las trincheas por todas partes y llegaban á desembocar en el foso, particularmente las de la parte de San Anton que estaban en mejor estado, y por allí tenia intento el Príncipe de dar el asalto general á la villa. Comenzó á hacer prevenciones y á dar las órdenes necesarias para cegar el foso, y á todos los que entraban de guardia hacia que cada uno llevase una fagina, y con muy gran peligro lo hacian, porque como las murallas estaban tan guarnecidas de artillería y mosquetería, siempre tiraban á los que salian y entraban de guardia, haciéndoles notable daño,

y á los que estaban en las trincheas, y aunque ellos hacian lo mismo, no era de tanto efecto por estar más descubiertos que los rebeldes. No cesaban todos los dias de ambas partes de escaramuzar y tirar á toda furia con gran espanto, usando los unos y los otros de extraños artificios de fuego y otros ingenios y modos de pelear jamás vistos; y en todo el tiempo que duró este sitio, que fué de cuatro meses, no se dejaron las armas de las manos, y se vieron cosas nunca imaginadas en la guerra, fuera de las minas, hornillos, contraminas, guirnaldas de fuego y otros ingenios y artificios, y tanto teson en el pelear, que no se puede encarecer, que esto se hacia pica á pica todos los más dias, y ganando por fuerza de armas, palmo á palmo, los puestos y lugares que les importaba, y con tanta defensa de ambas partes, que murieron en ellas infinidad de gentes; y muchas veces peleaban debajo de tierra, otras sobre la muralla y en el foso y en partes extraordinarias, y lo que hoy ganaban mañana lo volvian á perder, ejecutando los unos lo que los otros áun no habian pensado, y todos tan vigilantes y cuidadosos, que no desaprovechaban una hora de tiempo para ofenderse, y siempre habia cosas nuevas y no pensadas que aprender, porque la necesidad les industriaba y hacia maestros.

Fué el sitio desta villa de Mastriq uno de los más memorables que se vió ni oyó en nuestros tiempos, y siempre los rebeldes que estaban dentro con tanta obstinacion como los de fuera porfiados, hasta los 7 de Abril, que el príncipe de Parma envió á llamar todos los Coroneles y Maestres de campo y les dijo, que pues tenia prevenido todo lo necesario, las trincheas en perfeccion desembocadas al foso, las minas y hornillos atacados y toda la artillería plantada, que les apercibia para que el dia siguiente estuviesen todos sus soldados prevenidos y á punto para dar á Mastriq el asalto general, que era vergüenza, al cabo de un mes que estaban sobre él, no haberle rendido y que los rebeldes la defendiesen con tanta ignominia del nombre español. A todos les pareció bien la resolucion del Príncipe, y la órden que les habia dado pusieron luégo por obra, avisando á todos los Capitanes y Oficiales del ejército no desamparasen sus puestos ni banderas,

ni dejasen salir los soldados de los cuarteles. Hiciéronlo así, y recibieron tanto gusto como el que suelen en estas ocasiones; comenzaron luégo á prevenirse para el dia siguiente, unos limpiando y aderezando sus armas y aseando plumas y galas, quien las tenia, otros confesándose y haciendo testamentos, corriendo los cuarteles de una parte á otra, sin que les faltase qué hacer; tal era el contento que tenian de ver habian de venir á las manos con los enemigos de la Iglesia. El príncipe de Parma andaba no ménos solicitando y advirtiendo á todos los puestos que habian de ocupar, y proveyendo al hospital y cirujanos de lo necesario, llevando confesores á las trincheas y religiosos devotos para ayudar á bien morir á los soldados que fuese menester; dió órden á Otavio de Gonzaga que al amanecer se hallase en escuadron con toda la caballería en la plaza de Armas; lo mismo á la infantería, así por ser costumbre cuando se dan los asaltos, como porque tenia aviso venia el ejército de los rebeldes á socorrer á Mastriq, y tambien porque pocos dias ántes habia cogido una paloma con un billete del príncipe de Orange, debajo del ala derecha, en que les aseguraba socorrerlos á los 15 de Abril; y aunque el príncipe de Parma no le dió crédito porque sabia sus trazas y artificios, todavía, como prudente y experimentado Capitan, se persuadió que podia ser posible, y no le pareció dar lugar para que llegase el tiempo de poderlo hacer.

Otro dia, á la hora que amanecia, estaban ya todos los escuadrones católicos formados, así de caballería como de infantería, los más vistosos y bien armados que se habian visto, deseando el tiempo de emplear sus fuerzas. Mandó luégo el Príncipe que con las faginas que se habian llevado se cegase el foso por la parte de San Anton, porque allí tenia agua, y que hasta estar bien lleno de fagina no se diese el asalto por ninguna parte; y para hacerlo dió órden que de la otra parte de la ribera hiciese el coronel Cristóbal de Mondragon que tirase toda su artillería y mosquetería á los traveses, y lo mismo se ordenó por estotra parte para estorbar que los rebeldes no impidiesen de cegar el foso. No se hizo por entónces hasta mejor ocasion, que fué la del batir furiosamante, y luégo se comenzó á abrirse por dos partes

la muralla y terraplenes con veinte cañones por cada una, apresuradamente. El Príncipe se puso en medio destas dos baterías para ver el efecto que hacian, y en dos horas y media se abrieron bastantemente, lo que era menester para darles el asalto. Dió órden á un Capitan entretenido que reconociese si el foso estaba cegado, y le dijo que sí, y de allí á un poco vino otro que el Maestre de campo Francisco de Valdés habia enviado, y dijo que no y que convenia esperar que se cegase bien para poder arremeter. Otras personas hubo que aseguraron lo que el primero y que de todo punto estaba cegado, y aunque los nombres de los unos y de los otros se saben, no es mi intento el decirlos por guardar el decoro que se debe, pues no todas veces los reconocedores de fosos y baterías conforman sus relaciones, y es una de las mayores confianzas que se pueden hacer de un soldado, pues por la que hacen de lo que han visto se aventura un ejército, las banderas y reputacion de un Príncipe, y es bien mirar con particular cuidado las personas que se envian á semejantes efectos; y viendo el príncipe de Parma que no conformaban las relaciones que habian hecho los reconocedores, demás que era amigo de verlo todo, quiso satisfacerse, reconocer el foso por su persona, pero no se lo consintieron los de su Consejo. El conde Guido San Jorge se ofreció á hacerlo, que le fuera mejor haberlo excusado, y habiéndole reconocido, envió á decir al Príncipe que estaba cegado, y lo propio el Maestre de campo Francisco de Valdés, y satisfecho desta relacion y que las baterías estaban abiertas, hizo la oracion acostumbrada, que como era tan devoto jamás emprendia cosa que primero no se la ofreciese á Dios, y con su ayuda mandó luégo hacer la señal de arremeter y que tocasen los pífanos, trompetas y cajas, y cerrando por entrambas baterías valerosísimamente, apellidando al glorioso Santiago, patron de España, comenzaron á subir y á pelear todos los Capitanes españoles con sus compañías, y en particular D. Sancho Martinez de Leiva, que el año ántes le habia dado la de su hermano D. Alonso, peleó animosamente, aportillando con todos sus soldados, que eran particulares y escogidos, los apiñados contrarios, que con gran

teson y ferocidad resistian á los valientes españoles que, aunque no tenian necesidad de ánimo, acudia el príncipe de Parma á dárselo á los unos y á los otros, á entrambas baterías, haciendo pasar la palabra que los españoles de Valdés habian entrado en la villa, y á estos que los de D. Lope de Figueroa, y á los otros que los de D. Hernando de Toledo, y cualquiera dellos pensaba que esta nueva era verdadera, con que les crecia el furioso coraje y peleaban por entrar con grandísimo valor, y los rebeldes se resistian con osadía jamás vista, ya con la espada, ya con la pica, se hacian mil pedazos y cubrian la batería de cuerpos muertos, y al tiempo que los españoles comenzaban á ganar un poco de tierra y á cobrar esperanza de entrar dentro en Mastriq, se descubrieron los traveses de los rebeldes, que con extraño ingenio los tenian cubiertos y muy armados de gente, sin haberlos reconocido, y dellos comenzaron á disparar espesísimas cargas de artillería y mosquetería, barriendo las baterías y haciendo en los españoles el mayor estrago que jamás se habia visto. Usó en esto el Sargento mayor Sebastian Tapino, con su grande ingenio, una cosa no acostumbrada en la guerra, que un torreon que estaba á la mano derecha de las trincheas, mirando á la villa, que nacia del foso, le tenia todo atronerado y lleno de esmeriles y mosquetes de posta, y tan bien guarnecido de arcabucería que hacia notable daño, sin haberlo dado jamás á entender, guardándolo para este dia del asalto, porque en todo el discurso del sitio no habian tirado de lo alto del torreon, por lo cual entendió siempre el Príncipe que estaba terraplenado; y así, habia mandado que la artillería tirase á sólo descabezallo, sin haber tocado en lo bajo, que fué uno de los traveses encubiertos que hubo y el que hizo mayor riza en los españoles.

Fué industria de gran soldado no querer gastar la pólvora ni municiones hasta el dia de mayor ocasion, y descuidar á los españoles para mejor ceballos en el asalto; pero no por esto desmayaban los nuestros, ántes, con más porfía subian de nuevo por las baterías valerosísimamente, ocupando los puestos y lugares de los amigos muertos que habian estado peleando en ellos.

Los rebeldes comenzaron luégo á arrojarles mucha cantidad de guirnaldas de fuego, con que los abrasaban, y por las baterías abajo echaban carros con los ejes llenos de puas de hierro muy largas y agudas para embarazar los españoles que no subiesen, y los que topaban se enclavaban en ellas y sin remedio perdian las vidas; y ufanos destas victorias se ponian sobre las murallas, todos descubiertos, tremolando las banderas y haciendo gallardías, convidando siempre á pelear, y aunque la artillería de los españoles les tiraba y derribaba á muchos, no por eso dejaban de ponerse otros haciendo lo mismo, y peleando con increible valor y bizarría, arrojando siempre muchos fuegos artificiales y cohetes de hierro con que los enclavaban y destruian, y piedras grandísimas á peso por las baterías abajo, y otras pequeñas despedidas con extraordinario ingenio que hacian notable daño á los españoles, que con irles tan mal, se habian encarnizado y encendido con la sangre, de manera que, como si no pasara nada por ellos, volvian de nuevo á pelear con grandísima ferocidad. El príncipe de Parma, maravillado del mucho teson y coraje con que los rebeldes se defendian y el notable daño que recibian sus soldados, dió órden á algunos Capitanes entretenidos que fuesen á las baterías á retirarlos, temeroso que no se acabasen todos de perder, porque como la reputacion y vergüenza española los tenia empeñados, no obstante que no podian alcanzar victoria, no osaban dejar sus puestos sin órden; y que habiéndolo hecho comenzase de nuevo el artillería á tirar á los rebeldes porque no se descubriesen de la muralla para ofender á los españoles; y habiéndose retirado todos como se les habia ordenado y puéstose detras de la artillería y cestones para favorecerse de las cargas que tiraban de la muralla, en tanto que se les decia lo que habian de hacer, sucedió una notable desgracia, que se pegó fuego á los barriles de pólvora que estaban junto á el artillería, de suerte que hizo mucho daño á los españoles; que parece quiso Dios, despues de tantos trabajos y muertes, darles otra mayor para probar su paciencia con abrasarlos casi á todos, sin que tuviesen ningun amparo ni remedio, y los pocos que escaparon se les incendiaron los vestidos, y quemándose dentro dellos se

revolcaban por los suelos; otros se arrojaban dentro del río y en los fosos, huyendo de la muerte, dando terribles gritos que provocaban á compasion. El número de todos los muertos serian setecientos españoles escogidos, que habian peleado valerosísimamente, y entre ellos D. García Hurtado de Mendoza, Alférez de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva, que en esta ocasion dió grande muestra de su nombre y valor, y otros muchos caballeros y gentiles-hombres entretenidos desta nacion; y de la italiana murieron Fabio Farnese, Marco Antonio, señor de Torrichela, el marqués Conrado, Mala Espina, Carlo Benzo, gentil-hombre piamontés, y el conde Guido San Jorge, y con él la envidia de Barlamont; los más destos, con otros muchos tambien italianos que allí acabaron, eran criados y gentiles-hombres de la Casa del príncipe de Parma, y algunos de su cámara, y todos habian peleado y señaládose gallardamente.

Los soldados españoles que salieron mal heridos fueron sin número, que por aventajarse habian peleado tanto en entrambas baterías que quedaron hechos mil pedazos; y en la de San Anton fueron los que más se señalaron, el capitan D. Agustin Mejía, hermano del marqués de la Guardia, peleó este dia haciendo cosas muy señaladas y arriesgó su persona con un valor increible, y tanto, que por la parte que le tocó pelear cubrió el suelo de enemigos muertos, y los vivos le temian tanto que no volvian á probar sus fuerzas; y no ménos que este valiente caballero se señaló y aventajó, más que otros, D. Antonio de Zúñiga, Capitan de arcabuceros del tercio de Valdés, que peleó con su compañía bizarramente, y estando sobre la muralla pica á pica, le dieron un arcabuzazo por el hombro derecho que le pasó á los riñones, y habiéndolo visto pelear tan animosamente, le hizo llevar á su tienda el príncipe de Parma y le mandó curar en ella; digno este Capitan deste y otros mayores favores por sus buenas partes, ingenio y prudencia. Tambien se señaló el capitan Alonso del Castillo, de Búrgos, y otros muchos Capitanes, vivos y reformados y sus Oficiales, como el alférez Pedro Rodriguez Santistéban, que hoy es castellano de Jaca y Maestro de Campo de infantería española, y salió con tres heridas y dos arcabuzazos,

y Juan Pelegrin, Francisco de Escames y Tristan Lopez de Luna, soldados de D. Sancho de Leiva, que hoy son Capitanes entretenidos, quedaron muy mal heridos, habiendo dado este dia muchas muestras de sus personas y valor como los demas que allí se hallaron, y todos tan destrozados y perdidos que era lástima, y la causó muy grande al ejército la mortandad de tan famosos españoles como allí acabaron; pero quien lo sintió por todos y llevaba el peso de los trabajos era el príncipe de Parma, que aquella noche se halló tan confuso y lastimado, como se deja considerar, y puesto en la puerta de su tienda en presencia de muchos Capitanes y Maestres de campo dijo con valeroso semblante, que no se admirasen de aquel adverso suceso, porque los que asistian en la guerra verian otros mayores, y que era menester tenerlos siempre en la memoria para cuando viniesen las felices victorias no ensoberbecerse ni perderla, dando muchas gracias á Dios que sabia enviar los trabajos y descansos, y que pues eran todos tan esforzados soldados y peleaban en su nombre defendiendo causa tan justa como la de su santa fe, esperasen que por sus manos habian de ser castigados sus enemigos, y que unos á otros se consolasen y persuadiesen á la venganza justa, que él por su parte les asistiria hasta perder la vida, y que pues habian cumplido con sus obligaciones y dado tanta muestra de su valor, que él no faltaria á las suyas con la asistencia posible, remitiéndose á las obras y voluntad que siempre dél habian conocido. Quedaron todos con tanta satisfaccion de su razonamiento, que le dieron las gracias y propusieron hacer lo posible por salir con la empresa de Mastriq hasta perder las vidas. A media noche le vinieron á decir al Príncipe que los rebeldes fortificaban á gran priesa las baterías y se pertrechaban sin que se les pudiese hacer resistencia, y aunque habia mandado que no cesase de jugar el artillería, no fué de importancia ni hizo ningun efecto, ántes bien en toda aquella noche las pusieron más fuertes que estaban, porque hicieron grandes estacadas y entre ellas terraplenaron todo lo batido con gran ingenio y fortaleza, que se echó bien de ver ser un muy grande y experimentado capitan Sebastian Tapino, que los gobernaba,

pues hasta hoy no se ha visto soldado de mayor prudencia é ingenio; y siempre que se ofrezca tratar deste Capitan, dejado á parte el haber sido enemigo de nuestra fe, no puedo excusarme de escribir que fué digno de eterna alabanza y memoria, pues contrastó con sólo su ingenio las fuerzas de un tan gran Monarca como el Rey, nuestro señor.

Otro dia, de mañana, se reconoció muy bien todo lo que habian trabajado y hecho los rebeldes, que le dió mucho que advertir al príncipe de Parma, porque si bien estaba su ejército falido de gente y le faltaban municiones y bastimentos, á él le sobraba valor y buena fortuna, y valiéndose della y de las mercedes que Dios le hacia, comenzó á atropellar todas las dificultades que se podian ofrecer y á crecerle nuevas esperanzas de que habia de triunfar de sus enemigos; y porque jamás resolvia cosa que no fuese mirada por su Consejo, le hizo júntar todo y le pidió su parecer, y que lisamente, sin mirar ningun respeto, dijese cada uno lo que le parecia, sin poner la mira á otra cosa que al servicio de Dios y al del Rey, nuestro señor, anteponiéndoles su reputacion y el menoscabo que tendria la de todos si faltasen en aquella ocasion tan forzosa como importante. Los del Consejo estuvieron un muy gran rato suspensos, y como sabian las grandes necesidades que el Príncipe tenia y la poca esperanza de dineros ni de donde le viniesen, y menoscabadas las fuerzas y muerto tanto y tan valeroso soldado, dudaron de la respuesta, y habiéndola considerado, dijeron algunos que por estos respetos convenia levantar el sitio, y otros que no se hiciese, sino que aquel mismo dia se les diese á los rebeldes de Mastriq otro más fiero y reñido asalto, aunque se aventurase el resto del ejército, pues era de creer que de los pasados habrian muerto muchos y recibido muy gran daño, y que si se esperaba á que mejorasen los heridos y á que se rehiciesen de nuevas fuerzas y pertrechos, se acrecentarian las dificultades y se perderia la ocasion sin poder coger ningun buen fruto de lo que se pretendia. El Príncipe les respondió, que en cuanto á levantar el sitio no convenia á su reputacion ni á la de tantos y tan famosos soldados como tenia en su ejército, demás de que se les debian muchas pagas y que

podia ser se las pidiesen por bien ó por mal, compelidos de sus trabajos y mucha necesidad, y que estando en el sitio les seria fuerza no tratar desto, pues tenian tan empeñada la reputacion como su propia persona, y que tambien podrian juzgar los que estaban á la mira de sus acciones y áun representarlas en el teatro del mundo (que es harta desdicha para los que gobiernan), que habiéndose visto sobre las murallas de Mastriq habia permitido se hiciesen sus soldado restivos en ellas y desamparándolas sin querer tornar á pelear y probar su ventura; y que en lo que era volver á dar otro asalto no podia ser, porque no habia balas ni pólvora para el artillería, que era lo más necesario, y que hasta que viniese de la villa de Manedi, de donde la estaba esperando, no podia emprender ninguna cosa; y que lo que á él le parecia era levantar una plataforma, en tanto que no venian las municiones, para batirles los traveses y poder desembocar á la parte del foso seco y cegarlo con faginas y tierra para poderse arrimar á la muralla y zapársela, y subir encima de su terraplen, si fuese posible, algunas piezas de artillería para estorbarles que no trabajasen ni hiciesen una media luna que tenia aviso que estaban fabricando, por la parte de adentro, con su foso y traveses y la muralla della muy fuerte con grandes cabezas de árboles y estacas muy gruesas y terraplenada. Este parecer del Príncipe pareció á todos los del Consejo muy dificultoso é imposible hacerlo con la brevedad que decia; pero quien lo aprobó fué Gabrio Cervellon y el capitan y sargento mayor Pedro de Paz, soldado de gran experiencia y valeroso.

Con estos dos pareceres se resolvió el Príncipe á levantar esta plataforma, pareciéndole era el solo y único remedio, y porque los soldados estaban muy cansados del prolijo y largo sitio no quiso que trabajasen, é hizo traer del país de Liege y del de Lamburque muchos villanos para gastadores, y en tanto que llegaban usó de una diligente extratagema, y fué hacer llevar muchas palas y zapas á la parte donde se trazaba la plataforma y tomó un azadon muy desenfadadamente, como otras muchas veces lo solia hacer, y comenzó á cavar la tierra de la manera que pudiera hacerlo el más ordinario y pobre peon del mundo,

y con tanta fuerza, que obligó á la gente más particular del ejército que hiciesen otro tanto, y se dieron tanta y tan extraordinaria priesa, que en muy breve tiempo se alzó la plataforma más de quince brazos; y cuando tuvo el altura que habia menester, mandó plantar en ella tres piezas de artillería que apresuradamente daban menudas cargas en la villa, y dos docenas de mosqueteros españoles, de los más pláticos, que hacian notable daño, sin dejar asomar sobre la muralla á ninguno de los rebeldes, estorbándoles que no trabajasen; y de la misma manera que dió el parecer lo fué poniendo por obra y ejecutándolo con grandísima brevedad, tanto, que en veinticinco dias se desembocó al foso y se cegó, de suerte que, con grandísima seguridad, pasaban los soldados por encima á zapar la muralla, y los minadores á hacer minas y hornillos, y desta suerte se fueron los españoles arrimando á la muralla, ganando la tierra á palmos y defendiéndola los rebeldes porfiada y valerosamente con gran derramamiento de sangre de entrambas partes. Peleaban de noche y de dia, sin dejar los unos y los otros las armas y las zapas de las manos. Este dia mataron de un arcabuzazo por un ojo al Capitan y Sargento mayor Rengifo, que estaba en la plataforma entre unos cestones. Era valeroso soldado y muy perfecto Capitan.

Conoció el Príncipe que si no atropellara los pareceres de sus Consejeros y no levantara la plataforma con su industria le fuera forzoso alzar el sitio á Mastriq, de que resultaba la quiebra de su reputacion y de tanto y bueno soldado como allí tenia. Importa mucho á los Generales en semejantes empresas atropellar dificultades encomendándolas á las manos de su buena fortuna, aunque más necesitados de gente y dineros se vean, como el Príncipe hizo en Mastriq, por cuya causa alcanzó tan gloriosa victoria. Señoreados ya los españoles de la muralla, aunque con grandísima pérdida, mandó el príncipe de Parma al capitan Gaspar Ortiz, que era sobrestante de la fábrica, que con toda su compañía se arrimase á un torreon que estaba en la puerta de la villa é hiciesen un agujero y se apoderasen dél. Pusiéronlo por obra, pero no lo hallaron tan fácil como entendieron,

porque así como se iba agujereando, los rebeldes se hallaban á la defensa y peleaban valentísimamente, y con tanta pérdida de los españoles, que eran más los cuerpos muertos que sacaban que lo que se trabajaba, pero como porfiaban tanto y tenian perdido el miedo á la muerte, se apoderaron dél y degollaron á los rebeldes que lo defendian. Hicieron encima dél unos andamios sobre los cuales pusieron muchos mosqueteros que descubrian todas las calles y plazas de Mastriq, en las cuales hacian notable daño á los soldados y moradores que las atravesaban y defendian.

Los minadores habian hecho dos grandes minas y el Príncipe tenia intento de hacerlas volar el dia siguiente, y porque despues de haber ganado el torreon se hallaron muy cansados y calurosos, se entraron á dormir en ellas la siesta los capitanes Gaspar Ortiz, D. Gonzalo de Sayavedra y Alonso Alvarez y otros muchos soldados particulares de sus compañías, bien descuidados de lo que los rebeldes hacian, que fué una contramina más baja por donde iban buscando las que habian hecho los españoles, y como encontraron con la una, le pusiéron fuego y voló hasta el cielo é hizo mil pedazos cuantos habia dentro, sin que se escapase ninguno más del capitan Alonso Alvarez que estaba á la boca de la mina muy apartado de los demas; con todo eso salió con dos costillas hechas pedazos y muy maltratado. Sintió el Príncipe esta pérdida sobre las demas porque estimaba en mucho á estos Capitanes, y por parecerle hacer para su intento, y porque muchos deseaban estar más en los peligros pareciéndoles no cumplian con su obligacion si no sacrificaban sus vidas por su reputacion y la del príncipe de Parma, á quien todos amaban y tenian en mucho, le fueron á pedir (como si fuera una gran diguidad) la plaza de sobrestante que habia vacado por muerte del capitan Gaspar Ortiz, la cual proveyó en la persona del capitan Alonso de Perea, natural de Madrid, muy solícito y gallardo soldado, y le ordenó fuese á las trincheas y asistiese en ellas, y al capitan Juan Nuñez de Palencia, que no era ménos valeroso, en el torreon, y que no se apartase dél de dia ni de noche, haciendo tirar siempre á los

mosqueteros que estaban sobre los andamios, por el gran fruto que hacian no dejando parar en todo Mastriq las personas que descubrian; y porque una mañana le pareció al capitan Juan Nuñez de Palencia que los soldados andaban algo flojos, subió á los andamios á hacerlos tirar, y fué á tiempo que los rebeldes disparaban algunos arcabuzazos desde un puesto que habian ocupado á la mano derecha del torreon, y le dió al Capitan uno y le mató, que hizo gran lástima en el ejército porque era muy amado de todos y valiente soldado.

El dia siguiente le vinieron á decir al Príncipe el daño que hacian desde aquel puesto, y mandó á Pedro de Vallejo, Capitan y Sargento mayor, que enviase á ganarle al capitan Amador de la Abadía con diez picas y diez arcabuceros de su compañía, el cual lo fué á poner en ejecucion valerosamente, y aunque hizo sus diligencias, no fué posible ni pudo más que perder la vida, pues le mataron peleando y á tres soldados de los que llevaba. Los demas se retiraron, y al Sargento mayor, Vallejo, que en esta ocasion iba de retaguardia de los soldados, animándoles para ganar el puesto, le dieron un arcabuzazo en las espaldas y le mataron.

Entendióse que algun soldado suyo le tiró, porque no era tan bien quisto ni el de mejor condicion que habia, y no ha sido el primer Sargento mayor que habrá muerto á manos de los amigos en la guerra; y aunque era verdad tenia Pedro de Vallejo valor y experiencia en su oficio y servia á satisfaccion, queríanle tan mal los soldados, que fué cierto murió á sus manos. No hay cosa más difícil para un Capitan general que saber elegir Oficiales, particularmente á un Sargento mayor, porque ha de ser dotado de muchas partes y que sepa dar gusto á todos, y es de más importancia que sea afable, comedido, bien reputado y experto en su oficio, que valiente ni arriscado, pues ha de regir y no ejecutar, y como ha de tratar con tantos que sienten más una palabra pesada que una herida; y se ha visto muchas veces á un Sargento mayor formar un escuadron con más facilidad y presteza con razones comedidas que no con las libres y pesadas; y es cosa cierta, que faltándoles el amor al

soldado no le ordenarán cuantos Sargentos mayores hay en el mundo, ni es bien hacerlo con el rigor del oficio, que á muchos hace soberbios, causa de perder las vidas á manos de sus soldados, guardando la venganza para semejantes ocasiones, como en la que mataron á Vallejo, donde no se pudo averiguar quién lo hizo respecto de atender cada uno á guardar su vida y quitarla á sus enemigos, y donde á un tiempo se dispararon tantos arcabuzazos mal se podia saber ni tampoco de quién se habia de guardar.

Siempre se iba trabajando y ganando tierra dentro del terraplen de la muralla, y Gabrio Cervellon, haciendo fabricar reductos en él donde pudiesen estar seguros los soldados sin que los maltratasen los rebeldes, los cuales habian buscado extraordinarios instrumentos para ofender á los españoles, porque como estaban tan cerca los unos de los otros y no se podian aprovechar de las picas ni arcabuces, se valian de los batidores de batir trigo y con una piedra al cabo, con mucha presteza les daban en las cabezas, y por momentos les arrojaban colmenas de abejas para que les picasen y otras veces cántaros de calcina para cegarles los ojos, y agua hirviendo y muchas piedras grandes, haciéndolas caer á peso, y otras cosas jamás vistas, que el ingenio les hacia buscar para ofenderlos; lo mismo procuraban los españoles, que, como tan ofendidos y lastimados, habian echado el resto de sus fuerzas para salir con su empresa, y habiéndoles costado tanto, se habian puesto las cosas en mejor estado y quitádoles á los rebeldes todos los traveses; y así, le pareció al príncipe de Parma, pues no podian ofender su gente, mandar que á fuerza de brazos se subiese el artillería al terraplen de la muralla para batir la media luna que los rebeldes habian hecho; él mismo comenzó á tirar de las cuerdas, y luégo todos los Gentiles-hombres y Capitanes entretenidos, con los criados de su casa y otros muchos soldados particulares, que con inmenso trabajo lo pusieron por obra; y al General della, que era Monsieur de Hierjes, conde de Barlamont, al tiempo que daba la órden por donde la habian de subir, le dieron un arcabuzazo en los pechos y le mató sin hablar palabra; causó

su muerte mucha lástima en todo el ejército porque era un caballero valeroso, bien quisto y muy amado de todas las naciones, y no se le habia conocido otra cosa que le pudiera desacreditar sino el haber hecho batir la gola del rebellin viejo con tanta flojedad, por la envidia del conde Guido, causa de no haber salido entónces con la empresa de Mastriq; y estando ya el artillería sobre la muralla comenzaron los rebeldes á defender un pedazo de cortina que les habia quedado, no lo pudieron sustentar porque los españoles se la ganaron valerosamente, obligándoles á retirarse detras de su media luna, que la tenian tan fuerte y bien guarnecida como podian desear, y la comenzaron á defender ferocísimamente, y si desde los andamios del torreon que tenian ocupado los mosqueteros españoles no la tuvieran á caballero y sujetaran haciéndoles notable daño, no fuera posible ganársela en muy largo tiempo, porque era inexpugnable. Luégo mandó el príncipe de Parma que en el mismo terraplen se hiciesen reductos bien atronerados; fueron de mucha importancia porque hubo dia que desde ellos mataron más de cien rebeldes y á cinco Capitanes de los más señalados que tenian, é hirieron al Capitan y Sargento mayor, Sebastian Tapino, que era en quien tenian puestas sus esperanzas por su mucho ingenio y ánimo. Dióles mucho que pensar esta desgracia, pareciéndoles que perdido Sebastian lo eran tambien ellos; pero él, con su industria y corazon invencible, se hizo llevar sobre una silla á la media luna, donde comenzó á animar á sus soldados y hacer que trabajasen apriesa y peleasen, y al que le parecia que tenia perdido el ánimo le daba por la barriga con un esponton, y desta manera mató á muchos que peleaban y trabajaban flojamente.

A los 15 de Junio deste año se vió una cosa jamás usada en la guerra, que con su gran solicitud, esfuerzo y ánimo mandó hacer el príncipe de Parma un camino á mano, desde la desembocadura de las trincheas hasta encima de la muralla para subir el artillería, y en el mismo terraplen della mandó plantar catorce gruesos cañones, que tiraban á cuarenta libras de bala, para batirles la media luna, ó á lo ménos desalojarlos

della, y aunque se les comenzó á batir furiosamente, no fué posible hiciesen efecto las balas para lo uno ni lo otro, porque estaba tan fuerte la muralla de la media luna que no hacia más mella en ella que si no la batieran, ni tampoco era posible desalojar á los que la defendian. El Príncipe, que vió el poco efecto que hacian y la gran resistencia, se determinó de arrimarse con la zapa por los cuernos é írselos derribando poco á poco, y en hallando ocasion á propósito cerrar con los rebeldes y darles el asalto; y el dia de San Juan le pareció celebrarle y honrar su fiesta, que es tan solemne para todos los cristianos, y áun para los que no lo son, con hacer arremeter por lo que habian zapado y que cerrasen con los contrarios, y mandó que lo hiciesen siete Capitanes españoles con sus compañías, y que procurasen entrar valerosamente. Hiciéronlo así; pero los rebeldes se opusieron tan bien que no fué posible entrarlas, aunque el capitan Agustin de Herrera se habia adelantado más que otros y peleado esforzadamente; los demas hicieron lo mismo, pero fué de tan poco efecto como la primera vez que los habian acometido, porque la resistencia de los rebeldes era mucha, y mayor la industria y gobierno de Sebastian Tapino, pues con su astucia, no obstante que estaba mal herido, era bastante para deshacer las fuerzas españolas, que á costa de tanta sangre las habia hecho experimentar á sus soldados.

El príncipe de Parma que por entónces vió eran inútiles, le pareció no acabarlas de perder sin mirar de nuevo el modo que tendria para atropellar el orgullo y bizarría de los rebeldes, que miéntras más tierras iban perdiendo más se ensoberbecian y peleaban, y así, mandó retirar los españoles. Hiciéronlo así, aunque con mucha pérdida, habiendo recibido los rebeldes algun daño; pero el mayor que en aquella ocasion hubo fué haberle dado aquel dia al Príncipe una muy grande y pestífera calentura que de los contínuos trabajos, gran asistencia y cuidado, y ver no se le hacian sus cosas como deseaba, habia labrado de manera y con tan gran crecimiento, que le obligó, bien contra su voluntad, á acostarse en la cama; y aunque el dia siguiente procuró vestirse no fué posible poderse poner en pié, y volviéndose

á la cama comenzó á dar órdenes y á prevenir lo necesario, como si no hubiera enfermado, instando mucho con Gabrio Cervellon no se apartase un punto de la muralla, haciendo trabajar en lo que se ofrecia, y por momentos le avisaban lo que iba haciendo y dándole parte de todo. Su enfermedad iba creciendo y los médicos daban pocas esperanzas de su salud, y en el ejército se aumentaba el cuidado della, porque como era tan amado no hubo ninguno que no lo sintiese en extremo, y al tercero dia de su enfermedad, que fué á los 27 de Junio, mandaron que no le hablase nadie por el peligro que corria; pero como no lo estimaba en tanto como lo que tenia entre manos, no podia sosegar, y ya que no se hallaba presente á todas las facciones gustaba mucho que le hiciesen relacion dellas, y conformándose con lo que convenia ordenaba lo necesario, y sobre todo instaba con los de su Consejo que se apretase á Mastriq todo lo posible hasta ver el fin de su deseo; y estando ya las cosas tan adelante como se esperaban para poder salir con la empresa, le fué á decir Gabrio Cervellon otro dia siguiente, á los 28, que no quedaba ninguna por hacer, que ordenase lo que fuese servido; sin perder tiempo el Príncipe hizo llamar á los de su Consejo y les dijo que considerasen el estado en que se hallaba y el poco remedio que tenia para poder asistir al servicio del Rey católico, su tio, y que pues Dios le habia atajado su salud en tiempo de mayor necesidad, que esperaba en su Divina Magestad no haria falta su persona, asistiendo las suyas en aquella ocasion tan precisa, y así, les encargaba que el dia siguiente, que era el del bienaventurado y glorioso San Pedro, su abogado, diesen un asalto general y se procurase en todas maneras entrar en la villa, que confiaba en él, pues á los que se le encomendaban abria las puertas del cielo, les abriría las de Mastriq, pues en cuatro meses no lo habian estado por tenerla ocupada los enemigos de la Iglesia, y que les rogaba no dilatasen el tiempo, y ántes de retirarse á sus alojamientos dejasen aquella noche toda la gente puesta en órden y repartida en sus puestos, para que al amanecer les diesen el asalto, y que se hiciese con todo el silencio posible porque no lo entendiesen los rebeldes.

Despidiéronse los Consejeros y fueron á ejecutar el órden que les habia dado, á tiempo que los españoles estaban ya peleando valerosísimamente con ser ya de noche, y entraron en la villa á costa de mucha sangre; pero duróles poco este contento, porque los rebeldes los resistieron y volvieron con grandísimo brio á echar fuera con pérdida de algunos; y de las naciones (que en esta ocasion hicieron su deber con gran osadía) mataron al capitan Adolfo Vaz, que lo era de una compañía de alemanes y criado del Príncipe, y el capitan Jorge Reinaldino salió con un ojo ménos y pasado el cuerpo de un arcabuzazo; no fué esto parte para que se dejase de ejecutar el órden que el príncipe de Parma habia dado, que fué poner á toda la infantería española sobre la mano izquierda, y por la derecha la alemana y valona, y que estuviesen toda la noche en arma alertando todo el ejército, como se hizo, hasta que amaneció.

Cúpole estar en un reducto á un soldado español que se llamaba Alonso García Ramon, natural de Cuenca, de la compañía del capitan Alonso de Perea, ejecutando este órden; hízolo con mucha puntualidad y vigilancia, pasando la palabra hasta que volvió desde lo último y á tiempo que pudiese hacer el efecto que se deseaba, que era tener á los rebeldes necesitados de sueño y en arma, para que cogiéndolos á la mañana fatigados, al tiempo de gozar el sabroso sueño del alba, dar sobre ellos; y en siendo de dia tuvo tan buen conocimiento este Alonso García, que sin aguardar órden ninguna, no quiso perder la ocasion y suerte que Dios le habia ofrecido, y tendiendo la vista por toda la muralla vió á los demas españoles alertados y puestos á punto, y comenzó á grandes voces á tocar arma, y á decir: «cierra España, Santiago,» y á un mismo tiempo se arrojó del reducto al foso, libre de todo temor, y dió sobre los enemigos valerosísimamente, y todos los demas españoles le fueron siguiendo; lo mismo hicieron los alemanes y valones, y cada uno por su parte comenzaron á pelear ferocísimamente, y los rebeldes á resistirse; pero viéndose asaltados por todas partes y que no les era posible contrastar el ímpetu con que los católicos

habian cerrado y el valor con que peleaban, comenzaron á perder el ánimo y á desamparar sus puestos, y los españoles y demas naciones á degollarlos y á hacer una riza en ellos extraordinaria; y con la memoria de los trabajos que habian pasado en el largo y prolijo sitio con muerte de tantos amigos, se les encendió el furor, y mezclado con alguna crueldad no perdonaban á niños ni á mujeres, que por escapar las vidas iban huyendo y se arrojaban por las ventanas, y daban en manos de otros que se las quitaban, y algunos echaron del puente, que es muy alto, en el rio Mosa, y se ahogaban. Otros se escondian en diferentes partes y se entraban en los sótanos, y muchos se soterraban en los jardines, tal era el temor que tenian que vivos se enterraban. Fué un dia de juicio, y tan grande la mortandad, que ponia admiracion, pues al desembocar del puente habia un gran monte de cuerpos muertos, que pasaban de doce mil con los que se habian echado en el rio; y muchas madres estaban con sus tiernos hijuelos en los brazos, puestas boca con boca, y algunos las tenian en los pezones de las tetas, y todas muertas, llenas de heridas, que movia á gran compasion, sin que escapase ninguna de las mujeres qué trabajaban, que peleaban como los soldados y estaban repartidas en tres compañías; y confesó despues el Sargento mayor, Sebastian Tapino, que entre todos los que le habian muerto eran, los dos mil dellos, de arcabuzazos en las cabezas; y decia verdad, porque la arcabucería española que hubo en este sitio era la más diestra que jamás se vió, y estaban tan cebados, que como codiciosos cazadores habia muchos soldados, que sin tocarles el ser de guardia, habiendo salido de la de las trincheas, se volvian á ellas con sus arcabuces, y en descubriendo cabeza, rostro ó bulto por las troneras de la muralla ó torreones, lo tenian tan cierto, que ninguno se les escapaba; y una bala de una pieza de artillería dió en unas piedras que iban cargadas en un carro que llevaban veinticinco soldados rebeldes á la batería para tirar á los españoles, y porque habian desempedrado para este efecto todo el cementerio de la Iglesia mayor, permitió Dios que la bala levantase todas las pizarras y matasen á tres soldados que guiaban

el carro, y á los veintidos hirieron de muerte, porque les rompieron todos los brazos, piernas y cabezas, para que se entienda el respeto que se ha de tener á los templos y cosas sagradas.

Sucedió otra cosa semejante á esta; que llevando dos mujeres una espuerta de tierra á la batería, la una era luterana y la otra católica, y porque esta iba forzada y rezando en un cordel lleno de nudos que le servia de rosario, por no tener otro, lo más encubiertamente que podia encomendando á Dios su Iglesia, la compañera iba acusándola y haciendo burla della, y en este medio una bala de artillería le dió en los pechos y la hizo mil pedazos. La mujer católica quedó libre y sana; parece cosa milagrosa (como yo pienso lo es), pues sólo el aire de la bala era bastante para matarla, como muchas se ha visto á otras personas, no tan cerca unas de otras como lo estaban estas dos mujeres, pues no habia más de una espuerta en medio, y la tierra della no la levantó la mocion del aire que una bala de artillería suele hacer, que es grandísimo. Otros muchos herejes murieron dentro de Mastriq extraordinariamente, pagando las ofensas que hicieron á Nuestro Señor; y sin todos estos muertos se habian rendido y aprisionado más de otras cuatro mil personas que habian hecho muy buenos rescates; y despues de acabada la resistencia y muerta toda la gente rebelde, comenzaron todos los soldados á saquear la villa rigurosamente, y la hallaron tan rica que les valió el saco y remate de los prisioneros muy grande suma de dineros y despojos, y un soldado, natural de la villa de Ocaña, que se llamaba Alonso de Solís, que despues murió Capitan entretenido cerca de la persona del virey de Nápoles, prendió á Manzano, que lo halló escondido en un sobrado de una casa, y los soldados españoles pidieron despues por merced al Príncipe les permitiese que ellos lo castigasen, y se lo concedió, y preguntándole qué muerte quería, respondió que le matasen como á soldado, y así lo pasaron por las picas, con que dieron ejemplo á los demas para que se eche de ver la lealtad y valor desta nacion y cuán justificadamente procede, deseando castiguen los que por vivir con libertad dejan la obediencia española

y se van con los herejes. Ganóse tambien en Mastriq mucha artillería, pertrechos y municiones.

El Sargento mayor Sebastian Tapino, y muchos Capitanes y soldados se habian retirado por el puente y le comenzaron á cortar para que no pasasen los soldados católicos que iban sobre ellos al burgo, que allí pensaba Tapino hacerse fuerte y defenderse contra todo el poder español; que si le sucediera como lo pensó, diera bien que entender; pero no tuvo tanto lugar, y viéndose perdido juntamente con los que le habian seguido y sin ningun remedio, envió á suplicar al príncipe de Parma que les hiciese buenos pactos y se rendiria, si le daba la palabra de salvarles las vidas á él y á los que le seguian. Envióles á decir que hablasen con Otavio de Gonzaga, el cual tenia comision de lo que habia de hacer, y él los mandó entrar á todos en una iglesia para repartir los prisioneros y hacer el rescate. Tuvieron gran ventura, porque fué á tiempo que ya el coronel Cristóbal de Mondragon iba cerrando con la gente de las naciones que tenia de la otra parte del rio, con grandísima furia y deseosos sus soldados de ensangrentar sus manos en los rebeldes; Otavio de Gonzaga y los Maestres de campo los reportaron y dijeron como la villa estaba sujeta y por el Rey, nuestro señor, y aquellos prisioneros rendidos debajo de su palabra; con esto se quietaron. Del ejército español murieron muchos Capitanes y Oficiales y soldados que habian peleado valerosísimamente, en particular de los españoles, que fueron los que en esta empresa llevaron la carga y el peso de todos los trabajos, como siempre; mataron más de mil y quinientos soldados desta nacion, y entre ellos veintitres Capitanes y tres Sargentos mayores, y gran cantidad de Alféreces, Sargentos y cabos de escuadra, habiendose señalado aventajadamente los soldados particulares que quedaron vivos, como D. Juan de Guzman y Córdoba, tio del Señor de Garciez, ya nombrado, natural de Jaen, y Alonso de Rivera, natural de Ubeda, que hoy es Capitan general en Chile, y Rodrigo de Orozco, soldado de D. Sancho de Leyva, que despues fué Maestre de campo y hoy es gobernador de Alejandría de la Palla, y Francisco Marquez, soldado de la misma compañía,

que hoy es Capitan entretenido en el Alhambra de Granada y muy valiente y particular soldado; D. Bernardino de Zúñiga, del hábito de San Juan y muy valeroso caballero, y otros muchos que hoy viven con grandes cargos, fruto de los trabajos y servicios que allí hicieron. De las naciones mataron veintidos Capitanes con los entretenidos cerca de la persona del príncipe de Parma; y aunque el ejército español quedó lastimado de la pérdida de tantos buenos soldados, parece que el haber visto el fin de sus muchos trabajos y desempeñado la reputacion que tan á riesgo habian aventurado y sacado desta obligacion al Príncipe, se pudieron tolerar.

Estaban todos con grandísimo sentimiento por la poca esperanza que tenian de su salud, porque pasaba delante la enfermedad; pues con haber el capitan Pedro de Castro entrado en su cámara y dado la nueva de la presa de Mastriq, no hizo mudanza ninguna de placer ni de pesar, ántes se comenzó á olvidar de las cosas deste mundo, y dando de mano á todo lo que pudiera perturbar su conciencia, sin que nadie le advirtiera, dijo «que le llamasen su confesor, porque se sentia demasiadamente apretado de su mal.» Trajéronsele al punto é hizo una confesion general con mucha devocion y pidió perdon á todos si en algo les habia ofendido. Los médicos advirtieron que si tenia que hacer otra cosa para la salud de su alma y del servicio del Rey, nuestro señor, fuese luégo, sin dilatar el tiempo en ninguna manera, por parecerles no daria lugar.

Otro dia siguiente recibió el Santísimo Sacramento y le dieron la Extremauncion; quedó consoladísimo, pero muy fatigado y con poco espíritu, pero tan alentado que vuelto en sí, dijo le llamasen al coronel Cristóbal de Mondragon, á quien amaba y queria en extremo por sus muchas y muy buenas partes, gran valor y servicios, y le dijo que se aprestase luégo para partir á España á dar parte al Rey, su tio, del estado en que se hallaban las cosas en Flandes y de la presa de Mastriq particularmente, para que le desengañase y dijese á boca el intento solapado que tenian todos los más principales de aquellos países, que con capa de obedientes va-

sallos (si bien se habian reconciliado los más dellos), procuraban su deservicio tratando de paz, pero tan fundada en malicia como las demas que habian hecho; y que le suplicaba tuviese bien entendido esto y lo mucho que convenia se hiciese de allí adelante la guerra con más calor, porque si con dilaciones se entretenia crecerian las dificultades y vendrian á señorearse de sus Estados sin poderlo remediar; y que si hasta allí habian corrido las cosas prósperamente y tenido felices sucesos, las atribuyese á Dios, á quien debia dar las gracias, porque sin su ayuda no fuera posible haber vencido tantas dificultades y triunfado de los enemigos de la Iglesia, que á costa de tanta sangre habia procurado establecer la santa fe católica en sus Estados rebeldes; y que quien le habia aconsejado sacase dellos á los españoles no deseaba su servicio, pues ellos eran sus verdaderas fuerzas que tenia para oponerse á cualquiera ocasion que se ofreciese, demás de ser freno á las demas naciones y ejemplo á todo su ejército par estar bien disciplinados y en obediencia; y que considerase los grandes inconvenientes que se recibian de semejante resolucion y que procurase deshacerla, acordándose que quien le decia esto deseaba su real servicio y aumento de sus Estados, y que si hacia al contrario echaria de ver en algun tiempo lo mucho que le habria importado dar crédito á sus advertimientos, pues estaba cierto que en volviendo las espaldas la nacion española quedaba todo destruido y desamparado; y que no le tuviese por soldado ni fiel criado si una sola villa se reducia á su servicio, ántes las demas volverian á tomar las armas (como despues lo hicieron). En esta conformidad escribió una carta al Rey, nuestro señor, por haber tenido pocos dias ántes otra suya en razon destas cosas, advirtiéndole de la Junta general que habia mandado hacer en Colonia para tratar de la paz, y por su parte enviado al duque de Aríscote por la de los Estados, instando mucho saliesen los españoles, que era el blanco á que todos tiraban; pero como el príncipe de Parma conocia el humor de las gentes con quien trataba, sabia que engañaban al Rey católico: para hacer sus cosas más á su salvo pedian la suspension de armas, supuesto

que no podian sustentar ejército en campaña, y que en Alemania les habia faltado el crédito por falta de dineros, y que el príncipe de Orange tenia tanto cuidado, por otra parte, de sacarles la sustancia, que no sabian qué hacerse, sino dar tiempo al tiempo y procurar con astucias y engaños entretenerse á costa de la reputacion del Rey, nuestro señor. Y pareciéndole que nadie podia mejor darle parte destas cosas que el coronel Cristóbal de Mondragon, le despachó luégo con esta carta, suplicándole le diese entero crédito. Asimismo le encargaba, en recompensa de sus servicios, si Dios le llevaba de aquella enfermedad, recibiese debajo de su amparo y proteccion á sus hijos y que se sirviese dellos como de verdaderos criados, como él lo habia hecho en toda su vida sin faltar un punto.

Despues de haberse partido el coronel Cristóbal de Mondragon le crecieron más al príncipe de Parma las calenturas, y tanto, que otro dia siguiente le dió un frenesí y comenzó á desvariar y á decir cosas extraordinarias y á formar escuadrones en la imaginacion, y entre algunas dijo á Juan Bautista de Tasis y á Gaspar de Robles, baron de Velli, que qué hacian en su cámara, pues sabian que los valones y alemanes del ejército católico se querian dar la batalla unos contra otros, que por qué no iban á ponerlos en paz. Fué este un caso maravilloso, porque estando desvariando con la calentura pronosticase lo que fué verdad, pues al momento que lo acabó de decir oyeron tocar arma á toda priesa y las cajas á deshacerse, repartidas estas dos naciones para cerrar unos con otros y darse la batalla sobre ciertas diferencias que habian tenido, que muchas veces entre ellos las suele haber; y si no bajaran de palacio estos dos caballeros á remediarlo se hicieran mil pedazos los unos á los otros. Serian de cada parte más de tres mil hombres, y si no fuera Dios servido poner en el corazon al Príncipe que dijera aquellas palabras, no se pudiera remediar porque hubieran cerrado los escuadrones, y ántes de poderlos retirar estuviera hecho el daño. Otras razones decia desvariando, de no ménos consideracion, pues los del Consejo se aprovecharon dellas para lo que se ofrecia, que pareció ser dichas por inspiracion divina.

Duróle el decir estas cosas más de veinte dias, y lo mismo hacia entre sueños cuando dormia, y todo lo que trataba eran facciones de guerra y llamaba á muchos soldados que conocia por sus nombres y les daba órdenes de arremeter ó retirarse, ya que arrimasen un tablon y le dejasen ó que terciasen las picas y se mejorasen á los enemigos. Estando en la furia desta enfermedad y desahuciado de los médicos y llorado del ejército español, fué Dios servido que diese un brinco en la cama con gran ligereza y se descubrió todo y le vieron un carbunclo muy grande y negro que tenia sobre el espinazo. Llamaron luégo á los médicos, y admirados de tal suceso y corridos de no haberle entendido la enfermedad, que procedia de aquella postema, se la hicieron abrir luégo y le salió mucha ponzoña y suciedad. Aseguraron que si no le hubieran visto no viviera dos dias. De allí adelante fué mejorando y comenzó á hablar á propósito con muy gran sosiego y modestia, y pidió le mudasen de aposento porque aquel era melancólico, y que fuese dentro en Mastriq.

De allí á dos dias, que fué á los 28 de Julio, quiso todo el ejército español celebrar su salud poniéndose en formados y vistosos escuadrones. Era su número más de cuarenta mil hombres lo más lucidamente que pudieron, así caballería como infantería, que como habian quedado ricos del saco lo pudieron hacer muy bien. Entraron al Príncipe en una silla de terciopelo carmesí con sus cortinas de damasco, de lo mismo. Sacáronle de su cámara en hombros de todos los entretenidos cerca de su persona hasta ponerle en el patio de su palacio, donde ya estaban de acuerdo todos los Capitanes del ejército de la manera que lo habian de llevar; y luégo cogieron la silla ocho del tercio viejo, que era el del Maestre de campo D. Hernando de Toledo, y se la pusieron á los hombros y la llevaron hasta su cuartel, y en él le recibieron otros ocho, y le llevaron al cuartel del Maestre de campo Francisco de Valdés, donde estaban otros tantos del de D. Lope de Figueroa, y con este órden se fueron pasando por todos los demas de las naciones, y al rededor de la silla iban todas las banderas y estandartes que habia en el ejér-

cito, que pasaban de trescientas, y al un lado iba Otavio de Gonzaga, General de la caballería, y al otro D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y todos los Coroneles y Maestres de campo por su órden y antigüedad, y en llegando á la plaza de Armas se trabó una escaramuza entre la infantería y caballería, la más bien concertada que jamás se vió, y comenzó á jugar toda el artillería que habia en Mastriq, que era mucha, disparando menudas y apresuradas salvas, regocijando todos la salud del Príncipe, tan deseada; y porque habia muchos soldados que le tenian por muerto, dejaban sus puestos y llegaban con amor y con libertad comedida á correr las cortinas de la silla para verle el rostro, y como se certificaban que estaba vivo, pasaban la voz por todos los escuadrones, que no cesaban de escaramuzar, ni las cajas, trompetas y pífanos de manifestar el sumo contento que tenian. Fué una fiesta jamás vista, porque ver cuarenta mil hombres lucidamente armados y sobérbiamente vestidos era lo que se podia desear, pues hubo caballo ligero que sacó casaca que valia cuatrocientos escudos; y como estaba tan flaco el Príncipe, se iba cansando, y mandó que cesasen las escaramuzas y le llevasen á Mastriq, y le entrasen por la batería que la habian ganado, y sobre ella le pusieron los Capitanes, habiéndose mudado de ocho en ocho de todas las naciones, y allí le estaban esperando otros veinticuatro con el palio del Santísimo Sacramento de la iglesia mayor, y así como lo vió mandó poner la silla en el suelo y los reprendió con mucha cólera, y les dijo que dónde habian aprendido semejante bisoñería, soldados tan viejos y particulares, y que volviesen el palio á la iglesia de donde le habian sacado. Quedáronse atajados sin saber qué responderle, más de que por su persona se le debia aquella honra y otras mayores, por ser uno de los más valerosos y perfectos Capitanes del mundo, y que pues habia sido tan gran vencedor lo merecia por triunfo de aquella victoria, á imitacion de los Emperadores romanos cuando entraban en Roma triunfando de las empresas y facciones que tenian. Así entró en Mastriq el invictísimo Alexandro Farnese, príncipe de Parma, tan parecido en el valor y obras al

Magno Alejandro como en el nombre, y siendo suyo propio tan digno dél, justo es no quitársele, y que se entienda por sus esclarecidos y famosos hechos y por las muchas y dificultosas victorias que alcanzó, cuán bien le cuadra; y así, de aquí adelante, dejando el de príncipe de Parma, le nombraré en estos escritos el que tan de veras le toca y es propio suyo. Volvieron los Capitanes á poner la silla sobre sus hombros y le entraron con la misma órden por la batería hasta su palacio, con grandísimo regocijo, aplauso y contento, aunque no le tuvieron los pocos burgueses que habian quedado vivos en la villa, por haberla dejado los soldados tan asolada y destruida cual jamás se vió otra en el mundo, y cada dia lo fué siendo más, porque duró el saquearla todo el tiempo que estuvo en ella Alexandro y su corte, que fué más de nueve meses, y los pasó en rehacer y cobrar su salud y entretenerse con mirar sus soldados desde una ventana los pasatiempos que tenian y lo mucho que jugaban, que como todos habian quedado ricos no reparaban en el dinero, y hubo alguno que á una suerte paraba el sombrero lleno de tallares y escudos de oro, sin acordarse que habia de guardar para adelante, pero como no es cosa nueva entre ellos no habia de qué maravillarse.

Los Estados rebeldes quedaron tan atemorizados de la victoria que Alexandro habia tenido en Mastriq, que habiendo corrido la voz por todos ellos, procuraron algunos reducirse á la obediencia del Rey, nuestro señor, y lo hizo luégo Monsieur de Burs, gobernador de la villa de Malinas, que teniéndola por el príncipe de Orange la rindió á Alexandro con acuerdos de que no habia de entrar dentro guarnicion porque residia allí el Gran Consejo, y se quedó con el mismo oficio de Gobernador y le mantuvo siempre por el Rey católico hasta que se volvió á perder, como á su tiempo se dirá; y queriendo á la villa de Bolduque entrarle guarnicion de herejes, no los quisieron recibir, porque ha sido una de las más leales y católicas que habido en aquellos Estados; y sobre esto tuvieron algunos reencuentros de la una y otra parte, quedando muchos muertos y heridos. Los católicos salieron vencedores y echaron fuera de la villa á los herejes, y la

mantuvieron siempre por el Rey, nuestro señor, con tanta fidelidad como se ha visto y se ve.

Las victorias de Alexandro dieron mucho que pensar á los caballeros mal contentos, y temerosos del rigor de su buena fortuna, y que no les podia durar la que les favorecia, pues conforme al tiempo y ocasiones les prometia instabilidad, les pareció curarse en salud con dar aviso á Alexandro querian reconciliarse y dar la obedieneia al Rey, nuestro señor, pero no sin falta de malicia; y, á los 5 de Agosto deste año, le escribieron que los países de Artoes, Henaut, Lila, Duay y Arsi se habian reconciliado, que todos estaban á devocion de los mal contentos. Envióles á decir Alexandro que nombrasen diputados para tratar con él lo que querian, y que daria parte al Rey, nuestro señor, para resolver lo que más bien les estuviese. Con esta respuesta se alegraron y eligieron personas para este efecto, que fueron el conde Lalayn, por Henaut, y por el Artoes al conde de Henin, y habiéndoles instruido en lo que habian de tratar, fueron á verse con Alexandro, y los recibió y agasajó muy bien. Lo primero que propusieron fué que habian de salir fuera de los Estados los españoles, y que no habian de tener ningun oficio en ellos; lo segundo, que el generalato de la caballería se habia de dar al vizconde de Gante y el de la artillería á la persona que ellos eligiesen, y que en todas las plazas que ganasen habian de entrarles guarnicion de soldados naturales de sus países y lo mismo los Gobernadores, y que por ningun caso habian de ser extranjeros. Otras cosas semejantes á estas trataron, siempre enderezadas á su propósito, pero muy fundadas en malicia, si bien tenian color de hacer el servicio del Rey, nuestro señor, como era ofrecerle doscientos mil florines al mes para sustentar la guerra y que él se sirviese de dar cuatrocientos mil. Alexandro, como prudente y valeroso Capitan, consideró los capítulos que le habian propuesto, y como antevia el fin y mira que llevaban, que era hacerse señores de los Estados y desposeer dellos al Rey católico, su tio, y que en saliendo la nacion española les seria fácil, le pareció dejarse llevar exteriormente de su pensamiento y responderles con suavidad, dicién-

doles, que en cuanto á él, tendria por bien cualquier acuerdo que hiciesen, pero que no podia resolverlo sin dar parte á S. M.; que de la suya lo procurasen y le escribiesen, enviando persona que lo tratase. Hiciéronlo así, pero Alexandro, que vió lo mucho que importaba deshacer y atropellar sus trazas y designios, despachó á defender lo contrario al conde Otavio de Lande, su vasallo, persona de satisfaccion y que sabia bien tratar lo que le habia ordenado, que era decir á boca al Rey, nuestro señor, lo más apretadamente que pudiere cuán mal estaba á su servicio y al bien de la cristiandad conceder á los mal contentos los capítulos que pedian; y que le suplicaba lo considerase mucho, porque eran fundados en malicia y procuraban, como otras veces lo habian hecho, establecerse en sus Estados á costa de la hacienda y sangre de España; y que los doscientos mil florines que ofrecian para la guerra no les era posible pagarlos, aunque tuviesen con qué, pues no les quedaba ejecutor que les oprimiese, que era la fuerza de los españoles; y que si todavía viniese en ello, le mandase á Alexandro salir tambien con ellos. No bastaron con el Rey, nuestro señor, estas y otras causas que de su parte le propuso el conde Otavio, pues en vez de remediar un caso tan importante, les concedió cuanto pedian y envió tan contentos como deseaban, habiéndoles hecho muchas honras y agasajos, sin haber creido en cosa alguna de lo que Alexandro y otros muchos le habian dicho y aconsejado, que fué la total ruina y perdicion de España; porque si de aquella vez dejara el Rey, nuestro señor, proseguir á su sobrino las victorias que tenia, sin cortar el hilo á su próspera fortuna, fuera señor absoluto de sus Estados.

No sintió tanto Alexandro esta resolucion como mandarle quedar por Gobernador y Capitan general dellos. Pesóle de manera, que en mucho tiempo no pudo tolerar esta pasion, y volvió á escribir al Rey, su tio, se sirviese de no dejarle sin españoles, porque sabia que sin ellos perderia cuanto se habia ganado, y que si por su gusto importaba esto y perder la vida y hacienda, sacrificándolo todo á su servicio, pero que la honra y reputacion, que tanto le habia costado, le suplicaba permitiese

que la guardase para sí, pues por ningun caso pensaba aventurarla, y que en premio de sus servicios (si estimaba en algo los que le habia hecho) se sirviese de su persona en otra parte, donde pensaba dar la misma satisfaccion que hasta allí; y aunque Alexandro escribió esto con razones eficacísimas y con el celo y cristiandad que prometia el mucho amor y lealtad con que servia al Rey, nuestro señor, no bastaron, y por esto le escribió apretadamente, que cuanto ántes sacase los españoles de sus Estados le haria mayor servicio; y que le rogaba no se lo contradijese, y que en esto echaria de ver si le amaba como decia; y que en cuanto á la quiebra de su reputacion cuando hubiese de padecer por sólo quedarse en los Estados de Flandes, la tomaba sobre la suya propia, y á su cargo cualquiera cosa que contra ella se ofreciese, corriendo siempre por su cuenta todo lo que sobreviniese y no por la de su sobrino, y que manifestaria al mundo esta verdad. Todas estas caricias y ofrecimientos no le satisficieron; pero poniendo el cuello al yugo de la obediencia, se resolvió á no replicarle más y quedarse en los Estados por su Gobernador y Capitan general, como lo estaba, mas con tanto disgusto y desconsuelo como se puede imaginar.

Para la seguridad de la villa de Malinas, por estar tan cerca de las de Amberes y Bruselas, no obstante que cuando se dió á la obediencia del Rey, nuestro señor, se le permitió no habia de tener guarnicion, mandó Alexandro en este medio que se entrasen veinticinco compañías de infantería de las naciones, y doce de caballos; y hallándose esta gente, á los 17 de Setiembre, en Villabruque á cargo de Monsieur de Siques, gobernador de Lovayna, se juntó un grueso número de la de los rebeldes en la villa de Bilborbe para dar una noche sobre ellos, y teniendo aviso desto Monsieur de Siques envió su compañía de caballos y la de Jorge Mezuca, de albaneses, á reconocerlos y tomar lengua de su designio. Caminaron toda la noche, y sin traer ninguna se volvieron porque los rebeldes marcharon por la otra parte del rio con toda su infantería y caballería, y al amanecer toparon con la compañía de caballos españoles de D. Rodrigo Zapata, que la gobernaba su Teniente, Juan de Contreras Ga-

marra, natural de San Clemente y muy valiente soldado, que hoy es Castellano del castillo de Cremona y la rompieron, y él se fué retirando con ella á los cuarteles de Monsieur de Siques tocando arma; y como estaban descuidados los nuestros, entraron en ellos los rebeldes haciendo muy gran estrago, rompiéndolos y desbaratándolos, matando á muchos é hiriendo á otros sin ninguna resistencia, é hicieron á los demas volver las espaldas y ponerse en huida, retirándose á los bosques, con pérdida de algunas banderas y estandartes; y como los cogieron desapercibidos no pudieron rehacerse ni formar escuadron, y algunos de los que se iban retirando dieron por una avenida donde estaba el teniente García de Olivera que á toda prisa y con mucho valor comenzó á recoger todos los soldados, que serian hasta doscientos caballos, y les persuadió que volviesen sobre los rebeldes. Todos le respondieron que le seguirian y que los gobernase, pues se hallaba con su compañía entera y ellos sin las suyas. Los más principales de los que le respondieron eran don Pedro de Mendoza, teniente de D. Pedro de Toledo; Martin de Avalos de Padilla, teniente del Capitan Zambrano, valeroso soldado, y murió capitan y alcaide de Melilla, y otros de diferentes naciones. Garcia de Olivera se excusó y les dijo que él obedeceria la órden que cualquiera dellos le diese, y volviéndole á replicar le obligaron á hacer lo que le pedian, y por no perder tiempo se puso luégo de vanguardia con su compañía y con una tropa de cincuenta lanzas, y ordenó á D. Pedro de Mendoza se encargase del resto de la gente y que le siguiese con ella; y comenzando todos en buen órden á caminar la vuelta de los rebeldes, descubrieron una gran tropa de caballería y de infantería que estaban de respeto, bien ordenada y de guardia en la campaña, miéntras los demas desbalijaban y mataban á los católicos; y haciendo tocar las trompetas, que de las que habian recogido llevaban muchas, recorrió García de Olivera la gente para ver el órden que llevaban, y hallándoles bien puestos cerró de vanguardia con su compañía y la tropa de las cincuenta lanzas con la mayor osadía que jamás se vió. Los rebeldes no hicieron caso dél, y teniéndole en poco le salieron al encuentro

valerosamente, viniendo todos cerrados y en buen órden; y la que habia dado García de Olivera fué que por un costado se arrimase la arcabucería para abrir portillo; hiciéronlo tan bien, tan cerca y tan á tiempo, que no erraron tiro ni perdieron bala; los rebeldes cayeron muchos muertos en tierra, y abriéndose su escuadron, cerró García de Olivera con la tropa de lanzas, y entrándose en medio dél con sus soldados comenzaron á desbarrigar caballos y á hacer un extrago jamás visto; y como lo cogieron abierto, rompieron la mitad dél, y el otro medio escuadon huyó á espaldas vueltas adonde estaba su infantería, y con la furia que llevaba la rompió y puso en huida. Quedaron deshechos y desbaratados, y muchos en prision, y tantos heridos y muertos que era una confusion, y procurando escaparse daban en mayor peligro, porque nuestros soldados, que en la primera ocasion se habian retirado á los bosques, se rehicieron y dieron sobre ellos, gozando de tan buena ocasion, no obstante que habian perdido la esperanza de tenerla tan sin pensar. Monsieur de Siques y los Capitanes que con él se habian retirado detras de unas trincheas entendieron la victoria y salieron con toda la infantería que pudieron recoger, y dieron en los rebeldes, tan á tiempo, que fué de mucha importancia, pues los desbarataron y deshicieron á todos. García de Olivera fué siguiendo el alcance hasta la noche, y con este buen suceso se recuperaron las banderas y estandartes que perdieron, y se ganaron todas las de los rebeldes y cuanto habian despojado á los nuestros y les tomaron todo su bagaje, quedando presos más de mil y quinientos hombres y setecientos caballos, sin que de nuestra parte hubiese más pérdida que de cincuenta soldados. Desta felice victoria se dió aviso á Alexandro, que áun se estaba en la villa de Mastriq, y mandó que se le diese al teniente García de Olivera una compañía, y le honró é hizo la merced que tan buenos servicios merecian.

Los Estados escribieron muy apretadamente á los Procuradores que tenian en la Junta de Colonia, que cuando bien no pudiesen conseguir los medios de la paz que por ellos se proponia, renunciasen la obediencia al Rey, nuestro señor, y se pu-

siesen debajo del dominio del duque de Alanson, porque decian trataba de casarse con Isabel, reina de Inglaterra, hija de Ana Bolena, y sobre esto mostraron unas cartas suyas que escribia á los Estados, y en la Junta recibieron ante los Comisarios las informaciones; y presentadas por el duque de Terranova y las de los Procuradores, formando de todas veinticuatro capítulos para establecer la paz, y los principales eran la obediencia á la Iglesia romana y al Rey, nuestro señor, su Príncipe natural.

En este tiempo los burgueses de la villa de Bolduque prevalecian contra los herejes y contra la guarnicion que les tenia puesta el príncipe de Orange, y estaban determinados de obedecer al Rey, nuestro señor, aunque muy contra su voluntad. Habia ya Alexandro acabado de concertar y jurar los capítulos de la paz con los mal contentos y con los países del Artoes y Henaut. El príncipe de Orange sintió mucho estos conciertos, y ofreció en pública escritura que no seria Capitan contra los que asistian á Alexandro, prometiendo muchas y diversas cosas, y otras publicaron los herejes de la villa de Amberes, que no habian consentido ni consentian la paz de los mal contentos. El conde de Burs ocupó con gente del Rey, nuestro señor, á Villabruque, yéndose á entrar en Malinas, y en ella corria las campañas y contornos de Bruselas, haciendo notable daño, y los españoles degollaron cuatro compañías de los rebeldes junto á la villa de Terramunda. Los herejes de Gante hicieron una impiedad notable, que como gente tan endurecida y olvidada de Dios, no guardaban decoro á las cosas divinas ni humanas. Desenterraron (cosa extraña) el cuerpo del presidente Velio y lo quemaron porque habia sido católico y de la parte del Rey, nuestro señor, en las alteraciones que habian tenido; tal era el ódio que tenian, pues las cosas pasadas castigaban como presentes.

El duque de Alanson, aunque salió descontento de los Países-Bajos por haberle tratado mal y no guardádole la palabra en ninguna cosa, era tanto el deseo que tenia de volver á ellos, que siempre lo solicitaba por muchas y extraordinarias vías, ofreciéndole su poder y ayuda, y los Estados lo procuraban; y como

no respondian á los artículos de la paz que los Comisarios de Colonia les habian enviado pocos dias ántes á la villa de Amberes, donde estaban congregados, les protestaron lo hicieran, y dieron dos términos perentorios para ello, haciendo en Colonia diversas plegarias, estaciones, ayunos y disciplinas con otras devociones para que Dios inspirase en la buena conclusion de la paz, y en algunas villas y lugares de los Estados aceptaron los capítulos; pero la mayor parte no vino en ello, porque los puntos que más aborrecian era la religion cristiana, y en la que más apretaba Alexandro en nombre del Rey, su tio; y los de la villa de Nimega, con grandísimo menosprecio, pusieron el papel de los capítulos sobre la horca de la plaza pública.

No podian sufrir los Estados rebeldes que los caballeros y nobleza que seguian la opinion de los mal contentos se hubiesen reducido á la obediencia del Rey, nuestro señor, y haber quedado tan lastimados de la presa de Mastriq; hicieron una convocacion general en la villa de Amberes con tanta indignacion, que se resolvieron á levantar de nuevo mucha caballería é infanteria alemana, y echaron fuera del Consejo de Guerra á los letrados poco menesterosos en las cosas della, y eligieron personas de capa y espada, que eran soldados, para que la gobernasen, los cuales mandaron talar las arboledas y derribar y desmantelar algunas casas y padrastros que habia en las campañas de Amberes, y las dejaron limpias y exentas para señorearlas y poderse mejor defender cuando fuese necesario, y enviaron á la villa de Liera seis banderas de escoceses de guarnicion, y á Bilborbe y á otras villas presidiaron fuertemente, previniéndose y amunicionando todas las demas plazas que estaban á su devocion con mucho cuidado y vigilancia.

En la villa de Utreque se confirmaba la Liga, y en ella habian entrado los países de Holanda, Gelanda, Frisa, Güeldres y las villas de Amberes, Gante, Bruselas y otras, repartiéndose el dinero que cada una habia de pagar cada mes para la guerra, y siempre se quejaban del príncipe de Orange, que por su culpa no tenian sus cosas en mejor estado ni caminaban como querian, habiéndoles sacado la sustancia con engaños y falsas esperan-

zas. El se excusó con mostrarles una escritura en estampa, en que decia, que de la variedad de opiniones que en los Estados habia procedian todos sus malos sucesos, y que si á él le hiciesen su Gobernador general y le dejaran manejar las cosas de la Guerra y Estado los tendria muy prósperos. No ménos se quejaban del archiduque Matías, imputándole de frio y descuidado, pues con haberle hecho su protector tomaba sus cosas con tibieza; y pareciéndoles insuficiente para poner sobre sus hombros el peso de sus esperanzas, le comenzaron á dar ocasiones y á desdeñarle, despidiéndole parte de su familia; y como los Comisarios de Colonia vieron que no respondian los Estados á los plazos que les habian señalado y que se habian pasado, tuvieron desengaño de que no querian ser católicos, y se salieron de Colonia. Lo mismo hizo el duque de Terranova, y por esta causa se resolvieron los Procuradores de obedecer al Rey, nuestro señor, y seguir la opinion de los mal contentos, y el príncipe de Orange les incitaba, por consejo de Monsieur de la Nua, que siguiesen la suya, prometiéndoles muchas y extraordinarias cosas; pero jamás los pudo convencer.

Los de la villa de Bruselas tenian gran temor, que pues Alexandro salió con la empresa de Mastriq habia de levantar su ejército y ponerles sitio y reducirlos por fuerza de armas á la verdadera obediencia; y temiendo esto se comenzaron á fortificar y á rehacerse de bastimentos y municiones y otros pertrechos, aumentando el presidio con fuerza de infantería y caballería. En la villa de Malinas pasaban los burgueses grandes necesidades, que, como atras queda escrito, habian dado la obediencia y seguian la parte del Rey católico, y como todos sus contornos tenian la de los rebeldes, se los corrian y destruian sus campañas. Alexandro mandó amunicionarla y bastecerla, y yéndolo á poner en ejecucion, tuvo dello aviso Monsieur de la Nua, y con gran golpe de gente se puso en el paso y desbarató el convoy de los nuestros, pero con mucha pérdida de los suyos.

Comenzábase ya en este tiempo á encender la guerra de todas partes, que como se hallaban en los Estados prevenidos y proveidos de todo lo necesario, buscaban la ocasion para eje-

cutar con las armas en la mano el intento de sus corazones. Pasó la voz de los capítulos de la paz de lo mal contentos, y aunque uno dellos era que saliesen todos los extranjeros de los Estados, lo suspendieron por entónces, salvo la nacion española, que como más odiada, instaban con Alexandro la sacase fuera dellos; pero jamás se daba por entendido, procurándolo dilatar cuanto podia. Aunque los de la villa de Groeninghen fueron siempre muy persuadidos á que entraran en la Liga de Utreque, no lo quisieron hacer, ántes perseverando en la fe católica se defendieron valerosamente, resistiendo cuanto podian del sitio que les tenia puesto (por órden de los Estados rebeldes) el conde de Renemburg; y no pudiéndolo sufrir y que el socorro se dilataba, y los bastimentos y municiones tan apurados como las esperanzas, se hubieron de rendir y pagar suma de dinero. El Conde y su gente se apoderaron de la villa, y della quitó el Burgomaestre y Magistrado y puso otros de su mano, dando licencia á todos que viviese cada uno en la ley que quisiese. Martin Esquenque, natural de la provincia de Güeldres, vasallo del Rey, nuestro señor, y que seguia su partido, era uno de los más valientes caballeros que habia en aquellos Estados, pero de poca conciencia y que hacia á toda ropa, y contra ellos andaba con su gente en el país de Zutfent, donde habia hecho servicios muy particulares y cosas señaladas. Puso en este tiempo sitio á la villa de Doctquen y la ganó, y por falta de guarnicion la volvieron á recuperar los Estados rebeldes.

El conde Lalayn, gobernador del país de Henaut, era primo del conde Renemburg, que lo era de la villa de Groeninghen, y para que la entregase al Rey, nuestro señor, lo solicitaba instando con Madama de Monseao, su hermana, y con su marido para que lo tratasen, poniéndole por delante las obligaciones que todos le tenian como á natural señor. Estos respetos y otros (acordándose de la fidelidad de sus pasados) le hicieron desconformarse de su opinion, y aguardaba ocasion para ejecutar lo que su primo, hermana y sus amigos le aconsejaban; y en este tiempo, un fulano Rorda, hombre muy principal y prudente,

vecino de la villa de Groeninghen, que por ella habia ido á Colonia ántes que los herejes entraran, volvió con los capítulos para que los aceptasen, y como ya habia otro Gobierno y Magistrado los rompieron con muy gran ignominia; y los burgueses católicos, sentidos desto y de otras vejaciones, y de lo mucho que contribuian para la guerra de los Estados, solicitaban al conde de Renemburg que deseaba se ofreciese ocasion para rendir la plaza al Rey, nuestro señor. Los de la villa de Utreque procuraban con otras muchas que entrasen en su Liga, pero no tan solamente los quisieron hacer los de Amorfort y Monfort, mas firmaron luégo los capítulos de Colonia, conformándose con la opinion de los mal contentos, que abiertamente era el opósito de la Liga de Utreque.

Monsieur de la Nua, traia un campillo por los Estados rebeldes y por ellos habia hecho algunas buenas facciones, y cebado de sus felices sucesos, ganó en este tiempo á la villa de Berbi, y aunque se resistieron los burgueses, no fué tanto que no les obligase á desampararla. Tambien ganó á otros muchos lugares y los saqueó haciendo muy malos tratamientos á los católicos; y habiéndose encontrado con cinco cornetas de caballos de los mal contentos los deshizo y desbarató, y dióles tanto que pensar estas victorias de Monsieur de la Nua y otras que en este tiempo tuvieron los Estados rebeldes, que comenzaron á temer y arrepentirse los más dellos que saliesen los extranjeros, y pareciéndoles convenia dar principio á sus cosas y que la guerra se hacia con más cuidado de parte de los rebeldes, entraron en acuerdo y se convocaron para el año siguiente, y en el ínterin hicieron una Junta en la villa de Valencienes y desde ella enviaron un campillo de gente sobre Villabruque, que estaba por los rebeldes, por lo mucho que les importaba respecto de ser aquella plaza frontera de las villas de Amberes, Malinas y Bruselas y desembocadura de sus riberas. Tambien tenian inteligencias con el coronel Semple, caballero escocés, gobernador de la villa de Liera, que la tenia por los Estades rebeldes para reducille al servicio del Rey, nuestro señor; y estando ya aunados en la Junta de Valencienes, consi-

deraron lo mal que les estaba que saliesen los españoles de los Estados, y comenzaron á platicar este punto, porque si bien los querian mal, conocian cuán necesarios eran para hacer la guerra, y que sin ellos no la podian acabar como deseaban por ser la gente más doméstica y bien disciplinada que habia en aquellos ejércitos, ni que con mayor teson, ménos costa y daño de los naturales y sus tierras sufriesen los trabajos é incomodidades de la guerra; pero como el ódio que les tenian era entrañable (no por malas obras que les hubiesen hecho), pudo más que la razon y atropelló la dificultad, instando en que saliesen con grandísimas veras; lo procuraron haciendo diversas y extraordinarias diligencias, y habiéndolo puesto en ejecucion tuvieron los sucesos muy diferentes de lo que pensaban, y tan á costa suya y de su sangre, como adelante se verá.

LIBRO CUARTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1580.

SUMARIO.

D. Pedro de Toledo va á socorrer á Esquenque.—García de Olivera rompe á los rebeldes y gana sus banderas.—El Esquenque socorrido y D. Pedro de Toledo da paso franco á los rebeldes.—D. Pedro de Aragon llega á Mastriq y la nueva que le dió á Alexandro.—Los Estados dan priesa que salgan los españoles y Alexandro lo dilata.—Alexandro encarga á D. Pedro de Toledo el gobierno de los españoles.—Alexandro resuelve enviar los españoles y encarga el oficio de Maestre de campo general dellos á Francisco Verdugo.—Alexandro encarga á Otavio de Gonzaga lleve á Italia los españoles, y el agradecimiento de la merced que le hizo.—Alonso García Ramon remunerado.—Caso notable.—Alexandro se despide de los españoles y razonamiento que les hace.—Sentimiento de la nacion española por apartarse de Alexandro y lo que algunos Capitanes le dijeron —Alexandro en Anamur y los españoles marchan la vuelta á Italia.—Odio contra españoles.—Los rebeldes ganan á Malinas por escalada, degüellan los católicos y hacen crueldades.—Alonso Vanegas, capitan del príncipe de Orange, gana á Diste á escala vista.—Quién fué Alonso Vanegas.—Soldados españoles que sirvieron á los rebeldes de Flandes, por qué causa.—Justo juicio de Dios.—Enfermedad general, que llamaron el catarro.—Alexandro en Mons en Henaut, á persuasion de los mal contentos.—Juran á Alexandro por gobernador de Flandes.—Correrlas de la guarnicion de Cambray en tierras del Rey católico.—El marqués de Rubes gana á Cortray por trato.—Descúbrese la conjuracion de matar á Alexandro y de la manera que se habia de ejecutar.—Monsieur de Buque descubre al marqués de Rubes la conjuracion contra Alexandro.—Traza cómo se habia de dar la muerte á Alexandro.—Qué personas eran las del Consejo de Alexandro y para qué efecto se juntan.—Monsieur de Hesse preso en Canoe, donde le cortaron la cabeza.—Juan Bautista del Monte recupera á Marvile y rompe los rebeldes.—En la villa de Carpen y otras se acaba la religion cristiana.—Monsieur de la Nua sitia y gana la villa de Niconen y la presidia de herejes.—Gran terremoto en las islas.—Amenazas del archiduque Matías á los mal contentos.—Malinas recuperada por Monsieur de Capre.—Alexandro envia parte del ejército con el marqués de Rubes sobre Monsieur de la Nua.—Monsieur de la Nua roto y preso en poder del marqués de Rubes.—Los de Cobordan profanan los templos, desmantelan su castillo y echan fuera á los católicos.—Los labradores comarcanos de Cobordan rompen al conde Holac y él se venga dellos.—Crueldades del príncipe de Orange.—El conde de Renemburg con fuerza de armas se apodera de Groeninghen y echa fuera á los herejes y degüella á muchos.—Malos trata-

mientos de católicos por el príncipe de Orange.—Los herejes queman las reliquias y maltratan las imágenes.—El príncipe de Orange pone sitio á la villa de Groeninghen.—El coronel Esquenque va por órden de Alexandro á socorrer á Groeninghen.—El conde Holac bate á Groeninghen.—El coronel Esquenque rompe el ejército de los condes Holac y Nasao, los cuales huyen y pierden sus banderas.—El Esquenque recupera á Cobordan, desamparan los rebeldes el sitio de Groeninghen y pierden otras plazas.—Condé perdida y vuelta á recuperar por los católicos.—El conde de Vergas se pasa á servir el ejército católico.—El conde de Renemburg rompe el ejército rebelde y le gana sus banderas y la villa de Cobordan y Aldonze.—Monsieur de Hautepena gana la villa de Breda.—Diferencia de católicos y herejes en la ciudad de Aquisgran.—El príncipe de Orange solicita á Isabel de Inglaterra para establecer en Flandes al duque de Alanson.—Artificio del príncipe de Orange.—Sentimiento del archiduque Matías.—Respuesta de los Estados al archiduque Matías.—El marqués de Rubes va á hacer un fuerte á Cambray.—El conde Mansfelt sitia la villa de Bujen y la bate.—El castillo y la villa de Bujen volados de la pólvora.—Alanson despacha bien los embajadores de Flandes.—Sitio de la villa de Estembique.—Muerte del coronel Juan Meni.—Los católicos rompen el socorro de los rebeldes.—Confusion y fuego en Estembique.—El coronel Norris, inglés, va al socorro de Estembique y facciones que en él hubo.—Junta en Gante de herejes para perseguir los católicos.—Alexandro da órden para acometer á Gante.—No tuvo efecto la presa de Gante.—Alexandro elije al coronel Francisco Verdugo para el gobierno de Frisa.—Martin Esquenque gana el castillo de Güeldres por inteligencias del capitan Monfort.—Muerte de Gerardo, cardenal, y eleccion de Alberto.—Alexandro aprieta á Cambray.—Alexandro sitia á Nivela y se le rinde.—Victoria de católicos en Frisa.—Trescientos españoles rompen el ejército rebelde en Frisa.—Odio contra españoles.—El príncipe de Orange procura la entrada de Alanson en Flandes.—Alanson se previene para entrar en Flandes.—Alexandro envia á socorrer á Aloste y los católicos rompen los rebeldes.

Ya escribí como el coronel Martin Esquenque habia tenido felices sucesos y hecho algunas buenas facciones contra los rebeldes en las provincias de Frisa y Güeldres; pero como las cosas de la guerra son varias y no pueden todas veces ser favorables á los que asisten en ella, se vió arrinconado y con poca gente que le favoreciese. A los primeros de Enero de 1580 dió aviso á Alexandro para que le enviase á socorrer, y cómo no dilataba jamás todo lo que se le ofrecia en servicio del Rey, nuestro señor, encaminó luégo parte del ejército para que fuese dando calor al capitan D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, á quien habia ordenado lo fuese á socorrer con seis compañías de caballos y que se adelantase y reconociese los puestos que tenian.

Llegó á la villa de Estralen, tres leguas de donde se hallaban los rebeldes y el coronel Martin Esquenque, y á vista dél

se fué mejorando para que viese le iban á socorrer, y ordenó á García de Olivera (que ya escribí era Capitan) que con su compañía de arcabuceros á caballo y al teniente Gonzalez de Navarrete que con cincuenta lanzas de la suya tocasen arma á los rebeldes; y yéndolo á poner en ejecucion tuvo aviso García de Olivera que dos compañías suyas de infantería iban la vuelta dellos, y pareciéndole que si se entraban en una abadía que tenian guarnecida podrian estorbar el socorro, volvió atras y lo comunicó con D. Pedro de Toledo; y habiéndolo con su prudencia considerado, le ordenó que lo procurase evitar ántes que lo pusiesen por obra. No dilató el tiempo García de Olivera y marchó á toda priesa la vuelta de los rebeldes y comenzó á escaramuzar con ellos, pero defendiéronse tan valerosamente, que halló dificultad en romperlos por un arroyo que estaba en medio, y le seria fácil entrarse en la abadía sin podérselo estorbar; facilitólo con hacer apear su compañía, y le ordenó cerrase por la parte del bosque y le ocupase, para que haciéndolo él (como lo hizo, pasando el agua con las lanzas y con treinta más que le envió D. Pedro de Toledo á cargo del teniente Duarte Nuñez, que murió Capitan entretenido en la ciudad de Coruña y era muy valiente soldado, no pudiesen entrar los rebeldes en la abadía.

Con esta resolucion dió en ellos valerosamente y los hizo retirar con sus banderas en el bosque, y como su compañía le tenia ocupado, le salió al encuentro y los desbarató y ganó las banderas, y García de Olivera se las dió á D. Pedro de Toledo. Prendieron sus Capitanes y Oficiales y ganaron todo el bagaje, sin que quedasen vivos de los rebeldes seis hombres, por haberles degollado á todos: de los españoles no murieron más del teniente Gonzalez y tres soldados de la compañía de García de Olivera, habiéndose visto en gran peligro D. Félix de Aragon, al cual mataran si no le socorrieran, por hallarse á pié armado por haberle muerto el caballo. Con este buen suceso se mejoró D. Pedro de Toledo á la vista del Esquenque por haberle dado calor Otavio de Gonzaga que habia llegado con el resto de la caballería. Los rebeldes se atemorizaron y temieron perderse, y ántes de hacerlo pidieron paso franco y que los dejasen ir con

su ejército, y que rendirian un fuerte que tenian muy guarnecido, y los soldados dél habian hecho notable daño y tenido muy apretado al Esquenque y sitiádole un castillo; y por no aventurar á perder, contentándose con haber sacado fruto de lo que se iba á hacer, se les concedió lo que pedian.

A los 20 de Enero deste año llegó á la villa de Mastriq (donde todavía se estaba Alexandro) D. Pedro de Aragon, hijo del duque de Terranova, y le dió aviso como la Junta de Colonia se habia deshecho sin resolver la paz con los Estados, habiéndose convertido en humo las esperanzas que los unos y los otros tenian, si bien no muy seguras, por haber sido todo lo que trataban con tanta cautela y malicia como habia pronosticado Alexandro; y no dejó de pesarle no hubiese conformádose con su parecer el Rey, su tio, ni dádole crédito á lo que tantas veces le habia escrito, que sus enemigos, con apariencias de paz, deseaban hacer la guerra, deshaciendo sus fuerzas y alzarse con sus Estados, los cuales comenzaron á dar priesa á que saliese dellos la nacion española y cumpliese Alexandro los capítulos que habia jurado: mas como vió lo que le importaba y el deservicio que se hacia al Rey, nuestro señor, procuró entretenerlos con buenas razones y ocultar la órden que dél tenia para sacarlos, pareciéndole que si la ponia en ejecucion sin darles algunas pagas ó satisfaccion de las muchas que se les debia, visto sus grandes necesidades y que todo lo que habian ganado en el saco de Mastriq lo habian jugado y mal perdido se le pudieran alterar y perder el respeto, prevencion de gran soldado y que debe mirar mucho el que lo fuere y preciare dello, particularmente un Capitan general, los inconvenientes y daños que pueden resultar en semejantes ocasiones, fáciles en suceder y difíciles en remediar, y por no verse Alexandro en ninguna, le pareció, en tanto que le llegaba el dinero para poderlo hacer, entretener los españoles y alojarlos en la campiña y contornos de Tornante. Hízolo así, y ordenó á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, que los llevase á cargo y gobernase, por ser amado de todos, calificado, gran caballero y de quien se tenia en todo el ejército español gran satisfaccion.

A los 28 de Febrero llegaron de España cuatrocientos mil ducados, y mandó Alexandro se les hiciesen sus cuentas, y que llamasen á los Maestres de campo y les dijo la órden que tenia del Rey, nuestro señor, y la brevedad con que mandaba saliesen de los Estados; y que diesen órden á sus tercios y estuviesen apercibidos para marchar, porque queria que á los 20 de Marzo se hallasen cerca de la villa de Arlon y en sus contornos. Era este puesto hasta donde tenia determinado de acompañarlos, y porque el conde Mansfelt estaba en esta sazon ocupado en las provincias del Artoes y Henaut, ordenó á Francisco Verdugo, Gobernador que era de la villa de Tumbilla, situada en el Ducado de Luxemburg, fuese haciendo su oficio de Maestre de campo general hasta que saliesen los españoles fuera de los Estados; digno deste cargo y de otros mayores por ser uno de los valerosos y prudentes españoles que habia. Alexandro mandó luego librar seis pagas á toda la nacion española; las cuatro recibió luégo por mano del Tesorero general, Joan de Lastur, de nacion vizcaino, gran cristiano y uno de los más justificados y rectos Ministros que hasta aquellos tiempos sirvieron al Rey, nuestro señor: las otras dos mandó se les diesen en pasando las montañas de San Bernado, con que los soldados quedaron muy contentos, mas no de salir de los Estados, que lo sintieron extrañamente, tanto por el deservicio que se hacia al Rey católico, como por dejar sólo y empeñado á Alexandro, á quien amaban como á verdadero padre, porque jamás hubo generalísimo que tantas honras y mercedes hiciese á la nacion española. El sentimiento que él tuvo de su partida fué en mayor extremo, porque les pagaba en la misma moneda y estimaba al menor soldado español como á su misma persona. Hizo luégo llamar á Otavio de Gonzaga y le dió el gobierno dellos para que los llevase á Italia y los entregase al marqués de Ayamonte, gobernador que era del Estado de Milán; mandó le hiciesen una patente muy ámplia, llena de honras y mercedes, con las mismas gracias y preeminencias que la que él tenia de generalísimo.

En esto mostró Alexandro su generoso ánimo, acompañado de gran virtud y alta nobleza, porque no haciendo caso de los

malos oficios que Otavio de Gonzaga en muchas ocasiones le habia hecho, con haber procurádoselos tan buenos con el Sr. Don Juan de Austria, su tio, y levantándole de un caballero particular á General de toda la caballería, sin otros grandes puestos que habia ocupado y tenido á cargo muchas veces; todo el ejército le quiso en aquella despedida honrar de suerte que entendiese el mundo cuán bien sabia pagar malas correspondencias con tan buenas obras. Otavio de Gonzaga quedó tan agradecido y premiado de sus servicios, que quisiera con grandes obras pagar á Alexandro las que recibia con otras muchas honras y mercedes que le habia hecho, y habiéndole besado las manos por ellas, y habládole con grandísimas sumisiones, se reconoció ofreciendo ser tan agradecido como se podia desear.

En el tiempo que Alexandro estuvo en Mastriq cobrando su salud hizo reedificar aquella plaza, amunicionarla y guarnecerla más bien que lo habia estado por los rebeldes; ocupóse en hacer muchas mercedes á los soldados en general y en particular á los que en los asaltos se habian señalado. Honró y aventajó mucho á Alonso García Ramon, soldado del capitan Perea, por haber sido el primero que entró en Mastriq. Fué este soldado digno de eterna fama, pues dió ocasion de salir de uno tan peligroso como reñido sitio y acabar la más alta empresa que Capitan general tuvo entre manos; y como sabia que un soldado es tan bastante á quitar una victoria como á darla, era tan honrador de todas y tan compañero en los trabajos, que hasta hoy no se le igualó Príncipe ni Capitan general en ninguna de sus acciones, salvo el Sr. D. Juan de Austria, su tio, que pasó á todos los demas.

Hallábase Alexandro en Vise despues de haber partido de Mastriq, y porque sucedió allí un caso digno de saberse, me ha parecido escribirlo, y fué: que un soldado de la compañía de Joan de Castilla tenia amistad con una mujer casada con uno de á caballo ligero, el cual tenia ochocientos ducados y algunas joyas de oro y plata que habia ganado en Mastriq, y por quitarle esta hacienda que la mujer tenia guardada, la llevó (debajo de la amistad que se tenian) á un bosque, y despues de

haberla gozado y hecho muchas caricias, la mató y le quitó el dinero y cuanto tenia, sin reparar en que fuese su amiga ni en el estado en que estaba para matarla; y cuando la echó ménos su marido se hicieron diligencias y la hallaron en el bosque con muchas heridas, y habiéndolo sabido Alexandro mandó que se averiguase quién la habia muerto. Súpose que tenia este soldado por amigo y de que era hombre jugador, que este solo indicio bastó para que Alexandro se persuadiese que él la habia muerto. Mandó que le trajesen á su presencia, y estando en ella le preguntó muchas cosas y le examinó con harto cuidado, y hallándose el soldado confuso, le respondió que permitiese Dios que ántes de apartarse de allí reventase si á la mujer conocia ni la habia robado, y en acabando de decir estas palabras, permitió Dios que reventase por los hijares, y por allí se le salieron las tripas y redaños; cayó muerto y le hallaron en las faltriqueras parte de los dineros y joyas. Alexandro y los que estaban presentes quedaron admirados deste caso. Quiso Dios se cumpliese en este miserable soldado la sentencia que él mismo se dió por la traicion que habia cometido, y como no se podia descubrir por otro camino, quiso por este tan milagroso darnos ejemplo para no perjurarnos, particularmente en cosas desta calidad y donde Dios puede mostrar su justo juicio.

Cuando los tercios españoles acabaron de recibir sus pagas y estuvieron aprestados para hacer su viaje, mandó Alexandro los pusiesen en escuadron para despedirse dellos; formáronle en una buena campaña rasa, el sábado de Ramos, y acompañado de toda su corte se entró dentro dél y mandó hacer seña á las trompetas, pífanos y cajas para que callasen porque queria hablar á los soldados; luégo prestaron silencio, y con los rostros más tristes que alegres le salieron á recibir, tan enternecidos como él lo estaba, y vuelto el rostro á las banderas, con el sombrero en la mano (porque era maestro de la cortesía), les dijo que ya habian entendido la resolucion que el Rey, nuestro señor, habia tomado de que saliesen de sus Estados, y las extraordinarias y apretadas diligencias que él habia hecho para

que no tuviese efecto, representándole lo que cada uno (pues eran tan grandes soldados) debia considerar; y que pues habia valido tan poco en no poder lograr las esperanzas que habia tenido, no se excusaba de representarle el mucho dolor que sentia de haberse de apartar dellos, y que ningun consuelo hallara mayor que irlos á acompañar; pero que, pues el oficio de todos era obedecer el órden del Rey, nuestro señor, no podia hacer otra cosa: y pues todos consideraban y sabian lo que le estaba mejor, atribuyesen á su voluntad semejante resolucion y no á ningun respeto ni causa, pues él no la hallaba en cuanto se le ofrecia, más de mostrar el amor y benignidad que su tio tenia á sus vasallos, pareciéndoles por este camino y no con las armas reducirlos á la obediencia de Dios y suya, concediéndoles cuanto le habian pedido; pero que no podia dejar de sentir el manifiesto engaño que habia recibido y el atajarle al mejor tiempo el camino de sus prósperos sucesos, cortando el hilo á sus victorias; que estuviesen ciertos se aumentaran si con tan grandes soldados se quedara, señoreándose en breve tiempo de todos los Estados rebeldes; y que por donde el Rey católico, su tio, pensaba traerlos á la obediencia, que era con amor y confianza, dilataba su deseo, siendo gente (como era la flamenca) mudable, ingrata, pertinaz y de engañosos pechos, como por experiencia se habia visto por lo pasado, y que en lo presente procuraba dilatar la guerra y partirse entre ellos el Patrimonio real; y pues todos habian tocado con la mano lo que les decia, que les suplicaba y pedia con grandes encarecimientos, por lo mucho que les queria y el gran amor que en él habian conocido, que si en alguna parte oyesen cosa que tocase su reputacion, respondiesen por ella, como testigos de vista que habian mirado sus acciones y de la manera que habia procedido, y como el Rey católico lo dejaba entre sus enemigos, sin gente y sin dineros, con que no podria resistir sus fuerzas siempre que le quisiesen ofender; y que en lo que tocaba á sus particulares y pretensiones de cada uno, que habia escrito á S. M. por todos generalmente, suplicándole, en premio de sus servicios y los que le esperaba hacer, no cerrase la puerta de las

mercedes á tantos y tan señalados como todos le habian hecho, derramando su sangre y perdiendo sus miembros, y que á cada Capitan daria una carta significando sus acciones, que pues las sabia, hallándose presente á todas, serviria de testimonio para que fuesen acrecentados y premiados conforme los méritos, partes y servicios de cada uno.

Fué tan grande el sentimiento que todo el ejército español hizo, que por muy grande espacio no le pudieron responder; tales eran los sollozos y lágrimas que derramaban que, sin poderlas reprimir, se arrojaron á sus piés y le pidieron las manos; los Alféreces le abatieron las banderas, y, de turbados, no las pudieron volver á arbolar hasta que se apartó dellos, y algunos Capitanes, como pudieron, se esforzaron á hablar y le dijeron que todos en general habian visto y considerado de la manera que el Rey, nuestro señor, le dejaba, y cuán desabrigado de fuerzas y de lo que habia menester, sin tener á quien volver los ojos; y que demás del mucho agradecimiento que mostraban por las grandes honras y mercedes que siempre les habia hecho y las que al presente les prometia, que protestaban y ofrecian, como soldados españoles, de ser pregoneros de su mucho valor y prudencia, de lo bien que les habia gobernado y honrado, y que todas las veces que tuviese necesidad dellos y los enviase á llamar volverian con grandísimas veras y voluntad á defenderle y servirle hasta acabar las vidas en su servicio, sin atender á sus particulares ni pretensiones, pues para lo mucho que le debian les parecia todo muy poco. Alexandro se lo agradeció mucho y los comenzó á abrazar, y todos, asidos dél, le querian volver á acompañar. No consintió que ninguno lo hiciese, partiéndose luégo con su corte y con ochocientos caballos italianos la vuelta de la villa de Anamur, donde llegó á los 2 de Abril, segundo dia de Pascua de Resurreccion, tan descontento y desconsolado como lo iban los tristes españoles la vía de Italia, á cargo de Otavio de Gonzaga, como se ha escrito; y el coronel Francisco Verdugo, habiendo cumplido lo que se le ordenó, se volvió á su gobierno de Tumbilla, donde procuró hacer dejacion dél, pidiendo licencia para ir siguiendo

los demas españoles, pues por serlo no podia quedar en los Estados conforme á lo capitulado. No quiso Alexandro concederle lo que pedia, ni la nobleza y Consejo del ducado de Lucemburque lo permitió; ántes instaron mucho se quedase en su gobierno de Tumbilla, porque ellos no se tenian por obligados á cumplir lo que las demas provincias reconciliadas, pues fueron siempre leales y jamás habian perdido el respeto á Dios ni al Rey, nuestro señor, y por lo pasado se habian conservado en la religion cristiana, y por sí sólos apartados ordinariamente de las demas provincias. Francisco Verdugo obedeció lo que se le habia ordenado, quedando, tan amado de todos, en Lucemburque, por su mucho valor, buenas partes y grandes servicios, como adelante se verán los señalados que hizo por el Rey, nuestro señor.

Los Estados de Flandes que se vieron desembarazados y libres de los españoles, se regocijaron mucho, pareciéndoles no les quedaba ningun estorbo que les impidiese para salir con sus depravados intentos, y era tanto el ódio que les tenian, que porque supieron que entre la caballería italiana se habian quedado quince ó diez y seis, no lo quisieron permitir y hubieron de salir como los demas.

Viéndose Alexandro en la villa de Anamur muy sólo y desautorizado, y en medio de las mayores tristezas y desconsuelos que se podia imaginar, le llegó nueva como los rebeldes habian dado una escalada á la villa de Malinas y la habian ganado por fuerza de armas y degollado toda la guarnicion, haciendo grandes estragos, robos, fuerzas, incendios y maldades, profanando los templos, derribándolos, echando en tierra y hollando al Santísimo Sacramento, sin dejar con vida ningun fraile, clérigo ni religioso. Esto le acrecentó tanto el pesar por no poder acudir al remedio, que se le conoció en el rostro y en la inquietud que traia, que como era fogoso y de ánimo invencible quisiera luégo castigar el desacato y volver por la honra de la Iglesia; y á quien le dió la nueva le respondió, que no se maravillaba de lo que habian hecho en Malinas, pues podrian lo mismo hacerlo en las demas villas y lugares, sin tener quien

se les opusiese á tan grandes desórdenes, y que seria posible que el Rey, nuestro señor, creyese haber sido verdad todo lo que le habia escrito y suplicado, pues la experiencia le iria enseñando otros muchos y más adversos sucesos, pues áun bien no eran salidos los españoles de los Estados ya se habia perdido una de las mejores villas que hay en ellos. De allí á seis dias le vino aviso como la de Diste se habia tambien perdido, y que la habia ganado á escala vista Alonso de Venegas, mulato y español, natural de la ciudad de Andújar, del obispado de Jaen, que era Capitan del príncipe de Orange y muy su confidente, con ayuda de los calvinistas que estaban dentro, y la guarneció con un fuerte presidio de rebeldes, y pues un sólo español que les servia les habia sido de tanta importancia, se deja considerar de la mucha que serian tantos como habian echado de Flandes, pues por su ausencia se iban perdiendo las villas sin haber quien las recuperase.

Este Alonso de Venegas, en tiempo del duque de Alba, se fué de Flandes á Francia á buscar un enemigo que tenia; sirvió en aquel reino á los franceses, y por su mucho valor la Reina madre le favorecia mucho, y deseando volverse á los Países-Bajos le dió cartas para D. Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, que en aquella ocasion gobernaba el ejército; recibióle bien y agasajóle mucho, encargando le hiciesen buena acogida entre los demas soldados españoles. Servia con puntualidad y se preciaba de andar más bien armado que otros; y como los que en la guerra lo están son preferidos, siempre le daban la primera hilera, y en los escuadrones ocupaba (por más bien armado) los mejores puestos. Envidiosos desto algunos Oficiales reformados y otros soldados particulares, le cobraron ódio, especialmente un ayudante de Sargento mayor, que despues murió Capitan, que excuso escribir su nombre por justos respetos, y no haber tomado la satisfaccion que le importaba deste Alonso Venegas, como adelante se dirá, deseaba atropellarlo, incitado de los que le querian mal; pero como D. Fadrique de Toledo le favorecia, nadie se le atrevió. Un dia de ocasion de pelear quiso este Ayudante (persuadido de lo que le aborrecian) quitarle de

la primera hilera, habiendo dado ocasion á que otros le despreciasen como á negro y vituperasen (que poco han menester los soldados para semejantes cosas cuando se ven favorecidos y con alas de sus Oficiales). Quedó el mulato Venegas tan ofendido desto, que desde luégo previno la venganza; y acabada la ocasion y deshecho el escuadron, desafió al Ayudante á reñir en campaña, no como á Oficial, sino como á soldado, pues en tal caso podia ser su igual. Respondióle que no era hombre que habia de reñir con un perro mulato, sino con otro de su calidad y color; hubo disputas en el ejército y pareceres que apoyaron esto; otros, que pues eran iguales en el hábito lo habian de ser en las obras, demás de que era hombre de bien y buen soldado y podia reñir con él. Quedóse así; ni hubo amistades por parecerles habia desigualdad, y que un soldado con un Ayudante de Sargento Mayor no podia perder punto, ni le habia para poder hacer caso dello; pero Alonso Venegas quedó tan corrido del menosprecio que dél se hizo, no respetando á su persona por el color, que viendo le estorbaban la venganza, sin considerar las obligaciones de cristiano y las que tenia á su nacion, y que ya deshonrado no podia mostrar el valor que tenia ni vivir entre los que le habian menospreciado y abatido, quiso que se conociese entre los enemigos de la Iglesia, á los cuales se fué á servir, y procedió de manera entre ellos que le obligó á el príncipe de Orange á hacerle Capitan y á casarlo con una mujer principal y de muy buenas partes; y por los Estados rebeldes se señaló valerosamente en las ocasiones que se le ofrecieron, y cobró tanta opinion que jamás se vió menospreciado, ántes favorecido y estimado de todos los enemigos de S. M.; y pues en la infantería española son todos los soldados hijos de sus obras, no es justo despreciar á nadie, ni que ningun General ni superior lo permita, pues se ve claro que, por haber en nuestros ejércitos tenido en poco algunos soldados, sucedernos lo que con Alonso de Venegas y con Manzano, que tanto en Mastriq nos dió en qué entender por su mucho valor, que por descuido de no haberle hecho amigo con otro soldado que le habia desmentido, no pudiendo ó no haber querido cobrar su

honra, pareciéndole no estaba con su reputacion en el ejército español, se fué con los rebeldes, donde tambien fué Capitan del príncipe de Orange, como se ha referido, y Alonso Lopez, cuyo sobrenombre se calló mucho tiempo, porque tomó el de Arentales, villa de Brabante, en la cual fué Gobernador y Capitan de lanzas por el príncipe de Orange y uno de los más valientes españoles que en su tiempo hubo. Sirvió á los Estados rebeldes valerosamente, y hizo algunas correrías en el ejército español, atreviéndose muchas veces á entrar con su compañía en los cuarteles, y emprendió muchas cosas de consideracion con que alcanzó nombre de valiente Capitan, como lo era, entre los rebeldes á quien sirvió con gran fidelidad, y lo fué á hacer por temor no le ahorcasen, por haber sido cabeza de soldados españoles desordenados que habian ido á correr y roto una salvaguardia. Este fué siempre muy misericordioso con los españoles y otros soldados católicos que tuvo en prision, y cuando se hablaba dél le llamaban Alonso de Arentales. Tuvo un Teniente, tambien español, que se llamaba Castrillo, hombre de gran valor y fuerzas, al cual prendieron los españoles junto á Arentales, y D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, que los gobernaba, á persuasion de los demas españoles, lo mandó arcabucear en Tornante en un palo de un pozo, y en el mismo palo habia hecho ahorcar este Castrillo á un labrador, por no haber querido dar cierto dinero que le pedia. Fué juicio de Dios perdiese la vida donde él la habia hecho quitar injustamente á este pobre labrador.

En este mismo tiempo hubo otro español, llamado Bartolomé de Cabañes, que servia á los rebeldes, no tan valeroso ni arriscado como los ya nombrados; pero los unos y los otros tuvieron poca razon y no merecen disculpa, pues, cuando sus causas fueran más legítimas que estas, habia Príncipes cristianos á quienes servir, como se ha visto que lo han hecho otros españoles; ó por desdeñados ó por pendencias y delitos que han cometido, viéndose forzados de sus superiores, dejar el servicio del Rey, nuestro señor, ó ídose con el emperador á Alemania ó con el duque de Lorena; y otros por cuyos medios y favor han

alcanzado sus perdones y restituido sus honras hasta ponerse en su primera libertad; y así, en ninguna manera se puede admitir disculpa destos tales, ni creer dellos otras cosas sino que por mandar y vivir licenciosamente y fuera de la obediencia y disciplina militar de la nacion española, dejan sus banderas y siguen las de los enemigos de la Iglesia; pero todavía es bien quitarles la ocasion por el cuidado que estos tales han dado y pueden dar. Alexandro le tuvo muy grande con la pérdida de Diste y le creció la confusion y el desengaño de poder resistir las fuerzas de los rebeldes, y estuvo determinado de enviar á decir que volviesen los españoles, ó salirse él tras ellos; pero considerando que nada desto se podia hacer sin incurrir en inobediencia, y que era forzoso buscar algun remedio para hacer el servicio del Rey, nuestro señor, y conservarse entre sus enemigos, se confundia más por no hallar ninguno que fuese de provecho; y estando en estas varias imaginaciones le dió un mal repentino, que fué general en los Estados de Flandes y en la mayor parte de Europa, que le llamaron el catarro ó mal mazuco. Túvole toda su casa, y fué de suerte que no hubo criado que le aderezase de comer, ni quien le diese de vestir, ni asistiese en su enfermedad y convalecencia. Esto fué causa para divertirle de sus pensamientos y borrar de la memoria las determinaciones que tenia, y cuando bien las pusiera por obra, quedara disculpado, porque demás de la poca asistencia (pues de ninguna parte le venia), le dejaron tan sólo, sin autoridad y con tantas incomodidades, que de todo punto le faltaron las esperanzas para proseguir en el servicio del Rey, nuestro señor, que era lo que más le atormentaba; pero como su ánimo invencible no daba lugar á ningun temor, se conservaba entre tan grandes contrarios, más favorecido de su valor y buena diligencia que de otros medios ni fuerzas corporales.

Las provincias roconciliadas (que debajo deste nombre se podia entender su intento), echaron de ver que, para cumplir en parte con sus obligaciones y lo que habian jurado y ofrecido, les estaria bien contemporizar con Alexandro, y así le enviaron

sus Embajadores pidiendo les hiciese merced de pasar su casa y corte á la villa de Mons, en Henaut, donde estaria con más comodidad y á la mano para lo que se ofreciese en los Estados. No le dió mucho gusto esta embajada, así porque la gente de la villa de Anamur la tenia por más leal y fiel en el servicio del Rey, nuestro señor, y que en las ocasiones pasadas lo habian mostrado, como porque á la seguridad de su persona le estaba más á propósito, y que en Mons no le dejarian entrar para la guardia della ninguna guarnicion, ni la caballería italiana, de quien se fiaba, ni de otra ninguna nacion; hubo de atropellar todas estas dificultades por cumplir la voluntad del Rey católico, y ponerse en las manos de los reconciliados, como lo hizo, partiéndose luégo con toda su casa y corte á la villa de Mons, donde llegó á los 15 de Abril deste año.

Fué recibido con muchos regocijos y grande aplauso y fiestas extraordinarias, manifestando en lo exterior gran contento de su llegada, y mucho más de allí á quince dias, que fué el 1.° de Mayo, porque le juraron por su Gobernador general, celebrando con grandes banquetes, á uso del país; en las casas de Ayuntamiento y en la de algunos señores hicieron lo propio, mostrando siempre á Alexandro el mismo respeto y obediencia que á la persona real. Todo esto fué á fin de obligarle con este cebo y sumisiones para que, grangeada su voluntad, salir con las suyas y desautorizarle poco á poco, atándole las manos de suerte que hubiese de vivir por las mismas dellos, como de allí á pocos dias lo intentaron, pretendiendo que todo el dinero que fuese de España se entregase al Consejo de Hacienda y se distribuyese por los Presidentes y Consejeros dél; y como Alexandro vió que por este camino le querian usurpar su autoridad, se resolvió á decirles no lo pretendiesen porque no saldrian con ello; y ántes de darles lugar á otra nueva intencion y atajarles las que más podrian tener, formó luégo Pagaduría y Contaduría de españoles, para que con cuenta y razon pagasen y distribuyesen el dinero del Rey, su tio; y por Contador nombró á Pedro Coloma, persona plática y de satisfaccion, que áun se estaba en los Estados, y envió á París á llamar á Pedro de Olave, y le

dió título de Pagador, que no ménos buenas partes tenia que el Contador.

La guarnicion de Cambray corria en este tiempo los países y contornos del Artoes y Henaut, y los vecinos se hallaban muy oprimidos, y los mal contentos instaron con Alexandro fuese sobre aquella plaza, y él les dió esperanzas de hacerlo con mucha brevedad, y en aquella sazon traia inteligencias de ganar por trato la villa de Cortray; y teniéndolo en buen estado, envió á llamar al marqués de Rubes, General que era de la caballería católica por ausencia de Otavio de Gonzaga, y que la trujese consigo y á Monsieur de Hautepena con su regimiento de infantería valona; y dádoles el órden que habian de tener para salir con la empresa, lo pusieron en ejecucion, y á la hora de medio dia, siendo asistidos de los católicos que habia en la villa, entraron dentro della sin ninguna resistencia, apoderándose de las puertas toda la infantería para dar lugar que entrara la caballería, y á los pocos burgueses que comenzaron á defenderse los degollaron; y en estando todos quietos y desarmados comenzaron á saquear la villa y á robar cuanto habia en las casas, y aunque ganaron algunos prisioneros de importancia, no quiso el Marqués concedérselos ni que fuesen tenidos por tales, ni permitir que durase el saco más de aquel dia y otro, hasta la hora de comer, é hizo echar bando que nadie fuese osado de entrar en ninguna casa ni proseguir en el saco, ni se sacase fuera de la villa ningun prisionero de cualquier calidad que fuese; luégo hizo presidiar el castillo que hay en ella, y con el resto de la gente que habia llevado se partió á Mons, y Alexandro le recibió con mucho gusto y dió las gracias por lo bien que habia procedido y hecho aquella empresa tan particular. El Marqués le besó las manos con grandes sumisiones. Era un muy gran caballero, y mostró estar arrepentido por lo pasado y no haber correspondido como debia al servicio del Rey, nuestro señor, y procuraba con muchas veras borrar esta memoria con proceder de allí adelante (como lo hizo) tan honrada y valerosamente como se podia desear, y se echó de ver esto muy bien de allí á pocos dias, porque des-

cubrió una traicion que tenia hecha Monsieur de Hesse, cuñado del conde de Agamont, y gobernador que era de Bruselas, contra Alexandro y toda su corte, pareciéndole á él y á los demas cómplices por este camino señorearse de los Estados, y ponerlos debajo de la obediencia del príncipe de Orange; y fué, que habiendo dado Alexandro órden á este Monsieur de Hesse que levantase un régimiento de tres mil valones, y teniéndolos ya á punto bien armados y granjeados á sus Capitanes y á su devocion todos los demas Oficiales y soldados particulares, tuvo inteligencias con el duque de Alanson, que poco ántes habia ganado (por traicion que hizo al Rey, nuestro señor) Monsieur de Anisi á la villa de Cambray como Gobernador della, que facilitando por su medio el dar entrada en ella á toda la caballería italiana, que eran las fuerzas que por entónces le habian quedado á Alexandro, y que dejando entrar la mayor parte della se cerrasen las puertas de la villa y la degollase, y lo mismo á la que quedase fuera, teniendo para este efecto prevenida gran número de gente, y que el dia deste trato persuadiria á Alexandro saliese á ver su regimiento con toda su casa y corte y los de su Consejo, y teniéndolos en campaña, fuera de la villa de Mons, cerraria con él y con los demas y los degollarian; con que de todo punto y sin ningun estorbo quedaria por dueño de los Estados y el príncipe de Orange por soberano señor dellos: para esta traicion se habia fiado Monsieur de Hesse de Monsieur de Buque, Capitan francés, que por desdenes se habia apartado del servicio del duque de Alanson y venídose á el del ejército católico, y por serlo él y celoso del servicio de Dios, dió parte dello al marqués de Rubes, el cual hizo relacion de todo á Alexandro, que agradecido dello le abrazó y pidió encarecidamente el secreto con grandes ofrecimientos y promesas de satisfacer el gran servicio que le hacia, advirtiéndole no se diese por entendido dello ni dejase de ir avisando de los movimientos de Monsieur de Hesse. El Marqués lo prometió así, y mostró la gran fidelidad que despues de haberse reconciliado tenia al Rey, nuestro señor, y á su sobrino, y hasta su muerte se le conoció esta virtud y gran arrepentimiento de

haberle ofendido; diferentemente que otros señores de los Estados, que en muchas ocasiones mostraron sus dañadas intenciones, como á su tiempo lo veremos.

El marqués de Rubes se partió luégo adonde estaba el regimiento de Monsieur de Hesse, y le dió órden que á los 24 de Mayo deste año amaneciese con él á las puertas de la villa de Mons, donde estaba Alexandro y su corte, porque este dia le queria ver con el número de los tres mil hombres que habia ofrecido. Llegó á la misma hora y puso todo su regimiento en escuadron, y apercibió con diligencia su gente para la traicion que tenia trazada. Entró luégo en la villa, sólo acompañado de sus criados, y se fué al palacio de Alexandro y preguntó si era levantado; respondiéronle algunos que allí estaban, que nó, y entróse en la antecámara á esperar la hora que deseaba; y para disimular su traicion y entretenerse, pidió de almorzar al capitan Pedro de Castro, que era de la cámara de Alexandro, y mandó que se lo diesen muy cumplidamente, y sin saber á lo que iba, se entró en la cámara á ver si Alexandro estaba despierto, y le halló vestido con su capa y espada paseándose con más cuidado de lo que pensó; y como le vió se comenzó á reir, y diciéndole cómo se habia vestido sin que él y los demas de su cámara hubiesen entrado, respondió que para vestirse no habia menester ayuda, y le preguntó que quién estaba allá fuera. El capitan Pedro de Castro le respondió que Monsieur de Hesse, y que le habia hecho dar de almorzar porque lo habia pedido. Alexandro le dijo se volviese á salir de la cámara y le dijese que estaba durmiendo y le entretuviese hasta que viniese el marqués de Rubes con todos los demas de su Consejo de Estado y Guerra, y que en llegando se lo entrase á decir; hízolo ansí, y cerró la puerta. De allí á una hora estaban ya juntos los del Consejo, que eran entónces el conde Mansfelt, el coronel Cristóbal de Mondragon, Gaspar de Robles, baron de Velli, el marqués de Rentin, Juan Bautista del Monte, el conde de Buque, el presidente Pamola que lo era del Consejo privado, Monsieur de Asombila, el Marqués de Rubes y el presidente Richardote, y con ellos se habia ya juntado Monsieur de Hesse, y todos, cómo estaban,

entraron en la cámara de Alexandro, y les dió los buenos dias y á él la bien venida, y le preguntó si traia buena gente en su regimiento y dónde estaba, como si no lo supiera. Respondióle que á la puerta de la villa, hecho escuadron, esperando á S. A., y que le suplicaba que ántes que entrase el sol fuese á verle. Alexandro le respondió que de muy buena gana. El marqués de Rubes y el conde Mansfelt, dijeron que oyese S. A. primero misa, y que despues della le veria; y así, fueron todos á la iglesia, y en saliendo volvió Monsieur de Hesse á suplicarle viese su gente que le estaba esperando, y que era la mejor que se habia levantado en aquellos Estados. Alexandro hizo demostracion de cumplirle su deseo, volviendo una calle abajo hacia la puerta de la villa, y todos los del Consejo le dijeron que era ya tarde y entraba el calor; que pues S. A. habia determinado de ir á poner sitio á la villa de Bujen, allí podria ver su regimiento, porque parecia mejor en la ocasion que no en otra parte. No hizo Monsieur de Hesse buen rostro á esta resolucion, pero disimuló cuanto pudo y todos se volvieron al palacio de Alexandro acompañándole, y en llegando entraron en Consejo sobre este caso y determinaron que fuese preso, y lo hizo el marqués de Rubes el dia que se fué á poner sitio á la villa de Bujen, y adelantándose con la caballería, le llevó al castillo de Canoé, adonde se vieron sus culpas y él confesó de plano su traicion, y otras muchas que tenia trazadas. Allí le fué cortada la cabeza y murió con poco conocimiento de la fe católica. En este caso mostró Alexandro su mucha prudencia, porque demás de no haber querido hallarse en el Consejo que para castigarle se tuvo, no permitió que jamás le hablase nadie en esta causa, sino los que le habian avisado le salvasen ó condenasen. Al capitan Buque que descubrió esta traicion, le mandó dar Alexandro una cadena de oro de valor de cuatrocientos ducados, y mil en dinero, y trescientos de renta, y que los gozasen sus sucesores, y una compañía de valones.

Juan Bautista del Monte, con la caballería italiana, recuperó en este tiempo la villa de Marvile que la habian ganado los rebeldes de Gante, y con ellos tuvo un reencuentro, y cerrando

valerosamente los rompió y degolló más de novecientos infantes y mayor número de caballos.

Publicóse en esta sazon un bando en los Estados de Flandes contra el príncipe de Orange, por órden de Alexandro, que cualquiera persona que le diese preso ó muerto, se le darian veinticinco mil ducados y privilegios de nobleza á él y á todos sus sucesores; y llegado á noticia del de Orange, hizo publicar otro lleno de grandes libertades y desenvolturas contra el Rey, nuestro señor, y su sobrino Alexandro.

En la villa de Carpen y país de Overisel hubo en este tiempo grandes diferencias entre católicos y herejes, los cuales, como eran más poderosos, predicaban contra su voluntad la secta de Calvino, con tanta libertad, que cada dia estaban los unos y los otros con las armas en la mano para matarse. Intentaron echar de sus tierras toda la religion cristiana, y ántes desto habian procurado en la villa de Deventer echar todos los frailes de San Francisco; y como los rebeldes, aunque eran más que los católicos no podian resistirlos, sabiendo que ántes habian de morir que dejar la fe católica, determinaron de dar aviso al príncipe de Orange para que les diese guarnicion de herejes, y les envió un fuerte presidio, bastante á deshacer toda la religion cristiana que habia en toda aquella tierra, con que quedó acabada en ella por entónces.

Nonsieur de la Nua, General del príncipe de Orange, puso sitio á la villa de Nicoven, situada en el condado de Flandes. Defendíala el conde de Agamon y su hermano, y no pudiendo resistir el sitio, la rindieron, y Monsieur de la Nua la hizo presidiar de soldados herejes, y mandó llevar preso á la villa de Amberes al Conde y á su hermano. Casi en esta sazon hubo en Holanda, Gelanda é Inglaterra un grandísimo terremoto que duró tres dias, y pensaron anegarse y perderse todos, porque fué en tan gran extremo que parecia hundirse la tierra. Hizo muy gran daño á los ganados y heredades, y se arruinaron muchos lugares y casas, y en la mar se perdieron algunos navíos.

A los de la villa de Malinas solicitaba el príncipe de Orange para que se confederasen con los de Amberes, y á su persuasion

lo hubieron de hacer; pero como vieron que por la reconciliacion hecha por los Estados al Rey, nuestro señor, habian de padecer y que la guerra se iba encendiendo, y atemorizados de la confusion que habia en Amberes y el peligro en que vivian, enviaron al archiduque Matías para que les quitasen la guarnicion y les pusiesen otra de católicos. Hízolo así por haberle dado rehenes y prometido que no tendrian comercio con las villas que lo eran; y aunque en este tiempo, por haber tenido aviso Alexandro, les envió un buen número de gente católica para darles calor y presidiar la villa, no llegaron á tiempo, y á la retirada ganaron un lugar entre las villas de Lovayna y Malinas que estaba por los rebeldes, que se llama Camenot.

Como el archiduque Matías vió que muchos caballeros se declaraban de parte del Rey, nuestro señor, y se iban reduciendo á su servicio, les escribió muchas amenazas, particularmente á Monsieur de Capre y á los de Malinas, porque entendió que todavía iban buscando ocasiones cómo apartarse de la union de los Estados. Monsieur de Capre, sentido desto, tuvo inteligencias y juntó un convoy de muchos carros de bastimentos y municiones, siendo asistido de alguna gente católica de los de la villa de Malinas, y él, con la suya, entró dentro por fuerza de armas, y murieron muchos soldados de una parte y otra, quedando la villa en su libertad.

Los mal contentos iban prosiguiendo en sus victorias, y en este medio hicieron algunas buenas facciones, entre las cuales ganaron las villas de Loste, Terramunda, Nivela y otros lugares, y corrian las campañas y contornos de las de los rebeldes, y algunas veces llegaban á las puertas de Amberes, con que andaban los Estados confusos y atemorizados.

Alexandro habia sentido mucho la pérdida de la villa de Cambray, y deseando recuperarla, determinó enviar el ejército sobre la de Bujen, á fin de que, si la ganaba, hacer un fuerte á Cambray y desde él necesitarla y correrle sus campañas y contornos, obligándola por este camino á que se rindiese, faltándola los bastimentos; y estando resuelto de poner esta empresa en ejecucion, tuvo aviso que Monsieur de la Nua estaba alojado

con el ejército de los Estados rebeldes junto á la villa de Cortray, situada en el condado de Flandes, que fué causa de que Alexandro mudase de parecer y determinase de irle á buscar y darle la batalla. Los de su Consejo no se lo consintieron, pareciéndoles no convenia á su autoridad salir en campaña con tan poca gente, pues no podria juntar entre caballería é infantería cuatro mil hombres, y los más dellos bisoños y mal pláticos en el manejo de las armas; y visto que no convenia fuese su persona, se acordó de enviar á la del marqués de Rubes, General de la caballería, y le dió órden marchase con toda la italiana y la infantería valona que habia, que todos no llegaban al número que se ha escrito, cuyos Capitanes eran Juan Bautista del Monte, su hermano Nicolao Basto, Aurelio Palermo, Ferrante Gonzaga, el conde Nicolao Checis, Leon Lázaro, Aldre y Jorge Basta, y de la caballería valona lo eran el capitan Carandole y la Visja; la infantería desta nacion era del regimiento de Monsieur de Manuy y de Monsieur de Siques, y que fuese en busca de Monsieur de la Nua, y que si hallaba ocasion de poderle acometer lo hiciese, y si no, se retirase, no aventurando la gente sin poder sacar fruto de la ocasion.

Con este órden partió el Marqués, á los 20 de Julio deste año, y supo que con todo el ejército de los rebeldes estaba hecho alto y alojado en la parte donde se tuvo aviso, junto á la villa de Cortray, y ántes de llegar le vino aviso que muchos de sus soldados habian ido á correr las campañas y á buscar de comer; no quiso el Marqués dilatar el tiempo ni aguardar se recogiesen, y observando el órden de Alexandro, se halló á los 23, ántes que amaneciese, sobre el mismo lugar donde estaba alojado; y enviando á reconocer el camino y á partes por donde habia de acometer, le trujeron relacion muy buena, y que sin impedimento podia dar la batalla á los rebeldes, porque estaban muy descuidados y sin aviso de su llegada. El Marqués puso en órden su gente, y con valeroso ánimo cerró con el alojamiento, y rompiendo las guardias comenzaron á degollar cuantos topaban, y como los cogieron de sobresalto hicieron poca resistencia; y Monsieur de la Nua acudió tan tarde á

ordenar su gente, que hallándose solo y sin ninguna con quien poderse hacer fuerte y resistirse, se hubo de rendir y poner en manos del Marqués, el cual le recibió á buena guerra; y habiendo roto y desbaratado su gente y degollado más de dos mil hombres, se retiró con diez y siete banderas de infantería y dos estandartes; y aunque parezca ridículo, diré un caso, no muy fuera de propósito, que pasó en esta ocasion: el capitan Pedro de Castro entró una mañana en la cámara de Alexandro á ponerle una camisa, y en ella vió una grande araña, y queriéndola matar, le dijo en donaire Alexandro que no lo hiciese, que podia ser le traeria alguna buena nueva, y en acabando de decirlo entró el capitan Carandole con las banderas y estandartes que el Marqués habia ganado á Monsieur de la Nua y á él en prision, y se los presentó, que no poco gusto recibió desta victoria por ser á tan buen tiempo; hizo mucha merced á Carandole, y mandó que á Monsieur de la Nua le entrasen preso en el castillo de la villa de Mons, donde dió fin á sus prósperos sucesos, que con la gente que tenia habia campeado y hecho algunas buenas facciones; y aunque no es justo creer en agüeros, parece que Alexandro algunas veces decia cosas á caso y sin pensar que se hallaban verdaderas, de donde se infiere tenia particular gracia del cielo, como se vió en Mastriq cuando las naciones del ejército se querian dar la batalla y se remedió, como atras se ha visto.

Los Estados rebeldes quedaron desta pérdida tan desconfiados y con tanto temor, que sus cosas comenzaron á declinar y á no tener el suceso que habian comenzado á prometer, por cuya causa el príncipe de Orange, visto que habia perdido á Monsieur de la Nua, que era la mejor cabeza que tenia y en quien fundaba todos sus buenos sucesos, comenzó á temer y á prevenirse de remedio por no verse sujeto á los azares y fortuna de la guerra; y como engañado el conde Bosu, que desde el tiempo del Sr. D. Juan de Austria era Gobernador y Capitan general en la provincia de Frisa por los Estados rebeldes, con falsas esperanzas de casarle con su hija y con otros ofrecimientos, sin que en nada hubiese tenido efecto, le pareció que en

aquella ocasion (por ser hombre de valor y poderoso se habia de vengar dél y quitarle la potestad y opinion que tenia) y para asegurarse deste temor procuró derribarle del gobierno de Frisa, haciendo extraordinarias diligencias y que se le diese al conde de Renemburg, como cosa suya y puesta de su mano para tenerle en todo lo que se le ofreciese y dar calor á sus cosas; y porque despues de estar el Conde en posesion deste gobierno procuró, por medio de su cuñado Monsieur de Monsao, reducirse al servicio del Rey, nuestro señor, procuró prenderle.

Los de la villa de Cobordan desmantelaron su castillo, y con grandísimo rigor, profanando los templos, echaron fuera los religiosos para hallarse mas desembarazados y poder fortificarse sin estorbo alguno para cuando se les ofreciese ocasion de pelear, porque temian los habian de sitiar; y queriéndolos asegurar deste temor el conde de Renemburg, envió á su Secretario con una carta en blanco, firmada y sellada, para que les concediese cuanto le pidiesen; y como ya se habian desvergonzado y hecho el mal recaudo, prendieron al Secretario y le cogieron la carta, escribiendo en lo blanco della todo cuanto quisieron que hiciese á su propósito, que fué ir al castillo de Arlesgen y dar la carta al Castellano para que se le entregase; el cual, poco recatado y mal prevenido, sin reparar en el engaño, lo hizo luégo y se apoderaron dél los de Cobordan. No poco provecho resultó desto al príncipe de Orange, por lo mucho que le importaba tener plazas en Frisa á su devocion, y aseguró aquel paso para los socorros y ayudas que esperaba de Alemania. Con esta victoria que tuvieron los de Cobordan, dieron ocasion á los demas rebeldes para desvergonzarse y perder el respeto á Dios y á sus santos, persiguiendo á los católicos; y con desenfrenada osadía comenzaron luégo á hacer grandes insolencias y desórdenes, oprimiendo á los labradores sin dejarles labrar sus tierras. El conde de Renemburg, como ya deseaba estar en servicio del Rey, nuestro señor, los defendia cuanto podia y de secreto ayudaba y favorecia, y para poderlos enfrenar y cortar el hilo á sus desórdenes armó á todos los labradores y comarcanos, y salieron en campaña, con más osadía y valor de soldados que

no de gente del campo, en busca del conde Holac, sobrino del príncipe de Orange, y su Capitan general de las tierras que poseia en la provincia de Frisa; y cerrando con él, lo hicieron tan valerosamente que le rompieron y mataron la mayor parte de su gente, y él se escapó huyendo, y despues se rehizo de nuevas fuerzas y vino con mayor número de soldados; y con grandes sumisiones y apariencias de amistad dió á entender á los labradores queria conservar sus tierras y concertarse con ellos; admitiéronle en ellas con fe y palabra que les dió de no hacerles ningun mal, y cuando los tuvo seguros mató la mayor parte dellos.

Los católicos de las villas de Zutfent y Carpen andaban atemorizados y desconformes con los herejes sobre cuál de las dos religiones se habia de establecer y conservar, y que viniendo á las armas se matarian los unos á los otros. Visto esto por el príncipe de Orange y que le importaba remediar las sospechas que traia del conde de Renemburg, fué con su gente á Carpen, y de camino hizo muchas crueldades, matando los católicos y asolando la tierra, con que acabó de desarraigar en ella la religion cristiana; y como vió el conde de Renemburg que el príncipe de Orange se habia acercado con su ejército á la villa de Groeninghen, temió lo que le podia sobrevenir si le esperaba, y para asegurarla, siendo forzoso esperarle en ella, la guarneció y amunicionó y hizo entrar dentro todos los católicos que pudo recoger de aquellos contornos, y con los que habia en la villa, habiendo concertado se apoderasen de la puerta á una hora señalada, todos con las armas en la mano se levantaron por el Rey, nuestro señor, y se declaró la villa y el Conde por la religion católica y echaron fuera á los herejes; y aunque algunos se comenzaron á defender, siendo asistidos del Magistrado, no fueron poderosos, y con muerte de algunos rebeldes se señorearon de la villa; y si el Conde no se diera tan buena diligencia, no le fuera posible salir con su empresa, porque el príncipe de Orange se le habia acercado tanto con su ejército que con facilidad la pudiera ocupar.

Despues de sosegada la villa y muerto el Conde á muchos

herejes de los más principales, nombró Burgomaestre y Magistrado católico y los demas oficios. Acabado esto y de poner las cosas de la religion en la perfeccion que convenia, y restituidos sus bienes á las iglesias y vuelto á recibir los religiosos, que por temor de los rebeldes las habian desamparado, dió aviso á Alexandro deste suceso, el cual le confirmó cuanto habia hecho y agradeció mucho el particular servicio que hizo al Rey católico, su tio, con tanta honra y estimacion de su persona, y le envió á visitar y á ofrecer muchos acrecentamientos; y de allí á pocos dias fué Madama Cornelia de Lalayn, hermana del conde de Renemburg, y Monsieur de Monseao, su marido, á darle el parabien de haberse reducido y reconciliado en la verdadera religion.

Sentido el príncipe de Orange de la pérdida de la villa de Groeninghen, encendió en ira los corazones de los rebeldes de Frisa y Holanda á tomar nueva venganza de los católicos, y con tanto rencor los comenzaron á perseguir, destruyéndoles las haciendas y oprimiéndoles extraordinariamente, poniéndolos en excesiva servidumbre, que moviera las piedras la gran lástima que hacia, y demás de los muchos empellones, golpes y otros malos tratamientos, les pareció no quedaban satisfechos y comenzaron en todas las villas y aldeas á perder de todo punto el respeto á Dios con romper sus imágenes, violar sus templos, derribar sus hospitales y otros lugares píos y sagrados, en particular en las villas de Deventer, Carpen y Esbor, sin perdonar religiosos, quemándoles sus conventos, forzando las monjas, saqueándoles las casas, y cualquiera insignia de la Santa Cruz ó imágen que hallaban en ellas las sacaban á las plazas y las quemaban; y donde con más crueldad se hacian estas maldades era en el obispado de Utreque, donde ahorcaron de las torres y murallas las imágenes; despues las arrastraban hollándolas, y haciéndolas pedazos las arrojaban en el fuego. Los pobres católicos que perseguidos se pudieron escapar, se fueron á los lugares donde lo eran; y para que más particularmente se entienda el rigor y crueldad destos rebeldes á Dios y á su Príncipe, que con tanto ódio menospreciaban las cosas sagradas, no conten-

tándose (como los herejes pasados que destruian las imágenes y templos), pero quemaban los cuerpos de los santos y todas las reliquias; y porque sus padres, abuelos y antepasados habian sido católicos, iban á sus sepulturas y desenterraban sus huesos y los quemaban con extraña y nunca oida impiedad, cosa que no sólo atemorizaba las gentes, pero les ponia tan gran terror que parecia se habia de abrir la tierra y tragárselos á todos. Y no contento el príncipe de Orange de permitir todas las insolencias y atrocidades que he referido, con infernal intencion pensaba vengarse del conde de Renemburg, y no pudiéndolo hacer sin poner sitio á Groeninghen, levantó su ejército de la villa de Cobordan que pocos dias ántes se le habia entregado, y dejándola bien presidiada puso sitio á la de Groeninghen, pareciéndole que con ayuda de algunos de los de dentro (con quien tenia inteligencias) se le rendiria; y no sucediéndole como pensó y perdida la esperanza de ganarla por asalto, la sitió con muchos fuertes que mandó hacer á lo largo en todos los caminos y avenidas, para que no le pudiese entrar socorro, bastimentos ni municiones, y por este camino venirla á rendir y sujetar á fuerza de necesidad, y no de las armas.

El conde de Renemburg avisó á Alexandro para que le fuese á socorrer, y deseándolo hacer con mucha brevedad, dió órden á Gaspar de Robles, baron de Velli y de su Consejo de Guerra, que con su regimiento de alemanes que pocos dias ántes habia levantado y con algunas compañías de caballos que tenia á cargo del capitan Tomás, albanés, y otras de hombres de armas y de caballos ligeros, y con la mayor parte de la infantería del ejército católico fuese á socorrer á Groeninghen. El baron de Velli se excusó, y pues fueron admitidas las causas que dió para no hacerlo contra su buena opinion, serian bastantes, pero fué su regimiento. Alexandro encomendó este socorro al coronel Martin Esquenque, el cual partió á toda priesa; no pudiendo ir por el camino de la villa de Cobordan por haberla ganado el príncipe de Orange, fué por el de Hardemburg, y llegando cerca de Groeninghen, tuvieron este aviso los rebeldes y desalojaron su ejército dejando los fuertes bien guarnecidos.

Serian diez mil infantes y dos mil caballos, que estaban á cargo de los condes Holac y Juan de Nasao, hermano del de Orange, el cual les dió órden que, en tanto que no llegaba el socorro de Esquenque, se arrimasen á la villa de Groeninghen y la batiesen y asaltasen á toda furia si pudiesen.

Comenzáronlo á hacer furiosamente, y en algunas salidas y escaramuzas que hicieron los de dentro les mataron á los rebeldes mucha gente, y entre ellos á Bartolomé Encio, gran hereje, hombre sedicioso y muy cruel enemigo de los católicos. Temerosos los condes Holac y Juan de Nasao de que la gente que llevaba el Esquenque y la de Groeninghen no los cogiesen en medio, se desalojaron de sus cuarteles y salieron á recibir á los católicos, seis leguas de la villa, en un lugar ya nombrado, que se llama Hardemburg, y llegando algo cansados, ántes del alojamiento les embistieron y dieron sobre ellos los soldades católicos, que lo eran viejos y muy pláticos, y el buen gobierno del Esquenque los hizo estar muy sobre sí, bien prevenidos y en órden. Resistieron el furioso ímpetu de los rebeldes y pelearon con ellos tan valerosamente que en ménos de dos horas los rompieron y degollaron más de mil y quinientos, y otros muchos quedaron en prision de la gente más granada. Perdiéronse los Capitanes, banderas, bagaje y artillería; los condes de Holac y Nasao se escaparon huyendo, y el Esquenque recuperó la villa de Cobordan, y en llegando á la de Groeninghen, desampararon los rebeldes el sitio, casi huyendo, y perdieron el artillería, y salió de la villa el conde de Renemburg dándoles en la retaguardia; y conformándose con el parecer de Esquenque, les pareció ir sobre la villa de Delfez por estorbar no les viniese socorro de Holanda, y así lo hicieron, tomando de camino el fuerte de Denspslae; tambien se puso sobre Doemer, y teniéndole abiertas las trincheras levantó el sitio por no la poder ganar y fué á ponerlo á Delfez, y comenzándolo á batir llegó el conde Holac con cincuenta navíos á socorrerla, y no pudiéndolo hacer se volvió á retirar con ellos; y el conde Renemburg apretó el sitio y se le rindió la plaza, y quedando por sus prisioneros los Capitanes que habia en ella, y los soldados salieron rendidos

con baquetas blancas en las manos, señal de misericordia, y con juramento de no servir en tres meses á los Estados rebeldes, ni ir contra el Rey, nuestro señor.

La guarnicion de la villa de Cambray se reforzaba cada dia y corria todos los contornos y campañas de los países del Artoes y Henaut, y ellos tambien las suyas y las de todo el cambrasino y sus contornos. Los Estados rebeldes procuraban ayudarse y con grandes veras se daban la mano, por parecerles que sus cosas iban de caida, y que el príncipe de Orange no les daba el asistencia que prometia, si bien no podia más todas las veces, que como con artificio (y esto no puede durar) se conservaba, no podia ménos, sino que habia de hacer algunas faltas; pero siempre con inteligencias, ya que con las armas no podia, las daba grandes ayudas y ganaron con ellas en este tiempo á la villa de Condé, y luégo la volvieron á recuperar los católicos y degollaron á todos los rebeldes que habia en ella.

Descubriéronse en este medio algunos tratos que habia en las villas de Mastriq y Liera, porque se acudió de la parte de Alexandro que siempre estaba vigilante al remedio. El conde de Vergas por la pérdida de la villa de Vergas se pasó á servir al ejército del Rey, nuestro señor; y los rebeldes, menoscabados y falidos de gente, se rehicieron con diez banderas de infantería inglesa del coronel Juan Norriz y otras seis de franceses, y con buen número de caballería alemana marcharon la vuelta de la villa de Groeninghen, y de camino recuperaron la de Cobordan con mucha pérdida de gente, y salió mal herido el conde Juan de Nasao, y ganaron al de Renemburg la villa de Dempsbal, y pareciéndole salirse al paso, lo hizo reforzando primero á Groeninghen y la volvió á recuperar, que no poco destruida quedó esta villa de las veces que la habian combatido; y dándose vista los dos campos comenzaron á pelear valerosamente más de tres horas, hasta que se reconoció la victoria por los católicos, que matando muchos rebeldes prendieron los más dellos, y huyendo sus Capitanes les ganaron ocho banderas. De los nuestros murieron muy pocos, y el Conde su puso sobre la villa de Cobordan y la ganó en diez dias, y tambien á la de

Aldonze, y trató de ir sobre Estembique por no cortar el hilo á las victorias que iba alcanzando de los rebeldes.

Alexandro, que deseaba no perder el punto sin hacer alguna faccion y que aprovechase el deseo que tenia de emprender todas las que se ofreciesen de servicio del Rey, su tio, envió á Monsieur de Hautepena sobre la villa de Breda, en Brabante; dióse tan buena maña, que con mucha brevedad la ganó por fuerza de armas y tuvo en este sitio grandes escaramuzas y facciones. Fuera de mucha importancia haber ido algunos dias ántes, porque hallara dentro al conde Mauricio de Nasao, hijo del príncipe de Orange, que por ser suya esta villa habia arraigado en ella más que en otras la herejía, de tal manera, que fué necesario que Alexandro enviase al obispo de Terramunda con muchos Padres de la compañía de Jesús para volver á establecer la fe católica, y tambien á otras muchas partes. Estos religiosos lo hicieron, como siempre, tan bien, que en breve tiempo se sacó muy gran fruto de su trabajo.

Lamoral, hermano del conde de Agamont, que en la pérdida de la villa de Nineven habia quedado por prisionero de Monsieur de la Nua, ofreció servir á los Estados rebeldes si le daban libertad; hízose así, pero á su hermano el Conde no pudieron persuadirle con haber hecho hartas diligencias, y siendo inútiles quedó siempre constante en el servicio del Rey, nuestro señor, hasta que por su órden le dieron libertad.

En la ciudad de Aquisgran, por ser libre y del imperio de Alemania, se habian recogido en este tiempo muchos rebeldes y herejes de los Estados de Flandes, y vivian con tanta libertad, confiados del favor de un Cónsul, que públicamente predicaban la secta de Calvino. Desto procedieron grandes alteraciones en los católicos, y hubo tantas revueltas en la ciudad, que estuvieron para perderse los unos con los otros; y hicieron tan apretadas diligencias con el Magistrado, que hubieron de concederles, para apaciguarlos, que echarian fuera de la ciudad á todos los calvinistas, lo cual no se pudo ejecutar por ser tantos y tan insolentes; y temiendo Alexandro que sobreviniera mayor mal, dió cuenta dello al Emperador, y lo cometió al

obispo de Liege y al duque de Cleves, porque como tan vecinos y católicos les tocaba á ellos para que lo acomodasen.

El príncipe de Orange, con sus contínuos ardides y extraordinarias diligencias, solicitaba á la reina de Inglaterra para que, con acuerdo y parecer suyo, no perdiese el duque de Alanson tan buena ocasion de perpetuarse por absoluto señor de los Estados de Flandes, pareciéndole hacerla gran lisonja por la voz que habia derramado de que se casaba con él, al cual ni más ni ménos persuadia y con viva voz solicitaba, valiéndose del favor de su hermano el rey de Francia, que le fuese á ayudar, haciendo el mismo oficio con la Reina madre, dándoles á entender por este camino no les importaba ménos que la quietud de su reino; las mismas diligencias hacia con los Estados rebeldes; todo era porque estaban tan atemorizados, y por otra parte con tanta obstinacion, que sin mirar el daño de su patria y el respeto de su natural señor, ponia en discusion á los Príncipes vecinos, y á los Estados obligaba á emprender cada dia nuevas ocasiones y ofensas contra Dios y el Rey, nuestro señor, de tal suerte, que en ningun tiempo hallasen forma para poderse reconciliar; pero la principal causa que por entónces le movia era el temor, pareciéndole no podia resistir las fuerzas y buena industria de Alexandro; en la Junta de los Estados se platicaba mucho este punto; tardábanse en resolverlo por los contrarios pareceres que entre ellos habia, respecto que la mayor parte se inclinaba á seguir el consejo del príncipe de Orange, teniendo por mejor cualquiera sujecion y servidumbre que volver á la obediencia del Rey católico.

El archiduque Matías tenia aviso destas pláticas, pero como ya no servia más que de sombra á las estratagemas y maldades del príncipe de Orange, no podia remediar nada ni se le guardaba el decoro que se le debia, porque lo hizo ir á los Estodos de Flandes, no con otro fin que poner discusion entre los Príncipes cristianos de la Casa de Austria, y por este medio tener grandes ayudas y socorros de Alemania; y como sus pensamientos no le sucedian como deseaba, y las villas y lugares estaban atemorizados con los excesivos gastos de la guerra y el

mal nombre que iban cobrando, se volvió á la negociacion del duque de Alanson, ofreciéndole (artificiosamente) el mucho bien que le redundaria de la union que con él hiciese si volvia á entrar con ejército de Francia en los Estados de Flandes.

Despues de resueltas las pláticas que en la Congregacion de la villa de Amberes tuvieron los Estados rebeldes sobre la vuelta á ellos del duque de Alanson, determinaron enviarle embajadores, habiendo propuesto obedecerle por único señor, y con muchas sumisiones y liberalidad le escribieron para obligarle á que con más voluntad se consiguiese su deseo, y el príncipe de Orange insistia en ello, persuadiéndole aceptase el dominio en propiedad, no obstante la presuncion del archiduque Matías, y que él haria de suerte que con buen nombre saliese de los Estados y se volviese á Austria. Las cartas donde iba este aviso al duque de Alanson vinieron á manos de Alexandro, y él las mostró á muchos que conocian su firma y letra y seguian la parte del Rey, nuestro señor. El de Orange juró no las habia escrito, y no hay que maravillarse de quien habia negado á Dios y á su Rey y señor negase su misma letra. Alexandro las hizo imprimir y publicar en los Estados, y como siempre el de Orange vivia con artificio, y con sus industrias daba color á sus intentos, hizo tambien imprimir un escrito en que persuadia á los Estados eran artificios é invenciones de Alexandro, y que cautelosamente habia procedido en hacer publicar lo que á él no le habia pasado por el pensamiento, pareciéndole por este camino conservaba la paz de los mal contentos, y que más por darles gusto lo habia hecho que no porque ello fuese así.

Sentido el archiduque Matías de lo que los Estados rebeldes habian resuelto en la vuelta de Alanson, y que con su reputacion no podia aspirar á cosa que á su autoridad estuviese bien, hizo llamar á los congregados en Amberes, á los 22 de Julio deste año, y les representó lo mucho que de su parte habia hecho por conservarlos en paz, posponiendo sus mismos particulares por atender á los suyos, sin haberle movido otro respeto que el buen oficio de su república; y que si las cosas della

no habian sucedido como deseaban, ellos mismos las habian fomentado y dejádose llevar de su misma voluntad; y pues les habian salido tan siniestras como entendian, echasen la culpa á su poca suerte, y no á él que tan de veras habia procurado sus buenos sucesos y satisfecho á sus promesas con más ventaja que ellos las habian ofrecido; y pues desto tenian satisfaccion, les rogaba mucho, y cuan encarecidamente podia, no se apartasen de la Casa de Austria, sujetando las suyas al dominio de extranjeros, particularmente al de franceses, que tan odiados y aborrecidos habian sido de sus pasados y lo eran dellos mismos, pues confesaban siempre tenerlos por capitales enemigos; y que porque él deseaba satisfacer á todos y tener tiempo de mirar lo que le convenia, que viesen lo que pensaban hacer con él, de suerte que, si bien no quedase con la satisfaccion que se debia á su decoro, se recompensase su autoridad con mirar bien lo que hacian. Los Estados rebeldes le respondieron lo mismo que en el último capítulo, de veintisiete que enviaron al duque de Alanson, y fué: que ellos le habian llamado para su protector, y que habia satisfecho á todo lo prometido, y que justificadamente se miraria por el señor duque de Alanson y los Estados el modo como S. A. fuese recompensado, y que por entónces no le daban otra respuesta.

Alexandro, que habia entendido estas pláticas y tratos, y que la vuelta de el duque de Alanson á los estados de Flandes habia de perturbar sus buenos progresos, determinó romperle sus designios con apretar las cosas de la guerra, y ninguna halló mejor ni más á propósito que poner sitio á la villa de Cambray y quitar el paso y entradas de los franceses en los Estados de Flandes (demás del daño que era muy grande por serles tan malos vecinos, que recibian las provincias del Artoes y Henaut, corriéndoles sus campañas con notable daños que hacian á sus moradores); y para más oprimir á Cambray y facilitar la empresa, le pareció á Alexandro seria bien ganar de camino la villa de Bujen, que está á una pequeña legua, y sin dilatar su intento dió luégo órden al conde de Mansfelt que la sitiase, y que á un mismo tiempo marchase el marqués de

Rubes y hiciese un ancho y extendido fuerte á Cambray para apretarla más, y que fuese sintiendo habia quien le privase de la libertad que hasta allí habia tenido, y llevase consigo la mitad de la caballería y mil infantes, no obstante que estaban tan cerca los unos de los otros que se podian dar muy bien la mano en caso que fuese necesario, pues habia tan poca distancia como se ha escrito. El conde de Mansfelt comenzó á batir á Bujen con ocho piezas de artillería gruesas, á los 7 de Agosto, y habiéndoles abierto las trincheas y quitado los traveses, estando para darles el asalto, dispararon de la villa una pieza á las trincheas de los católicos, que mató al coronel Bodinguen y al capitan Truichan, y hirió muy mal en una mano á Juan Bautista del Monte y á otros. Los rebeldes de Bujen que vieron les querian asaltar, se atemorizaron, y tocaron una caja pidiendo les hiciesen buena guerra porque se querian rendir. Mansfelt se lo concedió y salieron con sus armas y bagaje, y mandó que se les diese escolta hasta que entrasen en Cambray; y ántes de partirse pusieron por obra una no vista traicion en la guerra debajo de paz y conciertos, y fué, que dejaron una cuerda encendida en un barril de pólvora, para que como se fuese acabando diese fuego y se emprendiese en más de otros treinta que estaban junto á él, y sucedió como lo pensaron, pues con el mayor ímpetu y fuerza infernal voló todo el castillo de la villa y la mitad della, con toda la gente que habia en las casas. Asoláronse más de trescientas, y fué notable lástima las pobres mujeres y niños inocentes que allí perecieron, y gran ventura no volarse tambien el conde Mansfelt y algunos del Consejo que estaban con él, y otros muchos caballeros y señores de los mal contentos que poco ántes habian salido de la villa á comer á sus tiendas; y teniéndose averiguada esta traicion, envió luégo el conde Mansfelt algunas compañías de caballos tras los franceses, y no fué posible alcanzarlos á todos, porque estaba muy cerca Cambray y se habian ya entrado dentro. El conde Mansfelt se levantó de sobre Bujen y la dejó bien presidiada y por Gobernador della quedó Monsieur de Noyela, y envió una buena parte del ejército á dar calor al marqués de

Rubes que estaba haciendo el fuerte junto á Cambray, el cual tenia en buen estado, y en pocos dias le puso en defensa y le guarneció bien de artillería y municiones, y con mil infantes escogidos y quinientos caballos, y fué á dar aviso á Alexandro de haberlo hecho, y se lo agradeció mucho, y siempre fué el Marqués procediendo en el servicio del Rey, nuestro señor, de allí adelante, de bien en mejor.

El duque de Alanson recibió con mucho gusto á los embajadores de la congregacion de Amberes, y les concedió todo lo que habian capitulado, y que con brevedad iria á librarlos de la sujecion y trabajos en que estaban; é hizo diligencias con el Rey, su hermano, y con el Parlamento de París para que le persuadiese y tuviese por bien dejarle conseguir su intento, y Juan de Vargas Mexía, embajador del Rey, nuestro señor, en la corte de París, hizo instancia con el Rey para que no prosiguiese su hermano Alanson en aquel propósito, y luégo dió órden para que ninguna persona fuese á los Estados de Flandes ni sirviese contra el Rey católico. Esto hizo el francés, tan tibiamente como se vió por experiencia, pues no se puso en ejecucion.

Deseoso Alexandro de romper los designios de los rebeldes y atropellar las trazas y depravadas invenciones del príncipe de Orange y divertirle con más cuidado en las cosas de la guerra que en las que trataba de Estado, envió órden al conde de Renemburg, que con la gente que tenia y la que pocos dias antes habia levantado el coronel Estafen en Frisa, hiciese un campillo y fuese á sitiar la villa de Estembique; entendido este intento por los rebeldes procuraron estorbar el paso del Rin con algunas charruas y otros navíos que armaron, y porque al arzobispo de Colonia le robaban y corrian sus tierras, hizo otra armadilla con que se les opuso, y limpió todas sus riberas, haciendo huir á todos los rebeldes que las habian ocupado; y fué de tanta importancia, que pudieron de allí adelante darse la mano y corresponderse por el Rin la gente del coronel Estafen y la del conde de Renemburg; y teniéndola toda junta y prevenido lo necesario, segun el órden que le habia enviado Ale-

xandro, marchó con ella y puso sitio á la villa de Estembique lo más apretadamente que se pudo, aunque habia dificultad por ser muy fuerte y estar en el rigor del invierno y dentro mucha y muy buena guarnicion de soldados muy pláticos y viejos, de número de seiscientos, y aunque los burgueses eran católicos, era de poca importancia porque los tenian muy sujetos. Con todo esto, se fueron arrimando á la villa con trincheas, y una noche ganó el Conde, de improviso, un fuerte que tenian cerca del mar, que era de mucha consideracion para la seguridad del campo católico.

El dia que se reconoció esta plaza mataron al coronel Joan Meyn, y dieron su regimiento á Juan Bautista de Tassis, soldado de opinion y valeroso Capitan, digno de otros mayores cargos por su valor y buenas partes; y aunque estaban ocupados en este sitio, hicieron algunas buenas facciones y ganaron un castillo á los rebeldes y dos ó tres lugares, y fabricaron un fuerte en la isla de Dogdo, y viéndose los de la villa de Estembique tan apretados, solicitaron el socorro de muchas partes, y de Holanda le enviaron uno con el coronel Hegtiman y con un buen número de gente que llevaba; se fortificó en la abadía que llaman de San Joan, cerca de Estembique, riberas del rio Bethe: los católicos cerraron con él, y peleando valerosamente le rompieron y degollaron toda la gente y ganaron las banderas. Comenzóse á batir la villa, aunque tibiamentente, arrojando dentro muchas garrafas y guirnaldas de fuego y otros artificiales con que quemaban las casas y hacian daño á los cercados que ya iban sintiendo el rigor del sitio, demás que la hambre los iba apretando, y con haberse pegado el fuego á los edificios de la villa sin haber remedio para apagarlo, y los clamores y vocería de las mujeres y niños de los vecinos eran tan grandes que ponia terror, no era posible que los soldados rebeldes la desamparasen, ántes la sustentaban y defendian con gran valor, haciendo cada dia muchas salidas al campo católico, dando sobre las trincheas y trabando reñidas y fogosas escaramuzas, pero siempre eran resistidos, y de cada parte morian peleando muchos soldados. Visto por el príncipe de Orange el teson con que los de Estem-

bique se defendian y la necesidad de ser socorridos, y lo que le importaba el hacerlo habiéndole roto el primer socorro que llevó el coronel Hegtiman, mandó apercibir otro y que lo llevase el coronel Joan Norris, de nacion inglés, gran soldado y una de las mejores cabezas que tenia Isabel, reina de Inglaterra; fué con ventisiete banderas de infantería y una buena tropa de caballos; púsose con esta gente á vista de la villa de Estembique, en un lugar que se llama Mepel, que es paso del rio Bethe: los cercados que lo entendieron cobraron nuevo ánimo y se defendieron con más valor, y continuaban sus salidas y escaramuzas haciendo algunas facciones. El coronel Joan Norris hizo demostracion de querer acometer con su gente y romper los cuarteles y trincheas de los católicos, los cuales se pusieron en arma y comenzaron á escaramuzar los unos con los otros; y en tanto que lo hacian tenia Norris apercibidos cuarenta soldados escogidos, que entraron en la villa con saquillos de pólvora en las espaldas, con que los de dentro recibieron nuevo ánimo y escaramuzaron con grande brio, resistiendo siempre á los nuestros; particularmente, un dia se trabó una muy reñida y apresurada escaramuza, y puestos en arma los dos campos comenzaron á pelear con mucho valor, los cercados por una parte y los de Norris por otra; cogiendo en medio á los católicos, cerraron con ellos tan furiosamente que se vieron en peligro; y aunque procuraron entrar el socorro, fueron tan valerosamente resistidos, que no lo pudieron hacer y tuvieron por bien de volverse á sus puestos sin poder hacer la faccion que pretendian.

En este medio tuvo aviso Alexandro que el príncipe de Condé y otros muchos títulos y señores particulares con algunos eclesiásticos y ministros que seguian la religion (como ellos llaman) de Calvino y de Martin Lutero, se habian congregado en la ciudad de Gante á tratar el modo que podian tener para perseguir la Iglesia católica y echar de los Estados las fuerzas del Rey, nuestro señor; y estando cierto y asegurado de ser esto verdad, y de que estaba caido un lienzo y cortina de la muralla, determinó de enviar con parte del ejército católico al marqués de Rubes y á Monsieur de Montani y al de la Mota, y les

dió órden se partiesen con mucha brevedad y secreto, porque el dia siguiente, ántes del amanecer, llegasen á Gante y la acometiesen por el lienzo roto, y que procurasen hacerse señores de la muralla y la sustentasen, sin permitir que ningun soldado se desmandase hasta que estuviesen dentro todos; y que luégo, con buena órden, les siguieran los mochileros del ejército con fuegos encendidos; y como los soldados entrasen matando y rompiendo cuantos topasen, fuesen ellos poniendo fuego á las casas para asegurarles las espaldas, porque como el lugar es tan grande y la gente católica que habia en él no muy suficiente para emprender tan grande empresa, fué menester usar de este ardid y que lo ejecutasen con presteza, peleando valerosamente; y en particular les encargó mucho prendiesen al príncipe de Orange; que fuera presa de tanta importancia como la de Gante, pues con ella se atajaban muchas cosas dignas de remedio que sin las armas en la mano no se podia ni dar principio á las que convenian para conservar la fe católica, porque el principal autor dellas y de tantos males como en aquellos Estados habia era el de Orange. Todo lo que Alexandro habia ordenado se puso en ejecucion, pero fué Dios servido atajarlo con el rigor del tiempo, que comenzó á llover tanto y tan apriesa que parecia hundirse los elementos. Con todo eso se llegó á Gante con inmenso trabajo, al amanecer, llevando la vanguardia Monsieur de Montani y el de la Mota cerraron con mucho valor por lo aportillado de la muralla, y como era ya de dia fueron sentidos y acudieron los rebeldes á la defensa y comenzaron á pelear de ambas partes, pica á pica, hasta que la Mota y Montani fueron muy mal heridos, y á tiempo (como habia pasado la palabra deste suceso) que sobrevenian de refresco gran multitud de rebeldes, y con tanto ímpetu que echaron fuera de la muralla á los católicos que la habian ocupado, los cuales se retiraron con alguna pérdida, y tan desesperados de su poca suerte, que á tenerla aquel dia buena se hubiera hecho una muy gran faccion y se acabaran muchas cosas deseadas y en aumento de nuestra verdadera religion y del servicio del Rey, nuestro señor.

Sintió tanto Alexandro este adverso suceso que no pudo di-

simular el enojo que tenia contra el marqués de Rubes y contra La Mota y Montani, pareciéndole que por no haber llegado una hora ántes no se habia salido con la empresa; pero cuando llegaron á su presencia oyó su disculpa, y siendo admitida, se le templó el enojo atribuyéndolo al mal tiempo que habia hecho y no á la poca diligencia que pensó se habian dado, por habérselo dicho así.

Antes que el conde de Renemburg pusiera sitio á la villa de Estembique, habia solicitado su licencia para irse á ver con Alexandro y sus deudos, suplicándole enviase persona en su lugar, porque los de la villa de Groeninghen eran inobedientes, cavilosos y mal intencionados, y no se llevaban bien con él; habia instado para deshacer sus tumultos que le enviasen algun socorro acompañado de infantería valona para mezclarla con las picas alemanas que tenia en tres regimientos desta nacion, por ser poco obedecido y ménos respetado dellos, particularmente del de Gaspar de Robles, baron de Velli, que habia ido á Frisa al primer socorro, al cual ordenó segunda vez Alexandro llevase otro, y se excusó el Baron como la primera; y aunque no se supo la causa, se sospechó era por alguna pretension; pero lo más cierto fué que el Conde no era justo fuese á servir debajo de su mano, y más siendo consejero de Alexandro, y tan honrado caballero y antiguo soldado. Los deudos y amigos del conde de Renemburg hicieron grandes diligencias con Alexandro para que le diese licencia, y hallándose muy empeñado con todos ellos, se la concedió con parecer de los Estados del Artoes y Henaut, del conde de Legui y marqués de Rentin, primos suyos. En tanto que Alexandro daba sucesor en Frisa al conde de Renemburg, pareciéndole convenia al servicio de S. M. que fuese persona de gran satisfaccion, y haber pocos que poder elegir para aquel efecto, así por tener el príncipe de Orange tanta mano en Frisa, y los moradores della inconstantes y poco católicos, como por tener el Rey, nuestro señor, pocas fuerzas en aquella provincia, se acordó del coronel Francisco Verdugo, y de que ninguno como él haria mejor la guerra y enfrenaria el rigor de los herejes, deshaciendo las

trazas y poder del príncipe de Orange y de sus confederados; y habiendo hecho esta honrada resolucion, le envió á llamar al ducado de Luxemburg, donde todavía se estaba en su gobierno de la villa de Tumbilla, y aunque le pareció á Francisco Verdugo que no podia volver á entrar en los Estados de Flandes (por ser español) sin licencia del Rey católico, pues con ella habia salido, tambien consideró que tenia órden de obedecer á Alexandro en todo cuanto le ordenase; y así, partió luégo para la villa de Valencienes, donde le halló y tenia su corte, y le recibió muy bien, declarándole la causa de su venida. Francisco Verdugo le respondió que él no habia estado jamás en la provincia de Frisa, ni entendia las cosas della, pero que desde que habia partido de Luxemburg tuvo intento de obedecer á S. A. en cuanto fuese servido, y que le suplicaba le enviase honrado y de suerte que se entendiese comenzaba á tener premio de sus servicios, si ya no por ellos, por ser hechura de Madama Margarita de Austria, su madre. Alexandro le honró mucho y estimó el reconocimiento que tenia, y le dió órden que con toda brevedad levantase dos mil valones arcabuceros, porque no podia volverle su regimiento por haberlo proveido en el conde Otavio, hijo del de Mansfelt, y habérselo prometido ántes por algunos respetos, y convenia contemporizar con él y con su hermano Cárlos y su padre. Francisco Verdugo no replicó, ántes obedeció en todo, como quien tambien lo sabia hacer. Libróle Alexandro cuarenta mil escudos para la gente que estaba en Frisa, y se los mandó entregar á un Comisario y á un Pagador que los llevase á la villa del Carpen, que era el puesto donde Francisco Verdugo tenia órden de acudir, para desde allí hacer su viaje á Frisa y tomar muestra á la gente que habia de llevar, y porque para la leva della hubo más estorbo que asistencia se tardó Francisco Verdugo más tiempo del que fuera necesario, y se adelantó al Carpen hasta que llegase su regimiento, por entender que los Comisarios le estarian allí aguardando. Detúvose en él muchos dias porque aún no habian llegado ni tampoco los Capitanes.

El coronel Martin Esquenque tuvo inteligencias con el ca-

pitan Monfort, aleman, que por los Estados rebeldes era gobernador del castillo de Güeldres, y le prometió lo entregaria al Rey, nuestro señor, si le enviaba gente. El Esquenque lo hizo así, y yendo de noche á ponerlo en ejecucion, no fueron sentidos hasta la mañana que lo vieron los de la villa; y poniéndose en arma estorbaron el designio y se arrimaron al castillo y lo batieron; y aunque los de dentro se defendieron cuanto pudieron, como el Esquenque no los socorria, habiendo tenido en él sus esperanzas, y los soldados eran pocos, tomaron acuerdo con entregar al Capitan á los rebeldes y á su mujer y padre. A todos los llevaron presos, y sin que bastasen medios, intercesiones ni otros ruegos, los Estados rebeldes los mandaron degollar: era el padre de más de ochenta años y murieron todos muy buenos católicos, y en venganza desto los soldados del Rey, nuestro señor, mataron despues muchos de los enemigos. Pareciéndoles á los calvinistas de la villa de Utreque que aún no estaban bien vengados con las maldades tan grandes que pocos dias ántes habian cometido contra los católicos, hicieron una leva de gente y salieron con ella á algunas villas y lugares y desficieron y rompieron la que habia quedado en pié de los lugares sagrados, monesterios, hospitales y templos; el villanaje de los contornos destas tierras, no lo pudiendo sufrir, tomaron las armas y fueron contra ellos, y pelearon tan valerosamente que los hicieron huir, habiéndoles muerto muchos soldados.

Despues se volvieron á rehacer y fueron con mayor número de gente asolando la tierra por donde pasaban, haciendo mayores y más crueles daños y castigos á los católicos que ántes, causa que quedase entre ellos y el villanaje una muy encendida y encontrada enemistad. En este medio murió Gerardo Croesbeque, cardenal y obispo de Liege, persona de mucha cristiandad y prudencia; fué electo en su lugar Alberto, hijo del duque de Baviera.

Alexandro tenia apretada á la villa de Cambray, y los de dentro pasaban tanta necesidad que hubo entre ellos grandes diferencias sobre si se rendirian ó nó; pero los más poderosos,

como tenian esperanzas del duque de Alanson que habian de ser socorridos y podian pasarlo mejor que la gente comun, la resistieron y comenzaron á defenderse lo mejor que pudieron; pero no con tantas fuerzas que pudiesen resistir las que Alexandro les tenia puestas en el fuerte y contornos, sin la guarnicion de Bujen. Esto le hacia creer que con brevedad se le habia de rendir, y cuando nó, pensaba levantar un grueso ejército para la primavera siguiente y ganarle por batería y á fuerza de armas. Este pensamiento le salió muy al contrario, porque los Estados reconciliados no le cumplian nada de lo que habian prometido, ni de España le asistian con dineros ni se hallaba en tiempos de poderlos buscar á crédito, ni tampoco tenia la comodidad suficiente para hacer la guerra tan viva como deseaba; íbale faltando la paciencia de verse arrinconado y sin ejército; mas como era de espíritu gallardo y enemigo del ócio, le pesaba no emplear el tiempo en alguna faccion, y habiendo tenido aviso que la guarnicion de la villa de Nivela (que pocos dias ántes habian ganado los rebeldes por inteligencia) hacia daño á la villa de Mons y á sus contornos, determinó con la poca gente que tenia y la que más pudo recoger de sitiarla (como lo hizo) con gran brevedad, y habiéndole abierto las trincheas la hizo batir con cinco cañones gruesos, y al tiempo que se les queria dar el asalto trataron los rebeldes de rendirse. Alexandro se lo concedió y salieron con sus armas y bagaje, dejándose las banderas. Entró luégo con su corte en la villa y en la iglesia de las Damas, que lo son de las más principales que hay en aquellos Estados y tienen rentas eclesiásticas, y porque asisten en el coro y á todos los oficios, las llaman Canonesas, y se pueden casar porque no profesan, y la que lo hace pierde la renta de la iglesia, la cual habia mucho tiempo no cobraban con la opresion de los rebeldes; pero despues de haberlas visitado Alexandro dió órden en que fuesen restituidas en sus haciendas, sin otras mercedes que les hizo, y les señaló Factores que cobrasen todo lo corrido y se les diese. Y dejando bien presidiada á Nivela, se volvió á Mons, donde estuvo mucho tiempo sin hacer ninguna faccion por la poca

asistencia que tenia, con que se hallaba tan afligido que no lo podia disimular, pero tuvo muy grande alivio con la venida del capitan David, que lo era de una compañía de borgoñones en la provincia de Frisa, de donde acababa de llegar, y le daba aviso de como Monsieur de Vila, hermano del conde Arambergue, habia roto y desbaratado al ejército de los rebeldes. Alexandro le recibió bien y se informó muy por extenso de todo lo que habia sucedido, y sin hacer demostracion de que lo sabia (no sin causa), hizo luégo juntar todo su Consejo de Guerra y Estado para que en su presencia refiriese el capitan David todo el suceso de la victoria; y ántes de hacerlo, dijo Monsieur de Burs, coronel que era de un regimiento de valones, en alta voz, que fuese Dios bendito, pues habia dado una tan gran victoria á los Estados sin españoles, y que de allí adelante tendrian otras tan famosas sin ayuda dellos. Alexandro que deseó esta ocasion, hizo que dijese el capitan David con qué ayuda y por qué manos la habia alcanzado Monsieur de Vila, y pues se habia hallado con él la dijese con puntualidad. Respondió en alta voz que hacia saber á S. A., que cuando los españoles partieron desde la villa de Arlon para Italia, se habian convocado y juntado más de trescientos, y se fueron á Frisa, huyendo del ócio que habian de tener en la paz, con ánimo de hallarse en las ocasiones, pues de aquella provincia donde se hacia la guerra tan sangrienta no los habian de echar por no ser de las reconciliadas. Monsieur de Vila los recibió muy bien y los agasajó y entretuvo por el fruto que esperaba sacar del valor y disciplina que tenian; y el dia que dió la batalla á los rebeldes puso los trescientos españoles en dos mangas y en la vanguardia de su gente, la cual puso en escuadron, y con buen órden fué marchando la vuelta del ejército rebelde, que cerrando con él las dos mangas de españoles lo rompieron y desbarataron, degollando dellos más de cinco mil infantes y mil caballos, ántes que llegase el cuerpo del escuadron de Monsieur de Vila, el cual quedó admirado que solos trescientos hombres y en tan buen tiempo hiciesen tan gran extrago.

Quedáronse los dos Consejos de Estado y Guerra admirados, y los más dellos corridos y avergonzados, particularmente Monsieur de Burs, que no acertó á hablar palabra ni supo responder ni contradecir á esta relacion que hizo el capitan David; y si Alexandro no le atajara, iba prosiguiendo en ella, y como tenia costumbre de ir luégo á la iglesia y hacer cantar un *Te Deum laudamus* por las victorias y buenos sucesos que tenian, hubo pocos que le acompañasen, y se fué con los de su casa y corte. Y tal era el ódio y rencor que tenian contra los españoles, que por haber ellos alcanzado aquella victoria no quisieron los flamencos ir con Alexandro á la iglesia á dar gracias á Dios. Quedaron tan corridos y lastimados de aquel suceso que escribieron luégo una órden muy apretada al marqués de Rubes, que estaba con el ejército en el sitio de Cambray, como he escrito, que si algun español habia quedado en él saliese luégo fuera de los Estados. El Marqués hizo echar un bando, pena de la vida, que si alguno habia le manifestase dentro de veinticuatro horas; no se hallaron más de dos y al punto fueron expelidos, quejándose mucho de Juan Bautista del Monte que los habia descubierto y los persiguió hasta que los echaron fuera de los Estados.

Alexandro se informó, habiendo tenido aviso desto, y sabido que era verdad, le envió á llamar y le dijo una muy grande reprension, teniéndole de allí adelante en diferente opinion y no muy aficionado al servicio del Rey, nuestro señor, pues habiendo recibido dél y de Alexandro tantas mercedes y honras mostró en esto tan mal proceder; pero fué causa que en cuanto se ofreció de allí adelante no le pudo arrostrar ni hizo confianza dél, si bien no se lo dió á entender; y aunque parece cosa no vista, no siendo Juan Bautista del Monte flamenco, sino florentin y nacido en Italia, mostrarse tan enemigo de españoles, se ha de entender que son tan aborrecidos de todas las naciones del mundo, porque las sujetan y dominan, que siempre que hallan ocasion muestran el ódio que les tienen; pero su virtud atropella de ordinario sus aborrecimientos, como se ha visto por lo pasado y se vió cuando Monsieur de Burs dijo

que sin ellos alcanzaban victorias, siendo tan notorio que los que las saben dar á sus Príncipes son los invencibles y leales españoles.

El príncipe de Orange instaba tanto en la entrada del duque de Alanson en Flandes, que le parecia no habia de lograr su deseo. Persuadíale por tantos caminos, representándole la condicion mudable de los flamencos y que si dilataba su venida podria ser hallarlos de otro parecer; en esta misma conformidad le enviaron los Estados sus embajadores para acabar los conciertos que con él habian propuesto y los capítulos acordados, que todos eran muy contra el servicio del Rey, nuestro señor, y en disminucion de la religion católica, y le pedian que con su venida la desarraigase y estableciese la nueva que ellos mantenian y observaban; mirando tambien la satisfaccion que se habia de dar al archiduque Matías. El duque de Alanson, que no ménos que el de Orange y los Estados rebeldes deseaba la entrada, comenzó á darse priesa y á desembarazarse de las cosas de Francia, y tácitamente permitia el Rey, su hermano, le levantase gente de guerra en todo su reino para ir á Flandes, ofreciéndoles dineros, oficios y preeminencias, pareciéndole con estas inquietudes divertir algunas sospechas que tenia en su reino y aquietarlo, y á sus amigos ofrecia grandes mercedes y dineros para que lo fomentasen; y aunque el embajador de España, que por muerte de Juan de Vargas Mexía lo era Juan Bautista de Tasis, prudente y cristiano caballero, que murió en Madrid el año de 1610, del Consejo de Guerra de S. M., hacia sus diligencias con el rey de Francia y la Reina madre para estorbar estas levas y romper sus designios, no era poderoso ni aprovechaba, ni lucia el trabajo que ponia para ello.

Por el bando que Alexandro habia hecho publicar contra el príncipe de Orange quedó este tan corrido y lastimado, que para vengarse hizo imprimir unos escritos contra el Rey, nuestro señor, escandalosos y descomedidos; y pasando la palabra en los Estados, á fin de darles á entender les hacia una gran lisonja en decir mal de su príncipe y natural señor, volvia de nuevo á refrescarles la memoria y los hacia leer muchas veces, y algunos

se holgaban de oirlos, y á otros, no tan mal intencionados, despues de algunos dias les pareció hacerlos prohibir y que no se vendiesen en las librerías; é hicieron un escrutinio por todas ellas, y los que se hallaban se quemaron. Habia algunos dias que los rebeldes de los Estados que existian en Gante tenian sitiada la villa de Aloste, y de camino habian ganado á Lidequerquem y apretábanle con mucha insistencia; y deseoso de socorrerla Alexandro, envió desde el sitio de Cambray un buen número de gente á cargo de Monsieur de Montani, y con otro de caballería á Juan Bautista del Monte; y llegados á vista de Aloste, cerraron con los rebeldes, y lo hicieron tan valerosamente que los rompieron y degollaron más de mil y cuatrocientos soldados.

LIBRO QUINTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1581.

SUMARIO.

El príncipe de Orange solicita al duque de Alanson.—Necesidades de Cambray.—El duque de Alanson entra con su ejército á socorrer á Cambray.—Cautelas del rey de Francia.—Necesidades de Estembique y pertinacia de rebeldes.—Estembique socorrida.—El conde de Renemburg enfermo.—Los rebeldes ganan algunas plazas.—Los rebeldes desamparan el sitio de Grootuerdem y son rotos y desbaratados.—Muerte del conde de Renemburg.—Alexandro con su ejército se va á oponer al del duque de Alanson.—El vizconde de Turena preso y rotos los franceses.—Soberbia francesa y reportacion de Alexandro.—Resolucion de Alexandro.—Buen acuerdo de Alexandro.—Defienden el paso al duque de Alanson los capitanes de Alexandro.—Retira Alexandro su ejército del duque de Alanson.—Alanson se determina de ir sobre Alexandro.—No osa el duque de Alanson acometer á Alexandro y se vuelve á Francia.—Rencuentro de Monsieur de Montani con los rebeldes.—Trato descubierto en Mastriq y castigo de los culpados.—El príncipe de Orange hace que en Holanda renuncien la fidelidad al Rey católico.—Alegrías en los Estados rebeldes por la vuelta de Alanson, y renunciacion al Rey católico.—Condiciones de la renunciacion.—Reconocen los rebeldes por señor al duque de Alanson.—Alexandro va sobre Dunquerque.—Pérdida de San Gislen.—Alexandro pone sitio á San Gislen.—Ríndese San Gislen.—El príncipe de Pinoe socorre á Dunquerque.—Francisco Verdugo marcha con su gente á su gobierno de Frisa.—Buen acuerdo de Francisco Verdugo.—El ejército rebelde se retira de Francisco Verdugo y quema sus alojamientos.—Rebeldes rotos por Francisco Verdugo y les gana algunos fuertes.—Desórdenes de los soldados de Norris.—Conoce Francisco Verdugo el intento de los de Groeninghen.—Reconoce Francisco Verdugo los cuarteles y sitio que habia de tener para esperar al ejército rebelde, y en ellos aloja el católico.—Francisco Verdugo reconoce el ejército rebelde y se apercibe á pelear.—Buen órden de Francisco Verdugo para pelear.—Los ingleses de Norris acometen al ejército de Verdugo.—El alférez Alonso Mendo y el capitan Vilers acometen á los rebeldes valerosamente.—Los soldados desbaratados se pusieron en huida.—Valor de Francisco Verdugo.—Número de los muertos en la batalla de Nicusil.—Victoria de los católicos.—Dan gracias á Dios los soldados católicos por haberles dado victoria.—Los alemanes amotinados.—Gabela es tributo ó alcabala.—El capitan Pedrosa lleva á Alexandro la nueva de la victoria de Nicusil.—Sitio del fuerte de Nicusil.—Inundacion en las tierras de Nicusil.—Alexandro llega sobre Tornay con su ejército.—Necesidades del ejército católico.—Los cercados de Tornay se defienden con mucho valor y matan al

conde Buque y dan una pedrada á Alexandro.—Batería de Tornay, y manda Alexandro la den el asalto.—Ocupan los católicos un puesto en la batería y retíranse los demas.—Los que se señalaron en el asalto y matan á Monsieur de Bura.—El coronel Belfort es causa se rindan los sitiados de Tornay.—Monsieur de Montani trata de la paz con los de Tornay y salen de la villa un Capitan y un burgués á concluirla con Alexandro.—Disculpas de los cercados.—Pactos con los reducidos.—Alexandro en Tornay con su corte.—Sentimiento de los mal contentos.—Los reconciliados quieren jurar en Lila á Alexandro por Gobernador.—Astucias del príncipe de Orange.—El duque de Alanson en Inglaterra.—El Gobernador de Breda gana á Bergas de Olzon, y los rebeldes le vuelven á echar fuera.—Palabras atrevidas del coronel Belfort y respuesta de Alexandro.—Alexandro va á Anamur á verse con Madama Margarita de Austria, su madre, y lo que le dijo.—Respuesta de Alexandro á su madre.

Aunque el año pasado habia instado y hecho extraordinarias diligencias el príncipe de Orange para la entrada del duque de Alanson en los Estados de Flandes, le volvió á escribir apretadamente, por consejo de Felipe Martinienes, señor de Sante Aldegonde y de otros herejes calvinistas, que, con las nuevas victorias que el Rey, nuestro señor, habia tenido en Portugal y unido aquella Corona con las demas de sus reinos, tendria mayores fuerzas y podria juntar armadas contra ellos y los sojuzgaria, demás que de habelles quitado el comercio con Portugal á las islas de Holanda y Gelanda les habia de redundar grande daño; y que si en esta ocasion que los Estados estaban tan medrosos entraba con su ejército conseguiria todo lo que quisiese y se haria señor absoluto dellos sin dar lugar á su mudable condicion, pues podria ser se les refrescase la memoria de la antigua enemistad con franceses, y que ya habia algunos que movian estas pláticas, que se diese priesa á venir, y que si por entónces no podia entrar con todo su ejército enviase la mayor parte para dar terror y arrinconar á Alexandro, que tan abiertamente campeaba y tenia apretado á Cambray; y que si iba con mano armada podia muy bien introducir la religion que quisiese, sin que por esto pudiese quedar inhabilitado para la sucesion de la corona de Francia, pues nunca en Roma se cerraba la puerta de la absolucion. Todo esto hacia el príncipe de Orange para conservarse en su potestad, á costa de otros, y lo que más le persuadia era su venida, porque era buena ocasion y las cosas estaban dispuestas de manera que sin dificultad se

apoderaria de los Estados de Flandes; y que no fuese con soldados viejos, sino con bisoños para que mejor pudiese industriallos y deciplinallos á su gusto, y que si eran pláticos, con dificultad los reduciria á su opinion. Estos y otros muchos consejos daba el de Orange al duque de Alanson.

Alexandro se estaba en la villa de Mons en Henaut, tan ocioso y sin hacer nada, que por ser fuera de su inclinacion lo sentia en el alma, si bien le era forzoso por estar esperando dineros y gente, y que la villa de Cambray se le rindiese por tenerla tan apretada que se sabia comian perros y gatos con otras sabandijas, tanta era su necesidad que los puso en gran extremo; y cada dia tenian avisos que el duque de Alanson los iba á socorrer con quince mil infantes y cinco mil caballos, y con todas las banderas de Francia á su retaguardia, y con órden particular de su hermano, el Rey, que hiciese el socorro apretadamente, que él le asistiria en cuanto pudiese; aunque él negó siempre esto, y que el duque de Alanson, su hermano, lo hacia sin permision suya; pero no le pesaba al Rey dello, ni de sus intentos y que estos los ejecutase en Flandes, porque teniéndole fuera de Francia estaria su reino más quieto y libre de sus sediciones y libertades que daba á los hunganotes y á otras gentes desordenadas que le seguiân. No eran estas cosas tan secretas que no las tuviese Alexandro muy bien entendidas, y las pláticas que tenian los dos hermanos con el príncipe de Orange y las diligencias que él hacia instando con los Estados le mandasen entrar en ellos.

Hallábase en este medio un embajador de Francia en la corte de Alexandro, procurando darle á entender muy diferente de lo que en estas cosas habia, como si no fueran tan ciertas y públicas que no las pudiese juzgar cualquier entendimiento; pero no quiso dejarse engañar ni que entendiese el francés que debajo de ofrecida amistad le habia de persuadir ni querer borrar de la memoria de las gentes lo que tan de veras se habia impreso, particularmente de la de Alexandro que tan fresca la tenia del presente trato y vivas acciones que Alanson hacia, fomentadas del príncipe de Orange, y por no quedar corto en

nada, pues jamás lo habia sido en cuanto le tocaba y tenia á su cargo, respondió al Embajador que dijese al rey de Francia, que por darle gusto creeria lo que le habia dicho en su nombre, pero no porque dejase de conocer que entrar sus banderas y veinte mil hombres en los Estados de Flandes no podia ser sin su órden ni sin que lo supiese; y que le suplicaba se acordase de los beneficios que del Rey católico habia recibido en todas ocasiones; que procurase pagárselos, no con ingratitud (cosa que en los Reyes parecia tan mal como lo podian juzgar los demas Príncipes que estaban á la mira de sus acciones), sino con buena correspondencia que debia, y que podria ser (haciendo el tiempo su oficio) no saber cuándo le habria menester; y que la amistad y alianza que tenia hecha con S. M. no la perdiese, pues le importaba más que no que su hermano el duque de Alanson socorriese á la villa de Cambray, pues no era suya ni le pertenecia por ningun derecho ni causa.

No dejó el rey de Francia con esta respuesta de Alexandro de tener algun cuidado; pero como las cosas de su hermano se le daban mayor, hubo de acudir á ellas; y por cumplir con su obligacion, más por cortesía francesa que por voluntad, escribió á su Embajador que dijese á Alexandro que no sabia nada del cargo que le hacia, y que era verdad habia recibido muchos beneficios y buenas obras del rey católico de España, y que se las pensaba pagar con grandes ventajas estorbando el intento del duque de Alanson, su hermano; y mandó luégo, tras esta respuesta, echar un bando en toda Francia que ninguno fuese osado ir á los Estados de Flandes y que se volviesen los que habian partido; pero como hallaban calor en la Reina madre, que de secreto los apercibia y encaminaba, no obedecieron el bando del Rey, su hijo, ni él lo hizo echar con intento de que se ejecutase, sino por cumplir con Alexandro.

Aunque el conde de Renemburg tenia apretada la villa de Estembique con muchos fuertes, y siempre que los rebeldes la fueron á socorrer los habia roto y desbaratado, eran tan pertinaces los de dentro, que con comer ya perros, caballos y otras cosas, no se querian rendir porque siempre tuvieron entendido que ha-

bian de ser socorridos con más veras y fuerzas que las veces pasadas, y cada dia hacian fuegos y señales de las torres y murallas á la gente del coronel Juan Norris, que siempre los habia asistido, y como tan soldado, ejecutado muchas y buenas facciones en servicio de los Estados rebeldes, y en libertar á Estembique habia hecho todo su posible, pero jamás pudo salir con ello; sólo los consolaba con avisos que por algunas partes (aunque dificultosas) les enviaba, dándoles siempre esperanzas de socorros, y otras veces con palomas industriadas les enviaba cartas persuadiéndoles no se rindiesen, que sin falta les enviaria socorro; y como á los Estados rebeldes les importaba enviársele, porque las demas villas y lugares que estaban á su devocion no desmayasen ni se rindiesen, enviaron seiscientos caballos y tres mil infantes para que, juntándose con la gente del coronel Norris, hiciesen todo su esfuerzo para socorrerla; y como hubiesen deshecho los hielos y roto algunos diques, y estaba el país empantanado, dejaron los del ejército católico, á los 27 de Febrero, sus puestos y cuarteles, y habian ocupado otros en las partes enjutas, sin poderse valer ni amparar de la caballería, y estaban donde no podian ya estorbar el socorro, el cual entró en Estembique á vista del ejército católico, y quedó socorrida y avituallada sin poder resistir á los rebeldes.

Al conde de Renemburg le dió en este medio una prolija enfermedad, causada del mal tratamiento y desdenes que los burgueses de la villa de Groeninghen le hacian, perdiéndole el respeto y no obedeciendo sus órdenes ni muchas cosas del servicio del Rey, nuestro señor, y como ya se habia reducido á él, y por medio de la licencia que tenia de Alexandro para irse con sus deudos y hermanos, deseaba en todo acertar y dejar el gobierno con buen nombre hasta que llegara Francisco Verdugo, siendo gente tan cavilosa y mudable, no los podia dominar; y viéndose constreñido dellos y de sus desórdenes hubo de enfermar, de tal suerte, que no ménos le costó que la vida. Lo mismo hicieron con los demas Gobernadores que habian tenido, dándoles siempre muy mal pago, sendicándoles y apretándoles demasiadamente, como lo hicieron con el coronel Martin Es-

quenque y con Gaspar de Robles, baron de Velli y otros, por la ambicion é insaciable sed que siempre han tenido de mandar sin querer jamás reducirse á obediencia, y esto les ha tenido siempre en miserable estado; y aunque al emperador Cárlos V, (de gloriosa memoria) y despues al Rey católico D. Felipe, su hijo y señor nuestro, les reconocieron por naturales y legítimos señores, herederos del ducado de Brabante y condes de Holanda, su ordinario lenguaje ha sido siempre, que eran sus protectores y que pagándoles doce mil florines cada año no tenian más que ver con ellos. Poco ántes de la enfermedad del conde de Renemburg habian los Estados rebeldes sitiado á la villa de Estabaren, y los alemanes que por el Rey, nuestro señor, la defendian, se rindieron con muy gran nota de su valor, quebrantando el juramento que tenian hecho. Tambien habian ganado otras villas y lugares, siendo ayudados del coronel Juan Norris y de sus ingleses, y luégo fueron sobre la villa de Grootuerdem, y teniéndola muy apretada, fué el conde de Renemburg á socorrerla con un buen número de caballería y de infantería: á los rebeldes no les pareció esperar, y temiendo lo que les sucedió, levantaron el sitio, y yéndose retirando dió sobre ellos el Conde, y apretándoles en la retaguardia los rompió y degolló más de quinientos hombres, ganándoles tres banderas y todo el bagaje; desde allí fué sobre otras plazas y las ganó y degolló toda la guarnicion dellas, y cuando más ufano estaba de sus buenos y prósperos sucesos, triunfando de muchas banderas que habia ganado y enemigos que habia muerto, y tan contento de su buena suerte, como se deja considerar en un caballero, que por haber dejado la opinion del de Orange y vuéltose á Dios y á su Príncipe la podia tener, murió de su enfermedad en la villa de Groeninghen, á los 19 de Julio deste año, en la flor de su edad. Era honrado caballero, bien quisto y valeroso Capitan y de la casa de Lalain, pero muy enemigo de españoles, como se vió en Frisa cuando los trescientos que recogió Monsieur de Vila, habiéndose encontrado con él por haberlos recibido y dado la batería á los rebeldes sin comunicárselo ni órden suya, como se ha referido.

Como Alexandro vió que el duque de Alanson con todo su ejército habia entrado en los Estados y que se iba acercando con determinacion de socorrer á Cambray, se partió de la villa de Mons, á los 12 de Agosto deste año, y recogiendo toda la gente de guerra que pudo, se entró con ella en la villa de Valencienes; serian cinco mil infantes y mil y quinientos caballos italianos y valones, y á los 14, víspera de Nuestra Señora de la Asuncion, se partió, á media noche, á estorbar el socorro, y llegó á la Exclusa, de donde envió una compañía de hombres de armas y algunos archeros á que reconociesen el ejército del duque de Alanson y el designio que llevaba. Llegaron al camino real que va á la villa de Cambray, donde encontraron al vizconde de Turena, caballero francés, que hoy es príncipe de Bullon, y á sesenta caballeros que le acompañaban, que iban á entrarse dentro; cerraron con ellos valerosamente y los desbarataron y rompieron, mataron á algunos y prendieron á quince, y entre ellos al Vizconde, al cual llevaron á Alexandro y le recibió muy bien, y con agradables palabras le hizo gran cortesía; el Vizconde le respondió bien pocas, con una arrogancia francesa y término desenvuelto; y como si fuera él el vencedor hizo semblante y ademanes de tener en poco á cuantos le miraban; á Alexandro, que jamás le admiraron de ningun hombre semejantes apariencias, le preguntó dónde dejaba al duque de Alanson y á su ejército; dijo, con alguna sequedad, que no lo sabia, y aunque lo supiera que no lo queria decir; Alexandro sosegó la cólera que le engendró tal descortesía, y con una discreta risa y honesto disimulo le dijo, que por ser su prisionero no se lo hacia decir, pero que si no lo fuera lo habia de hacer por fuerza, y que aquella cólera y soberbia respuesta fuera mejor haberla guardado para la noche pasada cuando le habian prendido; y sin decirle más, le volvió las espaldas é hizo merced dél al marqués de Rubes y á Monsieur de Montani, encargándoles satisficiesen á los archeros que le habian preso; pagó por su rescate cien mil escudos. Los demas prisioneros dijeron que el duque de Alanson estaria dentro en Cambray á hora de comer, porque le habian dejado con su ejército tres leguas de allí.

Con este aviso determinó Alexandro de irle á buscar y pasar con toda su gente el rio por la Exclusa. Los del Consejo le fueron á la mano, y dijeron no convenia aventurar su persona con tan poca gente, y que por ningun caso lo consentirian; con todo eso, se determinó de hacerlo, con una resolucion presta y animosa, y comenzó á dar las órdenes necesarias para ponerlo en ejecucion; pero Gaspar de Robles, baron de Velli, que como soldado de tanta experiencia, prudente y valeroso caballero, vió que la determinacion de Alexandro era su total ruina, con que ponia á riesgo la reputacion del Rey católico, su tio, la suya y de las pocas fuerzas con que se hallaba, y más en tiempo que los Estados rebeldes tenian y juntaban tantas, y que la union de Orange con el de Alanson no podia ménos de dar cuidado, sin el que Isabel, reina de Inglaterra, hacia tener con sus secretas ayudas y las de otros Príncipes poderosos enemigos de la corona de España, le dijo que considerase S. A. estas cosas y viese si le importaba más apretar á Cambray ó que se perdiesen (juntamente con todos los que allí estaban) los Estados de Flandes, pues no ménos que á pique de hacerlo se ponia si ejecutaba su determinacion; que lo mirase y considerase bien, y en caso que no mudase de parecer, le seguiria con una pica, como el menor soldado que allí tenia, hasta acabar la vida.

Alexandro, que tuvo bien entendido el buen consejo que le dió el baron de Velli, se aquietó, y siguiendo su parecer, le respondió que le agradecia mucho el amor y voluntad con que le habia aconsejado; mostrando en esto cuán bien parece la obediencia en la guerra para acertar en los sucesos y ocasiones que trae consigo, pues hasta el mismo General echó de ver lo que convenia, y reportándose del primer movimiento que de su valor habia procedido, se sujetó al parecer de su consejero por no aventurar lo que habia de perder, si bien echó de ver las dificultades que se le ofrecian, y que acometer á veinte mil hombres con seis mil era temeridad; pero el verse tanto tiempo arrinconado, sin hacer nada, y que habia de lucir tan poco el tener tan apretada á Cambray, esperando por mo-

mentos se le rindiese sin coger frutos de tantos trabajos, lo sentia mucho; y considerando no convenia á su reputacion, habiéndose hallado tan cerca de Alanson dejar por alguna parte de darle un repelon para que conociera el atrevimiento con que se le habia opuesto, castigándole esta osadía, se determinó de no pasar el rio, para defender que el duque de Alanson no le pasase, si lo intentaba, como lo hizo; porque despues de haber socorrido á Cambray y puéstole un fuerte presidio, quiso pasarlo por un puente de piedra muy grande, y llegando á hacerlo se le opuso Alexandro, que con mucho valor y presteza hizo guarnecer toda la ribera de arcabucería y mosquetería por la una y otra parte del puente, de manera que le cogian de través, y en la boca dél mandó poner al capitan Barahona, español y criado que era de Monsieur de Montani, y al capitan Buque con sus dos compañías de valones, y defendiéronlo con tanta osadía y presteza, que aunque cargó el duque de Alanson con todo su ejército, no fué posible pasar, y estuvieron peleando con grandísimo teson más de veinte horas, haciendo notable daño á los franceses; que como eran tantos y más alentados que los pocos soldados de Alexandro, y señores de la campaña, les crecian las esperanzas de romperle y desbaratarle; pero ya iba conociendo que, si sustentaba la escaramuza y procuraba resistir las fuerzas francesas, llevaria lo peor, porque habia tres dias con sus noches que no dormia su gente, y los caballos padecian porque habian estado cuarenta y ocho horas sin apearse dellos ni descansar un punto, y ántes de ser compelido por fuerza de armas, le pareció á Alexandro suspenderlas y retirarse, como lo hizo una mañana, al amanecer; y este mismo dia fué á alojar con toda su gente á los burgos de la villa de Valencienes, donde se previno de su prudencia y valor, encomendando su suerte á los brazos della, y á Dios todas sus acciones, manifestando el intento de haberse retirado allí á todos sus soldados, y ésto con grandísimas veras, para que viesen que los acompañaba en sus trabajos y peligros, dándoles cada dia más que aprender con la resolucion que tomó de esperar allí al duque de Alanson con todo su ejército, el cual se resolvió de

irle á buscar y triunfar dél, pues le tenia encerrado en Valencienes. Alexandro tuvo por mejor aguardarle allí que no en la campaña, donde se viera muy empeñado, y fué mayor valentía huir el rostro al manifiesto peligro que no perderse con la poca gente que llevaba; y con un regimiento que habia mandado levantar de alemanes á un caballero lorenés, que se llamaba Marco Sanz, que le halló en Valencienes, se comenzó á trincherar en los burgos della y á prevenirse para la defensa, y á este regimiento no quiso jamás darle Coronel, y le hizo llamar el del príncipe de Parma, y como á tal estuvo siempre en su nombre, y por su Teniente este caballero, que sirvió muy bien en todo lo que se ofreció, como adelante se verá.

Otro dia siguiente fué marchando el duque de Alanson con todo su ejército en busca de Alexandro con gran confianza y determinacion de romperle y desbaratarle; pero él la tuvo mayor de resistirle y defenderse, peleando con Alanson con grandísima ventaja, por serle tan inferior en gente; y aunque los del Consejo le dijeron que se entrase en la villa, donde le estaria mejor esperar á su enemigo que no en los burgos ó arrabales, no lo pudieron acabar con él, y les respondió que no pensaba dar ocasion á que en ningun tiempo se dijese dél que se habia acorralado con las fuerzas del Rey, su señor; luégo hizo publicar un bando, que ningun soldado se desmandase ni fuese á correr la campaña, pena de la vida, pues les habia de asistir con todo lo necesario para su sustento, como se hizo. El duque de Alanson supo que se habia resuelto de esperarle y de pelear, y temiendo á la buena industria y valor de Alexandro, no le osó acometer y se volvió á Francia por entónces con todo su ejército.

En este medio habian sacado los rebeldes de Gante (por hacer alguna diversion y dar calor al socorro que hizo Alanson á Cambray) gran número de gente, y con ella fueron sobre Mariula y la quemaron. Monsieur de Montani salió de la villa de Tornay (habiendo tenido este aviso) á socorrerla, y aunque llegó algo tarde, les dió el alcance, que por haber entendido iba sobre ellos se fueron retirando, y les degolló más de novecientos hombres; y cuando se volvió se habian ya rehecho los

rebeldes, y revolviendo sobre él le mataron alguna gente y le ganaron todo el bagaje.

En esta sazon se descubrió un trato en la villa de Mastriq que hacia un Alférez de la guarnicion della, por cincuenta mil ducados que le daban los Estados rebeldes para repartir entre la demas gente del presidio y entregarles la villa. Viólos un criado de un soldado, estando escondidos, tratando del caso y de la suerte que se habia de poner en ejecucion, y dió aviso dello al Gobernador, y con mucho cuidado y brevedad los hizo prender; y habiéndose condenado por sus mismas confesiones, ahorcó á los más culpados, con que quedó Mastriq quieta y libre desta traicion; pero muy pesaroso el de Orange hubiesen lucido tan mal las inteligencias que habia tenido para ganar esta plaza, por la importancia que esperaba tener della, habiéndole de servir de paso para los socorros que de Alemania siempre tenia, que fué causa este designio el haberla ganado Alexandro y costádole tanta sangre y trabajo como habemos visto.

El príncipe de Orange, que siempre se desvelaba con sus contínuos ardides y cuidadosa solicitud, fué en esta sazon á dar una vuelta á Holanda y llevó consigo á su mujer, que deseaba en extremo verse en quietud y al Príncipe sosegado, y de camino acabó una cosa bien dificultosa, que fué hacer con los Estados rebeldes que públicamente, con solemne juramento, renunciasen la fidelidad y vasallaje que debian al Rey, nuestro señor, con que acabó de echarlos á perder y de encenagarlos, acrecentando con este los muchos y graves delitos que habian cometido; y tambien para que cebando al duque de Alanson, entrase de mejor gana á poseer lo que no era suyo, cosa indigna de un Príncipe; pero la ambicion que tenia y las cautelas del de Orange y extraños ardides bastaran á otro cualquier entendimiento hacerle desvanecer, particularmente á un Príncipe mozo y mal aconsejado, y más siendo francés, que desde la cuna heredan algunos desta nacion la inquietud, ambicion y codicia; el cual habia escrito al de Orange que dentro de veinte dias volveria á entrar con su ejército en los Estados

de Flandes; y en caso que no pudiese con todo, enviaria la mayor parte y de camino amunicionaria á Cambray, como lo hizo; y llegado este aviso hicieron los Estados rebeldes muchas alegrías y regocijos, con grandes comidas y banquetes, celebrando esta buena nueva; y la de la renunciacion se hizo primero en la villa de la Haya que en otra parte, con tanta libertad y desacato como si jamás hubieran sido sujetos á su Príncipe y natural señor; y para más ignominia y establecer su mal intento, el de Orange hizo á los ministros de su religion que lo publicasen y persuadiesen en los púlpitos; y uno que se llamaba Uberdem, el más docto hereje que tenian, no sólo no le pudieron incitar con ruegos y amenazas á que lo hiciese, pero declaró públicamente que no lo podian hacer y que lo defenderia con razones ciertas á cuantos se lo contradijeran, y que era muy mal hecho y que no lo debian permitir, y por esto lo mandó desterrar el príncipe de Orange; y los motivos que tuvo para hacer á los holandeses que renunciasen, con juramento, al Rey, nuestro señor, fueron con tan mal fundamento como todo lo que intentaba; y, en suma, decia que los tenia tiranizados y que no eran sus esclavos, ni tenian obligacion de obedecerle en bueno ni en malo, que les habia derogado sus privilegios y que los oprimia y sacaba la sustancia de su hacienda; que por estas y otras muchas cosas le podian renunciar, y que otros vasallos lo habian hecho en otras provincias, y que en las suyas querian otro señor que los gobernase y mantuviese en mejores costumbres sin tiranizarlos, como despues que murió el emperador Cárlos V lo habia hecho su hijo el rey D. Felipe, que tan oprimidos y acabados los tenia, habiendo hecho entrar en sus tierras dignidades y Arzobispos de su mano, dándosela para que fuesen inquisidores, y á los españoles proveido en oficios y cargos para que imperasen contra las leyes y estatutos de sus provincias; que les introdujo el Concilio de Trento y la Inquisicion para estirpar su santa y nueva religion, como él decia; que sin culpa y apasionadamente habia condenado á muerte á los condes de Agamont y Hornos, al marqués de Vergas, á Monsieur de Montani y á otros; que les envió al duque

de Alba, al Comendador mayor de Castilla, y á su hermano D. Juan de Austria para que tiránicamente los gobernase, y que por espacio de veinte años lo habian hecho, y que ya de oprimidos y desamparados habian buscado por Príncipe y natural señor al duque de Alanson para que suavemente y con benignidad los gobernase y defendiese de las tiranías de España, al cual reconocian por tal, y de nuevo renunciaban al Rey, nuestro señor, y protestaban de no obedecerle, y juraban de no respetarlo por señor, y que le repudiaban con todas las obligaciones que ántes le tenian y quedando dellas absueltos; juraron de nuevo y protestaron la fidelidad á los Estados rebeldes y á todos los amigos de la patria, y que tambien renunciaban á los infieles moradores de las provincias, y protestaron de obedecer á sus Magistrados tan verdaderamente como á Dios, al cual pedian les condenase si quebrantaban este juramento; y acabado de hacerlo en la villa del Haya, se hizo tambien en la de Amberes con mucha solemnidad, y despues en todos los Estados con forma de edicto; y no contentos con esto, rompieron todos los sellos reales, quitaron sus armas en todas las partes y lugares que estaban, y se vedó el oficio del nombre del Rey, nuestro señor; y que todos los ministros de paz y guerra que de allí adelante ejecutasen sus oficios y otros actos en nombre de los Estados.

Con estas tiranías y pérfidas maldades encendian al pueblo á mortal ódio, inducidos de las cautelas y mañas del príncipe de Orange que siempre sembraba en toda la tierra estas y otras cizañas semejantes contra el Rey católico, con que los traia embaucados y reducidos á su depravada opinion.

No se descuidaba Alexandro con las inteligencias que traia en todas las villas de los rebeldes de dar priesa para apoderarse de algunas, particularmente de las marinas, para enfrenar las demas y quitar los socorros extranjeros que por ellas entraban á los Estados, porque ya que con las fuerzas (por ser pocas) no podia, lo procuraba con su industria y buen ingenio.

Vínole aviso en este tiempo que en la villa de Dunquerque habia poca guarnicion, y pareciéndole empresa importante por

ser puerto de mar, y que por allí le podian venir de España algunos socorros de dineros y otros avisos sin tener necesidad de rodear por Italia, como se hacia con inmenso trabajo, partió con todo su ejército la vuelta de allá, y en llegando á Ponteras, lugar muy grande, á una legua de la villa de Duay, tuvo aviso que la guarnicion de Tornay habia salido y ganado á San Gislen por inteligencias que tuvo con los burgueses della. Alexandro sintió esta pérdida en extremo por ser plaza importante y que le estorbaba la jornada que iba á hacer, y estar en medio de la villa de Mons en Henaut y de Valencienes, y les podria correr las campañas y hacer notable daño; y para recuperarla levantó su ejército y torció el camino á San Gislen, y la sitió á los 20 de Setiembre, y con gran presteza le hizo abrir las trincheas y batir la muralla con cinco piezas de artillería gruesa que llevó de Mons en Henaut; y habiéndosele abierto una muy gran batería apercibió la gente para darles el asalto. Los de dentro temieron que se habian de perder, y comenzaron luégo á tocar las cajas y á hacer señas para rendirse. Alexandro mandó saliesen fuera dos Capitanes á tratar la paz y el modo como habian de concertarse para salir rendidos, y aunque los rebeldes pidieron algunas cosas que no convenia concedérselas, considerando que no era bien aventurar á perder ninguna cosa, se les concedió muchas para el útil de la villa, y los soldados salieron rendidos á misericordia de Alexandro, y perdonó á todos los burgueses, salvo á los que habian hecho el trato, pero no pareció ninguno dellos; y dejando bien presidiada á San Gislen, levantó su ejército y prosiguió su camino para la villa de Dunquerque, y se puso sobre ella, á los 28, y estando este mismo dia reconociendo los puestos por donde se habia de sitiar y acometer, vino marchando por entre los dos rios con dos mil hombres el príncipe de Pinoe, gobernador de la villa de Tornay, para entrarse en Dunquerque, como lo hizo, á vista del ejército católico, sin que se lo pudiesen estorbar. Alexandro, como tan experimentado y valeroso Capitan, usó de un ardid de gran soldado, que visto que el de Pinoe habia desguarnecido á Tornay para hacer aquel socorro, y que solamente que-

daba con los burgueses, ordenó á Monsieur de Montani que con mucha brevedad caminase con la mayor parte de la caballería y dos regimientos de valones y pusiese sitio á Tornay, tomando todos los puestos y avenidas más necesarias en tanto que su persona le seguia con el resto de su ejército, como lo hizo.

El coronel Francisco Verdugo se estaba todavía en la villa del Carpen esperando que llegase su regimiento, que por haberse tardado sus Capitanes en levantar la gente no habia partido; y fueron de la parte de la villa de Groeninghen, el consejero Jorge de Vartendope y el capitan Finchiburg que era del Consejo della, á darle priesa fuese á su gobierno, así por la muerte del conde de Renemburg como porque los rebeldes habian roto y desbaratado á Juan Bautista de Tassis, teniente coronel de Gaspar de Robles, baron de Velli, con todo el ejército católico que tenia á su cargo por muerte del conde de Renemburg, por haberle constreñido los de Groeninghen que entrase en Frisa contra toda razon y sin legítimas causas, y así le hicieron retirar los rebeldes hasta las puertas de la villa con harta ignominia, y se alojaron en la abadía de Seluarte, que es de la otra parte, donde hicieron algunos daños corriendo sus campañas y contornos. Francisco Verdugo tomó muestra á su regimiento y comenzó á marchar á toda priesa por la necesidad que habia de su persona y de aquel socorro, y pareciéndole que era todo de infantería y de arcabuceros, segun el órden que Alexandro le habia dado, y que sin caballería iba desabrigado, se aprovechó de una buena ocasion que se le vino á las manos, y fué, que teniendo aviso que en Colonia levantaba una corneta de raytres Monsieur de Buy por el duque de Alanson, el Capitan della se llamaba Adam Valahghen, y teniendo los dos diferencia sobre haber recibido Monsieur de Buy algunos escudos de oro falsos entre otros buenos, vinieron á desconformarse, y Francisco Verdugo no perdió tiempo y envió al comisario Luis de Camargo á tratar con el Ritremestre que se pusiese en plática si querian ir con él, que ya iba pasando con su regimiento por una abadía que está junto á la ciudad de Colonia,

donde se habia de embarcar en el Rin. Alcanzáronle allí y se concertaron en cuatrocientos escudos, obligándose con su corneta de raytres poner á Francisco Verdugo en Frisa hasta juntarse con el ejército católico que hacia la guerra en aquella provincia, y que hiciese con Alexandro le recibiese con todos sus raytres en servicio del Rey, nuestro señor; hízose así, y despues sirvió muy bien con ellos en el sitio de Tornay, y comenzaron luégo á marchar para Frisa, Francisco Verdugo con su regimiento embarcado, y el capitan Adam Valanghen con sus raytres por tierra, costeando la ribera del Rin hasta irse á juntar entre la villa de Sante, que es del duque de Cleves y la de Burique en un lugar que se llama Beque. Comenzaron luégo á marchar la vuelta de la villa de Bredevord, y fué á tiempo que los rebeldes habian acometido al fuerte de Ghoer, y acudiendo los católicos con presteza los sitiaron en una casa de un caballero que estaba cerca de allí, y con la necesidad que los rebeldes tenian de bastimentos y municiones y la llegada de Francisco Verdugo se le rindieron; prosiguió su camino hasta la villa de Groeninghen, y en llegando á la de Cobordan se adelantó á reconocer el sitio y los puestos que tenian los rebeldes, los cuales estaban en la misma abadía que habian ocupado despues de haber desbaratado á Juan Bautista de Tassis. Francisco Verdugo llevaba gran deseo de cerrar con ellos por la mucha voluntad que habia visto en los soldados de su regimiento de pelear. Los rebeldes que vieron la determinacion de Francisco Verdugo y que habia llegado de refresco con aquel socorro, comenzaron á temer y levantaron su ejército de la abadía y de los más puestos que habian ocupado, quemando á la retirada sus alojamientos, que fué por un puente que tenian sobre el Niediep, yendo á pasar por el fuerte de Nicusil [1] que habian ganado cuando rompieron á Tassis. Fran-

---

[1] Niezijl le llama Verdugo, á quien Vazquez copia, aunque sin decirlo, en todo lo que se refiere á las campañas de Frisa. Véase el *Comentario del coronel Francisco Verdugo de la guerra de Frisia*, tomo II de la COLECCION DE LIBROS ESPAÑOLES RAROS Ó CURIOSOS —Madrid, 1872.—8.°

cisco Verdugo se resolvió de ir siguiendo el ejército rebelde, pero por haber hallado en Groeninghen toda la infantería amotinada y serle forzoso detenerse allí para apaciguarla y no sacarla sin darle satisfaccion, en el ínterin, á persuasion de los burgueses, envió su regimiento sobre el fuerte de Reydem, que los rebeldes habian ganado, al cual fortificaron y guarnecieron con buen número de gente. Está fundado en una punta frontero de la villa de Emden, de la otra parte del rio. Los rebeldes se habian reparado en él y en otro que habian hecho de nuevo en el puente y en algunos pasos que habian ocupado para que no pudiesen ser acometidos. Con todo eso cerró con ellos el regimiento de Francisco Verdugo y los rompió, siguiendo el alcance hasta encerrarlos en el fuerte grande, y para asaltarle comenzaron á batirle con algunas piezas de artillería; los rebeldes trataron de querer rendirse, pero los soldados católicos no les dieron lugar, porque valerosamente asaltaron el fuerte y le ocuparon, degollando la mayor parte dellos, y ganaron cuatro banderas.

Los que se escaparon se alojaron en el mar, donde los recibian en algunos bateles de los navíos rebeldes que habia en él, que á no hallar reparo tan necesario no escapara ninguno.

Acabada esta victoria envió Francisco Verdugo parte de su regimiento á reconocer otro fuerte que está en la marina, país de Groeninghen, que los rebeldes habian fabricado en la punta del dique de Solcaimp, y como lo entendieron, lo quemaron y desampararon, atemorizados no les sucediese tan mal como á los de Reydem. Francisco Verdugo se daba priesa en desamotinar la guarnicion de Groeninghen, que no poco trabajo le costó hasta darles satisfaccion, no hallando tanta dificultad en los soldados como en los Capitanes y Oficiales, que todos deseaban ser pagados; y lo hubo de hacer de los cuarenta mil escudos que habia llevado, dando á cada uno lo que le tocaba; y recogiendo toda la gente con la que habia llevado, se puso en órden para campear y licenció un regimiento de alemanes que llamaban el de Güeldres, por ser de soldados inobedientes y desordenados. Tambien permitió que se partiesen

dos compañías de hombres de armas, que eran del conde de Lalayn y de Monsieur de Montani con otra de arcabuceros de á caballo de Monsieur de Ballon, por estar determinados de irse al país de Henaut con licencia ó sin ella; demás desto le escribió Alexandro le enviase los raytres del coronel Martin Esquenque y la corneta de Adam Valanghen para el sitio que tenia puesto á la villa de Tornay. Con esta falta de gente quedó Francisco Verdugo bien desabrigado, y con la que pudo recoger, que serian cuatro mil infantes, tres compañías de lanzas y una de arcabuceros á caballo, salió á campear, y el primer tránsito fué á la abadía de Grotavent, donde comenzaban ya los soldados á tener necesidad y á pedir dineros; pero con su prudencia y valor los iba entreteniendo lo mejor que podia.

Despues de haberse retirado el coronel Juan Norris del sitio de la villa de Groeninghen con su ejército, lo comenzó á rehacer con gente que se llegó del ducado de Brabante y de otras partes, y con la mayor confianza que se podia pensar habia prometido romper y desbaratar á Francisco Verdugo y echarlo fuera de Frisa. Con estas esperanzas habian cobrado los ingleses de Norris tanto brio, que se desmandaban á robar las cosas y lugares, haciendo notables desórdenes é incendios, y aunque los frisones se defendian, como era villanaje, sin fuerzas y poco pláticos, no los podian resistir; y viéndose molestados y afligidos trataron con Francisco Verdugo de tomar las armas y juntarse con él para deshacer el orgullo y arrogancia inglesa; aceptó el partido, como le diesen firmas y seguridad de hacer lo que prometian, y que en lo mejor de la ocasion no le dejasen y se volviesen contra él. Hizo Francisco Verdugo esta prevencion, acordándose de haber oido decir muchas veces que no se habia de dar crédito á ningun frison que no tuviese pelos en las palmas de las manos; y estando esperando la órden y seguridad que habia pedido, la cual jamás vino, le enviaron los de la villa de Groeninghen al Abad de la abadía donde estaba alojado, y á Meppea, Teniente que era de la cámara Real, al consejero Vastendorpe y á Derique Robert, Burgomaestre, á persuadirle y suplicarle que entrase en Frisa en

busca del ejército de los rebeldes. Bien quisiera Francisco Verdugo ponerlo en ejecucion y darles gusto; pero considerando que por haber hecho lo mismo y dádoles crédito el teniente Juan Bautista de Tassis le habian roto y desbaratado, y que las fuerzas que tenia eran pocas para oponerse á las contrarias, y que sus soldados estaban con poca satisfaccion, habiéndole comenzado á pedir dineros, no estando áun bien apaciguados de la alteracion pasada, le pareció aventuraba su reputacion y que no podia sucederle como deseaba, demás que no tenia medios ni comodidad para poder hacer bastimentos y municiones, ni órden para llevarlas con su gente. Estas consideraciones de prudente Capitan le hicieron dudar en la respuesta, mas por no enviarlos de todo punto sin alguna esperanza, dándoles á entender creia lo que le decian, no siendo así, les respondió tuviesen paciencia, pues si los rebeldes tenian gana de pelear con él les obligaria de suerte que saliesen de Frisa y le buscasen, y que entre los ingleses y frisones habia diferencia, y con las pláticas é inteligencias que tenia con ellos les incitaba para ponerlo en ejecucion, y que era más justo esperarlos en el puesto que tenia, pues era tan fuerte, que no irlos á buscar por sólo complacerlos, sin otro fundamento; y que pues tenian en la memoria lo que poco ántes, por otro tanto, le habia sucedido al teniente coronel Juan Bautista de Tassis, les suplicaba no instasen más en aquel propósito, pues era tan contra el servicio del Rey, nuestro señor; y que él pediria el parecer á sus Capitanes, pues eran tan pláticos, y que con él habian de aventurar sus vidas y reputacion, y que si se lo aconsejaban les daba palabra de hacerlo; y que pues á ellos no se les habia de dar nada del bueno ó mal suceso, le dejasen hacer. No quiso Francisco Verdugo declararles más, aunque pudiera, por haberles entendido su intento y que llevaban la mira á que se deshiciesen las fuerzas del Rey, nuestro señor, en aquella provincia, ó al ménos quedarse exentos, sin reconocer superior ni dueño; fueron más descontentos de lo que al principio habian entendido de Francisco Verdugo, y desta respuesta les dió mucho que pensar, demás de haberles parecido no sacarian fruto de su

deseo, ni que Francisco Verdugo habia de hacer lo que ellos querian, si no lo que convenia á su reputacion; y esto, habiéndose informado de personas del ejército que, como más pláticos en las cosas de aquella provincia, le habian de aconsejar lo que entendian.

Si algunos Capitanes generales supiesen cuán bien les está ser recatados y conocer el humor de la gente con quien tratan, y pensar cuando no son bien intencionados al servicio de su Príncipe, que los engañan, no caerian en los yerros que la confianza suele traer consigo, pues esta solamente la han de tener de las personas que han experimentado su celo y buen proceder.

Dos dias ántes que vinieran los de Groeninghen con su embajada, habian dado los rebeldes una encamisada al regimiento de Francisco Verdugo; sucedióles mal y no sacaron desta faccion ningun fruto; esto le hizo pensar que tenian gana de pelear y que se le iban acercando, pues le advertian, que no poco se holgó por lo mucho que deseaba venir con ellos á las manos. Despues deste suceso fué el consejero Vastendorpe á decirle (no se supo si de su parte ó enviado del Magistrado de la villa de Groeninghen) que le parecia se desalojase de la abadía y puesto fuerte que tenia, y se mejorase con su ejército una legua más adelante, á la parte donde estaban los rebeldes, en un lugar que se llama Northorno. Francisco Verdugo lo consultó con sus Capitanes y con el teniente coronel Juan Bautista de Tassis, el cual le dijo que lo hiciese, porque sabia que entre su gente estaban dos Capitanes rebeldes, grandes herejes y mal intencionados, y se los nombró; Francisco Verdugo le respondió que él cogeria el uno y el otro, y que á la vista del ejército les diesen de puñaladas.

El Teniente fué á decir al Consejero esta resolucion, y no le hablaron más en ello y se quedó así; y aunque la mayor parte de sus Capitanes eran de parecer no se desalojase ni mudase el ejército de la abadía, con todo eso le pareció á Francisco Verdugo prometer que lo haria por no mostrar flaqueza, y luégo dió órden al teniente coronel Tassis fuese á reconocer el lugar

de Northorno, y mirase su disposicion y si era suficiente para alojarse dentro. El Teniente lo hizo, y la relacion que trujo fué de no haber ninguna agua en todo el lugar. Francisco Verdugo lo quiso reconocer por su persona, y halló que la habia en algunos pozos en las casas, en fosos y zanjas, no obstante que el tiempo era seco. Luégo envió por todo el ejército, y en llegando le hizo alojar, salvo la compañía del teniente coronel Tassis, que la dejó en la abadía, sin saberlo Francisco Verdugo ni dado órden para ello, que no poco le dió que considerar, y lo atribuyó á que sus soldados y los demas que habia roto el coronel Norris tenian miedo y rehusaban el pelear. Esto hizo á Verdugo considerar mucho lo que intentaba, y no poco arrepentido de haberse desalojado, comenzó luégo á acuartelarse y á ocupar los puestos y avenidas, ordenando su gente de la manera que habian de pelear si fuesen acometidos de los rebeldes; y no obstante que habia hecho lo que el consejero Vastendorpe le habia rogado, pareciéndole hacia alguna lisonja á los de Groeninghen, para mejor conservarse y tenerlos gratos para cuando se le ofreciese, lo hicieron tan mal, que no permitieron que de la villa sacasen ningun género de bastimentos para el ejército católico, ni por sus dineros quisieron jamás dar á sus soldados ninguna cosa. Con esto comenzó á arrepentirse Francisco Verdugo más de veras por haberse levantado de la abadía, si bien conoció el humor y voluntad de los de Groeninghen. Con todo esto, les envió dos Capitanes á suplicarles que por su dinero diesen á los soldados lo que hubiesen menester, y no fué posible.

Lo que se pudo entender desta mala correspondencia, fué tener por más cierto que Francisco Verdugo no habia de tener victoria de los rebeldes, y que siendo ellos vencedores, los tendrian más gratos y á su devocion por este camino, que no poco daño pudiera haber hecho á Francisco Verdugo, porque como sus soldados no tenian donde les viniesen los bastimentos, habian ido á correr las campañas y á buscar de comer, y el dia que se hubo de pelear faltó gran parte de su ejército. No por esto desmayó, ántes con más valor, guarneció bien sus puestos y reforzó los cuerpos de guardia, atrincherándose en las partes necesarias

por estar cierto habia de ser acometido con mucha brevedad, como fué así, porque el coronel Juan Norris, habiendo engrosado y rehecho su ejército de ingleses, se comenzó á descubrir con grande gallardía y confianza de ser vencedor por el dique de Nicusil. Francisco Verdugo no quiso fiar de nadie el reconocerle, y fué en persona á hacerlo con mucho valor, y viendo que venia sin bagaje y desembarazado, echó de ver la gana que tenia de pelear, y con gran presteza volvió al cuartel, donde halló su gente bien en órden en sus banderas y puestos donde los habia dejado, con gran deseo de venir con los ingleses á las manos y defenderse valerosamente. Todos tuvieron entendido que Francisco Verdugo los esperara allí, y los mismos rebeldes y Juan Norris fueron desta misma opinion, por haber sabido se habia fortificado y guarnecido en aquel lugar; pero su intento no fué ese, porque jamás le pareció aguardar sus contrarios ménos que en campaña rasa, y contra el parecer de sus Capitanes sacó su ejército á la plaza de armas, que era exenta y desembarazada, y en ella comenzó con mucha presteza (no fiándolo de sus Sargentos mayores) á formar sus escuadrones, poniendo en medio á los alemanes, y de su regimiento hizo dos partes; la una puso en el cuerno derecho y la otra en el siniestro, abrigados con las cuatro compañías de caballos, dos en cada uno. Juan Norris puso tambien su gente en órden, y á la parte siniestra del escuadron católico habia un camino ancho, por el cual era forzoso acometiese la caballería de los rebeldes que tenian á su cuerno derecho, y por la una y otra parte le ceñian algunos fosos, y por la frente estaba en partes roto el terreno, y á trescientos pasos del escuadron católico hizo poner Francisco Verdugo un Capitan de su regimiento con doscientos mosqueteros que miraban á este camino, por donde era forzoso arremeter la caballería contraria, y les dió órden que pusiesen el pecho en tierra, pues estaban cubiertos y seguros por los fosos y quiebras que los cuernos de los escuadrones rebeldes ceñian, y que esperasen á que comenzasen á arremeter con sus tropas de á caballo para darles la carga.

Francisco Verdugo habia reconocido muy bien el sitio de los

enemigos, y echó de ver que era forzoso (en comenzando á arremeter los escuadrones) romperse y desbaratarse; y así, dió órden á su gente que no se moviese ninguno hasta que él en persona se lo ordenase, y poniéndose en la frente del escuadron les dijo en alta voz que considerasen el puesto que los de los rebeldes tenian y cuán mal los habian formado, y que con ayuda de Dios, tenia por muy cierta la victoria si ellos obedecian y estaban firmes en todo cuanto les dijese y ordenase, porque era forzoso que cualquiera de los dos ejércitos que se moviese habia de ser perdido, y que pues eran católicos y tan fieles vasallos del Rey, nuestro señor, procurasen con la obediencia mostrar su valor y fuerza contra los enemigos de la Iglesia, que aunque eran en mayor número tan desvergonzadamente se les habian opuesto. Todos le respondieron muy á propósito, y protestaron de obedecer y pelear hasta acabar las vidas, cumpliendo cada uno con su obligacion, sin faltar en nada de lo que ordenase. Luégo sacó del cuerno derecho doscientos arcabuceros de su regimiento y los puso al costado de la compañía de arcabuceros á caballo de Monsieur de Vilers y de la suya, que era de lanzas españolas, algo apartados del escuadron principal y cerca de una casa, donde frontero della habia hecho algunas esplanadas, para que habiendo pasado por ellas los rebeldes alguna gente acometiesen con la católica, y no pudiendo ser socorrida, quedasen embarazados con los de la vanguardia.

Hechó esto, dió órden se comenzase la escaramuza por tres partes, y se hizo tan bien y apresuradamente, que obligó á los rebeldes á mejorar cinco piezas de campaña que llevaban á la frente de los escuadrones católicos, comenzándolos á batir con mucha presteza, pero no hicieron más efecto que matar un atambor de la compañía del coronel Francisco Verdugo, el cual hizo refrescar por tres veces la escaramuza, que en este medio andaba muy apresurada y caliente, y de ambas partes se peleaba con mucho valor, y procuró de la suya entretenerla todo lo posible á fin de ganar ó perder una montañuela que estaba en medio de los dos ejércitos, y obligar á los rebeldes con estas escaramuzas á que moviesen sus escuadrones, que era en lo que con-

sistia (despues de la voluntad de Dios) la victoria por los católicos, como despues sucedió; y fué que, viendo Juan Norris que las dos compañías de caballos y la infantería que Francisco Verdugo habia puesto tan apartados del cuerpo de su escuadron los podia desbaratar muy á su salvo, quiso dar la gloria á sus ingleses que en escuadron aparte los habia formado, y les ordenó cerrasen con ellos, tomando el camino por las esplanadas que habia mandado hacer Francisco Verdugo á su alférez Alonso Mendo, natural de Trujillo, y valentísimo soldado, que lo era de su compañía de lanzas españolas, de los que se quedaron en Frisa en tiempo de Monsieur de Vila, cuya victoria le dieron, como se ha escrito, y al capitan Vilers, que lo era de arcabuceros á caballo, y en vez de esperar que los rebeldes pasasen por la última esplanada que el mismo Francisco Verdugo habia señalado con dos palos, para que en comenzando á pasar por ella los contrarios cerrasen con ellos, y siendo rotos dar ocasion á los demas para oponerse á la venganza, el alférez Alonso Mendo y el capitan Vilers se adelantaron á pasar por la señal hecha, dando la misma ocasion á los rebeldes que Francisco Verdugo habia dicho que ellos darian para alcanzar victoria dellos; y así, fueron rotos y desbaratados, y la infantería que cargaba á la mano derecha de los rebeldes, pegados á ellos, rompió y deshizo la católica, y al mismo tiempo cargó la caballería rebelde á toda furia por el camino ancho donde estaban de respeto los mosqueteros católicos que habia puesto Francisco Verdugo, y le dieron tan buena carga, que derribaron mucha parte, y se comenzaron á embarazar y á temer los demas, y visto lo que la nacion inglesa hizo en el cuerno derecho del escuadron católico, mandó Francisco Verdugo cerrar los demas contra los de los rebeldes que ya se habian comenzado á mover y iban medio desordenados.

La persona de Francisco Verdugo con las dos compañías de caballos del capitan Tomás, albanés, y del baron de Bievres, cerró con mucho valor por el mismo camino con la caballería rebelde, que de las cargas que la mosquetería católica le habia dado estaba medio desbaratada; y viéndose cargar tan apresura-

damente, volvieron las espaldas y se pusieron en huida, con que la infantería católica comenzó á cobrar ánimo del mucho que habia perdido, y cargaba sobre la mano derecha de Francisco Verdugo, y ya iba rota y desbaratada; los ingleses, que habian cargado con el cuerno derecho del escuadron católico, siguieron la victoria con mucho valor hasta los mismos cuarteles, atravesando la plaza de armas; y cuando pensaron ser del todo victoriosos, vieron su cuerno derecho del escuadron roto y el cuerpo dél desbaratado y deshecho; comenzaron á huir á espaldas vueltas, y perdidos de ánimo se embarazaron; y aunque pensaron escaparse, no pudieron porque hallaron ocupado el paso con la infantería católica, que los deshizo y degolló con los demas, con mucho valor y osadía. Francisco Verdugo fué dando el alcance y siguiendo la caballería contraria, con intento de tomar el dique de Nicusil y revolver sobre la inglesa; mas como las dos compañías que le seguian no continuaron el alcance, por quedarse á degollar á los que la infantería católica habia roto y desbaratado, se halló sólo sobre el dique, por donde pasaron todos los Capitanes y gente principal de los rebeldes, los cuales le ofendieron y tuvieron preso dos veces, sin ser socorrido; pero como iban turbados y con el temor de perderse, no hicieron mucha fuerza en llevarle, y tambien porque se defendia valerosamente; matando é hiriendo á cuantos le ofendian se escapó; y viendo venir la infantería rebelde rota y desbaratada con sus banderas, por la mano derecha de la católica, siguiendo unas praderías, hácia el canal de Nicusil, con algun socorro que le llegó, dió sobre ellas y las ganó, salvo una que escapó uno de los rebeldes que iba á caballo, de los cuales murieron en esta batalla más de tres mil, y entre ellos veinticuatro Capitanes, dos Tenientes Coroneles y uno preso; perdieron las cinco piezas de artillería y se le hirió mucha gente, y entre ellos el coronel Juan Norris en una mano y quedó estropeado della; de los católicos no murió más del atambor de Verdugo, pero hubo algunos heridos. Fué esta victoria á último de Setiembre deste año, dia de San Jerónimo. Bien se deja considerar que haberla alcanzado con tan poca gente y descomodidad, fué

el gran conocimiento que Francisco Verdugo tuvo en saber reconocer el puesto que tenia cuando saltó del cuartel de Northorno, sabiendo tambien formar sus escuadrones y repartir los puestos. Es de tanta importancia para un Capitan general el saber reconocer la disposicion de los sitios en tiempo de dar una batalla, que no ménos que el azar ó suerte de la victoria está en este punto; pues se ha visto á ejércitos poderosos rotos y deshechos de otros más inferiores, por haber sabido sus Generales acamparlos en sitios capaces y fuertes para saber resistir y ofender á sus enemigos, como lo hizo Francisco Verdugo en esta ocasion, que era tan prudente Capitan como valeroso, y le valió tanto la opinion que cobró en esta victoria, que con sola ella atemorizó y venció á sus enemigos, como adelante se verá. Luégo recogió toda su gente, porque comenzaba anochecer, y dió órden se volviese cada uno á su puesto en la plaza de armas, donde estuvieron en escuadron, y con grandísima devocion, todos hincados de rodillas, les hizo (Francisco Verdugo) dar gracias á Dios por haberles dado tan gran victoria y con tan poca pérdida. Hiciéronlo con mucho gusto, y aquella misma noche dió órden al teniente coronel Juan Bautista de Tassis, por hallarse su persona con calentura, que estuviese apercibido para otro dia al amanecer, y que pasando por el puente de Emeltil, que está rio arriba junto á Northorno, fuese en seguimiento de los rebeldes que se habian escapado, hasta entrar dentro en Frisa; y yendo el teniente coronel Tassis á ponerlo en ejecucion, estando ya con toda la gente fuera del alojamiento, á dos tiros de mosquete, se alteraron los alemanes diciendo no pasarian de allí si no se les daba el mes de batalla, con que cesó este órden, y tambien que habia comenzado á llover tan réciamente que apénas se podia andar por los caminos, particularmente en aquel país, tan húmedo y pantanoso, donde no podia campear la infantería; pero no obstante estas dificultades, se pudiera haber dado alcance á los rebeldes y acabarlos de desbaratar, porque demás de que llevaban el miedo consigo, iban divididos y desordenados. Francisco Verdugo se informó quién habia sido la causa del deservicio que se habia hecho al

Rey, nuestro señor, en no proseguir la jornada, y le dijeron que el capitan Clostre, que despues fué Drosarte, de la villa de Vollemhove, y que no sólo les habia alterado, pero pidiéndole todos se diese alcance á los rebeldes, no fué posible sacarle de su opinion, ni permitir se prosiguiese la victoria. Francisco Verdugo estuvo determinado de castigarle rigurosamente; pero por ser tan recien entrado en el gobierno y hallarse con pocas fuerzas y ménos posibilidad para dar satisfaccion á los soldados, disimuló por entónces, bien contra su voluntad.

Los burgomaestres de Groeninghen y algunos diputados del país fueron á visitar á Francisco Verdugo y á darle el parabien de la victoria, llevándole un gran presente de regalos y comida; recibiólos bien, y les dijo que más gracias daba á Dios por lo que dos dias ántes no le habian querido dar por su dinero y entónces se lo daban sin él y sin pedírselo, y porque otro dia, en alguna ocasion, no hiciesen lo mismo, cerrándole las puertas de la villa, lo recibió, pero no lo quiso agradecer; y por no dejarlos del todo descontentos, les permitió (aunque en daño de los soldados) pusiesen en cada tonel de cerveza una gabela ó dacio más de lo ordinario, por haber conocido en ellos ser gente muy codiciosa y de gran interes, y por tenerlos gratos por aquel camino para lo que podria ofrecérsele. Y porque no llegase á los oidos de Alexandro la nueva desta victoria ántes que Francisco Verdugo se la diese, envió con ella al capitan Pedrosa, que lo era de una compañía de su regimiento, valiente soldado, español y natural de la ciudad de Toledo. Hízole relacion de todo lo sucedido y de la necesidad que Francisco Verdugo tenia de dineros y gente para proseguir la guerra. Alexandro recibió bien al Capitan y le hizo mucha merced, mandándole esperar hasta que le despachasen.

No quiso Francisco Verdugo cortar el hilo á sus buenos sucesos, y sin perder ningun tiempo, luégo que despachó al capitan Pedrosa, fué á poner sitio al fuerte de Nicusil; pero no le quisieron seguir los dos regimientos de alemanes sin que les diese dineros, y se quedaron en el alojamiento de Northorno. Francisco Verdugo no les osó apretar, vista su pertinacia y que

no tenia con qué darles satisfaccion, y le fué forzoso pasar adelante con las cuatro compañías de á caballo y su regimiento, y algunos soldados leales que no quisieron alterarse; y puso sitio al fuerte, queriéndole ganar por hambre, por no poderlo hacer por fuerza de armas; pero como el invierno iba entrando y la necesidad crecia, los caminos y avenidas se llenaron de agua, sin poder pasar, ni ménos darse la mano los unos á los otros; y tambien los de la villa de Groeninghen no les asistian con bastimentos, como habian prometido; ántes enviaron dos barcas llenas de vituallas y municiones á los rebeldes del fuerte, sin podérselo estorbar, y la color que dieron á esta maldad fué decir y afirmar que las enviaban á los soldados de Francisco Verdugo, y los del fuerte se las habian quitado.

Hubo en este medio una terrible tempestad de agua, que crecieron las que habia en la tierra, tanto, que inundaron la mayor parte della, y le forzó á Francisco Verdugo á levantar el sitio y poner su gente en parte seca y arenosa, y si tardara en retirarse se perdiera toda la caballería y bagaje, y hubo muchos soldados que se ahogaron en el lodo, sin hallar remedio para salvarse, y pensando tenerle Francisco Verdugo para entretener su gente en los de la villa de Groeninghen, fué allí y les representó sus muchas necesidades, y en vez de suplirlas y darle algun sustento, le presentaron dos cartas de Alexandro, una escrita en francés y otra en español, en que le ordenaba les diese la gente que les pidiese á su voluntad, sin cargarles nada ni pedirles sustento ni otra cosa. Francisco Verdugo obedeció puntualmente lo que Alexandro mandaba, y les dió la gente que le pidieron, muy á su gusto, la cual entretuvieron con algun sustento hasta que llegase el dinero del Rey, nuestro señor, y con la demas que le habia quedado, que era bien poca, se retiró Francisco Verdugo llevando consigo al consejero Vastendorp al país de Tuent, y con su ayuda y asistencia se alojó y entretuvo lo mejor que pudo.

El dia que Monsieur de Montani fué á sitiar la villa de Tornay, no le quiso seguir Alexandro por no dar indicios dello á los de Dunquerque, ni que entendiesen habia de desamparar su

sitio por poder mejor asegurarlos; y cuando le pareció estaban descuidados, que fué á media noche, partió con el resto del ejército á toda priesa, y llegó á Tornay á los 2 de Octubre deste año; y habiéndolo acampado y reconocido los puestos y avenidas, mandó con mucha presteza abrir las trincheas y hacer cestones para el artillería y todo lo necesario para asaltarla, y estando para poderlo emprender, se dilató el sitio más de lo que se supo, con irla acometiendo cada dia y reparándose, de suerte, que aunque la vinieran á socorrer, no fuera posible hacerlo, porque llovió tanto y las aguas eran tan recias, que se anegaban en las trincheas; y en dos meses que duró el sitio pasó el ejército católico muchos y excesivos trabajos, tanto de la inclemencia del tiempo, como de necesidad de bastimentos y otras cosas no ménos necesarias; y siempre asistió y durmió Alexandro en las trincheas como pudiera el más puntual y sufrido soldado de su ejército, y porque tuvo nueva que los rebeldes habian juntado más de diez mil hombres para ir á socorrer á Tornay, procuró, aunque con inmenso trabajo, apretarla cuanto podia, así porque crecian las aguas entrando el invierno á más furia, como porque los que la defendian estaban con mucho valor, habiéndolo mostrado en algunas facciones y salidas que habian hecho á las trincheas, pero siempre fueron resistidos valerosísimamente; y con haberles ofrecido Alexandro buenos pactos y conciertos, y que se rindiesen á buena guerra, no tan solamente no los quisieron aceptar, pero tomaron mayor coraje, protestando morir y perder sus vidas ántes que rendirse, y comenzaron de nuevo á defenderse y á arrojar de la muralla muchos artificios de fuego y otras cosas que hacian daño á los católicos que asistian en las trincheas; y estando un dia en ellas Alexandro y Monsieur de Baos, conde de Buque, presidente de Hacienda, tiraron tantas piedras, despedidas con ingenios tan fuertemente, que herian á muchos y mataban á otros, y á Alexandro le dió una y le derribó en el suelo, sin que pudiera en más de dos horas recobrar su sentido; otra le dió al Conde en la cabeza, y murió de allí á tres dias. Era muy valiente caballero y de buena opinion, y habiendo pasado más de cincuenta que se trabajaba sin sacar nin-

gun fruto, apresuró Alexandro el sitio; habiendose prevenido de lo necesario, hizo plantar la batería con diez y seis cañones gruesos en una camarada, y otros ocho para los traveses; y habiendo tirado muchos cañonazos, quedó bien abierta la batería, y pareciéndoselo á Alexandro la hizo reconocer, y dando la señal, mandó arremeter y dar el asalto, con órden que, si no pudiesen entrar, se hiciesen fuertes en la muralla y ocupasen un torreon que estaba junto á la puerta de la villa, porque en él no los podian ofender los rebeldes, los cuales pelearon valerosísimamente y resistieron el asalto con tanto coraje que le fueron perdiendo los católicos, mostrando alguna flaqueza, recibiendo notable daño; y como Alexandro vió que habian ocupado el puesto que deseaba, mandó que se retirasen los demas que peleaban en la batería ántes que se perdiesen. Hiciéronlo así; habiéndose señalado más que otros el coronel Monsieur de Burs, que salió tan mal herido que murió luégo, y el marqués Alejandro Malaespina, y el coronel Monsieur de Hautepena; Gaspar de Robles, baron de Velli, valeroso y prudente español; Juan Bautista del Monte; el marqués de Barambon, y el capitan Batredique y otros muchos caballeros.

Los rebeldes sintieron mucho que los católicos hubiesen hecho pié en la muralla y ocupado el torreon, que no pocas diligencias hicieron para desalojarlos dél, pero siempre fueron resistidos valerosamente. Aquella misma noche llegó el coronel Belfort con cien caballos que habia sacado de la villa de Meni. Era valiente soldado, arriscado y de experiencia, y uno de los mejores que servian á los rebeldes, y arrimándose á un aleman que estaba de centinela, le pidió el nombre que tenia, atemorizándole con que lo habia de matar si no se lo daba; el pobre aleman, turbado, se lo dió, pero no le cumplió la palabra, porque le mató luégo á puñaladas, y caminó á toda priesa con su gente, y dando el nombre á los demas centinelas le dejaron pasar y socorrió la villa. Tocóse una muy viva arma en todo el ejército, pareciéndoles cosa nueva, y acudió á ella Alexandro con mucha presteza; y discurriendo por todos los cuerpos de guardia y centinelas, averiguó lo que se ha escrito,

y halló al soldado aleman muerto, y tan fresco, que sospechó lo que fué, y algunos dijeron que habian entrado socorro, segun el tropel que hubo, de más de cincuenta caballos. Esto dió mucho que sospechar á Alexandro, pareciéndole habia sido traicion de alguno del ejército, y dudó en la fidelidad de algunas personas de quien no tenia mucha confianza. Fué de gran consideracion este suceso para facilitar la empresa que entrase en Tornay el coronel Belfort, porque como era soldado y bien entendido, luégo, en amaneciendo, fué á reconocer la muralla y batería; y como vió ocupado el torreon y la mucha dificultad que habia para desalojar dél los que le habian ganado, y que el terreno de la batería era arenisco, y arrimándose con la zapa se podia entrar hasta la misma plaza de la villa por debajo de tierra, sin poderlo estorbar, cuando bien por fuerza de armas no pudieran entrar los católicos (que por ser señores del torreon les era fácil), persuadió á los Capitanes y al Gobernador que la defendia que procurase con tiempo rendirla y hacer buenos pactos, ántes de esperar el rigor de las armas, y tambien que el príncipe de Orange no queria ni podia socorrerlos, pareciéndole no era justo aventurar su ejército por socorrer una villa, y lo más cierto era estarse en Gante en sus gustos y placeres.

No poco se disgustaron desto los Estados rebeldes, pero como era persona de tanto artificio, siempre hallaba razones para disculparse, diciéndoles habia enviado socorro de trescientos caballos, no habiendo sido treinta, fuera de los ciento del coronel Belfort, del cual se podrian persuadir algunos. Fué valor y valentía lo que hizo, si bien tenia todas estas partes, como ya se ha escrito. Soy de opinion que fué una resolucion bárbara y despropositada, si así se puede decir, porque atreverse de noche á acometer los cuerpos de guardia de un ejército, sin saber las entradas ni salidas que habia en ellos, que era lo que debia mirar, no era buena faccion de guerra, ni que jamás se haya visto, si no es habiendo inteligencias y personas con quien se hubiese tratado semejante caso; y no tuviera buen suceso dél, ni fuera posible, si la falta no estuviera en la centinela, pues siendo soldado como era, infante, y que no le podia rondar hom-

bre á caballo, habia de echar de ver el aleman que era enemigo con los demas que le seguian, y si tocara arma (como lo debia hacer) con tiempo, le salieran á recibir, de suerte que se quedara Belfort ensartado en las picas; y no hay soldado en el mundo, que tenga algun entendimiento, que si oye ruido de caballos, aunque sea de uno sólo, no toque alerta, pues se suele sacar de muy pequeñas cosas y áun de imaginaciones; y cuando bien los cien caballos vinieran muy despacio, habia lugar para reconocerlos, y si la priesa, el mismo tropel le daba ocasion para tocar arma, y lo estuviera en ella el ejército, y no pasara Belfort por él sino hecho mil pedazos con los que le acompañaban; pero dejarle llegar dándole lugar á que le pusiese una daga en los pechos, es cosa increible, si no es que el aleman estuviera durmiendo ó fuera de sí, que no es cosa nueva en gente que se toma del vino, si bien no lo hizo adrede y quiso dar paso franco, pues aunque más tropel trujera con los cien caballos que llevaba, no pudiera entrar por ninguna posta sin ser sentido de muy léjos; y si despacio, por la misma razon, no se le podia arrimar ni pedirle el nombre, si no era de su misma voluntad.

Deben los Oficiales y Capitanes de las compañías ser tan solícitos y curiosos en los soldados que de noche ponen de centinela en partes peligrosas, de caminos ó avenidas, que sean de los más viejos, honrados, pláticos y animosos que tengan, pues una centinela es la llave y defensa de un ejército, y no hay muro más fuerte y cerrado que el valor della, si es lo que debe ser; pero hay tanto descuido en esto, que por no levantarse un Capitan y demas Oficiales á rondar y á ver mudar sus postas, las encomiendan á los descuidos de algunos cabos de escuadra, que por su particulares intereses reservan de los trabajos á los soldados que se han de dar semejantes centinelas, y se las encomiendan á otros que den la cuenta que dió aquel flemático y descuidado aleman, que mal entendido y peor recatado, con su poca plática dejó arrimársele un enemigo estando en su mano el defendérselo, y despues cargan la culpa de semejantes descuido á los Oficiales mayores de un ejército contra la repu-

tacion de su Príncipe y General, que tampoco puede decir se hallen estos libres della, pues todos corren por una misma cuenta.

Los burgueses de la villa de Tornay y los más principales della consideraron el buen consejo que les dió el coronel Belfort, y se lo agradecieron y aprovecharon dél; y aquel mismo dia, que fué el de San Andrés, llamaron los rebeldes de Tornay desde la muralla á los soldados católicos que estaban en el torreon, y les dijeron que de buena gana se rendirian si los recibiesen á buenos pactos y conciertos. Los soldados, que no deseaban que lo hiciesen, así por el aprovechamiento del saco que esperaban tener de la villa, como por estar indignados y deseosos de acabarlos, respondieron que no tratasen dello, porque no se tendria misericordia de ninguno, sino que peleasen y se defendiesen, porque habian de entrar por fuerza de armas. Alexandro, que entendió esto, envió luégo á Monsieur de Montani á que les dijese de su parte que les haria buena guerra si trataban de la paz, y los recibiria á conciertos, y que procurase con ellos benignamente reducirlos al servicio del Rey, nuestro señor, que él protestaba cumplirles lo que buenamente capitulasen. Monsieur de Montani fué á ejecutar el recado y órden que llevaba; llamó desde el foso á los rebeldes y les dijo que no tirasen, que les queria hablar y dar un recado de parte de Alexandro, y habiéndole entendido se lo otorgaron; y luégo les dijo que si tenian voluntad de rendirse que enviasen un Capitan y un burgués á tratar de la paz, y que cuando no tuviese efecto, les daba su palabra, como caballero, de volverlos á entrar dentro en la villa sin que se les hiciese ningun daño, y que les pedia le encomendasen mucho á su hermana la princesa Pinoe, que estaba dentro.

Así como se lo pidió se lo ofrecieron, y tomaron su acuerdo y diputaron dos personas, las más graves y entendidas para tratar de los conciertos, y en llegando á la presencia de Alexandro le dijeron que suplicaban á S. A. no se admirase de su obstinacion y de que estuviesen tan pertinaces en no dar la obediencia al Rey, nuestro señor, á quien recono-

cian por tal y verdadero Príncipe; que las amenazas, astucias y tiranías del de Orange les habia perturbado y tenido ciegos, induciéndolos para que no se rindiesen, amenazándoles á que si lo hacian seria su destruccion y ruina, instando en esto el príncipe de Pinoe, que con no ménos amenazas los tenia atemorizados y destruidos; y lo que los podia disculpar era que en todos cuantos trabajos y persecuciones habian tenido, se conservaban viviendo como verdaderos católicos, teniendo siempre las iglesias abiertas y adornadas, donde siempre se habian celebrado los Oficios divinos, sin que para hacer lo contrario hubiesen sido bastantes las amenazas y ruegos del príncipe de Orange y los demas herejes, sus aliados; y que ántes se dejaran ellos y sus hijos sacrificar que permitir se perdiese el respeto á Dios y á sus santos; y que, no obstante esto, podrian alegar otras muchas cosas por donde merecian ser perdonados de S. A., á quien se lo suplicaban con mucha humildad y encarecimiento, y que fuesen recibidos debajo de su proteccion, ofreciéndole (como lo ofrecian) ser de allí adelante fieles vasallos al Rey, nuestro señor, á quien de todo corazon daban la verdadera obediencia; y que asimismo les perdonase no haberse rendido hasta aquella ocasion, que la princesa de Pinoe los tenia engañados con más obras de valeroso varon que de mujer. Alexandro estuvo muy atento á toda esta plática, y aunque les creyó muy poco de toda ella (porque les tenia muy conocidos), les respondió con mucha mansedumbre y recibió debajo de su amparo, y no dejó de traerlos á la memoria lo mal que habian hecho de haber negado la obediencia á Dios y al Rey católico, su tio, dejándose llevar de la voz de un tirano y rebelde enemigo de la Iglesia, y que les pedia de allí adelante fuesen buenos católicos y fieles vasallos á S. M., ofreciéndoles, en su nombre, ayudarlos en lo que pudiese; y que en cuanto á la paz, les concedia que saliesen los soldados rendidos con sus armas y bagajes y la princesa de Pinoe con toda su hacienda y criados; y que pues por sus maldades é inobediencia no los habia podido castigar en las personas, que diesen doscientos mil escudos para pagar la guarnicion que habia de quedar en la villa, y que le entregasen algunas

cabezas de los más sediciosos para castigarlos; y que habian de vivir como católicos y leales en el servicio del Rey, nuestro señor.

Con esta resolucion se volvieron á la villa; dando la palabra de salir luégo á ejecutarlo (como lo hicieron), y aceptaron todo lo capitulado, excepto el dar las cabezas, y que los doscientos mil escudos los pagarian á la guarnicion que quedase en tres años, sin faltar un punto, y que suplicaban á S. A. no se hablase en lo de las cabezas, pues no sabian que fuesen más culpados unos que otros. Alexandro se lo concedió y les mandó abriesen las puertas porque queria entrar luégo á alojarse dentro con toda su corte. Ellos le suplicaron lo suspendiese por algunos dias, porque le querian recibir con gran triunfo y hacerle muchas y solemnes fiestas y regocijos; y como no era nada amigo de vanagloria, no lo aceptó, y se entró luégo en la villa, dia de San Andrés. Su persona alojó en la casa del Obispo, que estaba muy bien aderezada, y en ella fué tan bien servido como se podia desear, y ántes de entrar fué á la iglesia mayor, con toda su corte, á dar gracias por la victoria, y se cantó un *Te Deum laudamus* con grande música y regocijo, y le oyó con mucha devocion. Luégo se fué á reposar, que en dos meses no lo habia hecho sino con grandísimo cuidado; difícil cosa poder dormir para quien le tiene. Mandó que todo el ejército se alojase por los lugares del contorno, y su regimiento de alemanes hizo entrar de guarnicion en la villa para el presidio della y guardia de su persona.

Los caballeros mal contentos sintieron mucho esto y comenzaron á murmurarlo, diciendo que no cumplia Alexandro los capítulos de la reconciliacion, de que no pudiese entrar guarnicion de extranjeros en ninguna de las provincias del Artoes y de Henaut, Lila, Duay y Herti, pero ninguno se lo atrevió á decir. Alexandro lo vino á entender, y con discreta risa les dijo un dia (como en donaire), estando en Consejo, que habia entendido murmuraban de que no cumplia los capítulos de la reconciliacion; que se espantaba mucho, habiéndolos todos leido, los ignorasen, que lo hiciesen y echarian de ver eran ellos los que no los habian cumplido, pues faltaban á muchos dellos, y

que decian la verdad en cuanto á entrarles guarnicion extranjera en Tornay; pero que considerasen que aquella villa no la habian dado ellos al Rey, nuestro señor, sino que él la habia ganado y conquistado con las fuerzas de su ejército, y que de allí adelante pensaba hacer lo mismo en todas las que ganase, haciendo lo que más conviniese; y que si se les ofreciese tener alguna queja ó cosa que poder remediar, se lo dijesen á él y no lo anduviesen murmurando ni diciendo por las plazas y lugares públicos, que él les daria satisfaccion muy cumplida en todo lo que quisiesen. No hubo ninguno que respondiese, sino el marqués de Rubes, y dijo que S. A. hiciese lo que quisiese y fuese servido y más conviniese, que todos obedecerian con mucho gusto y él el primero. Y deste Consejo salió acordado que era bien que Alexandro fuese á la villa de Lila á ser reconocido y jurado por Gobernador general de los Estados.

Los burgueses de la villa de Gante, como eran tan vecinos, recibieron mucho disgusto de la pérdida de Tornay; maldecian al príncipe de Orange y abominaban de sus cosas; pero como era de tanto artificio los volvió á engañar, diciendo que los Estados no se podian mantener si no se determinaban de elegir una cabeza poderosa que los defendiese y gobernase (dando á entender y que desto se infiriese no lo podian hacer sin el duque de Alanson, para que á costa ajena él se conservase en su potestad), y como el ejército católico que habia estado sobre Tornay corria todas las campañas y fronteras de Picardia, no habia podido el francés campear tan á su salvo como quisiera, y por haberle faltado la caballería, que la mayor parte della se habia deshecho, guardando en esto la costumbre que tienen en Francia, que en haciendo una faccion se retiran y recogen á sus casas, y la infantería, por ser visoña, habia enfermado y deshéchose la mayor parte; así por esto, como porque ya le iba faltando el dinero al duque de Alanson, se estuvo en la villa de Cambray, y con tan pocas fuerzas, que no se atrevió á socorrer á Tornay, aunque del príncipe de Orange fué bien persuadido; y con su acostumbrada sagacidad derramó una voz en los Estados que se iba á casar con Isabel, reina de Inglaterra, porque los

rebeldes no desconfiasen en las ayudas que esperaban del duque de Alanson y del Rey, su hermano. Con esto les hacia más pertinaces en su rebelion, y para esforzar más su intento mandó hacer muchas alegrías y luminarias en los Estados, sin mirar el respeto que por muchos se le debia á la Reina; y tanto pudo con el duque de Alanson, que le hizo ir á verla; y llegado á Inglaterra, fué bien recibido, y él la congratuló con la victoria de Cambray, y le pidió le ayudase con algun dinero, que con él y con aceptar el ofrecimiento que le hacian los Estados, desposeeria dellos al Rey católico; y esto hizo Alanson, como sabia que en Inglaterra no gustaban que prevaleciesen las fuerzas de España en aquellos Estados; y tambien les dijo que ellos tampoco llevarian de buena gana que la señoreasen franceses. Con esta sumision y otras grandes que hizo á los ingleses les pensó obligar á que le favoreciesen, y mostró que sin su voluntad no emprenderia nada. La Reina se lo agradeció mucho, y dijo se habia holgado del buen suceso de Cambray, y lo mismo haria de los que más tuviese; y aunque le ofreció le ayudaria con todas sus fuerzas, fué por contemporizarle y entretenerle; y en lo del matrimonio no se trató ni hizo nada.

Con las inteligencias que habia tenido un hijo del conde Barlamont, Gobernador que en este tiempo era de Breda, villa situada en Brabante, dió una mañana de improviso sobre la de Bergas Olzon, en la misma provincia, y ganó la puerta matando las postas y rompiendo la guardia; entró hasta llegar á la plaza y degolló muchos soldados franceses que la presidiaban y defendian; y como el socorro que para esta faccion esperaba no llegó á tiempo, se rehicieron los de la villa y le volvieron á echar fuera, habiendo perdido cien hombres de los que llevaba.

Antes que Alexandro se partiera para la villa de Lila, que llaman de Flàndes, á ser reconocido y jurado por Gobernador de los Estados, quiso saber del coronel Belfort el intento que tuvo de ir á socorrer á Tornay con tan poca gente y de la suerte que habia entrado; respondióle como mató la centinela, de la manera que se ha escrito, y en cuanto á su intencion, que jamás la habia tenido de socorrer la villa, sino de visitar á S. A. den-

tro de su casa; pero como vió tan buena ocasion, mudó de parecer y le pareció entrarse en Tornay. Alexandro se alteró un poco de su atrevida respuesta, y con gran reportacion le dijo que lo habia acertado y tenido buena suerte, porque si fuera á su casa y hallara á la puerta un sólo lacayo suyo, le diera mucho que pensar y no poco qué hacer para haberla de acometer, y cuando se retirara, si pudiera, le temblara el ánimo de haberlo imaginado, y que aquellas arrogancias inglesas las guardase para otra ocasion porque él las tenia en muy poco; y con esto le volvió las espaldas y se entró en su cámara, y el inglés quedó corrido de su atrevimiento.

Cuando se partió Alexandro á la villa de Lila, que fué á los 21 de Diciembre deste año, se resolvió de ir primero á la de Anamur á visitar á Madama Margarita de Austria, su madre, donde era recien llegada de Italia; y si bien con grandísimo contento, algo temeroso de no saber á qué fuese su ida, más de la voz que se habia derramado en los estados de Flandes, que volvia segunda vez á gobernarlos, y decian que por su mano no les estaba bien aceptárlo ni se hallaban en estado de permitirlo. Algunos lo hacian de industria por introducir más á Alexandro en el gobierno de aquellos países, y llegado á la presencia de su madre, fué muy bien recibido, y con amorosos abrazos y ternezas se alegraron aquel dia, sin tratar la causa de su llegada hasta la noche; quedándose solos despues de cenar, y retirándose á otra cámara más adentro, le dijo que bien sabia la causa de su llegada á aquellos Estados, y que demás de ser contra su voluntad, y dejado su quietud y regalo en Italia, el Rey católico, su hermano, le hacia fuerza para que los fuese á gobernar, por haberle dado á entender que su persona seria de gran importancia para la quietud y aumento dellos, y que S. M. seria en esto muy servido, porque siendo ella Gobernadora de los Estados, él lo fuese de las cosas de la guerra como Capitan general del ejército, y que ella lo habia aceptado con tanto disgusto, que no sabia cómo encarecérselo; y habiéndolo rehusado mucho, no habia podido hacer otra cosa, y que mejor le estuviera quedarse en Italia en un convento, que no volver con

tanta edad y poca salud á trabajar de nuevo, sin saber el fruto que habia de sacar en lo que se le mandaba, pues lo hacia tan contra su voluntad, como lo veria; y más, habiendo de tratar con gente tan inobediente; y que le pedia, por el amor de madre, pues los dos habian de correr una misma fortuna, y en los negocios y correspondencias lo propio, que lo aceptase con mucho gusto, conformándose con la voluntad del Rey católico, su tio, sirviéndole como buenos compañeros igualmente, sin que en las cosas de su servicio se mirase el respeto de hijo á madre, pues con esta igualdad esperaba, de su mucho valor y prudencia, acertarian en todo lo que se ofreciese del gobierno del Estado y Guerra.

Alexandro estuvo muy atento á la plática de su madre, y levantándose de su asiento, le hizo una muy gran reverencia, y le dijo que jamás la habia tenido ni tendria por compañera, sino por señora y madre, y que la serviria como el menor criado y esclavo de su casa; pero que servir de Capitan general al Rey católico, su señor y tio, se sirviese de no mandárselo, pues corria tanto riesgo su reputacion; y que no era justo en las cosas della volver atras partiéndole el oficio, habiéndole tenido entero y servido, como era notorio, sin haber desmerecido para que se le hiciese un tan notable agravio; y que en caso que aceptase lo que se le ordenaba (lo que no pensaba hacer), se recrecia un muy gran inconveniente para su reputacion; que si sucedia alguna desgracia en los estados de Flandes le darian á él la culpa, diciendo que como mujer no podia errar ni la podia tener en las cosas de la guerra, si no él como hombre y soldado; y por el contrario, cuando sucediese algun buen suceso, lo atribuirian á su mucha prudencia y gobierno, por la experiencia de haber gobernado otra vez; y que con estos contrarios ponia á riesgo el caudal de su honra, y que no hacia caso de otro, pues tanto trabajo le habia costado adquirirlo con las armas en la mano contra los enemigos de la Iglesia; y que demás desto, dirian los que no le conociesen, que por incapaz le deponian del gobierno y enviaban á S. A. á darle instrucciones; que le suplicaba no lo permitiese ni se lo mandase, porque no pensaba

obedecerla en cosa de tanto perjuicio á su reputacion y á la opinion que entre tantas naciones habia cobrado; y que la serviria de muy buena gana, quedándose en su compañía, con no más nombre ni cargo que de un caballero de capa y espada; y que cuando desto no fuese servida, le mandase dar licencia para irse á España á tratar con el Rey católico, su señor y tio, de los negocios de su casa, donde se iria de muy buena gana á descansar ántes que pasar por una cosa (á su parecer) tan indigna de quien era; y que para poner este deseo en su ejecucion (si le parecia), que llamasen á los del Consejo para renunciarle delante dellos el gobierno, haciendo el acto que fuese servida para ello.

Madama de Austria se admiró mucho de la libre resolucion del príncipe Alexandro, su hijo, y con tiernas lágrimas le abrazó y replicó tuviese por bien de no hacer tan presto eleccion de sus pensamientos sin mirarlo primero con más maduro consejo; y que como era posible dar ocasion para que se dijese en el teatro del mundo, donde se representaban las acciones de cada uno á su alvedrío, que no tan solamente no la habia querido por compañera, más que le era desobediente y que lo habia de tener á mal S. M. católica, el Rey, su hermano, pues no correspondia á las obligaciones que le debia; y que pues amigos y enemigos le tenian en tan buena opinion, y habia sido con todos tan cabal y no faltado á quien era, hiciese lo mismo con su madre, sin dar ocasion que se dijese no habia estimado tanto su honra como la ambicion de las cosas humanas, y que considerase con la quiebra que tornaria de su reputacion habiéndose divulgado que volvia por Gobernadora de los Estados de Flandes, y que su hijo no la habia querido admitir para que le ayudase en sus trabajos; y que de su vuelta á Italia le dejaba juzgar á él con qué cara lo podia hacer, si bien la reputacion de entrambos corria por una misma cuenta. Alexandro le respondió que no quisiese Dios fuese causa que S. A. se volviese, y que la suplicaba mirase en lo que le habia de servir, que se quedaria siempre á obedecerla, fuera de ser Capitan general en Flandes; advirtiendo que no podia subir ni bajar el punto de su opinion, si

en otra cosa se resolvia, estando obligado á mirar siempre por el aumento della y no por la disminucion de lo que habia tenido; y que aunque el Rey, su señor, lo mandaba expresamente, si bien lo consideraba, lo estimaria en ménos de lo que hasta allí, pues se tenia en tan poco, y que, por ventura (como suele suceder), querria probarle en esto para conocer el valor que tenia y en lo que estimaba el autoridad que le habia dado, junto con la honra y merced que siempre le habia hecho. Acabóse esta plática, y sin volver más á ella se agasajaron y despidieron como madre é hijo, y la que despues se trató en razon desto fué por medio de embajadores, pero jamás mudó Alexandro de parecer, ni fué ninguna cosa bastante á sacarle de su propósito, y desde allí se volvió á la villa de Tornay.

LIBRO SEXTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1582.

SUMARIO.

Alexandro parte para Lila.—Alexandro trata de que los españoles vuelvan á Flandes.—El marqués de Rubes teme la vuelta de los españoles á Flandes.—El abad de San Blás va á España por embajador para la vuelta de los españoles.—El archiduque Matías se va á Colonia disgustado.—Artificios del príncipe de Orange.—Alanson vuelto de Inglaterra se junta con el de Orange en la isla de Vater, y se van á Amberes.—Los de Amberes dan la obediencia al duque de Alanson y le hacen muchas fiestas.—Alanson recibido por duque de Brabante, y le dan la corona.—Francisco Verdugo va en seguimiento de cuatrocientos rebeldes.—Seña que hace Francisco Verdugo para romper los rebeldes.—Valor de Juan Bautista de Tassis, y del señor de Rinavelt.—Francisco Verdugo rompe los rebeldes y les gana un estandarte y todo su bagaje.—Francisco Verdugo acomete á Scherembergh, y se retira sin ganalla.—Juan Bautista de Tassis gana á Vueert.—Los rebeldes sitian y asaltan el castillo de Bronckorst, y Francisco Verdugo los socorre.—Los rebeldes rotos por valor del alférez Mendo.—Obstinacion de los rebeldes.—Alexandro hace publicar un edicto.—Persecucion de católicos.—Tempestades en Holanda y daño que hicieron.—Facciones de Monsieur de la Mota.—Los españoles vuelven de Italia á Flandes.—El príncipe de Orange siente la vuelta de los españoles y castiga los católicos.—Gaspar de Anastro intenta matar al príncipe de Orange.—Juan de Jaúregui, vizcaíno, procura matar al príncipe de Orange.—El conde Holac libra la vida al príncipe de Orange, y matan á Juan de Jáuregui.—Saquean la casa de Gaspar de Anastro y prenden los que habia dentro.—El pueblo de Amberes pide maten al duque de Alanson.—Temor del duque de Alanson.—Martirio de Juan de Jáuregui y otros.—Diligencias de Alexandro.—Los franceses ganan á Lens y Alexandro la recupera.—El duque de Alanson intenta ganar por escalada á Anamur.—Monsieur de Barlamont libra á Anamur y degüella á los franceses.—Martin Esquenque roto y preso.—Sitio de Audenarda.—El marqués de Rubes degüella el socorro de Audenarda.—Los franceses de Alanson ganan por inteligencias la villa de Aloste y la saquean, y maltratan los religiosos y queman las reliquias.—Alexandro llega sobre Audenarda.—Los soldados católicos saquean á Blasbeque, y se llevan el artillería y municiones que en él habia.—Confusion del pueblo por la incertinidad de la muerte del príncipe de Orange.—Soldados católicos rompen al capitan Sadoleto.—Alexandro aprieta el sitio de Audenarda.—Motin de alemanes.—Atrevimiento de soldados amotinados y valor increible de Alexandro.—Castigo de Alexandro á soldados amotinados.—Parecer de un prudente Capitan.—Fortaleza de Audenarda.—Alexandro muda

la batería de Audenarda por la fortaleza della.—Salen los rebeldes de Audenarda y asaltan las trincheas católicas, y son resistidos valerosamente.—Valor de Alexandro.—Extraña osadía de Alexandro con que da ejemplo á su ejército.—Constancia de Alexandro.—Los católicos ciegan el foso de Audenarda.—Los sitiados se defienden con mucho valor.—Buen ardid de Alexandro.—Defensas de los rebeldes.—Arrímanse con la zapa los católicos á Audenarda.—Alexandro deja el sitio y va sobre Alanson.—Alexandro vuelve á Audenarda.—Audenarda rendida y Alexandro y su corte se alojan en ella.—Monsieur de la Nua favorece la buena suerte de Alexandro.—Prohíbe Alanson el comercio á los soldados católicos.—Soldados católicos muertos peleando en Diste.—Alanson en Amberes hace que de nuevo renuncien la obediencia al Rey católico.—Edicto de Alexandro.—Los protestantes de Amberes piden un templo al Magistrado para ejercitar su secta.—Extraño caso.—Religion de los libertinos estirpada en Amberes.—Monsieur de Hautepena por órden de Alexandro destruye las campañas de Amberes y atemoriza á los vecinos.—Monsieur de Hautepena destruye los contornos de Liera y traba escaramuza con la guarnicion della.—El duque de Aríscote fortifica á Simay.—Artificios del duque de Alanson.—Alexandro encierra en Gante al duque de Alanson.—Alanson procura ganar con inteligencias á Cortray y no tuvo efecto, y diligencias que hizo en Bolduque.—Inteligencias del duque de Alanson.—Alexandro gana el castillo de Guibra.—Alexandro con su ejército va á oponerse al de Alanson.—Alexandro da priesa que vuelvan los españoles.—Alexandro gana con inteligencias le villa de Liera.—Los mal contentos sienten la falta de los españoles y se huelgan de su vuelta.—Temores del duque de Alanson.—Burlado Alanson.—Artificios de Alanson, y Lamoral preso.—Los coroneles Norris y Estuardo disgustados.—Los rebeldes de Bruselas piden sus pagas.—Alexandro da vista al ejército de Alanson y las facciones que tuvieron.—Llegan los españoles á Flandes y Alexandro los va á recibir.—Pierde el marqués de Rubes el miedo á los españoles.—El marqués de Rubes, General de la caballería católica.—Retirada de Alanson.—Balanson sigue la retaguardia de Alanson y le hace daño, pero queda preso en su ejército.—Abundancia de provisiones en el ejército de Alexandro.—Premia Alexandro al coronel Semple y á su hermano.—Sitio de Locchum.—Francisco Verdugo va al sitio de Locchum.—Los rebeldes van á socorrer á Locchum.—Rencuentro de Locchum.—Grupa es las ancas del caballo.—Socorren á Locchum.—El ejército rebelde se retira.—Francisco Verdugo aprieta el sitio de Locchum.—El ejército rebelde va segunda vez á socorrer á Locchum.—Francisco Verdugo resiste el ejército rebelde.—Ganan los rebeldes un fuerte.—El conde Holac socorre á Locchum.—El duque de Alanson deja su ejército por temor de los españoles.—Valor de doce españoles.—Diligencias de la Reina madre.—El castellano Olivera llega á Flandes.—Sentimiento de Juan Bautista del Monte.—Alexandro va sobre el duque de Alanson y gana el castillo de Geldre.—D. Sancho Martin de Leiva y otros capitanes cierran con la retaguardia de Alanson.—Rencuentro de Gante.—Retírase Alexandro victorioso.—Número de los heridos y de los que se señalaron.—Número de los franceses que murieron en el rencuentro de Gante.—Alexandro se retira de junto á Gante.—Llegan á Flandes dos tercios de infantería italiana.—La Reina madre desembarca en Dunquerque á socorrer su hijo Alanson y se retira.—Francisco Verdugo rompe la caballería rebelde.—Francisco Verdugo rompe el ejército rebelde.—Temeridad de un soldado rebelde.—Francisco Verdugo rompe segunda vez el ejército rebelde.—Los católicos hacen oracion y prosiguen la victoria.—Francisco Verdugo envia á Alexandro las banderas y estandartes que ganó en la batalla de Locchum.—Los católicos pierden el castillo de Blasbeque y Alexandro lo recupera.—D. Luis de Toledo llega á Flandes con un socorro.—Blasbeque rendido.—Émulos que á Francisco Verdugo le hacen malos

oficios con Alexandro.—Notable servicio de Francisco Verdugo.—Alexandro va con su ejército y levanta un fuerte en Mesin.—D. Juan Manrique llega al ejército católico con tres mil alemanes.—Sitio de Jateo Cambressi y se rinde á Alexandro.—Mataron al capitan Pablo de Ucedo.—Manda Alexandro destruir las campañas de Bruselas.—Alexandro envia socorro á Francisco Verdugo.—El conde Holac se opone al ejército católico con uno muy poderoso.—Muerte del baron de Anholt.—Desórden del conde Cárlos.—Continúase la escaramuza de los dos ejércitos.—Holac bate el fuerte del baron de Anholt.—Los franceses asaltan el fuerte.—Francisco Verdugo presenta la batalla al conde Holac.—Buena retirada de Francisco Verdugo.—Presos y muertos algunos rebeldes.—Retirada de los rebeldes.—Esguazando es lo mismo que vadeando.—Crueldad de soldados á su Coronel.—Retirada del ejército rebelde y daño que le hacen los católicos.—Keppel y Bronckorst se rinden feamente.—Soldados católicos amotinados.—Castigo en soldados amotinados en Grol.—El conde Cárlos vuelve á Brabante con su gente.—Hautepena algo disgustado.—Desacato de franceses.—Edicto de Alanson y castigo que hace.—Alexandro sitia á Ninoven.—Necesidades y trabajos del ejército español.—Lo que les sucedió á siete soldados españoles en el sitio de Ninoven.—Valor de siete españoles.—Notable caso.—Juan Sanchez de la Rosa reconoce la batería de Ninoven.—Ninoven se rinde á Alexandro.—Mondragon gana el castillo de Linquerque y Alexandro levanta su ejército del sitio de Ninoven.—Buena industria de Francisco Verdugo.—Juan Bautista de Tassis gana á Estembique.—Crueldades de herejes.—Un tollar es nueve reales.—Enfermedad del ejército español.—Socorro de Francia al duque de Alanson.—Un Embajador del turco en Flandes.

Á primero de Enero deste año se partió Alexandro de la villa de Tornay para la de Lila, en Flandes, donde fué muy bien recibido y acariciado, y lo mismo á toda su corte, regalándolos y festejándolos con mucho gusto; y porque le llegó luégo aviso que el duque de Alanson tornaba á entrar en los Estados con poderoso ejército, se volvió á Tornay, donde se previno y proveyó de lo necesario para resistirle y estar á la mira de los artificios y astucias del príncipe de Orange, que habia echado voz traia al duque de Alanson para coronarle por duque de Brabante y conde de Flandes; no le pesó á Alexandro desta nueva, ni de que los Estados se alborotasen, persuadiéndoles por este camino en la opresion y calamidad que se habian de ver; tomó ocasion desta para representarles que por ningun camino saldrian della si no hacian que los extranjeros volviesen á Flandes, particularmente los españoles, porque habiendo llamado al duque de Alanson y llevado á los Estados tantos franceses, que eran sus antiguos y capitales enemigos, y comenzaban á servirse dellos, y que siendo señores de Cambray y de Cambrasi tenian el paso

franco para entrarlos todas las veces que quisiesen en los Estados de Flandes, se habian de ver en mayor aprieto, si no usaban deste remedio, con la vuelta de los españoles; y aunque á algunos de los mal contentos no les pareció mal, hubo otros que no vinieron en ello, y para atropellar las dificultades que en esto se podrian ofrecer, se valió Alexandro de un buen acuerdo, y fué, que hizo congregar todas las provincias para que en tiempo señalado se hallasen en Tornay, y asimismo á todos los Obispos y Abades, y en teniéndolos juntos se lo volvió á repetir, representándoles que, si no era por este camino, no se podia estorbar que Alanson y el príncipe de Orange no saliesen con su intento y prevaleciesen en los Estados con las fuerzas que tenian; y que le parecia que ellos mismos lo escribiesen al Rey, nuestro señor, y le enviasen su Embajador.

A todos les pareció muy bien y vinieron en ello, dando las gracias á Alexandro por la buena proposicion que les habia hecho; y como ya tuvo el sí de todos, pareciéndole que nadie lo habia de estorbar sino el marqués de Rubes que siempre habia sido de contrario parecer, le quiso ganar por la mano, y le dijo que le hacia saber como todas las provincias reconciliadas le habian pedido que procurase con el Rey, su tio, les hiciese merced de mandar volver á los españoles á aquellos Estados para defenderse de las fuerzas que traia el duque de Alanson, y que les habia respondido que, sin su acuerdo y gusto, no lo haria; y que era de parecer no lo debia rehusar, pues importaba tanto al servicio de Dios y bien de los Estados, y que les ganase por la mano y pidiese lo apresurasen, instando muy de veras con ellos para que se pusiese en ejecucion; que él sabia que, como se lo pidiese, nadie dejaria de obedecer, como se lo habian dicho, demás de que por este camino obligaria al Rey católico, y creeria habia salido dél este grande y particular servicio. El Marqués quedó absorto de haber oido esta plática, que como era el que más habia ofendido á la persona Real, temió, como todos los que han cometido traicion, y al cabo de un rato dijo, que si los españoles volvian á Flandes, ¿qué seria de su cabeza? Alexandro le respondió, que por las cosas pasadas él se la asegu-

raba y pondria la suya cuando el Rey nuestro Señor se acordase de las ofensas que le habia hecho; ántes le ofrecia le haria mucha merced, pero en las venideras no podria saber ni asegurarle ninguna.

El Marqués, algo más alegre, quedó con satisfaccion; y de ver con buen semblante á Alexandro y que con gran voluntad le decia aquellas razones, y podia creerlas, pues eran de quien le debia la vida, y más habiéndole obligado tanto con la enmienda que le habia visto hacer en el servicio del Rey, nuestro señor, y con la puntualidad que acudia á todo lo que dél se ofrecia, y así le prometió escribirle el primero (como lo hizo), y persuadió á los demas lo hiciesen para la vuelta de los españoles; y él, juntamente con las provincias, deputaron por su embajador al Abad de San Blás, persona muy grave y de más de quinientos escudos de renta, y le enviaron á España á negociarlo; y se creyó que no fué menester hacer muchas diligencias para que el Rey, nuestro señor, se lo concediese, porque Alexandro lo tenia ya tan amasado y dispuesto con su mucha solicitud y trabajo, que desde el dia que salieron los españoles de los Estados no entendió en otra cosa; y asi, se sacó con mucha brevedad el fruto que deseaba desta pretension. Esto y la entrada del duque de Alanson en los Estados de Flandes y los muchos disgustos y desdenes que le habian dado á el archiduque Matías le tenian tan arrinconado y con poca reputacion, que le hicieron salirse de Amberes, donde siempre se habia estado, y se fué á la ciudad de Colonia por el rio.

Allí estuvo algun tiempo á la mira, hasta ver en qué pararia tanta preñez como prometian en esta ocasion las cosas que el tiempo ofrecia. Habian quedado de acuerdo el duque de Alanson y el príncipe de Orange, que cuando volviese de Inglaterra se viesen en Gelanda, y que allí se esperasen para acabar de concluir sus cosas; y aunque Alanson tuvo entendido que la reina de Inglaterra le habia de ayudar con todas sus fuerzas, fué al contrario, porque á ella le pareció dilatárselas, fundándose en buena razon de Estado, porque conocia las mañas y artificios del príncipe de Orange, que pretendia, para conservarse y esta-

blecerse en los Estados, poner las dos Coronas en contienda; llegaron á Freselingas el príncipe de Pinoe y otros muchos señores de los rebeldes acompañando al de Orange, el cual dejó ordenado que en Amberes se hiciese gran demostracion de alegría y regocijos para el recibimiento del duque de Alanson; lo mismo en otras partes, y fué con tanto exceso y artificio, que por celebrarle con fiestas y alegres apariencias exteriores procuraba establecerle y coronarle por duque de Brabante y conde de Flandes; y despues, cuando le conviniese, no le faltarian medios para echar los franceses de los Estados; y para complacerle, dando cubierta á su intento, le hizo una gran lisonja con mandar quitar las armas del emperador Cárlos V, de feliz memoria, de todos los lugares públicos donde estaban, y que en el suyo se pusiesen las de Francia, y debajo dellas las de Brabante y Flandes, con muchos letreros en alabanza y gloria del duque de Alanson, el cual habia partido de Inglaterra muy favorecido, y le fueron acompañando hasta Flandes el conde Liestre, inglés, y otros muchos caballeros de aquel reino, y la Reina mandó escribir á todos los mercaderes de su nacion que estaban en Amberes le saliesen á recibir y agasajasen en cuanto pudiesen; y con estas y otras tales demostraciones daba á entender queria lo que aborrecia. Alanson habia escrito á Francia desde Inglaterra á su hermano el Rey y á sus amigos cómo volvia á Flandes, y muchos dellos le fueron á buscar por mar y tierra, y aunque el rey de Francia hacia demostracion de estorbarlo, no lo impedia. Juntáronse todos con Alanson y con el de Orange en la isla de Vater, y despues de haberse recibido bien los unos y los otros, se partieron para Amberes, y en él entraron á los 19 de Febrero deste año, y los burgueses y Magistrado estaban en la puerta de la villa esperándoles, y entregaron las llaves della á Alanson en forma de obediencia y él las volvió á restituir. Las fiestas que le hicieron fueron muchas y extraordinarias; hubo carros y arcos triunfales con muchos geroglíficos, con variedad de motes y letras en su alabanza; la gente, tan regocijada y entretenida, que les parecia habia llegado el dia de su restauracion. Vinieron de los lugares y villas comarcanas tanto vulgo, que

ponia admiracion; el extruendo, grita y ruido de la villa alegraba á las gentes, y con la mucha caballería que le acompañaba llegó á un tablado, donde, en acabándose de apear, le subieron. Estaba maravillosamente aderezado de varias colgaduras y doseles sembrados de oro, y en todos las armas de Francia, Flandes y Brabante. Luégo le pusieron la vestidura y corona ducal, y el Gran Canciller le recibió el juramento de que guardaria sus privilegios, fueros, ritos y costumbres de Brabante, y le juraron por Duque dél, y derramaron al vulgo cinco mil monedas de oro para que, como novelero, publicase esta grandeza, las cuales habian hecho para esta coronacion. Luégo le llevaron con muchas músicas y otros sones, fiestas y saraos á su Palacio, y por algunos dias no cesaron en Amberes los regocijos y alegrías con grandes y opulentos banquetes, á uso del país, que se hacian al nuevo Duque, y esto con tanto triunfo y exceso que ponia admiracion y dió mucho que considerar en los Estados, aunque los obstinados en su opinion siempre porfiaban en estas y otras cosas semejantes.

Cuatrocientos caballeros de los rebeldes que habian escapado de la batalla que dió Francisco Verdugo cerca de Northorno, se fueron á alojar al burgo de la villa de Keppel contra la voluntad del señor dél, el cual se sintió tanto desto, que deseó castigar el atrevimiento que habian tenido. El Sr. de Rinavelt que estaba de guarnicion en la villa de Aldonze dió este aviso á Francisco Verdugo, y de que tambien se querian señorear y apoderarse del castillo de Bronckorst, y pareciéndole convenia ocuparle ántes que los rebeldes lo hiciesen, envió al Sr. de Rinavelt con un recaudo á la Condesa vieja, cúyo era el castillo, que pues profesaba ser tan gran católica y tan aficionada al servicio del Rey, nuestro señor, permitiese que sus soldados le ocupasen y se le tendrian en custodia y guardia por respeto de tener el paso del rio Isel seguro para ir á la Veluva y Vuethua. La Condesa lo concedió, y se partió luégo Francisco Verdugo con un buen número de gente para apoderarse del castillo, y de camino le pareció arrimarse al burgo de Keppel y ver si podia romper y degollar los cuatrocientos rebeldes que le tenian ocu-

pado; llególo á reconocer, y vió que por el jardin de la casa del señor del lugar no habia otra fortificacion ni defensa para entrar en Keppel que una empalizada de poca consideraracion, pero sólo habia una dificultad de estar el rio Isel el viejo en medio del jardin y de Francisco Verdugo; y estando reconociendo la parte por donde lo podia pasar, le dijo un caballero mozo, sobrino del señor de Keppel, que le conocia haberle visto servir de paje al conde Mansfelt, que venia de parte de su tio á saber si estaba allí, y que se holgaba haberle encontrado. Francisco Verdugo le preguntó por dónde habia pasado el rio, y le respondió que en una barquilla que tenia allí, la cual hizo guardar, y ordenó al Sr. de Rinavelt, que con su gente y la compañía del baron de Anholt fuese, en anocheciendo, y se pusiese detras del castillo de Keppel, sin moverse ni tocar arma sin su órden, pena de que le tendria por capital enemigo, y tambien le asistió Francisco Verdugo con otro buen número de gente de su regimiento; por todas las demas partes estaba cercado el burgo de hondos y anchos fosos de agua con su terrapleno y dos puertas; frontero de la una, que va á Emmerik, puso al teniente coronel Juan Bautista de Tassis con parte de su regimiento y la compañía de arcabuceros de Monsieur de Villers, y Francisco Verdugo se puso con la suya de lanzas españolas en la otra puerta, y con alguna infantería y un pequeño número de caballos alemanes, que gobernaba el Sr. de Rinavelt, á sueldo del país de Tuvent, y estando todos enterados deste órden, les envió á decir Francisco Verdugo, que en disparando dos piecezuelas de campaña que llevaba para ponellas en el castillo de Bronckorst, que cerrase cada uno por su parte con gran estruendo y voces, salvo el Sr. de Rinavelt que habia de arremeter á la sorda y sin ruido, porque era él quien más efecto habia de hacer.

Los rebeldes, que estaban bien descuidados desto cargando los carros de su bagaje para partirse, que era ya al amanecer, se alteraron como oyeron el arma y que cerraban con ellos, y viéndose asaltados por tantas partes acudieron los más dellos á salir por la puerta que va á Emmerik, y pensando escaparse dieron en las manos del teniente Juan Bautista de Tassis, el

cual peleó con ellos valerosamente y los desbarató; el secretario de Rinavelt entró rompiendo la palizada, y Francisco Verdugo por la otra puerta, y casi todos á un tiempo se hallaron en una calle larga y ancha, que no hay otra en el burgo, donde habia muchos raytres á caballo y alguna infantería de los rebeldes que hacia cargar los carros; pero con mucha brevedad los degollaron á todos. Ganáronse muy buenos caballos y todo el bagaje y el estandarte de la caballería, sin ninguna pérdida de los católicos, salvo el teniente coronel Juan Bautista de Tassis que salió herido de un arcabuzazo en el rostro.

Habiendo alcanzado esta victoria Francisco Verdugo, dió órden que la gente que habia apercibido para el castillo de Bronckorst fuese con el señor de Rinavelt, y él, con la demas, la vuelta de Emmerik, para rehacerse allí de bastimentos y municiones y ver si podia de camino dar una escalada á la villa de Scherembergh. Llegado á ella, hizo Francisco Verdugo reconocer el foso por donde estaba más seco, que era la parte por donde la pensaba acometer, y le hallaron lleno de abrojos y la subida más dificultosa de lo que le habian informado, y así, se volvió sin hacer nada la vuelta del país de Tuvent, donde halló á Monsieur de Rasfuelt, primo hermano del baron de Anholt, y le pidió le diese gente y algun socorro para ir á ganar una villa pequeña y castillo que se dice Vueert, en el país de Munster; y como era señor della el conde de Colemburg, y la tenia guarnecida con algunos soldados, que hacian la guerra como enemigos al país de Munster, que estaba á la obediencia del Rey, nuestro señor, le pareció á Francisco Verdugo enviar con él á Juan Bautista de Tassis con la gente de su cargo, y con dos piezas de artillería que se sacaron del castillo de Anohlt; y llegados á Vueert, la batieron, y no habiéndose defendido más de dos dias, se rindieron luégo los rebeldes que la presidiaban, y Francisco Verdugo la guarneció con buena infantería, y lo mismo hizo á la villa de Keppel y al castillo de Bronckorst, cuya guarnicion molestaba despues á las tierras de los rebeldes y les hacia mucho daño por el rio Isel; y vístose tan oprimidos, hicieron una gran leva de gente y le fueron á sitiar, y despues de abiertas

las trincheas le batieron y dieron un sangriento asalto; pero los de Bronckorst se defendieron valerosamente y los resistieron, de suerte que no les pudieron entrar; con todo eso, se estuvieron sobre él muchos dias; pero siempre iba la persona de Francisco Verdugo á socorrerlos, entrándoles vituallas y sacándoles los heridos y enfermos; los refrescaba con más gente siempre que la habian menester, sin que los rebeldes se lo pudiesen estorbar, con que los de Bronckorst tenian mayor coraje para defenderse; y siempre que los rebeldes sabian que Francisco Verdugo iba á hacer estos socorros, se entraban en un fuerte que tenian con su artillería y le dejaban hacer cuanto queria, sin osar impedírselo; y una vez envió al alférez Alonso Mendo, que lo era de su compañía de lanzas españolas, con algunos bastimentos á Keppel, y estando cerca oyó escaramuzar, y pareciéndole podia hacer algun servicio y que su persona seria de provecho, se adelantó con la caballería y dió órden le siguiese alguna infantería, y llegó á tiempo que la guarnicion de Desburgh, que era de los ingleses que se habian escapado de la batalla de Northorno, y alguna cantidad de caballeros nobles y otros muchos que de nuevo habian llegado de Lóndres, y por gallardearse salieron á escaramuzar con los de Keppel. Hallando tan buena ocasion el alférez Alonso Mendo cerró con ellos valerosamente y los rompió y desbarató, y cuantos escaparon se retiraron é hicieron fuertes en una casa, y fué á tiempo que la infantería de le escolta, que el alférez Alonso Mendo habia dado órden le siguiese, llegaba, y juntamente con los de Keppel embistieron todos con los ingleses, y por no haberse querido rendir los degollaron é hicieron pedazos.

Socorrido Keppel y hecho el alférez Alonso Mendo esta buena faccion, recogió Francisco Verdugo toda su gente, y quedándose su persona en la villa de Groeninghen, la envió á órden del baron de Monseao para que entrase con ella en Frisa, porque el tiempo era muy frio y á propósito para hacer la guerra sobre los hielos, como en aquella provincia se acostumbra en tiempo de invierno, y se podia hacer con facilidad, oprimiéndoles á que diesen algunas contribuciones para sustentar

la gente de guerra católica. Los frisones le dieron palabra de acudir con sus contribuciones, y no la cumplieron, por haber deshelado y hecho blandura; y el señor de Monseao se retiró y Francisco Verdugo puso su regimiento en un castillo, en la entrada de Frisa, que era de un caballero llamado Rom, con algunas compañías de alemanes para desde allí procurar hacer todo el mal que fuese posible en Frisa, haciendo correrías lo mejor que se pudiese y compeler á los frisones á contribuir; pero eran tan obstinados y pertinaces rebeldes, que muchos dellos que cogian en prision se dejaban matar ántes que contribuir ni dar nada por su ranzon; con todo esto procuró Francisco Verdugo entretener la gente (aunque con inmenso trabajo) todo aquel invierno lo mejor que pudo.

No perdia Alexandro tiempo ni ocasion de las que se le ofrecian; en donde quiera que se hallaba trabajaba tanto con su solicitud y cuidado, que en el sentir las cosas del servicio del Rey, su tio, era el primero, como en los trabajos; tuvo gran sentimiento por la coronacion del duque de Alanson, cuanto se deja considerar, y no pudiendo por entónces hacer más diligencia, respecto de las pocas fuerzas con que se hallaba para ir sobre Amberes y castigar tan grande atrevimiento, que publicar un edicto, y lo hizo imprimir, mandando se repartiesen y derramasen muchas copias por todos los Estados y Amberes. Lo que contenia era que perdonaba á todos y cualesquier personas que hubiesen jurado al duque de Alanson, y que siempre que quisieren volver al servicio del Rey católico, su tio, los admitiria en él y en su gracia, y alzaria el vínculo y obligaciones del juramento que habian hecho; y porque muchos católicos que estaban en Amberes, con los tumultos pasados habian sido muy oprimidos y maltratados de los herejes, pidieron en este medio al duque de Alanson que les hiciese conceder algunos templos donde pudiesen oir y celebrar misa porque su religion no se desarraigase; Alanson, viéndose importunado, pidió se les señalasen cuatro iglesias, y habiéndose entrado en consejo sobre ello y disputado mucho, no hubo remedio se las concediesen; sólo se permitió la iglesia de San Miguel para

el Duque y sus criados; y si algunos católicos iban á ella, los perseguian los calvinistas y los castigaban. Tanto era el rencor y tiranía, que con las alas que les daba el príncipe de Orange no habia quien se averiguase con ellos, y mucha voluntad de la que habian cobrado al duque de Alanson se la iban perdiendo por haber pedido sin conseguirlas las cuatro iglesias para conservarse en la religion católica y celebrar los Oficios divinos.

Aunque nuestro Señor sufria á estos herejes tantas maldades y afrentas que hacian á los religiosos y cosas sagradas, no dejaba de advertirles con algunas señales se enmendasen, por no dejarlos de todo punto de su mano, y fué que en Holanda y Gelanda hubo en este tiempo un temporal tan recio y espantoso, y con tan extraordinaria y nunca vista tempestad, que creyeron todos ser anegados. Perdiéronse muchos navíos y otros dieron al través con muchas mercadurías y riquezas; los contornos y las campañas de Amberes se destruyeron y empantanaron, y fué tanta el agua que entró dentro de la villa, que se anegaron y destruyeron muchas casas con todos los bienes que habia dentro, y en el cielo parecieron muchas señales prodigiosas que daban grande espanto, y decian algunos que las alegrías y fiestas del duque de Alanson se les volvia en llanto y habian de suceder grandes desgracias; no por eso dejaron los obstinados y crueles herejes, con el príncipe de Orange, su falsa y depravada religion, ántes con más rigor perseguian los pobres católicos en cuanto podian.

Monsieur de la Mota, Gobernador que era de la villa de Gravelingas, andaba en este tiempo con un buen número de gente haciendo la guerra en el condado de Flandes, donde habia hecho algunas buenas facciones; y los rebeldes andaban oprimidos y atemorizados, y les ganó un lugar muy grande y fuerte junto á la villa de Ypre, que se llama Ascote, y le presidió con buena guarnicion.

En este medio le llegó aviso á Alexandro como los españoles habian partido de Italia y que iban caminando á toda priesa la vuelta de los Estados de Flandes; fué la más alegre nueva que le podia llegar, y le regocijó tanto el contento, que luégo se

prometió muy prósperos sucesos en todas las cosas que tenia á su cargo, y dejaba poner en ejecucion por hallarse sin fuerzas; y como ya le llegaban tan poderosas como podia desear, si bien hubo muchos que les pesó, temiendo el rigor dellas, pensó de castigar algunos delitos que por no haberlas tenido habia disimulado hasta esta ocasion. El príncipe de Orange temió mucho y más que todos la vuelta de los españoles, pareciéndole no habian de caminar sus cosas de allí en adelante tan en su favor como pensaba; mas no por esto dejó de perseguir á los católicos, ántes con más veras y con rigor inhumano los martirizaba y hacia desterrar.

Para enfrenar la furia y desatinados intentos del príncipe de Orange permitió el cielo (cuando más enviciado estaba en sus gustos y placeres, que eran las ofensas que hacia á Dios y á sus iglesias) que le diesen un arcabuzazo por medio y traza de Gaspar de Anastro, natural de la ciudad de Vitoria, cabeza de la provincia de Álava, que vivia en la villa de Amberes, muy rico y acreditado. Habia pensado muchas veces cómo daria la muerte al príncipe de Orange, y andando buscando modos y caminos para ejecutar su intento, y no hallando el despidiente que deseaba, comunicó este caso con un mozo, criado suyo, de edad de veintidos años, que se llamaba Juan de Jáuregui, natural de Bilbao, en Vizcaya, el cual se ofreció de hacerlo de la misma manera que se lo decia, y con tanto ánimo y voluntad que prometia mucho más que de lo que de su edad se podia esperar, y para ponerlo en ejecucion le dió Gaspar de Anastro un pistolete, que tiraba una onza de bala, y se lo cargó, y dándoselo le dijo que con aquel habia de matar al príncipe de Orange, y que procurase disparárselo en la cabeza, porque por otra parte no le podria ofender porque siempre andaba armado, y que no lo ejecutase hasta pasados dos dias para dar lugar á disponer sus cosas, y lo comunicó con otros amigos españoles que tenia para que tambien se fuesen y no les viniese ningun daño, y que él se iba á la villa de Tornay, adonde estaba Alexandro, á darle parte deste caso, y que él haria con él le enviase dos compañías de á caballo para hacerle escolta, y que se procurase escapar en

habiendo muerto el de Orange y se saliese de Amberes por el camino, donde encontraria las dos compañías que le habian de defender de los que fuesen tras él.

Juan de Jáuregui le respondió que se procurase él escapar, que él sabia lo que habia de hacer y que infaliblemente pondria en ejecucion lo que habian tratado; pero como el uno y el otro eran mercaderes y nada pláticos en las armas, le dejó Gaspar de Anastro el pistolete cargado de pólvora hasta la boca, y con sola una bala; y al tercer dia despues de ido su amo, prosiguió en su determinacion, que segun pareció iba encaminada al servicio de Dios, y no le habia movido otra cosa sino hacerle aquel tan gran servicio y quitar del mundo un tirano y enemigo de la Iglesia; y habiéndose confesado y comulgado, se vistió á la francesa y se fué al castillo, que era donde posaba el príncipe de Orange, y por ser aquel dia el del nacimiento del duque de Alanson, cuya fiesta se celebraba, á los 18 de Marzo, estaban en Amberes muy regocijados y el pueblo con grande alborozo, y todos tan contentos en sus fiestas y saraos que nadie pudiera sospechar (ni el de Orange) lo que le sucedió.

Entróse Juan de Jáuregui á la puerta de una sala, con su pistolete debajo de la capa, y le esperó que saliese á una pieza, adondé habia de comer, y llegóse á él con sosegado semblante y ánimo invencible, y haciendo demostracion de darle un memorial para descuidarle, le puso el pistolete en una sien y se lo disparó, y salió la bala por la otra parte, junto á la mejilla, habiéndole roto las quijadas y derribado dos ó tres dientes; y como iba tan lleno de pólvora se le reventó en la mano y le hizo pedazos tres dedos, por cuya causa no pudo poner mano á la espada, aunque lo procuró, para acabarle de matar y defenderse de los que le quisiesen ofender; y si le dejaran lo hiciera sin ninguna duda; pero abrazóse con él el conde Holac, sobrino del príncipe de Orange, y le detuvo, y dando voces entró la guardia y le dieron de alabardazos y mataron.

Pasó la palabra deste suceso en Amberes, con que se alborotó, y los calvinistas perdieron de todo punto las esperanzas que

tenian en el de Orange, cobrando grande miedo, y mucho más los franceses, pareciéndoles habian de creer eran autores deste caso. Curaron al Príncipe, y declararon los médicos no ir la bala empozoñada ni ser la herida mortal. No poco contento recibieron los que le querian bien y deseaban su vida. Lleváronse el cuerpo de Juan de Jáuregui por todas las calles de Amberes por ver si habia alguno le conociese, y les pesó mucho de que no quedase con vida para darle crueles tormentos y que confesase quién le habia inducido á intentar aquel hecho. Al fin fué conocido y le llevaron á la casa de Gaspar de Anastro, la cual saquearon y llevaron cuanto habia dentro, y prendieron á un criado suyo, que se llamaba Antonio Venero, natural de Bilbao, y al huésped de Juan de Jáuregui y á Fray Antonio Temermano, fraile de la órden de Santo Domingo, y al maestro que vendió el pistolete. Tuvieron grandes sospechas que el duque de Alanson habia sido el autor deste caso, y se comenzó á alborotar el vulgo, y dando muchas voces cerraron las puertas de la villa, y todos alborotados instaban en que se matase al duque de Alanson y á los franceses, y derribaron sus armas, aniquilando y deshaciendo las honras que le habian hecho; y con gran ignominia y desprecio de su persona, fueron á su palacio intentando prenderle; y creyendo él que era así, cobró tanto miedo que de todo punto perdió el ánimo y valor, y como una criatura (si decirse puede) lloraba tiernamente; y bien mal es justo persuadirse á creer que un Príncipe llorase; pero túvose por tan averiguado y cierto, que obliga á escribirlo de la manera que lo tuve entendido; y viéndose tan atajado y oprimido del pueblo, enviaba muy amenudo recados al príncipe de Orange le favoreciese y librase dél, pues sabia no era partícipe de aquel hecho; y como él no podia hablar, escribió un papel al Magistrado en que certificaba que Alanson ni sus franceses no tenian culpa, y que le obedeciesen como á su Príncipe y señor, pues por tal le habian jurado, y que tanto deseaba su libertad y sacarlos de la servidumbre en que vivian, y que les encargaba mucho que si muriese no buscasen otro defensor ni Capitan, porque dél y de sus partes tenia mucha satisfaccion. El pueblo

la tuvo y se aquietó, que como le llevaba tras sí el de Orange, les fué fácil persuadirse á creer lo que les habia escrito; con todo esto, estuvieron cerradas por algunos dias las puertas de la villa, sin dejar salir á nadie hasta dar noticia á las provincias como el de Orange no era muerto. Los calvinistas hicieron muchas rogativas por la salud de su señor y maestro. A Antonio Venero y á Fray Antonio Temermano los descuartizaron y arrastraron con el cuerpo de Juan de Jáuregui, y los cuartos que hicieron de sus cuerpos los pusieron por los caminos. Este es el fin dichoso destos tres mártires vizcainos, cuya hazaña no la consumirá el tiempo ni el olvido, particularmente Juan de Jáuregui, pues con ella tanto engrandeció la ilustre y antigua villa de Bilbao.

Gaspar de Anastro llegó á la villa de Tornay á los 22 de Marzo deste año, y dió aviso á Alexandro de lo que se ha escrito. Pesóle mucho por haber sido en tan mala ocasion, y creyendo era cierta la muerte del Príncipe y que pudiera el duque de Alanson hacer en Amberes, á su voluntad, todo lo que quisiese, pues estaba con su ejército, apoderarse della y de todo Brabante, escribió á los Magistrados de la villa de Gante, Bruselas y Brujas ofreciéndoles la clemencia del Rey católico, su tio; que pues era muerto al que tenian por defensor se reduciesen á su servicio, que él de su parte haria cuanto le fuese posible porque sus cosas tuviesen buen fin; pero no fué posible acaballo con ellos, tal era su obstinacion y mal intento.

Despues que el duque de Alanson estuvo desatemorizado y con nuevo rigor, procuró acreditarse por lo que le imputaban de la herida del príncipe de Orange con intentar algunas facciones de guerra más con artificio que con fuerzas. Dos Capitanes suyos ganaron por inteligencias á Lens, y sabídolo Alexandro, fué con grandisima brevedad y la recuperó, dejando los franceses que estaban de guarnicion en ella todo cuanto tenian y habian ganado, y salieron rendidos y sin armas, banderas ni bagaje. Tambien intentó de ganar la villa de Anamur que es paso de Flandes para Italia, pareciéndole que con quitarle estorbaba los socorros que le pudieran venir á Alexandro. Hizo marchar su gente

de noche con escalas teñidas de negro porque no blanqueasen ni fuesen descubiertos. Parecióle que con arrimarlas á las muralla entrarian sus franceses y la saquarian. Es muy natural costumbre desta nacion, que las más veces dan por hecho lo que imaginan, y como son inquietos y fogosos, no siempre reparan en los inconvenientes que se les puede ofrecer. Llegaron á Anamur, y no hubieron bien arrimado las escalas, cuando fueron sentidos de las postas de la muralla, y tocando àrma, salió con mucha brevedad con la mayor parte de su gente Monsieur de Barlamont, Gobernador que era de la villa, y dió valerosamente sobre ellos y prendió á muchos y degolló la mayor parte, y se escaparon bien pocos. No por haber tenido este buen suceso les parecerá á algunos quedaba resonado de la culpa que tiene un Gobernador que en semejantes ocasiones deja la plaza que se le dió á cargo, ántes era digno de riguroso castigo, pues debiera Barlamont considerar que pudieran los franceses con extratagema haber arrimado las escalas á la muralla sirviendo no más de acontecimiento para cebarlos en la salida y tenerles al Gobernador y á su gente hecha una emboscada donde le prendieran y degollaran la que llevaban; y cuando no les sucediera así, pudieran los vecinos tomar las armas y no volverle á dejar entrar en la villa, que fuera mayor deshonra que la reputacion que ganó en rompellos y resistillos, y pudiera hacer mayor servicio en la muralla animando su gente para que no entrasen los franceses, que no en la salida que hizo. Debe mucho mirar un Gobernador de una plaza los ardides que puede tener el enemigo que se la quisiera asaltar, sin confiarse en los acometimientos, que no todas veces son sin conciertos; pero pudo valerle á Monsieur de Barlamont por disculpa, para quien se la quisiese admitir, el mucho valor que tenia, porque fiado en él y en los buenos soldados que le acompañaban, y en la mucha lealtad de los burgueses de aquella villa, que lo son y han sido (fuera de los de la villa de Bolduque) de los más leales de aquellos Estados, tomó semejante resolucion. Sucedióle bien, que no fué poca suerte para ser de noche, que siempre en tales horas pocas ó ninguna tienen efecto.

El coronel Martin Esquenque fué en este tiempo con ciento y cincuenta caballos la vuelta del país de Cleves, y pasando por un lugar grande de aquella provincia, habia alojado en él gran número de gente de guerra de los rebeldes; y aunque lo supo, no hizo caso de lo que le podia suceder, ni temió que se le habia de hacer ningun daño, porque como el ducado de Cleves es libre y admite en él amigos y enemigos de todas naciones, sin permitir tomar las armas para hacer á nadie mal, se fió en esto y que otras muchas veces habia pasado sin ningun riesgo. Los rebeldes que supieron habia llegado allí, consideraron el fruto que podian sacar de tan buena presa, y rompiendo los estatutos y costumbres de aquella tierra tocaron arma y cerraron con él, el cual, desconfiado, se dejó prender sin hacer resistencia, porque siempre entendió le habian de restituir, y que el Duque no consentiria que en su Estado se le hiciese ningun agravio; pero no le sucedió así, porque se lo llevaron, y se tuvo entendido que si le acometieran en campaña los resistiera y no se dejara prender, porque era muy valiente Capitan y de buena opinion, y con su esfuerzo y valor habia hecho muchos y particulares servicios al Rey, nuestro señor, y en Frisa atemorizado los rebeldes muchas y diversas veces.

Alexandro deseaba poner sitio á la villa de Audenarda, que es una de las más inexpugnables plazas que hay en los Estados de Flandes, pareciéndole que por estar tan cerca de las de Gante, Aloste, Terramunda y Bruselas, y en tan buen paraje que podia la guarnicion correr las campañas y atemorizarlos, ordenó al marqués de Rubes partiese con el ejército y la sitiase en tanto que él se despachaba de algunos negocios graves y de cuidado que daba el duque de Alanson, y que luégo le seguiria. El Marqués se partió, á los 18 de Abril deste año, y llegó á Audenarda y la sitió con todo el ejército católico, habiendo primero hecho punta con él la vuelta de la villa de Meni, para donde Alexandro habia hecho pasar palabra que habia de ir á sitiar por divertir á los de Audenarda y romper los designios de los demas rebeldes. Y fué de importancia este ardid, porque sacaron della tres compañías y las enviaron á Meni para que

hiciese mayor resistencia al ejército de Alexandro. El marqués de Rubes tuvo este aviso, y saliéndoles al paso los degolló, y luégo dió vuelta sobre la villa de Audenarda, cogiéndola descuidada; y habiendo reconocido los puestos y avenidas, las guarneció sin hacer otra cosa hasta que llegase Alexandro. A los 22 tuvo nueva que Monsieur del Hian, de nacion francés, por órden del duque de Alanson habia ganado de improviso y con inteligencias la villa de Aloste, en el condado de Flandes. Halló dentro muchos bastimentos y municiones, y grandes haciendas y mercadurías que habian recogido allí gran número de católicos, y más de cuatrocientos sacerdotes, que por ser perseguidos de los herejes se habian ido á favorecer de aquella villa, y por huir del peligro se vieron en ella en otro mayor, porque pasaron muchas persecuciones; y demás de haberse aprovechado Monsieur del Hian y sus franceses de todas las haciendas y mercadurías y saqueado la villa, comenzaron á romper los templos y destruir las reliquias y cosas sagradas, haciendo grandes y notables crueldades.

Sintió mucho Alexandro la pérdida desta villa, porque está tres leguas de la de Audenarda, que ya la tenia sitiada, y no tenia de donde poder socorrer su ejército con tanta comodidad, por ser todos los contornos y demas lugares alojado de los rebeldes y el de Alanson tan poderoso, el cual estaba en la villa de Gante, cuatro leguas pequeñas de Audenarda, que no era ménos inconveniente que lo demas; no dejó de darle cuidado á Alexandro, mas como habia atropellado otras mayores dificultades y resistido las fuerzas enemigas con tanto valor y prudencia, cobró mayor ánimo y esperanza de salir con la empresa de Audenarda, y desembarazándose lo más presto que pudo de las cosas que tenia entre manos, se partió á los 12 de Mayo y llegó el mismo dia, y sin dilatarla para otro, comenzó á reconocer los puestos y á prevenir con gran vigilancia todo lo necesario; y habiendo considerado la disposicion del sitio y fortaleza de la villa, no quedó muy contento porque era casi inexpugnable; y estando en presencia de los del Consejo de guerra, habiéndole dificultado la empresa les dijo que ya estaba

empeñado, que todos de su parte procurasen hacer su posible, que él haria el suyo, y que no pensaba dejar el sitio sin ganar la villa aunque aventurase las pocas fuerzas que tenia el ejército católico; y algunos soldados dél fingieron en este medio ser de la guarnicion de Aloste, y llegaron á un lugar cerca de Bruselas, que se llama Blasbeque, donde habia mucha artillería y municiones de los Estados rebeldes, y la sacaron y robaron cuanto en él habia, sin que se lo pudiesen estorbar. La guerra se iba encendiendo por todas partes, más por tratos y extratagemas que por fuerza de armas, y como en algunos lugares aún no estaba certificada la muerte del príncipe de Orange, corria la voz con tantas nuevas, que era confusion, y los que no querian creer que era vivo decian que dentro de su cuerpo debia de haber algun espíritu maligno, y con encantos y hechicerías querian dar á entender que vivia siendo muerto, y cada uno, segun su opinion, debatian y porfiaban en esto.

En esta sazon (en una correduria) se encontraron soldados del ejército católico con el capitan Sadoleto, lorenés, y con toda su compañía, que habiendo servido al Rey, nuestro señor, se pasó con los rebeldes, cerraron con él, y le rompieron y degollaron toda su gente.

Alexandro comenzó á apretar por todas partes á la villa de Audenarda, y con tanto cuidado, por las esperanzas que tenian la habian de socorrer, y más estando al opósito el ejército de los rebeldes y el del duque de Alanson, y entrambos tan cerca, que le dió bien que considerar. Pero con una increible presteza comenzó luégo á hacer reductos y reparos en todas las avenidas y caminos de los cuarteles por donde los rebeldes pudieran entrar el socorro á la villa cuando lo intentaran, y hizo que toda la caballería católica (que pocas veces ó ninguna suele suceder) se acuartelase y hiciese barracas, como la infantería, para quedar reparada y ceñida, que no poco lo sintieron los caballos ligeros, por no poder ser señores de la campaña como acostumbran; todo el ejército católico comenzó á padecer mucha necesidad de bastimentos y dinero, y más de verse tan encerrado que no lo podian salir á buscar, y por solas dos pagas que se le

debia á un regimiento de alemanes, hizo escuadron y tomó las armas, y se comenzó á alterar de manera que no era posible quietarlos sin que se les repartiese ó diese algun dinero. Diéronle este aviso á Alexandro, y acudió á remediarlo con grandísima presteza, y aunque le aconsejaron no lo hiciese por no convenir á su autoridad ponerse en presencia de gente que le habia comenzado á perder el respeto, y más habiéndole dicho que estaban muy desvergonzados y con gran obstinacion; no lo pudieron acabar con él, y en llegando á la frente de su escuadron, como le vieron ir la vuelta dellos, fueron tan inobedientes y atrevidos, que terciaron las picas para recibirle en ellas, como si fuera contra los enemigos. Alexandro recibió tanta cólera, que ciego della y no de ningun temor, puso mano á la espada y piernas al caballo, y cerró contra el escuadron de los amotinados, y dándoles de cuchilladas, con increible valor y presteza, les dijo algunas injurias, y que si pensaban le habian de dar temor poniéndole las picas á los pechos, y habiendo muy mal herido á cinco ó seis, no con tan poca ventura de tan evidente peligro, ni se sabe hasta hoy de otro Capitan general haya en semejante ocasion emprendido hazaña como esta, pues por ella sola era digno de eternizarse; pero otras que hizo igualaron á esta y á otras muchas. Mandó llamar luégo á su Coronel, y le dijo que le diese un soldado de cada compañía de los más culpados, y mandó poner á caballo y en escuadron toda la caballería católica, frontero del de los alemanes, y en su presencia hizo ahorcar á trece de otras tantas compañías que tenia el regimiento, sin que nadie se lo estorbase ni fuese á la mano. Este castigo atemorizó mucho á todo el ejército, y fué de suerte que jamás se le amotinó ninguna nacion donde estuviese su persona; y para que fuese ejemplo, de allí á pocos dias mandó pagar á este regimiento todo el sueldo que se le debia y lo despidió del servicio del Rey, nuestro señor, sin permitir que fuesen admitidos en ninguna compañía de los demas regimientos de alemanes.

Si todos los Capitanes generales castigásen á sus soldados desta suerte, no se atreverian á perderles el respeto cada dia, como se ha visto; y lo que movió á Alexandro (demás de su es-

fuerzo acostumbrado que era de vencer imposibles) fué la reputacion del Rey, su tio, y ver que no convenia sujetarla á la libertad de un regimiento amotinado; cuando fuera todo un ejército hiciera lo mismo; tanto era su valor y ánimo; no como algunos Generales que en semejantes ocasiones vuelven las espaldas y los dejan salir con su intento, y tibiamente, casi amedrentados, tratan de reducirlos y concertarlos por medio de sus pagas, cosa indigna á su cargo; que si bien se advierte ha de preferir siempre el castigo á la satisfaccion, y que importa tanto la presencia de un Capitan general y el rigor de sus palabras contra gente amotinada, que no hay mayores fuerzas para resistirlos que, con osadía, mostrarles valor y enojo acompañado con cruelísimo castigo, pues es de creer, que por muy desvergonzados que estén, en viendo el rostro á su Capitan general (si es el que debe ser), los sujetará y apaciguará con facilidad, como se vió con Alexandro; y aunque pudiera hacer el mismo castigo en algunos Oficiales de aquel regimiento, lo dejó en esta ocasion por justos respetos, contentándose con haber hecho dar la muerte á trece soldados. Y si la diera á sus Oficiales, la tenian merecida, porque es cosa averiguada que ántes de tener efecto una alteracion, la saben algunos y tienen muy entendida, pues aunque la hacen con secreto, jamás deja de llegar á su noticia; y deseando ser pagados como los demas, callan y disimulan y echan leña al fuego en vez de apagarlo, pues está en su mano. Para esto se habia de recibir el parecer de un prudente y valeroso Capitan, de quien yo fuí Alférez, á quien oí decir muchas veces que en semejantes ocasiones se habia de echar mano de algunos Oficiales de las compañías, y sin informacion ahorcarlos luégo ó darles garrote; que si bien no se alteran, lo permiten y callan y encubren, y dan calor á que se desvergüencen sus soldados y pierdan el respeto á sus Capitanes. Y aunque parezca prolijo, si bien no fuera de propósito, no dejaré de tocar en cualquiera ocasion de motin lo que sintiere, por ser tan aborrecidos de los que profesan honra en la guerra, y para que los que las siguieren conozcan y se aparten de los daños tan grandes que resultan contra la autoridad de sus banderas, y que los Genera-

les y otros superiores vean cómo han de castigar con grandísimo y severo rigor á los soldados amotinados que les pierden el respeto, y que sepan huir de los peligros de su reputacion y remediar el desórden y desvergüenza de los que intentan y cometen semejante crímen contra su Príncipe y señor.

Trabajábase en las trincheas que Alexandro habia mandado hacer para la toma de Audenarda de dia y de noche, con grandísima asistencia, sin que hubiese otro sobrestante que su misma persona, y jamás se apartó dellas, acudiendo á todo lo que se ofrecia con mucho cuidado. Comenzó á acometer esta plaza por la parte de una montaña que la sujeta, y en llegando á desembocar al foso, donde hay un rebellin que sale fuera de la villa, le hizo reconocer á un soldado valon, que era valiente y gran nadador, y habiéndolo hecho con osadía, hizo relacion que no era posible poder cegar el foso por ser muy fondable y el agua que hay en él muy corriente, y que cuanta fagina se le echara se la habia de llevar el raudal, que era muy furioso, y demás deste foso, habia otro mayor más adelante, que ceñia toda la muralla de la villa, y el agua dél mucho más corriente que la del primero. No dejó Alexandro de tener mucho cuidado de ver la fortaleza desta plaza, y que se le habia de dar mayor cuando la hubiese acometido, por la dificultad de poderla ganar, pero como siempre se encomendaba en los brazos de su buena suerte, que le sacaba destas y otras mayores dificultades, puso luégo por obra el modo que habia de tener para salir con esta dificultosa empresa. Hizo llamar á Propercio Barroçe, Ingeniero mayor del ejército católico, y le mandó que hiciese un puente arrojadizo para que por él pudiesen pasar los soldados á ganar el rebellin. El ingeniero sedió priesa, y en seis dias le tuvo acabado y puesto en trozos en la ribera del rio que pasa por aquella villa. Alexandro mandó luégo que lo pusiesen, pero salió tan corto, que no fué de provecho ni se pudo retirar para servirse dél, porque los rebeldes que estaban dentro de la villa comenzaron á disparar tanta artillería, que le hicieron pedazos y echaron á fondo.

Harta necesidad tuvo Alexandro en esta ocasion de consejo,

porque se halló confuso é imposibilitado de acometer la villa por aquella parte; pero visto que nadie le aconsejaba ni contradecia, aunque era muy amigo de consejo, se comenzó él mismo á reprender de la duda que ponia en la dificultad, y con gran cuidado comenzó á procurar el remedio más necesario para salir con esta empresa, pareciéndole que al ingenio de un hombre, ayudado con diligencia, todo se le hace fácil y posible, y que en ocasiones de tanta confusion y duda conviene más la presteza que la remision y negligencia, cosa en la guerra tan dañosa y desaprovechada; llamó á los de su Consejo y les dijo que se resolvia á mudar la batería por la parte más llana de la villa, donde los fasos no tendrian tanta corriente, y acometerle con brevedad, y que por allí estarian más descuidados y no se habrian fortificado. Todos siguieron su parecer, y dió luégo órden á Monsieur de la Mota, que hacia oficio de General de la artillería que la mudase de la otra parte. Hízose así, y lo mismo Alexandro con toda su corte, y con grandísima brevedad mandó abrir nuevas trincheas y las desembocaduras al foso. En este medio hicieron los rebeldes de la villa una salida á ellas con gran presteza y valor, pero fueron muy resistidos, y los católicos dieron sobre ellos y los hicieron huir á espaldas vueltas, sin haber hecho otro daño que degollar ocho ó nueve alemanes que cogieron de improviso descuidados. Esto fué por el valor de Alexandro, porque al tiempo que los rebeldes salieron á las desembocaduras estaba su persona en ellas, y con mucha osadía y presteza le quitó á un aleman la pica de las manos y se puso en una de las desembocaduras, y la defendió tan valerosamente, peleando un gran rato, hasta que habiéndose tocado arma en todo el ejército acudieron á socorrerle, y los rebeldes se retiraron con alguna pérdida.

Estaban los cuarteles en este sitio tan descubiertos, que fué milagro no matar cada dia gran número de gente, porque de la villa tiraban muchas y menudas cargas de artillería, y estando Alexandro durmiendo en una barraca que le habian hecho (que como de noche no lo hacia, procuraba de dia algunos ratos su reposo), entró una bala y pasó la muralla y barraca de

parte á parte, sin que hiciese ningun daño; despertó al ruido y preguntó con gran disimulacion si habia sido bala de artillería la que habia pasado por junto á su cama; dijéronle que sí, y no mandó que hiciesen ningun reparo, ni hizo caso dello; pero su Mayordomo mandó hacer un gran trincheron delante de la barraca para resistir las balas y no sucediese á Alexandro alguna desgracia; cuando volvió á comer preguntó quién habia hecho levantar aquel trincheron, y le respondieron que su Mayordomo; mandólo luégo deshacer, y dijo que no era razon se murmurase en el ejército que estaba su persona más segura que las demas, sino que queria correr la misma fortuna que todos sus soldados.

El dia siguiente sucedió otro caso semejante: fuése á comer á las trincheas, y mandó poner los manteles encima de tres cajas de atambor, y sobre ellas se sirvió la vianda, y pidió que comiesen con él Monsieur de la Mota, el marqués de Rubes, el conde de Arambergue, el conde de Hedin y Monsieur de Montani, y á lo mejor de la comida vino de la villa una bala de artillería y llevó la cabeza á un caballero, hijo de Monsieur de Siques, que estaba en pié, y toda la cara de un español, que se llamaba Alonso de Valencia, hermano del doctor Salinas, Auditor general del ejército católico, y las narices, boca y barba del Preboste de la guardia. Fué suceso extraño ver una bala, en un pensamiento, matar tres hombres, y derramó en la mesa platos y comidas, cantidad de sangre, sesos, cascos, dientes y quijadas; y aunque se alteraron y levantaron los convidados, Alexandro se estuvo quedo y con un semblante muy sosegado, y sin mostrar género de alteracion, dijo que retirasen los muertos y trujesen otra vianda y manteles limpios; y sin quererse levantar, volvió á comer hasta acabar sin hacer ningun mudamiento; y aunque le habian persuadido se levantase, no lo pudieron acabar con él, y les dijo que no permitiese Dios que los rebeldes de Audenarda se alabasen que le habian hecho levantar la mesa ni volver un paso atras.

Estos tres sucesos, ya que no los sé encarecer, quisiera haberlos sabido escribir, no más de para que se advierta que ni

de Julio César, ni de Alejandro Magno, ni de otros Capitanes famosos, antiguos ni modernos, se han escrito otros semejantes que son dignos de eterna alabanza y fama, y la tendrán siempre por ser tan esclarecidos estos y otros muchos que dél se pueden escribir.

Fuése luégo á reconocer lo que se habia trabajado en las trincheas y el modo que se podia tener para asaltar la villa, y le pareció que cegando el foso se pasase de la otra parte dél y se zapase la muralla para que, apoderándose della, hacer pié y entrar dentro; luégo lo mandó poner por obra, y con extraña diligencia se hizo mucha cantidad de manojos ó faginas y se cegó el foso, con alguna pérdida de los católicos, por lo mucho que los rebeldes tiraban y se resistian; mandó luégo hacer algunas mantas, zarzos y tablados, para que debajo dellos pudiesen los soldados, sin ser ofendidos, zapar la muralla; mas como los rebeldes eran pláticos soldados y valerosos, todo cuanto los católicos hacian y trabajaban de dia, ellos lo desbarataban y quemaban de noche, con grandes artificios de fuego que arrojaban, ya con ollas ardiendo, guirnaldas ó morteretes; y cuando el fuego destos ingenios no emprendian, salian con mucho peligro y les hacian arder, sin temor de la mucha artillería y mosquetería que los católicos les disparaban. De la una parte y otra murieron muchos, en siete noches que duró el poner los tablones y el defenderlos los contrarios, que parecian se ardian todos del mucho fuego que se veia, sin hallar remedio, hasta que Alexandro mandó que se pusiesen cueros de vaca recien desolladas por encima de las tablas para que el fuego no emprendiese. Fué de grandísimo efecto esta prevencion, ó bien por haberse cansado, ó no tener ya más artificios de fuego que tirar, ni pólvora, ó que los cueros los resistiesen; en fin, cesó la gran furia de los ingenios, de suerte que los soldados católicos podian muy bien trabajar y arrimarse con la zapa á la muralla, tanto que en muy pocos dias fueron señores della. Los rebeldes, temerosos de ser asaltados y verse ir perdiendo tierra poco á poco, pusieron una noche muchos rastrillos grandes de maderos, en trozos, y entre dos soldados ponian uno con gran cerrojo en las

manos, los plantaban y cerraban de manera que estaban fuertes, y detras dellos comenzaron á abrir trincheas para defenderse y estar cubiertos de los soldados católicos, que valerosamente les tiraban; pero mucho mejor se defendian los rebeldes, pues resistieron con estos rastrillos que no se les pudiese entrar ni pasar adelante, en ninguna manera; y en vez de encolerizarse Alexandro de ver tal resistencia, se rió mucho y dió á entender haberse holgado de ver un ingenio jamás visto en la guerra, y que le habia dado ocasion de aprender lo que no sabia ni llegado á su noticia; y era de maravillarse, porque en un pensamiento plantaban estos rastrillos con sus cerrojos, que no habia muralla tan inexpugnable que se les opusiese.

Con todo eso el dia siguiente hizo Alexandro que por debajo de sus rastrillos se continuase con la zapa á toda priesa, y se hallaron tan adentro que los rebeldes comenzaron á temer, y dieron voces diciendo que se querian rendir si se les hacian buenos pactos; y porque en este mismo tiempo tuvo aviso Alexandro que el duque de Alanson se levantaba con su ejército de junto á Gante para socorrer á Audenarda, dió órden á Monsieur de Andalote, Teniente de Maestro de campo general, tratase los conciertos de la paz con los rebeldes de la villa, y que siempre hiciese disparar toda el artillería para que el duque de Alanson, que iba á socorrerla, entendiese que no era rendida y le diese gana de irlo á hacer con más brevedad; porque Alexandro deseó salirle al paso y darle una encamisada; y así, partió con la mayor parte del ejército y caminó toda la noche hasta llegar junto á Gante; y por haber crecido un rio demasiado no pudo pasar; y miéntras se anduvo buscando el vado fueron sentidos; y no pudiendo hacer ningun efecto recogió Alexandro toda su gente y se volvió á Audenarda, donde ya tenia Monsieur de Andalote acabados los conciertos, que eran que saliesen los soldados rebeldes con sus armas y bagaje, y en desembarazando la villa la presidió Alexandro con diez compañías de valones del regimiento del coronel Manuy, al cual dejó por Gobernador desta plaza, y por su Sargento mayor á Amaro de Crema, valiente soldado italiano. Luégo la hizo reparar de las baterías y

aderezar lo zapado, y entró Alexandro á alojar dentro con su casa y corte, donde estubo todo el mes de Julio. El ejército católico quedó muy trabajado del prolijo sitio, que en dos meses que duró fué el más reñido y peligroso que en largos tiempos hubo, así por haber dentro de la villa mucha gente que la defendia como por ser en sí la más fuerte é inexpugnable que hay en los Estados de Flandes, como otras veces lo he referido, demás de estar muy bien abastecida y amunicionada, y no tenia necesidad de socorro, si bien los de Gante lo intentaron, pero no salieron con ello, porque fueron rotos y desbaratados por la caballería albanesa é italiana. Nadie pudiera facilitar ni salir con esta empresa sino Alexandro, que con su valor, solicitud y acostumbrada asistencia atropellaba estas y otras mayores dificultades.

Los Estados rebeldes no pudieron creer que la villa de Audenarda se hubiese ganado hasta que vieron llegar sus soldados rendidos, que no poco se atemorizaron, y Monsieur de la Nua, que estaba preso en la villa de Mons en Henaut, escribió al príncipe de Orange, que pues Alexandro habia ganado á Audenarda mandase de allí adelante le abriesen las puertas de las plazas que fuese á sitiar, porque tenia conocido de su valor y buena diligencia no se le resistiria ninguna por más fuerte y pertrechada que fuese.

El duque de Alanson que se valia más de sus industrias que de sus fuerzas para continuar la guerra, mandó publicar dos bandos, en que prohibia el comercio de los soldados del Rey, nuestro señor, con sus vasallos, y que ninguno fuese osado proveerlos de bastimentos, y que todos los que estaban á sueldo sirviesen debajo de banderas, sin que nadie fuese osado á rescatar ningun prisionero sin su licencia.

En este medio, sucedió una desgracia á alguna gente de el ejército católico, que habiendo ido con órden de Alexandro á dar una escalada á la villa de Diste, en Brabante, arrimaron las escalas á la muralla una mañana y entraron dentro hasta la plaza. Los rebeldes estaban en alerta, y previniéndose con presteza los resistieron valerosamente, y los mataron y prendieron á

todos sin escapar ninguno. No les sucediera así si hubieran esperado la caballería católica que les iba en su retaguardia, que pues fueron señores de la plaza, abriendo una puerta de la villa la ocuparan y guarnecieran, sin que fueran los rebeldes poderosos á echarlos fuera. Importa mucho á los que van á ejecutar semejantes facciones no apresurarse ántes de recoger toda la gente necesaria para ellas, porque es de más importancia no salir con lo que se va á emprender que aventurar á perder lo que no se puede restaurar si no es con daño de la reputacion; que esta es la mayor pérdida que hay en la guerra; y así, conviene mucho prevenir con tiempo los daños y peligros que se les suele ofrecer, pues no ménos que la reputacion de su Príncipe y suya aventuran y ponen en manos del vulgo, que no ménos que una perpetua ignominia y afrenta vienen á sacar dellas. No le pareció al duque de Alanson quedaba de todo punto perpetuado en el ducado de Brabante para ser señor dél, si de nuevo no hacia ratificar en el juramento á los burgueses de la villa de Amberes, y para ejecutar este intento los hizo juntar á todos, y les obligó á que de nuevo renunciasen la obediencia al Rey católico y de que irian contra él en cuanto les ordenase y mandase. Muchos hubo que por temor de que no les confiscase sus haciendas vinieron en ello, pero los más lo hicieron de su voluntad, que como amigos de novedades, todos los flamencos se dejaban persuadir á cualquier movimiento, y más si era contra la Corona y autoridad de España.

Alexandro tuvo luégo aviso deste nuevo juramento, y mandó publicar un edicto en que los desobligaba dél por temor ó por fuerza. No bastó esta diligencia, porque Alanson continuó con grandísimas veras en su intento y en hacerse llamar duque de Brabante, poniendo este título en todas las cartas, órdenes y despachos que daba y escribia.

En esta sazon se juntaron en Amberes más de seiscientos protestantes y dieron un memorial al Magistrado pidiéndole un templo para ejercitar la secta de Martin Lutero, porque hasta entónces sólo los calvinistas celebraban la suya. El Magistrado concedió lo que pedian, que por ver de todo punto deshecha y

estirpada la religion católica, deseaban cualquiera ocasion destas para acrecentar las suyas y conservarse por este camino en su potestad. Visto los otros herejes que abrian los de Amberes la puerta para admitir otras sectas y religiones, fué tan grande el número de los que entraron, y con tan gran exceso, que en este tiempo establecieron y fundaron la libertad con que vivian, que hombres de baja suerte se desvergonzaban á usar de su libertad, de tal manera, que ponian escándalo, sin que nadie se desengañase ni convirtiese á nuestra verdadera religion, si no fué un caballero y su mujer; y por ser por un muy extraño camino y caso digno de saberse, me ha parecido escribillo. Y fué que este caballero y su mujer, que ambos eran de mucha calidad, guardaban la secta de los libertinos. Estaban un dia en una ventana de su casa á tiempo que pasaban por la calle dos portasacos ó ganapanes, como decimos en España, y dijo el uno al otro: «¿Veis aquella dama que está en la ventana con su marido? Sabed que es de mi religion, y si le pido su cuerpo no me le puede negar.» El otro ganapan le dijo que no lo haria porque estaba su marido presente. Apostaron de que si haría, y para ponerlo en ejecucion entró en la casa y subió al aposento donde estaba el caballero, y le dijo á su mujer: *Minguest viguerandlex*; que en español quiere decir: «mi carne pide la tuya;» y como el marido lo oyó, sacó su misma daga y dijo: *Min puñer viguer minflex,* que era en nuestro vulgar: lo mismo que, «mi puñal pide mi carne;» y se dió con él una puñalada mortal, y si su mujer no le tuviera, se diera otras y se matara. Curáronle con grandísimo cuidado, y despues de sano se convirtieron él y su mujer á la fé católica, y fueron muy buenos cristianos de allí en adelante. Esta fué la conversion deste caballero; y dijo despues, que fué tan grande el sentimiento que tuvo de ver que aquel ganapan usase en su presencia de la libertad de aquel mal precepto de su religion, y que su mujer no pudiese negar lo que pedia, que pretendió matarse, pues no se lo habia de estorbar. Conoció bien su desatinado error y los muchos y diversos que tienen los herejes, más por usar de sus libertades y desenfrenados apetitos que por otros respetos, pues no hay

ninguno que no llegue al conocimiento de la religion católica, pero por su malicia y libertad, como he referido, no se convierten.

Y porque me viene á propósito, escribiré otro caso que sucedió á un soldado español el año de ochenta y cinco á pocos dias despues que ganamos á Amberes. Dentro desta villa servia á una dama, la cual era libertina, y para gozarse concertaron de verse en la parte donde secretamente se juntaban de noche, y habiéndolo hecho, quedó el español tan arrepentido de haber ofendido á Dios por tan mal camino, que propuso que se deshiciese aquella religion en Amberes, con poner miedo á su dama, á la cual dijo que si no se apartaba della y de aquel mal vicio lo habia de descubrir; fué tanto el temor que tuvo, que lo dijo á los demas libertinos, y temiendo el castigo de Alexandro se huyeron de Amberes y otros se escondieron. El soldado español confesó el pecado que habia hecho, y el Vicario general del ejército del Rey, nuestro señor, que se llamaba Francisco de Umara, que era un sacerdote de buena vida y costumbres, y capellan que fué del Sr. D. Juan de Austria, le dió por penitencia que oyese una misa descalzo con una vela encendida en la mano, sin capa, espada ni sombrero, que no poco corrido quedó, así de la vergüenza que pasó como del suceso, pero consolado de haber sido causa de estirpar en Amberes la religion de los libertinos por un camino tan extraño, como se ha escrito.

Alexandro dió órden á Monsieur de Hautepena que fuese con un buen número de infantería y caballería del ejército católico á las campañas y contornos de la villa de Amberes para atemorizar los vecinos della y hacerles prevaricar de sus desatinos y darles algun cuidado, pareciéndole que si lo tenian en las cosas de la guerra cesarian sus malos y depravados designios. Hautepena lo hizo tan bien, que llegó hasta las mismas puertas de la villa y debajo de sus murallas; retiró mucho ganado y prisioneros, y les hizo notable daño. Los burgueses que tan impensadamente vieron el que recibian, hicieron cerrar las puertas de Amberes con grandísima brevedad, y con los temores que habian recibido, no las abrieron en muchos dias ni de-

jaron salir á nadie hasta que supieron que Monsieur de Hautepena se habia retirado, el cual dejó á los de la villa y al duque de Alanson tan atemorizados, que tuvieron harto que considerar, pareciéndoles habia algun trato con Alexandro, y que con esta esperanza se les habia acercado tanto Hautepena. De allí pasó á la villa de Liera, que está á dos leguas de la de Amberes, y hizo lo mismo; pero fué más resistido y trabó una muy caliente y reñida escaramuza con el Gobernador della, que era un valiente español, y lo habia sido de la de Arentales, cuyo apellido habia tomado dejando el suyo propio, que era Alonso Lopez, que como atras he apuntado, servia á los Estados rebeldes de Capitan de una compañía de lanzas, con la cual salió á pelear con Hautepena, y habiendo escaramuzado más de dos horas se retiraron unos de otros con pérdida de algunos muertos y heridos de ambas partes, si bien los católicos, á pesar del capitan Alonso de Arentales, retiraron muchos prisioneros y ganado.

El duque de Alanson continuaba en sus tratos excusando más las ocasiones de pelear que las de la industria, pues con él la tuvo convencido al príncipe de Simay, hijo del duque de Aríscote, para que le entregase la villa de Simay; y habiéndolo entendido su padre y conocido la letra de las cartas que para este efecto se habian escrito, porque llegaron á sus manos, descubrió el engaño y mandó luégo se fortificase y guarneciese mucho á Simay; y por su órden se conservó esta villa en la obediencia del Rey, nuestro señor. Sintió mucho esto Alanson, y pareciéndole tomar venganza del Duque, envió á su villa de Aríscote gran número de franceses, y les mandó que le diesen una escalada, y habiéndolo puesto en ejecucion y ganado una puerta de la villa, un Capitan albanés que la gobernaba y defendia, salió con su gente y los resistió y echó fuera, prendiendo y degollando á muchos dellos. Eran tan grandes las solicitudes y extratagemas del duque de Alanson, que cuando supo que Alexandro habia ganado la villa de Audenarda salió de la de Amberes (para dar á entender al pueblo con apariencias, engaños y aspavientos acudir á las ocasiones)

con gran número de infantería y caballería, con voz de que la iba á socorrer; y sabiendo Alexandro este designio, no tardó, con su presteza acostumbrada, de ir sobre él, y apretándole valerosamente los soldados católicos, á pesar suyo, le hicieron volver las espaldas y lo encerraron en Gante, y desde allí envió algunas banderas de franceses para que con inteligencias que tenia ocupasen la villa de Cortray, plaza muy fuerte, en el condado de Flandes; pero con daño suyo fueron descubiertos y se volvieron sin hacer nada. Y en este medio envió un Rey de armas suyo, á la villa de Bolduque, de las más leales que hasta hoy ha habido en aquellos Estados para que le obedeciese, pues era del ducado de Brabante, y respondieron los burgueses ó vecinos della que no conocian á tal Duque. Tambien quiso tener inteligencias con las ciudades de Colonia, de Liege y Aquisgrana, que son libres y francas, por ser del imperio de Alemania, para que se correspondiesen con él, pero no le salió este intento como pensaba.

Partió de Gante para la villa de Brujas, y dejó en su lugar al príncipe de Pinoe y llevó consigo al de Orange, á quien respetaba y tenia por su único y solo restaurador y fiel consejero de sus bienes y males para tratar allí de rehacerse y juntar un grueso ejército para resistir al de Alexandro, y ofreció á los Estados rebeldes le habia de deshacer y atropellar, no obstante que le llegase el socorro de españoles, pues él sólo era bastante para romperle y echarle fuera de Flandes, porque sus victorias los traian muy afligidos, y no perdiesen de todo punto las esperanzas que tenian en su ayuda, y más habiendo perdido, á vista suya, dos villas tan importantes, que él prometia, no sólo restaurarlas, pero deshacer las fuerzas católicas y establecer la nueva religion. Insistido del príncipe de Orange ofrecia tanto, que á ser posible tener efecto, diera bien qué entender y qué pensar á Alexandro; pero como del decir al hacer hay tantas jornadas como del prometer al cumplir, se juzgaba el poco cuidado que podian dar los ofrecimientos del francés, no obstante, que si el ánimo le ayudara tanto como las fuerzas que tenia, pudiera emprender cualquiera cosa importante, oponiéndose á

las pocas que tenia Alexandro, el cual, visto que el ejército católico estaba necesitado y que convenia entretenerle, partió de la villa de Audenarda, y dió órden que marchase la vuelta de la de Ypre porque tuvo aviso que sus contornos estaban llenos de bastimentos de todas suertes, y de camino le pareció ganar un castillo de los rebeldes, que está entre Gante y Audenarda, que se llama Guibra, porque no le sirviese de embarazo á la guarnicion que habia dejado en aquella villa y tener más seguras sus campañas. Púsolo por obra, y enviando el artillería se rindió, y Alexandro mandó guarnecerlo de soldados católicos y pasó con el ejército á un lugar de Monsieur de Mala, que está entre la villa de Ypre y Popringas, donde hizo alto algunos dias y se rehizo y reparó de sus necesidades.

Duróle poco este descanso, porque luégo tuvo aviso de que el ejército del duque de Alanson se habia rehecho y le iba á buscar con grandísima confianza de romperle, como lo habia ofrecido á los Estados rebeldes, y que la noche pasada habia alojado junto á la villa de Bergas Semano, muy cerca de allí, y pareciéndole á Alexandro no esperalle, se determinó irle á buscar y salirle al paso con determinacion de darle batalla ántes que fuese acometido. Con esta resolucion marchó con todo el ejército católico y fué á alojar aquella noche á Popringas donde comenzó á prevenirse y proveerse de lo necesario para ejecutar su intento, dando muchas órdenes á los Coroneles y Sargentos mayores; y despachó á los españoles (que como ya escribí, habian partido de Italia) se diesen priesa á caminar porque le llegó aviso estaban dentro de los Estados, y que sin detenerse hiciesen largas jornadas, porque los habia menester para aquella ocasion; y en tanto que llegaban envió al capitan Matías del Castillo con mil soldados la vuelta de la villa de Liera con esperanzas de un trato que tenia con el coronel Semple, caballero escocés, valiente y honrado soldado, Gobernador della, que con sus inteligencias habia muchos dias ofrecido entregar aquella plaza al Rey, nuestro señor, como lo hizo en esta ocasion, que trató de ir á caza un hermano suyo concertando con él volviese una hora de noche con los mil soldados católicos y

muchos carros y municiones. Hízose así, y al tiempo de entrar en la villa hubo algunas diferencias si habia de ser por la puerta principal ó la pequeña, porque era de noche, y habiendo instado se abriese la grande, se hubo de hacer y entraron de golpe en la villa y se apoderaron della, matando y prendiendo muchos que se pusieron á defenderla. Fué de gran importancia haber salido con esta empresa, que por estar esta villa tan cerca de la de Amberes, Malinas y Bruselas le sirvió de gran padrastro, porque las corria sus contornos y servian que no se diesen la mano las unas á las otras tan á su salvo como lo hacian ántes. Indignados deste suceso los de la villa de Amberes, salieron con mucha infantería y caballería y talaron y quemaron todos los bosques y campañas de Liera, habiendo recibido tanto descontento que los católicos la hubiesen ganado, que no lo podian sufrir, ni tuvieron fuerzas para vengarse en otra cosa que en gastarles y arruinarles sus tierras. Esta pérdida causó al duque de Alanson mucha quiebra en su reputacion, por haber sido casi á vista de sus ojos, á dos leguas de Amberes, donde se habia coronado y tenia toda su corte.

Algunos de los caballeros mal contentos y las damas que obedecian al Rey, nuestro señor, recibieron tanta alegría con la vuelta de los españoles á aquellos Estados, que en el poco tiempo que habian faltado echaron muy bien de ver el mal consejo que tuvieron en haberlos hecho salir, y que era la nacion más importante para la guerra y más bien disciplinada que ninguna, y como habian experimentado las demas que quedaron en los Estados, echaron de ver lo bien que les estaba; pero no todos tuvieron este conocimiento por no darles lugar el ódio y rencor que les tenian, tan sin causa, como se ha entendido. Atemorizado el duque de Alanson deste socorro español que le llegaba á Alexandro, escribió á Francia á todos sus amigos le fuesen á ayudar y enviasen gente si querian se conservase en Flandes, porque no podia (sin nuevas fuerzas) resistir los españoles; y en tanto, no dejó con sus inteligencias de hacer la guerra, procurando ganar algunos lugares, y en uno se le quedó un Capitan con tres mil ducados que le dió porque se lo entregase, y despues de

recibido le dejó burlado, que para francés fué cosa nueva haberle engañado, porque esta nacion, particularmente en inteligencias no trata de otra cosa, y entre ellos es muy usado decir que no es buen francés ni le tienen por tal el que no sabe engañar al otro, y quien se preciaba tanto desto como Alanson, parece que lo sintió más que todos el haberle burlado; y por no cesar en sus acostumbrados engaños, derramó una voz en la villa de Brujas que el Parlamento de París le enviaba á llamar y querian volviese á Francia, y esto á fin de escaparse (si con reputacion podia) ántes que llegasen los españoles. Tambien prendió á Lamoral, hijo del conde de Agamont, por sospechas que tuvo de que le queria matar, sin otro fundamento, porque segun afirmó jamás le habia pasado por el pensamiento ni tuvo ocasion para ello, y por la misma hizo descoyuntar á tormentos á un italiano, sin que contra él se hallara ninguna culpa.

El coronel Juan Norris, inglés, y el coronel Estuardo, escocés, que servian á los Estados rebeldes en la provincia de Frisa, enviaron en este medio á decir al duque de Alanson, que si no les pagaba lo que se les debia se irian con sus regimientos á servir al Rey católico debajo de la mano de Alexandro; y los de la guarnicion de la villa de Bruselas, viéndose con poca satisfaccion, pidieron sus pagas y se hicieron fuertes en el Palacio real, con intento de no desampararlo hasta que les pagasen; y tomando las armas para esto, fué necesario (para quietarlos) darles á los unos y á los otros una gran suma de dinero.

Ya en este tiempo, por la parte de la villa de Dunquerque, le iban llegando al duque de Alanson á la deshilada grueso número de franceses. Alexandro, que deseaba verse con él, levantó su ejército de Popringas donde todavía habia estado alojado, y caminó la vuelta de Bergas Semano, donde pensó hallarle, y á la mitad del camino le llegó aviso que la retaguardia se habia vuelto á Popringas con intento de saquearle porque era lugar muy rico. Sintió mucho Alexandro esta nueva, y pareciéndole no era tiempo de hacer ninguna demostracion de castigo, disimuló y comenzó á caminar más despacio para ir recogiendo toda su gente; pero le faltó mucha por haberse ocupado en el

saco, y hasta la noche no llegó ninguno, salvo los autores deste desórden, que se huyeron. A la mañana dió órden á todos los Capitanes que avisasen los soldados que les faltaban, y habiéndole hecho relacion que eran muy pocos, marchó á toda priesa, y llegó aquel mismo dia á media legua de Bergas y á vista del ejército del duque de Alanson, donde aunque se representaron la batalla, no se la podian dar por estar un rio en medio; pero se comenzaron á trabar muchas y reñidas escaramuzas que duraron algunos dias, llevando siempre los franceses lo peor, y en otras facciones que se ofrecieron, pasando el rio los católicos por puentes, hicieron lo mismo, degollando á muchos franceses y prendieron algunos.

En este tiempo le llegó aviso á Alexandro como los dos tercios de españoles, que eran de número de cuatro mil infantes, habian entrado en los Estados, y que estarian con su persona dentro de tres dias. Del uno era Maestre de campo Pedro de Paz, y el otro, que habia sido de D. Fernando de Toledo, se dió al coronel Cristóbal de Mondragon. Recibió tanto contento con esta nueva, que no quiso dilatar el irlos á recibir y darles priesa, y dando órden de lo que se habia de hacer en el ejército, se partió llevando consigo al marqués de Rubes y á otros caballeros de los mal contentos, y se encontró con ellos en un lugar que se dice Balla, á los 18 de Agosto deste año, y le recibieron con grandes salvas de arcabucería y mosquetería, mostrando todos un general regocijo; y cuanto fué el dolor y sentimiento de haberle dejado cuando se partieron á Italia, tanto mayor era el placer de haberle vuelto á servir á tiempo que echase de ver el deseo y voluntad con que le tornaban á continuar. Acabadas las salvas abrazó á todos los Capitanes, Oficiales y soldados particulares, y llamó al marqués de Rubes para que le conociesen, que no poco atemorizado habia estado, pareciéndole era llegado el fin de sus dias. Alexandro conoció su turbacion, y le dijo no tuviese ningun cuidado de su persona, porque todos cuantos españoles allí habian llegado eran para servirle, y ordenó luégo á los Capitanes y Maestres de campo le abrazasen y se le ofreciesen, conociéndole por muy

amigo y aficionado al servicio del Rey, nuestro señor. El marqués mostró mucho agradecimiento y les dió la bien venida, y lo mismo hicieron los demas caballeros de los mal contentos. Acabado esto, quiso Alexandro honrarle y mostrar su grandeza pagándole en parte la amistad que le debia, y dijo en alta voz á todos los españoles, que de allí adelante tuviesen y reconociesen por General de toda la caballería del ejército católico al marqués de Rubes; y él, muy agradecido por la particular merced y honra que le hacia, se arrojó á sus piés para besalle la mano. Alexandro no se lo consintió, y quedando todos alegres y reconocidos del mucho agasajo y favores que les habia hecho y mandó hacer á los españoles, se despidieron y fueron á sus alojamientos; y el dia siguiente dió Alexandro órden al Maestre de campo, Pedro de Paz, que caminase de vanguardia con su tercio de infantería española, lo más presto que pudiese, que le esperaria junto á la villa de Bergas Semano, con intento de dar al duque de Alanson un alcance; pero habiéndolo entendido no quiso esperar, y se retiró una mañana, ántes del dia, por entre los dos rios y se pasó con todo su ejército la vuelta de la villa de Neoporte, dejando á la de Dunquerque á la mano siniestra; Alexandro le fué picando en su retaguardia, y dió órden á Monsieur de Balanzon que con su compañía de caballos lo fuese ejecutando, y lo hizo tan valerosamente, que degolló muchos franceses; pero fué á costa de su persona, que por haberla empeñado tanto, sin poder ser socorrido, fué preso de los soldados del duque de Alanson; y Alexandro retiró el suyo (viendo que no podia desbaratar al contrario) á Popringas, donde alojó y entretuvo á costa de los vecinos, que con haberle saqueado le hallaron tan abastecido y lleno de ganado como si jamás hubiera habido gente de guerra, tanto, que no valia una vaca más de medio real, y un buey uno, y habia tantos á vender á este precio, que no se podia andar por las calles, ni habia quien los comprase. Todas las casas y plazas estaban llenas de vino y vituallas, que era una cosa notable y pocas veces vista en la guerra; y con estar en este lugar alojado todo el ejército católico, Alexandro y su corte comieron á costa de los vecinos,

sin que en muchos dias se conociese necesidad ni faltase cuanto habian menester.

No les parecerá cosa nueva á los que han estado en Flandes en tiempo de guerras, donde los ejércitos destruyen y gastan las tierras, ver en algunos lugares enteros como lo estaba Popringas, donde se habia recogido el ganado de sus contornos, tanta abundancia dél y de otros bastimentos. La grandeza de aquellos países es de manera que suple las necesidades de los ejércitos, y con haber alojado en estos tiempos tantos, los ha sustentado, como se ha visto, si bien algunas veces las necesidades y trabajos que pasan los han deshecho y destruido. La guerra trae consigo todos estos contrarios; tal vez llenos de riquezas y bastimentos los soldados, y tal con hambres y pobrezas y desdichas, como en el discurso destos escritos se verá.

Estando Alexandro en este alojamiento de Popringas llegó el coronel Semple con toda su gente, y le dió aviso del buen suceso de la villa de Liera y como quedaba á la obediencia del Rey católico; agradecióselo mucho y recibió y regaló tan bien como lo merecia el servicio que habia hecho. Mandóle dar mil ducados en dineros y una muy grande y gruesa cadena de oro, y otra á su hermano, y los envió á España con cartas de recomendacion para que el Rey, nuestro señor, les hiciese merced, y se la hizo de mil ducados de pension á cada uno, y los mandó recibir por Gentiles-hombres de su Casa; y su gente, que serian hasta ochocientos soldados, quedaron á servir en el ejército católico; y Alexandro los agasajó y entretuvo como á los demas, á sueldo del Rey, su tio.

La gente que habia quedado con el teniente coronel Juan Bautista de Tassis en el país de Tuvente, lo habia pasado muy mal en todo rigor del invierno, y no pudiéndose sustentar, le dió órden el coronel Francisco Verdugo que se fuese á alojar á la vuelta de la villa de Locchum, y que hiciese un fuerte al rededor de una casa de un caballero que estaba cerca della para desde allí inquietalla y correrle las campañas, necesitándola de suerte que no pudiese coger los panes que habia sembrado; y yendo Tassis á ponerlo en ejecucion, se vió con el baron de Anholt, que

iba desde Flandes á su casa, con la merced que Alexandro le habia hecho de Coronel del regimiento del conde de Renemburg, y comunicando con él lo que iba á hacer, supieron que la villa de Locchum estaba desproveida y necesitada, y se acercaron más á ella y la sitiaron, pareciéndoles se rendiria á fuerza de necesidad, si bien tenian ya noticia que los rebeldes la habian de socorrer. El Baron fué á la villa de Groeninghen, y dió parte á Francisco Verdugo de lo que él y Tassis habian hecho, y aunque sintió mucho que sin su órden la hubiesen sitiado, consideró le corria su reputacion si dejaba de socorrerla, y se holgara poder disculpar en alguna manera á Juan Bautista de Tassis del yerro que habia hecho; pero tal vez puede hacer un soldado gran servicio y que se lo agradezcan, y tal que lo castigue por haberlo emprendido sin órden; y cuando las facciones y otros servicios se hacen con ella, aunque sucedan adversos no se da castigo, porque como el hábito del soldado esta fundado en obediencia, no tienen más obligacion de observar lo que le mandan; pero el que sin órden de su superior acomete dificultades es digno de castigo, aunque salga con aquello que emprende; y si bien es verdad que Juan Bautista de Tassis era un muy valeroso y prudente Capitan, excedió del órden que llevaba y perdió la obediencia, cosa que se debe mirar mucho, particularmente los que por órden de sus Generales y mayores van á ejecutar semejantes empresas, pues deben considerar que á quien les toca mirar los inconvenientes es á los superiores, como se entiende que, cuando Francisco Verdugo le dió el órden que habia de ejecutar, lo tenia bien considerado y le debieron de mover muchas cosas, y sabia las que le importaban para no sitiar la villa de Locchum, como adelante se verá, ni empeñarse tanto; y pues Juan Bautista de Tassis y el baron de Anholt supieron ántes de sitiarla que habia de ser socorrida del enemigo, tanta mayor fué su culpa, y no se pudo Tassis reservar de ninguna; pues no sólo no obedeció el primer órden que tuvo, pero sin él sitió á Locchum, y siéndole forzoso á Francisco Verdugo irle á socorrer ántes que los rebeldes le fueran á echar del sitio, recogió alguna caballería é infantería y se partió con mucha

brevedad, y llegó en dos dias; y reconociendo lo que habia sitiado, halló que la parte más importante la dejaron abierta y desocupada, y acudiendo á remediarlo vieron los escuadrones de los rebeldes que, bien puestos y en órden, iban á socorrer á Locchum por el camino que va á la villa de Zutfent.

Francisco Verdugo se halló algo confuso y le fué forzoso tomar por plaza de armas una montaña pequeña que está frontera de la villa, y arrimado á ella hay un camino por donde temió la habian de socorrer; y acercándose á él los rebeldes para ocuparlo, procuró defenderlo Francisco Verdugo, y con gran número de infantería y caballería de una parte y otra, se trabó una fogosa y reñida escaramuza, peleando de ambas partes valerosamente y haciendo notable daño con algunas piezas de campaña con que se batian los unos y los otros escuadrones; y conociendo los rebeldes que con todo el grueso de su gente (por ser el sitio estrecho) no podian entrar el socorro á la villa de Locchum y haber visto que en aquel punto le habia llegado á Francisco Verdugo toda la infantería que esperaba, se resolvieron á que sola su caballería, con sacos de trigo á la grupa que para este efecto habia hecho, cerrasen en tropel, y en una arremetida los arrojasen en el arcen del foso de la villa. Francisco Verdugo, como tan valeroso y prudente Capitan, echó de ver lo habian de intentar así, y lo procuró evitar con poner en el camino hondo, que es el que está arrimado á la montaña, parte de su caballería para que, cerrando de traves, con la de los rebeldes la rompiesen y desbaratasen; los cuales tuvieron buen acuerdo en hacerlo advertidamente, y con demostracion de querer escaramuzar fueron cebando la caballería católica, y siendo la suya en mayor número, la dividieron para hacer la una y otra faccion, y fué así que miéntras se escaramuzaba hicieron el efecto como lo habian ordenado. Francisco Verdugo estaba en esta sazon dando órdenes en otra parte, y cuando fué á su caballería para que cerrase con la de los rebeldes, lo hicieron tan tarde que no pudieron estorbar el socorro; todavía duraba la escaramuza y se peleaba de ambas partes con mucho valor; pero Francisco Verdugo no se atrevió (por ser su caba-

llería inferior á la contraria y no poderse mover del sitio que tenia sin desbaratar sus mismos escuadrones) á cerrar con los de los rebeldes; y porque estaban muy bien puestos y á la frente dellos una trinchea natural, muy fuerte, donde tenian toda su artillería, y con gran dificultad podian ser acometidos, y por el costado tenian toda su caballería muy en órden y bien puesta, y aunque con esta ventaja pudieron acometer á Francisco Verdugo, no se atrevieron, y contentándose con el poco socorro que habian entrado en Locchum se resolvieron á retirarse, aunque era algo tarde, y comenzando á hacerlo, quiso Francisco Verdugo cerrar con ellos y gozar de tan buena ocasion; y pudiera muy bien con gran ventaja y seguridad rompellos y desbaratallos por haber dejado sus puestos fuertes é irse retirando por partes que no lo eran. Comunicóle con las cabezas de su ejército, porque siempre á su esfuerzo y valor arrimaba en cualquiera ocasion el consejo de sus Capitanes, y no lo aprobaron, ni él vió en ellos que tenian mucha voluntad de pelear; si bien cuando no era lícito ni forzoso daban muestras de hacerlo, que tambien en el arte militar hay hipocresía y artificio como en las demas cosas. Y esto se ve en algunos soldados que en las ocasiones del pelear buscan modos para excusarse, de tal suerte y con tanto engaño, que se les echa poco de ver por la disimulacion con que lo hacen; pero no falta quien lo conozca y tenga por quien ellos son, porque ven que cuando no es necesario emprender algunas facciones donde no son menester las manos y hacen demostracion de tenerlas y de valientes con ademanes fingidos, á estos tales suelen decir que son hombres que entienden la guerra; y si es entenderla ser pusilánimes y de poco valor, hay muchos hipócritas, si así se puede decir á soldados desta calidad, que se conservan entre los buenos con tanto artificio como se ha visto, y lo peor es que gozan del buen nombre de valerosos como todos los demas, aventajándolos y estimándolos algunos Generales, como si lo merecieran, y por su camino vienen á ser Oficiales y áun Capitanes; pero tan conocidos algunos, que les seria mejor no serlo.

Despues de haberse retirado los rebeldes, mandó hacer

Francisco Verdugo un fortezuelo y que se atrincherasen en el puesto que tenia su gente, y al rededor de la villa otros más necesarios, con que la acabó de sitiar y los guarneció de toda su infantería, amunicionándolos lo mejor que pudo, y dió aviso á Alexandro del estado en que estaban las cosas en aquella provincia de Frisa, y que por haber hallado empeñado al teniente coronel Juan Bautista de Tassis, y al baron de Anholt, le pareció asistirlos y proseguir el sitio de Locchum, que suplicaba á S. A. le enviase órden de lo que habia de hacer y algun socorro de dineros y gente, porque los soldados comenzaban á pasar necesidad y á desamparar sus banderas; y aunque en este tiempo se hallaba el conde Cárlos de Mansfelt en la campaña con un buen número de gente, no se le envió ninguno ni tuvo respuesta de Alexandro, que no le dió poco que pensar á Francisco Verdugo. Pero bien se dejó entender lo hacia por haberse puesto sin su órden á emprender una faccion tan dificultosa, y que entendiese, que pues sin ella se habia empeñado, procurase salir con la empresa con el socorro que tenia. Y porque sabia Alexandro que Francisco Verdugo lo sabria muy bien hacer, no le dió mucho cuidado su asistencia; pero túvole muy grande Francisco Verdugo de verse tan apretado y poco asistido, y que por habérseles acabado á los sitiados de Locchum el poco trigo que les habia entrado de socorro, juntaban otro los rebeldes con más esfuerzo para socorrerla y con intento de pelear y romper las fuerzas católicas; y lo que movió á tomar esta resolucion al príncipe de Orange fué porque los lugares y villas convecinas á Locchum, particularmente la de Zutfent, le enviaron á decir que si no las socorria se rendirian y darian la obediencia al Rey católico; y así, envió al conde Holac, su sobrino, con un buen número de gente y la más particular que tenia en su ejército, y entre ellos los tres hermanos condes de Bergas y otros muchos Príncipes y Señores de los Estados rebeldes, y los dos condes Guillermo y Philipe de Nasao y otro hermano de Holac, con algunos Coroneles y entre ellos Jfelstein, Lalayne y Hesnoy, franceses, todos con gran confianza de romper y hacer levantar del sitio

á Francisco Verdugo; y comenzando á marchar con buen órden con todo el ejército rebelde y algunas piezas de artillería para batir los fuertes que habian hecho los católicos, le representaron la batalla, á los 27 de Agosto deste año, el cual los salió á recibir, trabando algunas escaramuzas, señalándose los unos y los otros valerosamente; y estando peleando, en lo mejor dellas, habló uno de los rebeldes al capitan Guzman y á Bartolomé Sanchez, que dijesen á Francisco Verdugo que se fortificase en la montaña, porque venian muy poderosos y con grandes pertrechos y esperanzas de romperle y desbaratarle; y aunque siempre se escaramuzaba, se acamparon los rebeldes con su ejército detras del rio Berck que pasa cerca de las murallas de la villa de Locchum, y ocuparon el camino real que vá á ella, que es en el mismo que el teniente coronel Tassis tenia hecho el fuerte en sitio arenisco y con fosos secos, con objeto de batirle y asaltarle para no tener embarazo y poder mejor socorrer la villa.

Con mucha brevedad lo pusieron en ejecucion, abrieron las trincheas y plantaron el artillería desde la misma montaña donde Francisco Verdugo tenia sus escuadrones, sin podérselo estorbar, ni tampoco los rebeldes le impedian que por sus trincheas no le socorriese, enviándole por momentos gente de refresco. A los principios pasaban las balas del artillería todo el fuerte y lo deshacian con mucho daño de la gente que estaba dentro; pero el capitan Camiga, que lo era del regimiento de Gaspar de Robles, baron de Velli, que como animoso soldado lo defendia, lo reparó de suerte que el artillería no hizo más efecto; y pareciéndoles á los rebeldes que la batería estaba abierta y con harto escarpe para poder dar el asalto, la enviaron á reconocer con algunos Capitanes franceses, é hiciéronlo tan bien y tan asentadamente, que habiendo visto el fuerte y los fosos llenos de gente, no se atrevieron á dar el asalto, y si lo hicieran perdieran mucha de la suya, porque como Francisco Verdugo habia tenido tanto cuidado de socorrerle, los hallaron bien puestos y tan fuertes que temieron asaltarlos. No por esto cesaban de ambas partes las escaramuzas, ántes con

más fuerza se iban refrescando; los sitiados, dentro de la villa, subidos sobre las torres las miraban y reconocian todo lo que pasaba en los fuertes que habian hecho los católicos; y del que defendia y guardaba el baron de Anholt, que está situado el rio arriba junto á un molino, habian salido la mayor parte de los soldados á ver las escaramuzas de los dos ejércitos, que como estaba la villa en medio, no podian desde él, y queriéndose aprovechar de aquella ocasion, salió della gran número de gente y á la desesperada cerraron con el fuerte, y no hallando resistencia, lo ganaron y degollaron la mayor parte de los que habia dentro, bien descuidados de tal suceso; y los rebeldes que le ganaron, hicieron seña á su ejército de como le habian ocupado, y el conde Holac marchó con todo él, dejando el rio en medio del católico y del suyo, y por el fuerte ganado, con muchos bastimentos y municiones, socorrió á Locchum y la dejó bien bastecida y amunicionada, sin que Francisco Verdugo se lo pudiese estorbar, y quedó tan corrido, que á vista de sus ojos por descuido de haber desamparado el fuerte sus soldados hiciese Holac esta faccion, que no lo pudo disimular, y propuso con gran valor restaurar lo que habia perdido, como adelante se verá.

El duque de Alanson, que con la mucha gente que le habia llegado de Francia se hallaba más fuerte y poderoso, salió con su ejército á campear, y se puso cerca de la villa de Dunquerque y de Bergas Semano, por ser sitio fuerte y cercarlo dos riberas. Ocupóle, pareciéndole que Alexandro le habia de obligar á pelear, y que no lo podia rehusar como lo hizo otras veces, dándole la misma ocasion, representándole la batalla; pero despues de haber tenido esta determinacion, se arrepintió y pasó el rio, porque habia tenido aviso se descubria la vanguardia de las banderas españolas, y por no verles la cara se retiró, buscando ocasiones (que no le faltaban cuando las habia menester) de irse á Gante (como lo hizo), con color de que le jurarian por conde de Flandes, dejando solo su ejército.

Y en este medio, sucedió un caso digno de escribirse á doce soldados españoles, mosqueteros, de los recien llegado de Italia;

que habiéndose desmandado de los demas del ejército, encontraron con una tropa de caballos franceses que llevaban cuatro carros cargados de algunas cosas que habian robado en las iglesias, los cuales dieron sobre los doce españoles y procuraron romperlos; pero ellos se ordenaron tan bien y con tanta brevedad, que tomando por frente un pantano plantaron las horquillas y comenzaron á resistirse animosamente, y dando á los franceses una buena carga, mataron algunos, y entre ellos el Capitan; y viendo los demas el daño que habian recibido y que no les podian acometer, se resolvieron á dejarlos, y tambien porque del campo español los iban ya á socorrer por haber tenido noticia deste caso. Perdieron los carros y libraron á dos frailes que llevaban presos. Con esta victoria y buena presa que hicieron estos doce españoles se retiraron á sus banderas.

La Reina madre se habia acercado á la villa de Cambray con designio de enviar socorro al duque de Alanson, su hijo, y poderle dar la mano con bastimentos y municiones, y que los Estados y caballeros mal contentos que obedecian al Rey, nuestro señor, le reconociesen por conde de Flandes, como lo hicieron los demas que le habian jurado; y aunque hizo en esto apretadas diligencias, no tuvieron ningun efecto, si bien habia gastado algun tiempo y puesto grandes veras para salir con ello.

Alexandro tenia su ejército descansado, y estaba tan contento con la vuelta de los españoles, que se determinó de ir á buscar al duque de Alanson y darle la batalla, y yéndolo á poner en ejecucion, tuvo aviso en el camino que habia llegado al ejército católico el castellano Antonio de Olivera con toda la caballería española, que la traia de Italia á su cargo, digno de otros mayores por su valor y gran prudencia; y en los que habia ocupado, dió siempre tan buena cuenta, como se vió por lo pasado. Estimábale Alexandro en mucho, así por ser hechura suya como por haberle ayudado á dar algunas victorias. Tuvo con su llegada sumo contento, y más por haber sido á tan buena coyuntura, y deseando ocuparle (por haberle mandado á llamar) como sus servicios merecian, holgara hallar plaza vaca que le estuviese bien, y no pudiendo por entónces acomo-

darle como deseaba, le hizo Teniente de la caballería española, y que Juan Bautista del Monte, que lo era de toda, lo fuese solo de la italiana, y que entrambos estuvieran á órden del marqués de Rubes, como Generalísimo de toda ella. Juan Bautista sintió mucho esta eleccion, y con grandísimo disgusto dijo á Alexandro que él era Teniente general de la caballería de los Estados de Flandes, y lo habia de ser de toda la que entrase en ellos, que S. A. no permitiese disminuirle el cargo ni hacerle aquel agravio, y que le confesaria por tal, pues le partia el oficio habiéndole tenido entero. Alexandro le respondió con algun enfado, que por qué queria mandar y gobernar á una nacion que tanto habia perseguido; que callase y no le replicase nada. Y sin oirle más palabra, puso las piernas al caballo y pasó á recoger á todo su ejército y á darle priesa que apresurase la marcha, con la mayor que pudiese, porque no se escapase el del duque de Alanson; y yendo á buscarle, ganó de camino á Geldre, castillo fuerte que está á dos leguas de la villa de Audenarda. Habia dentro trescientos valones de guarnicion, y puso otra de católicos. Luégo hizo marchar á mucha priesa el ejército español, sin hacer alto aquel dia y noche, y mandó que la vanguardia dél fuese picando y dando alcance á la retaguardia del duque de Alanson; y así lo fué haciendo con mucha gallardía, y de manera que los enemigos recibieron notable daño, y dos horas ántes que amaneciese hizo marchar á la sorda y que fuesen de vanguardia cuatro compañías de arcabuceros españoles á caballo y tres de infantería de la misma nacion del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz, cuyos Capitanes eran D. Sancho Martinez de Leiva, D. Cárlos de Meneses y Pablo de Ucedo. A todos dió órden Alexandro que cerrasen con la retaguardia del ejército del duque de Alanson, que ya habia comenzado á marchar la vuelta de Gante, y llegando ya casi de dia, cerraron con ella valerosamente, y fueron hiriendo y atropellando á los franceses hasta encerrarlos en los fosos de Gante.

Alexandro habia mandado que toda la caballería fuese dando calor á la infantería española y apretando á la gente de Alan-

son; pero en esta ocasion (que fué la mayor que se pudo perder) mandó Juan Bautista del Monte á Papada, Teniente de la compañía de caballos del marqués de Rubes, que estaba de vanguardia, que tuviese la brida ó rienda en la mano él y toda su compañía, y no cerrase ni se moviese; Papada obedeció bien contra su voluntad, por ver consistia la victoria en proseguir el alcance y no detenerse, pues fué causa que el ejército de Alanson se pudo retirar y abrigarse en las murallas de Gante, teniéndola por espaldas, que esto y el ser tan poca la infantería española estorbó que este dia no se rompiese y desbaratase el ejército francés; con todo, se le mató gran número de gente y se le ganaron ocho carros de su bagaje; y porque estaba el príncipe de Orange dentro no quiso Gante recogerlos ni darles más ayuda que dejarles atrinchear con todo su carruaje al abrigo de las murallas. Alexandro fué siguiendo la vanguardia, y poniendo en órden los escuadrones, que ya apriesa habian marchado, y se puso con ellos á la frente de Gante, á tiro de cañon; y visto que los de la villa no tiraban, se entendió debia de querer estar neutral, por cuya causa mandó Alexandro que les acometiesen á sus mismas trincheas, y se hizo por todas partes con tanta presteza, que si los de Gante no volvieran á tirar (como ántes habian hecho) los rompieran; con todo esto, se comenzó á pelear de nuevo, escaramuzando valerosamente de ambas partes; mas como los españoles remiten siempre á la espada y pica las escaramuzas, cerraron con los franceses con tanto denuedo que les ganaron las trincheas, y sin duda los degollaran á todos si los de Gante no acudieran con más de doce mil tiradores de mampuesto de encima de la muralla, con mucha artillería y mosquetería, y tan apresuradamente que hacian notable daño al ejército español, por cuya causa le mandó retirar Alexandro; y recogidos todos, se halló le habian muerto treinta soldados y otros tantos heridos, y entre ellos salió con un arcabuzazo en la cabeza Hernando de Aledo, que hoy es Capitan de infantería, soldado que era de D. Cárlos de Meneses, que se habia señalado con mucho valor; y lo mismo hizo Lorenzo Trillo de Ávalos, natural de Baza, soldado de D. San-

cho de Leiva, donde tambien en otras ocasiones habia peleado gallardamente. Tambien salió herido Ferrante Gonzaga, Capitan de caballos, que aquel dia peleó como honrado caballero, de un mosquetazo, que le llevó todo el carcañal del pié derecho, y al coronel Cristóbal de Mondragon le mataron el caballo. Los españoles pelearon con mucha osadía, y los que más se señalaron fueron los tres Capitanes de infantería desta nacion, ya nombrados; particularmente D. Sancho Martinez de Leiva, que con esfuerzo increible dió gran muestra del mucho que tenia su persona; habian cerrado de vanguardia y hecho su deber con más ventajas que otras sus compañías.

Matáronle al duque de Alanson cerca de dos mil hombres, y entre ellos mucha gente principal de los franceses, y tuvieron harta suerte los que escaparon por haberse abrigado á las murallas de Gante; y como el duque de Alanson no habia probado hasta entónces el valor de los españoles, le quedó tanto temor, que le obligó á salir una noche secretamente de Gante y se fué á la villa de Amberes, porque estando sobre la muralla con el príncipe de Orange mataron á un trompeta que estaba cerca dél de un mosquetazo.

Alexandro supo, despues de la victoria, el órden que Juan Bautista del Monte habia dado al teniente Papada, que fué causa que de aquella vez, como ya he referido, no quedase Alanson roto y deshecho, y aunque era digno de un muy grande y ejemplar castigo, tuvo consideracion, por algunos respetos, á disimular y contentarse sólo con llamarle, y delante de las personas más graves del ejército le dió una muy grande reprension, teniéndole de allí adelante en no buena opinion, y le hizo tales obras que por ellas conoció su culpa (si conocerla puede un florentin, como él lo era, enemigo de la corona de España); en fin, le obligaron á dejar el servicio del Rey, nuestro señor. Con esto dió Alexandro ejemplo á otros que seguian los pasos de Juan Bautista del Monte, el cual tuvo siempre obligaciones de servir como debia por las honras y mercedes que por intercesion de Alexandro habia alcanzado del Rey católico, su tio; pero le fué tan ingrato, como otros muchos, que de pobres

soldados favoreció y levantó á buenos y preeminentes cargos.

Alexandro mandó levantar el ejército español de sobre Gante, y aquella misma noche fué á alojar legua y media de allí á unos lugares abiertos, junto á la villa de Guabra, y el dia siguiente pasó á la de Audenarda, donde llamó á Consejo, y en él propuso las necesidades que el ejército tenia y lo mucho que importaba entretenerle donde reposase y tuviese alguna comodidad de sustento, y fué acordado se llevase á alojar á unos lugares grandes, junto á la villa de Mesin, como se hizo.

Llegaron en este tiempo á Flandes dos tercios de infantería italiana, por extremo buena y lucida gente, que se habia quedado levantando en Lombardía cuando los españoles partieron. Alexandro los salió á recibir con sumo contento, por ver habian lucido sus deseos acrecentándose las fuerzas católicas; hízolos alojar en la campiña, y que presidiasen con ellos á las villas de Verta, Yndoben, Mega, Breda, Tirlemont, Aríscote y al castillo de Bao, para tener por aquella parte seguro el ducado de Brabante, y quitar las entradas y correrías á los rebeldes, que no poco inquietaban y destruian á los lugares y villas comarcanas de los católidos.

Deseosa la Reina madre de socorrer á su hijo el duque de Alanson, habia hecho el mayor esfuerzo que pudo para juntarle un buen número de gente; desembarcó en Dunquerque, en este medio, con diez y nueve banderas de infantería francesa. Alexandro tuvo este aviso, y hasta ver en qué paraba su designio le pareció mejorarse con parte de su ejército la vuelta de Mesin, á una legua de la villa de Ypre, donde hizo alto, y de allí á poco tiempo le llegó nueva que la Reina madre (como supo la retirada de su hijo) se habia vuelto á embarcar, y que quemó y saqueó de camino á un lugar muy bueno, cerca de la villa de Dunquerque.

Viendo Francisco Verdugo el siniestro suceso y la mala cuenta que el baron de Anholt habia dado, no teniendo otra cosa que guardar sino aquel fuerte, le pareció no quedarse los rebeldes sin castigo, aunque se hallaban victoriosos y con tanto poder que no temian las fuerzas católicas; y considerando que

la villa de Locchum estaba socorrida y que le convenia pelear (con su valor acostumbrado), comenzó á recoger sus fuerzas y desguarneció todos los fuertes, y con la gente dellos y la que tenia hizo un cuerpo y fué á dar la batalla á los rebeldes. La intencion que tenian (segun dijeron los condes de Bergas, despues que se reducieron al servicio del Rey, nuestro señor) era irse á la villa de Borckeló, situada en el país de Munster, que era de donde á Francisco Verdugo le enviaban los bastimentos y proveian su campo; y habiéndola ocupado, necesitarle de suerte que le obligase á rendirse ó á retirarse feamente.

El teson de la escaramuza era tan grande de una y otra parte, que siempre (como atras dejo escrito) habia durado, y los rebeldes, gloriosos de la victoria, comenzaron con mucha gallardía y valor á cerrar el alojamiento de Francisco Verdugo, en el cual habia puesto para defenderle al capitan Camiga, que como valiente soldado peleó hasta que todo el cuerpo del escuadron rebelde iba cerrando con él. Francisco Verdugo, que lo estaba mirando desde la montaña, bajó con toda su gente y grande ferocidad, dejando primero en un fuertecillo que habia en ella al capitan Decheman con toda su compañía y algunas de su regimiento, y no pudiendo poner la frente del escuadron católico con la del rebelde por la estrechez del sitio, le dió el costado y se arrimó al alojamiento que defendia el capitan Camiga; y por tener poca caballería y ser superior la de los rebeldes no la quiso aventurar, y la arrimó á la infantería católica, esperando á pié quedo y como valeroso Capitan la contraria, que á suelta rienda y con intrépida furia iba cerrando. Francisco Verdugo la salió á recibir á media carrera, y chocando con ella con un ánimo increble, la rompió y desbarató con su persona y sesenta lanzas españolas de su compañía de caballos de los que allí se recogieron cuando salieron de los Estados. Los rebeldes cargaron, volviéndose á rehacer con calor de sus escuadrones y comenzaron á pelear gallardamente, trabándose de suerte los unos con los otros que no se conocia ventaja; y viendo Francisco Verdugo la muchedumbre de los rebeldes, y que si duraba el pelear ponia en contingencia la victoria que esperaba,

fué al escuadron de la infantería y sacó algunas hileras de alabardas, picas y espadones ó montantes, y dió órden á los demas estuviesen firmes, porque el escuadron de los rebeldes se habia comenzado á mover, y ordenó al capitan Decheman que con la gente que le habia dejado en la montaña cerrase de través por el un costado del escuadron contrario, y Francisco Verdugo hizo lo mismo por el otro, cogiendo en medio á los rebeldes, desbarrigándoles los caballos y matando á sus dueños caian en tierra, y embarazándose los unos con los otros comenzaron á desbaratarse y á perder el ánimo, y no pudiendo resistir la fuerza y daño que los católicos les hacian, se pusieron en huida á espaldas vueltas, y fueron á pasar por el camino real donde Francisco Verdugo tenia sus escuadrones; y como estuvieron tres dias y dos noches peleando, siempre con las armas en las manos, habian hecho los soldades para defenderse de la artillería de la villa muchos hoyos grandes y fosos, donde se cubrian, y pasando por ellos la caballería rebelde que iba huyendo daban grandes caidas, y muchos se perdieron. El cuerpo del ejército contrario, como vió rota y deshecha su caballería, hizo alto, salvo la tropa que tenia á cargo el conde Federico, con otros caballeros que con mucho brío le siguieron y cerraron con el escuadron católico, que estaba en el alojamiento que defendia el capitan Camiga; y en este medio, uno de los rebeldes, con extraña osadía y ferocidad no vista, se entró por las picas hasta las banderas y mató á un Alférez y le quitó la que tenia en las manos; y tuvo tan buena suerte, que se la llevó sin que se lo pudiesen estorbar, que fué la primera y postrera que en tiempo de Francisco Verdugo se perdió en la provincia de Frisa. Parece cosa increible que estando las banderas en el centro de un escuadron de picas pudiese un soldado hacer semejante efecto, pues aunque fueran muy pocas, no podia ménos de quedar ensartado en ellas, si no es que de conformidad le dejasen llegar á las banderas ó que estuviesen tan descuidados que no lo viesen, y esto no pudo ser, porque estaban peleando, y todos tan alerta que parece caso no imaginado, y pensar que los soldados católicos fuesen todos de tan poco ánimo que no le

resistiesen, no podia ser, pues un soldado bastara á hacerlo; y así, se debe atribuir á buena suerte, que es lo que se debe pensar, pues fué con tanta presteza, con aquella determinacion ofrecido á la muerte sin pensar habia de salir con la vida, y así la quiso aventurar para perderla ó salir con eterno nombre, digno de perpetua fama y merecedor de las muchas honras y mercedes que los Generales hacen á los que tan honradamente se aventuran por el servicio de su Príncipe.

Las picas católicas resistieron con mucho valor la tropa del conde Federico y la demas nobleza que las acometieron haciéndoles notable daño, sin que dejasen pelear los unos y los otros. Francisco Verdugo, que como tan vigilante Capitan acudia y socorria á todas partes dejó el alcance de la caballería contraria, y recogiendo en la montaña la gente que habia quedado y haciendo segunda vez oracion (como siempre que habia de pelear acostumbraba), descendió della á socorrer el escuadron, y con su llegada y asistencia se peleó, de suerte que los rebeldes fueron rotos y deshechos y se pusieron en huida la vuelta de la villa de Locchum, y siempre Francisco Verdugo y su gente siguiéndoles y dando alcance, y faltó muy poco no entrarse tras dellos, aunque hubo algunos soldados que lo hicieron; los de dentro, temiendo que á las vueltas podrian entrar mezclados y perder la villa, echaron de presto el rastrillo de la puerta y la cerraron. Francisco Verdugo con su caballería, siguió la mayor parte que por la mano siniestra iban huyendo, y hallando el puente del rio roto, fué necesario que se pasase el agua para seguir el alcance, y lo encomendó á su alférez Alonso Mendo, y que con toda la caballería católica los fuese ejecutando cuanto pudiese, y él se volvió á recoger la infantería que ya le iba siguiendo, y en llegando á él le dijeron que les diese licencia para arremeter con los fuertes y recuperar los de los franceses, que miéntras se peleaba los habian ocupado; y viendo Francisco Verdugo la voluntad y deseo que su gente tenia de pelear, se lo agradeció y pidió con todo encarecimento volviesen á hacer tercera vez oracion para que Dios les acabase de dar victoria contra los enemigos de su Iglesia; y poniéndolo

todos por obra con gran devocion, les hizo arremeter con los fuertes; cerraron con tanta osadía y valor, que los volvieron á ganar con mucha pérdida de los franceses, y los que escaparon, que fué la mayor parte, se entraron huyendo en Locchum. Los soldados católicos dieron luégo sobre el bagaje de los rebeldes y le saquearon, quedando todos muy ricos, porque como habia tantos señores y nobleza, lo estaban tambien. Ganaron tambien algunas piecezuelas de campaña, porque todo el artillería gruesa la habian retirado á Locchum. El conde Holac estaba dentro, y viendo que su ejército peleaba sin órden salió fuera, pero tan tarde, que lo halló roto y deshecho á tiempo que pensó habia de salir victorioso de los católicos. Y porque fué á recoger y ordenar lo que le habia quedado, rogó á los tres hermanos, condes de Bergas, que se quedasen dentro de Locchum, que les prometia, como quien era, de volverlos á socorrer (como así lo hizo) en rehaciendo su ejército. Ellos se lo ofrecieron y quedaron á defenderla con todas las compañías francesas y su Coronel y otros muchos señores y caballeros, con gran parte de la caballería é infantería rebelde que, huyendo, se habian recogido allí; y porque no cabia tanta gente dentro se quedó alguna y muchos caballos entre los dos fosos, y los soldados católicos, de noche, sacaron algunos; y Francisco Verdugo prosiguió el sitio de Locchum y la fué apretando, porque aunque la habian socorrido, era tanta la gente que habia dentro que no eran suficientes los bastimentos que tenian para sustentarse todos; y porque se hallaba con pocas fuerzas para resistir al ejército rebelde, si volvia otra vez á socorrer á Locchum, envió al capitan Alonso de Frias (natural de Burgos, y valiente soldado que despues murió en España Teniente de general del artillería de Málaga) á Alexandro con las banderas y estandartes que habia ganado en la batalla, y algunos dellos tenian las armas del duque de Alanson, y que hiciese instancia para que le enviase socorro de gente y dinero para proseguir el sitio de Locchum que tanto trabajo y sangre habia costado.

Los rebeldes que estaban de guarnicion en la villa de Bruselas salieron en esta sazon en campaña con tres piezas de ar-

tillería, y batieron un castillo donde habia guarnicion católica de treinta valones, que se llama Blasbeque, dos leguas de allí, y lo ganaron. Desto tuvo aviso Alexandro, y envió luégo un número de gente y lo volvieron á recuperar sin pérdida ninguna.

El capitan D. Luis de Toledo llegó de Italia, á los 18 de Octubre, con una compañía de cien caballos italianos que era del duque de Bobina y otros cien infantes de diferentes naciones. Recibióle muy bien Alexandro é hizo mucha merced, y se alegró de ver se le iban aumentando las fuerzas, porque deseaba emplearlas en cualquiera ocasion que se ofrecia del Rey, su tio, y habiendo entendido que Blasbeque y una exclusa y fuerte que está cerca de la villa de Duay, donde habia trescientos franceses hacian mucho daño á los vecinos y moradores de las villas de los católicos, los mandó ir á sitiar. Dió la empresa á dos regimientos de alemanes: plantóseles dos piezas de artillería, y comenzándoles á batir se rindieron y los dejaron salir sin armas, banderas ni bagaje.

Aunque el capitan Alonso de Frias fué bien recibido de Alexandro y aceptado las banderas y estandartes con mucho contento, hubo algunos de su Consejo de Guerra que no tuvieron á bien que Francisco Verdugo se hubiese tomado tanta mano en ponerse, sin licencia de Alexandro, sobre la villa de Locchum y las demas partes, y hecho las facciones que se han escrito, y dijeron que merecia le cortasen la cabeza. Lo que se pudo entender desto fué, que la envidia, enemiga de la virtud, habia labrado en los pechos de algunos émulos que tenia, y si bien á Alexandro no le parecian mal los progresos y buena diligencia de Francisco Verdugo, y que como hechura de su madre tenia obligacion de asistille y reparar sus yerros (cuando bien lo fueran), algunos de sus Consejeros le daban á entender estas cosas rodeándolas por caminos tan desusados, que le dilataban los socorros y hacian desesperar, tratándolo tan mal que era lástima verle padecer y contrastar con tantos enemigos de la Iglesia y con tan poca asistencia, como se ha visto; pero con su prudencia y valor los resistia y triunfaba dellos, á pesar de la

envidia y emulacion; y ya empeñado en el sitio de Locchum le fué forzoso valerse de la industria, ya que las fuerzas le faltaban, y la mayor necesidad que tenia era de pólvora; y pareciéndole que los rebeldes le habian de ir á acometer, no quiso dilatar el remedio, y se partió á la villa de Linghen á suplicar al Drosart della le diese algunas municiones y pólvora, y como Francisco Verdugo aún no tenia la patente de Gobernador de aquella provincia, sino de solo Capitan general, no se la quiso dar, teniéndose por más dueño de aquella plaza que el Rey, nuestro señor; y viendo lo que le importaba no irse sin pólvora y municiones y de otras cosas de que tenia necesidad, le dejó su mujer y dos hijas en prendas, con juramento de no sacarlas de Linghen sin que primero no le hubiese pagado ó vuelto las municiones y pólvora que le pedia. Gran prueba de fidelidad mostró Francisco Verdugo en esta ocasion, con que le obigó al Drosart hacer lo que le pedia. No pudo un soldado hacer más por su Rey que empeñar su misma carne y sangre por no faltar á su servicio, demás del peligro que corria en poner á riesgo la reputacion de su mujer é hijas, cosa digna de escribirse y de eternizalla para que el tiempo ni el olvido la consuma.

Despues de haber Alexandro entretenido el ejército español algunos dias en los casares de Mesin, le pareció ir á levantar un fuerte junto á la villa de Meni que estaba por los rebeldes, para refrenarla de las correrías y daños que hacia en los países de Lila y Tornay, y necesitarla de suerte que, faltándole los bastimentos, se viniese á rendir. Marchó con todo el ejército y lo puso en ejecucion; y habiendo reconocido el sitio donde se habia de fabricar el fuerte, que era á tiro de mosquete de la villa, le comenzaron á diseñar los ingenieros Plata y Propercio, y aunque para semejantes cosas no los habia menester por la gran experiencia que tenia, y lo sabia platicar y hacer mejor que no ellos, todavía era amigo de oirles su parecer, y estando resueltos y satisfechos del sitio, se comenzó á levantar y á trabajar con mucha presteza, permitiendo Alexandro en este tiempo que todo el ejército católico se valiese y aprovechase de la campaña, por no tener dineros para entretenerle ni sustentarle;

y así comenzaron los soldados á batir el trigo y centeno que estaba cerrado en las granjas y haciendas, y lo vendian á poco precio á los villanos de los contornos. Sentia Alexandro esto, pero las necesidades que la guerra trae consigo suelen permitir otros mayores desórdenes sin poder excusarlos, y no perder las ocasiones del tiempo y la autoridad de su Príncipe.

Habia Alexandro mandado al coronel D. Juan Manrique, por el mes de Abril deste año, que levantase un regimiento de tres mil alemanes, los cuales llegaron en esta sazon al ejército. Eran muy buenos soldados, y se alegraron con ellos, y lo primero que se les encomendó fué que trabajasen en el fuerte, y por buen principio lo hicieron tan bien, que en veinticinco dias estaba en defensa. Luégo lo mandó Alexandro amunicionar y bastecer muy bien, y le entraron doce piezas de artillería, cuatro compañías de valones y una de caballos, y porque cuando el duque de Alanson habia venido la última vez de Francia á los Estados ganó de camino á Jateo Cambressi, le pareció á Alexandro volverla á recuperar ántes que entrase el invierno; y porque su guarnicion hacia mucho daño á los países de Artoes, y le habian ofrecido pólvora y balas para esta empresa y todo lo necesario, se lo concedió Alexandro, y marchó con todo el ejército que en aquella sazon (aunque necesitado) pasaba de veinte mil hombres. En cuatro dias llegó y se puso el sitio. Habia dentro dos banderas de franceses con hasta trescientos soldados y una compañía de caballos, y en comenzándolos á apretar se rindieron ántes de ver el artillería. Es lugar algo flaco. Salieron los rendidos sin armas, banderas ni bagaje, con solas sus espadas, y yendo á reconocer el lugar, mataron de un mosquetazo de posta que le dió por la cabeza, al capitan Pablo de Uceda, del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz; y porque Alexandro tuvo nueva que el duque de Alanson queria ir á socorrer esta plaza, se estuvo algunos dias, hecho alto en este sitio esperándole, y como nadie sino su persona sabia este designio, dió mucho que pensar en todo el ejército se estuviese quedo sin hacer nada en parte incómoda y necesitada; y como gustaba mucho de ver hacer discursos á los soldados, de noche,

embozado, iba por los cuarteles y barracas á oir lo que decian, por parecerse en esto á los grandes Capitanes, que suelen aprovecharse en las ocasiones de los pareceres de sus soldados, por ser cierto que en la guerra son los mejores; y así, los iba á buscar siempre que se ofrecia por los cuarteles y cuerpos de guardia, y acostumbraba en algunas ocasiones, ántes de ponerlas en ejecucion, preguntar en las trincheas y en otros lugares públicos á los soldados lo que les parecia, y se holgaba de platicar y discurrir con ellos lo que se le ofrecia; todo á fin de aprender dellos lo que muchos consejeros ignoraban. Esto deben hacer los Generales y superiores que desean acertar, particularmente los Consejeros de Guerra, que para mejor dar sus pareceres han de saber primero los de los soldados, que con la experiencia que tienen de ejecutar lo que ellos aconsejan y ordenan, saben mejor que otros el modo de hacerlo, particularmente cuando (como dicen) se está al pié de la obra, porque como son tantos y de varios entendimientos, siempre dicen cosas extraordinarias y nunca vistas, de donde se puede aprender y sacar más fruto y con ménos pasion que de los consejeros, porque como algunos por sus ódios y puntos particulares la tienen, lo que uno aconseja otro contradice, y variando en sus pareceres se puede acertar en el servicio de su Príncipe.

Cuando Alexandro tuvo aviso cierto que el duque de Alanson se estaba todavía en Gante, levantó su ejército y se acampó con él en un casar grade que se llama Asden, que está entre las villas de Bruselas y Terramunda, donde se estuvo algunos dias de propósito, y los soldados se acuartelaron en barracas por falta de alojamiento, y desde allí dió órden Alexandro que arruinasen y destruyesen las campañas de Bruselas y Terramunda, que estaban por los rebeldes, y se aprovechasen dellas, á fin de que como no tenia dineros para entretener el ejército, no queria darlo á entender, si bien habia corrido la voz estaba allí (como era tan inteligente) con algunas esperanzas de ganar por trato á Bruselas, Terramunda ó Gante; pero su principal intento fué entretener sus soldados porque los alemanes no se le desvergonzasen, que ya habia dias comenzaban á dar me-

moriales y á pedir dineros, y con la codicia de batir el trigo y venderlo y de otras cosas que se aprovechaban de la campaña, se les habia olvidado dar fastidio á Alexandro.

Francisco Verdugo estaba tan apretado y empeñado en el sitio de Locchum, que le era fuerza sacar las que tenia de su flaqueza, no de ánimo, porque era invencible, sino de necesidad de gente y dineros. No le tenia Alexandro olvidado, pero deseaba ocasion para poderlo hacer con más comodidad y no desabrigar su ejército hasta ver el designio del de Alanson; y viéndose estaba arrinconado, dió órden al conde Cárlos de Mansfelt y á Monsieur de Hautepena, hermano del conde de Barlamont, y al conde de Hoechstrate, fuesen á socorrer á Francisco Verdugo con un muy buen número de infantería y caballería, para que se juntasen con él, y poniendo toda la diligencia posible, pasaron el Rin por tierras del duque de Cleves y llegaron á Frisa, donde se incorporaron con Francisco Verdugo, el cual recogió luégo toda la pólvora y municiones que tenia, y se previno y resolvió de pelear con todo el poder de los Estados rebeldes que le volvian á buscar, como tuvo aviso; porque las villas de Güeldres y Overisel sentian mucho que se perdiese la de Locchum sin socorrerla, y tenian determinado rendirse al Rey, nuestro señor, si el príncipe de Orange no las socorria; el cual, viendo el daño que desto podria resultar, determinó hacer un gran esfuerzo, y juntó toda la mayor parte del ejército y nobleza del duque de Alanson, que serian seis mil infantes y ochocientos caballos, y todas las reliquias que habian quedado rotas del ejército de los Estados rebeldes; instaban mucho para que se hiciese este socorro, el conde Bergas por sus tres hijos que tenia en Locchum, y el conde Holac por habérselo prometido y ser todos sobrinos del príncipe de Orange, el cual procuró recoger toda la gente que pudo para este socorro; y yendo tambien á él el coronel Juan Norris y otros muchos señores y nobles de los Estados rebeldes, dentro de dos dias se aumentó con dos mil gascones, soldados viejos, que por la mar habian llegado, á cargo del señor de Burey con otros muchos caballeros de la misma nacion, y mil quinientos raytres. Todo este ejército se

encargó al conde Holac, y con gran confianza de enmendar lo pasado y triunfar de Francisco Verdugo, marchó con él y se puso á la frente del católico. El conde Cárlos de Mansfelt se habia alojado por la misma parte por donde iban marchando los escuadrones rebeldes, sin órden de Francisco Verdugo, el cual, viendo que eran en tan gran número y la arrogancia y gallardía con que iban marchando, le dió bien que pensar, y con mucha presteza guarneció los fuertes de mucha y buena infantería para poder resistir el ímpetu de los enemigos, que á toda priesa iban cerrando, y dió órden al baron de Anholt que enviase alguna persona de confianza á su fuerte, no sucediese lo que la vez pasada. El era tan honrado caballero que le pareció que para soldar la quiebra que habia tenido le convenia ir en persona á defenderle, y sin obedecer á Francisco Verdugo lo puso en ejecucion, y como era hombre de gran estatura y sus soldados no habian hecho las trincheas para ir al frente tan altas que le pudieran cubrir, el conde Herman de Bergas y sus hermanos le conocieron desde la villa, y segun dijeron despues, le hicieron tirar por una pendencia que con él habian tenido, que no estaba acabada de averiguar. Diéronle un arcabuzazo por los riñones, de que murió. Fué gran lástima la que hizo á todo el ejército católico, porque era un muy virtuoso caballero, fiel y aficionado al servicio del Rey, nuestro señor, y si viviera le hiciera muchas y particulares como lo prometió siempre el celo y amor con que servia.

Francisco Verdugo que vió cerrar todo el ejército rebelde con el alojamiento del conde Cárlos, caminó á él con mucha brevedad y le persuadió se juntase con su gente, porque haciendo de toda un cuerpo podrian resistir mejor á los enemigos, porque juntos eran fuerzas, y divididas, ningunas. El conde Cárlos no lo quiso hacer ni hubo remedio para persuadirle, y aunque Francisco Verdugo le habia enviado alguna gente de su regimiento, no eran fuerzas bastantes para resistir el orgullo y multitud de los rebeldes; y considerando que perdido el Conde lo era tambien el ejército, y que Francisco Verdugo estaba en parte que no se podia juntar con él, por no desampa-

rar los fuertes y cuarteles y quedar todos cortados y desamparado el camino por donde le habian de ir las vituallas, volvió á hacerle instancia para que se juntasen y peleasen juntos; vínolo á conceder, pero fué á tiempo que la vanguardia enemiga iba cargando sobre su retaguardia; y como en este tiempo los cercados pasaban tanta necesidad, que caballos de ocho dias enterrados los sacaban y comian, estaban tan desesperados, que no sabiendo les habia de ir socorro, querian hacer una temeraria salida por una puerta nueva que habian hecho á la parte del rio, por haber por allí poca guardia, y salvarse el que pudiese, aventurándose cada uno en su fortuna. Estaba dentro de la villa un Coronel escocés que se decia Smit, y en el regimiento de Francisco Verdugo habia un Capitan de la misma nacion, que se llamaba Hamelton, y hablando los dos, el uno desde la muralla de la villa y el otro desde las trincheas, le dijo como su ejército iba á socorrerlos y que estaria allí dentro de dos dias; que no saliesen, sino que peleasen; y así, no hicieron la salida y se estuvieron en Locchum esperando su socorro, que no fué de poco inconveniente, pues llegó al mismo tiempo que habia avisado este Hamelton. El capitan Camiga los habia estado oyendo, y aunque no entendió bien lo que hablaban por ser en lengua escocesa, que es la antigua frisona, todavía coligió lo que fué, como despues lo dijeron los condes de Bergas; y sabiéndolo Francisco Verdugo, no pudiéndole probar Francisco Verdugo este delito y por algunos respetos, no le dió otro castigo que buscar ocasion de echarlo de su regimiento, como lo hizo.

Siempre estaban peleando por todas partes los rebeldes que socorrian á Locchum con los católicos de Francisco Verdugo, el cual hizo con mucha presteza guarnecer (en este medio) un cercado grande que estaba en el alojamiento que habia ocupado el conde Cárlos, que era junto al fuerte que se decia de Camiga, el rio en medio. En aquel puesto puso al teniente coronel Tassis, con más de dos mil y quinientos hombres, y con ellos mantuvo todo aquel dia la escaramuza, tan gallardamente como se podia desear, contra el ejército de los rebeldes, y miéntras se

peleaba hicieron los condes de Bergas y los coroneles Halayn y Smit, que estaban dentro de la villa de Locchum, plantar el artillería gruesa que el conde Holac les habia dejado, sobre la muralla, y batieron el fuerte del baron de Anholt, que es el que se recuperó el dia de la batalla pasada, y por él con facilidad se podia socorrer á Locchum, ayudándose del molino para el paso del rio, y á la defensa dél habia puesto Francisco Verdugo algunos soldados valones del regimiento del coronel Mondragon, que vinieron con el conde Cárlos, y á otros de los suyos, toda gente escogida, y él se puso con un escuadron de infantería un poco apartado del fuerte para darle socorro si los rebeldes cercados salian á asaltarle, y era en parte que veia las facciones y escaramuzas que hacia Tassis; y porque se iban acabando las municiones, mandó hacer á todas las mujeres de su regimiento balas para tirar de los platos de estaño que habia y de las pesas de los vivanderos; y habia advertido á los del fuerte de como se ponia allí, no sólo para socorrerlos, pero para hacerlos mil pedazos si dejaban el fuerte sin órden despues de batidos. Con esto cobraron notable brio y coraje, y saliendo de la villa las compañías francesas á darles el asalto, se movió Francisco Verdugo al socorro, y los del fuerte los resistieron y pelearon valerosísimamente, y tanto, que con la misma furia que arremetieron los rebeldes fueron resistidos y recibieron notable daño, pues demás de haber perdido muchos soldados le mataron seis Capitanes, y entre ellos cinco ruines españoles fugitivos que habia dias servian á los rebeldes; y miéntras Francisco Verdugo asistia en esta faccion, andaba el conde Cárlos dando órdenes en el ejército católico, que no cesaba de pelear, ni en aquel dia se hizo otra cosa; y á la noche se retiraron Francisco Verdugo, Monsieur de Hautepena y los condes Cárlos y Hoechstrate al fuerte de Camiga para desde allí dar asistencia al teniente coronel Juan Bautista de Tassis por si acaso le acometian en el cercado que defendia el ejército rebelde. Entre él y el fuerte habia una casa con un jardin, en el cual puso Francisco Verdugo al capitan Decheman y á otros de su regimiento; y enviando á reconocer la casa al Sargento

mayor y á otros Oficiales del ejército católico, encontraron al señor de Burey con algunos soldados suyos, gascones, que habia ofrecido (como caballero mozo) ser el primero que entrase en la villa; y aunque dieron con él, se les escapó, salvo algunos de los que llevaba, que fueron presos y examinados por el conde Cárlos, y dijeron las muchas fuerzas que tenian los rebeldes y la gran cantidad de gente, y ofrecieron sus vidas cuando no fuese verdad lo que decian; y considerando la poca católica que habia, y esa repartida en los puestos y fuertes, y que no estando junta no se podia hacer ninguna buena faccion, determinaron de ponerlo por obra y dar la batalla á las rebeldes pues no se les podia estorbar la entrada en la villa, así por haber crecido el rio y detenido el agua los de la villa de Zutfent en sus molinos, como porque el señor de Burey habia entrado aquella noche por la puerta nueva que habian hecho, y sacó de la villa á los condes de Bergas, habiendo cumplido lo que prometió animosamente. Consideróse tambien no habia dineros en el ejército católico, ni el conde Cárlos los habia traido para comprar bastimentos y municiones, ántes vino necesitado él y su gente, que de las pocas vituallas que tenia Francisco Verdugo fué necesario repartille y socorrelle quedándose sin real ni remedio para valerse, porque siempre fué mal proveido y peor asistido. Con esta resolucion se dió órden que ántes del dia se formasen los escuadrones en la plaza de armas y asegurar los alojamientos y tener más anchurosos sitios para pelear. Antes que amaneciese estaban todos puestos en órden, y la poca pólvora y municiones que habian quedado las hizo Francisco Verdugo repartir entre todos los soldados, y los apercibió para pelear, que no poco deseosos estaban de hacerlo. Luégo dió órden á todas las trompetas, pífanos y cajas que llamasen á batalla al ejército rebelde, y aunque estos bélicos instrumentos se tocaron con grandísimo estruendo por muy gran espacio, convidándoles á pelear, no respondieron ni hicieron más movimiento que arrimarse con todo su ejército á la villa, entre la cual y el católico habia poca plaza para poder formar los rebeldes sus escuadrones, que eran muy grandes y poderosos de gente; y pare-

ciéndole á Francisco Verdugo era esta la causa de no querer pelear ni desabrigar la villa, le dijo al conde Cárlos que le parecia se les diese lugar, desocupándoles la campaña, para que viniesen á pelear; y pareciéndole buen acuerdo, hizo Francisco Verdugo á los escuadrones católicos, en el mismo órden que se estaban, vueltas las caras á la villa y á los enemigos, que se retirasen á otra montaña más adelante, camino de la villa de Grol, dándoles lugar para ponerse en batalla; y esperándoles hasta medio dia, y visto que no se movian, se acordó de retirarse, dando órden que los heridos, enfermos, mujeres y demas gente inútil caminase delante con alguna gente de guardia, y que se retirasen todos los pertrechos y demas cosas necesarias que habia en el alojamiento; y lo que no se pudo llevar lo hizo pegar fuego Francisco Verdugo, y repartió los puestos á cada uno de la manera que habian de ir marchando.

El conde Cárlos de Mansfelt marchó de vanguardia con su regimiento y artillería que se habia ganado en la batalla pasada; luégo le seguian dos Coronelías de alemanes, y en medio de sus banderas hizo poner Francisco Verdugo las de su regimiento, y lo repartió en dos trozos; con ellas y con toda la caballería marchó en la retaguardia. El ejército rebelde estuvo á la mira, y viendo marchar al católico con tan buen órden, le dejó ir sin osar acometerle ni atreverse á hacer ninguna faccion, salvo algunos caballos, á la deshilada y sobresalientes, iban picando en la retaguardia. Francisco Verdugo no hacia caso dellos por no embarazarse en su viaje, y porque tenia larga la retirada; pero una vez se arrimaron tanto al pasar de un camino estrecho, que detras de unos valladares hizo quedar algunos soldados españoles de su compañía de caballo, dándoles órden que bajasen las lanzas, y que en volviendo él la cara era señal de que cerrasen con los rebeldes. Hízose así en llegando á la emboscada; mataron á muchos y á otros cogieron en prision, y entre ellos á un caballero mancebo, aleman, que aunque no quiso decir por entónces su nombre, se echó de ver era persona de calidad. Francisco Verdugo lo compró á los soldados que le habian prendido en doscientos ducados, y pidiéndoselo el conde Cárlos,

se lo presentó, y estando despues en la villa de Grol, le confesó que era hermano de la mujer del conde Hanz Alberto, su tio, y que era conde de Glelik, de casa principal y rica. Acabado este reencuentro de la emboscada, se volvieron los rebeldes sin osar más seguir ni apretar la retaguardia del ejército católico, el cual llegó con este buen órden, sin que ningun soldado se desmandase, á un rio pequeño, donde se hizo romper la puente porque no se embarazasen al pasar, y así lo vadearon cada uno como pudo, desguazando por las partes más bajas y limpias que hallaron; y siendo forzoso llegar á la villa de Grol, consideró Francisco Verdugo el inconveniente que podria haber, por estar amotinada en ella la compañía del baron de Anholt, y tanto, que á su mismo Coronel y Capitan, con ir herido de muerte, como se ha escrito, no los quisieron dejar entrar; y pidiéndoles escolta para pasar á Bredevord, que era villa suya, tampoco se la quisieron dar con ser dos leguas de allí, donde murió aquel mismo dia, que no poca lástima hizo á todos. Parece género de crueldad en soldados católicos la que usaron con su mismo Capitan, sin poder entender más causa que el rigor que con él mostraron; si le tuvieran amor no le perdieran el respeto; y si algunos Capitanes y Oficiales considerasen cuánto les importa ayudar y favorecer á sus soldados, honrándoles de obras y palabras, anteponiéndolos con sus Generales para que los conozcan y aventajen en las ocasiones que se ofrecen en la guerra, no sólo no se amotinarian con ellos, mas en los peligros y necesidades se las ayudarian á pasar y á librarlos de la muerte; pero hay algunos de tal calidad, que en llegando á alcanzar el nombre de Capitan y tener una compañía no se acuerdan más que si no la tuviesen, contentándose sólo con la autoridad y vanidad que algunos profesan; y si considerasen que sin sus soldados no la podian conservar, vivirian con más cuidado, cumpliendo con las obligaciones del oficio y cargo que tienen; y aunque no es muy fuera de propósito, para lo que apunté atras, alargarme en esto, diré sólo que no se ha de contentar el buen Capitan con serlo, ni de haber alcanzado tan famoso nombre, sino que ha de ser padre de sus soldados y ayu-

darles en sus necesidades, valerles en sus peligros, y sobre todo curarles en sus enfermedades y traerlos sobre sus ojos, pues son los que le han de dar la honra ó quitársela; y no como algunos de tan poca caridad, que cayendo enfermos sus soldados se los dejan por los caminos y cuarteles á beneficio de los villanos, que los matan y persiguen, pudiendo llevarlos en un carro ó bagaje, ó en su propio caballo y irse á pié, como yo lo he visto hacer á algunos Oficiales, así por cumplir con su obligacion como por caridad; pero á los que no la tienen, ¿qué mucho que sus soldados les pierdan el respeto, y aunque se vean á peligro de muerte no ayudarles ni favorecerles, como lo hicieron los soldados de Grol con su Capitan y Coronel, como se ha visto? Habia entre ellos dos ó tres que hablaban español, que lo aprendieron siendo alabarderos del Rey, nuestro señor, en España, y eran los principales autores del motin. Teníales Francisco Verdugo ganadas las voluntades con buenas obras y dineros, y todas las veces que por allí pasaba le daban la entrada y salida libre, y aunque habia enviado los furrieles á hacer el alojamiento al villaje de Iburhg, su intento era que alojase el ejército católico en Marsfelt, junto á la villa de Grol, para tenerla más segura y efectuar lo que se dirá á su tiempo.

Francisco Verdugo se adelantó con los condes Cárlos, Hoechstrate y Monsieur de Hautepena y los demas caballeros que le seguian, y con asistencia y ayuda de los soldados españoles los hizo alojar dentro de la villa de Grol, y él se volvió á hacer el alojamiento á Marsfelt, dando órden que viniesen allí los furrieles y que guiasen el ejército para alojar en él.

Como los rebeldes vieron que se habia retirado Francisco Verdugo y dejado libre á la villa de Locchum, la amunicionaron y bastecieron muy á su voluntad, y guiaron su ejército á Vildemburgh, castillo del conde Isteron; y sabiendo Francisco Verdugo cuán mal proveidos iban y á la ligera, por haberlo todo dejado en Locchum, envió algunas tropas de caballería á tocarles arma, obligándoles á que fuesen recogidos porque no se desmandasen á buscar de comer, y lo hicieron tan valerosamente que les mataron mucha gente, y era notable lástima

ver á los gascones, que por no ser acostumbrados á beber cerveza se hartaban de agua, y como la de Frisa es tan mala, les dió una enfermedad que se quedaban por los caminos cortados en tropas sin poder andar y otros muertos, y los que se escaparon los alojó su Coronel, que se llamaba Nedereltem, junto á Emmerik, adonde fué tanta la mortandad que hubo dellos, que no escapó la tercia parte.

Y considerando los Estados rebeldes el gran daño que les habia hecho Keppel y Bronckorst, ordenaron al ejército que las fuese á ganar, y yéndolo á poner en ejecucion, fueron tan grandes las aguas y temporales recios, que si los de la una y otra plaza tuvieran fidelidad no se la ganaran, porque les faltaba artillería y lo más necesario para emprenderlo en tan mala coyuntura, y así se rindieron bien feamente.

Las necesidades que el ejército de Francisco Verdugo habia pasado y los trabajos y cansancios de la guerra que tenia, no lo pudieron sufrir algunos soldados libres y licenciosos, que siempre entre los buenos se hallan desta calidad, muchos sediciosos y mal intencionados, y por usar de su libertad tomaron en este medio las armas y comenzaron á pedir sus pagas con tanta desvergüenza que le dió bien que pensar á Francisco Verdugo, y más de que los Burgomaestres de la villa de Grol le fueron á avisar que la guarnicion que estaba en ella de soldados católicos tenian inteligencias con los rebeldes, y que si se partian sin mudarlos era forzoso perderse la villa. Dió parte desto al conde Cárlos, y acordaron que aquella noche la mayor parte del regimiento de Francisco Verdugo, sin banderas, y un buen número de caballería, con color de enviarlos sobre los rebeldes, entrasen en la villa para que por ella tuviesen paso, por ser el camino más breve que por de fuera, que seria gran rodeo; y como el crédito que Francisco Verdugo habia cobrado con los soldados que hablaban español era tan grande, le entregaron las llaves, y puso su gente en la plaza en escuadron, bien puesta y advertida; y venido el dia le dijeron los soldados que cómo no hacia marchar su gente, pues habiendo de pasar adelante hacian alto. Francisco Verdugo los envió al conde Cárlos

que les diese la respuesta, y sin dársela volvió con ellos á la posada de Francisco Verdugo (que por estar indispuesto no habia salido della), y le suplicó al Conde los desengañase; el cual les dijo que la gente que estaba en escuadron era para quedar de guarnicion en la villa, y ellos la habian de desamparar por lo mal que se habian gobernado. Algunos le pidieron los admitiese en su regimiento, pues era el mismo donde habian pasado muestra, y el que llamaban de Güeldres, que fué el que Francisco Verdugo habia enviado á Brabante cuando entró en el gobierno de Frisa, juntamente con la caballería del coronel Martin Esquenque; y los hombres de armas, por ser soldados mal disciplinados, y este mismo regimiento se dió al conde Cárlos, que era el propio con que vino al socorro de Locchum, en el cual aceptó alguno dellos, otros se echaron por las murallas, y á los más culpados hizo que los ahorcasen.

En la villa quedaron de guarnicion dos compañías, la coronela de Francisco Verdugo, y la del capitan Tisilinghe, el cual quedó por Gobernador desta plaza de Grol. Y por si pareciere que siendo Francisco Verdugo un tan grande soldado no guardó la palabra á los dos alemanes que hablaban español, habiendo recibido dellos, como él lo confesaba, tan buenas obras, se ha de entender que á gente amotinada y que toma las armas contra su Príncipe por el interes del dinero, siendo un tan gran crímen y conocida traicion, no sólo no se les debia guardar, pero eran dignos de gravísimos castigos, y el conde Cárlos anduvo muy misericordioso con ellos; y en semejantes delitos no lo habian de ser los Generales, porque demás de ser estos soldados inobedientes y mal disciplinados, habian hecho muchos desórdenes y deservicios al Rey, nuestro señor, particularmente estando sus banderas en campaña y peleando, se estuvieron encerrados en Grol sin querer ir á las ocasiones; y se ha visto en muchos soldados alterados no perderlas, y que buscaban disculpas para soldar sus hierros, porque ya que faltaban á su obligacion y lealtad, no lo hacian cuando era menester servirse dellos y peleaban en defensa de su Príncipe valerosamente; y por estar tan vivas en la memoria de muchos soldados las vic-

torias que algunos alterados habian alcanzado, no las escribo; y para quedar de todo punto disculpado Francisco Verdugo del cargo que le pudieron hacer por no haber guardado la palabra que ofreció á soldados desta manera y calidad, no le faltó sino mandarlos ahorcar á todos; con esto quedara el Rey, nuestro señor, muy servido, y con gran ejemplo los demas soldados del ejército católico; pues en vez de reprimir sus desórdenes iban creciendo, juntamente con la inobediencia, y no ménos la necesidad que en este medio pasaban, con que Francisco Verdugo se halló tan atajado y confuso que no podia desechar el temor de que le habian de perder el respeto; y no teniendo otro remedio, se resolvió de quedarse con no más de la gente que el país donde se hallaba podia sustentar, que fué el regimiento de Gaspar de Robles, baron de Velli, y todo el resto del ejército envió con el conde Cárlos al ducado de Brabante con color de que fuese con más seguridad.

Monsieur de Hautepena se habia partido ántes desta resolucion con su compañía de lanzas, algo disgustado por no haberle dado Alexandro el gobierno de la villa de Breda que pretendia, y haberlo proveido en otro sin avisarle; y ya partido el conde Cárlos y todos los demas que con él habian ido al socorro de Locchum, alojó Francisco Verdugo el regimiento del baron de Velli en los mejores lugares de su gobierno, regalando mucho á sus Capitanes y soldados, así por ser Coronel, como porque ellos lo merecian, si bien no se le agradeció mucho el tener esta correspondencia. Su persona se fué al castillo de Siquen, dondé habia dejado su mujer é hijas empeñadas por la pólvora que habia sacado dél, y tan notado del vulgo por haber hecho tantas sumisiones al conde Cárlos y á los demas señores que fueron con él al socorro de Locchum, cuanto se dejó considerar á los que sin pasion lo juzgaban, que si sólo Francisco Verdugo (pues era absoluto Capitan general en Frisa) se gobernara por su parecer, ni los rebeldes socorrieran á Locchum, ni su ejército dejara de alcanzar victoria dellos; y aunque pensaba pasar por esto y dejarlo en silencio, me pareció despues no era justo que cubriese el olvido el deservicio que al Rey,

nuestro señor, se hizo en este socorro; y así es bien que se entienda la tibieza envuelta con mucha malicia que tuvieron los condes Cárlos y de Hoechstrate y Monsieur de Hautepena, que por ser señores tan poderosos en los Estados de Flandes y naturales dellos, se hubieron flojamente en aquella ocasion por no dar la gloria á quien tantas tenia de las muchas victorias que habia alcanzado con tanta prudencia y valor como Francisco Verdugo, el cual los disculpó siempre en cuanto se les ofreció, guardando para sí sólo el dolor que le quedó por haber contemporizado con ellos, teniéndoles, sin para qué, los respetos forzosos que por su bondad y virtud suelen tener semejantes personas que Francisco Verdugo, á señores tales; pero hízolo por obligarles, no creyendo su malicia; y no por esto se reservó en los murmuradores para decir que, por ser Francisco Verdugo español y ellos flamencos, anduvieron de la manera que se ha visto.

La guarnicion de franceses que dejó en la villa de Locchum el conde Holac por los Estados rebeldes derribaron de muchos lugares las armas que habia en ellos del emperador Cárlos V, y las del Rey católico, el Prudente, su hijo. Y el duque de Alanson mandó en este tiempo, por un edicto, que todos los flamencos que habian ido de sus tierras y dejádolas por estar en otras sirviendo al Rey, nuestro señor, volviesen dentro de seis semanas á prestarle el juramento de fidelidad, so graves penas; y porque tuvo aviso que la guarnicion de escoceses que estaba en la villa de Malinas la querian entregar á Alexandro, hizo justicia de cinco Capitanes que fueron culpados. Tambien tuvo inteligencias en la villa de Lovayna, y queriendo una noche entrar en ella, se lo defendieron valerosamente la guarnicion católica que habia dentro.

Alexandro se estaba en este medio con todo el ejército español en el lugar de Asden y sus contornos, y pareciéndole estaba ya descansado y que se habia rehecho de sus necesidades, y que no era bien tenerlo ocioso, marchó con todo él y fué á poner sitio á la villa de Ninoven, situada en el condado de Flandes. Es plaza fuerte, y la que habia ganado Monsieur de la

Nua ántes que el marqués de Rubes le prendiera. Habia dentro quinientos soldados franceses de guarnicion, repartidos en nueve banderas. En este sitio pasó todo el ejército español la mayor necesidad que hasta aquel tiempo se vió en Flandes, porque demás de ser en el rigor del invierno y haber llovido prolijamente, tenian las muchas aguas muy lodosos y empantanados los caminos. Los bastimentos habian de ir al campo de muy léjos, y los vivanderos no se atrevian á bastecelle porque los rios estaban muy crecidos, y porque todas las villas y contornos de Ninoven estaban por los rebeldes y los corrian y necesitaban. Del ejército católico se deshizo la mayor parte, muertos de hambre y de frio, y algunos que se desmandaban á ir á buscar de comer, no volvian, porque les cogia la muerte en el camino ó los enemigos se la daban; y hoy dia se tienen en Flandes por memorial y se platica mucho entre los soldados viejos la hambre de Ninoven, al cual se le comenzaron á abrir las trincheas con tan inmenso trabajo, que no daba el agua lugar á poderlo hacer ni asistir en ellas, y desde el palacio de Alexandro á ellas se habian hecho escoladores para poder pasar, y con todo eso no se podia ni por los caminos era posible ir en carro ni á caballo, á pié ni de otra suerte. Viéronse muchos hombres principales caerse muertos de hambre de su estado, sin otro mal ni accidente, sin tener remedio ni podérselo dar humanamente, y fué una cosa notable que un ejército tan poderoso y señor de la campaña se consumiese en tan breve tiempo de solo hambre, trabajo y necesidad, y llegó á tanto extremo, que en casa de Alexandro, ni en su estado, se comia bocado de pan; y si alguno se alcanzaba, era de buca, negro, pajoso y sin sazon; y hubo Capitan que dió una cadena de oro, que valia doscientos ducados, por treinta destos panes para sustentar un dia su compañía, y por dos ó tres que llaman despecias, que suelen valer ménos de un real, que los usan en Flandes los flamencos para desayunarse y son amasados con miel, ajengibre, clavos y canela, dió el capitan D. Sancho Martinez de Leiva diez ducados para comer él y sus camaradas. Los soldados de las naciones habian desamparado sus ban-

deras. Sola la española asistió en este sitio, llevando el peso de todo el trabajo, y si algunos soldados españoles se desmandaban, iban á caza dellos los valones y los mataban por quitarles lo que tenian.

Vino aviso al cuartel del Maestre de campo, Pedro de Paz, que los soldados valones habian muerto á unos vivanderos á quienes hacian escolta cinco españoles, y por defenderlos tambien los habian muerto. No pudiendo sufrir estos desórdenes y crueldades que los valones hacian á los españoles, se concertaron siete soldados, tres de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva y cuatro de la de D. Carlos de Meneses, que aunque sé sus nombres no los digo porque algunos dellos viven y ocupan cargos muy preeminentes, y fueron en busca de los valones para vengar la muerte de sus amigos. Llegaron á un molino, casi al anochecer, donde habia cincuenta valones. Los siete españoles les rogaron les dejasen entrar y recoger allí aquella noche porque llovia mucho y no podian estar en campaña. No lo quisieron hacer, ántes les dijeron que si no se iban los echarian por fuerza. Vista su inhumanidad les rogaron les diesen un poco de harina de habas que habian molido; tampoco lo hicieron. Retiráronse los españoles y concertaron de vengar aquella descortesía. Aguardaron que fuese media noche, y cuando los valones estaban más descuidados, algunos vencidos del sueño, otros enjugando los vestidos de la mucha agua que sobre ellos habia llovido, los arcabuces arrimados, como lo acostumbran, en un aposento del molinero donde algunos dellos se habian entrado á dormir; el molino tenia dos puertas que salian al campo, la una frontera de la otra, y en la principal habia una posta. Los cuatro españoles cerraron con ella y mataron el valon que la guardaba, y los otros tres por la otra, y todos á un tiempo y con tanto valor, que aunque los valones acudieron por ambas puertas para defenderse, no les fué posible salir del molino, ni estorbar que se quemase, porque los españoles, ántes que lo asaltasen, le habian puesto fuego por cuatro partes; y aunque por la una estaba cubierto de pizarra, por la otra lo estaba de paja, que en breve tiempo, ayudado el

fuego del aire, comenzó á arder tan apresuradamente que los valones, sin poderse aprovechar de sus armas, se abrasaron vivos, y los que acertaban ya á escaparse del fuego á poder salir por las puertas, hallábanlas ocupadas de los españoles y morian á sus manos, porque con increible osadía no dejaron salir á ninguno sin pagar lo que habian merecido. Fué causa este suceso para enfrenar el brío y desórdenes que los valones tenian, no perdonando amigos ni enemigos. Tal era la hambre y necesidad de los unos y los otros, pues con ser de un mismo ejército y servir todos al Rey, nuestro señor, se buscaban para matarse.

Sucedió otro caso digno de considerar; que yendo una tarde D. Gonzalo Giron, Sargento mayor del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz, á pedir la órden á Alexandro, se apeó de su caballo á la puerta de Palacio, y subió sin tardarse más que recibir la órden y el nombre, y cuando bajó halló que los soldados españoles que estaban de guardia á la puerta de Alexandro le habian muerto y descuartizado el caballo y repartídolo entre todos para comérselo. Cuando el Sargento mayor bajó, no vió más que la silla y el freno, y por cortesía y á muchos ruegos le dieron parte de su caballo para cenar aquella noche él y sus camaradas. Alexandro rió mucho esto, y mandó dar de su caballeriza otro caballo al Sargento mayor. No quiero detenerme en contar las necesidades que en este sitio pasó el ejército español, por no parecer prolijo; solo diré que una camarada de cuatro soldados particulares y honrados, de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva, que jamás desampararon su bandera, se sustentaron nueve dias con escaramujos y otras hierbas, y vinieron á ponerse tan flacos estíticos que estuvieron á la muerte, y aunque la hambre se la daba á muchos, fueron más los que morian á manos de los valones amigos que de enfermedades ni hambres, que todas fueron extraordinarias, pues les hacian á muchos dejar sus banderas y cuarteles; y en vez de hallar un pedazo de pan, daban en los brazos de diferentes muertes; unos se ahogaban en los rios, otros quedaban empantanados y sumidos en el lodo, y si escapaban destos, los perseguia el villanaje, que no era ménos muerte que las demas.

Con todas estas miserias, hambres y trabajos dió órden Alexandro que se prosiguiese el sitio y se desembocase con las trincheas al foso y se batiese un rebellin, lo cual se hizo, y fué á reconocerle para darle el asalto un soldado muy particular de D. Sancho Martinez de Leiva, que se llamaba Juan Sanchez de la Rosa, natural de la villa de Ocaña; hízolo valerosamente, y dando aviso que se arremetiese, se dió el asalto y lo ganaron con poca pérdida, no habiendo hecho los franceses mucha resistencia, los cuales se rindieron á merced de Alexandro; salieron sin armas, banderas ni bagajes y con varas blancas de misericordia en las manos, y los Capitanes con solas las espadas. La empresa deste sitio la tuvo el tercio de españoles del Maestre de campo Pedro de Paz, y aunque hubo pareceres que se levantara dél Alexandro ántes que se acabara de consumir todo el ejército, no lo quiso hacer por no perder la opinion que habia cobrado ni poder desempeñar la reputaciou de tan buenos soldados como allí tenia, si no era ganando esta plaza. Demás desto estaban á la mira los Estados rebeldes del suceso de Ninoven, y si se levantara sin ganarlo era darles nuevo brío para que se le opusiesen; y el dejarlo de hacer, como otras muchas plazas que con brevedad habia ganado, no fué la fortaleza della sino el rigor del tiempo, si bien es verdad que en los sucesos de la guerra no hay certeza todavía. Debe mirar un Capitan general cuando emprende una cosa si puede salir con ella, como se cree lo hizo Alexandro, y que lo miró y resolvió con acuerdo de todo su Consejo; pero quién era bastante á ir contra el rigor del inclemente cielo, pues en mucho tiempo no dejó de llover, tanto, que las aguas inundaron toda la tierra como se ha visto, y con la buena suerte de Alexandro alcanzó victoria de sus enemigos, contrastando con el tiempo y fortuna, sin dejar un punto las armas de las manos.

Dió órden Alexandro, despues de haber ganado la villa de Ninoven, al coronel Francisco Mondragon que, con su tercio de españoles y seis piezas de artillería y algunos valones y alemanes, fuese sobre el castillo de Linquerque y lo ganase y batiese. Mondragon lo fué á poner en ejecucion, y habia comen-

zado á hacer tan rigurosos frios, que por haberse helado el foso al castillo se rindieron luégo los rebeldes que habia en él, y salieron sin armas ni bagajes, serian doscientos soldados; y ya secos los caminos por lo mucho que habia helado (que de otra suerte no pudiera), levantó Alexandro el ejército del sitio de Ninoven, que de los trabajos que en él habia pasado quedó falido y menoscabado, y se puso con él entre las villas de Audenarda y Gante con esperanzas de ganarla por trato, que por las inteligencias creyó saldria con él; y habiéndose descubierto, se retiró á invernar y rehacer su ejército la vuelta de las villas de Lila y Tornay, donde se entretuvo la nacion española, y los demas entraron en lugares que estaban á devocion del Rey, nuestro señor.

Todavía se estaba el coronel Francisco Verdugo en el castillo de Linghen con su mujer é hijas, sin hacer más que entretenerse y esperar que Alexandro le enviase dineros para satisfacer su gente; pero como toda corria una misma necesidad, no pudo darle más ayuda que la que cada uno podia adquirir con buenas trazas y diligencias.

Vínole en este medio aviso á Francisco Verdugo, por carta del Burgomaestre de la villa de Cobordan, que la de Estembique estaba mal reparada y no bien proveida, y que con facilidad se le podia dar una escalada y entrar en ella; y pareciéndole que para salir con esta empresa era necesario (segun la relacion que le habia hecho el Drosart) reconocer el foso, se valió de una mujer, y la industrió para que, pasando ella cerca de la muralla por la parte de afuera, fingiese que el viento le habia arrebatado el sombrero de la cabeza y se lo habia entrado en el foso, y que descalzándose entrase por él y reconociese el fondo que tenia, con disimulacion, para poder acometer la villa por aquella parte; y lo hizo como mujer determinada, que estándolo para emprender una cosa no hay valor de hombre que se les iguale. Ella hizo buena y verdadera relacion á Francisco Verdugo, y le dijo habia entrado y reconocido el foso, y que no le llegaba el agua por aquella parte á la rodilla. Con esta buena nueva sacó Francisco Verdugo toda la gente que le ha-

bia quedado de sus guarniciones donde estaba entretenida y descansada, pero no muy bien asistida, y dió la empresa al teniente coronel Juan Bautista de Tassis, y que fuese con ella y ejecutase el órden que le habia dado para salir con ella; y aunque la gente fué con algun trabajo, rompiendo hielos y desguazando fosos y muchas aguas por la inclemencia del tiempo, mostraban contento por haber dias estaba descansada y deseaban los soldados hallarse en alguna faccion. La noche fué á propósito, muy serena y oscura, que era lo que se podia desear para el buen suceso que se pretendia, y por la misma parte que la mujer habia reconocido el foso hizo Juan Bautista de Tassis arrimar las escalas y dió el asalto, y entró dentro en la villa y la ganó sin ninguna defensa.

Y para que se entienda la verdadera obligacion que los católicos tienen de venerar á las imágines de Dios y de sus santos, me ha parecido escribir lo que este dia y otros ántes sucedió en esta villa de Estembique, y fué que la de Hasselt, que está enmedio della y la de Svuol, con ser pobladas de herejes, se mantenia por la religion cristiana y sus vecinos vivian católicamente, aunque con secreto, y tenian los templos adornados y con la decencia posible, sin que jamás los desta villa hubiesen querido recibir guarnicion de ninguna parte ni firmar la perversa union de Utreque, y así se conservaba en paz. Envidiosos desto los herejes y Estados rebeldes, hicieron un escuadron de gente de los presidios de aquellos contornos y de Estembique. Salieron los dos Capitanes que habia de guarnicion con sus compañías, y estando ya juntos fueron una noche, lo más secreto que pudieron, y se entraron en los burgos de la villa, y al amanecer, cuando salian della á reconocer la campaña, cerraron los rebeldes con los católicos, y sin poderlos resistir se entraron (á las vueltas) en la villa, y la ganaron y saquearon, matando cuantos pudieron, haciendo muchas insolencias y maldades, violando los templos, forzando las mujeres y religiosas, rompiendo las imágines y arrastrando los santos, hollando y destruyendo las cosas sagradas, quemando las reliquias, y los que más se cebaban en estas maldades jamás vistas eran los dos Capitanes que con sus

compañías fueron de Estembique; y cuando se volvieron á su guarnicion se llevaron muchas imágines, cruces y casullas y todos los ornamentos y cosas sagradas que pudieron; y á los lados de un crucifijo grande habia un San Juan y una imágen de Nuestra Señora, y tambien se las llevaron, y las iban arrastrando por los caminos con la mayor ignominia y crueldad que se ha visto, y en llegando á Estembique hicieron una procesion fingida, á modo de escarnio, al rededor de la muralla, y en las almenas della las ahorçaron, y para más escarnecerlas las pusieron armas como á soldados, fingiendo que estaban de posta ó centinela, diciéndoles á las imágines que guardasen la villa miéntras ellos iban á hacer la buena jera, que en lengua española quiere decir borrachera, del gozo de la victoria que habian tenido de la villa de Hasselt; pero Dios, aunque dilató el castigo, le guardó para esta ocasion, pues permitió que por la misma parte y portillo de la muralla en que habian dejado los santos de centinela, miéntras ellos estaban en sus banquetes celebrando el contento de las maldades que habian cometido, entrase el teniente coronel Juan Bautista de Tassis y les ganase la villa, como se ha escrito, donde degolló más de trescientos herejes soldados, y á los burgueses los castigó en las personas y haciendas y le pagaron mucho dinero, que repartió entre su gente, y dejó la villa bien guarnecida y castigada, sin que perdiese en esta empresa el Rey, nuestro señor, ningun soldado ni le costase otra cosa más de cuarenta tallares que Francisco Verdugo hizo dar á la mujer que reconoció el foso.

Al ejército español que, como ya he escrito, estaba invernando entre las villas de Lila y Tornay, le dió en este medio una pestífera enfermedad de cámaras irremediables, de los trabajos y necesidades que habia pasado en el sitio de Ninoven, y Alexandro estaba tan pobre que no tenia un real ni de donde sacarlo para sustentar sus soldados, ni medio con que poderlos curar ni entretener. Por este respeto no pudo estorbar el paso á los franceses que en esta sazon entraban de Francia á socorrer al duque de Alanson, que por la parte de la villa de Dun-

querque pasaron cinco mil infantes, y los tres mil eran esguízaros y ochocientos caballos, cuyos Capitanes eran Monsieur de la Val y Andalot, hijo del Almirante Colini, los cuales llegaron al país de Vas, y decian los enviaba el Rey de Francia, su hermano, para que hiciesen la guerra contra el Rey católico, porque habia concertado con él, entre otras cosas, que despues de sus dias de Alanson, si no tuviese hijos, quedasen unidos los Estados de Flandes con la corona de Francia; y en algunos banquetes que hizo en Amberes el duque de Alanson á los Diputados se lo propuso, y los de Flandes y Brabante se lo concedieron; y como vió que no venian en ello las demas provincias de aquellos países, no pudiéndolo hacer por fuerza, les sacó las guarniciones viejas y en su lugar puso franceses, particularmente en las villas de Terramunda y Dunquerque.

Un Embajador del turco llegó en este medio á Flandes y propuso en la villa de Amberes que se diese licencia para que en ella pudiesen residir ocho mercaderes de su nacion, y que desde Marsella llevarian sus mercadurías, yendo por la villa de Burdeos, en Francia. No faltó quien dijo que lo hacian los turcos para espiar lo que pasaba en Flandes, porque este mismo año habia pedido el rey de Francia al turco, con grande instancia, enviase sus armadas contra el Rey, nuestro señor.

La fiesta de Navidad celebró en Amberes el duque de Alanson con gran solemnidad y católicamente, y acudieron á la misa y Oficios divinos tanto vulgo, que se echó de ver cuán tiranizado le tenian los rebeldes, pues no se halló con ellos ningun hombre particular.

En la villa de Yndoven, situada en Brabante, habia de guarnicion cuatrocientos soldados italianos, y el capitan Bonibeto, francés, con ochocientos de su nacion, fué sobre ellos, y hallándolos descuidados, dió de súbito sobre ellos y les ganó la villa sin hallar quien pelease ni hiciese resistencia. Mandó Alexandro al conde Cárlos de Mansfelt, que se hallaba en Brabante con la gente que habia traido de Frisa, que la fuese á recuperar; y por no llevar artillería ni municiones le hizo cuatro fuertes, y

con ellos estuvieron sitiados los franceses hasta que por necesidad se rindieron. Salieron con sus armas, banderas y bagaje, porque se entendió que el duque de Alanson los iba á socorrer, y no tener el ejército español en este medio fuerzas ni salud para oponérsele.

LIBRO SÉTIMO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1583.

SUMARIO.

Déjase llevar Alanson de las esperanzas del de Orange.—Fingida muestra que Alanson da á su ejército.—Alanson se apodera de Amberes engañosamente.—Amberes recuperada.—Valor de un pastelero y de un criado del archiduque Matías.—Temeridad de un francés.—Engaño de Alanson.—Diligencias de la reina de Inglaterra y del rey de Francia.—Diligencias de Alexandro.—Gana por inteligencias Alanson algunas plazas.—Maltrato de franceses.—Desagradecimiento de Alanson.—El capitan Pedro de Castro procura con Alexandro se lleven á Toledo el cuerpo de Santa Leocadia.—Cómo fué á Flandes el cuerpo de Santa Leocadia.—El Padre Miguel Hernandez, de la compañía de Jesús, se entrega del cuerpo de Santa Leocadia y le lleva á Tornay.—El tercio de Pedro de Paz va á conservar las plazas de Brabante.—Italianos rinden el castillo de Boude.—Los del abadía del Lobo defienden el paso á Pedro de Paz y él lo gana por fuerza de armas.—Gana Pedro de Paz el castillo de Tornante.—Diste se rinde y Siquen.—Bergas Semano se rindió al marqués de Rubes.—El marqués de Rubes y Pedro de Paz ganan el castillo y abadía de Vestarlo.—Alexandro va en busca del ejército francés.—Gana Alexandro un castillo y hieren al capitan Padilla.—Alexandro con su ejército llega á vista de Rosendal.—García de Olivera rompe un cuerpo de guardia de rebeldes.—La caballería católica escaramuza con los rebeldes.—El ejército francés roto y deshecho.—Alexandro enojado con la caballería.—Los españoles prosiguen la victoria.—Monsieur de Biron desafía á Alexandro.—Alexandro se retira á Rosendal, y Antonio de Olivera rompe á los rebeldes.—Castiga Alexandro á Rosendal.—El castillo de Hoechstrate se rinde.—Mondragon sitia á Dunquerque.—Alanson se huye de Dunquerque.—Cornelio de Hoc, embustero.—Cortan la cabeza á Cornelio de Hoc.—Los cercados de Dunquerque asaltan las trincheas católicas y vuelven rotos.—Ingleses rotos y degollados.—Batería de Dunquerque.—Sitio de Neoporte.—Batería de Neoporte.—Neoporte se rinde.—Hautepena rompe los rebeldes de Arentales.—Furnes se rinde.—Alexandro reconoce con todo su ejército á Ostende.—El príncipe de Orange va á Brujas.—Buena industria de alemanes.—Frabutes, soldados sin sueldo que viven de robar.—Dixmude se rinde á Alexandro.—Sitio de Ypre.—Alexandro va á Anamur á despedirse de su madre que vuelve á Italia.—Prevenciones del príncipe de Orange.—Apriétase el sitio de Ypre.—Alanson hace un fuerte.—Sitio de Vacafregi; los españoles lo asaltan y degüellan los franceses.—Muerte del capitan D. Cárlos de Meneses.—Fuerte de Ypre.—Cuatro com-

pañías de españoles se apoderaron del fuerte del Sasso.—Crueldad de villanos.—Castigo de la crueldad de los labradores.—Artificios del príncipe de Orange.—Alexandro rompe los disignios de Alanson.—Los católicos rompen un convoy.—Alexandro envia socorro á la ciudad de Bona.—El duque Casimiro no quiere favorecer los rebeldes de Flandes.—Holac quiere pelear con Hautepena.—No queda en Flandes ningun francés.—Francisco Verdugo aprovecha la Real hacienda.—La guarnicion de Estembique corre las tierras de los rebeldes.—Juan Bautista de Tassis gana á Zutfent.—Saco de Zutfent y descuido de Juan Bautista de Tassis.—Fuerte de Zutfent.—Francisco Verdugo va sobre el señor de Nienoort.—Pecorea es lo que los soldados roban sin órden de sus Oficiales.—Castigo á los frabutes.—Qué cosa sea frabutes.—Derivacion del nombre de soldado.—Orden estrecha del hábito de los soldados.—El señor de Nienoort se retira roto y herido.—Piedad de un hijo para con su padre.—Muerte del señor de Nienoort y su hijo.—Francisco Verdugo bate y quema los navíos rebeldes.—El regimiento de Monsieur de la Mota se junta con Francisco Verdugo y otras compañías.—Pláticas de Alexandro y el duque de Alanson no tienen efecto.—Previénese Alexandro para poner sitio á Amberes.—Alexandro se apodera de algunas plazas enemigas.—Alexandro envia á reconocer el fuerte de Darnusa.—Mondragon reconoce á Darnusa.—Alexandro en Tornay y órdenes que da á su ejército.—Los católicos rotos y deshechos.—Consejo del príncipe de Orange á los de Amberes.—Confederacion de rebeldes.—El conde de Bergas en servicio de los rebeldes y su prision.—Motin de los soldados rebeldes.—Artificio del Príncipe rebelde.—Pasa el Rin un socorro de gente á Francisco Verdugo.—Valerosos soldados los de la casa de Leiva.—Castiga el Maestre de campo Pedro de Paz el desórden de los valones.

Tenia el príncipe de Orange con sus acostumbrados artificios tan sujeta la voluntad del duque de Alanson á la suya, que siempre que habia menester usar de su autoridad para sus particulares fines, se aprovechaba tan abiertamente como podia desear. Aconsejóle (aunque sin tiempo) que se estableciese en los Estados de Flandes por duque de Brabante, y los sojuzgase como verdadero señor dellos. Enriquecióle de altas y soberbias esperanzas, facilitándole cualquier empresa; y aunque para un Príncipe ambicioso y de floridos y vanos pensamientos como el duque de Alanson eran bastantes, pudieran en otro que más acuerdo tuviera darle algun cuidado; pero como no le tenia Alanson, dejábase llevar con facilidad de los sabrosos consejos y doradas cautelas de hombre más sedicioso y enemigo de Dios que jamás se vió en Flandes; y para que con más seguridad pudiese dar principio á su intento, le hizo levantar tres mil esguízaros y siete mil infantes franceses, sin los escoceses é ingleses que tenia, y dos mil caballos alemanes y setecientos caballeros amigos suyos, franceses, de las bandas, todos nobles y belicosos,

pero tan libres y usados á vivir licenciosamente, que para ejecutar sus desórdenes no los pudiera hallar más á propósito, por ser la mayor parte dellos (segun decian) hugonotes ó calvinistas. Con este número de gente comenzó Alanson á dar fuerzas á su intento, pareciéndole eran bastantes para salir con cualquier empresa en los Estados de Flandes; y teniendo ya junto este ejército hizo derramar nuevas que le queria para hacer la guerra más vivamente y echar á Alexandro de los Estados y degollar toda su gente, prometiéndose muy grandes esperanzas del suceso; y para poner en ejecucion su intento hizo marchar todo su ejército al burgarante de Amberes, y á sus burgos ó arrabales con voz de que queria tomar una muestra general; y otro dia siguiente, en la noche, que fué á los 6 de Enero deste año, dijo al gobernador de Amberes que para este efecto habia de madrugar, que le diese las llaves de una puerta de la villa, y él se las negó con el mejor término y cortesía que pudo, que no poco sentido quedó le hubiese perdido el respeto, pareciéndole tambien le podrian haber entendido el pensamiento.

Otro dia siguiente, á la hora de comer, cuando más el vulgo estaba sosegado y en silencio, por la puerta que llaman de Santiago, se pusieron á caballo trescientos caballeros franceses, muy bien armados, y advertidos de lo que habian de hacer secretamente, los cuales dijeron aguardaban el Duque saliese á la muestra, y habiéndolo hecho al mismo tiempo, se paró en la puerta con la mayor disimulacion que pudo, y levantó el sombrero, que era señal de arremeter á ella, como lo hicieron con harta diligencia matando á todos los que acudieron á defenderla, y se apoderaron del cuerpo de guardia y señorearon gran parte de la muralla, y en seguimiento destos trescientos caballeros entró de tropel todo el ejército francés y llegaron hasta la plaza de la Mera y á la Bolsa, que es lo más principal y mejor de Amberes y donde acude todo el concurso y máquina del pueblo. Habian alcanzado una insigne y famosa victoria, si la supieran conservar; pero fueron tan codiciosos que se ocuparon más en saquear que en hacer escuadron y guarnecer la muralla y cuerpos de guardia. El presidio de la villa, que estaba por los

Estados rebeldes, y los burgueses della, como los vieron cebados y codiciosos en robar, tocaron arma y fué menester bien poca, porque ya estaban con recelos deste trato para juntarse, y estándolo todos, con más valor de soldados que de burgueses, cerraron con la gente del duque de Alanson por todas partes, y á su pesar y á espaldas vueltas los tornaron á echar de la villa, y recuperaron la puerta perdida y lo demas que habian ocupado. Este caso tan feo como cobarde fué con tanta nota y dereputacion de los franceses, como se deja entender, pues á caballeros tan nobles y soldados tan escogidos para aquel efecto un vulgo los resistiese y votase de la villa, y degolládoles más de mil y quinientos infantes y doscientos caballos, y prendieron la gente más principal de su ejército; y se sabe que un pastelero que salió en camisa con una pica mató tantos franceses, que estando cansado de hacerlo á pié, cerró con uno de á caballo y lo mató, y subiendo en él siguió el alcance, haciendo cosas muy señaladas. Un criado del archiduque Matías se halló en esta ocasion en la Bolsa, que es un palacio y lonja llena de riquezas, y adonde á sus horas señaladas asisten los mercaderes á sus tratos y negocios, y él solo dicen que la defendió y que mató tantos franceses, resistiéndolos á que no entrasen, que parece cosa increible que un hombre sólo pudiese contrastar y vencer tanto número de gente, haciéndolos huir con tanta ignominia; tal era la codicia y cebo que tenian los franceses, pues con tanta ceguedad se dejaron llevar della, sin mirar el respeto, guardia y custodia que se le debia á su duque de Alanson, pues le desampararon, huyeron y dejaron sólo; y fué tanto el temor con que uno de á caballo procuró escaparse, que armado de todas piezas se arrojó desde encima de las murallas de la villa al foso sin desamparar la silla ni hacerse mal él ni el caballo, y se escapó. Casi podria atribuirse esto (si decirse puede de un francés calvinista) á milagro; y si fué buena suerte, ninguna mayor en el mundo, por ser tan alta la parte por donde se arrojó, que parece no pudiera librarse sin hacerse mil pedazos. Deste mal suceso quedó el duque de Alanson muy desacreditado y corrido, y aunque previno la ocasion, no tan sólamente no supo usar

della, mas faltándole el gobierno para ejecutarla, quedó tan atemorizado que no supo lo que le habia sucedido. Es naturaleza desta nacion, que si como previenen las cosas y facciones las supiesen ejecutar, fuera posible hubiesen extendido más su Corona.

Debe en semejantes ocasiones el Capitan general no apresurarse ni atender más que á conservar lo ganado, porque miéntras unos ejecutan la empresa que acometen, que suele ser lo más facil en un vulgo descuidado, con otros se ha de apoderar de la muralla y hacerse señor della y de todas las puertas que salieran á la campaña, y procurar con presteza y osadía romper los cuerpos de guardia y guarnecerlos, tomando las bocas de las calles más principales despues de hecho su escuadron en la plaza más grande y capaz, sin deshacerlo hasta tener rendidos y degollados sus enemigos. Desta manera se conserva lo ganado y reputacion de su Príncipe; pero si á esta se antepone la codicia, no atendiendo á más que á enfardelar lo saqueado con poco valor y ménos gobierno, qué mucho que un vulgo como el de Amberes votase y echase della al ejército del duue de Alanson; el cual, visto su desatinado y adverso suceso, procuró soldarlo con escribir á los de Amberes grandes disculpas, satisficiéndoles con palabras regaladas de que no habia sido parte ni sabedor deste caso, y de nuevo les ofreció sus fuerzas y que les ayudaria hasta acabar la vida.

La reina de Inglaterra, por contemporizar con Alanson y por lo bien que le estaba se estableciese en Flandes, y que en aquellos Estados durase la guerra contra el Rey católico, escribió tambien á los de Amberes y les envió sus Embajadores, asegurándoles lo mismo que Alanson, con grandes disculpas y ofrecimientos y rogándoles mucho volviesen en su gracia, y que el ejército español, cuyas fuerzas estaban ya acabadas, no se podia sustentar, porque desde la empresa de Ninoven pasaba mucha hambre y enfermedades, y que los vencerian con gran facilidad si se volvian á reconciliar con el duque de Alanson; y si no lo hacian, se verian en peor estado. El rey de Francia les escribió en esta misma conformidad, disculpando mucho á su

hermano, atribuyéndolo á su mocedad y poca experiencia, y á los malos consejeros que llevaba y ser sus soldados desobedientes, y que habia sido más motin suyo que malicia del duque de Alanson, su hermano.

Luégo que Alexandro tuvo noticia destos sucesos escribió á los de Amberes, y les envió un trompeta persuadiéndoles á la paz, y que les otorgaria cuanto pidiesen. Los que la deseaban recibieron bien la embajada y comenzaron por las calles y plazas con gran tumulto y alborozo á dar grandes voces, diciendo: «¡viva el Rey católico de España, nuestro señor!» pero como los rebeldes eran más poderosos y estaban tan obstinados, lo contradijeron y echaron al trompeta fuera de Amberes, y publicaron un edicto que nadie fuese osado á tratar de paz con el Rey católico, ni en ningun tiempo ni ocasion se recibiesen ni admitiesen cartas ni embajadas de Alexandro, so graves penas.

Visto el duque de Alanson que no habian bastado sus ruegos ni los de la reina de Inglaterra, ni los ofrecimientos del Rey, su hermano, para volver en gracia de los de Amberes, se retiró á la villa de Aloste que estaba por él y tambien las de Bilborde y Terramunda, que este mismo dia de su desgracia de Amberes ó de su mal gobierno las habia ganado por trato con inteligencias que habia tenido, volvió de nuevo á tener algunas para reconciliarse; y perdidas las esperanzas se fué á la villa de Dunquerque, y pasando por la de Brujas, no fué posible le quisiesen recibir ni abrir las puertas. Intentó si con amenazas podria reducirlos á su propósito, y envió á decir á los de Amberes que si no le daban todos los prisioneros que le tenian que haria paces con el Rey católico y le entregaria todas las plazas que tenia guarnecidas de franceses. Los de Amberes, por excusar el daño que desto les podia venir y el rigor de un Príncipe desdeñado, y que en tan breve tiempo le habian jurado por duque de Brabante y reconocido por soberano señor, y ahora le renunciaban y no obedecian, tuvieron por bien de darle los prisioneros franceses, tomándoles primero juramento que en ningun tiempo servirian contra ellos al Rey, nuestro señor.

Alexandro, que estaba á la mira de todo lo que Alanson ha-

cia, no quiso perder tiempo en solicitarle para que aquellas plazas que habia ganado; pues no eran suyas, sino del Rey, su tio, se las restituyese; y así se lo envió á decir con grandes encarecimientos. Respondióle que no lo pensaba hacer si no se las pagaban muy bien; y aunque Alexandro se lo ofreció y al duque de Alanson le era todo uno, supuesto que las habia de vender, fué tan ancho de conciencia que se las entregó á los Estados rebeldes por una gran suma de dineros que le dieron, y no á Alexandro habiéndoselos ofrecido primero; y no contentándose Alanson con esto, les dejó tambien todo su ejército francés y por General dél al mariscal Monsieur de Biron, á sueldo y mercedes del príncipe de Orange, que no supo con qué pagarle los favores que le habia hecho, sino con dejarle sus fuerzas para que con ellas se hiciese respetar y volver en gracia de los Estados, con quien ya quedaba tan mal quisto y desacreditado, como lo estaba el mismo Alanson por haberle apoyado y establecido por duque y señor de Brabante; pero no valiéndoles al uno y al otro sus trazas é invenciones, por haberse ya obstinado los de Amberes y descubierto su mal intento contra el príncipe de Orange, y él temeroso de lo que le podia suceder, se salió de Amberes casi huyendo, y se fué á Holanda, tan desacreditado de los Estados, como se deja entender por lo que he escrito.

Antes de pasar adelante es bien que se entienda lo que al duque de Alanson le movió á pagar tan mal á los de Amberes las buenas obras que le habian hecho de jurarle y reconocerle por soberano señor; cuando los recien llegados españoles le acorralaron en Gante, fué tan grande el temor que dellos recibió y de los prósperos sucesos que de Alexandro con ellos tenia, que se prometió luégo muy malas esperanzas en sus pretensiones; y visto que no quisieron los Estados de Flàndes unirse con la corona de Francia, y que no podia sacar el Rey, su hermano, el fruto que pretendia, no pudiéndose él sólo conservar sin esta union, y que Alexandro le habia de echar de los Estados, le pareció (aconsejado de su madre y hermano), con color de tomar aquella muestra general en Amberes, apoderarse della para

saquearla, porque como era y es una de las villas más ricas que hay en Europa, quedarian todos muy medrados, y con las riquezas y bienes que llevaran volverse á Francia, pareciéndole pagar á la villa de Amberes, con saquearla, la buena obra que le habia hecho; este pago le pensaba dar Alanson por despedida, visto que no podia lograr sus deseos, cosa harto indigna para un Príncipe tan particular.

En el libro primero destos sucesos escribí que el capitan Pedro de Castro, natural de la ciudad de Toledo, era gran privado de Alexandro y de su Cámara, y cuando se ganó la villa de San Gislen supo de un español, que habia muchos años que vivia entre los burgueses, que el cuerpo de la gloriosa vírgen y mártir Santa Leocadia estaba en una abadía desta villa, muy rica, de Monjes Benitos, llamada San Gislen de Cella, de donde toma nombre, en la provincia de Henaut, junto á la villa de Mons; le pidió con grandes encarecimientos á Alexandro procurase que el cuerpo de esta gloriosa Santa, por ser patrona de Toledo y nacida en aquella imperial ciudad se llevase á ella. Alexandro que deseaba darle gusto lo procuró con grandísimas veras, habiendo escrito sobre ello al Rey católico, su tio, y S. M. fué servido de concedérselo y enriquecer con tan grande reliquia á su ciudad de Toledo. Alexandro lo cometió al Padre Miguel Hernandez, de la compañía del nombre de Jesús, natural de Mora, en el reino de Toledo, que servia de administrar los Sacramentos en el ejército español y en la corte de Alexandro, capaz de mayores dignidades por sus muchas letras y virtud; y habiéndosele dado la órden y comision necesaria para este efecto, y el buen religioso hecho las mayores diligencias que se podian imaginar para conseguir su deseo, lo puso por obra en este tiempo, y fué á la villa de San Gislen á sacar de la abadía el cuerpo y reliquias de la gloriosa vírgen y mártir Santa Leocadia para trasladarla á la ciudad de Toledo, donde fué martirizada, porque en tiempo de la perdicion de España, con otras muchas reliquias, la habian llevado los cristianos, huyendo del rigor de los moros, á guardarlas á la ciudad de Oviedo, cabeza de Asturias, donde estuvo muchos años hasta que

el rey, D. Alonso el Sexto, de la mano horadada la dió á un Conde de Flandes que vino con otros de aquellos Estados á favorecerle contra los moros, y habiéndole ayudado valerosamente en el cerco de Toledo, no quiso otro premio sino el cuerpo de San Sulpicio, obispo Bayense por ser de los Estados de Flandes que estaba en Oviedo, y juntamente con él llevó el de la gloriosa vírgen y mártir Santa Leocadia, que por la fama de sus grandes milagros, santidad y devocion, se la tuvo tan grande que se la pidió al rey D. Alonso y se la llevó á Flandes y la dió á esta abadía de San Gislen de Cella, porque pasando por allí el cuerpo se vieron bajar del cielo dos rayos de luz que daban sobre ella, por donde entendieron era voluntad de Dios se quedase en aquella abadía, como se quedó, colocada con mucha solemnidad, haciendo cada año memoria deste milagro y traslacion. Dicen se llamaba este conde Balduino, tercero Príncipe de aquellos Estados, hijo del conde Balduino, y nieto del conde Requisvero, que vino á España á romería á Santiago de Galicia el año de 1080, y de camino ayudó, como se ha escrito, al rey D. Alonso el Sexto contra los moros. Y porque reliquias tan importantes y de una tan gran Santa no quedasen desfavorecidas de la mano del Rey católico, el prudente Felipe II, nuestro señor, quiso en su tiempo volver á enriquecer con ellas á la imperial Toledo, á instancias del capitan Pedro de Castro, poniendo el trabajo de todo el Padre Miguel Hernandez, que solicitado de Alexandro llevó cartas y favores para el obispo de Cambray, de cuya diócesi es la abadía de San Gislen de Cella, para que le entregasen el glorioso cuerpo, y fué á tiempo que el tercio de españoles del Maestre de campo, Pedro de Paz, estaba alojado cuatro leguas de San Gislen; y para más autoridad y romper los designios que podian tener los rebeldes si quisieran estorbar no se sacasen las reliquias, mandó Alexandro se mejorase la infantería española deste tercio cerca de la abadía, y bien contra la voluntad de los religiosos della se entregó el cuerpo al Padre Miguel Hernandez, en presencia del Maestre de campo, Pedro de Paz, y de muchos Capitanes y soldados particulares de su tercio, que para ser testigos y verificar con-

forme los recaudos y testimonios que habia en la caja del glorioso cuerpo de Santa Leocadia los llevó consigo.

Fué esta entrega á 8 de Febrero deste año. Luégo pidió el Padre Miguel Hernandez al Maestre de campo le diese escolta de españoles de su tercio para llevar el bendito cuerpo á la villa de Tornay. Hízose así y entró en ella á los 10 de Febrero deste año y lo depositó en el Colegio de la Compañía de Jesús. Fué tan grande el contento de la infantería española, y más el de los naturales del reino y ciudad de Toledo en haber descubierto el rico y precioso tesoro de su Santa y patrona, que les creció tanto la devocion como se puede desear, prometiéndose de allí adelante, por su intercesion, muchos y prósperos sucesos; y los tuvieron tan buenos como adelante se verá.

Alexandro habia procurado con grandes veras rehacer en el alojamiento donde estaba el ejército español, que de los trabajos pasados y hambres de Ninoven habia quedado tan descaecido y enfermo, que fué bien menester (aunque sin dineros) su diligencia para volverle en sí y alentarle; y pareciéndole que ya estaba reparado y que podia salir á campear, no quiso perder el tiempo ni la ocasion, y por haber entendido que el Mariscal Monsieur de Biron, General del duque de Alanson, que, como se ha escrito, estaba á sueldo del príncipe de Orange y de los Estados, andaba campeando en Brabante y arruinando sus campañas, que como no tenia quien se lo estorbase hacia notable daño á los labradores, y para reprimir y atajar sus desórdenes, mandó Alexandro, á los 20 de Abril deste año, que se desalojase el tercio del Maestre de campo Pedro de Paz y alguna caballería, y fuese la vuelta de la villa de Yndoven, porque los franceses que habian salido desta plaza se juntaron con los de otras guarniciones enemigas y fueron á sitiar el castillo de Boude, en Brabante, que es una de las más fuertes plazas que hay en Flandes y de mucha importancia, pues demás de tres fosos que tiene muy hondos y llenos de agua, que la hacen inexpugnable, estaba bien abastecida y amunicionada y con sesenta italianos de guarnicion, suficiente número para defenderla. Al conde Mansfelt le habia encargado Alexandro el gobierno de la gente

que el conde Cárlos, su hijo, tenia en Brabante, que era la que habia estado en Frisa y con la que ganó á Yndoven. Ordenó Alexandro á Mansfelt que fuese á socorer el castillo de Boude, y habiendo perdido tiempo llegó tarde, y los italianos se rindieron muy feamente.

El Maestre de campo Pedro de Paz caminaba á toda priesa por juntarse con Mansfelt, que era la órden que tenia de Alexandro, y pasando por el abadía del Lobo para alojarse en aquel lugar por fuerza de armas y castigar los vecinos dél por no haber querido recibir los furrieles de sus tercios ni darles alojamientos, sino echarlos por fuerza con malos tratamientos, se arrimó con sus españoles para tomar el paso del rio y hacer su viaje; los labradores fueron tan atrevidos que los salieron á recibir con las armas en la mano y comenzaron á escaramuzar. Pedro de Paz dió órden que cerrasen con ellos. Hiciéronlo valerosamente y les ganaron el paso, habiéndoles degollado más de treinta, y ellos mataron tres españoles y á un Sargento, y herido de un arcabuzazo en la barriga á Hernando de Aledo, soldado de D. Cárlos de Meneses, que fué uno de los que allí se señalaron. Los frailes del abadía usaron mal término, porque fueron los que solicitaron á la gente del lugar que tomasen las armas contra los españoles, y sin mirar sus órdenes y hábito de religiosos tiraron muchos mosquetazos y pelearon mejor que los vecinos. Quiso Pedro de Paz castigar su atrevimiento, mas considerando lo que ellos no hicieran, los dejó y prosiguió su camino hasta llegar donde estaba el conde Mansfelt y su gente, y todos ya juntos marcharon la vuelta de Tornante, y habiendo puesto sitio al castillo que tiene aquella villa, lo ganaron. En él habia treinta soldados rebeldes de presidio, y y en su lugar entraron otro de una compañía de valones católicos.

A los 20 de Mayo deste año marcharon el conde Mansfelt y Pedro de Paz con la gente que tenian á cargo, y fueron á la villa de Diste, en Brabante, que tenia de guarnicion tres compañías de holandeses y escoceses. Comenzáronle á abrir las trincheas y arrimarse al foso y los rebeldes á defenderse vale-

rosamente, con tanta obstinacion, que se creyó se habian de dejar hacer mil pedazos ántes que rendirse; pero teniendo aviso que habia llegado Alexandro (á la ligera), fué tanta su turbacion que se rindieron luégo, y dejándose las armas y banderas salieron con solas sus espadas y bagaje. Y este mismo dia se rindió la villa de Siquen y su castillo con los mismos pactos que esta, una pequeña legua de la de Diste, porque acordándose de la justicia que en tiempo del Sr. D. Juan de Austria Alexandro habia hecho de los rebeldes que halló en estas plazas, no le quisieron esperar; y dejándolas bien guarnecidas se partió á la villa de Liera, y pasó la gente á la de Arentales, donde vino á encargarse della (por un disgusto que tuvo el conde Mansfelt) el marqués de Rubes, General de la caballería del ejército católico, á quien pocos dias ántes se le habia rendido (voluntariamente) la villa de Bergas Semano, situada en el condado de Flandes, y dió la obediencia al Rey, nuestro señor. Alojóse el tercio de Pedro de Paz y la demas gente de las naciones á tiro de cañon de Arentales, y habiéndose reconocido (porque Alexandro dió órden que la ganasen), se halló que estaba muy fuerte, amunicionada y guarnecida; y así, le pareció al Marqués y á Pedro de Paz que se les destruyesen las campañas y contornos. Hízose así, y caminaron con el campo sobre el castillo y abadía de Vestarlo, que tiene opinion de muy fuerte en los Estados, y es cámara y caja de las municiones y artillería dellos por tenerlas más seguras. Está legua y media de Arentales; tenia cuatrocientos rebeldes de guarnicion y una muy buena cabeza que los gobernaba, y sin que lo entendieran se les sangró el foso, que es muy ancho y estaba lleno de agua, por aviso de un villano, natural de aquella misma tierra, que pareció no ser posible ni ellos lo pudieran creer, con que desmayaron y perdieron de todo punto las esperanzas de poderse defender. Rindiéronse luégo sin armas, banderas y sin bagaje, y los Estados rebeldes mandaron hacer justicia de la cabeza ó Gobernador que tenian por haberse rendido tan cobarde y feamente. Hallóse dentro desta abadía y castillo mucha cantidad de trigo y centeno y otros bastimentos, y gran número de armas, pólvora y municiones.

La gente del cargo del marqués de Rubes y del Maestre de campo Pedro de Paz anduvo campeando hasta los 16 de Junio que caminó la vuelta de Hoechstrate, donde llegó el mismo dia Alexandro, que iba de la villa de Liera, por haber tenido aviso que el ejército francés, cuyo General era el Mariscal Monsieur de Biron, y el de los Estados rebeldes se habian juntado y estaban alojados en Rosendal, lugar abierto, de más de cuatro mil vecinos y uno de los mejores y más ricos de Brabante, y ántes que partiese Alexandro de la villa de Liera, habia usado de un ardid de los que acostumbraba, que despues de haber mandado á Camargo, Cuartelmaestre del ejército español, que fuese á decir á Monsieur de Trincuarte, Teniente del general de víveres, que tuviese apercibido gran cantidad de pan, queso y cerveza para refrescar la gente de guerra, porque tenia intento de ir á pelear con el mariscal Monsieur de Biron, y que estuviesen estos bastimentos apercibidos en la villa de Hoechstrate á la media noche; y para que no se entendiese hizo cerrar las puertas de Liera, y en acabando de comer se puso á caballo y mandó tocar las trompetas á toda priesa á la compañía de su guardia, y á los de su casa y corte, y los cogió á todos tan descuidados, que los sobresaltó, de suerte, que por alcanzarle fueron con gran descomodidad y le siguieron muy pocos por no darles tiempo, temeroso del que podia perder si no hallaba al francés, como deseaba; y aunque iba con tanta priesa no quiso dejar de advertir á un castillejo de los rebeldes, que estaba en el camino, que se rindiese, por no dejar enemigos á las espaldas. Fué con la embajada el capitan Padilla, que lo era de una compañía de arcabuceros á caballo. Diéronle la respuesta con una muy buena carga de arcabuzazos, y salió de uno muy mal herido en un brazo, que se lo estropeó. Vista por Alexandro esta desvergonzada respuesta, dió órden al castellano Antonio de Olivera que se quedase á esperar el artillería, y que si no se querian rendir les echase el castillo encima, y que no tuviese misericordia de ninguno. Temieron esta resolucion, y en llegando el artillería se rindieron con muy buenos pactos. Alexandro siguió su camino y llegó á Hoechstrate á las nueve y media de la noche, y para

que tuviese lugar la gente de alentarse, la mandó luégo refrescar con dar á cada soldado un pan, media libra de queso y un lote de cerveza, que es mayor medida que una azumbre. Reposaron hasta media noche; mandó luégo tocar á caballo, y que en las ancas de cada uno llevasen un soldado de la infantería española del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz, y sobre el castillo de Hoechstrate dejó un regimiento de valones y otro de tudescos con todo el bagaje, y hizo marchar á la ligera el resto de la infantería. El número de todos serian cuatro mil hombres, porque los demas del ejército español se habian quedado en sus alojamientos de la villas de Lila y Tornay; con este buen órden llegó á vista de Rosendal.

Otro dia, á las tres horas, que son cinco leguas, hizo formar luégo los escuadrones, y fué marchando hasta el lugar, y en él tuvo aviso, de un español que habia más de cuarenta años que vivia en él, que como el Mariscal de Biron supo que Alexandro le seguia, se levantó y fué marchando á grandísima priesa, y que creia que habia tomado el dique de la villa de Estembergue ó de Bergas, y que si apresuraba el irle en seguimiento le daria el alcance; pero el Burgomaestre y otros burgueses aseguraron á Alexandro no le seria posible porque habia partido al amanecer, y que sabian estaria ya encerrado en Estembergue. Hiciéronlo á fin de que Alexandro no le siguiese, y si tomara el consejo del español no se escapara ningun rebelde ni francés; y teniendo estos avisos encontrados, le pareció hacer alto y llamar á los de su Consejo, y sentado al pié de un molino de viento que estaba delante de los escuadrones, les propuso su parecer y lo que deberian hacer. Unos le dijeron que seria bien hacerles los puentes de plata y dejarlos entrar en Francia; otros que se les fuese siguiendo. Esto le pareció á Alexandro lo mejor, y mandó llamar al capitan Juan García de Toledo, que lo era de una compañía de arcabuceros de á caballo, de españoles, y al capitan Carandole con la suya de valones á caballo, y les ordenó fuesen siguiendo los dos caminos de las villas de Bergas y Estembergue. Por este fué Juan García, y con él Martin de Villalba, que murió Castellano del castillo del Salvador de Mesina, en Sicilia, y

era entretenido cerca de la persona de Alexandro, y era muy honrado y valiente español. Hízose una hora de alto porque la gente descansase, que del mucho calor habia llegado fatigada; y en tanto se puso Alexandro á comer, y despues fué siguiendo con los escuadrones el camino de la villa de Estembergue, y habiendo andado una legua llegó Martin de Villalba con aviso que el ejército rebelde y el del Mariscal Monsieur de Biron estaban fortificándose en un dique, á media legua grande de la villa de Estembergue en sitio capaz y muy fuerte; y lo era tanto, que pudiera defenderse de cien mil hombres, cuanto más de cuatro mil que llevaba Alexandro. El número de los rebeldes era de doce mil, de nacion francesa, inglesa, holandesa y escocesa, todos mezclados, repartidos en cuarenta y ocho banderas y tres estandartes; y por ser los más viejos y pláticos que servian á los Estados los holandeses y escoceses, les dió este dia el Mariscal de Biron la retaguardia, que era el mejor puesto, por si se hubiera de pelear, y con grandísima confianza esperaron y se prometieron de romper y deshacer á Alexandro; el cual mandó luégo, con la presteza y cuidado que solia, que marchase de vanguardia el capitan García de Olivera con algunos arcabuceros á caballo, españoles, y su compañía, y ordenó al capitan Pedro de Castro, Gentil-hombre de su cámara, que fuese á toda priesa á darla á el Maestre de campo Pedro de Paz que apresurase la marcha con su tercio, porque si los rebeldes se abrigaban debajo de las murallas de Estembergue no se podian romper ni desbaratar por la batería que á los escuadrones católicos haria el artillería de la villa, y tambien porque podrian encerrarse dentro sin podérselo estorbar. Ya en este tiempo habia llegado el capitan García de Olivera á un cuerpo de guardia que se habian dejado en el camino, y cerrando con él le rompió y fué siguiendo á los que huian hasta su retaguardia, y prendió cosa de veinte rebeldes; y pareciéndoles á estos que no debian ser más, y que gente tan poca se les habia atrevido, tuvieron mayor confianza, y revolviendo sobre García de Olivera se trabó una muy reñida y fogosa escaramuza, y comenzaron á pelear de ambas partes valerosamente; pero viéndose apretados los católicos, vinieron recibiendo

la carga hasta su vanguardia, en la cual iba Alexandro, y mandó que della saliese la caballería española y la siguiese la valona; y reforzando la escaramuza, de una y otra parte se peleó gallardamente, hasta que los rebeldes, viéndose apretados y que oian las cajas de la infantería española del tercio de Pedro de Paz que á toda priesa iba llegando, y con su calor se mejoró la caballería católica, se retiraron por las faldas del dique donde habian hecho una gran cortadura, de manera que ningun caballo la podia saltar ni las trincheas que habian hecho, y así se arrimaron y retiraron á la cortadura.

Serian las tres de la tarde cuando se comenzó á pelear, y duró la escaramuza hasta las siete. A esta hora habian ya llegado las compañías de arcabuceros de infantería española que iban de vanguardia, cuyos capitanes eran D. Sancho Martinez de Leiva, D. Cárlos de Meneses y Diego Rodriguez de Olivares; y en su seguimiento iban con la mosquetería los capitanes Juan de Rivas y Diego de Arango, á los cuales dió órden Alexandro, que estaba sobre el dique, que cerrasen con ellos; y puestos la rodilla en tierra, rezaron el Ave-María, y lo hicieron ferocísimamente y con tanto valor, que sin darles más de la primera carga los rompieron y desbarataron, ganaron las trincheas y degollaron más de seiscientos; los demas se fueron retirando y escaramuzando por un sitio, que aunque era fortísimo, no les estorbó á los españoles á seguir el alcance, y si no fuera porque la noche iba cerrando, no se les escapara ninguno. Al mismo instante que la infantería española cerró con los rebeldes, se vieron dos extremos grandísimos; el uno, el ímpetu con que lo hicieron, no temiendo, siendo tan pocos, á tan gran número de rebeldes; y el otro, ver á la mayor parte de la caballería católica retirarse, y con haber más de media hora que se apellidaba la victoria, no volvian á darla.

Alexandro que vió un desórden tan grande en soldados tan valerosos, y que todo aquel dia habian sustentado la escaramuza y peleado con tanto coraje, puso mano á su espada y les comenzó á tirar de cuchilladas, diciéndoles palabras injuriosas, y que mirasen á la infantería que degollaba á tiempo que ellos

se retiraban. Estas razones que les dijo fueron bastantes para que volviesen á cobrar la tierra que habian perdido; y conociendo el marqués de Rubes, General de todos ellos, lo mal que habian hecho, y que á su persona, más que á otra, le tocaba, no supo ninguna satisfaccion que dar á Alexandro más de decirle que S. A. mandase cortar las cabezas á los soldados de la caballería y á él el primero, que lo merecia más que todos. Alexandro se aquietó mucho de la cólera que habia recibido con ver al Marqués confesar el desórden que él y los demas hicieron, y con el gozo de la victoria no se trató más desto. No puedo dejar en alguna manera de disculpar la caballería católica, porque en ella habia muy valerosos Capitanes y soldados, para que se entienda no fué falta de ánimo, sino desdichas y azares de la guerra; porque si aquella mañana habia peleado y escaramuzado como se ha visto, de creer es que en la batalla de la tarde hicieran lo mismo; y esto es lo más cierto, porque así como un soldado es bastante á dar una victoria, lo es para quitarla, pues con solo arremeter ó retirarse puede hacer el bien ó el mal que se deja considerar; porque se ha visto en muchas baterías donde se ha peleado valerosamente, ser tanta la determinacion de un soldado, que arrojándose con los enemigos, seguirles los demas por haberles quitado el temor, y conseguir la victoria, atropellando dificultades é inconvenientes, como se vió en Mastriq por la osadía de Alonso García, soldado de la compañía del capitan Alonso de Perea, que habiendo perdido el miedo, confiado en su mucho valor, fué causa de salir con la más alta empresa que hasta entónces se habia visto.

Tambien suele suceder en muchas ocasiones, estando peleando de ambas partes y sin pensamiento de retirarse los unos y los otros hasta morir ó vencer, pasar la palabra algunos Capitanes y soldados experimentados de que huyen sus enemigos, diciéndolo en alta voz para dar ánimo á los que se hallan más cerca de los contrarios; y pensando ser cierto crecerles el coraje y ánimo, de tal suerte, que vienen á alcanzar victoria, y esto se vió particularmente en esta rota del Mariscal de Biron, que estándose defendiendo en el dique sin pensamiento de retirarse los

rebeldes, salió una voz de la compañía de D. Sancho de Leiva diciendo que huian, y fué causa para que lo hiciesen; y á este mismo tiempo pudo ser en la caballería católica entender mal esta voz, que por todos los escuadrones habia corrido, y volver las riendas del caballo algun soldado de poco ánimo y seguirle los demas, como suele suceder en algunas ocasiones.

Otro dia por la mañana se hallaron muchos de los rebeldes en unas casas que tenian atrincheradas y dellas habian peleado y hacian través al dique; y, aunque se resistieron, no les aprovechó porque tambien los degollaron con otros muchos que se hallaban escondidos entre las matas y trigos, que serian más de mil y doscientos, sin que con ninguno se tuviese piedad por haber muerto al capitan Cárlos de Meneses, que era muy valiente caballero y amado de todos los soldados del ejército. Monsieur de Biron envió á decir á Alexandro (despues de haberse retirado y atrincherado debajo de las murallas de Estembergue con tres piecezuelas de campaña á la frente, que por no darle lugar el dia ántes no las habia plantado en las trincheas) que le desafiaba con doce soldados, y que sacase otros doce y correrian otras tantas lanzas. Alexandro le envió á decir que aceptaba el desafío, pero que fuese luégo porque no podia esperar con su gente en aquel desierto, que no tenia que dalle de comer, que si él se lo enviaba esperaria; y no volvieron con la respuesta y se quedó así. Es muy de franceses desafiar en semejantes ocasiones, y aunque en nuestra nacion no se acostumbra por muchos justos respetos, no le pesara á Alexandro entónces que hubiera algun francés ó rebelde que quisiera romper algunas lanzas, y si el Mariscal de Biron tenia gana desto, como lo envió á decir, muy buena ocasion se le habia ofrecido; mas no en todas cumplen algunos lo que ofrecen.

De los franceses y rebeldes murieron en este reencuentro más de tres mil y doscientos, y se le ganaron treinta y seis banderas y tres estandartes y parte de su bagaje. De los católicos murieron ocho españoles é hirieron otros tantos, y entre ellos al capitan Juan de Rivas, de un picazo en un brazo, y se señaló y peleó animosamente. Atribuyóse esta victoria (que fué

á los 17 de Junio deste año) al capitan D. Sancho Martinez de Leiva, porque con su compañía se arrojó por la parte de un pantano que habia, y cogiendo á los enemigos de través, que estaban sobre el dique peleando, con la frente de los demas españoles, se comenzaron á desbaratar viéndose apretados por dos partes. Señaláronse particularmente los soldados de las tres compañías ya nombradas y el alférez Diego de Nodera, que hoy es capitan y alcaide del Peñon, y muy valeroso soldado, y Pedro de Ibarra, que hoy es capitan y gobernador en la Florida, peleó y se aventajó como honrado y particular soldado, y los demas del tercio pelearon con mucho valor en todo lo que se ofreció, y no ménos los valones y alemanes. Alexandro mandó luégo recoger la gente y se volvió con ella á Rosendal, dejando de emboscada, por si los rebeldes venian á picar en la retaguardia, al castellano Antonio de Olivera con algunos caballos; y el Mariscal de Biron envió una tropa de los suyos para ver dónde caminaban los católicos; y saliendo Antonio de Olivera dió sobre ellos y los rompió y degolló la mayor parte. No quiso Alexandro dejar sin castigo á Rosendal y mandó que los mochileros y mozos del bagaje le pusiesen fuego y le abrasasen, como lo hicieron, por el atrevimiento que habian tenido de haberle engañado, y fuese escarmiento para otros que en semejantes casos digan la verdad de lo que se les preguntare, y si la dijeran, no tuvieran lugar los dos ejércitos rebeldes y francés de retirarse á Estembergue, ni de fortificarse, y fuera posible de aquella vez deshacerlos y degollarlos sin que se escapara ninguno.

Con el contento del buen suceso de la victoria que tuvo Alexandro del Mariscal de Biron se volvió á la villa de Liera con su gente, y entró triunfando con las banderas y estandartes que habia ganado, arrastrando, y porque jamás dió lugar á la vanagloria, mandó que las trompetas, pífaros y cajas tocasen á la sorda. En este tiempo se habia apretado el sitio del castillo de Hoechstrate cuanto se habia podido, y se vino á rendir, aunque era muy fuerte, por cuya causa salieron los enemigos con sus armas, banderas y bagajes. Serian trescientos hombres, soldados viejos.

Luégo envió órden Alexandro que con la misma gente se fuese á sitiar la villa de Arentales, *propter forman*, sin abrir trincheas, por descuidar al duque de Alanson, por quien estaba la villa de Dunquerque, situada en el condado de Flandes, que era donde Alexandro habia determinado ir á ganar. Y así mandó al coronel Cristóbal de Mondragon (que aún se estaba en sus alojamientos de Lila y Tornay) que con tres regimientos de valones y uno de borgoñones y dos de tudescos y cinco compañías de ingleses de las del coronel Semple, que rindió á Liera, que, como se ha escrito, quedaron en servicio del Rey, nuestro señor, la sitiase y apretase; y en llegando ganó una exclusa, y sin perder un soldado, que fué una faccion muy importante para salir con la empresa, y sitió la villa por dos partes, y como el duque de Alanson tuvo aviso que á su General, Monsieur de Biron, le habia roto Alexandro, le dió tanto temor, juntamente con verse sitiado, que se partió, huyendo esta misma noche de Dunquerque, pareciéndole que si Mondragon apretaba el sitio y le cogia dentro no habria misericordia.

Luégo que Alexandro tuvo aviso de como la villa de Dunquerque estaba sitiada, partió de Liera con un buen número de caballería á la ligera; lo mismo hizo el campillo que estaba sobre Arentales á cargo del marqués de Rubes, y en diez dias llegó á alojar á un lugar que está entre las villas de Bergas Semano é Ypre.

En este medio corrió una voz en todos los Estados de Flandes que un Cornelio de Hoc, viendo que los de Amberes habian echado al duque de Alanson y que no querian obedecer al Rey católico, publicó que era hijo del emperador Cárlos V, á fin de embelesar al pueblo y establecerse, si podia, por señor de los Estados, que como en sí andaban tan parciales y divididos á cualquiera cosa se persuadian, y como al principio habia dicho algunas cosas que traian sombra de verdad y el vulgo novelero les daba crédito, y más habiendo hecho imprimir unos escritos en que ofrecia librar á los flamencos de la opresion en que á su parecer vivian, y de hacer y formar nueva república, le seguian mucho número de herejes de los Anabaptistas y le apoyaba todo

el pueblo, de manera que le respetaban y tenian en gran custodia. Y si el Consejo de Holanda no le atajara con hacerle prender para ver el orígen y en qué se fundaba este heréje, como ellos, sin duda se estableciera. Tal era la novedad del vulgo y deseo que tenian de una cabeza, cualquiera que fuese, por huir del nombre y sujecion del rey de España, á quien tanto aborrecian. Hiciéronle examinar los holandeses, y aunque le averiguaron ser de todo cuanto decia embuste y embeleco, no habia quien le hiciese desistir de su intento. Habíasele puesto en la cabeza de manera el ser hijo de Cárlos V, que no habia remedio quitárselo della. Y así suele haber personas, de tan extraña imaginacion, que dan por hecho todo lo que saben que no es, y lo creen de la misma manera que si fuera verdad; y aunque los martiricen no hay remedio para hacerles desistir de su pensamiento, particularmente los herejes. Tal era este Cornelio de Hoc, que se dejó cortar la cabeza sin querer jamás confesar otra cosa que ser hijo del Emperador. Averiguóse con gran verdad quién eran sus padres, y él estaba casado en Roterdam con una mujer muy noble, y en esta ocasion estaba preñada. Despues de muerto le hicieron cuartos en la villa de la Haya y los pusieron por los caminos. En esto paró el fingido Príncipe.

Alexandro que tenia puesto sitio á la villa de Dunquerque, que como ya he escrito es un buen puerto de mar, la hacia apretar cuanto se podia, y ya se le habia arrimado con las trincheas. Los rebeldes que la defendian se reparaban cuanto les era posible y se fortificaban con gran priesa por la parte de la tierra, que es por donde entendieron se les habia de abrir la batería y dar el asalto, porque por la de la mar jamás lo pensaron, porque por allí les habia de entrar el socorro; y pareciéndoles hacer una salida á las trincheas y asaltarlas, y coger en ellas descuidada á la gente católica, dieron sobre ellas de improviso; pero hallaron á los españoles tan apercibidos, que volvieron á la villa rotos y deshechos, no tantos como salieron por haberles muerto muchos.

En el rio que está entre las villas de Bergas Semano y la de Dunquerque, que es el paso de Flandes á Brabante, mandó

Alexandro á Monsieur de la Mota que hiciese un fuerte y un puente para poderse dar la mano los soldados del ejército católico que estaban divididos en el sitio de Dunquerque en diferentes puestos, y Monsieur de la Mota guarneció el fuerte y puente con dos compañías de ingleses de los que rindieron á Liera, y fué tan cerca de Bergas que salieron della los rebeldes, y hallándolos descuidados los degollaron á todos y les ganaron dos banderas.

Despues de informado Alexandro de la parte más flaca, que era la del puerto, esperó que bajase la marea y mandó plantar diez y siete piezas de artillería en tres camaradas, y comenzaron á batir furiosamente desde el amanecer hasta las cinco de la tarde que comenzaba otra vez á vaciar la marea, y como por allí no estaban fortificados, se les hizo tres muy buenas baterías que con poco trabajo se pudiera muy bien arremeter; y estando para darles el asalto, tocaron una caja dentro de la villa, y respondiendo con otra, como es costumbre, salió un Capitan y dijo queria hablar con Monsieur de la Mota y tratar de rendirse, dando la obediencia al Rey, nuestro señor. Alexandro mandó que los oyesen y que La Mota entrase en la villa. Hízolo así, habiendo dejado los rebeldes dos Capitanes en rehenes. Hiciéronle los pactos, que fueron rendirse á merced de Alexandro, y este se la hizo de que saliesen sin armas, banderas ni bagaje. Serian setecientos soldados, repartidos en doce banderas. Ganóse mucha artillería, pólvora y municiones. Alexandro mandó amunicionar y guarnecer la villa (por ser puerto de mar) con tres compañías de infantería española, del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, y por Gobernador della quedó el capitan Francisco de Aguilar Alvarado, soldado valiente y de gran opinion; y á los franceses rendidos mandó Alexandro les diesen á medio escudo por persona, y que se fuesen á Francia, que era dinero suficiente para llegar á ella, por estar tan cerca, y juraron no tomar las armas contra el Rey, nuestro señor.

Luégo mandó Alexandro que se juntase la gente que habia llegado de Brabante á cargo del marqués de Rubes y del Maestre de campo Pedro de Paz, con la que habia ganado á Dun-

querque, y con toda junta marchó y puso sitio á la villa de Neoporte, que está á cinco leguas de la de Dunquerque, en la misma marina, á la parte de la villa de Ostende, lugar más fuerte, y tiene un buen puerto de mar. En llegando, mandó Alexandro les ganasen una exclusa, con que tenian esperanzas los rebeldes sitiados de anegar los cuarteles del ejército español y hacer se levantase del sitio. Con esta empresa las perdieron y procuraron fortificarse. Luégo mandó Alexandro que el tercio de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon esguazase el rio y se arrimase á la villa, y el de Pedro de Paz por la otra parte, y de la una y otra se fueron acercando con trincheas, y le plantaron seis piezas de artillería, y otras tantas á la boca del rio, que era por donde le habia de ir el socorro; y visto los rebeldes sitiados no les podia llegar, y que si esperaban el asalto ponian sus vidas á mucho riesgo, determinaron rendirse, y lo hicieron con los mismos pactos y conciertos que los de la villa de Dunquerque; y por ser la de Neoporte lugar de mucha importancia y puerto de mar, la mandó Alexandro presidiar de otras tres compañías de españoles, del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz, y por Gobernador dellas y de la villa, á D. Juan del Águila, Capitan más antiguo y de los más experimentados que tenia.

Habia quedado en Brabante para conservacion de las plazas que estaban por el Rey, nuestro señor, un campillo de dos mil hombres y trescientos caballos de las naciones, á cargo de Monsieur de Hautepena; y habiendo de marchar del cuartel que tenia para otro, salieron los rebeldes de la villa de Arentales para darles en la retaguardia, y teniendo aviso dello Hautepena, les hizo una emboscada, y dando con ellos, los rompió y degolló la mayor parte, que no poco fruto se sacó desta faccion, para refrenar las correrías que hacian por aquella parte las guarniciones enemigas.

Alexandro dió órden que saliese la arcabucería del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz y cuatro compañías de caballos de los cuarteles de Neoporte, donde todavía se estaba el ejército católico, y que fuesen sobre la villa de Furnes, que está

una pequeña legua de allí. Llegaron á media noche y reposaron un poco, y estándolo haciendo, sin haberles convidado con la paz ni dícholes ninguna cosa, se rindieron los rebeldes de la villa, que dió mucho que considerar lo hiciesen sin haber visto ocasion para ello. Salieron con sus armas, banderas y bagaje. Eran tres compañías de escoceses. Entendióse que el haberse rendido tan presto fué el temor que cobraron, creyendo que eran españoles los que los habian sitiado, y como los del tercio de Pedro de Paz en todo este verano habian hecho tantas y tan buenas facciones en Brabante, y degollado en el dique de Estembergue el ejército francés, tuvieron por cierto harian dellos lo mismo que de los demas.

Alexandro levantó su ejército del sitio de la villa de Neoporte y fué con él sobre la de Ostende, que está tres leguas de allí en la misma marina. Es lugar muy fuerte por no podérsele quitar el socorro del mar, y por él les entraba gente y cuanto querian. Alexandro le pareció así por este respeto, como porque si se empeñaba en el sitio no se habia de levantar dél sin ganar la villa, y que aventuraba con grande riesgo la opinion tan grande que con tanto trabajo conservaba, y que con ella bastaba dar al Rey, su tio, muchas victorias; y como es de grandes Capitanes procurar vencer sus enemigos más con la opinion y buen nombre que con las armas ni derramamiento de sangre, procuró excusarlo, usando de la prudencia de que en otras muchas ocasiones se habia aprovechado, y mandó levantar el ejército, contentándose no más de con haber reconocido esta plaza, ni que nadie pudiese entender ni juzgar otra cosa; y al tiempo de retirarse comenzaron á disparar tanta artillería de la muralla de la villa que le mataban mucha gente. Mandó Alexandro poner fuego á los cuarteles, y por entre el humo se comenzaron á retirar los soldados de su ejército, que fué de importancia para que no matasen tantos, y de tener desengaño para no ganar esta plaza por asalto, sino por inteligencias, miéntras no se le pudiese quitar el socorro del mar; y no podia esto ser sino con una muy buena armada de navíos, y tales, que se pudiesen oponer á los de Holanda y Gelanda, Francia é

Inglaterra, pues es de creer que de todas estas partes se habian de armar para resistir las fuerzas españolas.

El príncipe de Orange que habia estado en Holanda á la mira de todas las facciones de Alexandro, sin osar salir della, llegó en este medio á la villa de Brujas, que es de las más grandes y ricas del condado de Flandes, y hallándola mal presidiada la quiso guarnecer de la gente que habia en la villa de Menin y mandó fuesen á mudarla cuatrocientos soldados de la guarnicion de la de Ypre. El Gobernador de Menin no entendió bien la órden, y ántes que llegase la gente que le habia de mudar, la desamparó. Un católico de la villa de Menin dió este aviso á la gente que estaba por el Rey, nuestro señor, en un fuerte cerca de allí, que eran quinientos alemanes, y con mucha diligencia marcharon á Menin y se apoderaron della y de muchas municiones y catorce piezas de artillería, y cuando los de Menin llegaron á Brujas, mandó el príncipe de Orange (que habia sabido el suceso) cortar la cabeza al Gobernador por lo mal que se habia gobernado y no entendido bien el órden; pues está claro que siendo soldado, como se presume lo era, pues tenia á cargo una villa en tiempo que la guerra andaba tan viva, que no habia de desampararla sin que primero llegaran los de Ypre que le habian de mudar, y aunque no fueran tan á tiempo como el caso permitia, habia de dejar en el ínterin guarnecida la muralla y tomada una puerta donde pudiera hacerse fuerte si le importara, y resistir á los burgueses cuando bien quisieran echarlos fuera (como lo hicieron), y no tan sin acuerdo desampararla de todo punto, y más teniendo tan cerca á Alexandro. Y así conviene mucho que los Gobernadores que tienen plazas á su cargo, donde hay gente de guerra, sepan prevenir lo que les puede suceder ántes de poner en ejecucion lo que se les ordena, por no caer en semejantes yerros, y sabrian gozar de las ocasiones en que por descuido vienen á caer, como la gozaron los alemanes del fuerte por el que tuvo este gobernador de Menin. No ménos importa á los Generales saber dar las órdenes en la guerra, como entenderlas quien las ha de observar, y si el de Orange las diera como convenia no le sucediera tan mal á su Gobernador, pues

no le importó ménos este descuido que perder una villa.

Tenia Alexandro tan particular cuidado en dar las órdenes, que no sólo se satisfacia fuesen por escrito, mas hacia que se las repartiesen los mismos á quien las daba, y cuando los Sargentos mayores del ejército iban por el nombre, despues de habérselo dado y ellos escrítolo en su libro de memoria (como es costumbre), hacia se lo volviesen á repetir para que no ignorasen nada de lo que ordenaba. Con este cuidado los traia tan advertidos y disciplinados, que jamás, por órdenes mal entendidas, se dejó de conseguir todo lo que intentaba, ni ellos de ejecutarlas con mucho gusto, porque de su trabajo y servicios esperaban el buen premio que les daba, y por esto fué siempre muy amado y temido.

Deseaba Alexandro limpiar el condado de Flandes, así de lomuchos frabutes que se recogian en las tierras y villas enemigas, como sujetarlas á ellas á la obediencia de S. M. católica; y habiendo ya ganado las que se han escrito, y reconocido la fortaleza y sitio de la de Ostende, mandó encaminar el ejército español á la villa de Dixmuda, que está en triángulo de las de Ypre, Ostende y Neoporte. Rindióse dentro de dos dias y tenia de guarnicion cinco compañías de holandeses, salieron con sus armas, banderas y bagaje.

Desde el sitio de la villa de Dixmuda mandó Alexandro marchar todo su ejército, á los 2 de Agosto deste año, la vuelta de la villa de Ypre. Es plaza muy fuerte y una de las más ricas y pobladas de Flandes. Mandóla sitiar por todas partes, y en tanto que se hacia como lo habia ordenado se fué á la villa de Anamur á despedirse de Madama Margarita de Austria, su madre, que hasta este tiempo se habia estado allí esperando la órden del Rey católico, su hermano, que era de que se volviese á Italia.

El príncipe de Orange estaba tan envidioso de los buenos y prósperos sucesos de Alexandro, que si bien le pudiera desengañar de su obstinada pretension, no solicitara de nuevo, como lo hacia, á los Estados rebeldes, ni les pidiera ayuda contra el Rey, nuestro señor; pero como su inclinacion le llamaba

á nuevos deseos é inquietudes, sin reparar en los inconvenientes que su mala dicha le acarreaba, se fué á la villa de Freselingas y juntó una gruesa armada, y mandó se detuviesen todos los navíos que allí habia del duque de Alanson que se iba á Francia, y que estando en conserva estas dos armadas, pensaba hacer la guerra al Rey católico y echar las suyas y sus ejércitos de los Estados de Flandes; los cuales, á persuasion suya, habian llamado al duque Casimiro, y con nuevas ofertas le hacian juntar mucha gente en Alemania, y por esta causa guarneció todas sus tierras y fronteras el duque de Treves.

No por esto se desengañaban los rebeldes, pues con ver al de Orange cuánto habia deseado establecer al duque Casimiro por conde de Flandes, y despues al de Alanson, y al uno y al otro hécholes gastar sus haciendas y ejércitos con esta pretension, y haber apurado á los Estados y traido á tanta necesidad y miseria, no acababan de desengañarse, ántes bien, siempre que los solicitaba (aunque á fuerza de invenciones y artificios) los hallaba tan á la mano, como en los sucesos pasados se ha visto.

El mismo dia que Alexandro mandó poner sitio á la villa de Ypre se le ganó una exclusa que estaba á tiro de arcabuz de la muralla. Salieron muchos dias á escaramuzar los enemigos con la gente del ejército catolico, porque eran muchos y bien disciplinados, y se peleaba de ambas partes valerosamente.

Vuelto Alexandro de visitar y de despedirse de Madama Margarita de Austria, su madre, tuvo aviso que el duque de Alanson andaba con muy gran número de gente en los contornos de Cambray y con mucho deseo y esperanzas de ganar por trato y con inteligencias algunas plazas del país de Artoes, y en el ínterin les corria las campañas y contornos, é hizo un fuerte en el paso del rio que va á Cambray, que se llama Vacafregi, para desde él inquietar toda aquella comarca y hacerse respetar y contribuir della y de sus contornos. No era mal designio si lo supiera conservar y poner por obra todo lo que habia intentado; pero no los buenos deseos en la guerra alcanzan las victorias, sino la fuerza y la industria, y estas han de ser con

tanta experiencia ejercitadas, como se deja entender. Las facciones francesas, como ya he apuntado, son mejores para imaginadas que puestas por obra, y más las de Alanson que siempre le sucedian al contrario de como las trazaba y entendia, por no saberlas ejecutar.

No le pareció á Alexandro dejar pasar con su intento al duque de Alanson, y para estorbárselo y castigar el atrevimiento de sus franceses, ordenó al Maestre de campo, Pedro de Paz, que con su tercio de españoles y su compañía de lanzas de la misma nacion, fuese con el marqués de Rentin y el conde de Agamont con sus regimientos de valones, y Monsieur de la Mota con la gente de su cargo y dos compañías de caballos italianos, y se pusiesen en el lugar de Ponterras, que está á una pequeña legua de la villa de Duay, y que desde allí convidasen con la paz á los franceses que guardaban el fuerte de Vacafregi ya nombrado, y si no la querian admitir, fuesen sobre él y lo batiesen y asaltasen. Púsose por obra, y sacaron de la villa de Valencienes cuatro piezas de artillería y se comenzó á batir, y al amanecer les dieron el asalto dos compañías de españoles, la una de D. Sancho Martinez de Leiva, y la otra de Juan de Rivas, valeroso y prudente Capitan, que era la que habia sido de D. Cárlos de Meneses que mataron en el reencuentro del Mariscal de Biron, que por ser de arcabuceros y mejorar á Juan de Rivas se la dió Alexandro. Cerraron estos dos Capitanes con mucho ánimo, y aunque se defendieron los franceses no les aprovechó, pues sin que se escapase ninguno los degollaron á todos.

Alexandro apretaba á los cercados de la villa de Ypre, y con gran brevedad y extraordinaria asistencia les hizo un muy bueno y extendido fuerte en la abadía de San Lázaro, hácia la parte de la villa de Brujas, para estorbarles las entradas y salidas en ella, y dejándole guarnecido con mil infantes y doscientos caballos, diez piezas de artillería con muchas municiones y bastimentos, partió, á los 15 de Octubre deste año, con el tercio de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon, dos regimientos de valones y un buen número de italianos y alemanes, con

toda la caballería española y albanesa, y fué alojar á un lugar grande que se llama Yelo, tres leguas del país de Vater y de allí envió á los Capitanes Simon de Padilla, Luis del Villar, Agustin Roman y Jusepe Cerdán, todos soldados de experiencia; con buen número de españoles, italianos y valones para que ocupasen el fuerte del Sasso. Alexandro pasó una legua de allí y mandó hacer un puente en el rio que va de Gante, y como los rebeldes que estaban en un fuerte le vieron y que habia de ser causa de su perdicion si esperaban en él, le desampararon y se fueron á Gante, y los Capitanes españoles ya nombrados, con la gente que llevaban, se apoderaron del Sasso, plaza fuerte y de mucha importancia para la empresa de Gante y estar cerca del mar.

Poco ántes que se levantara el ejército de sobre la villa de Ypre, iban doce españoles desmandados á correr. Entraron en una hostería ó taberna de un lugar del marqués de Rubes; en la cueva della comenzaron á buscar si habia algo que comer, particularmente leche y queso, que en semejantes partes lo guardan los labradores en aquellos países. Comenzaron á buscar entre unos haces de paja que habia en la cueva, y en vez de hallar lo que deseaban, dieron con diez y ocho cuerpos muertos; y reconociendo que eran españoles, prendieron al tabernero y le apretaron hasta que confesó que yendo muy enfermos á curarse al hospital del ejército, les seguian unos villanos, vasallos del marqués de Rubes, de un lugar que estaba allí cerca, y entre las villas de Lila y Tornay, y que durmiendo aquella noche en su taberna sobre aquella paja, entraron y los mataron en aquel mismo lugar donde estaban. La voz desta crueldad llegó al ejército español, por haberla derramado estos doce soldados, y fué en tanto el sentimiento que tuvieron, que una noche se convocaron de los dos tercios, de Mondragon y de Pedro de Paz, un buen número de soldados para ir á castigar aquel delito, y aunque Alexandro lo entendió y procuró remediar con los Capitanes y Sargentos mayores, no fué posible detenerlos, porque á la sorda y á la deshilada se salieron de los cuarteles y fueron al lugar del marqués de Rubes, y lo abrasa-

ron sin remision, y el incendio pasara á otros muchos lugares si no se pusiera remedio por Alexandro, que si bien sintió mucho este desórden, por ser el Marqués General de toda la caballería del ejército católico, disimuló el castigo, porque una vez indignada la nacion española (que jamás lo hace sino por cosas muy justas), con dificultad se le va á la mano habiéndose arrojado á la determinacion, demás que por muchos respetos convino pasar por ello, y el mayor fué entendiese la gente de aquel país, cuando otra vez pasasen por él soldados españoles, el respeto y decoro que se les habia de guardar.

Cuando el duque de Alanson se huyó de la villa de Dunquerque envió con persona de su casa á satisfacer á la reina de Inglaterra, y rogarle encarecidamente que le diese nuevas ayudas y socorros para volver otra vez á Flandes, y entre otros particulares le envió á decir que habia pasado voz de que con el rey de Escocia se casaba una hija del Rey católico de España. No dejó de sentirlo mucho la Reina, porque si fuera verdad causara grandes mudanzas y novedades en su reino. El príncipe de Orange habia trazado esto y movia estas pláticas, de manera que solicitaba á la Reina y al duque Casimiro para que socorriesen al de Alanson, porque como vió que habian echado de Holanda y Gelanda á los franceses, y que no los querian admitir los Estados, pareciéndoles que el intento que tenia era más para señorearlos y hacerse único poseedor que para sacarlos de la opresion en que á su parecer vivian, quiso romperles sus designios y buscar nuevas trazas y extratagemas para establecer de nuevo al duque de Alanson, valiéndose de agenas ayudas, y más perpetuarle á costa de sangre de inocentes vasallos; y para dar fuerza á sus intentos, hizo liga con el Obispo apóstata de Colonia y otros, y aunque diversas veces los Estados habian desengañado al duque de Alanson de lo que pretendia, como el príncipe de Orange le embaucaba y traia deseoso de hacerle soberano señor de Flandes, no lo queria creer, ántes comenzó de nuevo á hacer levas de gente en los confines de la provincia de Picardía y fronteras de los Países-Bajos, pareciéndole que si Alexandro salia con la empresa de la villa de Ypre y él se

hallase con ejército levantado, de necesidad le volverian á llamar los Estados, y más intercediendo la reina de Inglatera, el Rey, su hermano y el príncipe de Orange; pero como Alexandro se desvelaba en saber sus trazas, acudió al remedio con levantar el ejército católico, que ya le tenia reforzado y con buen número de gente, y buscar al duque de Alanson, y en haciéndole rostro le rompió sus designios y deshizo su pretension. No era esto cosa nueva, pues se ha visto por lo pasado que nunca Alexandro vió al duque de Alanson (si así se puede decir) sino por las espaldas, pues siempre que se le opuso se las volvió. Quedó el príncipe de Orange, de haber visto rotos por este camino sus designios, tan lastimado y medroso, que sin ser en su mano traia tan en la memoria las victorias de Alexandro, que para oponérsele, visto que sus fuerzas eran pocas, se valió de las manos del artificio con que vivia, y poniéndose en ellas comenzó de nuevo á convocar los Estados rebeldes, y hizo juntar los Diputados y Procuradores de sus provincias, y con mucha instancia les persuadió que, no tan sólamente no se concertasen con el Rey, nuestro señor, pero que les convenia llamar de nuevo al duque de Alanson, y que le hiciesen Conde y señor de Holanda y Gelanda; y para que echasen de ver que lo que para esto le movia no era otra cosa ni interes más que desear su bien y beneficio de su patria, y que saliesen de la servidumbre en que vivian, que él juraria el primero y le reconoceria por señor y soberano, y que con esto quedarian libres de los daños que se les recrecian con los buenos sucesos de Alexandro.

En este tiempo salió la guarnicion católica que estaba en la villa de Liera y rompió un convoy ó escolta de bastimentos que llevaban á la villa de Bruselas, y desbarató y degolló la mayor parte de tres compañías que iban de guardia; y de cuarenta y cuatro carros, les tomó los veintiocho.

Los Príncipes católicos de Alemania, juntamente con el Colegio de la ciudad de Colonia, habia muchos dias que viéndose apretados y que sus cosas iban en peor estado, y que no hallaban otro remedio que valerse de los socorros del Rey, nuestro señor, los habian pedido á Alexandro para contra su

Arzobispo apóstata, que demás de haber perdido el respeto á Dios, á sus iglesias y casádose por mano de un ministro hereje con Inés de Mansfelt, monja profesa, hacia la guerra contra los católicos en todo su arzobispado de Colonia, y habia publicado en él libertad de conciencia, y tenia sitiada y con mucho aprieto á la ciudad de Bona. Deseoso Alexandro de acudir á una cosa tan importante y tan justa, como tan amigo de volver por la honra de Dios contra los enemigos de su Iglesia, no dilató un punto en poner por obra lo que les habia ofrecido, y envió luégo al conde Arambergue con tres mil infantes y quinientos caballos del ejército católico; y viendo el hereje Arzobispo banderas del Rey, nuestro señor, en Alemania, se quejó á los Príncipes protestantes del capítulo que violaban los estatutos del Imperio, si consentian en él soldados extranjeros. Los protestantes enviaron esta queja al Emperador, y él lo escribió á Alexandro, y que sacase luégo de sus tierras la gente y banderas que habia entrado por excusar los inconvenientes que podrian ofrecerse, y no contentándose el conde Palatino desta diligencia, escribió al conde Arambergue para que luégo se volviese á Flandes con su gente; pero como iba bien instruido de Alexandro de lo que habia de hacer, respondió que él sabia que no estaban prohibidos en el Imperio los soldados del Rey católico, pues no lo era extranjero, sino miembro de los mayores de Alemania, y que le ayudaba siempre con gente y dineros para la guerra contra el turco, y esto con más ventaja que ninguno de los Príncipes que para esto contribuian, y que tampoco no era vedado al capítulo de Colonia ayudarse y favorecerse de la Casa de Borgoña, pues demás de ser vecina y amiga antigua, el apóstata Arzobispo se habia confederado con el duque de Alanson y entrado en las provincias del Imperio franceses, ingleses y escoceses, que le habia de castigar, y á pesar suyo ayudar y favorecer al capítulo y colegio de Colonia, y que esta era el órden que llevaba de Alexandro, que por ningun caso haria otra cosa, aunque él hiciese lo que le pareciese.

La guarnicion de la villa de Bruselas estaba con algunos

temores, y aunque habian desamparado á la villa de Menin, la quisieron volver á ocupar, así por estar corridos de la burla que los alemanes les hicieron, como porque les importaba aquella plaza para la seguridad de sus contornos y poderse dar la mano con los de Gante, los cuales no estaban ménos atemorizados, porque como veian á la villa de Ypre tan apretada, y que los del fuerte, que era mucha gente católica, les corrian las campañas, pidieron ayuda al duque Casimiro para que fuese á estorbar los buenos sucesos de Alexandro. Ofreciéronle treinta mil ducados, pero como él conocia sus pocas fuerzas y cuán necesitados estaban de dineros, porque el príncipe de Orange los tenia menoscabados y pobres que no les era posible cumplir lo que le ofrecian, no los quiso ir á socorrer, y de todo punto les quitó las esperanzas.

En este medio corria el conde Holac las tierras y contornos de la campiña y Brabante con un campillo que traia de buen número de gente, pareciéndole que con destruirles los sembrados necesitaria á los naturales de bastimentos, y lo mismo al ejército católico. Monsieur de Hautepena que tuvo aviso desto, deseó romperle sus designios; marchó la vuelta dél con la gente que tenia á su cargo, y habiéndolo entendido Holac se retiró con determinacion de no esperarle.

Los soldados franceses de Alanson que se habian escapado de la rota de Amberes y de la del dique de Estembergue con el Mariscal de Biron, que por el consejo del príncipe de Orange se entretuvieron en Holanda y Gelanda á fin de introducirlos en aquellas fuerzas y procurar que volviese el duque de Alanson, sucedió en este medio que no los quisieron consentir y los echaron de los Estados, y quedaron por entónces libres dellos y de los demas franceses.

Ya se ha escrito como despues que el teniente coronel Juan Bautista de Tassis ganó (por industria del coronel Francisco Verdugo) la villa de Estembique, fué necesario guarnecella de un buen presidio y amunicionarla, así por lo mucho que importaba, como porque los soldados del ejército católico que habia en Frisa tenian necesidad, y estaba el invierno tan

adelante; y visto Francisco Verdugo lo mucho que convenia entretener los unos y los otros, se partió para Estembique y se llevó con él á Jorge Vestendorp, consejero del Consejo de Frisa, y á Hoctendorp, del de Overisel, para con su intervencion y acuerdo valerse de algunas contribuciones de aquellos países para entretener la gente. Púsose por obra y se sacó una buena suma de dinero, con que se hizo un gran servicio al Rey, nuestro señor, porque Francisco Verdugo, con buena órden, puso un Recibidor y Tesorero en quien entraban todas las contribuciones, y con cuenta y razon socorria dellas á los soldados, cargándoselas á su sueldo, y se les descontaba de lo que recibian, dando cuenta dello al Presidente y Consejo de Frisa; y con algunas amenazas y temores que Francisco Verdugo ponia á los frisones que contribuian, les hacia tambien pagar las Rentas reales que habia muchos tiempos no lo hacian, y todas entraban en poder de Vestendorp, recibidor que era de Su Majestad católica en aquella provincia; y el primero que estableció en ella esta órden, con que se aprovechó mucho la Real hacienda, fué Francisco Verdugo, y procuró hacer lo mismo en el país de Groeninghen, y tratándolo con los ofemanes en la cámara que llaman del Rey, que son Burgomaestres sacados del Magistrado, que juntamente con el Gobernador administran la justicia en el país, por el mejor camino que pudo le respondió el burgomaestre Vifringa, que era uno de los ofemanes, harto arrogante y desenvuelto, que si el Rey queria tener cuenta y razon en materia de dineros, que los enviase, y que no tenia que ver en los que se podian sacar del país de Groeninghen que á ellos les tocaba y no á otro. Francisco Verdugo disimuló como prudente, guardando siempre el decoro á su autoridad y para mejor ocasion lo que debia hacer, como las que se le ofrecieron de gobierno y guerra.

Todo el tiempo que la villa de Estembique estuvo por el Rey, nuestro señor, corria las campañas y contornos de las tierras de los rebeldes circunvecinas, haciéndolas notable daño, siendo Gobernador de la gente de guerra que en ella se puso de presidio Antonio de Coquela, teniente coronel de Monsieur

de la Mota, gran soldado y de mucho gobierno, y con su valor los oprimió y tuvo atemorizados.

En este tiempo prendieron los soldados del baron de Anholt á dos de los rebeldes de la guarnicion de Zutfent, los cuales avisaron á su Capitan para que los enviase á rescatar; no lo quiso hacer, y desdeñáronse tanto desto que propusieron vengarse con hacer que aquella villa se entregase al Rey católico. Francisco Verdugo se hallaba en esta sazon en la villa de Aldonzel. Hízolos llevar allá y examinarlos para que le dijesen de la manera que se podria efectuar lo que decian, y pareciéndole (aunque no se fió mucho dellos) llevaba camino, y que era necesario ántes de emprenderlo reconocer si era así lo que tanto aseguraban, envió al capitan Tissilinghe para que lo hiciese. Púsolo por obra y tan bien, que dijo era verdad todo lo que los soldados prisioneros habian dicho. No quiso Francisco Verdugo por entónces hacer esta faccion y la dejó resfriar algun tiempo, respecto de que el Sr. Nienoort, caballero del país de Groeninghen, que servia á los Estados rebeldes, les habia prometido que si le permitian levantar cuatro mil hombres á su costa que él haria la guerra á Francisco Verdugo sin gasto ninguno; y como lo vino á entender envió al teniente coronel Juan Bautista de Tassis con la mayor parte de su regimiento y otro buen número de gente de la que estaba con él á guardar el país y guarnecer los diques por donde el Sr. de Nienoort le podia acometer con una escuadra de navíos que tenia, y como los de Groeninghen fueron siempre tan ambiciosos, amigos de mandar y ser tenidos en más que otros, tornaron á enviar al teniente coronel Tassis con la mayor parte de la gente que Francisco Verdugo habia ordenado, que fuese dejando la inútil y de ménos servicio que habia. Esto fué á tiempo que el capitan Tissilinghe tornaba segunda vez de reconocer á la villa de Zutfent por habérselo encargado Francisco Verdugo, que pudiera ser parte para no salir con la empresa; no quiso dilatar el tiempo por el que se podia perder en cosa tan necesaria, y ordenó al teniente coronel Juan Bautista de Tassis que lo fuese á poner en ejecucion de la manera que se dirá.

La villa de Zutfent está cercada de altas y antiguas murallas de ladrillo, y los rebeldes tenian delante del foso viejo que tiene una fortificacion de tierra á lo moderno con sus baluartes; uno dellos está junto á los molinos de agua que tiene esta villa en la ribera, en el cual tenian un cuerpo de guardia que le podian ocupar hasta veinticinco ó treinta personas, y entre la primera y segunda puerta de la villa habia otra que iba á dar á este baluarte; y fiándose los de la guarnicion de Zutfent en la primera puerta, no cerraban de noche la segunda ni ponian guardia en la primera fortificacion ni en el cuerpo de guardia ya nombrado, por no haber dentro de Zutfent más de una compañía de infantería con los burgueses, y arrimando por la parte de afuera una escala al baluarte podian entrar los católicos sin ser sentidos, porque el ruido del agua de los molinos era tanta que lo estorbaba, y tambien el no haber foso respecto del molino y de un riachuelo que por él pasa. Reconocido ser todo esto así, comenzó el teniente coronel Juan Bautista de Tassis á ejecutar el órden que llevaba de Francisco Verdugo; ocupó el cuerpo de guardia con treinta soldados de los mejores que llevaba con órden de sustentarlo ó perder las vidas, y con el resto de la infantería se emboscó en unos fosos, muy cerca de la puerta, que es la misma por donde D. Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, la batió y ganó el año de 1572. La caballería que para esta empresa llevó Tassis la dejó en un bosque algo apartado de Zutfent, porque no se oyesen los relinchos de los caballos.

Desta manera estuvieron los católicos toda la noche hasta el dia que los rebeldes salieron á abrir las puertas de Zutfent, y los treinta soldados que estaban en el cuerpo de guardia caminaron á toda priesa á la puerta que es la que está entre las dos que por aquella parte tiene la villa, y repartiéndose los soldados católicos, fueron los unos á acometer á los rebeldes que abrian la primera puerta, y los otros á los que guardaban la segunda. Acertaron á matar al que iba á echar el rastrillo, que fué de gran importancia; como Francisco Verdugo se lo habia ordenado, pusieron guarda en él con mucha presteza, y fueron

señores de la puerta sin que se lo estorbasen, aunque lo procuraron.

Los que habian salido á reconocer, viéndose acometidos por la retaguardia, comenzaron á desmayar, y como Tassis oyó el ruido salió y los acometió por la vanguardia, de suerte que les obligó á irse huyendo al rededor de la villa, por dentro la muralla. No siguió el alcance por ir á ayudar á los treinta soldados que todavía peleaban en la segunda puerta, y con su llegada los acabaron de romper y entraron todos dentro en la villa, y fueron siguiendo y matando los rebeldes hasta otra puerta antigua, que está de la otra parte de la villa, donde, juntamente con los burgueses, hicieron un poco de resistencia. Ya en esta sazon habia acudido la caballería católica que quedó en el bosque, y todos juntos fueron á la plaza y la ocuparon con poca resistencia de los rebeldes, siendo de todo punto señores de la villa; y si hubieran guardado el órden que les dió Francisco Verdugo, fuera de gran importancia, porque dijo al teniente coronel Tassis, que en acabando de ganar la villa, pasase de la otra parte del rio é hiciese una trinchea, aunque fuese con las dagas en caso de que no hubiese otra cosa, y se fortificase en ella sustentando el puesto en buena guardia, porque los rebeldes no le ocupasen.

Tassis se descuidó porque vió á los soldados codiciosos y ocupados en el saco, y pareciéndole bastaba hacerlo otro dia, lo dilató, que fué la total ruina y perdicion de Frisa; y tanto, que hasta hoy se puede llorar el no haber ejecutado el órden que llevaba; y para que se entienda que aunque era tan gran soldado, como es notorio, le importara más ponerla por obra que dar gusto á los soldados dejándolos proseguir en el saco, pareciéndole, por tenerlos contentos, se podia dilatar para el dia siguiente; y como las cosas de la guerra no se han de remitir al tiempo, sino ejecutarlas sin perderlo, no es disculpa ni se puede admitir en semejantes ocasiones, ni el Oficial que por dar gusto al soldado (como muchos hacen) deja de acudir á su obligacion no es digno de alcanzar nombre de tal, ni del favor y merced que puede esperar de su Príncipe y Capitan general, pues pos-

pone su autoridad y reputacion por el particular interes del soldado, quizá más por el que á él se le sigue, que por el provecho que otro podria tener, como hay muchos, que no tan solamente lo disimulan, pero los imitan y persuaden á semejantes robos y audacias, sin mirar lo que aventuran. Destos tales no se puede esperar ningun buen suceso, ni se ha de entender que á Tassis le movió interes ninguno en el saco de Zutfent; pero sólo lo que pasó, y que hay Oficiales y ha habido tan codiciosos y desordenados que hacen semejantes cosas.

El conde Herman de Bergas, que servia á los Estados rebeldes, hallóse en este medio cerca de Zutfent y supo como era perdido, y con la gente de guerra que tenia ocupó el sitio que habia de señorear el teniente coronel Juan Bautista de Tassis, y se forticó en él con grandísima presteza, porque previno el remedio de tan notable daño y pérdida con hacer un fuerte inexpugnable, que llamaron el de Zutfent, que costó tanta sangre y reputacion como en el discurso destos escritos se verá. Sintió esto mucho Francisco Verdugo y órdenó luégo á Tassis quedase en Zutfent por Gobernador con parte de la gente que tenia, y que la demas se la enviase luégo; y con ella y la que pudo recoger de la villa de Groeninghen por haber entendido que el señor de Nienoort se habia embarcado con su gente y que pudiera por la mar darle cuidado, y en el camino supo que habia ganado un dique entre Delfesijl y Reyden, en un lugar que se llama Octerdan, y cortándole de repente se reparó en él con su armada, donde acudió Alonso Mendo, Alférez de la compañía de lanzas españolas de Francisco Verdugo y la del capitan Villers, con tanta presteza que no lá pudieron seguir las de infantería; los navíos de los rebeldes iban siempre navegando; y Francisco Verdugo, por no perder tiempo, caminó con tanta priesa la vuelta de Groeninghen que se le murieron muchos caballos y reventaron los de su coche.

Con esta diligencia llegó á vista de los rebeldes y repartió su gente y la puso en los puestos que le pareció ser más importantes para que no entrasen más adentro en el país, ni trabajasen tan á su salvo en el fuerte da Zutfent, el cual iban fortifi-

cando á gran priesa; y como no lo hacian con tanta comodidad como deseaban, por cuyo respeto pasaban los soldados muchas necesidades, se desmandaban algunos é iban á correr, ó como suelen decir á la pecorea, particularmente los frabutes; y todos los que Francisco Verdugo podia haber á las manos los hacia ahorcar á vista de su fuerte y echarlos en el mar; pero reservaba desto á las soldados viejos y que tenian plaza, dejándoles ir libremente por su paga de un mes, como es costumbre. Sentian mucho esto los frabutes, y más cuando los hizo poner al rededor (y por otras partes) de su alojamiento muchos escritos en que les decia, que á hombres que no tiraban ni recibian sueldo no merecian ser tratados como soldados, y que por eso y por la libertad con que vivian los hacia ahorcar como á ladrones y que el que quisiese reducirse al servicio del Rey, nuestro señor, lo admitiria, y el que irse á su tierra le daria pasaporte y dineros para el camino, con tal que no sirviese á los Estados rebeldes.

Muchos hubo que lo aceptaron por gozar esta comodidad y se iban á sus casas; á los demas hacia la guerra con mucho rigor; de suerte, que por su buena industria, les desbarataba las fuerzas que el Sr. de Nienoort habia juntado. Y ántes de pasar adelante es bien se entienda que frabutes son como bandoleros á foragidos, gente de mal vivir y facendros que viven entre soldados sin querer asentar sus plazas por andar licenciosamente robando y haciendo mil atrocidades; y aunque son indignos del nombre de soldado, algunos se lo llaman, lo cual no es así, ni lo puede ser aquel que no tiene plaza ni sueldo, ni sirve debajo de bandera. El que lo hace, es soldado porque este nombre se deriva del sueldo que gana por serlo, si bien dicen algunos que cuando Josué dio aquella batalla á los amalequitas y mandó al sol se detubiese para acabarlos de vencer, dijo á los suyos (como muchos piensan) ya el sol nos es dado, tomando de aquí este nombre de soldado, que es el que hoy tenemos; pero yo soy de opinion contraria, como he referido, que del sueldo ó soldada que ganamos nos viene el nombre; y es tan honrada cosa de serlo, como es notorio, pues se sujeta y

somete á la obediencia de sus Oficiales y á militar y servir debajo de una bandera que representa la persona de su Príncipe, y como á cosa digna de veneracion y á quien se debe tan justo respeto, no le pierde en lo que se ofrece, obligándole á hacer cosas tan honradas que se dignan los superiores á premiarle y á favorecerle como á persona que se humilla y avasalla al hábito y órden militar, que es la más estrecha profesion que se sabe, fuera de la de los religiosos, porque esta es la más perfecta; y aunque no es muy fuera de propósito alargarme, apuntaré el rigor y objecion con que vienen, porque si encerrados los quieren, con una posta que le pongan en una puerta, lo estarán, sin salir por ella un siglo (si así decirse puede): si castos, la mala vida que tienen, la hambre, las desnudeces, los frios y calores que pasan les obliga á serlo: si obedientes, ¿quién más lo son que ellos? Amor, temor y reputacion les obliga á sujetarse al rigor y superioridad del más mínimo Oficial de una compañía; pues si discrepan ó salen del órden que tienen, si responden alto ó rezongan, no haciendo de buena gana lo que se les ordena, como sea en servicio de su Príncipe, no lo pagan ménos que con una cuchillada, abriéndoles la cabeza ó cortándoles un brazo (aunque no lo tengo por bueno); y esto seria lo ménos si con ello no perdiesen la honra; porque como el hábito de soldado es profesarla, juntamente con la obediencia, siempre que no la tienen quedan deshonrados é inhabilitados para poderla cobrar ni tener oficio en la guerra, donde si una vez la pierden jamás serán admitidos debajo de bandera en ninguna compañía.

A gente de tan honrada profesion, y que por su virtud, valor y obediencia alcanzan y son dignos del nombre de soldados, estimaba Francisco Verdugo (como los deben estimar todos los Generales del mundo que se precian de serlo) y les hacia buena guerra, y con un mes de paga les daba libertad para volverse á sus compañías; pero á los frabutes, que es gente de la calidad que se ha escrito, los hacia colgar de un árbol para dar ejemplo á los demas y que se entendiese la estimacion que hacia de los soldados, y la diferencia de los unos á los otros; si

bien hay personas que tienen por tales á los frabutes, y es muy gran yerro, porque es gente libre y suelta y que viven á su albedrío, no con más fundamento que el arrimo y amparo de las guarniciones ó compañías que están en una plaza, donde suelen recogerse gran cantidad dellos, y salen á robar á los caminos, haciendo (como dicen) á toda ropa, sin respetar amigos ni á enemigos, y de lo que hurtan parten con los Capitanes y con el Gobernador de la plaza ó villa donde se recogen porque los dejen vivir en ella. Suelen hacer grandes correrías ó pecoreas de importancia, ganando prisioneros de calidad, perturbando á los pobres labradores á que no trabajen; y para que lo puedan hacer, se lo pagan, y los tienen tan sujetos y atemorizados, que muchas veces los encubren en todos los Países-Bajos, por temor de no perder sus haciendas y sus vidas, como muchas veces los privan dellas siempre que no les dan el asistencia que quieren y han menester para conservarse en tan mal estado como se ha escrito.

Como vió el señor de Nienoort que su gente se deshacia, y la justicia que Francisco Verdugo les daba y el poco remedio que tenia para sustentarlos, se determinó á entrar con ella en el país, y como era el mes de Octubre y comenzaban á cargar las aguas y entrar el invierno, este año más áspero que otros, no pudo Francisco Verdugo seguirlo, porque se retiraba por el dique, y llegó hasta Winschoten, donde dejó parte de su gente, y con la demas se puso en contribuciones, y la católica habia de ir por las praderías y caminos tan empantanados, que con grandísima dificultad se caminaba por ellos; con todo eso, envió una buena parte tras del señor de Nienoort.

Los de la señoría de Veden, que es del conde Arambergue, no sabiendo que les seguian los católicos de Francisco Verdugo, llegaron á Winschoten y sitiaron los rebeldes que habia dejado allí el de Nienoort en una iglesia, y como él volvió de Veden y supo lo que pasaba y que le ocuparon los pasos por donde se habia de retirar, le fué forzoso rodear por las praderías y pantanos con mucho trabajo para escaparse, y vino á dar á la misma parte, donde fué roto y deshecho el conde Arambergue con

el tercio de Cerdeña, que era de españoles en tiempo del duque de Alba, el año 1568; pero no le valió la diligencia que hizo porque los soldados católicos de Francisco Verdugo le salieron al paso, y cerrando con él animosamente le rompieron y desbarataron, y su persona salió herida de un arcabuzazo en una pierna que le estorbó el poderse retirar; pero un hijo suyo que estaba cerca, viendo al padre tan mal herido, cual otro Eneas troyano lo puso sobre sus hombros, y dijo tuviese ánimo, que no le desampararia hasta acabar la vida.

En este tiempo se trabó una contienda entre unos soldados católicos, sobre quién habia de llevar una bandera enemiga que habian ganado, y acudiendo todos al ruido, dieron lugar á que el hijo pudiese salvar al padre, que con inmenso trabajo le llevó en sus brazos gran trecho sin desampararlo hasta que tambien le dieron un arcabuzazo, y como pudieron, hijo y padre se entraron en una iglesia donde muchos de los suyos se habian escapado. Los soldados católicos anduvieron algo descuidados, pues en ella los pudieran prender aquella noche con los demas que habia dentro. Fiáronse en que era muy oscura y que no se atreverian á salir; pero ellos, temerosos del peligro, se determinaron en el silencio y oscuridad de la noche á irse, y lo hicieron sin ser sentidos, tomando el dique que va á Vellembole, y de allí á Hoguebond, que es lo último dél y donde se acaba es tierra del conde de Emden. Allí se embarcaron y se volvieron al fuerte donde habian salido, sin haber efectuado ninguna cosa de las que procuraron intentar; y como iban tan mal heridos se desangraron por no haber tenido quien los curase, y en breves dias murieron con grandes incomodidades, y tan pobremente, que no hallaron alivio ni remedio para cobrar la salud ni sustentar la vida, que fuera posible, si le tuvieran y medicinas con que curarse, no perderla. Desta manera las acabaron hijo y padre, que por su valor y nacimiento eran dignos de muerte más honrosa y en mejor lugar, así por haber mostrado el hijo el amor y obligacion que debia, como por ser el padre un muy valiente y cortés caballero, y el más galan y gentil hombre que habia en aquellas partes. Las malas obras que los de Groeninghen

le habian hecho le obligaron á declararse por enemigo del Rey, nuestro señor, no porque lo deseaba, sino por serlo dellos y vengarse de los malos tratamientos que habia recibido. La envidia y persecuciones le pusieron en tan mal estado; pero nada era parte para olvidarse de Dios y de su Príncipe. Fué muy rico y se trató siempre con tanta pompa como si fuera persona real. Cuando comia tenia muchos y diversos músicos que con varios instrumentos le entretenian, y al fin de sus dias no halló quién le diera una vez agua; tal era su pobreza y necesidad, y la tendrán juntamente con muertes atroces y violentas todos los que por sus propios intereses y fines se apartaron de Dios y de sus naturales señores. Con su muerte se acabaron de deshacer y huir sus soldados, y como habian quedado tan pocos, determinaron los Estados rebeldes de sacarlos del fuerte y guarnecerle con otros más pláticos y viejos; y porque el mar batia en él lo fortificaron á mucha costa y lo hicieron inexpugnable, por cuya causa fabricó Francisco Verdugo otros fuertes al rededor para necesitarlo y estorbarle las entradas y salidas en el país de Holdam, que es territorio de la villa de Groeninghen.

Estando un dia Francisco en uno destos fuertes, llegaron algunos navíos cargados de bastimentos y municiones para querer entrar en el de los rebeldes, y fué á tiempo que bajaba la marea y quedaron en seco, y considerando que el viento que hacia era apropósito para quemarlos si se les pusiese fuego, y dellos saltar á las barracas de los soldados que estaban en el fuerte, que eran de paja; y para que esto tuviese efecto, les comenzó á batir con dos piezas de artillería que tenia, y como estaban en seco, les daba por la lumbre del agua y por los costados, haciéndoles buena batería, á fin de que cuando volviese á subir la marea se hinchiesen de agua, y en siendo que era de noche, envió al señor de Rinavelt, á cuyo cargo estaba el fuerte donde Francisco Verdugo se hallaba, que con un gran número de soldados alemanes tomase la marina, y los valones por la parte del dique donde estaba una cortadura, cerrasen todos á un tiempo y ganasen los navíos y los quemasen. Hiciéronlo valerosamente, y pegaron fuego al que

estaba más cerca, pero en un instante se mudó el viento y cesó la faccion, que fuera la mejor que se pudiera desear, y sin ninguna duda se ganara de aquella vez el fuerte, porque las barracas estaban arrimadas al parapeto de la parte del mar, que es por donde ellos no pensaban ser acometidos, y en aquella ocasion era fácil, con la confusion del humo y fuego y no poder los rebeldes acudir á la defensa. Y como vieron los católicos el mal suceso, por haber calmado el viento, se volvieron á retirar sin hacer más efecto que quemar un navío y quedar los otros desfondados.

En este tiempo llegó á las riberas del Rin el regimiento de valones de Monsieur de la Mota, que por no estar en gracia de Alexandro le dividió del ejército y le envió para que sirviese debajo de la mano de Francisco Verdugo, que sabiendo habia llegado al Rin, fué á él y le hizo pasar de la otra parte, juntamente con algunas compañías de su regimiento que habia enviado á Brabante con el conde Cárlos y la de la guardia de su padre, Mansfelt, y las de Monsieur de Teves y de Marco Martinengo. Con toda esta gente se halló confuso y algo embarazado Francisco Verdugo, por no saber cómo poderla entretener, porque las contribuciones que tenia aún no eran suficientes para sustentar la gente con que se hallaba, particularmente con la que de nuevo le habia llegado de Brabante, si bien algunos de los émulos que tenia le daban á entender á Alexandro le valian las contribuciones gran suma de dineros, y que podia muy sobradamente entretener los soldados; pero fué tan al contrario como adelante se verá. Y quien mejor supo usar dellas, fué Francisco Verdugo, que vivió con tanta limpieza como es notorio, y no como otros que en diversas veces habian tenido á cargo parte del ejército católico, y dividídolo los inviernos en las provincias de los Estados; particularmente algunos señores dellos, que por órden de Alexandro gobernaban la gente, se habian desmandado tanto en esto, que en vez de entretener los soldados ahorrando la Real hacienda habian destruido á los pobres vasallos y hecho tantos y tan excesivos desórdenes, que no se pueden imaginar ni decir, por no tocar en la autoridad y repu-

tacion de quien por acudir á sus propios intereses no miraba por la del Rey, nuestro señor, ni por la de Alexandro, que aunque deseaba remediar lo que llegaba á su noticia, no todas veces podia, por no dereputar algunas personas que trataban desto, por ser graves y de calidad, y algunos títulos entre ellos.

Hallábase Alexandro en la villa de Valencienes deseoso de emprender cosa de que se sacase buen fruto y hacer servicio al Rey, su tio, y sabiendo que el duque de Alanson estaba en la villa de Cambray y tan cerca de la de Valencienes, le pareció mover con él algunas pláticas para que restituyese la villa de Cambray. Púsose esto en tan buen estado, que se dieron rehenes de ambas partes; y porque las condiciones que pedia eran muy fuera de camino y más fundadas en malicia que en razon, no tuvieron efecto más de que entre otras cosas pedia trescientos mil ducados de contado, y que solamente se le diese al Rey católico la ciudadela, y que la villa se estuviese por el Imperio. Entendióse que aunque Alanson platicaba esto con Alexandro no era para que tuviese efecto, sino para atemorizar los Estados á fin de que le volviesen á admitir, pareciéndole ganarles la voluntad por este camino, que era el último que le quedaba por andar en su vana pretension. Restituyéronse los rehenes y Alexandro se volvió á Flandes desengañado de las pláticas del francés, y con la mayor confianza y osadía que jamás tuvo de ganar la villa de Amberes, porque como vió al duque de Alanson retirado á Francia sin tener medio sus esperanzas de volver á los Estados, y que el duque Casimiro no queria tornar á ellos por no darle dineros y ver que estaban necesitados, y el príncipe de Orange desacreditado y sin fuerzas, procuró engrosar las suyas rehaciendo el ejército católico para emprender una cosa tan dificultosa como el ganar una villa tan inexpugnable como la de Amberes; hizo tanta prueba de su ingenio y ánimo, que valiéndose él de su solicitud é inteligencias, comenzó á atropellar grandes dificultades y á granjear amigos, de suerte que los hacia de los mismos que no lo eran, como se vió en esta ocasion, que llegó el Bailío del país de Vater con la gente más

principal dél, y de su voluntad se le rindieron y le ofrecieron toda la isla, pidiéndole que guarneciese de soldados católicos las villas de Hustel y Hasselt, y el castillo de Rupelmunda. Alexandro se lo agradeció mucho y le recibió con grandes caricias, ofreciéndole hacer merced como lo merecia un tan gran servicio. Envió luégo al capitan Diego de Escobar, Sargento mayor del tercio de la infantería española del coronel Cristóbal de Mondragon, con diez compañías dél y cuatro de á caballo para apoderarse de las plazas y del castillo de Rupelmunda, y con él fué para entregárselo un hijo del Bailío, como lo hizo, y la mayor parte de los rebeldes que habia dentro y en los demas presidios se quedaron en servicio de S. M., y una compañía de caballos, que era del Bailío, y los demas que no quisieron quedarse se fueron á la villa de Amberes, para cuya empresa, la de Gante y Bruselas fué de tanta importancia el haberse reducido esta isla de Vater ó país de Vas, como adelante se verá.

A los últimos de Octubre envió Alexandro al mismo Capitan y Sargento mayor, Diego de Escobar con la gente que tenia, y que dejase guarnecido primero el castillo de Rupelmunda con sesenta españoles y algunos valones á cargo del Alférez del capitan Pedro de Solís, y fuese á reconocer el fuerte de Darnusa, que está en la misma isla de Vater y le tenian los rebeldes ocupado; y porque estaba dentro el conde Holac con dos mil hombres y ser la plaza tan fuerte, se retiró á los burgos de Hessel, y á los 25 de Noviembre volvió á enviar Alexandro á reconocer el mismo fuerte al coronel Cristóbal de Mondragon con su tercio de españoles y algunos alemanes, porque le habian dado aviso que por la parte de la marina era ménos fuerte. Mondragon fué desguazando con su gente más de una legua, con inmenso trabajo, y con dos barcas que sacó del fuerte del Sasso pasó un canal ó brazo de mar; en fin, lo reconoció que por todas partes estaba muy fuerte, y se retiró á un lugar, que estaba media legua de la otra parte del Sasso, donde estuvo todo el invierno con aquel buen número de gente á su cargo, á fin de molestar los rebeldes de aquel contorno y arruinarles y consumirles las campañas y haciendas á los de la villa de Gante;

y para la conservacion y guardia del fuerte del Sasso, ordenó Cristóbal de Mondragon que cada quince dias fuesen á hacérsela desde aquel lugar cinco compañías de españoles de su tercio.

A los 20 de Diciembre deste año se fué Alexandro con toda su casa y corte á invernar á la villa de Tornay, y ordenó que el marqués de Rubes quedase con el resto del ejército en Yelo y en otros dos lugares, y que lo entretuviese y gobernase; y al Maestre de campo, Pedro de Paz, que fuese á Alemania con su tercio de españoles y tres regimientos de valones y cuatro compañías de á caballo á juntarse con el conde Arambergue, porque el apóstata Arzobispo andaba muy valido, y con algunos soldados de los rebeldes de Flandes que habia juntado, campeaba desvergonzada y licenciosamente. Pedro de Paz caminó con mucha diligencia, y pasando por el ducado de Cleves llegó á una legua de donde estaba el campo de los católicos y el conde Arambergue, y fué á tiempo que se daban la batalla; y aunque pelearon valerosamente de ambas partes, no se habia reconocido ventaja hasta que salió un número bueno de gente en favor de los rebeldes que les hizo cobrar mucho ánimo, de suerte que rompieron y desbarataron á los católicos, y degollaron mucha parte dellos; y no les sucediera así si hubieran querido esperar que llegara Pedro de Paz con el socorro que para este efecto llevaba, sabiendo cuán cerca de allí le tenian. Díjose que porque su tercio de españoles no ganase la gloria de la victoria que sin ellos pensaba tener el conde Arambergue, que no le quiso esperar; y si bien hubo causas para creerlo, no es mi intento decirlas, más de que no fué la primera vez que yendo españoles con muchos señores de los Estados, en algunas ocasiones, porque no ganasen la gloria de los buenos sucesos que con ellos tenian por darla á sus valones ó alemanes, dejaron de hacer grandes servicios y particulares á Dios y al Rey, nuestro señor, demás que les importaba entretener la guerra y que durase, porque con ella vivian algunos que con la paz no serian conocidos, y así convenia no dar los cargos ni encomendarles las empresas de importancia por la remision con que las ejecutaban, por el interes que se les seguia, y si no le tuvieran, serian parte para acallar la

guerra, la cual dilataban por esta causa. Tanto puede la malicia y ambicion de gobernar, que anteponian sus propias causas á las de su religion, Príncipe y lealtad, como más particularmente veremos en estos sucesos.

Los de la villa de Amberes quedaron tan admirados y temerosos con la pérdida de la isla ó país de Vater, y que la gente de Alexandro habia de invernar en él, que no podian consolarse, y más habiendo de tener tan mal vecino. Con esta confusion en que se hallaban, que no era poca, estando tan olvidados de Dios y enemistados con todos aquellos con quien habian tenido alianza, les creció el temor y no sabian qué consejo ni medio tener, viendo que se les iban acercando las fuerzas españolas, tan aborrecidas dellos; y como sabian con cuantas veras hacia lo mismo el príncipe de Orange, y que para sus socorros y desdichas (si así se pueden llamar las que cada uno toma con sus manos) les habia siempre valido y aconsejado, le enviaron á decir en este medio lo que podian hacer para desalojar de la villa de Vater á los españoles y demas católicos que la habian ocupado.

El de Orange les respondió que rompiesen los diques para que el agua del rio Esquelda anegase aquél país y que navegasen por él, pues les era fácil, y con esto estorbaban á Alexandro que los pudiese sitiar con ejércitos fuertes ni otra cosa, si bien lo quisiese intentar. No miraba el de Orange el daño tan evidente que desto se seguia, pues no era ménos que asolar una provincia donde tan sin temor de Dios perecian las gentes; mas como estaba tan hecho á dar otros peores consejos, de donde resultaban mayores daños, pasaba por todo. Los de Amberes lo hicieron puntualmente, aunque no pudieron anegar tanta tierra como les habia aconsejado; hiciéronlo en más de una legua, con que causó mucho daño á los labradores de todos los contornos de Amberes. Demás desto se confederaron los desta villa con los de las de Gante y Bruselas, y con juramento lo confirmaron y ratificaron con las ceremonias al uso del país, de comer pan y sal, hasta morir ayudándoles los unos á los otros, ántes que obedecer al Rey católico.

Habia dias que tenian preso los de Gante á Monsieur de Chanpani con otros cuarenta burgueses de los más principales por sospechas que trataban de reducirse al servicio de S. M., y tambien á la villa de Terramunda, y en esta sazon les apretaron más las prisiones y publicaron un bando con que daban por traidor á cualquiera persona que tratase de concierto, y con esto soltaron los presos.

Los Estados rebeldes hicieron en este tiempo al conde de Bergas Gobernador de la provincia de Güeldres, por haberse quedado en servicio suyo, no obstante que el año de 1581 se habia reducido al del Rey, nuestro señor, y porque no pudo conseguir algunas cosas que pedia á Alexandro, le dejó y se pasó al de los rebeldes; pero duróle muy poco entre ellos la buena opinion que habia cobrado, porque teniendo sospechas queria entregar tres villas, las más principales de su gobierno de Güeldres, á Alexandro, le prendieron hasta asegurarse de la verdad; mas como en este tiempo pasaron por el rio Mosa la vuelta de Brabante cinco mil soldados católicos, los creció más la sospecha; creyendo iban á apoderarse de aquellas plazas, le pusieron á mejor recaudo y prendieron á un hijo suyo y á algunos criados, y á todos los llevaron á la villa de Utreque, y despues al príncipe de Orange, que por tenerlos más seguros les hizo llevar al castillo de Remequin.

Los soldados rebeldes que estaban de guarnicion en la villa de Bergas Olzon, en Brabante, se amotinaron en este tiempo por las muchas pagas que les debian los Estados, y hasta que se las dieron no dejaron salir un gran número de navíos holandeses cargados de mercadurías que estaban en el puerto; y como esta villa es de las más importantes del ducado de Brabante, que tenia sospechas que se queria entregar á Alexandro, les hubieron de pagar lo que se les debia, con que se aquietaron.

Los que seguian la parte y opinion del duque de Alanson, deseando todavía por consejos del de Orange volverle á introducir en los Estados, derramaron una voz en todos ellos que lo volvian á llamar, á fin de mover los ánimos del pueblo; y que por verse apretados habian menester su ayuda, y que su madre

la Reina no se lo consentia, y que por haber ido otra vez á Flandes estaba mal con el príncipe de Orange como persona más interesada; y pareciéndole que esta nueva que habia hecho derramar hiciera efecto, y que era buena ocasion para volver á reconciliar al duque de Alanson, hizo una junta en la villa de Dordreque, hallándose en ella Monsieur de Brunio, embajador de Alanson, y porque las condiciones que de su parte propusieron tenian color de ser sospechosas y fuera de razon, no las quisieron aceptar los Estados; y pareciéndole al de Orange que en otra ocasion negociaria mejor, despidió la junta é hizo otra en la villa de la Haya, con muchos procuradores que para un dia señalado se juntaron; y habiendo hecho instancia con sus amigos y confederados, particularmente con Monsieur de Aldegonde, que era quien todo lo solicitaba, como único consejero y privado del de Orange, para que viniese en lo que él dijese; y habiendo propuesto su pretension, no hubo efecto, ni vinieron en cosa alguna que aprovechase, ni de las que habia intentado para sus fines particulares.

Hallábase todavía el Maestre de campo, Pedro de Paz, con su tercio de españoles en Alemania, y con la demas gente que habia llevado para socorrer el Colegio de Colonia, y pareciéndole á Alexandro que ya no era menester y que bastaba la que tenia para cualquier acontecimiento el conde Arambergue, le ordenó á Pedro de Paz que pasase á Frisa á órden del coronel Francisco Verdugo los tres mil hombres de las naciones que llevaba, y él se volviese con su tercio de españoles á Brabante; y habiéndose de hacer forzosamente este servicio tan dificultoso, pasando el Rin, que por ser rio tan grande y caudaloso no sufre puente por aquella parte que habia de pasar la gente, lo encomendó á D. Sancho Martinez de Leiva, Capitan de su tercio, que con su compañía de españoles lo hiciese por junto á la villa de Sante, que lo es del duque de Cleves. Allí recogió D. Sancho algunas barcas con inmenso trabajo, por ser en medio del rigor del invierno, con vientos contrarios, aguaceros y algunos huracanes, que en un rio tan ancho y poderoso no faltaban, demás de los grandes aguajes y corrientes que la fuerza del viento y

marea los embravecian. Con estos vistos inconvenientes y dificultades comenzó este valeroso Capitan y sus soldados, que servian de marineros, á pasar la gente á fuerza de industria y remos, que solo quien era hijo y hermano de tan grandes marineros (como lo han sido y son los Leivas), que sucesivamante ha habido en su casa diez y siete Generales de mar y tierra, pudiera emprender un imposible tan grande; y atropellando todos estos inconvenientes y dificultades, sin pérdida ninguna, puso los soldados, banderas y bagaje en salvamento de la otra parte del caudaloso Rin, y él se volvió á su tercio, que fué marchando (como se ha escrito) la vuelta de Brabante; sucedió en el camino que unos valones fugitivos y desordenados (que no quisieron pasar á Frisa) del regimiento de Monsieur de Mauri, entraron en el ducado de Cleves y en un monasterio de monjas profesas, que es de las más particulares señoras, hijas de títulos de toda Alemania, y ninguna que no lo es no la pueden recibir, la Priora era hermana del duque de Cleves, y sin consideracion á estos respetos y á las cosas sagradas que habia en él entraron por fuerza y lo saquearon, sin reservar cosa alguna, y á todas las monjas forzaron y maltrataron; siendo avisado deste desórden el Maestre de campo, Pedro de Paz, acudió al remedio y se prendieron diez y siete soldados valones y los hizo ahorcar á todos á la puerta del monasterio. Era tan celoso del servicio de Dios y tan buen cristiano, que cualquiera cosa sentia en el alma, y siempre tuvo en buen órden y disciplina toda la gente de su cargo. Acabado esto, fué marchando con su tercio al ducado de Luxemburg y tierras de la ciudad de Aquisgrana adonde pasó todo el invierno, y entró en estos alojamientos á los últimos de Setiembre deste año.

LIBRO OCTAVO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1584.

SUMARIO.

Gana Alexandro con inteligencias la villa de Estembergue en Brabante.—El marqués de Rubes gana algunas plazas.—Españoles desordenados ganan y saquean la isla de Casante.—Rebeldes rotos y desbaratados por Monsieur de Herpe.—Alexandro gana la villa de Aloste.—Sitio de Bona.—La ciudad de Bona rendida.—El coronel D. Juan Manrique gana algunas plazas.—El ejército del apóstata Arzobispo roto y desbaratado.—Ríndense los de Requelinque.—Los de Amberes eligen por Cónsul á Monsieur de Aldegonde.—Aldegonde roto y deshecho.—Nuevos artificios del príncipe de Orange.—El emperador de Alemania insta para la paz de Flandes.—Los soldados católicos de la abadía de San Lázaro rompen un convoy á los rebeldes.—El marqués de Rubes hace un fuerte y puente en el rio de Terramunda.—El castellano Olivera en el fuerte de Beter.—Francisco Verdugo pasa el rio por junto á Zutfent.—Sitio del fuerte y retirada dél.—Ríndese el fuerte y los rebeldes.—Motin de soldados rebeldes y se rinden al conde Holac.—Holac va con su ejército en busca de Francisco Verdugo.—Los rebeldes intentaron alzar por conde de Flandes al duque Casimiro.—Los ganteses tratan de la paz con Alexandro.—La villa se rinde á Alexandro.—Treguas entre Alexandro y los ganteses.—Artificios de Orange y Aldegonde.—Los burgueses de la villa de Brujas tratan de la paz con Alexandro por medio del príncipe de Simay.—Muerte del duque de Alanson en la villa de Chateo Tiri.—Los rebeldes de Holanda envian embajadores al rey de Francia.—Alteraciones de Gante.—La villa de Brujas se rinde á Alexandro por medio del príncipe de Simay.—Descúbrese el trato de la villa de la Exclusa.—Los ganteses publican la guerra y hacen notables crueldades.—El marqués de Rubes destruye los engaños de Gante.—El capitan Bartolo, brazo de hierro, acomete á los alojamientos de los españoles.—Valor del soldado español.—Treinta españoles resistieron en una iglesia el asalto de los rebeldes.—Muerte del sargento Juan de Claves y retirada de los rebeldes.—Salen algunos españoles de sus alojamientos en seguimiento de los rebeldes.—El autor defiende una barrera.—El capitan D. Gerónimo de Anaya socorre los demas españoles.—Los rebeldes se retiran con alguna pérdida.—El conde Holac va sobre el fuerte de los católicos, y prevenciones de Francisco Verdugo.—Holac aprieta el fuerte de Icenas.—Holac asalta el fuerte y se retira por ser muy resistido.—Sitio de Zutfent.—Grupa es las ancas del caballo.—Monsieur de Villers rompe á Mario Martinengo.—Los católicos del fuerte asaltan los cuarteles de Holac.—Muerte de Maximiliano de Bois.—El capitan Juan de Castilla y D. Juan Manrique socorren á Francisco Verdugo.—Bando que hace publicar el de Orange.—Alexan-

dro se previene y recoge sus fuerzas para sitiar á Amberes.—Llegan á Flandes tres tercios de españoles.—Alegrías de los españoles por verse juntos.—Alojamiento que tuvo Alexandro en todo el sitio de Amberes.—Sitio famoso de Amberes que Alexandro comenzó á prevenir y á disponer.—Guarnicion de españoles en el fuerte del Sasso.—El marqués de Rubes y Pedro de Paz ganan la isla de Dula.—Los españoles ganan el fuerte de San Antonio.—Los españoles ganan á Canton de Amor y degüellan á los rebeldes.—Los españoles que se señalaron.—Desacato del marqués de Rubes en presencia de Alexandro.—Los rebeldes desamparan los fuertes de la isla de Dula.—A quién y cómo se han de abatir las banderas.—Mondragon pasa con parte del ejército el rio Esquelda y pone sitio á Lillo.—Escaramuza de rebeldes y españoles y batería de Lillo.—Inundan los rebeldes los cuarteles de los españoles.—Fortaleza de Lillo.—Cuartel y fuerte del conde Cárlos y marqués de Barambon.—Número de los muertos.—Por buena industria del conde Nicolao de Checis rinde la villa de Arentales.—A 10 de Julio fué la muerte del príncipe de Orange el año de 1584.—Baltasar Gerardo se ofrece matar al príncipe de Orange.—Buena industria de Baltasar Gerardo.—Buen acuerdo de Alexandro.—Gerardo trata con el de Orange su embajada.—Gerardo mata al príncipe de Orange.—Gerardo preso confiesa haber muerto al de Orange.—Muerte de Gerardo.—Diligencias que hacen los Estados rebeldes despues de muerto el de Orange.—Temor de los de Amberes.—Crueldades de los de Gante y muerte de Juan Esbesio.—Alexandro aprieta el sitio de Amberes.—Los españoles ganan una cortadura.—Riguroso órden de Alexandro.—Trabajos de españoles.—El autor y otros dos soldados reconocen un desguazo.—El capitan Juan de Rivas pasa el canal con su gente.—Los rebeldes pierden un reducto y se retiran desbaratados.—Reconoce el capitan Juan de Ribas el fuerte de Flandes y se retira.—El marqués de Rubes sustenta y queda de guardia en el dique y cortadura de Callo.—El tercio de Pedro de Paz hace una estacada y puente para quitar la plática á las villas de Gante y Amberes.—Escaramuzas de españoles y rebeldes.—Número de los muertos.—Alexandro pone sitio á Terramunda.—Tepes son adobes ó ladrillos de tierra y yerba.—Los rebeldes de Terramunda no respetan las imágines y se fortifican.—Los Capitanes dan el asalto á un rebellin.—Terramunda se rinde á Alexandro.—Muerte del Maestre de campo Pedro de Paz y de D. Pedro de Tassis y otros españoles.—Por muerte del Maestre de campo Pedro de Paz da Alexandro el gobierno de su tercio al capitan D. Juan del Águila.—D. Sancho de Leiva, capitan de lanzas.—El conde Cárlos sitia á Vilborde y se rinde.—Alexandro ocupa con su gente algunos puestos para apretar á Amberes.—La ciudad de Gante se rinde á Alexandro y pactos que les hizo.—Resuélvese Alexandro de hacer un puente y estacada en el rio Esquelda.—Prosigue Alexandro el sitio de Amberes y reedifica el contradique.—Qué cosa sea dique y contradique.—Alexandro fabrica el fuerte de la Cruz.—Dónde se hicieron los fuertes de Santa María y San Felipe.—Comiénzase la fábrica de la estacada.—Los rebeldes juntan un grueso convoy para socorrer las villas de Malinas y Bruselas.—Los españoles de Vilborde salen á romper el convoy de los rebeldes.—Buen órden de los rebeldes.—Garabies son arcabuceros de á caballo.—Trabada escaramuza de católicos y rebeldes.—Setenta españoles y cien valones rompen y desbaratan tres mil y quinientos rebeldes.—Los rebeldes recuperan lo perdido y lo vuelven á ganar los españoles.—El autor defiende un puente.—Número de los muertos y heridos.—Agradece Alexandro á los españoles la victoria que tuvieron de los rebeldes.—Prosigue Alexandro en la máquina de la estacada para la toma de Amberes.—Defensas de la estacada.—Monsieur de la Nua preso en Terramunda.—Fábrica del fuerte de Santiago.—Los rebeldes fabrican cuatro fuertes.—Fuerte de Ordan.—Los rebeldes cortan el dique maestre y aislan á Lillo.—Cortan los rebeldes el dique de Em-

blangaren.—Alexandro hace los fuertes de la Trinidad y los rebeldes fabrican otros.—Alexandro manda hacer un rio á fuerza de brazos.—Por qué se dijo canal de Parma.—Industria de Alexandro y fuertes que hizo, y los de los rebeldes.—Alexandro da el gobierno de la armada al marqués de Rubes.—Prision de Monsieur de Bloys y de otros rebeldes.—Obstinacion de los de Amberes.—Artificios de Aldegonde.—Diligencias de los rebeldes.—El capitan Juan Chasco presidia á Arentales.—La guarnicion de Cambray destruye las campañas del Artoes y Henaut.—Monsieur de la Mota entra en Francia por órden de Alexandro y destruye las campañas de Picardía y Champaña.—Buen órden de Francisco Verdugo para marchar.—El conde Herman de Bergas pone en alerta el ejército de Francisco Verdugo.—El ejército rebelde se retira.—Necesidades de los católicos cercados y crueldades de Monsieur de Villers y socorro de Zutfent.—D. Juan Manrique sitia el castillo de Hackfort y se retira con pérdida.—Tassis gana el castillo de Hackfort y los católicos se retiran á sus plazas.—Los rebeldes se retiran y dejan sitiado el fuerte de los católicos con otros ocho.—Valor y constancia de Alexandro.—Tassis desguaza y pasa el Rin con mucho trabajo.—Los soldados católicos cierran con los rebeldes y los encierran en sus fuertes, y se lo ganan y asaltan.—Los rebeldes desampararon sus fuertes.—Juan Bautista de Tassis acaba de ganar á los rebeldes todos los fuertes.—Malos oficios que los émulos de Francisco Verdugo hacian con Alexandro.

Siempre que con las armas no podia Alexandro oprimir las tierras de los rebeldes y reducirlas al servicio y obediencia del Rey católico, su tio, lo procuraba con inteligencias. Traíanle tan desvelado y cuidadoso, que áun bien no dejaba de la mano una empresa cuando fabricaba en la imaginacion otra de que más honor y fruto sacase; y aunque pasaba y tenia su corte en la villa de Tornay, invernando y forzosamente gozando de algun descanso por el rigor del tiempo, su condicion y naturaleza no le dejaban sosegar un punto ni de aprovecharlo en cuantas ocasiones se le ofrecian; nada parecido en esto á algunos Capitanes generales que, viéndose retirados á invernar con sus ejércitos, les parece que con la poca paz y breve descanso se ha acabado la guerra, y tan olvidados de lo que profesan como si no fueran para ello. Debe el Capitan general siempre que está en el invernadero prevenirse y proveerse con gran cuidado y vigilancia de todo lo necesario para hacer la guerra más vivamente en saliendo en campaña, de suerte que atemorizado su enemigo le dé mucho que pensar; y en vez del descanso que el invierno le promete, le ha de ocupar en inteligencias, procurando sacar fruto dellas con tratos y facciones que, aunque sordas y mudas, suenen de manera que tengan siempre al enemigo

temeroso y desvelado, como hacia Alexandro, pues, en el invernadero deste año, casi no dejaron de la mano sus soldados las armas. Eran ya los primeros de Enero cuando ganó por trato con las inteligencias que habia tenido á la villa de Estembergue. Es plaza muy fuerte en Brabante y de mucha importancia por ser puerto de mar y muy acomodado para impedir el trato y comercio de Dordreque. Mandóla Alexandro presidiar con soldados de las naciones de los más platicos y viejos del ejército español. Despues desto ordenó (por no desaprovechar en nada el tiempo) al marqués de Rubes, que con la gente que tenia á su cargo invernando en el lugar de Yelo fuese con tres piezas de artillería á ganar unos castillejos que estan una legua de Gante, porque hacian mucho daño á los que salian á forrajear de los cuarteles católicos. Hízolo así, y sin perdida ninguna los ganó, guarneció y se volvio á sus alojamientos, en los cuales pasaba la gente mucha necesidad, así por estar las campañas destruidas y necesitadas, como por el poco dinero que tenia Alexandro, que les obligó á muchos soldados de todas naciones, así caballería como infantería á desordenarse, dejando sus banderas y cuarteles, y desguazando media legua de agua pasaron á la isla de Casante, que estaba frontero de la exclusa de Brujas, y la saquearon; y aunque Alexandro habia hecho publicar un bando de que nadie saliese á correr, los perdonó por la mucha necesidad que pasaban, con solo hacer ahorcar cinco soldados, uno de cada nacion. Esto sucedió á los primeros de Febrero.

La villa de Ypre estaba tan apretada con el fuerte que Alexandro le hizo en la abadía de San Lázaro, que pasaron mucha necesidad, y queriéndola socorrer, sacaron en este medio un buen número de gente de las guarniciones que tenian en las villas de Gante y Brujas con muchos bastimentos y municiones. Alexandro tuvo este aviso en la villa de Tornay, é hizo juntar una buena tropa de infantería y caballería de la que tenia más á la mano y algunos soldados españoles de las guarniciones de las villas de Dunquerque y Neoporte, y de la que tenia en el fuerte de Ypre y sus contornos, y estorbó el paso y designio á los rebeldes, rompiéndolos y desbaratándoles; degollaron á muchos y

les ganaron los bastimentos y municiones que llevaban, sin que en nada tubiese efecto de lo que habian intentado. Iba por cabo de esta gente Monsiur de Herpe, Gobernador del fuerte de Ypre, que se señáló como honrado caballero.

Los de la villa de Gante habian recibido en la última confederacion á la de Aloste y prometido de pagar á su costa á los soldados, y como no lo habian hecho y pasaban necesidad los ingleses y escoceses, que eran más número que los naturales, con inteligencias de Alexandro trataban de rendirle la plaza si les daba lo que les debian á los soldados. Alexandro se lo concedió y pagó luégo y envió á la caballeria española para que se entregase de la villa de Aloste, y lo hizo; quedando por este camino sujeta al Rey, nuestro señor, y los soldados ingleses y escoceses, que eran cinco compañías se quedaron por órden de Alexandro á sérvir en el ejército español.

Tenia sitiada á la ciudad de Bona, Ernesto, Arzobispo electo de Colonia, hermano del duque de Baviera, la cual estaba por Gerardo Truches, que era el apóstata; y con un nuevo socorro que le habia enviado Alexandro, á cargo del coronel D. Juan Manrique, le iba apretando con su regimiento de alemanes y otro buen número de caballería é infantería de otras naciones, y queriendo los herejes socorrer esta plaza, fueron rotos y deshechos por los católicos, con ayuda del villanaje del arzobispo de Colonia que se les juntó; y viéndose el Apóstata en contingencia de perderse, se huyó y llevó muchas riquezas y cosas sagradas de los templos, juntamente con la monja, y se fué á la villa de Güeldres con los condes de Holac y de Murs y concibieron grandes esperanzas de sus promesas, y dejó órden á los suyos que resistiesen, que presto volveria á socorrerlos. A la ciudad de Bona defendia Cárlos Truches, hermano del Arzobispo apóstata. Era tan grande hereje como él. Los de la ciudad no le tenian buena devocion, y hallándose apretados del largo sitio y los burgueses con grande necesidad, y que en las muchas facciones y salidas el coronel D. Juan Manrique, que tenia á cargo el sitio, mucha gente les obligó, y por haber perdido las esperanzas del socorro y haber tenido los burgue-

ses aviso del Emperador que publicaba el bando contra todos los defensores á rendir la plaza, como lo hicieron, á los 28 de Enero deste año, dando á los soldados cuatro mil escudos y dejándolos ir libremente, pero que habian de entregar y dar en prision á Cárlos Truches y á sus Capitanes, á los cuales llevaron á la ciudad de Liera, donde fueron más bien tratados de lo que merecian; pero al fin de algunos dias ahorcaron á los dos Capitanes, y á Carlos Truches preso y á buen recaudo en el castillo de Huin, uno de los más fuertes y seguros que hay en aquel país, y todos los que habian seguido su opinion y la de su hermano con más rebeldía que otros, fueron castigados en la ciudad de Bona conforme á sus delitos; y el coronel D. Juan Manrique, que por órden de Alexandro asistia en esta guerra con los demas del ejército español, hizo muchas y buenas facciones y ganó despues con su gente algunas villas y lugares; y prosiguiendo en sus victorias, siendo asistido del Teniente del coronel Francisco Verdugo, que con ocho compañías de soldados viéjos de los de Frisa habia ido á socorrerle y con la demas gente, sin la de su cargo, de Ernesto de Baviera, Arzobispo electo de Colonia, fué en busca del ejército del Apóstata, y á los últimos de Marzo se vió con él junto al rio Isel, en un lugar que se llama el Burg, y con acuerdo de Fernando de Baviera, hermano del Arzobispo, y de todos los Capitanes se fueron á los enemigos y pelearon todos tan valerosamente que los rompieron y desbarataron, y no escapándose más de ochenta de su ejército fueron todos los demas degollados y presos. Perdieron sus banderas y bagaje y hallaron en él grandes riquezas de que se aprovecharon todos los católicos y quedaron ricos, y preso y mal herido Enrique de Brancuique, y de los católicos no murieron más de diez y siete; y porque supieron que el Apóstata habia vuelto y héchose fuerte con el conde de Murs, se volvieron atras á sitiar á Requelingue, y miéntras la batian se huyó de noche toda la guarnicion del castillo de Heremburg, y los de Requelingue se rindieron, perdidas las esperanzas de ser socorridos. Sabido esto por el Apóstata, acordó dejar las armas y se fué con el príncipe de Orange, su amigo y confederado, con el cual vivió insepara-

blemente, arrepentido de sus errores y depravadas costumbres.

Y aunque podria parecer que escribiendo solamente las guerras civiles y rebelion de Flandes me he tomado licencia de tocar en el sitio y facciones de la ciudad de Bona, por ser en Alemania, no puedo dejar de advertir (para excusarme de la culpa que en esto se me podia dar) que todas aquellas empresas se hacian por consejo de Alexandro, y para ellas enviaba á sus Capitanes y soldados, así del gobierno de Francisco Verdugo en Frisa, como los que iban de Flandes. D. Juan Manrique, el conde Aramberg, Monsiur de Montani y otros Capitanes y Coroneles sirvieron en esta guerra valerosamente á sueldo del Rey, nuestro señor, y diversas veces fueron tercios de españoles y de italianos á estos y á otros socorros, como en estos escritos se verá.

Los de la villa de Amberes se hallaban algo afligidos y temerosos de que Alexandro los habia de sitiar; buscaban medios para resistirle y conservarse en buen gobierno, y pareciéndoles que ninguno mejor podia aconsejarles y valerles que Felipe de Martiniens, señor de Sante Aldegonde, lo eligieron por su Coronel; y él, por complacerles, lo aceptó, y por hacer lisonja al príncipe de Orange procuraba (artificiosamente) cuantas finezas podia; y porque los católicos de la guarnicion de la villa de Liera corrian y destruian todas las campañas de Amberes y Malinas, haciendo mucho daño á los labradores, ofreció de ganarla, ó á lo ménos de oprimirla para que no saliesen á las correrías que hacian; y para este efecto juntó un grueso número de gente de las guarniciones de las villas de Arentales y Malinas, y fueron con mucha confianza de salir con la empresa de la villa de Liera; y en sabiéndolo los soldados y Gobernador que habia en ella, salieron una noche y se emboscaron en la parte por donde ellos habian de pasar, y cerraron con ellos de suerte que los rompieron y degollaron la mayor parte y ganaron muchos prisioneros, y el señor de Sante Aldegonde se escapó, huyendo á espaldas vueltas, quedando muy corrido de haberle sucedido tan feamente la primera faccion que habia intentado; pero

como era mejor para Gobernador y para cosas de razon de Estado que para pelear ni poner en ejecucion los casos de guerra, no hay que maravillarse de su mal suceso, si bien lo hizo más por agradar á los de Amberes que por voluntad que tuviese de ponerse en manos de sus enemigos. Bien pudieran castigarle ó reprenderle los Estados rebeldes por este desórden, pero la opinion que en todos ellos tenia era tanta, demás que le conocian y adoraban por Vicario general de su religion, que nadie osara á murmurar ni reprender ningun mal suceso que tuviese: tanto puede el estar una persona bien recibida y opinada entre los suyos, pues aunque se embarace y ocupe en oficios agenos y emprenda sin haber experimentado cosas dificultosas, se disimula y pasa por ello; pero el soldado que en las de la guerra se atreve con poca experiencia y confiado en la privanza y favores de algunos Generales que les dan mano para acometer las más dificultosas, sin mirar la reputacion que de su Príncipe aventura, es indigno de la honra que profesan y merecen los pláticos y valerosos, que llevados de su buena industria y suerte, no sólo dan opinion á quien sirven, mas con la que tienen y conservan á costa de sus trabajos, atemorizan y ponen terror á sus enemigos.

No cesaba el príncipe de Orange con sus contínuos artificios y depravadas costumbres, siendo solicitado de Monsieur de Sante Aldegonde de procurar la vuelta del duque de Alanson á los Estados y hacerle conde de Holanda y Gelanda, ya que no habia podido introducirle en Flandes con este título ni con el de duque de Brabante; no era su deseo establecerle por su bien y acrecentamiento, sino porque solapadamente le entretenia y no le queria más que para sombra, y tácitamente elegir un gobierno á su gusto del pueblo, y sacar dél la poca sustancia que le habia quedado; y para esto pidió á las provincias de Holanda y Gelanda le admitiesen á él si no querian á Alanson por haber ya dos veces sucedídoles con este Príncipe tan diferente de lo que pensaban. Las villas y lugares marítimos lo recusaron porque lo tenian por traidor, y para persuadirlos y quitarlos de la memoria su pensamiento les decia Monsieur de Sante Aldegonde que

mejor era tener un Conde traidor que no un tirano, dando á entender lo era el Rey católico; y á el de Orange, por contentarle y entretenerle, ofrecieron hacerle gobernador de Holanda, aunque le tenian ya tan aborrecido por el mucho dinero que les hacia pagar, que si pudieran hecharle de sí lo hubieran hecho, si bien muchas veces estuvieron determinados para hacerlo; y si perseverara en un nuevo tributo que les queria hacer pagar, que llamaban el sexto dinero, el cual le negaron, sin duda lo hicieran y hubiera muchas sedicciones y revueltas entre los holandeses. Tanto puede un hombre artificioso y de mal intento, olvidado de Dios y enemigo de su patria y Príncipe.

En este tiempo escribió el Emperador apretadamente á los de la villa de Gante amonestándoles hiciesen la paz con el Rey, nuestro señor, y que suspendiesen las armas; y les ofreció componerlos de suerte que á todos estuviese bien, y que los acuerdos serian más en su favor que no en el suyo; y aunque estaban temerosos de que Alexandro los habia de sitiar por haber limpiado las riberas y contornos de las fuerzas que tenian, y que hallándose con tan pocas, no podian ser ménos, fueron tan pertinaces, que ni la persuasion del Emperador, ni verse tan desfavorecidos de sus amigos y aliados fué bastante á moverles de su perversa opinion.

Las necesidades que pasaban los sitiados en la villa de Ypre iba creciendo, y sus fuerzas se disminuian. La villa de Brujas, que estaba por los Estados rebeldes, juntó las que tenia y envió quinientos infantes escoceses y otros tantos caballos con algunos bastimentos. La gente católica que estaba en el fuerte de la abadía de San Lázaro tuvo este aviso, y saliendo dél segunda vez los rompieron y desbarataron y les quitaron los bastimentos, que ya por ninguna parte los podian entrar, particularmente por los rios de Audenarda y Cortray y otro, que todos tres son navegables y van á la villa de Gante, y habia muchos dias que Alexandro los hizo reducir al servicio del Rey, nuestro señor, y por esta causa los de Ypre pasaban mayores necesidades; y en el cuarto rio, que es el que pasa por la villa de Terramunda, que tambien va á Gante, mandó Alexandro á los últimos de Febrero

que saliese el marqués de Rubes de los alojamientos del lugar del Yelo con toda la caballería católica y gran número de infantería de todas naciones é hiciese un fuerte, y sobre la misma ribera un puente para darse la mano de la otra parte los del ejército español y quitar con esto el paso y comercio de la villa de Amberes, todo á fin de verla, y la de Gante irlas apretando para facilitar la empresa; y como no podia ya pasar ninguna barca por aquella ribera, demás de las necesidades que los ganteses comenzaban á pasar, las tuvieron mayores de allí adelante los de la villa de Ypre. El Marqués puso en ejecucion el órden de Alexandro y hizo el fuerte y puente junto á un lugar que se llamaba Beter muy cerca de Gante, y mandóle guarnecer con cuatrocientos alemanes y ocho compañías de caballos y cinco piezas de artillería, y con toda esta gente quedó el castellano Antonio de Olivera (por órden de Alexandro) gobernando este fuerte, que para atemorizar las villas de Gante y Amberes convenia su persona, y el marqués de Rubes, con el resto de la gente, se volvió á Yelo.

No pudiendo Francisco Verdugo entretener su gente y la que habia llegado de Brabante en las villas y lugares de su gobierno (y para remediar sus necesidades), le fué forzoso llevarla á las del ducado de Güeldres en la provincia de la Veluva y para esto pasó el rio por la villa de Zutfent, con ser los temporales muy recios por el rigor del áspero y erizado invierno, que este año habia entrado muy inclemente. Tenian los rebeldes un navío de guerra para impedir el paso, que luégo que entendieron el intento de Francisco Verdugo lo pusieron por obra; el cual, visto el estorbo que habia, procuró pasar la gente más abajo entre el navío y la villa de Zutfent, y en un ponton que habia en ella hizo su pasaje á media noche, y ántes del dia tuvo la mayor parte de la gente en la otra parte del rio.

Los rebeldes que estaban en el navío, como vieron que habian pasado y que tenian una cuerda que atravesaba la ribera donde se arrimaba el ponton, dejaron colgar una áncora para llevárselo consigo, que les era muy posible con la fuerza de vela y corriente. Temiendo esto Francisco Verdugo, hizo

soltar la cuerda de la una parte y pasó el navío sin hacer el efecto que pensaba. Continuóse el pasaje de la gente sin dificultad, y habiéndola puesto donde deseaba, mandó recoger el villanaje de aquellos contornos y los Burgomaestres de los lugares, y les hizo contribuir para que se sustentase la gente que habia pasado. Sin hacerles otro mal sacó Francisco Verdugo de la villa de Zutfent parte de la guarnicion que tenia en ella, y con alguna de la gente que habia llevado sitió el fuerte; pero como los temporales fueron tan recios y el rio iba tan crecido, entró el agua dentro, de manera que se hubo de retirar de las trincheas que tenia hechas al fuerte, y tambien desampararon los soldados el cuartel y sus barracas y se pusieron sobre el terraplen, y visto que por este respeto no podia Francisco Verdugo acometerle, hizo traer el artillería, y en comenzándoles á batir se rindieron los rebeldes á su voluntad, y dejándose tres banderas y las armas que tenian, los envió por el rio abajo á la villa de Deventer; el agua dél iba creciendo de era en era con más furia, de suerte que habia entre la villa y lo seco, donde las barcas iban á llevar los bastimentos, una hora de camino por agua.

Francisco Verdugo marchó con su gente hácia Utreque, y puso tanto terror en ella por toda su tierra y la de Holanda, que se atemorizó el príncipe de Orange, y con gran brevedad hizo juntar la suya y la que pudo de los lugares rebeldes de Brabante, y ordenó á los condes Holac y Herman de Bergas, y á sus hermanos, fuesen á resistir y enfrenar el ímpetu con que Francisco Verdugo habia entrado en aquellas provincias; el cual, visto que no podia volver á pasar el rio por ir tan crecido, recogió su gente y se puso con ella en la lengua del agua á esperar lo que le podia suceder, porque fuera deste no tenia otro reparo, y le hubo bien menester porque el conde Holac habia marchado con su ejército hasta la villa de Arnem, y cerca de allí se le amotinó parte dél. No fué esto de poca importancia para dilatar el tiempo que perdió en no poder dar vista al general Francisco Verdugo y proseguir el intento que llevaba. Los amotinados se hicieron fuertes en una casa, y en ella los

sitió el conde Holac y los apretó de manera que los obligó á rendirse y pedirle misericordia, y la que tuvo fué ahorcar la mayor parte dellos, y los demas castigó, si bien otros alcanzaron perdon. No pudo hacer el Conde cosa más acertada que castigar á gente desta calidad, pues un motin ó cosa que huela á él no es merecedor de ménos que de lo que ejecutó.

Despues que el conde Holac se halló desembarazado del impedimento que le habian dado los amotinados, recogió y puso en órden su ejército, y marchó con él á la vista de Francisco Verdugo con intento de ejecutar el órden que llevaba de su tio el príncipe de Orange, que era de romper y desbaratar todo el católico; y al tiempo que lo iba á poner en ejecucion (y le fuera muy posible salir con ello por las pocas fuerzas que tenia Francisco Verdugo), permitió Dios aplacar el rigor del tiempo con amansar la furia del agua del rio y menguar, de manera que dió lugar á un soldado, caballo ligero de su compañía de lanzas españolas, que era gran nadador, á entrar dentro della, y tentó el desguazo por algunas partes, y aunque con gran dificultad le halló y fué al fuerte donde estaba Francisco Verdugo para el mismo efecto; y habiendo reconocido el paso, guiaron toda la gente los mismos que le sabian, y aunque con gran dificultad llegaron todos al fuerte, donde comenzó Francisco Verdugo á prevenirse para defenderse del conde Holac, que con grandísima confianza iba á romperle y desbaratarle, y con un grueso y poderoso ejército, y tan superior al de Francisco Verdugo, que se podia temer cualquier mal suceso.

Los de la villa de Gante, como vieron que el castellano Antonio de Olivera les corria sus campañas y que Alexandro les habia quitado la navegacion de los rios, comenzaron á temer y pasar necesidades, con grandísimo sentimiento por verse tan apretados y que el príncipe de Orange instaba con más veras en la vuelta del duque de Alanson á los Países-Bajos, cosa que ellos tanto aborrecian, por cuya causa se comenzaron á inclinar á tratar de la paz con Alexandro, más por verse compelidos de necesidad de socorros y bastimentos que por voluntad que tuviesen; y si esta se hallaba en alguno, era en Juan Esbesio,

Cónsul de aquella villa, que con más veras lo esforzaba, no por razon y justicia, sino porque era capital enemigo del príncipe de Orange; y aunque todos lo eran del Rey, nuestro señor, confesaba y decia públicamente que mejor era sufrir á los españoles, que no insolencias y desórdenes de los franceses del duque de Alanson, que ya tan á su costa habian experimentado. El príncipe de Orange escribió en este medio al Magistrado de Gante que se lo enviase preso, y en vez de apaciguarle por este camino, le indignó mucho más, tanto, que perturbó sus designios y procuró la paz con más veras, solicitando á Alexandro para que se concluyese.

La causa desta enemistad dicen que fué en tiempo que los de Gante (particularmente Pedro de Teu, principal ministro della) habian nombrado al duque Casimiro por conde de Flandes. El Juan Esbesio, que era el primer Consul, habia esforzado este nombramiento y contradicho el del duque de Alanson, por quien pedia y procuraba el príncipe de Orange, y siendo llamado el duque Casimiro, que en tiempo que se trataban estas materias se hallaba con su ejército en Brabante, fué con él pensando que los que con él habian sido parciales le habrian alzado por Conde, pero no tuvo efecto por las contradiciones y artificios del príncipe de Orange, que eran más poderosas que otras ningunas por estar entónces más bien recibidas de los Estados rebeldes; y volviendo despues á Gante, ya que no pudo vengarse en otra cosa, le quitó el oficio de Cónsul; y viéndose Juan Esbesio corrido desto, se fué á frecuentar el lugar del conde Palatino en Alemania, donde estuvo con Pedro de Teu cerca de dos años. Como despues se comenzó á disminuir el crédito y autoridad del príncipe de Orange, los amigos de Juan Esbesio le volvieron á llamar y le tornaron su oficio de Cónsul, y él prendió á los que contradecian el concierto de la paz con el Rey, nuestro señor, y deshizo el Magistrado y creó otro de nuevo de los amigos más confidentes y aficionados que tenia. Esto fué á tiempo que la villa estaba muy apretada y quitado el comercio de los rios, y pareciéndole era buena ocasion para conseguir su intento, envió personas á tratar de la paz con Alexandro, y este nombró Dipu-

tados para el mismo efecto con grandísimo contento, pareciéndole que con poco trabajo ganaria un lugar como Gante, que es uno de los mayores de Europa, y de tanta importancia en los Estados de Flandes como se sabe. Los diputados de Alexandro fueron bien recibidos y con mucha alegría de los ganteses, y daban voces, particularmente el pueblo ordinario, pidiendo la paz, de muchos estimada y de pocos conocida.

Los de la villa de Ypre pasaban extraordinarias necesidades. Viéronse tan apretados y sin fuerzas, sus socorros rotos y deshechos, las esperanzas acabadas y su poca suerte conocida, que yendo esta en disminucion por haber comenzado sus cosas á declinar, no tuvieron más que esperar ni otro remedio que ponerse en los brazos de la misericordia de Alexandro. El la tuvo dellos, y se le rindieron con pactos de darle los burgueses veinte mil florines al Rey católico, y alojaron dentro de la villa toda la gente que estaba en el fuerte de la abadía de San Lázaro, que es la que los tuvo oprimidos, y con ella quedó bien presidiada. Entráronle muchos bastimentos y municiones, y se desmantelaron los fuertes y demas puestos que la habian apretado.

Alexandro hizo en este tiempo una tregua con los de Gante á su persuasion, por veinte dias que habian menester de tiempo para enviar á las provincias de Holanda y Gelanda y otras, como lo hicieron, á renunciar la confederacion que tenian hecha; y á los que fueron á la villa de Amberes, despues de dada su embajada, los trataron muy mal en el Magistrado, afeando mucho la paz que intentaban con Alexandro y Monsieur de Sante Aldegonde, que con artificios y embelecos (que desto tenia mucha parte como maestro del de Orange) les dijo grandes libertades, y publicó un libelo que, con argumentos sofísticos, aparentes y diabólicos, procuraba que era fea y perniciosa la paz que se intentaba con el Rey, nuestro señor; y llamándole tirano decia eran sus fuerzas muy flacas y los Estados poderosos para defenderse dellas y de otros cualesquier Príncipes, aunque fuesen muy poderosos; y despues procuró con muchos amigos que matasen á Juan Esbesio; y cuando los comisarios de Gante volvieron con las paces firmadas de Alexandro, habian

obrado tanto las mañas y astucias del de Orange y Aldegonde, que hallaron á los de Gante tan trocados que las revocaron y enviaron despues á Tayardo y á Inon, nuevos Comisarios, grandes calvinistas, á tratar con Alexandro otras nuevas y diferentes paces; y porque en el punto de la religion propusieron cosas que no convenia concedérselas, se volvieron sin hacer nada, y Alexandro los desengañó, y ellos entraron en Gante diciendo que el Rey católico hacia las paces con engaños y dobleces y que no habia para qué tratar dellas.

El príncipe de Simay, hijo del duque de Aríscote, era en este medio gobernador de la villa de Brujas, y por medio suyo comenzaron á tratar la paz los burgueses della, con quien Alexandro habia tenido inteligencias; y los calvinistas, que eran muchos en aquella villa, lo defendieron con ayuda del príncipe de Orange que jamás faltaba, aunque ausente, su presencia para impedir cualquier buen efecto, y esta vez lo hizo más con obras que con palabras, porque habiendo sacado un buen número de gente de su falsa religion de las guarniciones rebeldes juntó un gran socorro, y porque la gente pobre se apartó de los herejes y se aunó con los católicos los atemorizó, de suerte que enviaron á Alexandro, que en este medio se hallaba en Tornay, al secretario Benter con los capítulos, y los recibió con mucho amor, suavidad y blandura, ofreciéndoles de su parte y de la del Rey, su tio, concederles todo lo que en su beneficio pidiesen.

Estando el duque Francisco de Alanson de partida para volver á los Estados de Flandes con más orgullo y confianza de hacerse señor dellos (instado del príncipe de Orange y de Monsieur de Sante Aldegonde) que las demas veces, creyendo que desta última acabaria con su pretension, y que nadie era bastante de estorbárselo, ni las fuerzas españolas á oponérseles, fabricaba altos y soberbios pensamientos; en su memoria todo lo hacia posible y llano, pareciéndole tenia de su parte asida la fortuna, y como si no hubiera experimentado la próspera y buena de Alexandro pensaba atropellarle con las ayudas que de nuevo le ofrecia el rey de Francia, su hermano, y no ménos

Isabel de Inglaterra, como parte interesada, hallábase tan ufano que le parecia no temeria á la misma muerte; pero ella, que jamás perdona al más fuerte, viéndole tan confiado y valeroso le comenzó á dar el nuevo asalto al principio de cuaresma con una aguda enfermedad, hallándose en la villa de Chateo Tiri, situada en la provincia de Picardía. No le aprovecharon los muchos extraordinarios remedios que le hicieron para dar fin á sus pretensiones y designios mal fundados, porque en breves dias, sin darle segundo asalto, le rindió la muerte y acabó en los brazos della, si bien no muy arrepentido de su pasada vida, al ménos con gran sentimiento de no haber podido lograr sus esperanzas. Fué llorado de pocos y aborrecido de muchos. Díjose que habia muerto de bubas, porque era desordenado y no poco dado á mujeres. Otros afirmaron que el Rey, su hermano, le hizo atosigar, y fué lo más cierto; el fin que hizo el duque de Alanson, príncipe mozo y muy parecido al que tuvo el de Orange, su valedor y amigo, como presto se verá.

Los holandeses y gelandeses que en este tiempo iban á tratar en España con sus mercadurías, que aunque eran recibidos con amor y sus tratos y negocios se aumentaban, en vez de mostrarse agradecidos (costumbre de gente ingrata), escribieron al rey de Francia y le enviaron sus Embajadores para unirse con él, pareciéndoles hallar más grata acogida, mejor y más buena suerte que la del duque de Alanson, su hermano. Tanta era su obstinacion, que por huir del nombre español y de su gobierno, intentaban cosas, no sólo fuera de razon, mas contra Dios, su Príncipe, estatutos y religion. Qué mucho hagan esta gente (si decirse puede) tan dada al vino, como es notorio, causa de verse en tan triste y miserable estado. Llevaban órden los embajadores de Holanda y Gelanda de tratar y concluir con el rey de Francia, no sólo de una perpetua union y sujetarse á su Corona, mas de que pidiese las condiciones más á su propósito, que todas se las concederian, y ellos se contentaban con que les otorgase solo una, que era libertad de conciencia. El rey de Francia se lo ofreció así y prometió de ayudarles y favorecerles con todas sus fuerzas, siempre que las hubiesen me-

nester contra el Rey católico, y lo mismo prometió Isabel de Inglaterra, con quien habian tratado esta misma plática y enviádole sus Embajadores en este mismo tiempo.

Como los de Gante vieron lo que habian dicho los Comisarios que enviaron á Alexandro, bien diferente de lo que se trató con ellos, se volvieron alterar de nuevo y tomaron las armas contra los católicos y los que pedian la paz, y se fueron dando voces al Magistrado, diciendo que no la querian, y prendieron á los que trataban della y tambien á Juan Esbesio y desarmaron á los católicos, y de nuevo amunicionaron y guarnecieron la villa con soldados que les enviaron los de Bruselas, Amberes y Terramunda.

El príncipe de Simay, que todavía tenia sus inteligencias con Alexandro, solicitaba la paz de la villa de Brujas; y como eran más cuerdos y ménos sediciosos los vecinos della que los de Gante, hubieron de hacerla; y como habian ofendido tanto á Dios, se puede creer lo permitió para más castigo suyo. Esta deseada paz se solemnizó en Brujas maravillosamente, con tantas alegrías y regocijos como se vió en los muchos arcos triunfales que despues de haber cantado el *Te Deun laudamus* hicieron, adornados de varios versos, epígramas y geroglíficos en loor del Rey católico. Acompañaban el alegría del pueblo diversas músicas y sones, hogueras y luminarias, y en altas voces celebraban el contento que tenian diciendo, «Viva el Rey católico de España, nuestro señor,» que si bien este nombre entristecia á algunos, regocijaba á muchos que seguian la verdadera religion; los cuales, ardiendo en celo de viva fe fueron á las casas y partes donde los calvinistas oficiaban su secta y las rompieron y asolaron todas.

Tambien habia el padre de Simay tenido inteligencias con la villa de la Exclusa de Brujas, y sin duda se rindiera al Rey católico, si la mujer del hijo lo fuera, pero descubrióle á ella el trato, y aunque le habia prometido guardar secreto, no lo hizo; ántes bien, lo escribió á los de la Exclusa, los cuales se previnieron y castigaron á los que fueron la causa; y habiéndose descubierto no se intentó el caso, por cuya razon se apartó del Príncipe, su

marido, y se fué á Holanda á vivir entre los herejes de su falsa religion, y él se quedó en servicio del Rey, nuestro señor, en el cual hizo muchos, y en particular despues, ocupando honrosos cargos, como adelante se verá. Bien pudiera el príncipe de Simay haber sido más recatado en no descubrir á su mujer el trato de la Exclusa, que no poco daño se siguió, porque si de aquella vez se saliera con la empresa no costara el ganarla tanto, pues se hizo por fuerza de armas; y porque es muy importante á un Capitan general el saber cómo ha de disponer el vencimiento de una plaza, aunque sea de paso, se ha de advertir que siempre que pueda rendirla sin derramamiento de sangre donde se aventura la reputacion de su Príncipe, la hacienda y fuerzas de su ejército, le juzgarán por más prudente y valeroso; para mejor conseguir su intento procurará tener inteligencias con sus enemigos por medio de buenos espías para reducirlos á la paz, ya con dádivas y promesas ó por fuerza de armas ó de improviso, cogiéndolos descuidados en las plazas que defienden; pero con tanto recato y secreto como se deja considerar por el peligro que corren los que hacen el trato y el que se puede esperar de un mal suceso, saliendo doble, y como suele suceder volverse al contrario los que van á ejecutar las empresas, que desean muchas veces; el azar de la guerra las trae consigo sin poderlas asegurar, particularmente fiándose con poco secreto de personas que no lo guardan, y más de mujeres, que ni lo saben tener ni ser constantes, las más dellas, en lo que se les encomienda, por importante y grave que sea, como se vió en la princesa de Simay, que quiso más su particular interes, siguiendo su falsa religion, que guardar el decoro á su marido y secreto que le habia encomendado. Deben huir mucho desto los Capitanes generales, haciendo sus facciones con todo silencio y recato que jamás por venirse á entender las vengan á perder, y por fiarse estas cosas de terceros no tener el buen suceso que se espera, y miéntras de ménos se confian, y tener mejores esperanzas como muchas veces los ha mostrado la experiencia.

Sintieron mucho los Estados rebeldes el haberse rendido la villa de Brujas á Alexandro, y fué de manera que no lo pudie-

ron sufrir ni disimular, y les causó hartos temores, no tanto por haber perdido un lugar tan importante como porque sus conciencias les estimulaban para no alcanzar tan piadosos conciertos como los que Alexandro les concedió; pero los de Gante, que de todo punto habian perdido el respeto á Dios y olvidádose de los beneficios recibidos de su Príncipe y señor, se encendieron en mayor cólera, y como desenfrenados caballos ó furiosos locos y despropositados, ántes de acabar la tregua que les concedió Alexandro publicaron la guerra á fuego y á sangre por toda la villa é hicieron en los católicos grandes martirios y crueldades, y para mostrar más particularmente sus impíos corazones y malos intentos, á dos soldados españoles que entre otros tenian presos, cortaron á uno las orejas, á otro las narices, á un italiano la mano, á un aleman un pié, y los enviaron al ejército católico; y á tres caballeros, naturales de la villa de Bruselas, los mataron en Amberes. Ahorcaron en este medio dos españoles, cuatro borgoñones y cuatro flamencos, no más de por ser católicos.

Estas atrocísimas crueldades y bárbaros hechos merecian mayor venganza que la que tomó el castellano Antonio de Olivera, que, como se ha escrito, estaba de guarnicion en el fuerte de Beter, que teniendo presos entre otros á cuatro burgueses de la villa de Gante, grandes herejes y sediciosos, les hizo cortar las orejas y las manos derechas y les entraron en una barquilla bien amarrados para que la corriente del rio les llevase agua abajo hasta Gante, y en los pechos les hizo poner unos escritos que decian: «Pues los ganteses enviaron cuatro católicos por tierra al ejército español, ellos envian otros tantos por agua.»

Alexandro habia sentido tanto las crueldades y obstinacion de los de la villa de Gante, que deseaba compelerlos á toda necesidad y reducirlos por cualquier camino al servicio del Rey, su tio, y para esto hacia cuanto se le ofrecia, pues demás de tenerlos oprimidos con correrías y quitádoles la plática y navegacion de los rios, ordenó al marqués de Rubes que saliese de los alojamientos de Yelo, donde todavía se estaba con toda la caballería del ejército español, y de la infantería un buen número de alemanes y borgoñones y valones, y algunos italianos, y des-

truyese y arruinase todas las campañas y contornos de Gante. El marqués lo hizo tan bien y tan cerca de la villa, que no los dejó árbol de fruto ni cosa sembrada en pié, destruyendo todas las campañas, echando por tierra los sembrados sin que pudiesen ser de provecho; y como era ya la mejor sazon del verano y tenian esperanzas de coger sus frutos, lo sintieron más los ganteses, y aunque llenos de terror, siempre obstinados en sus maldades y depravados intentos.

El tercio del Maestre de campo Pedro de Paz se estaba todavía en sus alojamientos del país de Lamburque y tierras de Aquisgrana, y tan apartado de las guarniciones rebeldes y enemigas que no pensaban ser ofendidos los españoles deste tercio, si no era de algunos frabutes, aunque esta gente pocas veces busca soldados por el poco provecho que tienen dellos, y para resistirlos guardaron sus cuerpos de guardia que tenian en las banderas, aunque estaban divididas por las aldeas y lugares pequeños, bien descuidados de lo que les sucedió, porque de las guarniciones de las villas de Venló y Grave y de otras juntaron los rebeldes un gran número de caballos, y por cabo dellos iba el capitan Bartolo, brazo de hierro, natural de la villa de Güeldres, valentísimo y experimentado soldado; y como la caballería es presta en las ocasiones que acomete, haciéndolas de improviso, se resolvió de cerrar con estos alojamientos, y con el primero que dió fué con el de la compañía del capitan D. Sancho Martinez de Leiva, que por ser de arcabuceros estaba alojado á la cara de Venló, villa enemiga, por donde forzosamente habian de pasar los rebeldes. Llegaron al amanecer junto á un lugar que se llama Semperfelts, donde habia alojados treinta soldados españoles desta compañía, á cargo del Sargento della, que se llamaba Juan de Claves, natural de la villa de Madrid, y con ellos se recogia á dormir de noche á la iglesia, y á la puerta della tenia una posta, y en siendo de dia se retiraban á sus casas y la mudaban á la torre de donde descubrian todas las campañas, con que vivian alertados y seguros de la caballería enemiga de Venló, que aunque estaba diez y ocho leguas grandes de allí se podia temer lo que sucedió.

Los rebeldes se apearon fuera del lugar en una rambla, y en ella dejaron (siendo de noche) los caballos lo más secreto que pudieron, y entraron dentro del lugar de Semperfelts, y sitiaron la iglesia, porque ya tenian lengua ó aviso estaban en ella los treinta españoles. La posta que dellos estaba á la puerta tenia la espada desenvainada en la mano, limpiándola, bien descuidado de que pudiera haber enemigos. Este es muy gran yerro, pues siempre en la guerra se ha de temer; pero fué tan presto, en descubriéndolos, que tocó arma y se puso á la puerta de la iglesia, resistiéndolos con su espada miéntras los de dentro se pusieron en ella para cerralla, lo cual no pudieron hacer, porque estaba un herreruelo ó capa encima de la puerta que estorbaba el juntarla. Los rebeldes forcejeaban por abrirla y los españoles á defenderlo. Desta suerte estuvieron porfiando un gran rato, y visto que no podian entrar por fuerza, determinaron asaltar la iglesia, y si los españoles la tuvieran atronerada, que les fuera fácil, hicieran mucho daño á los rebeldes; pero como no los podian ofender, pusieron fuego á la puerta y se sustentaron en el cementerio hasta que la derribaron; pero el Sargento con sus soldados, con valor increible, aunque les habian dado por muchas partes fuego, y el humo que habia dentro de la iglesia los ofendia, se resistieron tan animosamente, que no les pudieron entrar, y aunque lo procuraron con todas sus fuerzas, les fueron inútiles, si bien de ambas partes peleaban cuanto se podia. Ya eran las ocho de la mañana y no cesaba la escaramuza, habiendo durado cuatro horas desde que comenzó á amanecer; y corridos los rebeldes, que siendo tantos los resistiesen treinta españoles casi desarmados, se resolvieron á romper las vidrieras de las ventanas de la iglesia, á las cuales subieron con andamios para por ellas y por la puerta, á un mismo tiempo, darles un fiero asalto, el cual cometieron; pero sucedióles mal, porque hallaron tanta resistencia en las ventanas como en la puerta, porque con los escaños, bancos y otras cosas habian subido y prevenido la defensa, de suerte que les obligó á los rebeldes, visto que habian muerto gran cantidad dellos y que se habia tocado arma por todos los lugares circun-

vecinos, y que el villanaje, diestro para estas cosas, habria corrido la voz, á retirarse dejando muerto al sargento Juan de Claves, de un arcabuzazo, que habia peleado gallardamente. Y los que con él se señalaron y sustentaron en la puerta de la iglesia fueron Juan Sanchez de la Rosa, natural de Ocaña, y Lorenzo de Avalos, de la ciudad de Baza, que por su valor y ánimo no entraron los rebeldes en la iglesia, y á otros dos soldados se llevaron en prision, que aquella noche, por estar enfermos no habian entrado á dormir con los demas. El uno se llamaba Juan de Alcorcha, que habia sido Alguacil real de las galeras de España, muy honrado y particular soldado. El otro Gonzalo Fernandez, natural de Tarifa.

Con esta presa y con haber saqueado parte del lugar y cogido gran cantidad de yeguas y caballos, y otro ganado de todo aquel país, se retiraron los rebeldes á rienda suelta hasta un lugar del duque de Cleves, que estaba dos leguas de allí, donde hicieron alto, pareciéndoles que por ser tierra libre y sujeta al imperio de Alemania estarian seguros de lo que les podria suceder; pero habiendo corrido la voz por los alojamientos más cercanos se desalojaron algunos ramos de las compañías de D. Jerónimo de Anaya, de la de Rafael Terradas y Diego Rodriguez de Olivares, que algunos con Oficiales y otros sin ellos habian ido á alarmar, y se juntaron número de ciento cincuenta españoles, y con el resto de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva salió su alférez, Juan Pelegrin, que murió Capitan entretenido cerca la persona del virey de Aragon, y gobernador de la Casa real del Aljafería de Zaragoza, el cual estaba una legua de allí con su bandera en una pequeña villa que se llama Arcequen Roy, y juntándose con los demas, tuvieron lengua de un villano que estaban alojados, hecho alto, en el lugar del duque de Cleves, y pareciéndoles al alférez Juan Pelegrin y á los demas Oficiales que siendo caballería habria caminado más que ellos que eran infantes y no los podrian alcanzar, se resolvieron de volverse á sus alojamientos; pero el villano que los vió con esta determinacion, les dijo mirasen lo que hacian, que él ofrecia ponerlos con ellos. Esto hacia más

por recuperar su hacienda y caballos que los rebeldes le llevaban, que por el provecho que se les habia de seguir á los españoles; que la razon que para esto daba era más de soldado que de labrador; decia, que habiendo caminado aquella caballería para hacer aquel efecto desde el dia ántes por la mañana, en veintiocho horas sin quitar el freno á los caballos ni ellos comido ni reposado, era forzoso hacerlo en aquel lugar para poder alentarse y hacer su viaje donde se les ofreciese; que él prometia, si le querian seguir, de ponérselos en las manos; y pareciéndoles á los españoles eran razones suficientes y que se aventuraban á ganar y no á perder ninguna cosa, siguieron al villano que los guiaba, y habiendo caminado dos leguas, se hallaron cerca del lugar del duque de Cleves, donde los rebeldes estaban descansando. Hicieron alto hasta reconocello, y habiendo tenido buena relacion de que estaban allí, se pusieron en órden y comenzaron á abrazar el lugar por todas partes, pero un Oficial de los que iban allí, algo más apresurado que los otros, hizo tocar arma sin tiempo á los atambores, y tocándola muy apriesa con las cajas, avisaron á los rebeldes para armarse y ponerse á caballo, que lo hicieron con la mayor priesa que pudieron, de suerte que los españoles y ellos llegaron á un mismo tiempo á la plaza del lugar, que era muy grande, donde comenzaron á pelear valerosamente. El capitan Bartolo, brazo de hierro, que lo era de los rebeldes, iba delante bien armado y con gran confianza de romper y desbaratar los españoles que en aquella ocasion se hallaban, y al tiempo que quiso hacer suerte con ellos, estaba tan cerca dél un soldado de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva, natural de Ocaña, que se llamaba Alonso Vazquez, que le dió un alabardazo en los pechos, y el sargento Juan de Ayerbe, que lo era de la de Diego Rodriguez de Olivares, y natural de Zaragoza, le asegundó con otro en la cabeza que lo derribó del caballo, y entre los dos le acabaron de matar. Los rebeldes, viendo á su Capitan en el suelo, comenzaron á desmayar y tocaron las trompetas, y se fueron retirando á la campaña para recoger su gente que no habia acabado de salir de las casas donde se estuvieron refrescando.

Los españoles les fueron siguiendo hasta echarlos del lugar, y á la salida dél habia una gran barrera en un camino real por donde habian salido, y pareciéndole al alférez Juan Pelegrin, que si los enemigos se atropaban y rehacian, reconociendo cuán pocos eran los españoles pudieran revolver sobre ellos, rompiéndolos y desbaratándolos, siéndoles posible salir con ello por ser más de quinientos caballos, hizo cerrar la barrera que atravesaba toda la boca de la calle que miraba á la campaña, y puso en ella de posta á Alonso Vazquez, ya nombrado, con órden de sustentarla hasta que volviese, porque fué á recoger los soldados que andaban por las casas á caza de los rebeldes que se habian escondido en ellas, y andándolo haciendo y los demas Oficiales ocupados en lo mismo, se resolvieron los enemigos á son de trompeta volver al lugar á recuperar los que dellos se habian perdido, y cerrando en tropa y á toda furia con la barrera, la defendió solo Alonso Vazquez, que como se ha escrito estaba de posta en ella, y comenzándose á apear algunos para entrar por debajo y abrilla, los estorbó y resistió, hiriendo uno dellos muy mal. Esto era á tiempo que el alférez Juan Pelegrin llegaba con algunos soldados á socorrelle y á sustentar la barrera, que á no ser esto con tanta presteza, no pudiera sólo Alonso Vazquez hacerles resistencia; pero fué de tanta importancia lo que hizo, que á tardarse algo más en socorrerle, sin duda entraran los rebeldes y le degollaran, y lo mismo á los demas españoles, que por ser tan pocos y de compañías de arcabuceros pudieran mal resistir la gran tropa de caballería que les embistiera, pues hallándose sin picas, que para ello son necesarias, como se deja entender, mal pudieran oponerse á los enemigos; los cuales, viendo la resistencia que por aquella parte habia, dieron la vuelta al lugar por ver si podrian entrar por la otra, donde tambien la hallaron ocupada con el sargento Juan de Ayerbe y el del capitan Rafael Terradas y algunos soldados que habían recogido. Esto era al punto que se oian las cajas de algunos soldados españoles que por los alojamientos habia recogido el capitan D. Jerónimo de Anaya, valiente caballero, natural de Salamanca, y iba con ellos á socorrer los de-

mas que estaban resistiendo á los rebeldes; y visto el poco remedio que tenian de entrar en el lugar, se resolvieron de retirarse (como lo hicieron) la vuelta de Venló, con pérdida de cincuenta soldados y su Capitan; y muchos caballos de la presa que llevaban y algunos de los suyos hallaron ensillados por haber huido los dueños dellos, sin haber faltado ninguno de los españoles, los cuales quedaron con alguna satisfaccion de lo que habian perdido, y más de haber recuperado á Gonzalo Fernandez, soldado de D. Sancho, que se llevaban en prision, que por ir mal herido se lo habian dejado en el lugar, y á Juan de Alcorcha se lo llevaron hasta donde hicieron alto en campaña, cerca del lugar para recoger los soldados que les faltaban, y visto que eran muchos y mayor la pérdida que la ganancia que pensaron tener, le dieron (despechados desto) de puñaladas y le mataron, y tambien por no hallarse embarazados con un prisionero por si se les ofrecia volver á pelear, por haber oido las cajas españolas que iban de socorro; y si los rebeldes no hubieran oido al principio, cuando se estaban alojados en las casas, las que tocaron, los cogieran á todos de improviso y descuidados, y no fuera posible escapar ninguno, porque no sabiendo la gente que los acometia, está claro no se habian de resistir, y así se alcanzara victoria dellos. Esto sucedió á los últimos de Mayo deste año.

Temeroso el príncipe de Orange de que Francisco Verdugo no se le entrase con su ejército en Holanda, dió priesa á su sobrino el conde Holac para que sitiase el fuerte donde se habia retirado y de cualquiera manera le apretase, pues se hallaba tan superior de gente y con más comodidad que Francisco Verdugo para hacer la guerra. El Conde deseaba complacer á su tio y poner en ejecucion lo que tenia entre manos, y sin perder ningun tiempo, luégo que cesó la corriente y furia del rio que tan crecido habia estado, se acercó al fuerte para sitiarle. Francisco Verdugo que vió su resolucion, ordenó al teniente coronel Juan Bautista de Tassis se encargase de la gente, y con suma brevedad le designó al fuerte unas alas para asegurarlo más juntamente el paso desde la villa á él, que era lo más

importante, porque si no se daban la mano los unos á los otros quedaran acorralados y sin esperanza de socorro por aquella parte. El un cuerno destas alas se dió á los Capitanes del regimiento de Francisco Verdugo, y el otro á los de Monsieur de la Mota, y que á todos les ayudasen algunas picas alemanas. Dado este órden, comenzaron á trabajar tan valerosamente y con tanta presteza, que fué admiracion.

El conde Holac procedia en este medio (no se pudo entender la causa) más lentamente de lo que se entendió, porque esperaba sus comodidades, de suerte que se halló más atras de lo que pensaba, pues cuando llegó al fuerte estaban las alas en defensa y de manera que podian resistir el artillería, lo que le espantó. Fuésele arrimando con trincheas y con mina y zapa á el ala donde estaba el regimiento de Francisco Verdugo, y á la de Monsieur de la Mota plantó el artillería y comenzó á batir apresuradamente; y porque para la resistencia deste fuerte tenia necesidad de muchas cosas que no se podian haber sin la presencia y asistencia de Francisco Verdugo, le fué forzoso en esta sazon irse á la villa de Aldonzel, y desde allí proveer lo necesario, y teniendo bien considerado lo uno y lo otro y los muchos contrarios que en su imaginacion se le ofrecian en cosas tan dudosas, con su prudencia, industria y valor las hubo de atropellar, y fió (pues lo podia hacer muy bien) del teniente coronel Juan Bautista de Tassis, y le órdenó hiciese una mina que saliese al foso para poder mejor desde ella defenderse y acudir á lo que se ofreciese. Dejado este órden se partió á la villa de Aldonzel, y Tassis lo comenzó á ejecutar, y el conde Holac á apretar el fuerte con grande rigor, batiendo el ala que defendia el regimiento de Monsieur de la Mota, y en la de Verdugo á zapar con la misma presteza, y lo hacia muy á su salvo por ser la tierra arenisca y el foso seco; y estando ya para desembocar á él le comenzó á cegar con mucha comodidad que en aquella tierra tenia de fagina y otras cosas necesarias; pero por la boca de la mina que Francisco Verdugo dijo á Tassis que hiciese se le iba sacando toda, y con ella volvia á fortificar lo batido del ala, de manera que le era á Tassis muy necesaria aquella fagina

para este efecto, y pensaba Holac que le servia á él de muy grande para lo que intentaba; y venido á entender el poco que hacia, vino á remitir á las manos lo que faltó á la industria, y se previno á dar el asalto; pero fueron los suyos tan resistidos que apénas llegaban á la batería cuando eran echados. Peleóse de ambas partes valerosísimamente, dando á la tierra infinidad de cuerpos muertos y á los hospitales muchos heridos; y viendo el conde Holac la fuerza con que los católicos se defendian, y que las alas estaban muy guarnecidas, y que el fuerte hacia través tanto por fuera como dentro de las alas, y que si aventuraba su gente en otro asalto se habia de perder toda, se resolvió á mudar consejo y le tomó de retirarse y de ganar el fuerte por hambre, y para hacerlo no podia ménos de sitiar tambien la villa de Zutfent, que en aquella sazon se hallaba algo desproveida. En fin, se resolvió y hizo pasar de la otra parte del rio á Monsieur de Villers, Maestre de campo, General del príncipe de Orange, con toda la caballería del ejército rebelde, que era mucha y buena, y en ella pasó tambien el conde Herman de Bergas y la tuvieron muy apretada. Francisco Verdugo que antevió, como prudente Capitan, esta buena suerte de los rebeldes, no dejaba á pesar suyo de enviar algunos socorros, aventurando por diferentes vías y partes soldados arriscados que los entraban en la villa; pero una vez dió órden al capitan Mario Martinengo que con su compañía de caballos fuese, y que cada soldado llevase en la grupa un saco de pólvora, por tener necesidad della los que defendian la villa. Monsieur de Villers tuvo aviso deste socorro y le hizo una emboscada con más de dos mil caballos; pero el capitan Mario Martinengo llevó siempre su compañía tan bien puesta y recogida que no le osaron acometer, hasta que en un bosque se le comenzaron á dividir y apartar sus soldados sin poderlo remediar. Monsieur de Villers que vió esta coyuntura cerró con ellos y los rompió y desbarató y cogió en prision á todos, salvo el Capitan, Alférez y Teniente con otros dos soldados que todos se escaparon á uña de caballo por tenerlos mejores que los que les dieron el alcance, sin que en esta refriega hubiese ningun muerto.

El conde Holac apretaba cuanto podia el sitio del fuerte, y aunque se resolvió de ganarle por hambre seguia todavía la mina y la zapa; pero los católicos se defendian siempre valerosamente, y encendidos en furioso coraje salieron un dia con una honrada resolucion de ganar el artillería. Hiciéronlo como se podia desear, y rompiendo y pasando todas las guardias, llegaron al cuartel del conde Holac y lo comenzaron á saquear; ocupáronse tanto en hacerlo que perdieron una gallarda ocasion de apoderarse del artillería, que fué el primer motivo que tuvieron. Pudiéranla sustentar sin que los rebeldes se lo estorbaran, y el cuartel donde estaba era fuerte y atrincheado; el ejército rebelde se rehizo y con buen órden revolvió sobre los católicos y los hicieron retirar recuperando lo que habian perdido, salvo los despojos que llevaron. En esta salida se perdió el capitan Maximiliano de Bois, Ayuda de Cámara que habia sido de la del Rey, nuestro señor, en España. Hallóse con su compañía de lanzas, la cual habia entrado de guarnicion en la villa de Zutfent, y salió della para esta ocasion; diéronle un mosquetazo en un muslo, y no pudiéndose retirar quedó preso en poder de los rebeldes y murió de allí á pocos dias.

Hizo gran lástima á los católicos la muerte deste caballero, y más á Francisco Verdugo que le amaba en extremo por sus muchas y buenas partes y ser valiente y arriscado Capitan. Y por si á alguno le pareciera no estaban libres de culpa y que merecian gran pena los que por la codicia de los despojos que ganaron no consiguieron el intento que llevaban de ganar el artillería y alcanzar victoria tan á su salvo, se advierte que muchas veces los Capitanes y otras personas que llevan á cargo hacer estas facciones no tienen culpa si no es no guardando el órden que les dan, y desmandándose á robar como los soldados, los cuales, si desordenadamente dejan la cabeza y Oficiales que van con ellos á ejecutar una empresa, y llevados de la codicia del saco no la siguen, mal pueden remediarlo; pero los autores de semejantes desórdenes, si se conocen y sabe quienes son, son dignos de muerte como se acostumbra; pero muy mal se puede averiguar en estas ocasiones; y para reme-

diar en ellas el desórden que puede haber, como el que se ha escrito, suelen los Capitanes generales y Gobernadores ordenar á los Sargentos mayores de los tercios ó de cualquier plaza que den órden á sus Capitanes para que señalen de cada compañía los soldados más particulares que tuvieren, conforme el número necesario para la empresa que van á acometer, y siendo tales, siempre alcanzan la victoria que desean, porque llevan la mira á ganar reputacion y buen nombre, con el cual vienen á merecer premio de sus servicios y trabajos; pero si estas cosas se confian de soldados ordinarios (que en un ejército hay de todos), como no llevan intento de ganar fama ni opinion, vánse, cebados de la codicia, tras los despojos que se les ofrece, pareciéndoles que de semejantes afrentas no pierden reputacion, como no la tienen, ni de ser castigados públicamente, como suele suceder á estos tales por sus desórdenes y poca obediencia que tienen á sus Oficiales en las empresas que acometen; y así se ha de mirar mucho los soldados que señalan para estos efectos, que sean pláticos, obedientes, de vergüenza, bien reputados y conocidos por tales en un ejército, pues los hay en cada compañía. En la nacion española é italiana se acostumbra más que en otras este buen órden y disciplina, y así vienen á alcanzar más victorias que los que las procuran sin mirar los muchos inconvenientes que se pueden ofrecer en las ocasiones de la guerra.

Visto Francisco Verdugo que le iban faltando las mejores cabezas de su ejército y la falta que le hacian por hallarse tan apretado, y que el conde Holac estaba con mayores fuerzas, y tan superiores á las católicas que no se podia dejar de prometer cualquier mal suceso, escribió á Alexandro le enviase algun socorro para poder mejor dárselo á los sitiados que tenia en el fuerte; y pareciéndole justa su demanda y muy necesario se hiciese con la brevedad posible, envió al capitan Juan de Castilla, natural de Granada, que lo era de una compañía de arcabuceros de infantería española del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, prudente y valeroso soldado; al arzobispo electo de Colonia, que pues la gente que le servia debajo de la mano del

coronel D. Juan Manrique que estaba á sueldo del Rey, nuestro señor, se sirviese de licenciarla y que fuese á socorrer á Francisco Verdugo, ofreciéndole que siempre que la hubiere menester volvérsela á enviar con la misma voluntad que en cualquiera ocasion lo habia hecho. El capitan Juan de Castilla lo hizo con tanto cuidado, que luégo el Arzobispo le entregó la gente, y ni más ni ménos la suya, que tambien estaba á cargo de D. Juan Manrique, el cual fué con ella al ejército católico; y Francisco Verdugo la hizo alojar en Vintersvyck, lugar grande junto á Bredevord y á una legua de la villa de Grol, donde al presente se hallaba su persona previniendo los socorros, bastimentos y municiones que se habian de llevar á Zutfent y alguna artillería que sacó de la villa de Linghen.

El conde y condesa de Bergas procuraban en este medio que sus dos hijos, que servian á los estados rebeldes, se redujesen al servicio del Rey católico; y deseándolo Alexandro, porque con él lo habia tratado, lo remitió á Francisco Verdugo para que pues se hallaba más á la mano y tan cerca dellos lo tratase y procurase con su mucha prudencia, de suerte que tuviese efecto, así por ser los Condes católicos como porque sus hijos lo deseaban, y ser valerosos y honrados caballeros. Para esto andaba un criado suyo, que era Drosart, y respondió que no sabia cómo podrian hacerlo con su reputacion, hallándose tan empeñados y ya con las armas en la mano y tan cerca de la persona del conde Holac, y que si bien todos lo deseaban, se holgaran hallar alguna causa para con algun color eximirse del servicio de los Estados rebeldes y volverse al del Rey católico. Francisco Verdugo facilitó esto y dijo al Drosart que la Condesa les escribiese que su padre el Conde estaba enfermo y que importaba le fuesen á ver. Hízose así y tuvo efecto, como en estos escritos se verá.

Visto el príncipe de Orange, que habia trabajado en sustentar el ejército que su sobrino, el conde Holac, tenia á cargo, y el poco fruto que habia sacado en el sitio del fuerte y en el de la villa de Zutfent, aunque estas dos plazas las tenia tan apretadas, se valió de su contínua industria y extratagemas. Mandó

por un bando general que ninguno de los Estados que estaban á su devocion osase contratar con los del Rey, nuestro señor, ni les llevasen bastimentos ni otra cosa, so graves penas; pero como todos los de aquellos países viven del trato de las mercadurías, no observaron el bando en ninguna cosa, particularmente los de Holanda y Gelanda.

Deseaba Alexandro ver llegada la sazon del verano para poner en obra el intento que tenia de sitiar la villa de Amberes, pareciéndole que poseyendo el Rey, nuestro señor, aquella villa seria lo mismo de todas las demas rebeldes de aquellos Estados. Para esto fué necesario ir recogiendo todo su ejército y rehacerle, entresacando algunos soldados viejos de las guarniciones del Artoes y Henaut, pues ya por aquella parte no tenian que temer las fuerzas de Alanson, que acabaron con su vida, y las de los Estados rebeldes con las de Orange, las tenian en Frisa, adonde Francisco Verdugo las entretenia y procuraba deshacer y resistir.

Por entónces no tenia otras que temer sino las de Holanda y Gelanda con las de Inglaterrra, si se unian con ella, como lo hicieron; pero en el ínterin quiso Alexandro gozar desta buena ocasion y no perder tiempo; envió luégo órden al Maestre de campo Pedro de Paz que desalojase su tercio de españoles del país de Lamburque, donde aún se estaba invernando, y que fuese con él á Anamur. Hízolo así y llegó á aquella villa á los 13 de Junio deste año para juntarse con los tercios de españoles que llegaban de Italia, porque como el ejército católico estaba tan falido de gente y tan menoscabado de los trabajos de la guerra, hambres y enfermedades, convenia rehacerle y juntarle todas las más fuerzas que pudiese, y las habia bien menester para la empresa que intentaba, habia escrito al Rey, su tio, diversas veces le enviase gente española para expugnar la villa de Amberes; y como la jornada de Portugal aún no era bien acabada, y en los presidios de Italia no habia tanta que se pudiesen desguarnecer, hubo alguna dilacion; pero con algun esfuerzo que se hizo, acabada ya la jornada de las Terceras y el marqués de Santa Cruz roto á Felipe Estroci, y guarnecidas aquellas islas,

se recogieron los tercios de infantería española, y los tres dellos marcharon á Italia y desde allí á los Estados de Flandes, donde tambien llegaron á la villa de Anamur, otro dia siguiente, que el de Pedro de Paz que fué á los 14. Iban á cargo de D. Pedro de Tassis, Capitan de lanzas que habia sido en aquellos Estados en tiempo del Sr. D. Juan de Austria, y por ir en esta ocasion proveido por Veedor general del ejército católico, se le encomendó llevase estos tercios, que eran el de la Liga vieja, que fué del Maestre de campo D. Lope de Figueroa, y el que habia sido en Portugal del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, que murió en Madrid, del Supremo Consejo de Guerra del Rey, nuestro señor, y el tercero era del Maestre de campo Agustin Iñiguez, natural de la provincia de Alava, valeroso y prudente Capitan; los dos primeros por ir sin Maestres de campo se reformaron, aunque algunas compañías dejaron en ser con sus Capitanes en los dos tercios del coronel Cristóbal de Mondragon, que llamaban el viejo, que tambien habia llegado á la villa de Anamur, y en el del Maestre de campo Pedro de Paz, que para este efecto se habian juntado todos en aquella plaza de armas para esta reformacion, que se hizo á los 23; y otro dia, que fué el de San Juan, muy de mañana, hicieron grandes y regocijadas salvas de mosquetería y arcabucería y escaramuzaron los unos con los otros con inmenso contento, que lo es muy grande cuando por varios sucesos se vienen á juntar y á conocer soldados desta nacion, y aunque no estaban muy sobrados los viejos, agasajaron y banquetearon lo mejor que pudieron á los que llegaban de Portugal.

Este mismo dia de San Juan marcharon los dos tercios de Pedro Paz y de Agustin Iñiguez la vuelta de Gante, y llegaron á él en cuatro dias. El del coronel Cristóbal de Mondragon marchó ocho dias despues con seis piezas de artillería, y se juntó con otras tantas compañías de su tercio, que eran las que estaban en la isla de Vas ó país de Vater á cargo del Capitan y Sargento mayor Diego de Escobar.

Fué tan grande el contento que recibió Alexandro con la llegada del nuevo socorro español, como se deja considerar, pues

se le iban logrando sus deseos, y más de ver reforzado su ejército con suficiente número para emprender cualquiera cosa importante y de consideracion; y por no dilatar el tiempo para poner en ejecucion lo que deseaba, se desalojó con su casa y corte de la villa de Tornay á los primeros de Julio deste año. Allí habia pasado todo el invierno y fué á alojar á un lugar en el país de Vas, que está dos leguas de la villa de Amberes, que se llama Vebre, donde se halló tan contento con las fuerzas que habia juntado, y más los españoles que la empresa de Amberes tan dificultosa la facilitaba, y tenia tanta confianza de salir con ella que desde luégo comenzó á cortar vestidos á sus altos pensamientos, y conforme á sus deseos los vestia en su imaginacion y maquinaba tantas y extraordinarias cosas en ella, jamás vistas, que aunque se pusieran por obra eran difíciles de creer; en fin, las puso por obra con tanto valor y presteza como adelante se verá. Mandó se quedase el tercio del Maestre de campo Agustin Iñiguez en el lugar y fuerte de Vater con el castellano Antonio de Olivera, y que Pedro de Paz marchase con el suyo y con cuatro piezas de artillería que se sacaron de la villa de Audenarda, y con algunos italianos, y fuese á órden del marqués de Rubes, General de la caballería católica. Hízose así, y de camino ordenó Pedro de Paz al capitan Diego Rodriguez de Olivares, que lo era de su tercio, que con su compañía y otras dos fuese á guarnecer el fuerte del Sasso, y que quedase por Gobernador dél y mudase las otras tres que tenian de guarnicion, que eran del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, porque con él habia de pasar á Brabante; y cuando estuvo toda la gente junta, á órden del marqués de Rubes, le ordenó Alexandro fuese con el Maestre de campo, Pedro de Paz, á ganar la isla de Dula que era muy importante para la presa de Amberes, y muy difícil de hacerlo, y para pasar á ella fué necesario ir aderezando los diques que estaban rotos. Los soldados españoles del tercio de Pedro de Paz lo hicieron con inmenso trabajo. Habia en esta isla cuatro fuertes, que lo eran mucho por estar casi toda ella anegada. Llegaron al poner del sol; los españoles de Pedro de Paz iban de vanguardia y les seguian seis compañías de ita-

lianos; y á su retaguardia tres de ingleses de los que rindieron á Liera, y cuatro de á caballo, españolas; y cuando comenzaba á anochecer llegaron á vista de uno de los fuertes, y en una barca que habian llevado del país de Vater comenzaron á pasar por el anegado; y la demas gente, lo fué desguazando para ocupar dos diques que estaban de la otra parte, porque si los rebeldes los tomaran y se fortificaran en ellos estorbaran el paso á los españoles. Toda la gente se ocupó en esto desde aquella hora hasta el amanecer. Los italianos se quedaron á la otra parte con el artillería, sin pasarla á la otra parte, y arrimándose al fuerte los españoles por todas las que tenia le comenzaron á apretar, tanto, que viéndose los rebeldes perdidos se rindieron á merced del marqués de Rubes, y desarmándolos á todos se los envió á Alexandro. Llamábase este fuerte San Antonio.

Este mismo dia, que fué á los 7 de Julio, pasó el Marqués con toda esta gente y se puso sobre el segundo fuerte desta isla, que se llama Canton de Amor, y en flamenco le dicen Lifquenoek. Tenia un rebellin y en él estaban los rebeldes muy fortificados. Fué necesario para desalojarlos dél arrimársele con trincheas y plantarle el artillería, y aunque se les convidó con la paz no hubo remedio que la aceptasen ni que se rindiesen; y habiéndoles abierto una razonable batería, mandó el Marqués que les diesen el asalto, y encargó mucho á los españoles de Pedro de Paz, que llevaban la vanguardia, no dejasen ninguno á vida, porque matasen entre ellos un muy grande enemigo suyo que estaba dentro. Cerraron los españoles por la batería con su valor acostumbrado, y aunque los rebeldes se defendieron animosamente, les entraron por fuerza de armas; y ganándoles ocho banderas que tenian, degollaron más de quinientos soldados herejes que lo defendian. El primer español que entró dentro y que más se señaló fué el capitan Hernando de Isla, que entónces era entretenido cerca de la persona de Alexandro, y en aquella ocasion, como en otras muchas donde se habia hallado, dió muchas muestras de su persona y valor, como se podia desear. Siguéronle el alférez Diego de Vargas

Machuca, y los capitanes D. Alonso de Mendo y Diego de Avila Calderon, y entre los pocos rebeldes que quedaron vivos, fué uno el enemigo del Marqués, y llevándolos todos á Alexandro para informarse de algunas cosas que se ofrecian para la empresa de Amberes, que tanto deseaba, y preguntándole al enemigo del Marqués por qué habian esperado la batería y defendídose del esfuerzo de los españoles, que cuando se les rendian eran misericordiosos, le respondió con tanta soberbia, que se indignó el Marqués mucho más de lo que contra él estaba, y fué de manera, que no pudiéndolo sufrir, le dió de puñaladas y le mató. Alexandro sintió mucho que en su presencia se le perdiese el respeto, mas acordándose que le debia la vida, pues le descubrió la traicion que Monsieur de Hesse le tenia hecha para matarle, guardó para esta ocasion el agradecimiento, y templando la cólera que le habia encendido, considerando tambien que el Marqués era muy valido de los más principales y poderosos señores de los Estados y que convenia contemporizar con él como con los que eran sospechosos, y más en tiempo que le habia menester, disimuló como prudente Capitan, y dijo con gran severidad y con palabras blandas y suaves, que pudiera bien en su presencia excusar semejante desacato, y que la cólera y pasion de verse delante de su enemigo, que en vez de serle humilde, pues estaba rendido, se mostró soberbio y arrogante, le disculpaba; pero que mirase otra vez de la suerte que en su presencia se descomponia. El Marqués se arrojó á sus piés, y sin querer levantar una rodilla del suelo, le pidió perdon con grandes muestras de sentimiento, y mostró tanto haberle pesado, que conociéndolo Alexandro y mirando la humildad de un hombre á quien debia la vida, y que le tenía á sus piés, se le quitó el enojo, y aunque fuera mayor, le perdiera por ver al Marqués tan arrepentido.

No faltaron en el ejército católico muchas personas que afeasen este caso, pareciéndoles gran desacato delante de un Capitan general como Alexandro el que el Marqués habia tenido, y quien más sintió este atrevimiento fueron los españoles é italianos, porque como más obedientes é interesados en el respeto

que se le debia á Alexandro, no sólo murmuraron contravenia este caso á la costumbre militar, donde tan necesario es el castigo, sino que notaron mucho este punto, y alguno hubo que juzgó que era tanto el temor que el Marqués tenia á aquel enemigo suyo, que pareciéndole, si de aquella vez no le acababa y Alexandro le concedia la vida, pudiera darle cuidado en las ocasiones que adelante se ofrecieran, porque era valiente y grande enemigo; pero si bien se considera no se podia creer del Marqués semejante cosa, porque era valentísimo caballero y en tantas ocasiones habia hecho demostracion de su persona, como se podia desear de un muy animoso y arriscado soldado, que aunque es de pusilánimes ser crueles y matar enemigos despues de rendidos, no se podia decir por él. Y para no caer en semejantes yerros debe cualquiera persona que profesa honra no aventurarla ni ponerla en las manos del vulgo que no sabe disimular nada. Y los súbditos que se hallaren en presencia de sus Generales han de guardarles el respeto y decoro que se les debe, sin confianza de que puedan tener perdon sus atrevimientos, pues no hallarán un Alexandro que se los perdone, ni un marqués de Rubes tan venturoso, que le estuviera harto mejor guardar la cólera para otra ocasion. Y así, debe cualquier obediente soldado reprimir la que tuviere delante de sus Generales, y aprender todas las naciones del mundo de la española, que jamás se ha visto matar ningun enemigo rendido á sangre fria, como lo estaba el del marqués de Rubes, y en las ocasiones de pelear se les enciende de manera, cuando se les resisten sus contrarios, como se ha visto en las que se les ha ofrecido.

Otro dia siguiente, despues de haber ganado el fuerte de Canton de Amor, se fué sobre el tercero, que se llamaba el del Norte, y ántes de llegar á él le desampararon los rebeldes temerosos no los degollasen como á los de Canton de Amor. Lo mismo hicieron los del cuarto y último fuerte, con que se acabó de ganar la isla de Dula y quedó sujeta al servicio del Rey, nuestro señor. Luégo que se entró en ella sucedió un caso que, por ser á propósito para remediar algunos abusos que hay en la guerra sobre abatir las banderas á quien no se debe hacer y

los yerros que algunos Capitanes y Alféreces hacen, me ha parecido escribirle; y fué, que habiendo el Sargento mayor del tercio de Pedro de Paz, que se llamaba Andrés de Espinosa, natural de Toledo, y Alférez que fué de la compañía de Pompeo, famosa por haber sido toda de mosqueteros y no haberse conocido otra, reconociendo los puestos y avenidas donde se habian de poner las centinelas y guardias, tocó á poner una compañía en una granja del alojamiento que tenia el marqués de Rubes, y este pretendió la entrase en su casa, pero el Sargento mayor lo resistió, aunque el Capitan della (que excuso decir su nombre por el yerro que hizo, no por ignorancia, porque era experimentado soldado y sabia muy bien lo que tocaba hacer), pareciéndole lisonjearle, quizá porque habia comido con él aquel dia, esperó que saliese de su casa y hizo tomar las armas á su compañía, y ordenó á su Alférez que le abatiese la bandera. Los soldados, que pocas veces callan los defectos de sus Capitanes y Oficiales, se pasaron la palabra y llegó á los oidos del Sargento mayor, el cual reprendió al Capitan y le dijo, que pues no habia permitido le entrase guardia al Marqués en su casa, siendo ménos que abatille la bandera como lo habia hecho; y dió parte dello á Alexandro, pareciéndole no era negocio para encubrirlo; pero por haber sido al Marqués, á quien le debia la vida, disimuló y no quiso hacer una muy gran demostracion con el Capitan, siendo digno de cualquier castigo; pues si le diera, no podia el Marqués dejar de mostrar muy gran sentimiento, no obstante que sabia muy bien no era justo que se le abatiese una bandera, pues sólo á la persona del Capitan general se le debe esta honra y no á otra alguna; y aunque hay muy grandes soldados que saben á quién y cómo se deben abatir las banderas, para los que no lo son y desean serlo, advertiré que al Santísimo Sacramento se ha de abatir tres veces una bandera y luégo postrarla ó tenderla en el suelo para que pase por encima della, y al Rey se ha de abatir otras tres veces pero no postrarla, porque esto sólo se debe á Dios y no á otro. A un Príncipe, hijo ó sobrino de un Rey ó que tenga sangre real, se le ha de abatir dos veces, y otras dos al Capitan gene-

ral; y si este tal hiciere ausencia de su ejercito y quedare encargado á persona que tenga las mismas partes y calidades que él, se le debe la misma honra todo el tiempo que durare la ausencia. En Francia, al duque de Umena, por ausencia de Alexandro, le abatian los Alféreces las banderas; tambien deben, cuando pasan por delante de una iglesia ó de una imágen de un Cristo y de Nuestra Señora hacerles acatamiento con las banderas, derribándolas del hombro con una humilde reverencia, pero no abatirlas, como indevidamente hacen algunos á personas que no les toca, y es cosa indigna que una insignia que representa tanta grandeza como la persona Real la humillen y abatan á quien no lo es, que es lo mismo que humillarse el Rey á su vasallo, el cual está obligado á postrársele por tierra, y no es razon usurpar el autoridad y majestad de una bandera para darla á quien no se le debe; algunos Capitanes mal entendidos y visoños usan tan mal desto por no entenderlo, que han hecho notables faltas; y recien venido yo á este distrito, ví, no sólo prestar algunos Capitanes de la milicia dél sus banderas para fiestas y cofradías, pero abatirlas á los Corregidores, teniéndolos por Capitanes generales, y ellos permitirlo y ponerlo por título en sus mandamientos y otros escritos procesales de que suelen usar, que no poco trabajo me ha costado dar á entender á los Capitanes y Oficiales de las compañías cuán léjos estaban de lo que tenian entendido, y lo peor es que dura en algunos Corregidores tener en la cabeza el ser Capitanes generales, cosa que no se debe pasar por ello; pero el Capitan que en la isla de Dula mandó abatir su bandera al marqués de Rubes, no lo hizo de ignorancia ni por no entenderlo, sino, como ya he escrito, por adularle á costa de la reputacion del arte militar. Este tal y otros que yo conocí en Flandes, que acostumbraban á cortesar á algunos señores del país y á comer con ellos, porque cuando tenian algunas tropas del ejército español á cargo los estimasen y favoreciesen con Alexandro, que no poco murmurados eran de los demas, usaban mal del autoridad y cargos que tenian; y no es de ménos consideracion la ambicion de algunas personas, que sin ser Generales ni tener título ni partes para ello

permiten que les abatan las banderas reales y les hagan otros favores indignos dellos, pues aunque muchos por sus personas y servicios han llegado á merecerlos, no es justo gozar de semejantes preeminencias, no dándoselas su Príncipe y señor natural, pues como ya he dicho, á él sólo y á los de su sangre y Generales se les debe esto.

Tenia Alexandro muy bien entendidos y en saber guardar los preceptos militares y la observancia dellos, y ponia tan bien el punto á todas las cosas y lo que le tocaba á cada uno, que ni por malicia ni ignorancia daba lugar ni permitia que se tomase nadie más mano de la que tenia, porque en ningun tiempo se dijese lo que de algunos Generales, que por respetos y fines particulares dejaban romper las costumbres militares, especialmente los de la nacion española, por ser ejemplo de las demas; y esto se vió bien el año adelante de 1589, por el mes de Octubre, teniendo á cargo el conde Cárlos de Mansfelt el ejército español por ausencia de Alexandro, que estaba enfermo en la villa de Vince, que pretendió que le entrasen de guardia las banderas españolas, que era ménos que abatírselas, y algunos Capitanes, por las causas que he referido, le daban esta gloria, no mirando la dereputacion y menoscabo que se les seguia al hábito que profesaban; pero no lo pudo acabar con el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca, que gobernaba el tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, que con su experiencia, valor y buen entendimiento, resistió siempre la pretension del Conde sin serle desobediente, de que Alexandro le dió las gracias en respuesta de una carta que le escribió sobre estas diferencias, que por haber llegado á mis manos me ha parecido hacer una memoria della en esta ocasion, la cual decia así:

«Muy magnífico Señor: En todo tiempo y ocasiones huelgo yo con las cartas de Vuesa merced, y con la relacion que me da en ellas de lo de allá, y le encargo lo continúe. He visto y entendido lo que ha pasado con el conde Cárlos sobre la pretension de meterle bandera de guardia, y fué muy acertado reparar en la costumbre de la nacion y representárselo, pues yo, él y todos, no sólo no habemos de ser en romperla, pero trabajar y

procurar que se guarde, sin innovar en ello cosa alguna, como lo ordeno que lo haga de aquí adelante, loando y aprobando la modestia y buen término que Vuesa merced tuvo en esto, que es muy conforme á lo que yo prometo siempre de su mucha prudencia, advirtiéndole que se valga della para no querer competir con el Conde, ni darle á entender más de que si no se ha hecho y hace lo que ha mandado ha sido por cumplir con los estatutos de la milicia, que á él se le escribirá lo crea así y se acuerde de la observancia y respeto que ha tenido ese tercio y lo que se debe á los soldados y Capitanes dél, y en particular á Vuesa merced á quien yo estimo en lo que es razon, y él hará lo mismo; con que y con certificarle que voy mejorando cada dia notablemente, se acaba esta. Doy gracias á nuestro Señor por todo. El guarde la muy magnífica persona de Vuesa merced con el acrecentamiento que puede. De Vince á 11 de Noviembre de 1589. A lo que Vuesa merced mandare mandaré.—*Alessandro Fernese.*»

Si los Capitanes generales que profesan ser maestros de milicia y de observar los estatutos della imitasen á Alexandro, no tan solamente conservarian la reputacion de las banderas, mas tambien darian ejemplo á sus Capitanes y tantas ocasiones para aprender el buen uso y costumbre militar como se ha visto, y con las veras que procuraba conservarle y los medios tan prudentes que para ellos ponia; pues con ser el conde Cárlos de Mansfelt Gobernador del ejército católico y persona de tanta importancia y calidad, no disimuló la reverencia que pretendia le hiciesen las banderas del Rey, su tio, sino porque en ningun tiempo se dijese que dejaba perder el punto y reputacion que conservaba la infantería española, y la estimacion que se hà de hacer de sus banderas, así por lo que representan como por lo que á su misma persona se le debia, y no era justo darlo á otra.

Habia dado órden Alexandro al coronel Cristóbal de Mondragon, luégo que comenzó á disponer y entablar el sitio de Amberes, que con su tercio de españoles, que llamaban el viejo, y con seis mil hombres de todas naciones y algunos caballos y artillería pasase el rio Esquelda, que es uno de los mayores de

Europa, y el que divide á Flandes de Brabante, y en él sitiase el fuerte y castillo de Lillo, que está frontero del de Canton de Amor ó de Lifquenoek, del que desta otra parte, que es en la de Flandes y en la isla de Dula, como se ha escrito, porque quitados estos dos padrastros en esta ribera, que para la empresa de Amberes lo era muy grande, no podrian entrarles sino con grandísima dificultad los navíos que van de las islas á aquella villa y á las de Malinas y Bruselas, que tambien estaban por los rebeldes. Acabado de pasar el rio Esquelda el coronel Cristóbal de Mondragon con la gente de su cargo, y reconocido el fuerte y castillo de Lillo, del cual era Gobernador por los Estados rebeldes Monsieur de Teleni, hijo de Monsieur de la Nua, ya nombrado, que era capitan del príncipe de Orange, y gobernó á Mastriq, pocos dias ántes le habia fortificado y guarnecido esta plaza tres leguas de Amberes. El coronel Cristóbal de Mondragon se le comenzó arrimar con trincheas más tibiamente de lo que convenia, tomando en esto el parecer de sus Capitanes y no el órden que llevaba de Alexandro, y fué que la misma noche que llegase cerrase con el castillo y procurase de improviso ganar la plaza sin dar lugar que los rebeldes advirtiesen lo que habian de hacer. Si esto pusiera en ejecucion, sin duda saliera con la empresa, porque le fuera fácil y no se ofrecieran las muchas dificultades que hubo, sin tener efecto nada de lo que intentó, con haber hecho todo su esfuerzo para señorearse desta plaza; pero como los que la defendian se hallaron tan advertidos y con las trincheas cerca de la muralla, hicieron á ellas algunas salidas, y peleándose valerosamente de ambas partes se trabaron algunas escaramuzas, y cuando llegó el tiempo de batirlo se comenzó á hacer con mucha diligencia desde un dique, adonde estaba plantada el artillería. Los rebeldes se defendian gallardamente, y se les dió un asalto en que perdieron un rebellin que defendian, y no pudiendo pasar más adelante los españoles que llegaron se hubieron de retirar, porque los contrarios se fortificaban y defendian aventajadamente, y levantaron una exclusa que tenian en el fuerte, con que anegaron mucha parte de la tierra y todos los cuarteles donde estaba

Mondragon y su gente, demás de haber hecho una cortadura en el contradique que está en el lugar de Estrabruque, por donde tambien entró mucha agua, y lo más principal que á Lillo hacia fuerte era no podérsele quitar el socorro que de Amberes le entraba siempre que habia menester; y con la inundacion crecieron las aguas y se anegaron los cuarteles y alojamientos de los españoles, y al mismo tiempo que del castillo y fuerte disparaban tanta artillería que les hacia notable daño, Mondragon mandó guarnecer una casa fuerte, que estaba en el lugar de Lillo, y lo mismo en todas las surtidas y cortaduras de los diques, y retirándose la infantería española con inmenso trabajo, llevando el artillería á fuerza de brazos, que sola esta nacion pudiera hacer esta fineza, poniendo las vidas por la reputacion que siempre ha conservado, se mudaron una legua de Lillo más hácia Amberes, donde hicieron nuevos cuarteles en un lugar que se llama Estrabruque, donde estuvo Mondragon defendiéndose de los rebeldes. El conde Cárlos de Mansfelt y el marqués de Barambon se pusieron con sus regimientos de valones y borgoñones y los que habia de alemanes en el mismo dique, una legua de Lillo, á la parte de la villa de Bergas Olzon, donde hicieron un fuerte.

De los rebeldes no se pudo saber por entónces los que en las salidas, escaramuzas y asaltos del fuerte murieron. De los españoles mataron doscientos y cincuenta soldados, y entre ellos los capitanes D. Luis de Toledo y D. Pedro de Padilla que habian peleado valerosamente; y salió muy mal herido, con un ojo ménos el capitan D. Luis de Avalos, que hoy es castellano del Castillo de Setuval en Portugal, y natural de la ciudad de Toledo; y el capitan Juan Verdugo, que no ménos peleó particularmente, que en otras muchas ocasiones habia dado gran muestra de su persona y ánimo invencible.

La presa de la isla de Dula y los fuertes que habia en ella atemorizó mucho á los de la villa de Amberes, y pareciéndoles convenia presidiar el castillo de Lillo, no hallando otra gente más á la mano que la guarnicion que habia en la villa de Arentales, enviaron por ella, y quedando desguarnecida, lo supo el

conde Nicolao de Checis, caballero modenés, que con su compañía de caballos habia ido por órden de Alexandro á batir las entradas y á tomar lengua. Procuró hablar con algunos amigos suyos, católicos, que conocia del tiempo que habia estado preso en Arentales en poder de los rebeldes, y les persuadió se redujesen al servicio del Rey, nuestro señor, y le entregasen la villa, pues era buena ocasion la que se les ofrecia, sin aguardar que el ejército católico los fuese á sitiar, á tiempo que, por ventura, no tendria Alexandro misericordia dellos; y pareciéndoles bueno el consejo del Conde, aceptaron sus ofrecimientos y acordaron de dar la obediencia al Rey, nuestro señor, y enviaron sus Embajadores á Alexandro, el cual los recibió muy bien é hizo merced y favor, y al Conde agradeció este particular servicio y le dió el gobierno de la villa, y entró en ella con su compañía de caballos y la presidió y amunicionó lo más bien que pudo. Era el conde Nicolao de Checis buen caballero, valeroso y entendido, y así supo gozar de tan buena ocasion como se le vino á las manos. Conviene mucho que á las personas que se le encomiendan semejantes servicios como el que iba á hacer, por lo que podria ofrecérseles, fuesen soldados experimentados y bien entendidos, y los Generales que los envian no caerian en los descuidos que otros por no saber elegir personas para semejantes servicios, como Alexandro que miraba muy bien á quién encargaba las cosas de su tio; y de no hacerlo no se sigue ménos que perderlo.

La retirada del coronel Cristóbal de Mondragon del castillo y fuerte de Lillo, y la empresa del de Lifquenoek en la isla de Dula, fué á los 10 de Julio deste año, y en este mismo dia sucedió la muerte del príncipe de Orange, tan deseada de toda la cristiandad. Aunque sea de paso, diré el orígen que tuvo y lo que puntualmente pasó, sin detenerme en la sustancia por haber tantos autores que escriben el fin que hizo este Príncipe, enemigo de la Iglesia, tan por extenso como se ve en sus escritos. Deseaba Alexandro que sus falsos y depravados intentos se deshiciesen, y que pues no se cansaba de perseguir á los católicos y de ofender con las armas y poder que tenia y

aumentaba á los ejércitos del Rey, nuestro señor, hubiese quien con ferviente amor y celo de verdadero cristiano aniquilase sus fuerzas y estirpase de una vez sus herejías y rebeldía contra su Príncipe, procuró infinitas por medio de los mismos rebeldes y de otros que se le diese la muerte. Esta fué una de las cosas más grandiosas que hizo Alexandro (por haberse sacado tanto fruto della y recibido toda la cristiandad tan grande beneficio); pero jamás le habian lucido sus deseos, con habérsele ofrecido para este efecto muchos franceses, loreneses, escoceses, ingleses y otros con quien habia gastado mucho dinero, y por diferentes partes, sin saber unos de otros, habia despachado destas gentes, sin haberse querido valer de ningun español ni italiano, porque por ser tan conocidos serian sospechosos en la corte del príncípe de Orange; y ya, aunque no del todo perdidas sus esperanzas de proseguir su intento, lo supo en Borgoña Baltasar Gerardo, Secretario que habia sido del conde Pedro Ernesto de Mansfelt, y por un desden habia dejado este servicio, comenzó á fabricar en su imaginacion el modo que tendria para darse á entender á Alexandro y que no creyese le movia interes ninguno para acometer una empresa tan dificultosa, sino sólo quitar del mundo á un hombre tan pernicioso y malo; y pareciéndole eran inútiles sus trazas é imaginaciones, hallándose ausente sin poderlas poner por obra como deseaba, determinó de irse á la corte de Alexandro, y llegando á su presencia le dijo que él habia entendido como deseaba se le diese la muerte al de Orange, y que para esto habia Dios inspirado en su corazon de ponerlo por obra, y que si S. A. le daba licencia, con el favor del cielo, le sacaria deste cuidado con sólo que le mandase dar el sello del conde Pedro Ernesto de Mansfelt que ya otras veces habia tenido por haber sido su Secretario. Alexandro le dió bien que pensar tan súbita determinacion, sin haberle dado causa ni el modo que para poner en ejecucion una cosa de tanta importancia habia menester, y le respondió, por ver el pecho que tenia, que le parecia negocio árduo y dificultoso de poderlo ejecutar por hallarse el príncipe de Orange en la villa de Delft, en Holanda, donde no podia escaparse si le matase.

Baltasar Gerardo le dijo que no le diese pena á S. A. porque él no la tenia ni estimaba su vida en más que perderla por el servicio de Dios y de su religion, donde pensaba emplearla y sacar fruto de sus deseos, y que habia mucho tiempo tenia intento de privar de la suya al de Orange, pues habia sido causa de que se perdiesen tantos; y que no lo habia osado comunicar, temeroso de no ser creido, y no le tuviesen en ménos por la poca satisfaccion que tenia de sí para emprender una hazaña tan grandiosa. Alexandro le agradeció el intento y le dijo para qué queria el sello del conde Mansfelt. Respondióle que por haberle servido sabia muy bien contrahacer su firma y despachar en su nombre cualquiera cosa que se le ofreciese, y que con esto y el sello, si se lo entregaba, daria á entender al príncipe de Orange que el conde Mansfelt, por algunas malas satisfacciones que tenia del Rey católico, le queria entregar la villa de Tumbila, en el país de Luxemburg, de donde era gobernador Mansfelt, y ser esta plaza paso de Italia á los Estados de Flandes y de la importancia que se deja considerar, por no poder pasar los socorros y ejércitos del Rey, nuestro señor, sino con mucha dificultad, con la codicia y cebo desta villa era forzoso persuadirse el de Orange á creer cualquiera cosa que Baltasar Gerardo le comunicase, y que con otras que le dijese y daria á entender le dejaria estar en su corte, donde las correspondencias con el conde Mansfelt haria ciertas y seguras, pues llevaba cartas, crédito y sello, y firmas suyas, y por embajador su Secretario, que representaba su misma persona. Parecióle tan bien á Alexandro el ardid y traza de Baltasar Gerardo que lo aprobó por bueno; y en lo demas que con él trató era de tanto fundamento, que le dió espuelas para ponerlo en ejecucion; y para saber de todo punto su intento y si le movia algun interes le dijo, que para una cosa tan grave y de importancia le parecia era menester gran suma de dineros. Baltasar Gerardo le respondió que no habia necesidad de ninguno para hacer este servicio á Dios y al Rey, nuestro señor, que él se hallaba con treinta y cinco escudos de oro, que eran bastantes para hacer su viaje y asistir hasta dar fin á su intento, y que cuando volviese,

si S. A. gustase podria hacerle la merced que fuese servido, y si no tornaba con vida, á sus padres. Alexandro lo cumplió así, porque despues de sus dias les dió veinticinco mil florines, con que por ser pobres, en el lugar de Villasan, en Borgoña, de donde eran naturales, vivieron descansadamente; y hallándose Gerardo con esta honrada (aunque dificultosa) determinacion, y Alexandro resuelto á que la ejecutase, llamó al conde de Mansfelt y le comunicó este caso, pareciéndole que, pues le tomaba por instrumento para ejecutarlo, era bien lo tuviese entendido; y le preguntó la satisfaccion que tenia de Gerardo. Respondióle que muy grande, porque todo el tiempo que habia estado en su servicio conoció dél mucha prudencia, valor y cristiandad, y que le juzgaba por persona á quien se le podia encomendar este y otros negocios por más importantes que fuesen. Comunicólo tambien Alexandro con Monsieur de Hautepena, y con su parecer y el de Mansfelt industrió á Baltasar Gerardo en lo que habia de hacer, ya que él habia abierto el camino para la empresa; y le envió á la villa de Delft, en Holanda, donde al presente residia el príncipe de Orange, y en tanto escribió al gobernador de la villa de Tumbila que era lugarteniente del conde Mansfelt, que aunque viese cartas suyas selladas de su sello no entregase la plaza á nadie sin órden expreso suyo, y para más seguridad le envió Alexandro hasta ver el fin é intento que llevaba. Previno esto como prudente Capitan, temiendo lo que en la guerra suele suceder, que sin la fuerza de las armas todo es inteligencias, ardides y extratagemas. Desto ha de estar muy prevenido un Capitan general, huyendo siempre de la confianza que es la que hace asegurar las sospechas, y sin ellas en la guerra no puede ninguno que gobierne tener buen acertamiento en las cosas della, como le tuvo Alexandro por saber temer y prevenir todo lo que puede suceder.

Habiendo llegado Baltasar Gerardo á la villa de Delft, publicó en la casa del príncipe de Orange, para más disimular el fingido trato de la presa de Tumbila, que llevaba carta de la Reina madre de Francia con aviso de la muerte del duque de Alanson su hijo, que habia sucedido en aquel tiempo. Los cortesanos le

recibieron bien y agasajaron mucho, porque con su apacible condicion se hizo querer bien de todos; pero con el de Orange, á solas, trató de parte de Mansfelt la entrega de Tumbila, y por las cartas y recaudos fingidos lo tuvo por cierto, y de que Mansfelt se habria cansado de los favores del Rey católico pues huia del nombre español tan aborrecido entre ellos. Gerardo que le vió cebado de su codicia y persuadido á lo que le habia hecho creer, le fué entreteniendo con disimulada astucia hasta hallar ocasion de poder ejecutar su deseo. A los 10 de Julio deste año, despues de comer le halló como podia desear, porque estando el príncipe de Orange hablando con un muy grande su amigo y de su consejo, le dijo que se queria volver, que le mandase despachar. El Príncipe se levantó de la silla para hablarle, y ántes que se acabase de enderezar, le disparó una pistola que llevaba de secreto entre dados enramados y llenos de tósigo, y le dió por el corazon y le abrió toda la tetilla izquierda, y en un instante cayó muerto en el suelo; y Baltasar Gerardo, con un ánimo invencible y sin ninguna turbacion, se salió por un postigo que iba de la caballeriza al campo, y fuera del lugar donde tenia prevenido un caballo, y al tiempo que iba á subir en él, le detuvo el amigo y consejero del príncipe de Orange. Luégo llegaron algunos de su guardia, que al ruido habian acudido, y le prendieron y llevaron á la cárcel, donde habiendo entendido la muerte del príncipe de Orange tuvo por muy dichosa su prision, y quedó tan contento como si se hallara libre, por haber conseguido su deseo en matar uno de los más escandalosos y sediciosos Príncipes que hubo en el mundo, ni que tanto hubiese perseguido la religion cristiana y sido causa de tantos y perniciosos daños, incendios, muertes, fuerzas, robos humanos y divinos que con sus manos sacrílegas habia hecho y permitido á los que le amaban y seguian. Fué luégo la justicia y Magistrado á la cárcel á examinar y recibir la confesion á Baltasar Gerardo, y visto que confesaba el delito sin tormento, se admiraron. Preguntáronle quién le habia inducido para matar al de Orange, si acaso el rey de España le habia incitado ó algun ministro suyo con dádivas y otras cosas. Respondió que nó, que

[illegible] de su mera voluntad habia hecho á Dios aquel servicio y á la república y religion católica, y que de nadie habia recibido premio para dar la muerte al Príncipe; y porque della y la que le dieron á Baltasar Gerardo hay tantos autores que la escriben, fué de paso con sólo apuntar (si decirse puede), me parece fué verdadero mártir, pues por Dios y por la religion católica pasó la más cruel muerte y dichoso martirio que se ha visto. Despues de haber dado sepultura al príncipe de Orange y hecho cuartos y puestos sobre las cuatro puertas más principales de la villa á Baltasar Gerardo, escribieron y despacharon los Estados rebeldes muchos pliegos á todas las provincias que por ellos se mantenian y á los Gobernadores de las guarniciones y castillos, diciéndoles que se conservasen y tuviesen como de ántes, que no por haber sucedido esta desgracia dejarian como hasta allí de asistirles en la misma conformidad hasta acabar la guerra y echar los católicos y á Alexandro de todos los Países-Bajos, para lo cual protestaban de nuevo vender sus haciendas y cuanto tuviesen.

El fin que hizo Baltasar Gerardo dió mucha envidia á los católicos y gran contento á los herejes, pero se les opuso con el de su Príncipe y maestro, que le pensó tener más dichoso; pero la muerte, que á nadie perdona, se la dió á los cincuenta y un años de su edad, habiendo gastado la mayor parte dellos en tan mala vida como por lo pasado se ha visto. Pudiéralos haber aprovechado en servicio de su Príncipe y religion para que le hubiese lucido, pues Dios le dió sujeto para ello, y prudencia para gobernarse y sufrimiento para alcanzar y conseguir cualquier buen intento; valor y experiencia en las cosas de la guerra, y fortaleza para resistirla; pero tan mal empleado en él como las mercedes y favores que habia recibido del Rey, nuestro señor, á quien era tan ingrato, que no quiso gozar dellas. Fué casado cuatro veces. En su primera mujer, llamada María Eguemont, hija del conde de Bura, tuvo á Phelipo Guillermo, que hoy goza de su estado por permision del Rey católico, habiendo sido desposeido su padre dellos. Este Príncipe fué criado en España tan diferente en cristiandad, que no merece ser hijo de tal padre;

tuvo á María, su hermana. Casóse segunda vez con Ana, hija de Mauricio, duque de Sajonia, uno de los electores del Imperio. Desta tuvo al conde Mauricio, que hoy vive y sustenta las guerras en Flandes á imitacion de su padre, pero no con tanto escándalo. Es buen caballero y gran soldado, y como le criaron en la religion de Calvino, vive en ella tan olvidado de Dios como los demas herejes. Esta segunda mujer, madre deste, la repudió el príncipe de Orange, su padre, y casó tercera vez con Carlota, hija de Ludovico, duque de Monpensier, monja profesa. Della tuvo cinco hijos. Casó cuarta vez con Madama de Coligni, hija de Monsieur de Coloní, almirante de Francia, viuda de Monsieur Coligni, de quien tuvo un hijo que se llamó Federico de Nassao.

Los Estados rebeldes sintieron mucho la muerte del príncipe de Orange, pareciéndoles era caido el pilar de su religion y en quien tenian fundadas sus esperanzas. No ménos lo sentian los de Amberes, y quedaron tan atemorizados, y más con los prósperos sucesos de Alexandro, que comenzaron muchos á desamparar la villa, y para que no se despoblase fué necesario prohibirlo, con mandar el Magistrado, á los 17 de Julio, que ninguna persona, pena de confiscacion de bienes, fuese osado á salir de la villa, si bien secretamente se fueron algunos; los demas quedaron tan sujetos con las tiranías de Aldegonde y de los demas poderosos y supercherías de los calvinistas, que no osaron desmandarse de allí adelante. Los de la villa de Gante no desistian un punto de sus maldades, y tan obstinados en ellas que no esperaban habian de tener fin; y de allí adelante, con más osadía, persiguieron á los católicos, y se enfurecieron y enconaron tanto con ellos, que protestaron de nuevo morir en su religion y no dar la obediencia al Rey católico, nuestro señor; y con una furia jamás vista comenzaron á hacer nuevas crueldades, y sentenciaron á degollar por traidor á Juan Esbesio, y parece fué justo juicio de Dios le condenasen los mismos por quien habia pecado; ejecutaron la sentencia, con que se aquietaron más los ganteses.

Deseaba tanto Alexandro la empresa de la villa de Amberes,

así por estar ya empeñado en ella, como por entender que se habian de reducir luégo las villas más principales que estaban á su devocion, que eran Gante, Bruselas, Malinas, Vilborde y Terramunda, con que daba fin á muchas cosas y principios á otras mayores, como el pasar á las islas de Holanda y Gelanda, que era lo que más deseaba, poner freno á sus moradores, que con tanta rebeldía se conservaban en su falsa religion; y así, comenzó luégo á apretar el sitio y á quitar todos los inconvenientes y padrastros que lo podian estorbar; y á gran instancia dió órden al Maestre de campo, Pedro de Paz (porque los rebeldes habian hecho muchas cortaduras en los diques para anegar el país, así en la parte de Flandes como en la de Brabante y estaban de guardia y fortificados en ella), que fuese con su tercio de españoles y los desalojase, y ganase una cortadura que estaba en el dique maestre de Amberes, donde habia una nave de guardia con mucha artillería y grueso número de soldados; y aunque le defendieron, no le bastaron sus fuerzas para dejar de retirarse; y habiéndose ya hecho á la vela, se apoderaron de la cortadura los soldados de Pedro Paz y quedaron de guardia en ella.

Otro dia siguiente, que fué el de Santiago, en la noche, salieron del mismo tercio, con órden de Alexandro, siete compañías suyas, cuyos capitanes eran D. Sancho Martinez de Leiva, Juan de Rivas, D. Gonzalo Giron, Diego de Herrera, Rafael Terrades, D. Juan de Vivero y Santistéban, y fueron al lugar de Verbre, donde estaba Alexandro y tenia su córte, y dió órden al capitan Juan de Rivas que llevase estas compañías á su cargo, y que aunque costase cualquier cosa (porque deseaba para esta empresa atropellar cuantas dificultades se ofrecian) fuese al dique que se llama de Calo, y ganase una cortadura que habia en él, donde gran número de rebeldes estaban fortificados. Este fué un riguroso órden y pocas veces visto en la guerra, pues sabiendo la fortaleza del sitio, y que tenian el socorro de su mano y haber de ir desguazando (como á su tiempo se dirá) más de media legua, caso imposible para los que lo vieron y pasaron, quiso Alexandro en esta ocasion aventurar á

perder siete compañías españolas ó que hiciesen pié en el dique. Este órden tan áspero y desusado dió mucho que pensar á Juan de Rivas y á los demas españoles que iban á su cargo, y para satisfacerlos á todos quiso que fuese en general, pues de las ventanas de su palacio en voz alta (con que cobraron mayor ánimo), les dijo las razones ya escritas; que fué dalles á entender que, aunque se perdiesen todos, habian de ganar la cortadura y el dique. Mucho importa á un Capitan general cuando tiene entre manos una empresa dificultosa y donde espera sacar fruto de sus servicios y aumentar su nombre y reputacion, hacer posibles algunas cosas que parecen no serlo; así para sacar la gloria y fin que pretende como para que sus soldados entiendan que con las armas en la mano son poderosos para vencer dificultades y atropellar inconvenientes, como hizo Alexandro en el que se ofreció en esta empresa, que con su industria y valor de Juan de Rivas y de sus soldados alcanzó el fin que pretendia, y tan dificultoso, y con tan excesivos trabajos como se verá.

Era ya una hora de noche cuando Alexandro dió el órden referido, y llovia terriblemente, no como en España ni otras partes, sino como suele en Flandes, tan reciamente y con tan gran teson que no escampó en toda la noche. Fué marchando Juan de Rivas y los demas españoles con inmenso trabajo, y para pasar la cortadura era necesario ir desguazando los soldados más de media legua el agua á los pechos, y llèvaban á los hombros maderos y tablones para hacer puentes y pasar algunas canales, que aunque no eran muy anchas, tenian más de una pica en fondo y no se podian desguazar. Iban venciendo mil dificultades, pero no la confusion en que se halló Juan de Rivas, porque la oscuridad de la noche era muy grande, el agua del cielo se apresuraba, la que habia en la tierra y en los canales crecia y el consejo faltaba. Esto era bastante para turbar cualquier entendimiento humano; pero la memoria del riguroso órden que Alexandro habia dado y la mancha de la infamia que de no observarla cayera en tan honrados soldados, hizo al Capitan Juan de Rivas apresurar su determinacion y

vencer estas y otras mayores dificultades, posponiendo el temor por la honrosa vergüenza que es acompañada con la virtud y valor español, é hizo fácil tan dificultosa empresa. Cuando llegaron á la cortadura era más de media noche y no cesaba de llover con la misma furia que habia comenzado, y la marea iba creciendo.

No podian los soldados aprovecharse de las armas, y como la pólvora y cuerda se les habia mojado y estaban ya cerca de los rebeldes, que habiendo tocado arma comenzaron á tirar muchos arcabuzazos desde el dique donde estaban fortificados, y para llegar á él habia un gran canal adonde el agua de la cortadura entraba tan recia y con tanta furia que no se podia pasar por no saber el desguazo, mandó Juan de Rivas á tres soldados que lo reconociesen; fueron Juan Pardo, natural de Andrada, en Galicia, de la compañía de D. Gonzalo Giron, y de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva, Hernando de Porras, natural de la ciudad de Loja, y de la de Toledo, Alonso Vazquez: todos tres con osadía honrada se arrojaron á reconocer el desguazo y el puesto que tenian los rebeldes por la parte donde estaban, y los arrebató el raudal del agua, que era tan furioso que se llevó á Juan Pardo, donde más no pareció. Los otros dos pasaron sobre las alas de la ventura, que otra cosa no los pudo librar, halláronse en la otra parte sobre el dique donde tocaron arma á los rebeldes y dieron voces á los demas españoles que no pasasen por donde ellos lo habian hecho porque se ahogarian todos. Aquí creció la confusion de manera que fué bien menester el valor y consejo de Juan de Rivas y de los demas Capitanes, juntamente con el ánimo que en semejantes ocasiones es necesario, porque habiéndoles faltado los tablones y maderos para pasar el último canal que estaba arrimado al dique donde los rebeldes se habian hecho fuertes, y siendo forzoso pasar á él porque se habia de observar el órden de Alexandro, ó perderse todos, demás de lo mucho que importaba esta faccion, pues era la primera y más necesaria para la empresa de Amberes, se determinaron á arrojarse á nado los que lo sabian hacer y atravesaron las picas de una parte á otra, y teniendo

los unos de los cuentos y los otros de los hierros, arrimándose á ellas, hicieron puente y pasaron con el mayor trabajo que se puede pensar. Los primeros que lo hicieron fueron Alonso Lopez de Agüero, que hoy es Capitan en el Castillo de Perpiñan, y Hernando de Aledo que lo fué tambien de infantería española y agora entretenido en Sicilia.

Eran soldados de Juan de Rivas á quien fueron siguiendo los demas, y todos juntos, con los dos de D. Sancho que habian pasado primero, cerraron animosamente con los rebeldes, y por no se poder aprovechar los unos ni los otros de las armas de fuego por la mucha agua que llovia, lo hicieron de las picas y espadas, que es la antigua pólvora y escaramuza de los españoles. Desta suerte vinieron á las manos con los rebeldes que por un rato se comenzaron á defender, mas no pudiéndolos resistir desampararon (huyendo á espaldas vueltas) el dique y un reducto que habian ocupado en la cortadura. Algunos se degollaron y los que se escaparon se entraron en unas barcas que tenian en el rio Esquelda, que por ser de noche y no saber los españoles donde estaban lo pudieron hacer muy á su salvo.

Otro dia de mañana, dejando guardia en la cortadura, caminó el capitan Juan de Rivas por todo el dique con el resto de la gente y fué á reconocer el fuerte que llaman de Flandes, que está frontero de Amberes, el poderoso rio Esquelda en medio, y por estar muy fortificado y con gran defensa se volvió á la cortadura, donde ya habia llegado Alexandro por la otra parte de la empantanada, y porque no pudo llegar donde estaba la gente respeto la gran cortadura que tenia el dique, en alta voz habló á Juan de Rivas y á los demas Capitanes y soldados, y les dió los buenos dias y las gracias de haber hecho al Rey, su tio, aquel tan particular servicio y de tanta importancia. En aquel dique y cortadura estuvieron los españoles ocho dias con mucha necesidad de comida, por no podérsela llevar hasta que se cerrase la cortadura para poderse servir del dique y caminar por él. Hízose en estos dias con inmenso trabajo, y al cabo dellos ordenó Alexandro que fuesen á mudar aquellas siete compañías de españoles, dos regimientos de alemanes y cuatro piezas de ar-

tillería para sustentar y conservar aquel puesto, por si se le arrimasen algunos navíos poderlos desalojar de aquella ribera, que como era de tanta importancia para la empresa de Amberes conservar aquel puesto, como otra vez lo he escrito, fué necesario reforzarlo.

Quedó por Gobernador desta gente el marqués de Rubes, que no ménos que su persona convenia para sustentarlo, que era la parte donde Alexandro tenia determinado de hacer un puente y estacada, jamás vista, para atajar el anchurôso y crecido rio Esquelda y estorbar el paso á los navíos de los rebeldes que no entrasen en Amberes; y aunque en muchas partes se habia designado, ninguna fué más apropósito que en aquél dique llamado de Calo. Mandó Alexandro que las siete compañías de españoles ya nombradas se fuesen á juntar con su tercio, que estaba ya á una legua de la villa de Terramunda, donde habia marchado, y hacia una estacada y puente en el rio que va de Gante á la villa de Amberes para quitar el paso y comercio á estas dos villas y que no se socorriese la de Terramunda, que es donde Alexandro tenia determinado ir á sitiar por poder con seguridad cortar en sus contornos y campañas la madera y estacas para fundar el puente y estacada en el rio Esquelda. Mandó Alexandro que en el que va de Gante á Amberes se hiciese otra y un fuerte en un lugar que se llama Vasaroda y que dejasen un regimiento de valones, y un tercio de italianos, y cinco piezas de artillería para la seguridad del rio y señorear las campañas de Gante y Terramunda.

Pareciéndoles á los de la villa de Amberes que era muy gran padrastro el haber ocupado el coronel Cristóbal de Mondragon con su tercio de españoles aquel dique, y lo mucho que les importaba desalojarlos, sacaron un muy gran número de gente, y encomendando la empresa á Monsieur de Teleni; gobernador de Lillo, que tambien sacó alguna del castillo, cerraron por dos partes con los españoles, y trabando una muy reñida y sangrienta escaramuza en el dique maestre de Amberes, pelearon de ambas partes valerosamente, hasta que apretándoles los españoles comenzaron los rebeldes á huir y desamparar una cor-

tadura que habian hecho en el dique donde estaban fortificados, que era con la que habian anegado más de dos leguas de país, y apoderándose della Cristóbal de Mondragon, mandó poner dos piezas de artillería para desde allí tirar á los bageles que se le arrimasen y á los que pasasen á Amberes. Fué este reencuentro á 4 de Agosto deste año. Murieron veinte españoles y poco más de treinta heridos, y á los rebeldes se les degollaron mil y quinientos soldados y más de cuatrocientos heridos, y si á espaldas vueltas no se hubieran huido á Amberes y á Lillo no se escapara ninguno.

Bien creyeron no hallar con tanto cuidado á los españoles, de quien pensaron tener victoria porque iban muy confiados de rompellos y saquearlos. Este mismo dia partió Alexandro del lugar de Vasaroda con el tercio de españoles del Maestre de campo Pedro de Paz, y puso sitio á la villa de Terramunda que está á seis leguas de la de Amberes y cuatro de Bruselas, y se acuarteló por esta parte y por la de Gante y Amberes el tercio de españoles del Maestre de campo, Agustin Iñiguez, y el conde Cárlos de Mansfelt con algunos que se habian sacado de los alemanes y valones de las guarniciones; y reconocida la villa por todas partes, envió Alexandro con un trompeta á decir á los rebeldes que presidiaban á Terramunda que se rindiesen y entregasen la villa al Rey, su tio; y respondieron tan desvergonzadamente, que luégo mandó Alexandro se les abriese las trincheas por la parte más flaca de la villa, tomando la empresa el tercio del Maestre de campo Pedro de Paz, que pasó mucho trabajo en ellas, y no ménos Alexandro que en trece dias con sus noches no faltó dellas, ni se desnudó, porque siempre lo acostumbraba como el menor soldado de su ejército, y estuvo tan cuidadoso, que se puede decir (demás del trabajo que pasó con el espíritu) que el peso del que allí padecieron sus soldados (que fué inmenso) le tuvo sobre sus hombros; cuando se habrian las trincheas se hallaba el agua tan cerca, que á la primera azadonada salia de la tierra, y la que era menester fué necesario (por esta causa) traerla en espuertas y gran cantidad de tepes, algo léjos, á fuerza de brazos, para cubrirse y repararse en

las trincheas, y con fagina y saquillos lo hicieron lo mejor que se pudo hasta desembocar al foso, que para vello de cegar, que era muy ancho y hondo, se pasó muy grande y excesivo trabajo, y mataron muchos y valientes soldados españoles por hacerlo.

Los rebeldes sacaban gran cantidad de luces y lampiones desde la muralla toda la noche para ver á tirar á los que lo cegaban, que con mucha fagina, carros y otras cosas lo hacian con notable peligro, no cesando los rebeldes de molestarlos y ofenderlos con palabras feas, y colgaban de la muralla las imagines y santos con sogas, diciéndoles que mirasen en lo que creian. Los españoles callaban y trabajaban sin responderles ninguna cosa. Esto procuraba Alexandro con grandísimas veras, que hubiese silencio en semejantes ocasiones, y no como otros Generales que permiten que sus soldados hablen con los enemigos desde las trincheas, cosa bien fuera del órden militar, y no se debe hacer por ningun caso, que tal vez puede un soldado (no siendo experimentado ni bien entendido) hablar alguna cosa por donde se pueda entender y dar aviso á los enemigos de algun designio, ó del puesto que tienen y la faccion que hacen como algunas veces se ha visto, y ser causa de no salir con la empresa que se tiene entre manos. Lo más acertado es ejercitarlas y callar la boca para sacar fruto de su trabajo, como lo hacian los valientes españoles que estaban cegando el foso de Terramunda, y oyendo de los rebeldes muchas y grandes injurias, sin responderles palabra; esta misma noche mandó Alexandro que les plantasen quince piezas de artillería en tres camaradas, y la víspera de Nuestra Señora de Agosto se les comenzó á batir las defensas, y se hizo tan bien que en su mismo dia señalaron tres soldados españoles de cada compañía para dar el asalto á un rebellin muy fuerte que estaba con la puerta que llaman de Bruselas, y con ellos arremetieron los capitanes Torres de Vivero, y D. Francisco del Aguila, y Tristan Lopez de Luna, sargento de D. Sancho Martinez de Leiva que lo asistia. Era muy animoso y arriscado soldado, natural del Puerto de Santa María, y hoy es Capitan entretenido cerca del virey de Nápoles, y poniendo la rodilla en tierra dijeron la oracion acos-

tumbrada y dieron el asalto al rebellin, y peleando todos valerosamente los resistieron los rebeldes con gran ímpetu y se defendieron cuanto les fué posible; pero no les bastó su esfuerzo al de los españoles, que entrándoles por fuerza les ganaron el rebellin, sin poder pasar adelante porque le tenian cortado y con muchos reparos, tan bien puestos, que con gran trabajo vinieron á señorearse los españoles, los cuales se hicieron fuertes en él y comenzaron á batirles las defensas que tenian en la villa, porque desde el rebellin la cogian á caballero; y visto los rebeldes que en el asalto les habian muerto mucha gente y que la esperanza del socorro la tenian perdida, y que muchos de los burgueses deseaban la paz y dar la obediencia al Rey católico, determinaron rendirse, y lo hicieron á los 17 de Agosto. Salieron sin armas, banderas ni bagaje. Serian quinientos soldados muy buenos y lucidos. Mataron más de ochenta españoles sin otros muchos heridos, y á D. Pedro de Tassis, Veedor general, con una bala de artillería, y de otro cañonazo al Maestre de campo Pedro de Paz, que le llevó la cabeza estando entre dos cestones cuando se plantaba el artillería. Era muy valiente, cristiano, prudente y gran soldado. Sintió su muerte todo el ejército católico por ser amado de todos sus soldados; perdieron un padre que les procuraba su acrecentamiento, teniéndolos siempre en muy buen órden y disciplina militar. Alexandro le mandó hacer un muy solemne entierro, y le pesó mucho de haber perdido una cabeza de tanta importancia. Era natural de la villa Noya, en Galicia, y muy particular hidalgo; tambien salió mal herido el capitan D. Fadrique del Aguila, que era un muy valiente caballero; y por ser Terramunda lugar de tanta importancia, la mandó guarnecer Alexandro de tres compañías de españoles del tercio de Pedro de Paz y otras dos de italianos, y por Gobernador della nombró al capitan D. Juan Rivas, y al capitan D. Juan del Aguila, que lo era de la villa de Neoporte, por ser de arcabuceros y el más antiguo del tercio de Pedro de Paz, mandó Alexandro le viniese á gobernar, á los 26 de Agosto, con intento de que se le diese en propiedad, como despues se hizo, porque era amigo de premiar los soldados viejos que servian debajo de su mano,

dando á cada uno lo que le tocaba, y la compañía de caballos ligeros españoles del Maestre de campo Pedro de Paz se le dió en propiedad al capitan D. Sancho Martinez de Leiva, que tambien lo era de arcabuceros y de su tercio.

Despues de haber hecho Alexandro estas provisiones y dejado guarnecida á Terramunda, se partió á los 27 al lugar de Verbre, donde tenia su corte y casa, y dejó órden al conde Cárlos de Mansfelt que fuese con toda la gente que habia estado sobre Terramunda y sitiase la villa de Vilborde, que está cinco leguas della y á dos de Bruselas, y dos de la de Malinas. El Conde levantó la gente y se puso sobre esta plaza, y en abriéndoles las trincheas y plantándole el artillería, se rindieron los rebeldes que la defendian, á los 7 de Setiembre; y por haberlo hecho con tanta brevedad, se les permitió saliesen con sus armas, banderas y bagaje. Eran trescientos soldados, buena gente, y por lo mucho que importaba tener bien presidiada esta villa de Vilborde para la empresa de las de Malinas y Bruselas, fué necesario guarnecerla de tres compañías de españoles, que fueron la del capitan Juan de Tejeda, del tercio del Maestre de Campo Agustin Iñiguez, y la de D. Sancho Martinez de Leiva, á cargo de Juan Pelegrin, su Alférez, porque ya él servia la que le dieron de lanzas españolas. La otra del capitan D. Gonzalo Giron, que quedó por Gobernador dellas y de la villa con otras dos de infantería valona y dos de caballos. Acabada esta empresa marchó el conde Cárlos de Mansfelt con todo el resto de la gente, y pasó con ella á Brabante á la parte donde estaba el coronel Cristóbal de Mondragon, y con él quedó el tercio del Maestre de campo Agustin Iñiguez, y el de Pedro de Paz, que gobernaba D. Juan del Águila; pasó á un lugar que se llama San Felipe, á dos leguas de la villa de Bergas Olzon y á una de Lillo, donde hizo sus cuarteles y ciñó las avenidas para estorbar el paso y las correrías á los de Bergas, y darse la mano con la gente de Mondragon y la demas que se iba acuartelando en los puestos que habian de tener para la empresa de Amberes, que ya Alexandro la iba disponiendo y dando las órdenes á su ejército de los puestos que habian de ocupar para darse la mano los

unos con los otros, y al marqués del Vasto, que tenia á su cargo toda la caballería católica por estar el marqués de Rubes ocupado en el puesto del dique de Calo, mandó que se pusiese en la villa de Tornante con toda ella para asegurar la campaña y las escoltas y convoyes que llevaban bastimentos al ejército español, porque la mayor parte dél habia de asistir en Brabante de la otra parte del rio Esquelda, y el resto de la gente de las naciones que se levantó de los sitios de Terramunda y Vilborde fué á alojar al dique y cortadura de Calo, adonde asistia el marqués de Rubes, que era la parte de Flandes, en la misma ribera del Esquelda; y es de advertir que para una tan grande máquina y empresa tan dificultosa como la de Amberes, no tenia Alexandro más de una pequeña barquilla para servicio de todo el ejército, y haber de pasar un rio tan caudaloso y llevar cada noche el nombre de la otra parte al coronel Cristóbal de Mondragon, cosa temeraria y de gran consideracion, y que dió muy gran cuidado á todo el Consejo de Guerra y Estado que tenia Alexandro, y no poca admiracion á los Estados, pues para oponerse á las armadas de Holanda, Gelanda, Inglaterra y á las que podian subir de Amberes tenia necesidad de prevenir una muy caudalosa y poderosa armada ántes de poner el sitio; pero haberle puesto sin fuerzas por la mar, habiendo de resistir tantas, hacia juzgar á algunos que con aquella sola barquilla no habia de contrastar y deshacer tan gran multitud de navíos como podian libremente oponérsele; pero los que sabian el ingenio y ardid de Alexandro (aunque les daba mucho que pensar lo que hacia), echaban de ver que sabria salir con lo que intentaba, más á fuerza de industria, valor y estrella que le acompañaba, que con el poder que tenia, no obstante que le veian empeñar la reputacion de España y de toda la cristiandad, y que estaban á la mira de tan dificultosa empresa; pero confiado en su buena diligencia atropellaba estas y otras mayores dificultades, saliendo tan bien dellas, como adelante se verá.

Los de Gante se hallaban muy apretados en esta sazon porque el castellano Antonio de Olivera los tenia tan oprimidos, que totalmente padecian y les habia faltado la esperanza de ser

socorridos, y de ninguna manera podian sustentarse, porque demás de que les habia muerto gran número de gente en muchas facciones y escaramuzas que habia tenido con ellos, los que habian quedado padecian tanta hambre y otras necesidades, demás de que no tenian municiones ni bastimentos, que les obligó á tratar de la paz, tan aborrecida dellos, y ya tan deseada por verse tan apurados y destruidos. Costumbre y condicion de ingratos aborrecer el bien, pudiéndole gozar con descanso, por conservarse en tan miserable estado y rigurosa vida como la guerra trae consigo. Esta les apuró y necesitó de manera que hubieron de ponerse en los brazos de la misericordia de Alexandro, y como era tan benigno, los recibió en ellos y concluyeron la paz con pactos de que jurasen fidelidad al Rey, nuestro señor, y le diesen doscientos mil ducados y seis cabezas, las que Alexandro pidiese, y que reedificasen los templos y monasterios que habian derribado, y levantasen el castillo que desmantelaron, y que queriendo los calvinistas, pudiesen asistir dos años en la villa sin predicar su secta, y en este tiempo dispusiesen de sus bienes. Rindióse esta villa de Gante, con estos pactos, á los 20 de Setiembre deste año.

Fué de mucha importancia haber salido Alexandro con esta empresa para la de Amberes, y porque ya deseaba apretarla, y para esto tenido muchos consejos y pareceres á dónde se habia de hacer el puente y máquina de la estacada en el fondable y anchuroso rio Esquelda, para quitarle á Amberes la plática y trato de las islas de Holanda y Gelanda y con Inglaterra, que no lo sentia ménos aquel reino que los Estados rebeldes, y que todos juntos no la pudiesen socorrer, hubo de seguir Alexandro el parecer del coronel Cristóbal de Mondragon, que fué se hiciese más abajo de Lillo por lo más angosto del rio. Los que lo contradecian fueron de opinion no habia de tener efecto ni ser de ningun fruto la espantosa máquina que estaba prevenida, porque siempre les pareció (como era de pensar) cosa imposible en una ribera tan ancha y caudalosa contra la furia de las mareas, vientos, reflujos y corrientes, á cuya fuerza navegan navíos tan poderosos, sacase el fruto que deseaba. Mas Alexan-

dro que tenia por cierto lo habia de tener, dando de mano á las dificultades que sus consejeros le proponian, prosiguió en el sitio desta manera.

Hay un contradique que va del lugar de Estrabruque al dique maestre de Amberes en la parte de Brabante, que se junta con él una legua de Lillo, que en tiempo antiguo se servian dél, y con la inundacion de las aguas estaba casi deshecho porque pasaban por encima y le tenian del todo consumido y desbaratado; y aunque en la descripcion que hice al principio destos sucesos dije lo que es dique y contradique, volveré á traerlo á la memoria en esta ocasion, para que mejor se entienda el trabajo que Alexandro puso en la expugnacion de la villa de Amberes. Un dique es un camino hecho á mano para detener las aguas que no aneguen la tierra, y por estos diques caminan en Flandes para ir á donde se les ofrece, y cuando se llama dique maestre, es como si dijésemos camino real de una ciudad á otra, y contradiques son caminos que atraviesan para ir á otras partes y detener las aguas que no se junten, y todos van á parar á los diques maestres ó caminos reales. En fin, diques y contradiques son todos caminos, unos más grandes y cosarios que otros.

Viendo Alexandro lo mucho que le convenia salir con la empresa tan difícil de Amberes, y que á sola su opinion era opuesta las de todos sus consejeros, sin que bastasen á deshacer la suya, y que ya empeñada su reputacion era forzoso aplicar fuerzas é ingenio, comenzó á poner lo uno y otro por obra, á pesar de la fortuna sin acobardar el ánimo á ninguna empresa; y yo pienso que los que dicen tienen poca, no es otra cosa que faltarles el valor y la osadía para acometer dificultades. Mandó Alexandro al coronel Cristóbal de Mondragon que con su tercio de españoles y las demas naciones que tenia á su cargo aderezasen este contradique viejo, que las aguas y el tiempo, como ya dije, le tenian roto y deshecho, con fagina, estacas, tepes, tierra y otras cosas lo reparasen de manera que por él pudiese pasar artillería, carros y bagajes y otras cosas de peso, y al cabo dél, que es adonde cruza el dique, mandó Alexandro se fabricase un

muy hermoso fuerte, como se hizo, bien amunicionado y guarnecido de infantería española y artillería, que se llamó el de la Cruz, porque la hacian allí los diques. Luégo mandó se fabricaran otros dos más extendidos y anchurosos fuertes y de más consideracion; uno á la parte de Flandes y otro á la de Brabante en la misma ribera del Esquelda, que ambos se miraban el uno al otro, el rio en medio que los dividia, como tambien divide estas dos provincias. Desde el uno al otro se fundó el estacada y puente adonde el rio hace un recodo y punta para que los navíos enemigos que fuesen á la vela les obligase á bordear y que no pudiesen ir á popa y perdiesen la furia, y los españoles que habian guarnecido los fuertes tuviesen lugar de prevenirse para estorbarles el paso que con tanta industria procuraban abrir los holandeses. Luégo mandó Alexandro que se hincasen gruesísimas y altas estacas, hechas de los mayores árboles que se hallaron. Háilos grandísimos y muy levantados en aquellos países. Pusiéronse de la una parte y otra hasta la mitad del rio, que era el canal donde no se halló pié ni industria humana para poner estas disformes estacas por aquella parte, y cuando estuvieron en defensa los dos fuertes hizo poner en el de Brabante (que en nombre del Rey, nuestro señor, se llamó el de San Felipe) nueve piezas de artillería muy gruesas, y catorce en el de Flandes, y le nombraron el de Santa María; y porque en tanto que se fabricaba esta máquina y puente de la estacada sucedió entre las villas de Bruselas y de Malinas una faccion, digna de memoria, cesará el sitio de Amberes hasta su tiempo.

Pasaba ya la villa de Amberes grandísima necesidad de bastimentos y municioues por el sitio que Alexandro les habia puesto, por cuya causa procuraron los de Holanda enviarles algun socorro, y para este objeto juntaron una buena armada y la fueron navegando hasta Amberes, y al pasar por los fuertes comenzaron á jugar el artillería de ambas partes y le hicieron mucho daño; y aunque echaron á fondo algunos navíos, los demas llegaron y amunicionaron la villa; y porque los de Bruselas y Malinas, sus confederadas, pasaban la misma necesi-

dad, les envió Amberes parte deste socorro, el cual, hizo alto en Malinas hasta juntar un buen número de gente para convoyarlo á Bruselas respecto de que habia de pasar por cerca de la villa de Vilborde, donde, como se ha escrito, tenia guarnicion de españoles, y no les pareció aventurarlo, porque demás de los bastimentos y municiones que estaban prevenidos habian de llevar mucha cantidad de dineros para dar satisfaccion á la guarnicion de Bruselas, que por no dárselos estaba amotinada y tenian preso á Monsieur de Temple, su Gobernador, hasta que les pagase; y teniendo ya los de la villa de Malinas junto y apercibido todo el convoy, partió con dos mil infantes y mil caballos de escolta, y fueron por diferente camino y muy apartados del ordinario, que era á media legua de Vilborde. Marcharon de noche con muy buena órden y sin que nadie se desmandase. Tuvo aviso desto el capitan D. Gonzalo Giron, valiente caballero, natural de Salamanca, Gobernador que era de Vilborde, y considerando lo mucho que importaba estorbar el paso á los rebeldes y que Bruselas no fuese socorrida, dió órden á Juan Brabo de Lagunas, su Alférez, que hoy es Maestre de campo de infantería española en Saboya, y á Juan Pelegrin, que lo era de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva, y á Quintanilla de la de Juan de Tejeda, que se aprestasen con setenta españoles escogidos destas tres compañías, y de las dos de valones que habia en esta guarnicion cien soldados, y con ellos las dos compañías de arcabuceros á caballo; la una era de la guardia del conde Mansfelt, á cargo de su teniente Monsieur de La Barlota, que hoy es Coronel de la infantería valona, y muy valiente soldado; la otra del capitan Eme de Junio, y otras dos de lanzas españolas, una de D. Pedro de Tassis, cuyo teniente era Antonio de Aguayo, y su Alférez, llamado Sayavedra Delicado, y la otra del prior de Hungría. Todas estas compañías estaban á cargo de sus Tenientes porque sus Capitanes se hallaban con Alexandro en el sitio de Amberes, salvo Don Pedro de Tassis, que mataron, como escribí, en el de Terramunda; y la infantería, ni más ni ménos iba á cargo de sus Alféreces, á quien D. Gonzalo Giron la habia dado que gober-

nasen los setenta españoles y cien valones. Las compañías de caballos dejaron sus estandartes en Vilborde y con ellos la mayor parte de sus soldados, y los que sacaron dellas iban á la ligera; serian ciento y cincuenta. Con estos y los infantes, que todos hacian número de trescientos y veinte hombres, salieron á media legua de Vilborde á un páramo donde descubrieron los escuadrones de los rebeldes que iban marchando en buen órden á tres horas del dia; llevaban el carruaje en batalla, guarnecido de todo el cuerpo de la infantería, y por los costados, vanguardia y retaguardia los escuadrones de lanzas á caballo, bien puestos y apiñados, y muchos garabies ó herreruelos sobresalientes; y porque habia algunos rios llevaban en los carros unos puentes de madera para pasarlos. Eran artificiosamente hechos, porque se doblaban de manera que podian ir sobre un carro, y cuando eran necesarios los ponian para que pasase su infantería, que como iban fuera de camino tuvieron necesidad de valerse deste remedio; y los católicos, aunque no llevaban cabeza (que algunas veces suele ser peor), se conformaron en lo que habian de hacer y resolvieron de que se pelease. Los ciento y setenta infantes españoles y valones se pusieron en un camino hondo que iba á la villa de Terramunda desde Vilborde y en otro que cruzaba, por el cual habian de pasar forzosamente los rebeldes; atravesaron dos árboles grandes que cortaron para enbarazarles el paso, y se abrigaron con las lanzas españolas. El teniente Monsieur de La Barlota con el de Eme de Junio salieron á lo raso de la campaña ó páramo con sus tropas de garabies y comenzaron á escaramuzar con los escuadrones rebeldes, sin que dellos se volviese ninguno ni hicieron más que recibir la carga. Los católicos volvian á cargar y á dársela muchas veces, cebándolos, hasta que su vanguardia llegó al camino hondo donde estaban emboscados los españoles y valones infantes ya nombrados, y les dieron una muy buena ruciada de arcabuzazos, que mataron é hirieron á algunos de los rebeldes; y como vieron el camino embarazado torcieron un poco más arriba á la puerta de Terramunda y le pasaron.

La infantería y caballería católica los fué arcabuceando y

dando la carga, sin atreverse á cerrar de todo punto con ellos por estar su campaña rasa y no tener ningun reparo de foso, bosque ni trinchea, demás de ser tan pocos; y así, les pareció que hacian muy gran faccion en irles picando en la retaguardia, matándoles é hiriendo á muchos. La causa de que los rebeldes, siendo tantos, no cerraron ni acometieron á romper á los católicos, fué que llevaban órden de no desamparar el dinero y carruajes, ni pelear con nadie, sino de sólo defenderse cuando se les ofreciese, porque como era su particular intento entrar aquel convoy en Bruselas y socorrerla, estaba puesto en razon. Así lo hicieron y fueron siempre escaramuzando sin desordenarse ni desamparar sus puestos; en ellos recibian las cargas que los católicos les daban, que para hacerlo casi se entraban debajo de sus picas. Los rebeldes las terciaban y acometian valerosamente. Desta suerte fueron peleando y escaramuzando los unos y los otros más de una legua, hasta lo último del páramo y entrada de un bosque; y un poco ántes de llegar á él se les rompió un carro donde llevaban el dinero y otro de bastimentos, y aunque los procuraron defender se los ganaron los católicos, con haber peleado de ambas partes muy gallardamente; pero á lo último recuperaron los rebeldes el dinero, y el otro desbalijaron los católicos.

Ya en este tiempo habian acabado de entrar los unos y los otros en el bosque, y dentro dél habia un arroyo que era forzoso pasarle por un puente, y de la otra parte dél habia una casa donde estaba Juan Piron, natural de Liege, muy gran calvinista y valiente soldado. Era Capitan y Sargento mayor de la villa de Bruselas, con ochocientos mosqueteros que la noche ántes habian ido della, y con ellos tenia la casa guarnecida y atronerada para recibir este convoy y guardarles aquel paso porque no lo ocupara la gente de Vilborde, que á haberlo sabido les fuera fácil y no socorrieran los rebeldes la villa por aquella parte, no obstante que era paso forzoso. Estaba esta casa á media legua de Bruselas: los rebeldes hicieron alto ántes de llegar al arroyo y pasaron de vanguardia los carros, temiendo la resolucion que los españoles habian de tomar, que fué como

la imaginaron, porque los alféreces Juan Brabo de Lagunas, Juan Pelegrin y Quintanilla, que vieron los rebeldes hechos alto y los carros de vanguardia, y que en aquel paso estrecho se habian de detener y embarazarse forzosamente, ordenaron los cien soldados valones que tambien llevaban un Alférez, valentísimo soldado, que no digo su nombre por no acordarme, y abrigándolos con los sētenta españoles que estaban de vanguardia, y sin saber la emboscada que habia en la casa, cerraron con no ménos que dos mil y ochocientos infantes y mil caballos, con tanto valor, temeridad y presteza, que aunque los rebeldes se defendieron muy bien, los rompieron, y á espaldas vueltas les hicieron pasar el arroyo y puente; y habiéndolos hecho huir, cerraron tambien con la casa que, aunque estaba fuerte y atrincheada, la asaltaron, ganaron y degollaron á los que la defendian. Los demas se salieron por una puerta falsa, y reconociendo cuán poca gente era la católica, y la gran vergüenza que seria si no resistian tantos á tan pocos, se rehicieron todos los rebeldes, habiendo ya enviado todo el convoy á Bruselas, y cerraron con la casa y la volvieron á recuperar con el puente y arroyo; pero no lo sustentaron con el valor que lo acometieron, porque revolvieron los españoles y valones sobre ellos y les tornaron á ganar la casa y los rompieron; y peleando de ambas partes con un valor increible volvieron los rebeldes á restaurar lo perdido otras dos veces, y los católicos á cargar otras tantas; y en la última se comenzó á pelear tan apresuradamente y con tanto teson los unos con los otros, que duró más de media hora pica á pica y con las espadas por hallarse todos tan empeñados y cerca; y temiendo los Alféreces ya nombrados cuán poca era su gente y que la retirada era larga, y que su caballería no podia hacer ninguna faccion por estar en el bosque, más que dar calor á los que se fuesen retirando, y que si perseveraban habian de llevar lo peor, acordaron de desempeñar sus soldados; pero estaban tan cebados, que no fué posible, y sólo un soldado y un cabo de escuadra de la compañía de D. Sancho Martinez de Leiva, sustentaron el fuerte sin dejar pasar á los rebeldes que todavía porfiaban ganarlo, y

quedando muerto el cabo de escuadra, que se llamaba Muñoz, natural de Talavera de la Reina, sólo Alonso Vazquez lo sustentó y defendió, hasta que tuvieron por bien los rebeldes de dejarlo y se fueron retirando la vuelta de Bruselas con pérdida de dos Capitanes de á caballo y tres de infantería, y más de cuatrocientos soldados: de los católicos murieron cinco españoles, tres valones y otros tantos heridos, y el alférez Juan Pelegrin de una estocada que le pasó todo el cuerpo, que se la dieron cuando pasó el arroyo á desempeñar sus soldados; habiéndose señalado Juan Brabo de Lagunas en esta ocasion valerosísimamente, y no ménos Quintanilla, que dió muestra de su persona como se podia desear, y el sargento Verdugo, que lo era de D. Gonzalo Giron, peleó é hizo lo mismo, mostrando ser valiente soldado, y en particular el alférez Diego de Vargas Machuca, que murió Capitan de infantería, habiendo sido Cabo y Gobernador de una tropa en el ejército que tuvo en España D. Alonso de Vargas; era soldado en esta ocasion de D. Gonzalo Giron y de la de D. Sancho Martinez de Leiva.

El alférez Francisco de Escamez que lo habia sido suyo, mostró en esta rota mucho valor y ánimo, y lo mismo el sargento Tristan Lopez de Luna, natural del Puerto de Santa María, tan valiente como animoso, se señaló este dia muy aventajadamente; y no ménos Diego de Hita, natural de Santo Domingo de la Calzada; y Francisco de Torres, natural del Campo, lugar del arzobispo de Barbastro, en las montañas de Jaca, ambos valerosos soldados; y Lázaro de Solís, cabo de escuadra de D. Sancho, natural de Jaen, resistió á los enemigos junto al puente orilla del arroyo, con tanto ánimo, que á no volársele la pólvora de los frascos, causa de abrasarse todo, les diera mucho en que entender, porque en otras ocasiones se conoció su mucha osadía y coraje, y túvolo tan grande el Alférez de la compañía de los valones, que habiendo ocupado con ellos unos setos, dió con apresuradas cargas á los rebeldes que les hizo mucho daño, y salió muy mal herido en una mano.

Bien se deja entender que no siendo la infantería más de ciento y setenta soldados, y los rebeldes tres mil y ochocientos,

que cada uno haria de su parte cosas tan señaladas como se pueden desear, pues tantas veces pelearon y resistieron sus contrarios de la manera que se ha escrito; y aunque la caballería católica no hizo cosa señalada por ser esta faccion entre setos, árboles y trincheas, donde los caballos no podian ser de provecho, lo fueron de tanto y de tan gran importancia para recoger los soldados y darles calor, como se vió las tres veces que los rebeldes les hicieron desamparar los puestos, que como los hallaban atropados en las avenidas de los caminos que salian al páramo no los seguian y se retiraban, y así se volvian los españoles á rehacer y á cerrar de nuevo con los rebeldes. Esta victoria sucedió á los 16 de Noviembre deste año, y la estimó en tanto Alexandro que escribió á D. Gonzalo Giron que de su parte diese las gracias á los Tenientes, Alféreces y soldados, ofreciéndoles hacer merced por lo bien que habian procedido y peleado, como lo hizo despues; aunque semejantes servicios, cuando se hacen á los ojos de sus Generales se estiman diferentemente, y era poco dar una compañía á cada soldado y un tercio á cada Alférez, porque todos se señalaron como se podia desear, y se puede creer cuando llevaban Capitan ú otra cabeza que los gobernara no se atrevieran á emprender faccion tan dificultosa porque la consideraran y no pusieran á riesgo la reputacion de su Príncipe y nacion; pero los alférecez Juan Brabo y Juan Pelegrin y Quintanilla, más valerosos que prudentes en esta ocasion, atropellaron las dificultades, arrojándose sin consideracion en las manos de su ventura, que para este dia se la dió tan buena como se ha visto. No todas veces es bien que los que gobiernan en semejantes ocasiones sean tímidos y tan demasiadamente considerados, que por serlo, las pierden sin dar muestra de su ánimo, y á la buena suerte ó fortuna lo que es suyo, pues á los osados (como suelen decir) los favorece, y tanto, como se ha visto por lo pasado.

Ya estaban en este medio los dos fuertes de San Felipe y Santa María en defensa, que, como escribí, se fabricaron en las dos riberas del rio Esquelda para oprimir á que la villa de Amberes se rindiera. Sólo faltaba cerrar el puente y es-

tacada, que como era una máquina jamás vista y las prevenciones tantas, aunque Alexandro asistía con más cuidado del que se puede imaginar, caminaban las cosas tan despacio porque las más dellas pasaban por mano de los naturales, que envidiosos de la buena industria de Alexandro y amigos de su patria, las dilataban y en nada deseaban su buen suceso; y habia bien que considerar para saberlas disponer y dar á cada uno lo que era suyo y le tocaba, que no era de ménos consideracion que lo demas; pero nadie como Alexandro sabia contemporizar con ellos ni prevenir y proveer á todo con más cuidado y solicitud que de hombre humano; mandó que con unas barcas muy grandes (que las hizo traer de la villa de Terramunda y Gante) se acabase de cerrar el estacada, y con unas entenas muy gruesas y altas, entretejidas con fuertes cables ó gumenas, con su anclas bien aferradas, que ninguna furia de agua ni creciente las podia mover, y por encima atravesaban otros dos cables y dos cadenas muy gruesas, así por la parte de popa como por la de proa; y como en la que se pusieron, por la profundidad del agua no se podian hincar estacas, fué necesario que las amarrasen desta suerte; pero siempre que quisiesen las podian quitar y no estorbaban á las mareas que de la misma manera que crecian y menguaban se levantaban las barcas y se bajaban; hiciéronse por las dos bandas del puente y estacada dos parapetos de muy buenos tablones atronerados y á prueba de mosquete, hasta el remate de la lengua del agua adonde los fuertes San Felipe y Santa María estaban fundados para resistir y defenderse de cualquier navío y gente que se arrimase, que no era de poca consideracion tener en aquella parte trincheas tan fuertes para ofender y defenderse.

En este medio corrió una voz que en Holanda y Gelanda se hacia gran leva de gente y apresto de una gruesa armada, y que era para ir á romper el estacada y puente. Alexandro que atendia á todo, y como vigilante Capitan no reposaba, tan presto como le llegó la nueva se previno lo más que pudo para resistirla; pero no tuvo efecto, sólo que ántes que la estacada se

acabara de cerrar quisieron pasar tres barcas que iban de Amberes á Lillo, y los católicos, por industria de Alexandro, las ganaron. Iba en ellas Monsieur de Teleni, gobernador de Lillo, soldado de gran opinion como lo fué su padre Monsieur de la Nua, al cual mandó Alexandro traer del castillo de Mons en Henaut (donde todavía se habia estado preso) á la villa de Terramunda, y que en ella le tuviese á buen recaudo el capitan Juan de Rivas, como lo hizo, siendo Gobernador de aquella plaza. Junto al fuerte de la Cruz se hizo otro en una casa y una plataforma, que despues se llamó la Casa fuerte y por otro nombre el fuerte de Santiago. Allí estuvo de guardia Camilo del Monte. Los rebeldes de Amberes que vieron los iban apretando y que les convenia resistir las fuerzas de Alexandro, hicieron en este tiempo otros cuatro fuertes en el dique de Brabante, y el más principal en el lugar de Ostrobiel; y porque habian hecho muchas cortaduras en los diques y anegado todas las campañas y hecho isla ó aislado el castillo y fuerte de Lillo, mandó Alexandro que se hiciese otro fuerte, que le llamaron el de Ordan, en el dique maestre, con temor que si le cortaban anegarian la tierra hasta Amberes, de manera que con facilidad pasaran los socorros y armadas de Holanda y la abastecieran y amunicionaran sin poderlo remediar.

El lugar de Ordan está una milla del dique maestre, donde se hizo el fuerte, y dél viene una canal por donde se desaguan las aguas llovedizas que van al rio Esquelda cuando baja la marea, y siempre que sube se llevan las exclusas que están hechas para este efecto; y el contradique que Mondragon habia reedificado, y en él tenia su guardia, detenia las aguas que habian anegado la tierra para que no se juntasen con las de Lillo ni pasasen las de las cortaduras de junto Amberes; y para la conservacion de la tierra del lugar de Estrabruque (que es donde asistia la mayor parte del ejército español) que estorbaban que de Lillo no llevasen bastimentos por el país anegado á Amberes con navíos. Y visto los de Holanda, Gelanda é Inglaterra que con ser tan industriosos no tenian efecto sus designios, y que los de los españoles se les igualaban, y lo mucho

que les importaba socorrer á Amberes, y que habian perdido las esperanzas de poder cortar el dique maestre, determinaron de hacerlo por Lillo, y habiéndolo puesto por obra, entraron con la marea y aguas vivas, tanta agua, que se acabó de aislar Lillo y estuvo á pique de anegarse como los cuarteles de Estrabruque, pues fué necesario que los españoles los desamparasen á toda priesa; y si no lo hicieran se perdieran todos. Fuéles fuerza retirar algunos cuerpos de guardia que tenian en puestos forzosos. Las aguas saladas corrompieron las dulces, que hicieron notable daño á los soldados y gran falta á los caballos y servicio del ejército, y se murieron muchos de haberlas bebido, y con las aguas vivas crecieron tanto que sobrepujaban por algunas partes el contradique, y fué necesario, con inmenso trabajo de la nacion española, volverlo á reedificar con tepes, tierra traida de muy léjos, estacas y fagina, sobre sus hombros de la misma manera; y como los rebeldes vieron no les habia aprovechado, hicieron otra cortadura en el dique principal de Emblangaren, más abajo de Lillo. Alexandro que lo supo, acudió al remedio con notable brevedad é hizo en aquel mismo sitio y lugar tres fuertes en triángulo, que despues les nombraron los de la Trinidad. Con ellos abrazaron los remates de los diques y partes más necesarias para que los rebeldes no salieran con su intento; y pareciéndoles á los de Amberes tener efecto otro nuevo que imaginaron para resistir á los españoles y no dejarles tanta plaza, hicieron por la parte de Flandes otros muchos fuertes, y el villanaje de los contornos, por temor de las correrías de los soldados del ejército católico, hicieron otros muchos; pero aprovechábales muy poco, porque cada dia se los asaltaban y ganaban, que las fuerzas de la hambre y necesidad suelen ser mayores que las defensas humanas; tan grandes son las que pasan los soldados en la guerra.

Para servicio del ejército español y para proveerle habia algunas dificultades, y porque de las villas de Gante, Terramunda y sus contornos, que, como se ha escrito, dieron la obediencia al Rey, nuestro teñor, estaban más á la mano para valerse dellas, si bien los navíos que tenian habian de ir con

mucha dificultad por haber de pasar por muy cerca de Amberes con notable peligro de perderse, se valió Alexandro de su natural industria y puso por obra una imposible cosa que causó admiracion en los Estados. Mandó hacer un rio caudaloso (si esto mandarse y hacerse puede), en fin, á fuerza de su industria y de los brazos de sus soldados y de muchos gastadores que para este efecto mandó recoger, hizo abrir la tierra en el país de Vas, desde el lugar de Estequen á la estacada y puente, y encanaló en su abertura un mar de agua, con que quedó hecho un canal ó rio navegable, y por él hizo ir muchos y gruesos navíos que llevaban bastimentos y municiones al ejército español, con que estuvo muy proveido todo el tiempo que duró el sitio de Amberes, y no ménos útil fué para las villas ya nombradas y sus tierras, pues les dió ocasion de poder vender sus mercadurías y otros bastimentos, teniendo nueva correspondencia en el país de Vas y en el ejército; y por memoria desta tan gran hazaña (digna della y del nombre de Alexandro) le pusieron á este rio el canal de Parma. Su grandor era de cinco leguas, y de ancho lo que bastó para ir navegando los navíos y para que todos los que estaban por el Rey católico, que en muchas villas y en diferentes partes los tenian divididos, se juntasen y pudiesen darse la mano, y á una necesidad ser de provecho, mandó Alexandro (y para que desde el nuevo rio entrasen en los países anegados) se cortasen algunos diques que no eran de servicio y estaban eminentes para llevar los navíos por las mismas cortaduras á la estacada y junto á ellas. Para estorbarlo hicieron los rebeldes dos fuertes, y Alexandro mandó hacer luégo otros dos en parte donde los pudiesen desalojar, como lo hicieron.

Con todo esto, muchas noches con el silencio y oscuridad entraban los rebeldes algunas barcas pequeñas y con ellas llevaban bastimentos á Amberes, y por esto se dió priesa á cerrar el estacada y se hizo una buena armadilla de diversas suertes de bajeles de los que se recogieron de diferentes partes, y dió Alexandro el cargo della al marqués de Rubes para estorbarles el paso, y asimismo el de toda la máquina del puente y esta-

cada, y con el cuidado que se puso se refrenó el atrevimiento que los rebeldes tenian de pasar con sus armadas; y como estaban ausentes destos sucesos los de Holanda y Gelanda, y de la gran fuerza que Alexandro ponia para romperles sus designios y de resistir las que tenian, pareciéndoles que era flojedad y poca osadía de los navíos que iban para romper la estacada y socorrer á Amberes, embiaron á llamar á Monsieur de Bloys, su Almirante y Gobernador de la isla de Valquer, y le llevaron á Medielburg con nota de traidor, diciéndole mil injurias y ofensas, pareciéndoles estaba en su mano socorrer á Amberes, y le prendieron juntamente con el gobernador de Freselingas, y á otros muchos Capitanes, y publicaron tenian inteligencias con el Rey católico; tanta era su ceguedad y pasion, pues con ella no sabian juzgar lo que les estaba bien, ni creian que contra el poder y fuerzas españolas no eran bastantes, y más añadiendo á ellas el ingenio y buena estrella de Alexandro.

Los de Amberes se hallaban, llenos de confusion, y como estaban apretados tenian el mismo engaño que los holandeses y les parecia no aplicaban sus fuerzas para libertarlos de la necesidad en que se hallaban; costumbre y opinion de los que están presos, que siempre les parece que por falta de quien haga sus negocios viven encarcelados. Pero los más poderosos y obstinados en su rebeldía y que sabian lo que pasaba en el ejército español, y las diligencias de los holandeses, si bien el desengaño no los ponia en el verdadero camino, persuadíanse de su mal intento y dañada voluntad, sin permitir que nadie hablase de la paz ni de reconciliarse con el Rey, nuestro señor; y para aquietar el pueblo y valerse en su opinion, publicaron en este medio que les iba gran socorro de los reinos de Dinamarca, Francia y de Inglaterra. Escribieron para establecer su intento muchas cartas fingidas y las anduvieron mostrando; pero con todo esto, los amigos de la paz y aficionados al Rey católico andaban inquietos y hacian sus diligencias por los caminos que podian para inclinarlos á la paz. Desto le nacieron á Monsieur de Aldegonde muchas sospechas, llenas de temor, de que resultara alguna sedicion de suerte que no la pudieran remediar.

Y esperó un dia en que el Magistrado y burgueses se juntaban para tratar sus negocios, y con la industria y maña que heredó del de Orange y él tenia, les hizo muy elegante plática, con que los aquietó y deshizo el intento que tenian de tratar de la paz; y para dar más fuerza á su intento les hizo que lo jurasen y que si lo quebrantasen perdiesen la vida, y fué de tanta eficacia la oracion y plática que les hizo, que le obedecieron, y por entónces no trataron más de la paz.

No se descuidaba Alexandro de lo que tenia entre manos, y más cuando supo lo que se pasaba en Amberes, que si Aldegonde con la fuerza de sus palabras entretenia la guerra, él la apresuraba, y con grande instancia asistia en la máquina de la estacada y puente, con los fuertes y demas cosas á ellos pertenecientes; y fué esto de manera que obligó á los de Holanda á vivir con mucho cuidado y temerosos de perder el castillo y fuerte de Lillo y cuanto poseian en Brabante; guarnecieron y amunicionaron á la villa de Bergas Olzon y á las que tenian más cerca de Amberes y otros importantes para que de ellas saliesen á hacer correrías é inquietasen el ejército español y á los que dél saliesen por bastimentos y á forrajear; y pareciéndole á Alexandro que con algunas inteligencias le podrian ganar á la villa de Arentales, por ser plaza de tanta importancia para la empresa de Amberes, la hizo presidiar con la compañía de infantería española del capitan Juan de Chasco, del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon; y porque no le quedase nada por hacer, viendo si podia persuadir al pueblo de Amberes contra la opinion de Monsieur de Sante Aldegonde, escribió al Magistrado y burgueses grandes ofrecimientos, convidándoles con la paz, y que si venian en ella, como esperaba, les prometia muy buenos partidos; pero como Aldegonde estaba al pié de la obra y tan obstinado en su falsa opinion, hizo que le respondiesen que en ningun tiempo como en aquel habian conocido tanto su clemencia; pero que por haberse dado al rey de Francia, parecia liviandad concertarse con él. Esto fué traza y extratagema de Aldegonde, porque el fin que llevaba era poner mal y cizaña entre los dos Reyes, y para entretener al pueblo y

aquietarlo, si bien no iba muy fuera de camino, pues cuando los embajadores de Amberes fueron al rey de Francia sobre este caso, los envió muy satisfechos y cargados de ricas joyas de sumo valor y llenos de grandes esperanzas de socorrerlos siempre que le hubiesen menester.

Como Alexandro estaba tan empeñado en el sitio de Amberes, les pareció á los de la guarnicion de Cambray que podrian á su salvo hacer algunas correrías y daños á las tierras del Rey, nuestro señor, sin ser ofendidos, procuraron coger un buen número de gente y con él entraron en las provincias del Artoes y Henaut, y les corrieron todas las campañas y contornos é hicieron mucho daño á los moradores; y quejándose desto Alexandro, le respondió el rey de Francia que él no habia dado tal órden ni sabido cosa alguna. Parecióle respuesta algo fundada en malicia, y por no quedar corto dió órden á Monsieur de la Mota que juntase un grueso número de gente de las guarniciones de las provincias del Artoes y Henaut, y entrase en Francia y corriese sus tierras. Hízolo tan bien, que saqueó la mayor parte de la provincia de Picardía y la Champaña, no haciéndoles ménos daño á los naturales que los franceses habian hecho á los artoesanos y henautes, y respondió Alexandro lo mismo á las quejas del rey de Francia, el cual pudiera no haber permitido ni dado órden á semejantes correrías, pues sabia no eran buenas burlas para Alexandro, que aunque tenia repartidas sus fuerzas no le faltaban para resistir las francesas y poner freno á los que sin causa deshacen el vínculo de la amistad.

Debe el Capitan general ó Príncipe que tiene hechas paces con otro conservarlas sin romper el juramento, pues no ménos empeña, cuando lo hace, que la fe y palabra que es la que conserva la reputacion, y con ella el buen nombre y amistad; pero el que debajo della emprende cualquiera faccion, queda sujeto para no creerle en ningun trato ni cosa que sea honrada, y siempre que se reconciliare se le debe ménos dar crédito ni conservar su alianza, sino sólo lo que bastare para gobernar su estado ó ejércitos, pues siempre ha de estar cuidadoso para no

fiarse de tan malos vecinos que, con color de amistad, intentan cosas feas; pero como la nacion francesa no ha guardado muchas veces palabra, fe ni amistad, particularmente con la española en ningun tratado que hasta hoy hayan tenido, no hay que maravillarse que el rey de Francia, debajo de las amistades que tenia hechas con el Rey, nuestro señor, entrase á correlles sus tierras; pero Alexandro, como prudente Capitan, por el mismo estilo procuró castigar su desacato y refrenar su intento; al contrario de los Reyes católicos de España que hasta hoy no se sabe hayan roto la palabra y juramento hecho á sus enemigos, que por ser tantos los de su Corona y ménos sus fuerzas, siempre se les atreven, solapadamente, por rodeos y caminos ilícitos, ya ayudando á sus enemigos con dineros y gente y de otras suertes, como tantas veces nos lo ha enseñado la experiencia en muchas y diversas ocasiones, presentes y pasadas; pero como la paz sea una cosa tan amada, siempre es bien admitirla; pero ha de ser con tanta cautela, que se ha de creer hay más engaño en ella de lo que prometen escritos y palabras. Bien pudiera alargarme en esto y hacer un gran discurso, mas como no es mi intento salir fuera del propósito de escribir lo que he prometido, bastará sólo apuntar lo que me parece podria aprovechar á los que debajo de amistad procuran romper la guerra, para que tengan en la memoria lo más que se les sigue á su reputacion; pero, ¿qué mucho que la pierdan algunos que olvidados de Dios procuran extender sus reinos? De estos tales no hay que esperar fe, palabra ni amistades.

No es razon olvidarme tanto de los sucesos de Frisa, que aunque siento mucho no dar fin al sitio de Amberes, ántes de pasar adelante, veo que en este medio tenia ya Francisco Verdugo prevenido todo lo necesario para socorrer el fuerte y villa de Zutfent, que me hace volver á él por ir ajustando y escribiendo lo que en un mismo tiempo sucedia en todas las partes donde se hacia la guerra por el Rey, nuestro señor. Tenia Francisco Verdugo su ejército tan deseoso de venir á las manos con el de los rebeldes, que no quiso dilatar la ocasion que el tiempo le ofrecia para ponerlo en ejecucion; y así, mandó que

todos los carros en que iba el socorro se repartiesen en dos hileras bien ordenadas y que las guiasen dos Prebostes pláticos, y los caballos que los tiraban llevasen de respeto uños cabestros ó cuerdas, para que si se tocase arma ó se ofreciese pelear los atasen á las traseras. Entre estas dos hileras de carros iba toda la caballería, y la vanguardia della hacia frente con ellos; y de los valones de D. Juan Manrique formó dos mangas guiadas por sus Capitanes, dejándose sus banderas en el escuadron de los alemanes; con ellas guarneció la caballería yendo bien abrigada con ellas; y de vanguardia iba D. Juan Manrique y Nicolao Basta, y formó un escuadron volante de picas para socorrer y acudir donde se ofreciese, con dos piezas de campaña iba marchando en medio destas dos mangas de arcabuceros valones; pero un poco atras á este seguian otras dos mangas de mosqueteros pequeños cerca de los dos cuernos de un grande escuadron de picas alemanas, que eran del Arzobispo electo de Colonia. Guiábalas su Coronel, llamado Herlach, suizo de nacion. Tras este grande escuadron iba otro casi igual de la gente que tenia Francisco Verdugo, y de retaguardia llevaba otras dos mangas de arcabuceros de los que sobraban del regimiento de Monsieur de la Mota y del de Francisco Verdugo con la compañía de arcabuceros á caballo del capitan Lecola, con órden de ir recogiendo toda la retroguardia y que no se desmandase ningun soldado ni apartase de sus puestos, y que si se tocase arma, cerrasen por detras las dos hileras de los carros, y ellos se encerrasen dentro y se pusiesen de vanguardia del escuadron grande de alemanes, que guiaba el coronel Herlach y Francisco Verdugo; el cual se puso en este mismo puesto para desde él acudir adonde más necesidad hubiese, ofreciéndose pelear; y llevaba una culebrina reforzada que habia sacado de la villa de Linghen. Tiraba quince libras de bala para mejor poder alcanzar los escuadrones de los herreruelos y demas caballería rebelde, que era mucha.

Con este buen órden fué marchando Francisco Verdugo por campaña rasa hasta llegar al lugar de Ingle, por ser el ejército de los rebeldes muy superior al suyo y pudiera desbaratarle, al

ménos hacerle notable daño por haber ya ocupado los carros grande espacio cuando entraron en el camino estrecho, y por una parte ó por otra pudiera hacer alguna faccion sin poderse socorrer los católicos los unos á los otros por estar los rebeldes alojados en un sitio fuerte y donde habia mucha arboleda, y pudieran ir cubiertos con ella hasta dar en los carros; y por evitar este tan grande inconveniente, ordenó Francisco Verdugo al capitan Lecola que con algunos soldados que se sacaron de todas las compañías de á caballo fuese á reconocer las arboledas y caminos encubiertos, por donde los rebeldes podian ir encubiertos, y que dejase á su Teniente con su compañía en la retroguardia; y que para este efecto le fuese siguiendo sin perder de vista los escuadrones. Así lo fué haciendo hasta que llegó al lugar de Ingle donde encontró al conde Herman de Bergas, con cuarenta caballos, que iba á ver á su padre, habiéndole hecho entender su madre estaba enfermo, de la manera que se habia tratado; y como no supo que el ejército católico fuese á socorrer el fuerte y villa de Zutfent, se halló embarazado y no poco confuso, y más cuando reconoció (por la diversidad de casacas que los soldados llevaban puestas, por ser de diferentes compañías, y que cada una, como se sabe, las llevaba de su color á devocion de su Capitan) que estaba entre sus enemigos, y con buen órden y lo mejor que pudo se retiró á su alojamiento y dió aviso á Monsieur de Villers; y teniéndole ya Francisco Verdugo de lo que habia sucedido, y creyendo era todo el ejército rebelde, hizo caminar el suyo de la misma manera que con sus carros estaba formado para poder con él ocupar el lugar de Ingle, que está en sitio fuerte, ántes que los rebeldes le ocupasen; y habiéndolo hecho con la presteza que se puede creer del cuidado de Francisco Verdugo, le pareció, ántes de pasar adelante, tomar resolucion de la manera que habia de socorrer á Zutfent, que era lo principal que iba á hacer, y llamó á consejo á D. Juan Manrique, al capitan Juan de Castilla, á Nicolao Basta, á Suarzemburgh y al coronel Herlach y les propuso que seria bien dejar alguna guardia con los carros y enviar con toda diligencia á llamar al teniente coronel Juan

Bautista de Tassis que sacase la mayor parte de la gente que tenia en la villa de Zutfent y los saliesen á recibir y los entrase todos dentro en ella, con que quedaria socorrida, amunicionada y con suficientes bastimentos; y que en tanto que Tassis hacia esta faccion, que le era fácil y posible por estar tan cerca, caminasen con el ejército católico á buscar el rebelde, que ya en este tiempo habian llegado los corredores católicos á decir que á gran priesa se retiraba, como se vió por los muchos fuegos que se encendieron y levantaron en sus alojamientos. Algunos de los consejeros respondieron á Francisco Verdugo que no eran de su parecer, ni le aprobaban en ninguna cosa, y que le tenian de que se prosiguiese con todo el ejército junto á socorrer á la villa de Zutfent, pues para aquel efecto se habian juntado. Francisco Verdugo porfió siempre, que pues el socorro podia marchar seguramente y ellos entre él y los rebeldes, no se dejase de hacer aquella faccion, que esperaba con ella deshacer y atropellar á los rebeldes, de tal suerte que en mucho tiempo no les seria posible hacer semejante esfuerzo.

El que en esto puso Francisco Verdugo fué de poco provecho, pues no pudo obligar á los consejeros recibiesen este parecer, pues con él se sacara el fruto que se deseaba. La pasion y envidia de algunos dellos pudo tanto, que estorbó no se ejecutase tan honrada resolucion; pero como los Generales están más que otros sujetos al consejo y con él y la obediencia se da ejemplo á los soldados, se ha de seguir el parecer de sus consejeros, aunque se vea van errados; pero donde la malicia y envidia tiene su lugar, mal se puede acertar en las facciones de la guerra, si bien Francisco Verdugo contrastaba siempre con émulos poderosos, mas siempre atropellaba su virtud y valor todos los inconvenientes y dificultades que se le ofrecian. Su persona y los demas se quedaron aquella noche en el lugar de Ingle, y al amanecer llegó el teniente coronel Juan Bautista de Tassis con su gente, que ya tenia aviso del socorro, y todos juntos marcharon la vuelta de la villa.

Los rebeldes se fueron y pasaron por las puertas de la de Deventer y se juntaron con los demas que estaban sobre el

fuerte de la de Zutfent, la cual estaba ya con tanta necesidad y tan apretada, que si no fuera por los trigos que estaban en las campañas, con que se sustentaban, hubieran perecido los soldados y burgueses que habia dentro, y para haber de salir á buscar las espigas, lo hacian con tanto peligro que muchos no volvian, porque Monsieur de Villers usaba tantas crueldades que ponia terror á los cercados, y á muchos niños y mujeres que con la hambre salian á espigar, los enterraba vivos y á otros cortaba las orejas.

Despues de haber socorrido á Zutfent no le pareció á Francisco Verdugo detener allí su ejército porque no ayudase á comer los bastimentos que le habian dejado, y dando órden para marchar, otro dia por la mañana, quiso aquella noche que se diese una encamisada á los fuertes que los rebeldes habian hecho alrededor del de los católicos; y queriéndolo poner en ejecucion se levantó un viento áspero, muchas aguas y oscuridad, y por esto (aunque se intentó) no tuvo efecto.

En siendo de dia comenzó á marchar el ejército católico la vuelta de la villa de Grol. D. Juan Manrique llevaba la vanguardia, y supo que en el castillo de Hackfort estaba una compañía de rebeldes que habia quedado del regimiento del señor de Nienoort, y sin decirle nada á Francisco Verdugo, sitió el castillo pensando ganarlo de improviso ó que luégo se le rindiera; perdió en esta empresa mucha gente sin tener efecto, y se retiró por no llevar artillería, que la que habia la hizo dejar Francisco Verdugo en Zutfent; despues de algunos dias dió órden al teniente coronel Tasis, que la sacase y fuese sobre él y le batiese sin levantarse hasta ganarle. Hízolo así y degolló toda la gente que habia dentro. D. Juan Manrique retiró y recogió toda su gente y marchó con ella la vuelta de la ciudad de Colonia, y Francisco Verdugo con lo suya se fué á la villa de Aldonzel. Los rebeldes quedaron atemorizados de ver con la brevedad y resolucion que se habia socorrido la villa de Zutfent, y viendo que su ejército se menoscababa y que le iban faltando las municiones y bastimentos, y que el rigor del invierno los amenazaba y sus fuerzas (despues de la muerte del príncipe de Oran-

ge) eran ménos, determinaron hacer siete ú ocho fuertes para sitiar al de los católicos y las alas que le tenian hechas; pusiéronlo por obra, y en dejándolos en defensa los abastecieron y amunicionaron y se fueron á invernar á sus guarniciones.

El invierno deste año comenzó á entrar muy erizado, y tan áspero y terrible, que con la inundacion de las aguas, con los récios vientos y temporales que hubo, una noche, en esta sazon se desbarató el armadilla y flotas que Alexandro tenia en la machina de la estacada de Amberes. Atemorizó esto tanto los ánimos de muchos y graves hombres del ejército católico, pareciéndoles que, si como el invierno iba amenazando proseguia, era forzoso con las récias tormentas desbaratar el puente y deshacer las muchas fábricas é ingenios que Alexandro tenia hechos, y que las armadas de Holanda y Gelanda vendrian poderosas y lo acabarian de desbaratar y socorrer á Amberes, sin que por ningun caso se lo pudiesen estorbar. Murmuraban tambien esto algunos de los del Consejo de Estado y Guerra de Alexandro, sin atreverse á decírselo ni publicarlo en parte que llegase á sus oidos, por verle con tanta determinacion en proseguir su intento, y que nadie era bastante á contradecírselo; y por parecerles á todos se habia perder y no salir con la empresa de Amberes, deseosos de dárselo á entender por algun camino, y que atajase el furor y aceleramiento con que emprendia sus facciones, hablaron á Gaspar de Robles, baron de Velli, para que con disimulacion lo hiciese, el cual no se atrevió; y pareciéndole que bastaba con decírselo al capitan Pedro de Castro, que era de su cámara, y gran privado; y le ofreció decírselo y lo puso por obra, aunque sabia de su amo no oiría de buena gana aquellas pláticas; mas viéndose persuadido del baron de Velli, y que siendo un consejero de guerra tan prudente y animoso, y enviado de los demas, pudiera caer en alguna falta, y más deseando Pedro de Castro que Alexandro acertase en todo lo que emprendia, se lo dijo; y habiéndolo oido con atencion, y acordándose lo que pocos dias ántes le habian dicho que decia Monsieur de la Nua (que todavía se estaba preso en la villa de Terramunda), que para no perder la gloriosa fama de su buena industria y valor, saliendo

con la empresa de Amberes, le convenia para conservarse en ella salirse de los Estados de Flandes y dejar el gobierno dellos á quien experimentase la mudanza y azares que las cosas de la guerra traen consigo, pues no pudieran haber llegado á mayor colmo ni más dichoso estado que el presente, por más que la fuerza de su estrella le hubiera subido al que podia desear. Podia muy bien filosofar en esta materia Monsieur de la Nua, porque demás de ser el mejor soldado y cabeza que hasta aquel tiempo habia tenido Francia, era muy entendido, y en la prision de Terramunda escribió un libro en su lengua francesa, que hoy anda impreso, y entre otras cosas alaba á Alexandro y el esfuerzo de la nacion española, y en particular su costumbre, obediencia militar y modo de hacer la guerra, y no ménos la grandeza del Rey, nuestro señor, y excesivos sueldos que daba á sus soldados. Confesar esto un enemigo de Dios y del nombre español se debe estimar y tener en la memoria para no perderla de dar gracias al cielo del valor y fidelidad de nuestra nacion; y teniéndola Alexandro de lo que este francés habia dicho, respondió al capitan Pedro de Castro que dijese á Monsieur de Velli y á los demas de su Consejo, que él habia de ganar á Amberes, ú Amberes le habia de ganar á él, y que se desengañasen en persuadirle ni en ponerle dificultades, que aunque el tiempo y ocasiones se las ofreciesen mayores, las habia de atropellar con el trabajo de sus fuerzas y el cuidado de su espíritu, y que pensaba alcanzar victoria de sus enemigos y deshacer la envidia de los que estaban á la mira del proceder y gobierno que tenia á su cargo. Esta digna respuesta de un tan famoso y prudente Capitan como lo era Alexandro, atemorizó tanto á los de su Consejo y á los que trataban con su opinion, que de allí en adelante, no tan solamente aprobaban sus pareceres, pero procuraban ejecutarlos con grandísima presteza y cuidado, y como eran ojos que de dia y de noche miraban sus acciones con deseo de que acertase, no hay que maravillarse temiesen el rigor del tiempo y fortuna que despiadadamente en este invierno, más que otros los amenazaba.

Como la provincia de Frisa participa y está más cerca del

Norte, son los frios y hielos más fuertes, y padecia el ejército del coronel Francisco Verdugo mayores trabajos, particularmente los que con el largo y prolijo sitio habian estado en Zutfent, y para tolerar en parte la pobreza y miseria que pasaban y darles algun alivio, hizo llamar al teniente coronel Juan Bautista de Tassis y le ordenó que recogiese todo el más trigo y centeno que pudiese con otros granos, y los entrase en la villa de Zutfent y la proveyese para que la gente de su guarnicion se entretuviese este invierno; y por haber mucho tiempo que no llovia y ser en el otoño cuando el caudaloso Rin y sus brazos llevaban ménos agua, y en particular con los vientos de Oriente, le ordenó tambien que buscase algun desguazo en él, acordándose, por la experiencia y memoria que tenia, haber desguazado otras veces el Rin en esta misma sazon, y en tiempo del duque de Alba (de feliz memoria), cuando juntamente con el coronel Cristóbal de Mondragon estuvo de guarnicion en la villa de Deventer; y que si hallaba desguazo, pasase el rio y reconociese los fuertes que los rebeldes tenian hechos por aquella parte, y si podia asaltar alguno ó ganarle de improviso, lo hiciese, y si nó que atravesase por el país de la Velua y pusiese en ejecucion las contribuciones que sus moradores habian prometido para sustentar su gente. Juan Bautista de Tassis puso en ejecucion esta órden, y avisó á Francisco Verdugo como, aunque habia hallado paso en el Rin, se hacia con dificultad por los muchos y grandes hielos, que arrebatados del agua impedian á la caballería y perecieron muchos soldados della. Los infantes pasaron en grupas de los caballos y en algunas barcas, con grande trabajo, habiendo de ir poco á poco por desviarse de los hielos. Habíase levantado una oscura y espesa niebla, causa de no ver los rebeldes que estaban en sus fuertes el pasaje de los soldados católicos; pero oyeron algun ruido y enviaron á reconocer cuarenta ó cincuenta soldados, y dieron sobre los que primero pasaron el Rin, que habiendo hecho un gran fuego para calentarse estaban al rededor dél, y como la niebla era tanta, no se podian ver hasta que estaban muy cerca los unos de los otros.

Los católicos que vieron sus enemigos en arma, con valerosa determinacion y temeraria osadía, porque no tenian Oficial ni Capitan que los gobernase, porque estaban de la otra parte de la ribera ayudando á Tassis á pasar la gente, cerraron con la rebelde hasta hacerla entrar por fuerza en uno de sus fuertes; y no contentándose con esto, ayudándose unos de otros con las picas y alabardas, lo asaltaron y entraron dentro y degollaron más de cien rebeldes que habia. Este valeroso hecho fué á tiempo que la niebla se deshacia, y mostrándose claro el cielo, lo vieron la gente que estaba en dos fuertes más cerca del que se habia ganado; y temerosos de que no les sucediese lo mismo por hallarse desproveidos y con pocos bastimentos y ménos municiones, y no con tanta fortaleza como el fuerte que se habia perdido, y que la gente católica acababa de pasar el rio y que se apercibia para acometerlos, comenzaron á hacer señas levantando en alto los sombreros para rendirse. Visto esto por los soldados de los otros fuertes, los desampararon y se fueron huyendo á otros dos que estaban el rio abajo, y porque eran de más consideracion y no convenia aventurar la gente como en los otros, temiendo algun mal suceso, le pareció á Juan Bautista de Tassis ir á Zutfent y traer artillería para batillos y asaltarlos. Hízolo así, y teniéndolos apretados, tuvo aviso el conde de Murs y el Señor de Villers que estaban en Arnem bien descuidados de semejante acaecimiento, y con la mayor priesa que pudieron juntaron un buen número de caballería de la que hallaron más á la mano, y fueron al socorro sin poder llevar infantería por no tenerla, habiéndola perdido en las ocasiones que se han escrito, y la que les habia quedado la tenian en los presidios de Holanda y en la villa de Utreque pasando el rigor del invierno, y sin ella no pudieron hacer ningun efecto ni pasar la caballería el Rin por no tener el hielo tanta fuerza que pudiese sufrir el peso de los caballos.

Ya los fuertes sitiados pasaban en este medio mucha necesidad, y habiéndoles faltado la esperanza de ser socorridos se rindieron á Juan Bautista de Tassis, y con estos dos fueron ocho los que ganó por su buena diligencia y valor, haciendo

más en esto que los rebeldes en el fuerte que tenian sitiado, que no pudieron con tantos asaltos, minas y necesidades señorearle. Con este buen suceso quedaron los moradores de toda aquella provincia tan atemorizados, que ofrecieron desde luégo las contribuciones de su voluntad para sustentar la gente de guerra. Francisco Verdugo ordenó á Juan Bautista de Tassis pusiese un Recibidor á su satisfaccion hasta que Alexandro ordenase lo que más fuese á la suya, porque siempre Francisco Verdugo no se movia sin darle parte de cuanto intentaba y se le ofrecia, aunque los émulos que tenia le hacian tan malos oficios que se dejaban decir se aprovechaba de más de cincuenta mil tallares cada mes; no pudiendo esto ser así, porque jamás entró en su poder un solo real, ántes se supo que de su hacienda prestó cantidad de dineros al Recibidor para desmantelar las trincheas y fuertes que los rebeldes habian hecho al rededor de los católicos; y cuando escribió á Alexandro dándole cuenta desto, le suplicó enviase una persona para Recibidor, y se lo encomendó al caballero Cicoña, y envió al comisario Gramay, en cuyo poder entraron todas las contribuciones que dieron los labradores, y era con tanta cuenta y razon que no se podia presumir género de fraude ni malicia; y si algunas contribuciones tuvo Francisco Verdugo, fueron las que por fuerza de armas, ganadas á costa de mucha sangre se hacia dar de los rebeldes y sus tierras, y esto con permision de Alexandro, que para ello envió á Frisa un Comisario, que se llamaba Francisco Vazquez, el cual tenia tambien los libros de la cuenta y razon de toda la gente de guerra que servia al Rey, nuestro Señor, en aquella provincia. Pudieron tanto las malicias de los que andaban al oido de Alexandro, envidiosos de los gloriosos sucesos de Francisco Verdugo, que enviaron secretamente Visitadores contra él, que no poco corridos fueron de no haber hallado cosa contra él que no fuese muy honrada y puesta en razon, habiendo contravenido en esto contra la loable costumbre de la casa de Borgoña y la órden del emperador Cárlos V, de feliz memoria, con los que tienen oficios reales en Frisa, particularmente el de Francisco Verdugo, que cuando se hubiera aprovechado del

dinero que decian, lo tenia muy bien sudado y merecido por los muchos y particulares servicios que tenia hechos. Demás que servia sin ningun sueldo ni le tenia, ni hasta entónces se le habia señalado, ni otra recompensa, como es costumbre darla al Gobernador que le sacan de su gobierno á servir en otra parte; pues, como se ha escrito, dejó el que tenia en Luxemburg cuando Alexandro le mandó ir á Frisa, y su gente pasó este invierno (que fué áspero y terrible) inmensos trabajos sin perder tiempo en lo que se ofrecia del servicio del Rey, nuestro señor. Su persona se retiró á pasarle á la villa de Aldonzel, y los rebeldes presidiaron muy bien á las de Locchum y Disburg, donde de ambas partes se hicieron algunas correrías y facciones, con lo demas que en el año siguiente se verá.

FIN DEL TOMO SETENTA Y DOS.

ÍNDICE.

Páginas.

ADVERTENCIA PRELIMINAR..... V
Á la Majestad católica del Rey, nuestro señor, Felipe IV. 3

DESCRIPCION DE LOS ESTADOS DE FLANDES.

Cuántos sean los Países-Bajos.—Cuántas leguas tienen los Países-Bajos de circuito.—El condado de Flandes, cabeza de los Países-Bajos.—Condado de Flandes.—Confines del condado de Flandes.—Longitud del condado de Flandes, y su latitud.—Naturaleza é inclinacion de los flamencos.—Navillos, son rios hechos á mano para el tráfico.—Poblacion del condado de Flandes.—Cuántas lenguas se hablan en el condado de Flandes, y la costumbre que tienen para aprenderlas.—Cuántas abadías y prioratos, puertos de mar y Estados tiene el condado de Flandes.—Fertilidad grande de la tierra.—Biginajes, casas recogidas de beatas.—Ducado de Brabante.—Confines del ducado de Brabante.—Longitud y latitud del ducado de Brabante.—Cuán agradable es el ducado de Brabante.—Poblacion del ducado de Brabante, y qué Estados tiene.—Naturaleza y costumbres de los barbanzones, y sus mantenimientos.—Señoría de Malinas.—Poblacion de la señoría de Malinas, sus partes y calidadades.—Hermosura y grandezas de la villa de Malinas.—Confines del ducado de Güeldres y grandezas que tiene.—Poblacion del ducado de Güeldres.—Denominacion del país de Overisel, sus confines y poblacion.—Confines de Frisa.—Qué cosa es inclusas.—Frisa, tierra estéril y cria buenos caballos.—Sus Estados y poblaciones.—Qué cosa sean diques.—Naturaleza de los frisones.—Confines de Ho-

Páginas.

landa.—Abundancia de ganados en Holanda.—Holanda rica de pesquerías, y su poblacion.—Islas sujetas á las de Holanda, y armadas que tiene.—Longitud, circuito y latitud de Holanda.—Costumbre y naturaleza de sus moradores, y navegaciones que han hecho.—Poblacion de Utreque.—Costumbres, naturaleza y trato de sus moradores.—Islas situadas en la de Zeelanda.—Sus confines, y efectos maravillosos que el tiempo hace en ellos.—Qué sean dunas.—Buenas cosechas de Zeelanda.—Poblacion y partes de Zeelanda.—Confines de Artoys.—Abundancia de trigo.—Poblacion de Artoys.—Confines de Henaut, su longitud, latitud y poblacion.—Mons en Henaut, villa vistosa y agradable.—Minas en Henaut.—Confines de Luxemburg, su circuito y esterilidad.—Poblacion de Luxemburg, su nobleza y lealtad.—Confines de Anamur y sus partes.—Minas en Anamur.—Poblacion del condado de Anamur.—Famosos soldados y nobleza de esta provincia.—Castillo donde el Sr. D. Joan se libró del rigor de los herejes.—Famosa fuente de Aspa.—Fecundidad y temple de los Países-Bajos, y grandeza y peso de los ganados.—Las partes que tienen los caballos en Flandes.—Las frutas y hortalizas de los Países-Bajos, con otras cosas notables.—Lo que valen las rentas de los pescados de Flandes.—Rios más famosos de Flandes.—Poblacion general de los Estados de Flandes.—Temple de los Países-Bajos, costumbres y naturaleza de sus moradores.—Vicio del beber en los flamencos, heredado desde los pechos de sus madres.—Partes, costumbres y naturaleza de las mujeres flamencas.—Véndense en Flandes públicamente libros prohibidos, y los dan de balde.—Mujeres flamencas usan del arte de marear.—Leme es el timon—Valor de mujeres flamencas.—De dónde se dió principio al beber en Flandes.—Gastos desordenados para beber.—Ordinario mantenimiento de la gente pobre de Flandes.—Costumbre en el comer y beber de los flamencos sin levantarse de la mesa.—Ocasiones que buscan los flamencos para beber.—Tiento que tienen los flamencos cuando están borrachos para no caer.—Son supersticiosos.—Brindis usados y nunca vistos, entre flamencos, más

Páginas.

que en otras naciones.—Jueces flamencos beben ántes de sentenciar.—Lavatorio que usan los flamencos cuando comulgan.—Malas costumbres de que usan para beber, y otras supersticiones.—Costumbre digna de ser imitada.—Compañías de milicias fundadas sobre cofradías.—Modo y buen órden de ejercitar las armas los flamencos, y las que usan para conservar sus Estados.—Milicia flamenca bien gobernada.—El buen gobierno de la milicia flamenca ha hecho tan larga guerra á los españoles.—Preeminencias del que es Rey ó Emperador en la milicia flamenca.—Puntualidad en recogerse la milicia flamenca.—Cuáles sean las fiestas de los flamencos.—Las escripturas en Flandes no valen si no son hechas ántes de comer.—Los vinos llevados á Flandes son muy mejores que en donde se crian.—Saraos y músicas costosas.—Mujeres flamencas amigas de bailar.—Amor de Flandes fundado en interes.—Qué cosa sea cerveza, y las diferencias de ella.—Grandezas de la villa de Amberes, su fundacion y sitio.—Qué son macarelajes, y cómo usan de ellos en Flandes.—Simplicidad de algunos flamencos.—Necia costumbre.—De la manera que algunas mujeres ganan sus dotes.—En una casa dos conventos, uno de frailes heréticos y otro de monjas católicas.—Aniquenuques, guardas de fuegos.—No hay ladrones en Flandes, y el castigo que se da al que lo es.—Estufas usan en Flandes para su limpieza.—Cuatro cosas particulares en los Países-Bajos.—Milagro y grandeza del Santísimo Sacramento del Cuerpo de Jesucristo.—Castigo contra herejes por medio de Nuestra Señora.—Privilegio que tienen las mujeres paridas en Brabante.—Costumbre que se tiene con los pobres.—Buen modo de gobierno.—Grandezas de Bruselas.—Admirable prodigio.—Qué cosa sean galoches.—Qué son hosterías.—Exámen de verdugos.—Castigo de mujeres brabas.—Qué cosa sean mandrágoras.—Religion cristiana en Henaut y Artoys, más arraigada que en otras provincias.—Damas flamencas como canónigos.—Mónstruo que se enjendró en la abadía de San Vertui.—Isla maravillosa.—De la abadía de San Gislen se sacó el cuerpo de Santa Leocadia.—Grandezas de la villa de

Páginas.

Gante.—Lo que provee en Flandes el Rey, nuestro señor.—Los miembros de Flandes.—Consejos de Flandes.—Segundo consejo.—Tercer consejo.—Cuarto consejo.—Quinto consejo.—Compañías de las bandas de Flandes, y los nombres de sus Capitanes.—Al duque de Brabante reconocieron siempre por Señor los flamencos.—El último heredero de Flandes es el Rey, nuestro señor, Felipe IV..... 5

DESCRIPCION PARTICULAR DE LOS ESTADOS DE FLANDES..... 11

LIBRO PRIMERO.

DE LOS COMENTARIOS DE LA REBELION Y GUERRAS CIVILES DE FLANDES, COMPUESTOS POR EL CAPITAN ALONSO VAZQUEZ, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO DE 1577.

Muerte de la infanta Doña María de Portugal y pésame que da Guzman de Silva, embajador de España, al duque Otavio y al príncipe de Parma, su hijo.—Despacho del Rey católico al cardenal Granvela.—Ingratitud de flamencos rebeldes.—El Sr. D. Juan de Austria estuvo retirado en el castillo de Anamur y en el ducado de Luxemburg por temor de los rebeldes de Flandes.—Ayudas que tuvieron los rebeldes de Flandes y lo que ofrecieron al duque de Alanson.—Los más verdaderos pronósticos de la guerra son los de los soldados.—Carta del Sr. D. Juan de Austria á toda la infantería española.—Efecto que hizo la carta del Sr. D. Juan en la infantería española y otras personas.—Vuelven los españoles de Italia á Flandes á socorrer al señor D. Juan.—Madama Margarita manda al Príncipe, su hijo, vaya á servir á Flandes por órden del Rey su hermano.—Contento que tuvo de ir á Flandes el príncipe de Parma, y vistas que tuvo con su madre en la ciudad del Águila.—Envidia y emulacion contrastan la buena fortuna del señor D. Juan de Austria.—El Rey católico manda suspender la ida á Flandes á Madama Margarita.—Parte el príncipe de Parma para Flandes.—Lo que le sucedió al príncipe de Parma en Alejandría de la Palla.—Llegó á Flandes el príncipe de Parma el 17 de Diciembre de 1577.—Ofrecimientos y cor-

Páginas.

tesías entre el Sr. D. Juan de Austria y al príncipe de Parma, su sobrino.—Inobediencia del conde Pedro Ernesto de Mansfelt.—El príncipe de Parma suplica al Sr. D. Juan no castigue al conde Mansfelt.—Otavio de Gonzaga siente no castigue el Sr. D. Juan al conde Mansfelt.—Lealtad del conde Mansfelt.—Embajada de la reina de Inglaterra al señor D. Juan.—Manda el Sr. D. Juan á Monsieur de Hierjes socorra á Roremunda.—El Sargento mayor, Pedro de Vallejo va á socorrer á Roremunda con veintidos banderas de españoles.—Cierran los españoles con los rebeldes.—El ejército español rompió al rebelde y quedó libre la villa de Roremunda.—El baron de Polbeyra se priva de beber vino con ser aleman..... 61

LIBRO SEGUNDO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLADES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO DE 1578.

El capitan Amador de Lezcano da la nueva de la victoria del socorro de Roremunda al Sr. D. Juan.—Los Estados rebeldes refuerzan su ejército para sitiar la villa de Anamur.—Llama á consejo el Sr. D. Juan de Austria y lo que se resuelve en él.—Agradecimiento del Sr. D. Juan á sus Consejeros.—Cuidado y recelo con que andaba el Sr. D. Juan.—Socorro de dinero que el Rey católico envia al Sr. D. Juan, su hermano.—Órden que dió el Sr. D. Juan al príncipe de Parma.—Aviso que tuvo el príncipe de Parma del ejército rebelde.—Vistas del Sr. D. Juan y el príncipe de Parma y el consejo que tuvieron.—Llega á Flandes el Comisario general, Antonio de Olivera, y lo que se resolvió en el Consejo.— El Sr. D. Juan y el príncipe llegan á Anamur.—El Sr. D. Juan envia á reconocer el ejército rebelde y relacion que tuvo.—El Sr. D. Juan manda segunda vez reconocer el ejército rebelde y relacion que le dieron.—El capitan Sancho Beltran va á reconocer el ejército rebelde y relacion que trajo.—El capitan Hernando de Acosta va á reconocer el ejército rebelde, y con la sagacidad y valor que lo hizo.—Valor del capitan Hernando Acosta.—Consejo que tuvo el

Páginas.

Sr. D. Juan y lo que en él refiere Pierres, y órdenes que se dieron.—El príncipe de Parma envia sin órden de su tio al capitan Sancho Beltran á reconocer el ejército rebelde.—De qué efecto y servicio son en paz y guerra los Capitanes entretenidos.—La ignorancia, madre de la presuncion, no admite consejo.—Órden que da el Sr. D. Juan.—Particular gracia del Sr. D. Juan en hacer razonamientos á sus soldados.—Los españoles se ofrecen obedecer al príncipe de Parma y él los agasaja y recibe con amor.—Órdenes que da el Sr. D. Juan y hace el oficio de Sargento mayor.—Marcha el Sr. D. Juan en busca del ejército rebelde.—Órdenes que da el Sr. D. Juan.—El príncipe de Parma quita el morrion del Sr. D. Juan á D. García Brabo, su paje.—Reencuentro de los dos ejércitos, católico y rebelde, junto á Jubela, y valor que en él mostró el príncipe de Parma.—Valor del príncipe de Parma.—Rompe el Sr. D. Juan el ejército de los rebeldes junto á Jubela.—Por qué se dice en Flandes la batalla de la Espuela.—Palabras del Sr. D. Juan á su sobrino el príncipe de Parma, dignas del Príncipe.—Monsieur de Guni preso.—Qué cosa sea guerra rota á cuarteles rompidos.—Manda el Sr. D. Juan reconocer.—Celebra el Sr. D. Juan el contento de la victoria de Jubela.—Las banderas y estandartes representan la persona real.—Consejos que tuvo el Sr. D. Juan, para qué efecto, y el buen parecer del príncipe de Parma.—Los de la villa de Lovayna dan las llaves á Otavio de Gonzaga.—El príncipe de Parma pone sitio á la villa de Siquem.—Libre respuesta del gobernador de Diste al príncipe de Parma.—Ábrense las trincheras en Siquem, y batería que se hizo.—Las personas que van de vanguardia á dar el asalto á Siquem.—Escarpe son las minas que caen de una muralla despues de batida.—Los españoles entran por fuerza de armas en Siquem.—Mueren peleando en la batería de Siquem algunos Capitanes, y otros salen heridos, y los que se señalaron.—Libre respuesta del gobernador de Siquem.—Castigo que hace el príncipe de Parma en los rebeldes de Siquem.—Desesperacion del gobernador de Siquem.—El príncipe de Parma va sobre Diste, y en llegando tratan de rendirse y con qué pactos.—Llega el Sr. D. Juan al sitio de Diste, y lo que pasó con el príncipe

Páginas.

de Parma, su sobrino.—Forraje en Flandes, es el sustento de los caballos de heno y avena, y forrajadores son los que van á buscarlo.—El conde Cárlos de Mansfelt va con cuatro mil franceses de socorro al ejército católico.—El señor D. Juan pone sitio á Nivela.—El Sr. D. Juan levanta el ejército de Nivela y va sobre Viamonte y se le rinde.—Pirro Gonzaga y el duque de Lebemburg llegan á Flandes.—Llega D. Pedro de Toledo á Flandes.—Llega á Flandes don Alonso Martinez de Leiva con una famosa compañía de españoles.—Divisas que tenia la bandera de la compañía de D. Alonso Martinez de Leiva.—Los españoles ganan por asalto la villa de Simay.—Ríndese el castillo de Simay al Sr. D. Juan y desórden de la compañía de D. Pedro de Tassis.—Manda el Sr. D. Juan guarnecer y amunicionar la villa de Simay.—Llega á Flandes D. Lope de Figueroa con su tercio llamado el de la Liga.—El Sr. D. Juan va con su ejército á recibir el tercio de la Liga y recibimiento que le hace.—Razonamiento que el Sr. D. Juan hizo á las banderas del tercio de D. Lope de Figueroa.—Amor que los soldados de la Liga mostraron al Sr. D. Juan y al príncipe de Parma, su sobrino.—El Sr. D. Juan pone sitio á Phelipevilla.—Raytres ó herreruelos son soldados de á caballo que pelean con pistolas y hachas de armas que traen en los arzones.—El Sr. D. Juan aprieta el sitio de Phelipevilla.—El Sr. D. Juan envia un trompeta al gobernador de Phelipevilla, y lo que responde.—Artillería plantada á fuerza de brazos en Phelipevilla.—Suspéndese la batería de Phelipevilla sin saber la causa.—Desobediencia y atrevimiento de Juan de Ayala, soldado español.—Manda el señor D. Juan cortar la cabeza á Juan de Ayala.—El príncipe de Parma libra de la muerte á Juan de Ayala.—Zapa es azadon.—Los cercados de Phelipevilla piden la paz y rescate de Monsieur de Gate.—Phelipevilla se rinde al señor D. Juan.—La persona del Sr. D. Juan queda á curarse en Anamur y divide su ejército en dos partes.—El príncipe de Parma pone sitio á Lamburque.—El príncipe de Parma envia á decir al gobernador de Lamburque rinda la plaza y lo que respondió.—Trincheras de Lamburque y á quién se encomendaron.—Fortaleza de Lamburque.—Bate-

Páginas.

ría dificultosa en Lamburque.—El príncipe de Parma envia á decir al gobernador de Lamburque rinda la plaza, y lo que respondió.—Asalto de Lamburque.—Maestre Hance, gran ingeniero.—Lamburque ganada por asalto.—El gobernador de Lamburque rinde el castillo de aquella villa.—Suceso maravilloso al coronel Cristóbal de Mondragon.—Mondragon, gobernador de la villa de Lamburque, sus buenas partes y naturaleza.—El príncipe de Parma va á Anamur y envia sobre Dalem al coronel Mondragon.—Mondragon pone sitio á Dalem.—Gana por escala el coronel Mondragon el castillo de Dalem.—Artificio del príncipe de Orange.—D. Alonso de Sotomayor y Juan Bautista del Monte rompieron los raytres junto á Yndoven.—Los Estados rebeldes juntan sus ejércitos con el de Casimiro para deshacer el español.—Respuesta del Sr. D. Juan al Príncipe, su sobrino.—Las personas que aprobaron el parecer del príncipe de Parma.—Causas que movieron al príncipe de Orange para derramar inciertas nuevas en los Estados rebeldes.—Parte con su ejército el Sr. D. Juan, de Anamur, en busca del rebelde.—Escaramuza de Rimante.—Muerte del conde de Monte de Olio.—Continúase la escaramuza y la traba D. Alonso Martinez de Leiva.—Valor del capitan D. Agustin Mexía.—Gallardo ánimo del príncipe de Parma.—Fuerzas que juntaron los Estados rebeldes y sentimiento del señor D. Juan y lo que se resolvió en su consejo.—Marcha el señor D. Juan la vuelta de Bujen con su ejército, y Gabrio Zerbellon se adelanta á hacer un fuerte.—Enfermedad del señor D. Juan.—Fuerte de Bujen, alojamiento del ejército católico, pestilencia y trabajos que tuvo.—Otavio de Gonzaga desengaña al Sr. D. Juan de la poca vida que tiene y lo que le responde.—Lo que el Sr. D. Juan dijo á su sobrino y á sus consejeros.—Muerte del Sr. D. Juan en 2 de Octubre de 1578.—Buenas partes del Sr. D. Juan.—Valerosos hechos del Sr. D. Juan.—Capitanes excelentes y famosos.—Con la muerte del Sr. D. Juan murió la disciplina militar.—Francisco, duque de Alanson, entra en Flandes con su ejército.—Trabajos que pasó el ejército español en el fuerte de Bujen.—Correrías de los rebeldes.—Remedio y órdenes que él príncipe de Parma dió al ejército español.—El duque de

Páginas.

Alanson pone sitio á la villa de Vins.—Los franceses del duque de Alanson, no guardando la palabra al capitan Gaona, ganan la villa de Vins.—Los burgeses de Gante ganan y saquean la villa de Ypre y hacen muchos desórdenes.—Por qué se llamaron los mal contentos.—Qué cosa sea volver la casaca.—Por qué se llamó el ejército del *Pater noster*.—Los ganteses rotos y desechos.—Peste de Anamur y de Bujen, y daños que hace.—El ejército del duque de Alanson deshecho.—El baron de Polbeyra llega al ejército español.—Discordias, y por qué causas, en los Estados de Flandes, hacen provecho al ejército español.—Los del *Pater noster* degüellan á dos mil y quinientos ganteses.—El baron de Gibrao y el teniente García de Olivera rompen siete compañías de herreruelos.—Burgueses, son ciudadanos ó vecinos de una villa.—Acuerdos que los ganteses hacen con los católicos de su misma tierra.—Disgustos del duque de Alanson y por qué causa.—El conde Aníbal Altemps rompe diez y siete banderas de franceses y gana las diez.—Convoyes son carros cargados de bastimentos á quien los soldados hacen escolta.—El príncipe de Parma marcha con su ejército en seguimiento de los rebeldes..... 75

LIBRO TERCERO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1579.

Órden que da el príncipe de Parma á Joan Bautista del Monte.—García de Olivera rompe un cuerpo de guardia de rebeldes y les gana cuatro banderas.—Cierran los escuadrones católicos con los rebeldes.—El príncipe de Parma rompe el ejército rebelde.—El príncipe de Parma da libre paso á Casimiro.—Muerte del conde Bosu.—Males que hacen los soldados del conde de Renemburgue.—Inteligencias del príncipe de Parma.—Monsieur de la Mota pone sitio á la villa de Dunquerque.—Monsieur de la Nua socorre á Dunquerque y faccion que hizo.—Órdenes del príncipe de Parma á Monsieur de la Mota.—Cartas que se mostraron en la congregacion de Arras.—Varios pareceres que hubo en la congrega-

Páginas.

cion de Arras.—Alegrías que hicieron los Estados con una carta del Rey católico para el archiduque Matías.—Diligencias de D. Bernardino de Mendoza, embajador de España.—El príncipe de Parma no quiere conceder á los Estados la suspension de las armas.—Los Estados rebeldes hacen gobernador de Frisa á Monsieur de Montani.—Los españoles degüellan quinientos rebeldes que iban de socorro á Deventer.—Los españoles de Lovayna corren los contornos de Bruselas y hacen mucho daño.—El príncipe de Parma recoge su ejército y le da órdenes para pelear, y castigos que hace.—El príncipe de Parma va con su ejército en busca del rebelde, el cual se retira la vuelta de Amberes.—Vivanderos es gente que provee el ejército de bastimentos vendidos por su dinero.—La caballería católica acomete á los escuadrones rebeldes.—Los de la villa de Amberes no quieren dar paso al ejército rebelde.—El ejército rebelde se atrinchera en el burgorante de Amberes.—El príncipe de Parma va sobre el castillo de Tornante.—El castillo de Tornante se rinde al príncipe de Parma.—Órdenes que dió el príncipe de Parma.—Lo que pasó entre el príncipe de Parma y el duque de Saxia.—Respuesta del príncipe de Parma al duque de Saxia.—Cuidado y diligencia del príncipe de Parma.—Necesidades que pasa el ejército español.—Satisface el duque de Saxia á el príncipe de Parma.—El príncipe de Parma muestra su valor en dar paso libre al duque de Saxia.—El príncipe de Parma forma los escuadrones.—Los españoles asaltan las trincheas enemigas.—El príncipe de Parma y Otavio de Gonzaga rompen los enemigos.—Incendio en los burgos de Amberes.—Confusion del príncipe de Parma y diligencias que hizo para librar á sus soldados del incendio del Burgo.—Victoria del burgorante de Amberes, y oracion que hacen á Dios el príncipe de Parma y sus Capitanes.—Los que se señalaron en la rota del burgorante de Amberes.—Los Estados rebeldes rehacen sus fuerzas y se fortifican.—El príncipe de Parma al Carpen.—El príncipe de Parma aprieta el sitio del Carpen y los rebeldes se defienden.—Gana el príncipe de Parma al Carpen y ahorca á los que lo defendian.—Castigo de Dios en Ludovico Nasobio.—Los caballeros mal contentos conocen

Páginas.

cuán bien les está reducirse al servicio del Rey, nuestro señor.—Los mal contentos se reducen al servicio del Rey católico.—Cartas que se cogieron.—Perniciosa liga de Utreque.—Diligencias del príncipe de Orange para la liga de Utreque.—Los de Groeninghen no admiten la liga de Utreque.—Motin de los soldados rebeldes del presidio de Amberes.—Junta de Colonia para la paz.—Respuesta del príncipe de Parma á los de la Junta de Colonia.—Partes de Monsieur de la Nua.—Quejas del príncipe de Orange.—El conde de Lalayn y el de Heguemont se reducen al servicio del Rey católico.—Órdenes que da el príncipe de Parma.—Piedad del Padre Miguel Hernandez.—Petrejor se rinde por medio de un Padre de la Compañía de Jesús.—Mondragon sitia á Mastriq por la parte de Alemania.—Trabajos de la caballería católica.—Buen ardid del gobernador de Mastriq para su defensa.—Número de los soldados rebeldes que defendieron á Mastriq.—Sebastian Tapino, soldado de valor, defendió á Mastriq.—Número de las personas que trabajaban en las murallas.—Manzano, español, Capitan del príncipe de Orange, gran soldado é ingeniero.—Dos puentes de barcas sobre el Mosa y para qué efecto.—Descuido é inadvertencia del Maestre de campo D. Fernando de Toledo y del gobernador Montes Doca.—El príncipe de Parma se arrima á Mastriq y le bate un rebellin.—Astucia y valor de Sebastian Tapino, francés.—Ardid de Santa María, Capitan francés.—Españoles desamparan la batería por no estar bien batida.—Inobediencia del conde Barlamont.—Daño causado por la envidia.—Malicia del conde Barlamont y buenos respetos del capitan Pedro de Castro.—Nueva batería y malicia del conde Barlamont.—Sebastian Tapino repara las baterías de Mastriq y se previene á la defensa, y órdenes que da el príncipe de Parma.—Minas voladas en Mastriq sin daño de los españoles.—Contramina de los rebeldes.—Ardid de los rebeldes dentro de las minas.—Palabras que el príncipe de Parma dijo á sus soldados.—Los españoles recuperan las minas perdidas y traban escaramuza.—Los rebeldes asaltan las trincheras de los españoles, y valor y muerte del capitan Guzman.—Número de los españoles muertos y sentimiento del príncipe de Parma, y

Páginas.

palabras que dijo al Maestre de campo Francisco de Valdés y su respuesta.—Obediencia española.—Daños causados por los Ministros.—Sobra de municiones y por qué causa.—Fagina es un haz de ramas y leña menuda.—Contínuas escaramuzas é ingenios de fuego y modos de pelear nunca vistos.—Necesidad, madre de la industria.—Órden que el príncipe de Parma dió á los Capitanes de su ejército.—Buena industria del príncipe de Orange.—El ejército español se previene para asaltar á Mastriq.—Baterías de Mastriq y ciegas del foso.—Relaciones encontradas de los reconocedores.—El conde Guido reconoce el foso de Mastriq.—Asalto general que los españoles dan á Mastriq.—Buen ardid del príncipe de Parma.—Daños que hacen los traveses en los españoles que dan el asalto á Mastriq.—Defensas extraordinarias de los flamencos, y daño que reciben los españoles.—El príncipe de Parma manda retirar los españoles de las baterías.—Españoles abrasados de la pólvora, número de los que murieron.—Muerte de D. García Hurtado de Mendoza y de otros italianos.—Palabras que el príncipe de Parma dijo á sus soldados.—Consejo que hizo el príncipe de Parma y lo que en él resolvió.—Buen parecer del príncipe de Parma.—Manda el príncipe de Parma levantar una plataforma.—Ejemplo que el príncipe de Parma dió á sus soldados.—Artillería que se plantó en la plataforma de Mastriq y el daño que hizo.—Muerte del Capitan y Sargento mayor Rengifo.—Los españoles señorean la muralla de Mastriq.—El capitan Ortiz ocupa un torreon con su compañía.—Los rebeldes vuelan una mina con muerte de muchos españoles.—El príncipe de Parma da la plaza de sobrestante al capitan Alonso de Perea.—Muerte del capitan Joan Nuñez de Palencia.—El capitan Amador de la Abadía va á ocupar un puesto y matan al sargento mayor Pedro de Vallejo.—Partes de un Sargento mayor.—Defensas de los rebeldes.—Artillería de los españoles sobre la muralla de Mastriq, y matan al conde Barlamont, General della.—Los españoles ganan la muralla de Mastriq.—Tapino herido.—Cosa no vista en la guerra.—Los españoles asaltan la media luna de Mastriq.—El príncipe de Parma hace retirar á los españoles

Páginas.

de la media luna.—Palabras que el príncipe de Parma dijo á sus Consejeros y órdenes que les dió.—Los españoles asaltan á Mastriq y ganada la vuelven á perder.—Armas y desvelo que se les da á los rebeldes de Mastriq.—Por el valor de Alonso García Ramon se gana Mastriq.—Mortandad de los rebeldes.—Número de los muertos y rendidos de Mastriq.—Saco de Mastriq.—Muerte de Manzano, soldado español.—Burgo es arrabal.—Tapino y los demas rebeldes se rinden á Otavio de Gonzaga.—Los españoles que murieron en el sitio de Mastriq y los que se señalaron.—Número de los Capitanes de las naciones y de otros que mataron en Mastriq.—La enfermedad del príncipe de Parma se aumenta.—El príncipe de Parma apercibe á Mondragon para enviarlo á España y palabras que le dijo.—Los de la Junta de Colonia, sus nombres y lo que en ella se trataba.—Mondragon se parte á España.—Crece la enfermedad del príncipe de Parma.—Caso maravilloso.—Salud del príncipe de Parma.—Celebra el ejército español la salud del Príncipe y entra en Mastriq en hombros de Capitanes, triunfando de la victoria.—Lucidos escuadrones de cuarenta mil soldados.—Reprehension del príncipe de Parma á sus Capitanes.—Múdasele el nombre del príncipe de Parma en Alexandro, y por qué causa.—Lo que duró el saco de Mastriq.—Algunos rebeldes de Flandes se rinden de su voluntad á Alexandro y le entregan á Malinas.—La villa de Bolduque, leal más que otras, y echa fuera á los herejes.—Los mal contentos se reducen al servicio del Rey católico, y los capítulos que piden.—El conde Otavio de Lande va á España por órden de Alexandro con los capítulos de los mal contentos.—Pesadumbre de Alexandro y lo que escribió al Rey, su tio.—Guarnece Alexandro la villa de Malinas y junta de los rebeldes en Vilborde.—Los rebeldes rompen la compañía de caballos de D. Rodrigo Zapata.—Monsieur de Siques roto.—Los rebeldes rotos y desbaratados, y recuperan los católicos cuanto habian perdido.—Pretension de los Estados en la Junta de Colonia.—Conclúyese la paz de los mal contentos en Colonia.—El conde de Rus gana á Villabruque.—Impiedad de herejes.—Solicita Alanson su vuelta á Flandes.—Sentimiento de los Estados por haberse reducido los

Páginas.

mal contentos al servicio del Rey católico.—Los de Amberes se previenen para hacer la guerra.—Liga de las villas rebeldes.—Quejas que dan los Estados del archiduque Matías.—La Junta de Colonia deshecha y los procuradores obedecen al Rey católico.—Necesidad de la villa de Malinas.—Monsieur de la Nua rompe un convoy de los católicos.—El conde de Renemburg gana la villa de Groeninghen.—Martin Esquenque, soldado valeroso gana la villa de Doctquen y los rebeldes la recuperan.—Algunas villas no aceptan la liga de Utreque y abrazan la paz de los mal contentos.—Berbi perdida.—Monsieur de la Nua rompe cinco cornetas de los mal contentos.—Los mal contentos se arrepienten salgan los españoles de los Estados..... 157

LIBRO CUARTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1580.

D. Pedro de Toledo va á socorrer á Esquenque.—García de Olivera rompe á los rebeldes y gana sus banderas.—El Esquenque socorrido y D. Pedro de Toledo da paso franco á los rebeldes.—D. Pedro de Aragon llega á Mastriq y la nueva que le dió á Alexandro.—Los Estados dan priesa que salgan los españoles y Alexandro lo dilata.—Alexandro encarga á D. Pedro de Toledo el gobierno de los españoles.—Alexandro resuelve enviar los españoles y encarga el oficio de Maestre de campo general dellos á Francisco Verdugo.—Alexandro encarga á Otavio de Gonzaga lleve á Italia los españoles, y el agradecimiento de la merced que le hizo.—Alonso García Ramon remunerado.—Caso notable.—Alexandro se despide de los españoles y razonamiento que les hace.—Sentimiento de la nacion española por apartarse de Alexandro, y lo que algunos Capitanes le dijeron.—Alexandro en Anamur y los españoles marchan la vuelta á Italia.—Odio contra españoles.—Los rebeldes ganan á Malinas por escalada, degüellan los católicos y hacen crueldades.—Alonso Vanegas, capitan del príncipe de Orange, gana á Diste á escala vista.—Quién fué Alonso Vanegas.—

Páginas.

Soldados españoles que sirvieron á los rebeldes de Flandes, por qué causa.—Justo juicio de Dios.—Enfermedad general, que llamaron el catarro.—Alexandro en Mons en Henaut, á persuasion de los mal contentos.—Juran á Alexandro por gobernador de Flandes.—Correrías de la guarnicion de Cambray en tierras del Rey católico.—El marqués de Rubes gana á Cortray por trato.—Descúbrese la conjuracion de matar á Alexandro y de la manera que se habia de ejecutar.—Monsieur de Buque descubre al marqués de Rubes la conjuracion contra Alexandro.—Traza cómo se habia de dar la muerte á Alexandro.—Qué personas eran las del Consejo de Alexandro y para qué efecto se juntan.—Monsieur de Hesse preso en Canoe, donde le cortaron la cabeza.—Juan Bautista del Monte recupera á Marvile y rompe los rebeldes.—En la villa de Carpen y otras se acaba la religion cristiana.—Monsieur de la Nua sitia y gana la villa de Niconen y la presidia de herejes.—Gran terremoto en las islas.—Amenazas del archiduque Matías á los mal contentos.—Malinas recuperada por Monsieur de Capre.—Alexandro envia parte del ejército con el marqués de Rubes sobre Monsieur de la Nua.—Monsieur de la Nua roto y preso en poder del marqués de Rubes.—Los de Cobordan profanan los templos, desmantelan su castillo y echan fuera á los católicos.—Los labradores comarcanos de Cobordan rompen al conde Holac y él se venga dellos.—Crueldades del príncipe de Orange.—El conde de Renemburg con fuerza de armas se apodera de Groeninghen y echa fuera á los herejes y degüella á muchos.—Malos tratamientos de católicos por el príncipe de Orange.—Los herejes queman las reliquias y maltratan las imágines.—El príncipe de Orange pone sitio á la villa de Groeninghen.—El coronel Esquenque va por órden de Alexandro á socorrer á Groeninghen.—El conde Holac bate á Groeninghen.—El coronel Esquenque rompe el ejército de los condes Holac y Nasao, los cuales huyen y pierden sus banderas.—El Esquenque recupera á Cobordan, desamparan los rebeldes el sitio de Groeninghen y pierden otras plazas.—Condé perdida y vuelta á recuperar por los católicos.—El conde de Vergas se pasa á servir al ejército católico.—El conde

Páginas.

de Renemburg rompe el ejército rebelde y le gana sus banderas y la villa de Cordoban y Aldonzel.—Monsieur de Hautepena gana la villa de Breda.—Diferencia de católicos y herejes en la ciudad de Aquisgran.—El príncipe de Orange solicita á Isabel de Inglaterra para establecer en Flandes al duque de Alanson.—Artificio del príncipe de Orange.—Sentimiento del archiduque Matías.—Respuesta de los Estados al archiduque Matías.—El marqués de Rubes va á hacer un fuerte á Cambray.—El conde Mansfelt sitia la villa de Bujen y la bate.—El castillo y la villa de Bujen volados de la pólvora.—Alanson despacha bien los embajadores de Flandes.—Sitio de la villa de Estembique.—Muerte del coronel Juan Meni.—Los católicos rompen el socorro de los rebeldes.—Confusion y fuego en Estembique.—El coronel Norris, inglés, va al socorro de Estembique y facciones que en él hubo.—Junta en Gante de herejes para perseguir los católicos.—Alexandro da órden para acometer á Gante.—No tuvo efecto la presa de Gante.—Alexandro elije al coronel Francisco Verdugo para el gobierno de Frisa.—Martin Esquenque gana el castillo de Güeldres por inteligencias del capitan Manfort.— Muerte de Gerardo, cardenal, y eleccion de Alberto.—Alexandro aprieta á Cambray.—Alexandro sitia á Nivela y se le rinde.—Victoria de católicos en Frisa.—Trescientos españoles rompen el ejército rebelde en Frisa.—Odio contra españoles.—El príncipe de Orange procura la entrada de Alanson en Flandes.—Alanson se previene para entrar en Flandes.—Alexandro envia á socorrer á Aloste y los católicos rompen los rebeldes. 235

LIBRO QUINTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1581.

El príncipe de Orange solicita al duque de Alanson.—Necesidades de Cambray.—El duque de Alanson entra con su ejército á socorrer á Cambray.—Cautelas del rey de Francia.—Necesidades de Estembique y pertinacia de rebeldes.—Estembique socorrida.—El conde de Renemburg en-

Páginas.

fermo.—Los rebeldes ganan algunas plazas.—Los rebeldes desamparan el sitio Grootuerdem y son rotos y desbaratados.—Muerte del conde de Renemburg.—Alexandro con su ejército se va á oponer al del duque de Alanson.—El vizconde de Turena preso y rotos los franceses.—Soberbia francesa y reportacion de Alexandro.—Resolucion de Alexandro.—Buen acuerdo de Alexandro.—Defienden el paso al duque de Alanson los capitanes de Alexandro.—Retira Alexandro su ejército del duque de Alanson.—Alanson se determina de ir sobre Alexandro.—No osa el duque de Alanson acometer á Alexandro y se vuelve á Francia.—Rencuentro de Monsieur de Montani con los rebeldes.—Trato descubierto en Mastriq y castigo de los culpados.—El príncipe de Orange hace que en Holanda renuncien la fidelidad al Rey católico.—Alegrías en los Estados rebeldes por la vuelta de Alanson, y renunciacion al Rey católico.—Condiciones de la renunciacion.—Reconocen los rebeldes por señor al duque de Alanson.—Alexandro va sobre Dunquerque.—Pérdida de San Gislen.—Alexandro pone sitio á San Gislen.—Ríndese San Gislen.—El príncipe de Pinoe socorre á Dunquerque.—Francisco Verdugo marcha con su gente á su gobierno de Frisa.—Buen acuerdo de Francisco Verdugo.—El ejército rebelde se retira de Francisco Verdugo y quema sus alojamientos.—Rebeldes rotos por Francisco Verdugo y les gana algunos fuertes.—Desórdenes de los soldados de Norris.—Conoce Francisco Verdugo el intento de los de Groeninghen.—Reconoce Francisco Verdugo los cuarteles y sitio que habia de tener para esperar al ejército rebelde, y en ellos aloja el católico.—Francisco Verdugo reconoce el ejército rebelde y se apercibe á pelear.—Buen órden de Francisco Verdugo para pelear.—Los ingleses de Norris acometen al ejército de Verdugo.—El alférez Alonso Mendo y el capitan Vilers acometen á los rebeldes valerosamente.—Los soldados desbaratados se pusieron en huida.—Valor de Francisco Verdugo.—Número de los muertos en la batalla de Nicusil.—Victoria de los católicos.—Dan gracias á Dios los católicos por haberles dado victoria.—Los alemanes amotinados.—Gabela es tributo ó alcabala.—El capitan Pedrosa lleva á Alexandro

Páginas.

la nueva de la victoria de Nicusil.—Sitio del fuerte de Nicusil.—Inundacion en las tierras de Nicusil.—Alexandro llega sobre Tornay con su ejército.—Necesidades del ejército católico.—Los cercados de Tornay se defienden con mucho valor y matan al conde Buque y dan una pedrada á Alexandro.—Batería de Tornay, y manda Alexandro la den el asalto.—Ocupan los católicos un puesto en la batería y retíranse los demas.—Los que se señalaron en el asalto y matan á Monsieur de Burs.—El coronel Belfort es causa se rindan los sitiados de Tornay.—Monsieur de Montani trata de la paz con los de Tornay y salen de la villa un Capitan y un burgués á concluirla con Alexandro.—Disculpas de los cercados.—Pactos con los reducidos.—Alexandro en Tornay con su corte.—Sentimiento de los mal contentos.—Los reconciliados quieren jurar en Lila á Alexandro por Gobernador.—Astucias del príncipe de Orange.—El duque de Alanson en Inglaterra.—El Gobernador de Breda gana á Bergas de Olzon, y los rebeldes le vuelven á echar fuera.—Palabras atrevidas del coronel Belfort y respuesta de Alexandro.—Alexandro va á Anamur á verse con Madama Margarita de Austria, su madre, y lo que le dijo.—Respuesta de Alexandro á su madre..... 281

LIBRO SEXTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1582.

Alexandro parte para Lila.—Alexandro trata de que los españoles vuelvan á Flandes.—El marqués de Rubes teme la vuelta de los españoles á Flandes.—El abad de San Blas va á España por embajador para la vuelta de los españoles.—El archiduque Matías se va á Colonia disgustado.—Artificios del príncipe de Orange.—Alanson vuelto de Inglaterra se junta con el de Orange en la isla de Vater, y se van á Amberes.—Los de Amberes dan la obediencia al duque de Alanson y le hacen muchas fiestas.—Alanson recibido por duque de Brabante, y le dan la corona.—Francisco Verdugo va en seguimiento de cuatrocientos rebeldes.—Seña que

Páginas.

hace Francisco Verdugo para romper los rebeldes.—Valor de Juan Bautista de Tassis, y del señor de Rinavelt.—Francisco Verdugo rompe los rebeldes y les gana un estandarte y todo su bagaje.—Francisco Verdugo acomete á Scherembergh, y se retira sin ganalla.—Juan Bautista de Tassis gana á Vueert.—Los rebeldes sitian y asaltan el castillo de Bronckorst, y Francisco Verdugo los socorre.—Los rebeldes rotos por valor del alférez Mendo.—Obstinacion de los rebeldes.—Alexandro hace publicar un edicto.—Persecucion de católicos.—Tempestades en Holanda y daño que hicieron.—Facciones de Monsieur de la Mota.—Los españoles vuelven de Italia á Flandes.—El príncipe de Orange siente la vuelta de los españoles y castiga los católicos.—Gaspar de Anastro intenta matar al príncipe de Orange.—Juan de Jaúregui, vizcaino, procura matar al príncipe de Orange.—El conde Holac libra la vida al príncipe de Orange, y matan á Juan de Jaúregui.—Saquean la casa de Gaspar de Anastro y prenden los que habia dentro.—El pueblo de Amberes pide maten al duque de Alanson.—Temor del duque de Alanson.—Martirio de Juan de Jaúregui y otros.—Diligencias de Alexandro.—Los franceses ganan á Lens y Alexandro la recupera.—El duque de Alanson intenta ganar por escalada á Anamur.—Monsieur de Barlamont libra á Anamur y degüella á los franceses.—Martin Esquenque roto y preso.—Sitio de Audenarda.—El marqués de Rubes degüella el socorro de Audenarda.—Los franceses de Alanson ganan por inteligencias la villa de Aloste y la saquean, y maltratan los religiosos y queman las reliquias.—Alexandro llega sobre Audenarda.—Los soldados católicos saquean á Blasbeque, y se llevan el artillería y municiones que en él habia.—Confusion del pueblo por la incertinidad de la muerte del príncipe de Orange.—Soldados católicos rompen al capitan Sadoleto.—Alexandro aprieta el sitio de Audenarda.—Motin de alemanes.—Atrevimiento de soldados amotinados y valor increible de Alexandro.—Castigo de Alexandro á soldados amotinados.—Parecer de un prudente Capitan.—Fortaleza de Audenarda.—Alexandro muda la batería de Audenarda por la fortaleza della.—Salen los rebeldes de Audenarda y asaltan

Páginas.

las trincheas católicas, y son resistidos valerosamente.—Valor de Alexandro.—Extraña osadía de Alexandro con que da ejemplo á su ejército.—Constancia de Alexandro.—Los católicos ciegan el foso de Audenarda.—Los sitiados se defienden con mucho valor.—Buen ardid de Alexandro.—Defensas de los rebeldes.—Arrímanse con la zapa los católicos á Audenarda.—Alexandro deja el sitio y va sobre Alanson.—Alexandro vuelve á Audenarda.—Audenarda rendida y Alexandro y su corte se alojan en ella.—Monsieur de la Nua favorece la buena suerte de Alexandro.—Prohibe Alanson el comercio á los soldados católicos.—Soldados católicos muertos peleando en Diste.—Alanson en Amberes hace que de nuevo renuncien la obediencia al Rey católico.—Edicto de Alexandro.—Los protestantes de Amberes piden un templo al Magistrado para ejercitar su secta.—Estraño caso.—Religion de los libertinos estirpada en Amberes.—Monsieur de Hautepena por órden de Alexandro destruye las campañas de Amberes y atemoriza á los vecinos.—Monsieur de Hautepena destruye los tornos de Liera y traba escaramuza con la guarnicion della.—El duque de Aríscote fortifica á Simay.—Artificios del duque de Alanson.—Alexandro encierra en Gante al duque de Alanson.—Alanson procura ganar con inteligencias á Cortray y no tuvo efecto, y diligencias que hizo en Bolduque.—Inteligencias del duque de Alanson.—Alexandro gana el castillo de Guibra.—Alexandro con su ejército va á oponerse al de Alanson.—Alexandro da priesa que vuelvan los españoles.—Alexandro gana con inteligencias la villa de Liera.—Los mal contentos sienten la falta de los españoles y se huelgan de su vuelta.—Temores del duque de Alanson.—Burlado Alanson.—Artificios de Alanson, y Lamoral preso.—Los coroneles Norris y Estuardo disgustados.—Los rebeldes de Bruselas piden sus pagas.—Alexandro da vista al ejército de Alanson y las facciones que tuvieron.—Llegan los españoles á Flandes y Alexandro los va á recibir.—Pierde el marqués de Rubes el miedo á los españoles.—El marqués de Rubes, General de la caballería católica.—Retirada de Alanson.—Balanson sigue la retaguardia de Alanson y le hace daño, pero queda preso en su ejército.—

Páginas.

Abundancia de provisiones en el ejército de Alexandro.—Premia Alexandro al coronel Semple y á su hermano.—Sitio de Locchum.—Francisco Verdugo va al sitio de Locchum.—Los rebeldes van á socorrer á Locchum.—Rencuentro de Locchum.—Grupa es las ancas del caballo.—Socorren á Locchum.—El ejército rebelde se retira.—Francisco Verdugo aprieta el sitio de Locchum.—El ejército rebelde va segunda vez á socorrer á Locchum.—Francisco Verdugo resiste el ejército rebelde.—Ganan los rebeldes un fuerte.—El conde Holac socorre á Locchum.—El duque de Alanson deja su ejército por temor de los españoles.—Valor de doce españoles.—Diligencias de la Reina madre.—El castellano Olivera llega á Flandes.—Sentimiento de Juan Bautista del Monte.—Alexandro va sobre el duque de Alanson y gana el castillo de Geldre.—D. Sancho Martin de Leiva y otros capitanes cierran con la retaguardia de Alanson.—Rencuentro de Gante.—Retírase Alexandro victorioso.—Número de los heridos y de los que se señalaron.—Número de los franceses que murieron en el rencuentro de Gante.—Alexandro se retira de junto á Gante.—Llegan á Flandes dos tercios de infantería italiana.—La Reina madre desembarca en Dunquerque á socorrer su hijo Alanson y se retira.—Francisco Verdugo rompe la caballería rebelde.—Francisco Verdugo rompe el ejército rebelde.—Temeridad de un soldado rebelde.—Francisco Verdugo rompe segunda vez el ejército rebelde.—Los católicos hacen oracion y prosiguen la victoria.—Francisco Verdugo envia á Alexandro las banderas y estandartes que ganó en la batalla de Locchum.—Los católicos pierden el castillo de Blasbeque y Alexandro lo recupera.—D. Luis de Toledo llega á Flandes con un socorro.—Blasbeque rendido.—Émulos que á Francisco Verdugo le hacen malos oficios con Alexandro.—Notable servicio de Francisco Verdugo.—Alexandro va con su ejército y levanta un fuerte en Mesin.—D. Juan Manrique llega al ejército católico con tres mil alemanes.—Sitio de Jateo Cambressi y se rinde á Alexandro.—Mataron al capitan Pablo de Ucedo.—Manda Alexandro destruir las campañas de Bruselas.—Alexandro envia socorro á Francisco Verdugo.—El conde Holac se opone al ejército católico

Páginas.

con uno muy poderoso.—Muerte del baron de Anholt.—Desórden del conde Cárlos.—Continúase la escaramuza de los dos ejércitos.—Holac bate el fuerte del baron de Anholt.—Los franceses asaltan el fuerte.—Francisco Verdugo presenta la batalla al conde Holac.—Buena retirada de Francisco Verdugo.—Presos y muertos algunos rebeldes.—Retirada de los rebeldes.—Esguazando es lo mismo que vadeando.—Crueldad de soldados á su Coronel.—Retirada del ejército rebelde y daño que le hacen los católicos.—Keppel y Bronckorst se rinden feamente.—Soldados católicos amotinados.—Castigo en soldados amotinados en Grol.—El conde Cárlos vuelve á Brabante con su gente.—Hautepena algo disgustado.—Desacato de franceses.—Edicto de Alanson y castigo que hace.—Alexandro sitia á Ninoven.—Necesidades y trabajos del ejército español.—Lo que les sucedió á siete soldados españoles en el sitio de Ninoven.—Valor de siete españoles.—Notable caso.—Juan Sanchez de la Rosa reconoce la batería de Ninoven.—Ninoven se rinde á Alexandro.—Mondragon gana el castillo de Linquerque y Alexandro levanta su ejército del sitio de Ninoven.—Buena industria de Francisco Verdugo.—Juan Bautista de Tassis gana á Estembique.—Crueldades de herejes.—Un tollar es nueve reales.—Enfermedad del ejército español.—Socorro de Francia al duque de Alanson.—Un Embajador del turco en Flandes..... 323

LIBRO SÉTIMO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1583

Déjase llevar Alanson de las esperanzas del de Orange.—Fingida muestra que Alanson da á su ejército.—Alanson se apodera de Amberes engañosamente.—Amberes recuperada.—Valor de un pastelero y de un criado del archiduque Matías.—Temeridad de un francés.—Engaño de Alanson.—Diligencias de la reina de Inglaterra y del rey de Francia.—Diligencias de Alexandro.—Gana por inteligencias Alanson algunas plazas.—Maltrato de franceses.—Desagradeci-

Páginas.

miento de Alanson.—El capitan Pedro de Castro procura con Alexandro se lleven á Toledo el cuerpo de Santa Leocadia.—Cómo fué á Flandes el cuerpo de Santa Leocadia.—El padre Miguel Hernandez, de la compañía de Jesús, se entrega del cuerpo de Santa Leocadia y le lleva á Tornay.—El tercio de Pedro de Paz va á conservar las plazas de Brabante.—Italianos rinden el castillo de Boude.—Los del abadía del Lobo defienden el paso á Pedro de Paz y él lo gana por fuerza de armas.—Gana Pedro de Paz el castillo de Tornante.—Diste se rinde y Siquem.—Bergas Semano se rindió al Marqués de Rubes.—El marqués de Rubes y Pedro de Paz ganan el castillo y abadía de Vestarlo.—Alexandro va en busca del ejército francés.—Gana Alexandro un castillo y hieren al capitan Padilla.—Alexandro con su ejército llega á vista de Rosendal.—García de Olivera rompe un cuerpo de guardia de rebeldes.—La caballería católica escaramuza con los rebeldes.—El ejército francés roto y deshecho.—Alexandro enojado con la caballería.—Los españoles prosiguen la victoria.—Monsieur de Biron desafía á Alexandro.—Alexandro se retira á Rosendal, y Antonio de Olivera rompe á los rebeldes.—Castiga Alexandro á Rosendal.—El castillo de Hoechstrate se rinde.—Mondragon sitia á Dunquerque.—Alanson se huye de Dunquerque.—Cornelio de Hoc, embustero.—Cortan la cabeza á Cornelio de Hoc.—Los cercados de Dunquerque asaltan las trincheas católicas y vuelven rotos.—Ingleses rotos y degollados.—Batería de Dunquerque.—Sitio de Neoporte.—Batería de Neoporte.—Neoporte se rinde.—Hautepena rompe los rebeldes de Arentales.—Furnes se rinde.—Alexandro reconoce con todo su ejército á Ostende.—El príncipe de Orange va á Brujas.—Buena industria de alemanes.—Frabutes, soldados sin sueldo que viven de robar.—Dixmude se rinde á Alexandro.—Sitio de Ypre.—Alexandro va á Anamur á despedirse de su madre que vuelve á Italia.—Prevenciones del príncipe de Orange.—Apriétase el sitio de Ypre.—Alanson hace un fuerte.—Sitio de Vacafregi.—Los españoles lo asaltan y degüellan los franceses.—Muerte del capitan D. Cárlos de Meneses.—Fuerte de Ypre.—Cuatro compañías de españoles se apoderaron del fuerte del Saso.—Crueldad de villa-

Páginas.

nos.—Castigo de la crueldad de los labradores.—Artificios del príncipe de Orange.—Alexandro rompe los disignios de Alanson.—Los católicos rompen un convoy.—Alexandro envia socorro á la ciudad de Bona.—El duque Casimiro no quiere favorecer los rebeldes de Flandes.—Holac quiere pelear con Hautepena.—No queda en Flandes ningun francés.—Francisco Verdugo aprovecha la Real hacienda.—La guarnicion de Estembique corre las tierras de los rebeldes.—Juan Bautista de Tassis gana á Zutfent.—Saco de Zutfent y descuido de Juan Bautista de Tassis.—Fuerte de Zutfent.—Francisco Verdugo va sobre el señor de Nienoort.—Pecorea es lo que los soldados roban sin órden de sus Oficiales.—Castigo á los frabutes.—Qué cosa sea frabutes.—Derivacion del nombre de soldado.—Órden estrecha del hábito de los soldados.—El señor de Nienoort se retira roto y herido.—Piedad de un hijo para con su padre.—Muerte del señor de Nienoort y su hijo.—Francisco Verdugo bate y quema los navíos rebeldes.—El Regimiento de Monsieur de la Mota se junta con Francisco Verdugo y otras compañías.—Pláticas de Alexandro y el duque de Alanson no tienen efecto.—Previénese Alexandro para poner sitio á Amberes.—Alexandro se apodera de algunas plazas enemigas.—Alexandro envia á reconocer el fuerte de Darnusa.—Mondragon reconoce á Darnusa.—Alexandro en Tornay y órdenes que da á su ejército.—Los católicos rotos y deshechos.—Consejo del príncipe de Orange á los de Amberes.—Confederacion de rebeldes.—El conde de Bergas en servicio de los rebeldes y su prision.—Motin de los soldados rebeldes.—Artificio del príncipe rebelde.—Pasa el Rin un socorro de gente á Francisco Verdugo.—Valerosos soldados los de la casa de Leiva.—Castiga el Maestre de campo Pedro de Paz el desórden de los valones..... 403

LIBRO OCTAVO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1584.

Gana Alexandro con inteligencias la villa de Estembergue en Brabante.—El marqués de Rubes gana algunas plazas.—Españoles desordenados ganan y saquean la isla de

Páginas.

Casante.—Rebeldes rotos y desbaratados por Monsieur de Herpe.—Alexandro gana la villa de Aloste.—Sitio de Bona.—La ciudad de Bona rendida.—El coronel D. Juan Manrique gana algunas plazas.—El ejercito del apóstata Arzobispo roto y desbaratado.—Ríndense los de Requelinque.—Los de Amberes eligen por Cónsul á Monsieur de Aldegonde.—Aldegonde roto y deshecho.—Nuevos artificios del príncipe de Orange.—El emperador de Alemania insta para la paz de Flandes.—Los soldados católicos de la abadía de San Lázaro rompen un convoy á los rebeldes.—El marqués de Rubes hace un fuerte y puente en el rio de Terramunda.—El castellano Olivera en el fuerte de Beter.—Francisco Verdugo pasa el rio por junto á Zutfent.—Sitio del fuerte y retirada dél.—Ríndese el fuerte y los rebeldes.—Motin de soldados rebeldes y se rinden al conde Holac.—Holac va con su ejército en busca de Francisco Verdugo.—Los rebeldes intentaron alzar por conde de Flandes al duque Casimiro.—Los ganteses tratan de la paz con Alexandro.—La villa se rinde á Alexandro.—Treguas entre Alexandro y los ganteses.—Artificios de Orange y Aldegonde.—Los burgueses de la villa de Brujas tratan de la paz con Alexandro por medio del príncipe de Simay.—Muerte del duque de Alanson en la villa de Chateo Tiri.—Los rebeldes de Holanda envian embajadores al rey de Francia.—Alteraciones de Gante.—La villa de Brujas se rinde á Alexandro por medio del príncipe de Simay.—Descúbrese el trato de la villa de la Exclusa.—Los ganteses publican la guerra y hacen notables crueldades.—El marqués de Rubes destruye los engaños de Gante.—El capitan Bartolo, brazo de hierro, acomete á los alojamientos de los españoles.—Valor del soldado español.—Treinta españoles resistieron en una iglesia el asalto de los rebeldes.—Muerte del sargento Juan de Claves y retirada de los rebeldes.—Salen algunos españoles de sus alojamientos en seguimiento de los rebeldes.—El autor defiende una barrera.—El capitan D. Gerónimo de Anaya socorre los demas españoles.—Los rebeldes se retiran con alguna pérdida.—El conde Holac va sobre el fuerte de los católicos, y prevenciones de Francisco Verdugo.—Holac aprieta el fuerte

Páginas.

de Icenas.—Holac asalta el fuerte y se retira por ser muy resistido.—Sitio de Zutfent.—Grupa es las ancas del caballo.—Monsieur de Villers rompe á Mario Martinengo.—Los católicos del fuerte asaltan los cuarteles de Holac.—Muerte de Maximiliano de Bois.—El capitan Juan de Castilla y D. Juan Manrique socorren á Francisco Verdugo.—Bando que hace publicar el de Orange.—Alexandro se previene y recoge sus fuerzas para sitiar á Amberes.—Llegan á Flandes tres tercios de españoles.—Alegrías de los españoles por verse juntos.—Alojamiento que tuvo Alexandro en todo el sitio de Amberes.—Sitio famoso de Amberes que Alexandro comenzó á prevenir y á disponer.—Guarnicion de españoles en el fuerte del Sasso.—El marqués de Rubes y Pedro de Paz ganan la isla de Dula.—Los españoles ganan el fuerte de San Antonio.—Los españoles ganan á Canton de Amor y degüellan á los rebeldes.—Los españoles que se señalaron.—Desacato del marqués de Rubes en presencia de Alexandro.—Los rebeldes desamparan los fuertes de las isla de Dula.—A quién y cómo se han de abatir las banderas.—Mondragon pasa con parte del ejército el rio Esquelda y pone sitio á Lillo.—Escaramuza de rebeldes y españoles y batería de Lillo.—Inundan los rebeldes los cuarteles de los españoles.—Fortaleza de Lillo.—Cuartel y fuerte del conde Cárlos y marqués de Barambon.—Número de los muertos.—Por buena industria del conde Nicolao de Checis rinde la villa de Arentales.—A 10 de Julio fué la muerte del príncipe de Orange el año de 1584.—Baltasar Gerardo se ofrece matar el príncipe de Orange.—Buena industria de Baltasar Gerardo.—Buen acuerdo de Alexandro.—Gerardo trata con el de Orange su embajada.—Gerardo mata al príncipe de Orange.—Gerardo preso confiesa haber muerto al de Orange.—Muerte de Gerardo.—Diligencias que hacen los Estados rebeldes despues de muerto el de Orange.—Temor de los de Amberes.—Crueldades de los de Gante y muerte de Juan Esbesio.—Alexandro aprieta el sitio de Amberes.—Los españoles ganan una cortadura.—Riguroso órden de Alexandro.—Trabajos de españoles.—El autor y otros dos soldados reconocen un desguazo.—El capitan Juan de Rivas

Páginas.

pasa el canal con su gente.—Los rebeldes pierden un reducto y se retiran desbaratados.—Reconoce el capitan Juan de Rivas el fuerte de Flandes y se retira.—El marqués de Rubes sustenta y queda de guardia en el dique y cortadura de Callo.—El tercio de Pedro de Paz hace una estacada y puente para quitar la plática á las villas de Gante y Amberes.—Escaramuzas de españoles y rebeldes.—Número de los muertos.—Alexandro pone sitio á Terramunda.—Tepes son adobes ó ladrillos de tierra y yerba.—Los rebeldes de Terramunda no respetan las imágines y se fortifican.—Los Capitanes dan el asalto á un rebellin.—Terramunda se rinde á Alexandro.—Muerte del Maestre de campo Pedro de Paz y de D. Pedro de Tassis y otros españoles.—Por muerte del Maestre de campo Pedro de Paz da Alexandro el gobierno de su tercio al capitan D. Juan del Águila.—D. Sancho de Leiva, Capitan de lanzas.—El conde Cárlos sitia á Vilborde y se rinde.—Alexandro ocupa con su gente algunos puestos para apretar á Amberes.—La ciudad de Gante se rinde á Alexandro y pactos que les hizo.—Resuélvese Alexandro de hacer un puente y estacada en el rio Esquelda.—Prosigue Alexandro el sitio de Amberes y reedifica el contradique.—Qué cosa sea dique y contradique.—Alexandro fabrica el fuerte de la Cruz.—Dónde se hicieron los fuertes de Santa María y San Felipe.—Comiénzase la fábrica de la estacada.—Los rebeldes juntan un grueso convoy para socorrer las villas de Malinas y Bruselas.—Los españoles de Vilborde salen á romper el convoy de los rebeldes.—Buen órden de los rebeldes.—Garabies son arcabuceros de á caballo.—Trabada escaramuza de católicos y rebeldes.—Setenta españoles y cien valones rompen y desbaratan tres mil y quinientos rebeldes.—Los rebeldes recuperan lo perdido y lo vuelven á ganar los españoles.—El autor defiende un puente.—Número de los muertos y heridos.—Agradece Alexandro á los españoles la victoria que tuvieron de los rebeldes.—Prosigue Alexandro en la máquina de la estacada para la toma de Amberes.—Defensas de la estacada.—Monsieur de la Nua preso en Terramunda.—Fábrica del fuerte de Santiago.—Los rebeldes fabrican cuatro fuertes.—Fuerte de

Páginas.

Ordan.—Los rebeldes cortan el dique maestre y aislan á Lillo.—Cortan los rebeldes el dique de Emblangaren.—Alexandro hace los fuertes de la Trinidad y los rebeldes fabrican otros.—Alexandro manda hacer un rio á fuerza de brazos.—Por qué se dijo canal de Parma.—Industria de Alexandro y fuertes que hizo, y los de los rebeldes.—Alexandro da el gobierno de la armada al marqués de Rubes.—Prision de Monsieur de Blois y de otros rebeldes.—Obstinacion de los de Amberes.—Artificios de Aldegonde.—Diligencias de los rebeldes.—El capitan Juan Chasco presidia á Arentales.—La guarnicion de Cambray destruye las campañas del Artoes y Henaut.—Monsieur de la Mota entra en Francia por órden de Alexandro y destruye las campañas de Picardía y Champaña.—Buen órden de Francisco Verdugo para marchar.—El conde Herman de Bergas pone en alerta el ejército de Francisco Verdugo.—El ejército rebelde se retira.—Necesidades de los católicos cercados y crueldades de Monsieur de Villers y socorro de Zutfent.—D. Juan Manrique sitia el castillo de Hackfort y se retira con pérdida.—Tassis gana el castillo de Hackfort y los católicos se retiran á sus plazas.—Los rebeldes se retiran y dejan sitiado el fuerte de los católicos con otros ocho.—Valor y constancia de Alexandro.—Tassis desguaza y pasa el Rin con mucho trabajo.—Los soldados católicos cierran con los rebeldes y los encierran en sus fuertes, y se los ganan y asaltan.—Los rebeldes desampararon sus fuertes.—Juan Bautista de Tassis acaba de ganar á los rebeldes todos los fuertes.—Malos oficios que los émulos de Francisco Verdugo hacian con Alexandro. 455